



# La Huésped

Stephenie Meyer

A mi madre, Candy, que me enseñó que el amor es la mejor parte  
de todas las historias

## PREGUNTA

Mi Cuerpo es mi hogar,  
mi caballo, mi sabueso.  
¿Qué es lo que haría  
si lo perdiera?

¿Dónde dormiría?  
¿Cómo cabalgaría?  
¿Qué cazaría?

¿Adónde iría sin mi montura?  
Toda impaciente, vital,  
¿cómo sabría  
si más adelante, en la maleza,  
aguarda el peligro o la traición?  
¿Qué haré sin mi Cuerpo, mi bien,  
con mi perro alegre, muerto?

¿Cómo sería  
yacer en el cielo  
sin techo ni puertas  
ni otros ojos que el viento;

con una nube para cubrirme,  
cómo me esconderé?

MAY SWENSON

## Prólogo

# Inserción

El sanador se llamaba Fords Deep Waters.

Como era un alma, por naturaleza era todo lo bueno que se puede ser: compasivo, paciente, honrado, virtuoso, y estaba lleno de amor. La ansiedad era una emoción desconocida para él.

La irritación le era aún más extraña. Sin embargo, Fords Deep Waters vivía dentro de un cuerpo humano, y por ello le resultaba inevitable irritarse en ocasiones.

Los susurros de los estudiantes del sanador zumbaban en la esquina más lejana de la sala de operaciones, así que apretó los labios hasta formar con ellos una fina línea. La expresión parecía fuera de lugar en una boca que sin duda era mucho más proclive a la sonrisa.

Darren, su asistente personal, observó su mueca y le palmeó el hombro.

-Simplemente están mostrando curiosidad, Fords -comentó en voz baja.

-Una inserción no es un procedimiento interesante ni supone desafío alguno. Cualquier alma de la calle podría llevarla a cabo en caso de emergencia. -Fords se sorprendió al darse cuenta de que había empleado un tono de voz crispado, lo que no era habitual en él-. - Por mucho que miren, no van a aprender nada en el día de hoy.

-Nunca habían visto un ser humano adulto antes -repuso Darren.

Fords alzó la ceja.

-¿Están ciegos cuando se miran los unos a los otros?

¿Es que no tienen espejos?

-Ya sabes a lo que me refiero, a un hombre salvaje, a uno desprovisto de alma, a uno de los insurgentes.

El sanador miró el cuerpo inconsciente de la chica que yacía boca abajo en la mesa de operaciones. La pena le inundó el corazón mientras recordaba el estado en el que se encontraba ese pobre cuerpo destrozado cuando los buscadores la habían traído al Servicio de Sanación. Qué dolor tendría que haber sufrido!

Claro que ahora ya estaba bien, completamente curada.

Él ya se había ocupado de eso.

-Su aspecto es igual al nuestro -le susurró Fords a Darren-. Todos nosotros tenemos rostros humanos, y también será una de nosotros cuando se despierte.

-Les parece emocionante, eso es todo.

-El alma que vamos a implantar hoy merece demasiado respeto como para tener a toda esa gente mirando embobada de ese modo el cuerpo de su anfitriona. Ya va a tener mucho a lo que enfrentarse durante la aclimatación. No es buena idea hacerla pasar por esto.

Con «esto» no se refería a su exposición a la curiosidad de los estudiantes. Fords sintió que el tono de su voz se había endurecido de nuevo. Darren volvió a pa1mearle la espalda.

-Todo saldrá bien. La buscadora necesita información y ...

Al oír la palabra «buscadora», Fords lanzó una mirada a Darren que sólo podía describirse como hostil. Éste pestañeó sorprendido.

-Lo siento -se disculpó Fords con rapidez-. No quería reaccionar de manera tan negativa. Es simplemente que temo por esta alma.

Dirigió los ojos al criotank situado junto a la mesa. La luz era constante, de un rojo mate, lo que indicaba que estaba ocupado y que tenía activado el modo de hibernación.

-El alma en cuestión ha sido especialmente escogida para este objetivo -dijo Darren con voz tranquilizadora-. Se trata de un ser excepcional entre los de nuestra especie, más valiente que la mayoría. Sus vidas hablan por sí mismas. Creo que se habría ofrecido voluntaria si hubiera sido posible preguntarle.

-¿Quién de nosotros no se habría presentado voluntario si se le pidiera hacer algo por el bien de todos? Pero ¿es realmente ése el caso? ¿Así se sirve de verdad al bien común? La cuestión no es su buena disposición, sino si es correcto pedirle a un alma que soporte eso.

Los estudiantes de Sanación estaban discutiendo también sobre el alma hibernada. Fords podía escuchar con claridad los murmullos; las voces subieron de volumen a causa del entusiasmo.

-Ha vivido en seis planetas.

-Yo había oído que en siete.

-Escuché también que no había vivido dos ciclos vitales en la misma especie anfitriona.

-¿Es eso posible?

-Ha estado en casi todas partes. En una flor, un oso, una araña ...

-En un alga, un murciélago ...

-¡Incluso en un dragón!

-No me lo puedo creer ... ¿ En siete planetas?

-Al menos siete. Comenzó en el Origen.

-¿ De verdad? ¿ En el Origen?

-¡Calma, por favor! -exclamó Fords-. Si no son capaces de observar con profesionalidad y en silencio, tendré que pedirles que se marchen.

Avergonzados, los seis estudiantes se quedaron callados y se separaron unos de otros.

-Continuemos con esto, Darren.

Todo estaba ya preparado. Habían depositado las medicinas apropiadas allado de la chica humana, cuya larga melena negra se hallaba recogida bajo un gorro quirúrgico, lo que dejaba al descubierto un esbelto cuello. Profundamente sedada, respiraba lentamente. Su piel tostada por el sol apenas mostraba restos del .. accidente.

-Por favor, Darren, comienza la secuencia de descongelación.

El asistente de pelo gris estaba ya delante del criotank con la mano posada sobre los mandos. Retiró el seguro y giró la rueda del interruptor hacia abajo. La luz roja que había en la parte superior del pequeño cilindro gris comenzó a titilar, emitiendo destellos con más rapidez conforme pasaban los segundos y cambiando de color.

Fords se concentró en el cuerpo inconsciente. Practicó una incisión con el escalpelo a través de la piel hasta la base del cráneo con movimientos controlados y precisos; después, pulverizó la zona con la medicación que frenaba el flujo excesivo de sangre antes de ampliar la herida. Hurgó con delicadeza bajo los músculos del cuello procurando no dañarlos y expuso a la vista los huesos pálidos de la parte superior de la columna vertebral.

-El alma está preparada, Fords -informó Darren.

-Yo también. Tráela.

Fords percibió a su lado la presencia de Darren y supo sin necesidad de mirar que su asistente estaría preparado, con la mano extendida y esperando; llevaban trabajando juntos muchos años ya. El sanador mantuvo la herida abierta.

-Enviémosla a casa -susurró.

La mano del ayudante apareció ante su vista con el resplandor plateado de un alma en pleno despertar en su palma ahuecada.

Fords jamás había contemplado un alma expuesta sin sentirse conmovido por su belleza.

El alma relumbró bajo las luces intensas de la sala de operaciones con un fulgor más intenso que el brillante escalpelo que sostenía en la mano. Se retorció y ondulaba como un lazo viviente, estirándose, feliz de verse libre del criotank. Llevaba unas mil adherencias finas, plumosas, que fluctuaban con suavidad, como si fueran pálidos cabellos plateados. Aunque todas las almas le resultaban encantadoras, a Fords Deep Waters ésta le pareció especialmente grácil.

No fue el único en experimentar esa reacción: percibió el suave suspiro de Darren y escuchó los murmullos de admiración de los estudiantes.

Con suma delicadeza, Darren colocó la pequeña y relumbrante criatura dentro de la abertura que Fords había practicado en el cuello humano. El alma se deslizó con suavidad dentro del lugar que le había procurado y se entrelazó con aquella anatomía extraña. Fords admiró la habilidad con la que tomó posesión de su nuevo hogar. Algunas de sus adherencias se enroscaron con fuerza en el sitio correcto, alrededor de los

centros nerviosos, mientras que otras se estiraban y profundizaban hasta donde ya no podía verlas, por debajo y hacia el interior del cerebro, donde se encuentran los nervios ópticos y los canales auditivos. Era muy rápida, y sus movimientos muy seguros. Pronto sólo quedó a la vista un trozo de su cuerpo reluciente.

-Buen trabajo -le susurró, aunque sabía que ella no podía oírle. La chica humana era la única que tenía oídos y aún dormía profundamente.

Terminar el trabajo era ya cuestión de rutina. Limpió y cerró la herida aplicando el ungüento que sellaría la incisión y cubriría el alma; después esparció el polvo que facilitaba la cicatrización sobre la línea que había quedado en el cuello.

-Perfecto, como siempre --comentó su asistente, el cual, por alguna razón incomprensible para Fords, nunca había querido cambiarse el nombre de su anfitrión humano, Darren.

Fords suspiró.

-Lamento el trabajo hecho en el día de hoy.

-Sólo cumples tu deber de sanador.

-Pero ésta es la única ocasión en que la sanación se convierte en realidad en un daño.

Darren comenzó a limpiar el área de trabajo. No parecía tener una respuesta apropiada. Fords estaba cumpliendo con su vocación, y eso era suficiente para él.

Pero no para Fords Deep Waters, que era sanador hasta lo más profundo de su ser. Observó con ansiedad el cuerpo de la hembra humana, sereno en su profundo sueño: sabía que esa paz se vería alterada en cuanto despertara. El alma inocente que había insertado en ese cuerpo tendría que soportar todo el horror del final de la joven.

Mientras se inclinaba sobre la humana y le susurraba al oído, Fords deseó fervientemente que el alma que habitaba dentro pudiera escucharle.

-Buena suerte, pequeña viajera, buena suerte. ¡Cuánto desearía que esto fuera innecesario!

## Capítulo

### 1

## Recuerdos

Yo sabía que comenzaría con el final y a esos ojos el final iba a parecerles algo similar a la muerte. Estaba avisada.

No esos ojos: mis ojos. Míos. Porque ahora eso era yo. Usaba un lenguaje extraño, pero con significado. Tartamudeante, estridente, oscuro y lineal. Anquilosado hasta lo indecible en comparación con los muchos otros que antes había empleado, aunque con suficientes recursos para comunicar fluidez y expresividad; en cierto sentido era hermoso. y ahora era mi idioma. Mi idioma materno.

Me alojé con seguridad en el centro de pensamiento de este cuerpo gracias al instinto certero que caracteriza a los de mi especie; luego me inserté de forma inexorable en cada una de sus inspiraciones e instintos hasta que dejamos de ser entidades nítidamente separadas. Ahora era yo.

No el cuerpo, sino mi cuerpo.

Percibí la lenta desaparición de los sedantes y que recuperaba la lucidez. Me preparé para el asalto de su primer recuerdo, que en realidad sería la evocación de los últimos momentos que su cuerpo había experimentado, la memoria de su fin. Estaba bien preparada, porque me habían contado con todo detalle lo que iba a ocurrir ahora. Estas emociones humanas serían más fuertes, más vivas que los sentimientos de cualquier otra especie en la que hubiera habitado antes.

El recuerdo llegó. Tal y como se me había avisado, no era algo para lo que fuera fácil estar preparada.

Me quemó con su color estridente y su sonido atronador. Sentí frío en la piel, mientras el dolor se me aferraba a los miembros, quemándome. Percibía un sabor metálico intenso en su boca. Además había también un nuevo sentido, el quinto, el que nunca había experimentado antes. Éste percibía las partículas del aire y las transformaba en extraños mensajes, a



veces placenteros y en otros casos avisos para su cerebro: el olor. Me distraían, confundiéndome, pero no a su memoria. Porque sus recuerdos no tenían tiempo para estas novedades del olfato, dominados como estaban por el miedo.

El miedo la había encerrado en un círculo vicioso, incitando a los miembros torpes, patosos, hacia delante, pero a la vez dificultándole los movimientos. No podía hacer nada más que huir, correr.

*Me he equivocado.*

Aquel recuerdo ajeno era tan fuerte, claro y atemorizador que se deslizó a través de mi auto control y superó la distancia que supone saber que era simplemente un recuerdo y, además, no era mío. Me arrastró al infierno que había constituido el último minuto de su vida, porque yo era ella y huíamos.

Estaba tan oscuro que no distinguía nada, ni siquiera el suelo. No me veía las manos, extendidas delante de mí. Corría a ciegas mientras intentaba escuchar el ruido de la persecución, que podía sentir a mis espaldas a pesar de lo alto que me sonaba el pulso de los latidos del corazón en los oídos.

Hacía frío. No importaba ahora, pero dolía. Tenía mucho frío.

Por su nariz entraba un olor desagradable, malo, hediondo. Esa repulsión me liberó del recuerdo durante un segundo, pero sólo fue durante un segundo, y enseguida el recuerdo me arrastró de nuevo y los ojos se me llenaron de lágrimas de terror.

Estoy perdida, estamos perdidos. Se terminó.

Ahora mismo se encuentran detrás de mí, los oigo muy cerca. ¡Se escuchan muchos pasos! Estoy sola. Me he equivocado.

Los buscadores están gritando. El sonido de sus voces me revuelve el estómago hasta el punto de que me vaya marear.

-Todo va bien, todo va bien -me miente uno en un intento por calmarme y lograr que aminore el paso. Su voz suena alterada por el esfuerzo que hace al respirar.

-¡Ten cuidado! -grita otro, avisándola.

-¡No te hagas daño! -suplica un tercero con voz profunda y preocupada por mí. ¡Preocupada por mí!

El calor recorrió mis venas y un odio violento casi me ahoga.

Nunca había sentido una emoción similar en todas mis vidas. De nuevo la repugnancia me sacó del recuerdo un segundo más. Un lamento agudo, estridente, me atravesó los oídos y retumbó en mi mente. El sonido chirrió a través de todas mis vías respiratorias y sentí un ligero dolor en la

garganta.

«Un grito -me explicó mi cuerpo--. Eres tú la que grita».

Me quedé helada por la sorpresa y el sonido se quebró de repente.

Eso no era un recuerdo.

Mi cuerpo ... ¡estaba pensando! ¡Me estaba hablando! Pero en ese momento el recuerdo era más fuerte que mi asombro.

-¡ Por favor -chíllaban-, hay mucho peligro ahí delante! «¡El peligro está detrás!», respondí a gritos en mi mente, pero ¿a qué se refieren? Hay un débil rayo de luz que no se sabe de dónde viene brillando al final del pasillo. No es una pared plana ni una puerta cerrada, sino el final sin salida que temía y esperaba. Es un agujero negro.

El pozo de un ascensor. Abandonado, vacío y condenado como todo el edificio: un escondrijo en su momento y ahora una tumba.

Una oleada de alivio me recorre mientras me precipito hacia delante. Hay una salida. No hay manera de sobrevivir, pero sí, quizá, una manera de vencer.

«¡No, no, no! ». Este pensamiento era completamente mío; luché por apartarme de ella, pero seguíamos juntas, y saltamos unidas hacia el abismo de la muerte.

-¡ Por favor! -Ahora los gritos sonaban más desesperados.

Casi sentí deseos de reír cuando supe que había sido lo bastante rápida. Imaginé sus manos intentando sujetarme por la espalda y fallando por centímetros. Suelo ser tan rápida como me hace falta. Ni siquiera me detuve cuando se acabó el suelo. El agujero se alzó para encontrarse conmigo a mitad de camino.

El vacío me engulló, las piernas cedieron, inutilizadas, y mis manos se aferraron al aire y lo arañaron en busca de algo sólido. El frío me golpeó como el azote de un tornado.

Escuché el golpe sordo antes de sentirlo ... El viento cesó ...

Y después el dolor me rodeó por todas partes hasta que el dolor fue todo.

Paradlo.

«No lo suficientemente alto», susurré para mis adentros en medio del dolor.

¿Cuándo acabará el calvario? ¿Cuándo .. .?

La oscuridad devoró la agonía, y me sentí débil y agradecida porque el recuerdo había llegado al final más definitivo de todos los posibles. La negrura lo dominó todo y me liberó. Respiré profundamente para tranquilizarme, como era la costumbre de este cuerpo. Mi cuerpo.

Pero entonces el color regresó, el recuerdo se reavivó y me envolvió de nuevo.

«¡No!». Me dejé llevar por el pánico, temiendo al frío, al dolor y al propio miedo, pero éste no era el mismo recuerdo. Era un recuerdo dentro del recuerdo, la evocación de uno agonizante, aunque, de algún modo, casi más fuerte que el primero.

La oscuridad se lo llevó todo menos esto: un rostro.

Aquel semblante me resultaba tan desconcertante como extraños le habrían parecido a ese nuevo organismo mío la ausencia de facciones y los tentáculos serpentinos de mi último cuerpo anfitrión. Había visto ese tipo de rostro en las imágenes que me habían dado para prepararme para este mundo. Resultaba difícil distinguir unas de otras a juzgar por las escasas variaciones de color y forma, las únicas diferencias perceptibles entre un individuo y otro, ya que en conjunto todos se parecían mucho: narices centradas en la mitad de una esfera, con los ojos arriba y la boca abajo, con las orejas a ambos lados. Una variada colección de sentidos concentrados en un lugar, todos menos el tacto. La piel sobre los huesos, el pelo de la parte superior y dos extrañas líneas peludas encima de los ojos. Algunos tenían más pelo en la parte inferior de la mandíbula, pero éstos eran todos machos. Los colores se encontraban dentro de la escala de los marrones, desde un pálido color crema hasta el más oscuro, casi negro. Aparte de por estos rasgos, ¿cómo podía distinguirse a uno de otro?

Sin embargo, terminaría identificando ese rostro entre millones.

Era una cara en forma de rectángulo, muy angulosa, con un contorno de huesos firme debajo de una tez clara, de un bronceado dorado. El pelo era apenas unos cuantos tonos más oscuros que la piel, excepto donde algunos mechones del color del lino lo aclaraban; sólo cubría la cabeza y unas finas bandas estrechas encima de los ojos. Las pupilas circulares de los blancos globos oculares eran más oscuras que el pelo, pero al igual que éste estaban mechadas de un tono más claro. Se dibujaban unas pequeñas líneas alrededor de los ojos y sus recuerdos me informaron de que esas líneas se debían a los gestos de sonreír y guiñar los ojos bajo la luz del sol.

No sabía nada de lo que se consideraba belleza entre estos extranjeros, pero el simple deseo de seguir contemplando ese rostro me bastó para comprender que era hermoso; desapareció en cuanto fui consciente de este hecho.

«Mío», decía aquel pensamiento alienígena que no debería existir.

Otra vez me quedé helada, aturdida. No debería haber aquí nadie más que yo. ¡En cambio ese otro ser estaba presente con tanta fuerza y tan consciente de sí mismo!

Imposible. ¿Cómo era que estaba aún aquí? ¡Si ésta era yo ahora!

«Mío», insistió ella con el poder y la autoridad que sólo me podían pertenecer a mí fluyendo en su palabra. «Todo es mío».

«¿Y por qué le contesto?», me pregunté mientras las voces interrumpían el hilo de mis pensamientos.

## Capítulo 2

### Por casualidad

Las voces sonaban bajas y cercanas y, aunque ahora era consciente de ellas, parecían proceder de una conversación murmurada que había captado ya empezada.

-Me temo que ha sido demasiado para ella -sostuvo alguien cuya voz era suave pero profunda, la voz de un hombre-. Demasiado casi para cualquiera, ¡cuánta violencia! -El tono era de clara repulsión.

-Ha gritado una sola vez -replicó una voz femenina, más alta y aflautada, remarcando la afirmación con un cierto regocijo, como si estuviera ganando una discusión.

-Ya lo sé -admitió el hombre-. Es muy fuerte. Otros habrían sufrido un trauma mucho mayor con menor motivo.

-Estoy segura de que se pondrá bien, como ya le he dicho.

-Tal vez se haya confundido de vocación. -Había un cierto tono incisivo en la voz del hombre. Los bancos de memoria de mi cerebro destinados al lenguaje me informaron de que se trataba de un sarcasmo-. Quizá debería haberse hecho sanadora, como yo.

La mujer emitió un sonido divertido, una risotada.

-Lo dudo. Nosotros, los buscadores, preferimos otro tipo de diagnósticos.

Mi cuerpo conocía esa palabra, esa especie de título, «buscador». Sentí que un escalofrío de miedo me bajaba por la columna, una reacción prestada, puesto que no había duda de que yo no tenía motivos para temer a los buscadores.

-A menudo me pregunto si en su profesión hay alguien infectado, aunque sólo sea un poco, de humanidad -musitó el hombre, cuya voz aún sonaba amarga debido al disgusto-. La violencia forma parte de su opción vital. ¿y si hay algo innato en su temperamento, algo que los lleva a disfrutar con el horror?

Me sentí sorprendida por la acusación, por su tono. Esta conversación era como... una disputa. Algo con lo que mi anfitriona estaba familiarizada, pero que yo no había experimentado jamás.

La mujer se puso a la defensiva:

-No es que escojamos la violencia. Nos enfrentamos a ella cuando no queda más remedio. y pienso que es algo bueno para todos los demás que unos cuantos seamos lo suficientemente fuertes como para soportar lo desagradable. Vuestra paz se vería amenazada de no ser por nuestro trabajo.

-Eso era en otros tiempos. Vuestra vocación pronto se quedará obsoleta, o eso creo.

-El error implícito de esa afirmación queda patente en la paciente que tenemos aquí.

-Una chica humana sola y desarmada! Sí, claro, ¡menuda amenaza para nuestra paz!

La mujer comenzó a respirar pesadamente; luego suspiró.

-Pero ¿de dónde procede? ¿Cómo ha aparecido en mitad de Chicago, una ciudad civilizada desde hace tanto tiempo, a cientos de kilómetros de cualquier rastro de actividad subversiva? ¿Se movía sola?

Disparó las preguntas una tras otra sin que pareciera esperar respuesta alguna. Daba la impresión de habérselas planteado ya con anterioridad.

-Ése es vuestro problema, no el mío -repuso el hombre-. Mi cometido consiste en ayudar a esta alma a adaptarse a su nueva anfitriona, evitando cualquier trauma o daño innecesario, y usted está aquí interfiriendo en mi trabajo.

Como estaba tomando conciencia lentamente, aclimatándome a este nuevo mundo de sentidos, comprendí algo tarde que yo era el tema de la conversación. Yo era el alma de la que hablaban. Era una nueva connotación de una palabra que había significado muchas otras cosas para mi anfitriona. En cada planeta adquiriríamos nombres distintos. Alma. Suponía que era una descripción adecuada para esa fuerza invisible que guía al cuerpo.

-Las respuestas a mis preguntas importan tanto como sus responsabilidades ante esta alma.

-Eso es discutible.

Oí moverse a la mujer y su voz se convirtió repentinamente en un susurro:

-¿Cuándo podrá responder? El efecto de los sedantes debe de estar a punto de desaparecer.

-Cuando esté lista. Déjela descansar, merece poder enfrentarse a la situación cuando se encuentre más cómoda. ¡Imagínese qué impresión debe de ser despertar dentro de una anfitriona rebelde y herida casi de muerte mientras intentaba escapar! ¡Nadie debería soportar un trauma como ése en tiempos de paz! -Su voz se había ido elevando según se volvía más emotiva.

-Ella es fuerte -aseguró la voz de la mujer con firmeza-. Mire cómo se ha desenvuelto con el primer recuerdo, el peor. Sea lo que fuera, ha

podido con él.

-¿Y por qué tiene que hacer esto? -masculló el hombre, aunque no parecía esperar respuesta a esa pregunta.

La mujer, sin embargo, contestó:

-Si obtuviéramos las respuestas que necesitamos...

-«Necesitar» es el verbo que usted ha usado. Yo elegiría más bien «querer».

-Entonces, alguien debe abordar lo desagradable -continuó como si él no la hubiera interrumpido-, y por lo que sé de esta en concreto, creo que aceptará el reto cuando haya forma de interrogarla. ¿Cómo la ha llamado?

-*Wanderer*\* - contestó él con desgana tras una pausa.

*\*Viajera*

-Muy apropiado -repuso ella-, porque, aunque no tengo ninguna estadística oficial, creo que debe de ser una de las pocas, si no la única, que han viajado tan lejos. Sí, *Wanderer* le irá bien hasta que escoja un nuevo nombre para sí misma.

Él permaneció en silencio.

-Claro que ella debe asumir el nombre de la anfitriona... No hemos encontrado registros de sus huellas digitales ni del escáner de retina. No puedo decirle su nombre.

-Ella no adoptará ningún nombre humano -murmuró el hombre.

La respuesta de la mujer fue conciliatoria:

-Cada uno se consuela como quiere.

-Nuestra «viajera» necesitará más consuelo que la mayoría, gracias al estilo peculiar con el que usted ejerce su vocación.

Se oyó el sonido agudo de unos pasos que marcaron un *staccato* contra el duro suelo. Cuando habló de nuevo, la voz de la mujer parecía venir del lado opuesto de la habitación.

-Usted habría reaccionado de manera bastante poco apropiada los primeros días de esta ocupación -comentó.

-Y quizá usted esté reaccionando de manera poco adecuada para la paz.

La mujer se echó a reír, pero su risa era falsa, porque no se correspondía con una diversión real. Parecía que mi mente se había adaptado bien a interpretar los significados auténticos de los tonos e inflexiones de voz.

-No tiene una percepción clara de lo que supone mi vocación. Paso muchas horas con mapas y archivos, y es principalmente un trabajo de oficina; no es precisamente el trabajo conflictivo y violento que usted cree.

-Hace tres días iba cargada de armas destructivas para conseguir este cuerpo.

-Pues le aseguro que eso es una excepción, no la regla. No olvide que las armas que tanto le disgustan se hubieran vuelto contra los de nuestra especie si no hubiera sido porque nosotros, los buscadores, estábamos alerta. Los humanos nos habrían matado sin pensárselo si hubieran tenido la habilidad suficiente para hacerlo. Quienes han visto sus vidas amenazadas por esa hostilidad nos consideran héroes.

-Habla como si estuviéramos en guerra.

-Así es para los supervivientes de la raza humana.

Esas palabras resonaron con fuerza en mis oídos. Mi cuerpo reaccionó a ellas; sentí cómo se me aceleraba la respiración, escuché el sonido de los latidos de mi corazón más alto de lo habitual. Al lado de la cama había una máquina que registraba esas alteraciones con un pitido sordo. El sanador y la buscadora estaban demasiado enfrascados en su enfrentamiento como para percatarse.

-Pero es una guerra que ellos dan por perdida hace ya mucho. ¿Por cuántos los superamos en número? ¿Una proporción de uno a un millón? Imaginaba que usted lo sabría.

-Estimamos que las probabilidades de éxito se inclinan un poco a nuestro favor -admitió ella con renuencia.

El sanador pareció satisfecho de poder reforzar esta parte de su desacuerdo con un dato. Los dos se quedaron en silencio durante un momento.

Utilicé ese tiempo para analizar mi situación, que, en líneas generales, era obvia.

Estaba en un Servicio de Sanación recuperándome de una inserción especialmente traumática. Estaba segura de que antes de entregarme el organismo en el que me había alojado éste había sido totalmente curado y que habrían desechado a la anfitriona dañada.

Sopesé las opiniones enfrentadas del sanador y la buscadora. Según la información que había recibido antes de hacer la elección de venir aquí, el sanador tenía razón. Las hostilidades con los escasos grupos humanos sobrevivientes se habían erradicado por completo. El planeta llamado Tierra era tan pacífico y sereno como parecía desde el espacio, de un verde hospitalario, y azul, envuelto en sus inofensivos vapores blancos, y la armonía era ahora universal, al estilo en que las almas solían implantarla.

La disensión verbal entre el sanador y la buscadora era algo fuera de lo común, además de resultar extrañamente agresiva para los parámetros de nuestra especie. Eso hizo que me formulara ciertas preguntas. Podrían ser ciertos los rumores que se habían propagado en forma de ondas a través de los pensamientos de..., de...

Me distraje intentando recordar el nombre de la última especie que me había alojado. Tenía uno, eso sí que lo sabía, pero no podía recordar la palabra ahora que ya no estaba conectada a ese anfitrión. Sabía que utilizábamos un lenguaje mucho más simple, un lenguaje silencioso de puro pensamiento que nos unía a todos en una gran mente. Algo muy conveniente cuando se está plantado para siempre en la oscura tierra húmeda.

Pero sí podía describir esa especie con mi nuevo lenguaje humano. Vivíamos en el suelo de un gran océano que cubría la superficie entera de nuestro mundo, un mundo cuyo nombre tampoco conseguía recordar. Cada uno de nosotros tenía cien brazos y en cada brazo mil ojos, de modo que, gracias a nuestras mentes conectadas, nada pasaba desapercibido en aquel vasto océano. Saboreábamos las aguas y, junto con nuestra vista, nos



contaba todo lo que necesitábamos saber. También nos alimentábamos de los soles situados muchos kilómetros por encima del agua, y su sabor se transformaba en toda la comida que necesitábamos.

Tenía la posibilidad de describirnos, pero no de nombrarnos. Suspiré apenada por el conocimiento perdido y entonces retorné a mis reflexiones respecto a lo que había escuchado a hurtadillas.

Las almas, por regla general, no podían decir nada que no fuera la verdad. Los buscadores, claro, tenían que cumplir los requisitos de su vocación, pero entre las almas jamás había una razón para mentir. Con el lenguaje de pensamiento de mi última especie habría sido aún más difícil mentir, incluso aunque hubiéramos querido. En cambio, inmobilizados como estábamos, nos contábamos unos a otros historias para aliviar el aburrimiento. Contar historias era uno de nuestros talentos más celebrados, porque nos beneficiaba a todos.

Algunas veces los hechos se mezclaban con la ficción de forma tan absoluta que aunque no se dijeran mentiras, era difícil recordar lo que era estrictamente verdadero.

Cuando pensábamos en el nuevo planeta, la Tierra, tan seco, tan variado y lleno de esos ciudadanos tan violentos y destructivos que apenas podíamos imaginarlos, a veces nuestro horror se veía superado por la excitación. Las guerras (¡guerras!, ¡nuestra especie obligada a luchar!) al principio se relataron de forma exacta y después se embellecieron y luego se novelaron. Cuando estas historias entraban en conflicto con la información oficial de la que disponíamos, naturalmente, siempre me fiaba más de las noticias.

Pero ya había habido rumores sobre anfitriones humanos tan fuertes que el alma se veía obligada a abandonarlos. Anfitriones cuyas mentes no podían suprimirse completamente. Almas que asumían la personalidad del cuerpo, más que al contrario. Historias. Rumores absurdos. Locuras.

Sin embargo, ésa parecía ser la acusación del sanador...

Descarté tal pensamiento. La explicación más apropiada para su censura podía ser el desagrado que la mayoría de nosotros sentía por la vocación de buscador. ¿Quién escogería voluntariamente una vida de conflicto y persecución? ¿Quién podría sentirse atraído por la tarea de atrapar anfitriones renuentes y capturarlos? ¿Quién tendría el valor de enfrentarse a la violencia de esta especie en particular, a estos humanos hostiles que mataban de forma tan fácil y desconsiderada? Aquí, en este planeta, los buscadores se habían convertido prácticamente en una... milicia -término que mi nuevo cerebro suministró para ese concepto tan poco familiar-. La mayoría de nosotros creía que sólo las almas menos civilizadas, las menos evolucionadas, las inferiores podían convertirse en buscadores.

Aun así, los buscadores habían conseguido un nuevo estatus en la Tierra. Nunca antes se había torcido tanto una ocupación, nunca antes se había convertido en una batalla tan fiera y encarnizada. Nunca antes se habían sacrificado las vidas de tantas almas. Los buscadores se alzaban

como un escudo resistente y las almas de este mundo tenían que estarles agradecidas por tres motivos: por la seguridad que habían conseguido alcanzar a pesar del caos, por el riesgo que afrontaban de buen grado a diario de sufrir una muerte definitiva y por los nuevos cuerpos que continuaban suministrando.

Ahora que el peligro casi había pasado parecía que la gratitud también se desvanecía. Y, en lo que se refería a esta buscadora en concreto, el cambio no había sido precisamente agradable.

Era fácil imaginar qué preguntas me haría. Aunque el sanador estaba intentando ganar tiempo para permitir que me acostumbrara a mi nuevo cuerpo, yo sabía que de todas formas haría todo lo posible por ayudar a la buscadora. La quintaesencia de cualquier alma es un concepto correcto de la ciudadanía.

Inspiré profundamente para prepararme. El monitor registró el movimiento. Sabía que me fallaba un poco la respiración, porque, aunque odiaba admitirlo, tenía miedo. Debería explorar los recuerdos llenos de violencia que me habían hecho gritar de horror para conseguir la información que la buscadora necesitaba. Más que eso, temía a la voz que había oído tan alta en mi cabeza. Ahora estaba callada, menos mal. Al fin y al cabo, sólo era un recuerdo.

No debería haber tenido miedo. Después de todo ahora me llamaban Wanderer, y me había ganado el nombre.

Con otro profundo suspiro me sumergí en los recuerdos que tanto me asustaban, enfrentándome a ellos en el interior de mi cabeza con los dientes apretados.

Podría saltarme el final para no verme superada de nuevo. En un avance rápido de imágenes, corrí otra vez a través de la oscuridad, estremeciéndome, intentando no sentir nada. Todo acabó rápidamente.

Una vez pasada esa barrera, no fue difícil flotar a través de cosas y lugares menos angustiosos, buceando en busca de la información que quería. Vi cómo había llegado ella a esta fría ciudad: había conducido toda la noche un coche robado, elegido a conciencia por su aspecto discreto. Había caminado por las calles de Chicago en la oscuridad, temblando bajo el abrigo.

Estaba embarcada en su propia búsqueda. Había otros como ella, o al menos eso creía ella. Uno en particular, un amigo..., no, un familiar. Una hermana..., no, una prima.

El flujo de palabras fue deteniéndose poco a poco, y al principio no entendí el motivo. ¿Se le había olvidado? ¿Lo había perdido debido al trauma de haber estado a punto de cruzar el umbral de la muerte? ¿Quizá me encontraba aún algo torpe por el estado de inconsciencia? Luchaba por pensar con claridad, pero esta sensación me era poco familiar. ¿Aún tenía el cuerpo sedado? Me sentía bastante alerta, pero mi mente trabajaba infructuosamente buscando las respuestas que quería.

Intenté otra vía de abordaje, esperando conseguir respuestas más claras. ¿Cuál era su objetivo? Ella quería encontrar a... Sharon... -¡Al fin recuperé el nombre!-, y entonces ellas...

Choqué contra un muro.

Me encontré ante el vacío, la nada. Intenté dar la vuelta a su alrededor, pero no podía percibir los bordes del agujero. Era como si la información se hubiera borrado.

O como si su cerebro hubiera sufrido algún tipo de daño.

La ira me inundó, ardiente y salvaje. Jadeé por la sorpresa ante una reacción tan inesperada. Había oído hablar de la inestabilidad emocional de los cuerpos humanos, pero esto estaba más allá de mi capacidad de previsión. En ocho vidas completas, jamás había sentido una emoción que me afectara con tanta intensidad.

Sentí el latido de la sangre en mi cuello, golpeando detrás de mis orejas. Las manos se me cerraron hasta formar dos puños.

La máquina que había a mi lado informó de la aceleración de mi pulsación cardíaca. Hubo una reacción en la habitación: los golpes secos de los zapatos de la buscadora se aproximaron, y junto a ellos un ruido más sordo, el de unos pies que se arrastraban, seguramente los del sanador.

-Bienvenida a la Tierra, Wanderer -dijo la voz femenina.

## Capítulo

### 3

## Resistencia

No reconocerá el nuevo nombre -murmuró el sanador.

Me distrajo una nueva sensación, algo agradable: un cambio en el ambiente cuando la buscadora se acercó a mi lado. Comprendí que se trataba de un olor diferente al de aquella habitación estéril e inodora. Mi nueva mente me dijo: «Es perfume». Floral, exuberante...

-¿Puede oírme? -inquirió la buscadora, interrumpiendo mi análisis. -  
-¿Está consciente?

-Dele su tiempo -le pidió el sanador con una voz más dulce que la que había oído antes.

No abrí los ojos. No quería que me distrajeran. Mi mente me suministraba las palabras que necesitaba y la entonación con la que podía transmitir lo que no habría podido decir sin utilizar un montón de palabras.

-¿Me han metido en un anfitrión dañado para obtener la información que necesitan, buscadora?

Percibí un jadeo que expresaba sorpresa e indignación a partes iguales, y algo cálido me rozó la piel, cubriéndome la mano.

-Claro que no, Wanderer -me contestó el hombre con voz tranquilizadora-. Hasta un buscador se detendría ante una situación de ese tipo.

La buscadora jadeó de nuevo. Más bien siseó, me corrigió mi mente.

-Entonces, ¿por qué esta mente no funciona correctamente?

Se hizo un silencio.

-Las exploraciones son todas correctas -repuso la buscadora. Sus palabras no sonaban tranquilizadoras, sino más bien retadoras. ¿Es que pretendía pelearse conmigo?-. Hemos curado el cuerpo por completo...

-De un intento de suicidio que ha estado peligrosamente cerca del éxito. -El tono de mi voz era tenso, incluso airado. No estaba acostumbrada al enfado y realmente era difícil controlarlo.

-Todo estaba en perfecto orden...

El sanador la interrumpió.

-¿Qué es lo que echa de menos? -inquirió-. No hay duda de que ha conseguido acceder al lenguaje.

-La memoria. Estaba intentando encontrar lo que la buscadora quería.

Aunque no se oyó ningún sonido, se produjo un cambio: se relajó la atmósfera de la sala, tensa tras mi acusación. Me pregunté cómo podía yo saber eso. Tenía la extraña sensación de que de algún modo estaba recibiendo algo más de lo que me ofrecían mis cinco sentidos, y de que había otro sentido más, en los bordes de mi conciencia, otro sentido que no se hallaba del todo bajo mi control. ¿La intuición? Ésa parecía ser la palabra correcta. Como si las criaturas necesitaran más de cinco sentidos.

La buscadora se aclaró la garganta, pero fue el sanador quien contestó.

-Ah -comentó-. No se ponga nerviosa porque haya algunas pequeñas dificultades con... los recuerdos. Eso, bueno, no es algo frecuente exactamente, pero tampoco es sorprendente, teniendo en cuenta...

-No entiendo qué quiere decir.

-Esta anfitriona formaba parte de la resistencia humana. -Había un matiz de excitación en la voz de la buscadora-

Los humanos conscientes de nuestra existencia antes de la inserción son los más difíciles de someter, y ésta aún se resiste.

Hubo otro momento de silencio mientras esperaban mi respuesta.

¿Resistencia? ¿La anfitriona estaba bloqueando el acceso? Volvió a sorprenderme la intensidad de mi ira.

-¿Ha sido correcta la conexión? -mascullé entre dientes.

-Sí -repuso el sanador-. Los ochocientos veintisiete puntos están insertados en su posición óptima.

Esta mente empleaba más facultades mías que cualquier anfitrión que hubiera usado antes, dejándome libres sólo ciento ochenta y un enlaces. Quizá la gran cantidad de sujeciones era el motivo de que las sensaciones fueran tan vívidas.

Decidí abrir los ojos. Sentí la necesidad de volver a comprobar las promesas del sanador y asegurarme de que el resto de mí funcionaba correctamente.

¡Qué brillante y dolorosa resultó la luz! Cerré los ojos de nuevo. La última luz que había visto se filtraba a través de cientos de metros de océano, pero estos ojos habían contemplado cosas más brillantes y podían desenvolverse bien. Los abrí, pero a medias, manteniéndolos entrecerrados, dejando que las pestañas se entrelazaran a través de la abertura.

-¿Quiere que apague las luces?

-No, sanador. Mis ojos se ajustarán.

-Muy bien -contestó él, y comprendí que su aprobación se debía al uso que yo había hecho del posesivo.

Ambos esperamos tranquilamente mientras entreabría lentamente

los párpados.

Mi mente identificó el lugar como una habitación normal de un establecimiento médico. Un hospital. Los azulejos del techo eran blancos con motas más oscuras. Las luces eran rectangulares y del mismo tamaño que los azulejos, colocadas a intervalos regulares. Las paredes estaban pintadas de color verde claro, un color calmante, aunque también el color de la enfermedad. Una elección poco inteligente, según la opinión que me acababa de formar al respecto.

Mis observadores eran más interesantes que la habitación. La palabra «doctor» sonó en mi mente tan pronto como fijé los ojos en el sanador. Llevaba unas ropas holgadas de color azul verdoso que le dejaban los brazos libres. y unos matojos ... Tenía pelo en la cara de un extraño color que mi memoria denominó «rojo».

¡Rojo! Había pasado ya por tres mundos desde la última vez que había visto el color o cualquier otra cosa similar. Incluso este color dorado parecido al jengibre me llenó de nostalgia.

Su rostro me pareció humano en términos generales, pero el conocimiento que albergaba en la memoria le aplicó la palabra «amable».

Un bufido de impaciencia hizo que mi atención se volviera hacia la buscadora.

Era muy pequeña. Si se hubiera quedado silenciosa me habría costado más tiempo darme cuenta de que estaba allí, al lado del sanador. No me quitaba ojo, y yo la percibía como una presencia oscura en la habitación brillante. Vestía de negro desde la barbilla hasta las muñecas; llevaba un traje conservador con un jersey de seda de cuello cisne debajo. Tenía el pelo negro, le llegaba hasta la barbilla y se lo sujetaba detrás de las orejas. Su piel era de tono oliváceo, más oscura que la del sanador.

Los pequeños cambios en las expresiones de los humanos eran tan sutiles que resultaban muy difíciles de interpretar. Sin embargo, mi memoria también tenía un nombre para el aspecto que mostraba ahora el rostro de esta mujer. Las cejas negras, inclinadas ligeramente sobre unos ojos un poco saltones, ofrecían un diseño que me era familiar. No tanto ira como algo más intenso: irritación.

-¿Y esto sucede muy a menudo? -inquirí, mirando de nuevo al sanador.

-No muy a menudo -admitió él-. Últimamente tenemos a nuestra disposición muy pocos anfitriones completamente desarrollados. Los anfitriones inmaduros son muy maleables, pero usted solicitó empezar como adulta.

-Sí.

-La mayoría pide justo lo contrario. El ciclo vital humano es mucho más corto que a lo que están acostumbrados.

-Estoy bien informada de todo eso, sanador. ¿Se han encontrado antes con este... tipo de resistencia?

-En mi caso sólo una vez.

-Cuénteme los hechos del caso. -Hice una pausa; luego, al

comprender la falta de cortesía con que había expresado mi petición, añadí: Por favor.

El sanador suspiró.

La buscadora comenzó a tamborilear con los dedos sobre el brazo. Eso era un signo de impaciencia. No tenía ganas de esperar para averiguar lo que quería saber.

-Ocurrió hace ahora unos cuatro años -comenzó el sanador-. El alma implicada había pedido un anfitrión macho adulto. El primero que pudimos encontrar fue uno que había vivido en un foco de resistencia humana desde los primeros años de la ocupación. El humano... sabía lo que ocurriría si lo capturábamos.

-Igual que mi anfitriona.

-Mmm, sí. -Se aclaró la garganta-. Sólo era la segunda vida del alma, y procedía del Mundo Ciego.

-¿Mundo Ciego? -pregunté mientras ladeaba la cabeza en un gesto reflexivo.

-Oh, lo siento, seguramente no conocerá nuestros nombres coloquiales. Aunque ese planeta era uno de los suyos, ¿no? -Extrajo un instrumento de su bolsillo, un ordenador, y lo consultó con rapidez-. Sí, su séptimo planeta. En el sector octogésimo primero.

-¿Mundo Ciego? -insistí de nuevo, con un tono desaprobador en la voz.

-Sí, bueno, algunos de los que han vivido allí prefieren llamarlo el Mundo Cantante.

Asentí lentamente; ese nombre me gustaba mucho más.

-Y los que no han estado allí nunca lo llaman el Planeta de los Murciélagos -masculló la buscadora.

Miré en su dirección al tiempo que sentía cómo entrecerraba los ojos para rebuscar en mi memoria una imagen nítida del feo roedor volador al que se refería.

-Supongo que usted es uno de los que jamás han vivido allí, buscadora -comentó en tono ligero el sanador-. Al principio llamamos a aquella alma *Racing Song*\* lo que era una traducción libre de su nombre en el... Mundo Cantante; pero pronto optó por adoptar el nombre de su anfitrión, Kevin. Aunque fue destinado a una vocación de interpretación musical, dada su procedencia, dijo que se encontraría mucho más cómodo si continuaba en la anterior línea de trabajo de su anfitrión, que era mecánico.

\* *Canción Mensajera.*

-El acomodador asignado comprendió que éstos eran síntomas de que había algo preocupante, pero se hallaban dentro de los límites normales.

-Entonces Kevin comenzó a quejarse de que se quedaba en blanco durante ciertos periodos de tiempo. Me lo volvieron a traer y le hicimos unas pruebas completas para asegurarnos de que no había ningún defecto escondido en el cerebro del anfitrión. Durante las pruebas, varios sanadores notaron claras diferencias tanto en su comportamiento como en su personalidad. Cuando le preguntamos sobre el asunto, se quejó de que no

tenía recuerdos de ciertas afirmaciones y acciones. Continuamos observándolo, junto con su acomodador, hasta que descubrimos por casualidad que algunas veces, de forma intermitente, el anfitrión tomaba el control del cuerpo de Kevin.

-¿Que tomaba el control? -Puse los ojos como platos-. ¿Y el alma no se daba cuenta? ¿El anfitrión recuperaba su cuerpo?

-Sí, así es; por desgracia. Kevin no era lo bastante fuerte como para suprimir a su anfitrión.

«No era lo bastante fuerte».

¿Es que ellos me consideraban también débil? ¿Era yo tan débil que no podía forzar a esta mente a contestar a mis preguntas? Desde luego, yo era tan débil como para que sus pensamientos vivos perduraran en mi cabeza, donde no debería haber otra cosa que recuerdos. Siempre había pensado que era fuerte y la idea de ser débil provocó que me estremeciera. Me hizo sentirme culpable.

El sanador continuó:

-Ocurrieron ciertas cosas y se decidió...

-¿Qué cosas?

El sanador bajó la vista sin contestarme.

-¿Qué cosas? -exigí de nuevo-. Creo que tengo cierto derecho a saberlo.

El sanador suspiró.

-Así es. Kevin... atacó físicamente a un sanador mientras no era... él mismo. -Tembló ligeramente-. Dejó a una sanadora inconsciente de un puñetazo y después le quitó un escalpelo que llevaba encima. Lo encontramos inconsciente. El anfitrión había intentado cortar el alma y sacarla fuera de su cuerpo.

Tardé un momento hasta que pude volver a hablar. Cuando lo conseguí, mi voz apenas fue más que un susurro:

-¿Qué les ocurrió?

-Afortunadamente, el anfitrión había sido incapaz de estar presente en la consciencia el tiempo suficiente como para infligirse un daño serio. Kevin fue recolocado, esta vez en un anfitrión joven. No hubo forma de reparar el anfitrión defectuoso, así que se decidió que no tenía mucho interés salvarlo.

»Kevin tiene ahora siete años humanos y es perfectamente normal..., aparte del hecho de que, curiosamente, ha mantenido el nombre de Kevin. Sus guardianes se están preocupando de que esté muy expuesto a la influencia musical y se está desarrollando bien... -La frase final la había añadido como si eso fuera una noticia excelente, tan buena que compensara todo lo anterior.

-¿Por qué...? -Me aclaré la garganta de modo que mi voz adquiriera seguridad-. ¿Y por qué no se han hecho públicos esos riesgos?

-En realidad -interrumpió la buscadora-, en toda la propaganda de reclutamiento se explica muy claramente que asimilar a los anfitriones humanos adultos que quedan es mucho más difícil que asimilar a un niño. Se



recomienda encarecidamente un anfitrión joven.

-El adjetivo «difícil» no es el que yo aplicaría a la historia de Kevin -susurré.

-Sí, bueno, pero lo cierto es que usted prefirió ignorar la recomendación. -Alzó las manos en un gesto universal de paz cuando vio que mi cuerpo se ponía tenso y yo me movía molesta, haciendo que las rígidas sábanas crujieran suavemente-. No es que la culpe. La infancia es extraordinariamente tediosa, y, sin duda, usted no es un alma mediocre. Confío plenamente en que esta tarea está dentro de sus capacidades. Es sólo otro anfitrión más. Estoy segura de que en poco tiempo tendrá acceso y control totales.

En ese momento, de repente, me sorprendió que la buscadora tuviera paciencia suficiente para soportar cualquier tipo de dilación, incluso la de mi aclimatación personal. Capté el desagrado que le suponía mi falta de información y eso provocó en mí de nuevo extraños sentimientos de ira.

-¿No se le ha ocurrido que podría obtener usted misma las respuestas haciendo que la insertaran en este cuerpo? -le pregunté.

Ella se envaró.

-Ya tengo una anfitriona.

-Hay una larga lista de espera para conseguir anfitriones adultos -le recordé-. No estaría desocupada mucho tiempo.

La frente se le pobló con unas cuantas arrugas debidas a la irritación.

-No soy una *saltadora*.

Enarqué las cejas de forma automática a modo de interrogación.

-Es otra palabra coloquial -me explicó el sanador-. Se aplica a quienes son incapaces de completar un ciclo vital en su anfitrión.

Asentí al comprenderlo. Teníamos también un nombre para eso en mis otros mundos, y en ninguno de ellos estaba bien visto, por lo que dejé de poner a prueba a la buscadora y le ofrecí lo que podía darle.

-Su nombre era Melanie Stryder, nacida en Albuquerque, Nuevo México. Estaba en Los Ángeles cuando se enteró de que la ocupación estaba teniendo lugar y se escondió en alguna zona inexplorada durante unos años antes de encontrar... Hum, lo siento, intentaré recordar eso luego. Mi cuerpo ha cumplido veinte años. Condujo hacia Chicago desde... -Negué con la cabeza-. Realizó el viaje en varias etapas, y no todas las hizo sola. El vehículo era robado. Estaba buscando a su prima Sharon, pues tenía fundadas esperanzas de que aún fuera humana. Ni se encontró ni estableció contacto alguno con nadie hasta que fue localizada, pero... -Forcejeé con mi mente, luchando de nuevo contra otro muro en blanco-. Creo..., no puedo estar segura..., creo que dejó una nota... en algún lugar.

-¿Así que esperaba que alguien la encontrara? -inquirió rápidamente la buscadora.

-Sí. La echarán de menos si no se cita con... -Apreté los dientes, luchando con fuerza.

El muro era negro ahora y no podía decir cómo de grueso. Lo

golpeé, mientras el sudor me goteaba por la frente. La buscadora y el sanador permanecieron muy quietos a fin de favorecer mi concentración.

Intenté pensar en alguna otra cosa, en los ruidos poco familiares, muy altos, que producía el coche, en el nervioso subidón de adrenalina que experimentaba cada vez que se me acercaban las luces de otros vehículos en la carretera. Eso había conseguido recuperarlo sin que nada me expulsara del pensamiento. Me dejé llevar por los recuerdos y me salté la parte de la fría excursión a través de la ciudad bajo la protectora oscuridad de la noche, dejándola conducirme a su manera hacia el edificio donde me habían encontrado.

Pero no a mí, a ella. Mi cuerpo se estremeció.

-No se fuerce... -me recomendó el sanador.

La buscadora le hizo callar con un siseo.

Dejé a mi mente sufrir el horror del descubrimiento, y sentí un odio ardiente contra los buscadores que lo dominó casi todo. El odio era algo malo, era doloroso. Apenas podía soportar ese sentimiento, pero le dejé seguir su curso con la esperanza de poder distraer la resistencia y debilitar sus defensas.

Observé cuidadosamente el intento de esconderse hasta que se dio cuenta de que no lo lograría. Garabateó una nota en un trozo de papel con un lápiz roto y lo deslizó a toda prisa por debajo de una puerta; pero no era una puerta cualquiera.

-La pauta es la quinta puerta del quinto corredor del quinto piso. Allí está la nota.

La buscadora tenía un teléfono pequeño en la mano y comenzó a murmurar rápidamente por él.

-Suponía que el edificio era seguro -continué-. Ellos sabían que estaba abandonado. Y ella no sabe cómo la descubrieron. ¿Acaso habían encontrado a Sharon?

Un escalofrío de terror me puso los brazos de carne de gallina.

Esa pregunta no era mía.

No era mía, pero fluyó con naturalidad a través de mis labios como si lo fuera. La buscadora no notó nada anormal.

-¿La prima? No, no hemos encontrado a ningún otro humano -contestó ella y mi cuerpo se relajó como respuesta-. Esta anfitriona fue localizada cuando entraba en el edificio. Como se sabía que el inmueble estaba abandonado, el ciudadano que la vio pensó que había algo raro. Nos llamó, y después lo vigilamos para ver si podíamos capturar a más de uno, pero abandonamos el lugar cuando vimos que era improbable. ¿Puede localizar el punto de encuentro?

Lo intenté...

Sin embargo, había demasiados recuerdos, y todos eran vívidos e intensos. Vi cien lugares en los que nunca había estado, y escuché sus nombres por primera vez: una casa en Los Ángeles flanqueada por árboles altos y frondosos; un claro en un bosque con una tienda de campaña y un fuego de campamento en las afueras de Winslow, Arizona; una desierta playa rocosa en México; y una cueva con la entrada protegida por la lluvia torrencial

en algún lugar de Oregón. Tiendas de campaña, cabañas, toscos refugios. Los nombres se volvían cada vez menos específicos conforme avanzaba el tiempo. Ella no sabía dónde estaba o había terminado por darle igual.

Mi nombre ahora era Wanderer, y los recuerdos de Melanie encajaban perfectamente con los míos, excepto que mi viaje había sido por elección. El miedo del fugitivo presidía siempre esos recuerdos intermitentes. No era un viaje, sino una huida.

Me esforcé en definir esos recuerdos en un intento de no sentir compasión. No necesitaba ver dónde había estado, sino su destino final. Revisé las imágenes asociadas a la palabra «Chicago», pero todas parecían ser poco más que imágenes al azar. Amplié el rango de búsqueda. ¿Qué había fuera de Chicago? Frío, supuse. Hacía frío y había algo que le preocupaba al respecto.

« ¿Dónde?», presioné, pero otra vez se alzó el muro.

Exhalé con un resoplido.

-Fuera de la ciudad..., en los páramos..., en un parque nacional, lejos de cualquier lugar habitado. No es un sitio en el que ella haya estado antes, pero sabe cómo llegar hasta allí.

-¿Cuándo tiene que ir? -inquirió la buscadora.

-Pronto. -La respuesta me salió de forma automática-. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

-Hemos dejado que la anfitriona sanara durante nueve días, sólo para estar absolutamente seguros de que se había recuperado -comentó el sanador-. La inserción ha sido hoy, al décimo día.

Diez días. Mi cuerpo sintió una sorprendente oleada de alivio.

-Demasiado tarde -les dije- para el punto de encuentro... o incluso para la nota. -Podía sentir la reacción de la anfitriona, y la sentía con demasiada fuerza. La anfitriona se mostraba casi petulante. Yo debía permitir la salida de las palabras que ella pensaba y así aprender de ellas-. Él no estará allí.

-¿Él? -La buscadora dio un respingo-. ¿Quién?

El muro negro se alzó con más fuerza que antes. Sólo que llegó tarde por una mínima fracción de segundo.

Un rostro llenó mi mente de nuevo. Un semblante hermoso de una luminosa tez atezada y ojos moteados por la luz. Esas facciones despertaban en mí un placer extraño y profundo mientras las percibía con total claridad en mi mente.

Aunque el muro se había deslizado en su lugar, acompañado por una sensación de feroz resentimiento, no había sido lo bastante rápido.

-Jared -respondí. Tan rápidamente como había llegado a mi mente, un pensamiento que no era mío siguió al nombre a través de mis labios:- Jared está a salvo.

## Capítulo 4

### Sueños

Estaba demasiado oscuro como para que hiciera tanto calor o hacía demasiado calor como para estar tan oscuro. Una de las dos cosas estaba fuera de lugar.

Me acucillé en la oscuridad detrás de la débil protección de un achaparrado arbusto de *governadora*\*, sudando toda el agua que me quedaba en el cuerpo. Habían pasado quince minutos desde que el coche salió del garaje. No se veía dentro ninguna luz. La puerta corredera estaba abierta cinco centímetros, dejando que el humidificador hiciera su trabajo. Podía imaginarme la sensación de humedad, el aire frío que soplaba a través de la cortina y que me habría gustado que llegara hasta mi emplazamiento.

*\*El chaparral o gobernadora (Larrea tridentata) es una planta de amplio uso medicinal que se toma en forma de infusión. [N. de la T.]*

El estómago me rugió y apreté los músculos abdominales para intentar sofocar el ruido. Reinaba un silencio tan absoluto que podía oírse fácilmente cualquier sonido.

Me moría de hambre.

Pero había otra necesidad que era aún mayor, otro estómago hambriento escondido y bien seguro allá en la negrura, esperando a solas en la tosca cueva que era nuestro hogar temporal, un lugar pequeño, rodeado por contornos recortados de piedra volcánica. ¿Qué haría él si yo no regresaba? Sentía toda la presión de la maternidad, aunque carecía por completo del conocimiento que aporta la experiencia. Me sentía odiosamente impotente. ¡Jamie tenía hambre!

No había ninguna otra casa cercana a ésta. Había estado vigilando cuando el sol aún irradiaba su calor candente en el cielo y tampoco creía que hubiera perro.

Las pantorrillas acalambradas me dolieron cuando me levanté de mi postura en cuclillas con la cintura doblada, intentando que no se me viera detrás del arbusto. La senda de entrada dibujaba en el suelo una estela como de arena suave, un camino pálido a la luz de las estrellas. No se percibía ruido alguno de tráfico en la carretera.

Esos monstruos con el aspecto de una encantadora pareja al

comienzo de la cincuentena se darían perfectamente cuenta cuando volvieran, como yo muy bien sabía. Y también averiguarían exactamente lo que soy yo, de modo que comenzarían la búsqueda de inmediato. Necesitaba estar lejos cuando llegara ese momento. Albergaba la esperanza de que hubieran salido a pasar la noche en la ciudad, porque me parecía que debía de ser viernes. Mantenían nuestros hábitos con tal perfección que apenas podía verse ninguna diferencia. Así fue como habían conseguido ganar al principio.

La verja alrededor del patio apenas me llegaba a la cintura. La salté con facilidad, sin hacer ruido. Tuve que andar con cuidado para no dejar huellas al pisar la gravilla del patio y me dirigí hacia la parte enlosada.

Las persianas estaban subidas. La luminosidad de las estrellas bastaba para ver que no había movimiento alguno en las habitaciones. Esta pareja llevaba una vida espartana y me sentí agradecida por ello, aunque eso hacía mucho más difícil esconderse. Claro que si tenía que llegar a ese extremo sería demasiado tarde de todos modos.

Abrí la puerta mosquitero primero y luego la de cristal.

Ambas se deslizaron en silencio. Puse los pies con cuidado en las baldosas, aunque por una simple costumbre, ya que nadie me esperaba aquí.

El aire frío me supo a cielo.

Tenía la cocina a mi izquierda, donde relumbraban las encimeras de granito.

Desprendí la bolsa de lona de mi hombro y empecé por el frigorífico. Sentí algo de nerviosismo cuando al abrir la puerta se encendió la luz, pero encontré el botón y lo apreté con el dedo. Me quedé a ciegas y, como no tenía tiempo para dejar que mis ojos se adaptaran de nuevo, funcioné por pura intuición.

Había leche, pedazos de queso y otros restos en un cuenco de plástico. Esperaba que fuese aquella cosa de arroz con pollo que les había visto cocinar por la mañana y que con suerte podríamos comernos esa misma noche.

Zumo, una bolsa de manzanas. Zanahorias enanas. Éstas aguantarían bien hasta la mañana.

Me apresuré hacia la despensa, necesitaba vituallas que se conservaran el máximo tiempo posible.

Allí podía ver mucho mejor, por lo que recogí cuanto pude llevarme. Mmm, chocolate, patatas fritas con sabores. Me moría por abrir allí mismo la bolsa, pero apreté los dientes e ignoré el retortijón de mi estómago vacío.

La bolsa se llenó muy pronto hasta arriba. Esto sólo nos duraría una semana, incluso si comíamos con moderación, y no tenía ganas precisamente de andar con miramientos, más bien lo que sentía eran deseos de atiborrarme de comida. Me llené los bolsillos con barritas de cereales.

Una cosa más. Me dirigí apresuradamente hacia el fregadero y rellené la cantimplora. Entonces puse la cabeza debajo del grifo y bebí directamente de él. El agua hacía ruidos extraños cuando caía en mi estómago vacío.

Ahora que había terminado el trabajo empezó a entrarme el pánico. Quería estar ya fuera de allí, la civilización era mortal para mí.

Mientras salía iba mirando al suelo, preocupada por no tropezar con la bolsa tan pesada que acarreaba, y ése fue el motivo por el cual no vi la silueta oscura de la figura en el patio hasta que no puse la mano en la puerta.

Le oí mascullar una maldición al mismo tiempo que se me escapaba de la boca un estúpido grito de miedo. Me abalancé hacia la puerta de la entrada, esperando que no tuviera los cerrojos echados o al menos que no fueran difíciles de abrir.

Pero no pude dar ni dos pasos antes de que unas rudas manos endurecidas me agarraran por los hombros y me apretaran contra su cuerpo. Era demasiado grande y demasiado fuerte para ser una mujer. La voz de tono grave demostró que no me equivocaba.

-Un sonido y morirás -me amenazó bruscamente. Me quedé horrorizada cuando sentí un filo agudo y muy fino presionándome la piel bajo la mandíbula.

No entendía nada. Ni siquiera había tenido una oportunidad. ¿Quién era este monstruo? Nunca había oído hablar de ninguno que rompiera las reglas de este modo. Respondí de la única manera que podía.

-Hágalo -escupí entre los dientes-. Máteme de una vez. ¡No quiero convertirme en un asqueroso parásito!

Esperé al cuchillo y me dolió el corazón. Cada latido tenía nombre propio: Jamie, Jamie, Jamie. ¿Qué le iba a ocurrir ahora?

-Muy lista -masculló el hombre, y no sonó como si estuviera hablando conmigo-. Debes de ser una buscadora. Y eso significa una trampa. ¿Cómo lo han averiguado?

El acero desapareció de mi garganta, pero fue reemplazado por una mano tan dura como el hierro. Apenas podía respirar bajo su garra.

-¿Dónde están los demás? -me preguntó, apretando más.

-¡Sólo estoy yo! -respondí con voz rasposa. No podía llevarles hasta Jamie. ¿Qué iba a hacer si yo no regresaba? ¡Jamie tenía hambre!

Le enterré el codo en las tripas, algo que duele de verdad, pero sus músculos abdominales eran duros como el acero, tanto como su mano, lo cual era muy extraño. Esos músculos eran producto de una vida dura o de la obsesión, y los parásitos no padecían ninguna de esas dos cosas.

Ni siquiera pestañeó ante el golpe. Desesperada, le hundí el talón en el empeine. Esto le pilló con la guardia baja y se tambaleó. Me solté de un tirón, pero me agarró de la bolsa, atrayéndome de nuevo hacia su cuerpo. Me atenazó de nuevo el cuello con las manos.

-Qué batalladora para ser una ladrona de cuerpos amante de la paz, ¿no?

Sus palabras no tenían sentido. Siempre había pensado que los extraterrestres eran todos iguales, aunque era de suponer que también tuvieran sus extraños trabajos después de todo.

Me retorcí y le arañé intentando romper su presa. Le alcancé en el brazo con las uñas, pero eso únicamente sirvió para que intensificara la

presión sobre mi garganta.

-Te voy a matar, despreciable ladrona de cuerpos. No estoy de broma.

-¡Hazlo entonces!

Repentinamente jadeó y me pregunté si alguno de mis golpes había conseguido alcanzarle.

Me soltó el brazo y me agarró del pelo. Eso debía de ser: iba a cortarme la garganta ya. Me preparé para sentir el filo del cuchillo...

Sin embargo, la fuerza con la que me agarraba se aflojó y entonces empezó a rebuscar torpemente en la parte de atrás de mi cuello con unas manos rudas pero cálidas sobre mi piel.

-Imposible -musitó.

Dejé de sentir su mano sobre el cuello y luego algo impactó en el suelo con un golpe sordo. ¿Había dejado caer el cuchillo? Intenté pensar en una forma de hacerme con él. Quizá si me deslizaba hacia abajo... La mano que aferraba mi pelo no era lo suficientemente fuerte como para que no pudiera soltarme. Creía haber oído dónde había caído.

Me dio la vuelta con brusquedad. Sonó un clic y una luz me cegó el ojo izquierdo. Jadeé y automáticamente intenté retorcerme para alejarme de él. Me tiró de nuevo del pelo y la luz se deslizó al ojo derecho.

-No me lo puedo creer -susurró él-. Todavía eres humana.

Me agarró la cabeza entre las dos manos y, antes de que pudiera apartarme, apretó con fuerza sus labios contra los míos.

Me quedé helada durante un segundo. Nadie me había besado en la vida. Al menos no un beso de verdad. Sólo los suaves besos de mis padres en las mejillas y la frente, y de eso hace ya mucho tiempo. Esto era algo que no esperaba que fuera a experimentar nunca. Sin embargo, no estaba segura de lo que sentía en realidad. Había allí demasiado pánico, demasiado terror y demasiada adrenalina.

Alzando la rodilla, le propiné un buen golpe.

Lanzó un grito ahogado, comenzó a resollar con dificultad y me liberé. En vez de correr de nuevo hacia el frente de la casa como él esperaba, me deslicé por debajo de su brazo y salté a través de la puerta abierta. Me creí capaz de superarle en la carrera, incluso con la carga que llevaba. Tenía al menos un par de metros de ventaja mientras él seguía profiriendo exclamaciones de dolor. Sabía adónde iba y no dejaría un rastro que él pudiera seguir en la oscuridad. No dejé caer la comida y eso era bueno. Sin embargo, había perdido las barritas de cereales, ¡lástima!

-¡Espera! -aulló él.

«Cierra el pico», pensé, aunque no lo dije en voz alta.

Corría ahora detrás de mí y su voz se oía cada vez más próxima:

-¡No soy uno de ellos!

« ¡Venga ya!».

Mantuve los ojos fijos en la arena y aceleré la carrera. Mi padre solía decir que corría como un guepardo. Era la más rápida de mi equipo de atletismo, y había sido campeona del estado, justo antes del final del mundo.

-¡Escúchame! -Todavía gritaba a pleno pulmón-. ¡Mira! Te lo puedo demostrar. ¡Sólo párate y mírame!

«Ni de guasa». Giré al llegar al camino de la entrada y volé a través de los mezquites.

-¡Creo que no queda ningún humano más! Por favor, ¡debo hablar contigo!

Su voz me sorprendió, porque sonaba demasiado cerca.

-¡Siento haberte besado! ¡Ha sido una estupidez! ¡Es que he estado solo demasiado tiempo!

-¡Cierra la boca!

No lo dije en voz muy alta..., pero me oyó, ya que se estaba acercando cada vez más. Nadie me había ganado nunca en una carrera, así que forcé el ritmo un poco más.

Escuché cómo él resoplaba por lo bajo cuando aceleró también.

Algo grande chocó contra mi espalda y me hizo caer. Probé el sabor del polvo y me vi inmovilizada por un cuerpo tan pesado que apenas me dejaba respirar.

-Espera... un... minuto -resolló, enfadado.

Me alivió un poco de su peso y me dio la vuelta. Se sentó a horcajadas sobre mi pecho, inmovilizándome los brazos con las rodillas. Se puso a registrar mi comida. Gruñí e intenté escurrirme de debajo de él.

-¡Mira, mira, mira! -me dijo. Sacó un pequeño cilindro del bolsillo que llevaba colgado a la cadera y giró la parte superior. Surgió un rayo de luz del extremo.

Volvió la luz de la linterna hacia su propio rostro.

La luz le dio a su piel un tono amarillento. Mostró unos pómulos prominentes alrededor de una nariz larga y delgada y una mandíbula muy cuadrada. Sus labios se torcieron en una mueca y pude ver que los tenía muy llenos para ser un hombre. Tenía las cejas y las pestañas quemadas por el sol.

Pero no era eso lo que me estaba mostrando.

Sus ojos líquidos, de un claro color siena bajo la luz, brillaron con un reflejo auténticamente humano. Movié la luz de la derecha a la izquierda.

-¿Lo ves? ¿Lo ves? Soy como tú.

-Déjame ver tu cuello. -La sospecha teñía mi voz. No me iba a permitir a mí misma creer que era algo más que un truco. No sabía de qué iba el asunto, pero seguro que encerraba una trampa. Ya no quedaban esperanzas.

Torció los labios.

-Bien... Eso no sirve para nada. ¿No te bastan los ojos?

Ya sabes que no soy uno de ellos.

-Pero ¿por qué no me muestras el cuello?

-Porque ahí tengo una cicatriz -admitió.

Intenté forcejear debajo de él de nuevo, y me sujetó el hombro con su mano.

-Me la hice yo mismo -me explicó-. Creo que hice un trabajo



bastante bueno, aunque me dolió como mil demonios. Yo no tengo todo ese pelo precioso que tú tienes para cubrirme el cuello. La cicatriz me ayuda a mezclarme con ellos.

-Quítame las manos de encima.

Tras dudar un momento, en un solo movimiento fluido se puso en pie, sin necesidad de usar las manos. Me ofreció una mano con la palma hacia arriba.

-Por favor, no huyas. Y, hum, preferiría que no me dieras otra patada.

No me moví. Sabía que podía volverme a capturar si intentaba huir.

-¿Quién eres? -susurré.

Sonrió ampliamente.

-Mi nombre es Jared Howe. No he hablado con ningún otro ser humano desde hace más de dos años, así que estoy seguro de que todo esto te debe de parecer... un poco de locos. Por favor, perdona. Y dime tu nombre, te lo ruego.

-Melanie -susurré.

-Melanie -repitió él-. No sabes lo feliz que estoy de haberte encontrado.

Apreté la bolsa con fuerza contra mi pecho, sin quitarle ojo en ningún momento. Bajó la mano lentamente hacia mí.

Y la cogí.

Hasta que no vi mi mano cerrarse alrededor de la suya voluntariamente no me di cuenta de que le creía.

-¿Y qué vamos a hacer ahora? -pregunté con cautela.

-Bueno, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

¿Quieres volver a entrar conmigo en la casa? Me he dejado allí mi mochila. Me diste un golpe contra el frigorífico.

Negué con la cabeza.

Pareció darse cuenta de lo precario de mi estado de ánimo, de lo cerca que estaba de hundirme.

-Entonces, ¿me esperas aquí? -preguntó con voz dulce-. Seré muy rápido e intentaré traer un poco más de comida para los dos.

-¿Para los dos?

-¿De verdad crees que voy a dejarte desaparecer? Te seguiré aunque me digas que no.

Pero yo no quería desaparecer.

-Yo... -¿Por qué no iba a confiar en otro ser humano por completo? Éramos familia, los dos parte de una humanidad en peligro de extinción-. No tenemos tiempo. He estado lejos demasiado tiempo y... Jamie me espera.

-No estás sola -comprendió. Su rostro expresó inseguridad por primera vez.

-Es mi hermano. Sólo tiene nueve años y se asusta mucho cuando estoy lejos. Me va a llevar la mitad de la noche llegar hasta donde está. No sabe si me han capturado y tiene mucha hambre. -Mi estómago gruñó ruidosamente, como para acentuar mi afirmación.

Jared me devolvió una sonrisa más brillante que antes. -¿Te serviría de ayuda si te llevo en coche?

-¿En coche? -pregunté sorprendida.

-Hagamos un trato: espérame aquí hasta que consiga más comida y te llevaré a cualquier parte a la que quieras ir en mi todoterreno. Es más rápido incluso que tú corriendo.

-¿Tienes un coche?

-Claro. ¿Creías que había llegado hasta aquí a pie?

Pensé en las seis horas que me había llevado ir hasta allí y se me puso mala cara.

-Llegaremos al lado de tu hermano en muy poco tiempo -me prometió-. No te muevas de aquí, ¿vale?

Asentí.

-Y come algo, por favor. No quiero que tu estómago nos delate. - Sonrió burlonamente y encogió los ojos, formándosele una red de arruguitas en las comisuras. Mi corazón dio un fuerte latido y supe que esperaré aunque tardara toda la noche.

Todavía me sujetaba la mano. Me la soltó despacio, sin que sus ojos perdieran de vista los míos. Dio un paso hacia atrás y luego se detuvo.

-Y por favor, no vuelvas a darme una patada como ésa -me imploró, inclinándose hacia delante y cogiéndome por la barbilla. Me besó de nuevo y esta vez sí lo sentí. Sus labios eran más suaves que las manos y cálidos, incluso en la tórrida noche del desierto. Se me alborotaron en el estómago un puñado de mariposas que me dejaron sin aliento. Mis manos se alzaron hacia él de forma instintiva. Tanteé la piel cálida de su mejilla y el pelo áspero de su cuello. Mis dedos pasaron casi rozando una línea de piel arrugada, un reborde elevado justo bajo la línea de crecimiento del pelo.

Grité.

Me desperté cubierta de sudor. Antes de que estuviera del todo consciente, noté mis dedos en la parte trasera de mi cuello, trazando la corta línea que había dejado la inserción. Apenas podía detectar la ligera imperfección rosada con las yemas de los dedos. Las medicinas que el sanador había usado habían hecho bien su trabajo.

La cicatriz mal curada de Jared no serviría mucho como disfraz.

Encendí la luz que había aliado de mi cama y esperé a que se me calmara la respiración, pues la adrenalina corría por mis venas debido al realismo del sueño.

Un nuevo sueño, pero en esencia muy parecido a todos los otros que me habían acosado en los últimos siete meses.

«No, no es un sueño». Seguramente sería un recuerdo. Podía sentir todavía el calor de los labios de Jared sobre los míos. Extendí las manos pero fue sin mi permiso real, buscando a través de las sábanas arrugadas algo que no iban a encontrar. Me dolía el corazón cuando se rindieron y cayeron flácidas y vacías sobre la cama.

Pestañeeé para evacuar la incómoda humedad de mis ojos. No

sabía cuánto tiempo iba a poder seguir soportando esto. ¿Cómo podía la gente sobrevivir en este mundo con esos cuerpos cuyos recuerdos no se quedaban en el pasado como era su obligación? ¿Qué iba a hacer con estas emociones tan fuertes que desdibujaban por completo mis propios sentimientos?

Al día siguiente iba a estar reventada, pero tenía tan poco sueño que sabía que pasarían horas antes de que pudiera relajarme. Lo más apropiado sería cumplir con mi deber y terminar de una vez por todas. Quizá me podría ayudar el apartar la mente de esos temas en los que no me convenía pensar. Me di la vuelta en la cama, me levanté y fui trastabillando hasta el ordenador del escritorio vacío. Apenas le llevó unos segundos a la pantalla volver a la vida, y otros cuantos segundos más abrir mi programa de correo. No era difícil encontrar la dirección de la buscadora. Sólo tenía cuatro contactos: la buscadora, el sanador, mi nuevo jefe y la mujer de éste, mi acomodadora.

**Había otro humano con mi anfitriona, Melanie Stryder.**

**Mecanografié sin molestarme siquiera en saludar:**

**Su nombre es Jamie Stryder; es su hermano.**

Durante un momento de pánico me pregunté sobre el alcance del control que ejercía sobre mí. Durante todo este tiempo pasado no había podido adivinar nada referente a la existencia del niño, no porque a ella no le importara, sino porque lo había protegido con más fiereza que cualquier otro de los secretos que le había arrancado. ¿Tenía otros aún más grandes que éste o tan importantes? ¿Tan sagrados eran para ella que los mantenía ocultos incluso en mis sueños? ¿Cómo es que era tan fuerte? Me temblaron los dedos mientras tecleaba el resto de la información:

**Creo que ahora es un joven adolescente de unos trece años.  
Estuvieron viviendo en un campamento temporal situado al norte de la  
ciudad de Cave Creek, en Arizona.**

**Esto fue, sin embargo, hace varios años.  
Aun así, se puede comparar en el mapa con aquellas líneas que recordé  
con anterioridad. Como siempre, le contaré lo que averigüe.**

Lo envié. Tan pronto como desapareció de la pantalla, el terror me invadió.

« ¡Jamie no! ».

Su voz en mi cabeza sonaba tan clara como la mía propia, como si hubiera hablado en voz alta. Me estremecí horrorizada.

Incluso cuando luchaba contra el miedo ante lo que estaba sucediendo, me sentía dominada por el deseo insano de enviar un nuevo correo a la buscadora y disculparme por haberle relatado el resultado de mis locos sueños. Quería decirle que estaba medio dormida y que no le prestara atención al estúpido mensaje que acababa de enviar.

Pero ese deseo no era mío.

Apagué el ordenador y desenchufé la clavija de la pared.

«Te odio», siseó la voz en mi mente.

-Entonces será mejor que te marches -respondí bruscamente. El sonido de mi propia voz, contestándole en alto, me hizo temblar de nuevo.

Ella no me había dirigido la palabra desde aquellos primeros momentos, cuando llegué a donde estaba ahora. No cabía duda de que se estaba fortaleciendo. Al igual que sus sueños.

Y no había nada que pudiera hacer al respecto; no tenía más remedio que visitar a mi acomodadora al día siguiente. Se me llenaron los ojos de lágrimas de desagrado y humillación ante tal perspectiva.

Me volví a la cama. Me puse la almohada sobre la cara e intenté no pensar en nada en absoluto.

## Capítulo 5

### Desconsuelo

-Hola, Wanderer! ¿Por qué no tomas asiento y te pones cómoda?

Vacilé en el umbral de la oficina de la acomodadora, con un pie fuera y otro dentro.

Ella sonrió, apenas un movimiento insinuado en la comisura de los labios. Ahora me resultaba mucho más fácil leer las expresiones faciales; los pequeños fruncimientos y cambios musculares se me habían vuelto familiares después de verme expuesta a ellos durante meses. Supe que la acomodadora encontraba mi renuencia algo divertida. Al mismo tiempo podía percibir una cierta frustración por su parte ante el hecho de que aún me sintiera violenta al acudir a ella.

Con un silencioso suspiro de resignación caminé hacia la pequeña habitación llena de alegres colores y me senté en mi lugar habitual, uno mullido y rojo, el que estaba más lejos de donde ella se sentaba.

Frunció los labios.

Para evitar su mirada, miré fijamente a través de las ventanas abiertas hacia las nubes que se deslizaban delante del sol. Un olor leve pero intenso a agua salada flotaba en la habitación.

-Muy bien, Wanderer. Ha pasado ya un tiempo desde que viniste a verme.

La miré con expresión culpable.

-Le dejé un mensaje después de la última cita. Tenía un estudiante que me ha ocupado bastante tiempo...

-Sí, ya lo sé. -Ella esbozó otra vez esa sonrisa despreocupada-. Me llegó el aviso.

Era atractiva, aunque había envejecido, como les sucedía a los humanos. Se había dejado el pelo de su gris natural, y tenía un aspecto suave que tendía más al blanco que al plateado; lo llevaba largo, recogido en una cola de caballo. Sus ojos eran de un interesante color verde que jamás había visto en ninguna otra persona.

-Lo siento -me disculpé, ya que ella parecía esperar una respuesta

por mi parte.

-No pasa nada, lo comprendo. Te resulta difícil venir aquí. Desearías que nada de esto fuera necesario; de hecho, no te ha resultado necesario antes, y eso te asusta.

Miré fijamente hacia el suelo de madera.

-Sí, acomodadora.

-Ya sabes que te he pedido que me llames Kathy.

-Sí..., Kathy.

Se echó a reír entre dientes.

-No te sientes cómoda todavía con los nombres humanos, ¿a que no, Wanderer?

-No, si le soy sincera, me parece... una rendición.

Levanté la mirada y vi cómo asentía lentamente.

-Bueno, puedo entender por qué tú, en especial, te sientes de esa manera. -Tragué saliva de forma sonora cuando me dijo eso y volví a dirigir la mirada hacia el suelo-. Pero conversemos de algo más sencillo durante un rato -sugirió Kathy-. ¿Sigues disfrutando de tu vocación?

-Así es. -Esto era más fácil-. He comenzado un nuevo semestre. Me preguntaba si me aburriría repetir el mismo material, pero para nada, ni de lejos. Tener nuevos oídos hace que las historias parezcan nuevas.

-Me han llegado buenas noticias de ti a través de Curt. Dice que tu clase se encuentra entre las más populares de la universidad.

Se me enrojecieron un poco las mejillas ante esa alabanza.

-Es agradable oír eso. ¿Qué tal está su compañero?

-Curt está magníficamente, gracias. Nuestros anfitriones están en excelente forma para su edad. Tenemos aún muchos años por delante, según creo.

Tenía curiosidad por saber si ella se quedaría en este mundo, si se trasladaría a otro anfitrión humano cuando llegara el momento, o si se marcharía, pero no quería poner en palabras ninguna de estas preguntas porque podrían llevarnos a temas de más difícil discusión.

-Disfruto enseñando -repuse en vez de eso-. Creo que guarda relación con la vocación que desempeñé entre las algas, lo que hace que me resulte más familiar que otras cosas. Me siento en deuda con Curt por pedírmelo.

-Tenemos la suerte de contar contigo. -Kathy me sonrió con calidez-. ¿Sabes lo raro que es para un profesor de Historia haber experimentado aunque sólo sea dos planetas en su currículo? Y tú has vivido casi un ciclo vital en cada uno de ellos. ¡Y el Origen para empezar! No hay ningún centro de enseñanza en este planeta que no estuviera encantado de conseguirte. Curt se pasa el tiempo inventando nuevas formas de mantenerte ocupada para que no tengas tiempo de plantearte marcharte de aquí.

-Profesora honoraria -la corregí-. Y Curt no tiene de qué preocuparse. Creo que después de haber pasado dos meses del invierno de Chicago me encantaría terminar un curso aquí, en San Diego.

-Tu anfitriona se ha adaptado bien a este clima más cálido, ¿no?

Me envaré, sentada allí en aquel cómodo asiento.

-Sí, supongo que sí, aunque tengo algo de anemia.

Kathy asintió lentamente como para sí misma, pero después inspiró con fuerza antes de hablar.

-Has estado sin venir tanto tiempo que me preguntaba si tus problemas se estaban resolviendo por sí solos. Sin embargo, después se me ocurrió que quizá el motivo de tu ausencia era que estaban empeorando.

Clavé la mirada en mis manos y permanecí en silencio.

Tenía las manos de color marrón claro, un tono moreno que nunca desaparecía con independencia de que me expusiera o no al sol. Sólo había una peca oscura que me marcaba la piel justo por encima de la muñeca. Llevaba las uñas muy cortas; me desagradaba la sensación que provocan las uñas largas cuando te rozan la piel por descuido, y mis dedos eran tan largos y finos que la longitud añadida les daría un aspecto extraño. Incluso para un humano.

Se aclaró la garganta después de un minuto.

-Supongo que mi intuición era correcta.

-Kathy -dije su nombre lentamente, con la voz casi ahogada-, ¿por qué mantiene su nombre humano? ¿No le hace sentirse... más de una? Con su anfitriona, quiero decir. -Me habría gustado saber también por qué había elegido a Curt, pero era una cuestión demasiado personal. Habría sido un error preguntar eso a otra persona que no fuera Curt, incluso aunque fuera su pareja. Me preocupaba haber sido un poco maleducada, pero ella se echó a reír.

-Cielos, no, Wanderer. ¿No te he contado eso? Hum...

Quizá no, ya que mi trabajo no es hablar, sino escuchar. La mayoría de las almas con las que hablo no necesitan tanto apoyo como tú. ¿No sabías que vine a la Tierra en uno de los primeros convoyes, antes de que los hombres tuvieran ni idea de nuestra presencia? Tenía vecinos humanos por todos lados. Curt y yo tuvimos que simular ser nuestros anfitriones durante varios años. Incluso cuando colonizamos la zona colindante, nunca sabías cuándo podía haber un humano cerca. Fue de ese modo como Kathy se convirtió en quién soy yo. Además, la traducción de mi nombre anterior tenía una longitud de catorce palabras y no había forma de acortarlo sin que quedara fatal.

Esbozó una ancha sonrisa. La luz del sol que entraba a través de la ventana incidió en sus ojos y envió un reflejo verde plateado a la pared, donde bailoteó. Durante un momento sus pupilas esmeraldas brillaron iridiscentes.

Yo no tenía ni idea de que esa mujer dulce y agradable había formado parte de la primera línea en la lucha. Me llevó un minuto procesar la idea. La miré sorprendida y, de repente, con más respeto. Nunca me había tomado a los acomodadores muy en serio porque nunca había tenido necesidad de uno antes. Estaban para aquellos que eran débiles, y luchaban por ellos, lo que hacía que me sintiera avergonzada de encontrarme aquí. Conocer la historia de Kathy consiguió hacer que me sintiera algo menos incómoda con ella. Ella sabía lo que era la fuerza.

-¿No le molestó -le pregunté- simular ser uno de ellos?

-No, en realidad no. Ya ves, había que acostumbrarse a un montón de cosas con esta anfitriona, porque había tantas que eran nuevas... Una especie de sobrecarga sensorial. Así que seguir el patrón establecido era lo máximo que podía hacer para ir tirando al principio.

-Y Curt..., ¿por qué eligió quedarse con el cónyuge de su anfitriona, incluso cuando ya había pasado todo?

Esta cuestión era más comprometida, y Kathy así lo interpretó al momento. Se removió en su asiento, alzó las piernas y las plegó debajo del cuerpo. Miró pensativamente por encima de mi cabeza y entonces contestó:

-Sí, yo escogí a Curt y él me escogió a mí. Al principio, claro, fue una cuestión de casualidad, por una asignación. Nació un vínculo de todo ello, naturalmente, por haber pasado tanto tiempo juntos compartiendo el peligro de nuestra misión. Curt tenía muchos contactos como rector de la universidad, ya sabes. Nuestra casa era un Servicio de Inserción, como es lógico, y recibíamos a mucha gente. Cuando los humanos franqueaban nuestra puerta, los de nuestra especie debían marcharse. Todo debía ser muy rápido y tranquilo, pues ya conoces la violencia a la que son proclives estos anfitriones. Vivíamos todos los días con la certeza de que podíamos enfrentarnos a nuestro final real en cualquier momento. Estábamos en un estado de excitación constante y pasábamos miedo con frecuencia.

»Todas éstas eran magníficas razones por las que Curt y yo podríamos haber constituido una relación y decidido mantenernos juntos cuando guardar el secreto ya no fuera necesario. Y podría mentirte para aliviar tus miedos diciéndote que ésas fueron las razones, pero... -Sacudí la cabeza y entonces pareció acomodarse mejor en la silla, con sus ojos perforándome-. Durante tantos milenios como llevan existiendo, los humanos no han comprendido en realidad qué es el amor. ¿Cuánto hay de físico y cuánto de mental en todo eso? ¿Cuándo es accidente y cuándo destino? ¿Por qué se destruyen parejas que son perfectas y funcionan otras que parecen imposibles? No conozco las respuestas mejor que ellos. El amor está simplemente donde está. Mi anfitriona amaba al anfitrión de Curt y ese amor no murió cuando cambió de manos la propiedad de la mente.

Me observó con detenimiento y frunció el ceño ligeramente cuando me desplomé en mi asiento.

-Melanie todavía llora la pérdida de Jared -afirmó ella.

Sentí cómo mi cabeza asentía sin desear hacerlo.

-Tú sufres por él.

Cerré los ojos.

-¿Los sueños continúan?

-Todas las noches -mascullé.

-Háblame de ellos. -Su voz era suave, persuasiva.

-No me gusta pensar en ellos.

-Lo sé. Inténtalo. Eso te ayudará.

-¿Cómo? ¿Cómo puede ayudarme decirle que veo su rostro cada vez que cierro los ojos o que me despierto y lloro cuando no está? ¿Cómo



decirle que los recuerdos son tan fuertes que ya no puedo separarlos de los míos?

Me paré de pronto, apretando los dientes.

Kathy sacó un pañuelo blanco del bolsillo y me lo ofreció. Como yo no me moví, se levantó, se acercó y lo dejó caer en mi regazo. Se sentó en el brazo de mi sillón y esperó.

Yo también esperé con testarudez durante medio minuto. Entonces cogí con furia aquel pequeño trozo de tela y me sequé los ojos.

-Odio todo esto.

-Todo el mundo llora a lo largo del primer año. Es casi imposible sobrellevar todas estas emociones sin derramar una lágrima. Nos comportamos todos como niños al principio tanto si queremos como si no. Yo rompía a llorar cada vez que veía una puesta de sol bonita. También me pasaba cuando probaba la mantequilla de cacahuete. -Me dio unos golpecitos en la parte superior de la cabeza y después deslizó los dedos amablemente a través del mechón de pelo que llevaba siempre recogido detrás de la oreja-. ¡Qué pelo tan bonito y brillante! -comentó-. Cada vez que te veo lo tienes más corto. ¿Por qué lo llevas así?

Como ya estaba sollozando, no sentía que tuviera ninguna dignidad que defender. ¿Por qué simular que era fácil lidiar con esto como hacía habitualmente? Después de todo, había venido aquí a confesar y pedir ayuda, y lo mejor que podía hacer era seguir adelante.

-Porque a *ella* le molesta. Le gusta largo.

La acomodadora no se apresuró a contestar, como yo esperaba. Kathy era buena en su trabajo. Su respuesta llegó un segundo más tarde y sólo de forma ligeramente incoherente.

-¿Tú..., ella..., ella está así de... presente?

La sorprendente verdad salió a trompicones de mis labios:

-Cuando ella quiere. Nuestra historia le aburre. Está más aletargada durante el trabajo, pero de cualquier modo sigue presente; algunas veces siento que lo está tanto como yo. -Mi voz era apenas un susurro cuando terminé de hablar.

-¡Wanderer! -exclamó Kathy horrorizada-. ¿Por qué no me has dicho que era así de grave? ¿Cuánto tiempo lleva ocurriendo esto?

-Está empeorando; parece estar volviéndose más fuerte en vez de desvanecerse. Todavía no es tan grave como el caso que me contó el sanador, estuvimos hablando de Kevin, ¿lo recuerda? Ella no ha tomado aún el control, y no lo hará. ¡No dejaré que eso suceda! -El tono agudo de mi voz se había ido elevando.

-Claro que no ocurrirá -me aseguró Kathy-. Claro que no, pero si eras así de... infeliz deberías habérmelo dicho mucho antes. Tenemos que llevarte a un sanador.

Como estaba distraída por todas estas emociones, tardé un poco en comprender a qué se estaba refiriendo.

-¿Un sanador? ¿Quiere que vuelva a saltar?

-Wanderer, nadie lo censuraría si hubiera que tomar esa decisión.

Es comprensible que si una anfitriona es defectuosa...

-¿Defectuosa? Ella no es defectuosa. Soy yo. ¡Soy demasiado débil para este mundo! -Hundí el rostro entre las manos cuando me invadió la humillación. Los ojos se me llenaron con más lágrimas.

Kathy me pasó el brazo por los hombros. Yo luchaba con tanta fuerza por controlar mis emociones desatadas que no me retiré, aunque me pareció un gesto demasiado íntimo.

También le molestó a Melanie. A ella no le gustaba ser abrazada por un extraterrestre.

Pero, claro, Melanie estaba muy presente en ese momento, prepotente hasta un extremo insoportable a partir del instante en que admitió finalmente su poder. Estaba exultante. Siempre me resultaba mucho más difícil someterla cuando estaba desconcentrada por emociones como éstas.

Intenté calmarme de modo que pudiera volver a ponerla en su lugar.

«Eres tú quien está fuera de su lugar». Su pensamiento era débil, pero perfectamente inteligible. ¡Cuánto debía de estar empeorando la situación si ahora era capaz de hablarme cuando quería! Resultaba tan desagradable como aquel primer minuto de conciencia tras la inserción.

«Vete. Ahora es mi sitio».

«Jamás».

-Wanderer, querida, no..., no eres débil, y ambas lo sabemos.

-¡Buf!

-Escúchame. Eres fuerte. En realidad, eres sorprendentemente fuerte. Todos los de nuestra especie lo somos también, pero tú superas lo normal. Eres tan valiente que me asombra. Y de hecho tus vidas pasadas lo atestiguan.

»Sin embargo, los humanos están más individualizados que nosotros -continuó Kathy-. Hay un rango bastante amplio, lo que hace que unos sean mucho más fuertes que otros. La verdad es que creo que si hubieran puesto otra alma en esta anfitriona, Melanie la habría aplastado en pocos días. Quizá sea casualidad, quizá el destino, pero me da la sensación de que los más fuertes de nuestra especie terminan insertados en los más fuertes de la suya.

-Pues no dice mucho eso de nuestra especie, ¿no?

Ella comprendió lo que implicaban mis palabras.

-Ella no va a ganar, Wanderer. Tú eres en realidad esta persona encantadora que está sentada a mi lado y ella no es más que una sombra en un rincón de tu mente.

-Me habla, Kathy. Todavía piensa por su cuenta y sigue manteniendo a salvo sus secretos.

-Pero ella no habla por ti, ¿verdad? Dudo que yo pudiera decir lo mismo si estuviera en tu lugar.

No respondí. Me sentía demasiado mal. Sentía mucha pena por mí misma. No me parecía bien, o al menos no del todo necesario. ¿Por qué me había tocado enfrentarme a esto? ¿Por qué tenía que tocarme a mí? ¿Por

qué no podía continuar con aquella lista continuada de vidas perfectamente exitosas? ¿Acaso eso era mucho pedir?

-Creo que deberías considerar la posibilidad de una reimplantación.

-Kathy, acaba de decir que aplastaría a cualquier otra alma. No sé si creérmelo o si simplemente intenta hacer su trabajo y consolarme, pero si ella es tan fuerte, no sería razonable pasársela a otro simplemente porque yo no puedo someterla. ¿Quién la elegiría como anfitriona?

-No he dicho eso para consolarte, querida.

-Entonces, ¿que...?

-No creo que deba utilizarse de nuevo esta anfitriona.

-¡Oh!

Un escalofrío de horror me recorrió la columna vertebral. Y no fui yo la única estupefacta ante tal posibilidad.

Inmediatamente sentí la repulsa. No era una cobarde. Había esperado a lo largo de interminables revoluciones alrededor de los soles de mi último planeta, el Mundo de las Algas, como se le conocía aquí. Aunque la permanencia de los seres enraizados comenzaba a desgastarse mucho antes de lo que yo pensaba, porque las vidas de las algas se medían en siglos de este planeta, no había saltado fuera del ciclo vital de mi anfitriona. Hacer eso era un desperdicio, estaba mal y era de desagradecidos. Suponía una burla a la misma esencia de lo que éramos como almas. Convertíamos nuestros mundos en lugares mejores, y eso era absolutamente imprescindible o no nos los mereceríamos.

Porque nosotros no éramos unos derrochadores. Hacíamos que todo fuera mejor, más pacífico y hermoso. Y los humanos eran brutales e ingobernables. Se habían estado matando los unos a los otros con tanta frecuencia que el asesinato se había terminado convirtiendo en parte de su vida normal. Las variadas torturas desarrolladas a lo largo de los milenios de civilización humana habían sido demasiado para mí; no había sido capaz de soportar ni siquiera los escuetos panoramas generales oficiales. El fuego de la guerra había hecho arder la superficie de casi todos los países. Un tipo de asesinato consentido, organizado y brutalmente efectivo. Quienes vivían en naciones donde imperaba la paz habían mirado hacia otro lado mientras miembros de su propia especie se morían de hambre en el umbral de sus puertas. No había ningún tipo de igualdad en la distribución de los abundantes recursos del planeta. Y para añadir aún más maldad, sus retoños, la siguiente generación, a la que los de mi especie casi veneraban porque constituían una auténtica promesa, habían sido demasiado a menudo víctimas de crímenes abyectos. Y no sólo a manos de extraños, sino a las de las personas de las que dependían, en las que confiaban plenamente. Incluso se había puesto en riesgo todo el planeta debido a errores causados por la desidia y la codicia. Nadie podía, después de comparar lo que había sido y lo que era ahora, no admitir que la Tierra era un lugar mejor gracias a nosotros.

«Asesináis a una especie entera y después encima os dais palmaditas en la espalda».

Cerré las manos con fuerza hasta que acabaron convirtiéndose en

puños.

«Podría haberme deshecho de ti», le recordé.

«Pues hazlo. Haz que mi asesinato sea oficial».

Yo me estaba echando un farol, pero también Melanie.

Oh, ella pensaba que quería morir. Se había arrojado por el hueco del ascensor, después de todo, pero había sido en un momento de pánico. Sin embargo, considerar la idea tranquilamente sentada en un sillón cómodo era una cuestión totalmente diferente. Podía sentir correr por mis extremidades la adrenalina resultante de su miedo mientras consideraba la posibilidad de cambiarme a un cuerpo más maleable.

Sería estupendo volver a estar sola y tener mi mente para mí misma. Este mundo era muy agradable, en más de un sentido que era nuevo para mí, y sería maravilloso poder apreciarlo sin la interferencia de una persona insignificante, desplazada y agresiva que podría haber tenido más sentido común y no haber pretendido sobrevivir de este modo convirtiéndose en un elemento sobrante.

Melanie se retorció figuradamente en los recovecos de mi cabeza mientras yo intentaba considerar la cuestión de forma racional. Quizá debería rendirme...

Sólo planteármelo me enervó. Yo, una viajera, ¿rendirme? ¿Abandonar? ¿Admitir el fallo e intentarlo de nuevo en un anfitrión débil y sin carácter que no me diera ningún problema?

Negué con la cabeza. Apenas podía soportar pensarlo.

Y... éste era mi cuerpo. Estaba acostumbrada a su sensación. Me gustaba la manera en la que los músculos se movían sobre los huesos, la flexibilidad de las articulaciones y la tracción de los tendones. Conocía su imagen en el espejo. La piel tostada por el sol, los altos pómulos de mi rostro, angulosos, y la corta capa sedosa de cabello color caoba, así como el turbio color marrón verdoso, como de avellana, de mis ojos; todo esto era yo.

Me quería a mí misma. Y no iba a permitir que nadie destruyera lo que era mío.

## Capítulo 6

### Perseguida

Finalmente, la luz se desvaneció en el exterior de las ventanas. El día, caluroso para ser marzo, se había demorado como si no deseara marcharse y dejarme libre.

Me sorbí la nariz y retorcí el pañuelo mojado en otro nudo más.

-Kathy, seguramente tendrá otras obligaciones. Curt debe de estar preguntándose dónde está.

-Él lo entenderá.

-No me puedo quedar más tiempo, y no estamos más cerca de una respuesta que antes.

-Los arreglos rápidos no son mi especialidad. Si sigues decidida a no tener una nueva anfitriona...

-Sí.

-Tratar esto, entonces, nos llevará probablemente algún tiempo.

Apreté los dientes de pura frustración.

-Iremos más rápido y será más fácil si cuentas con algo de ayuda.

-Procuraré mantener al día mis citas, lo prometo.

-Eso no es exactamente lo que quería decir, aunque espero que lo hagas.

-¿Se refiere a una ayuda... que no sea usted? -Me encogí ante la idea de tener que revivir mi sufrimiento cotidiano con un extraño-. Estoy segura de que usted está muy cualificada como acomodadora, incluso más que otros.

-No me refería a otro acomodador. -Cambió el apoyo de su peso en la silla y se estiró con rigidez-. ¿Cuántos *amigos* tienes, Wanderer?

-¿Quiere decir gente con la que trabajo? Veo a otros profesores casi todos los días y converso con varios estudiantes en los pasillos...

-¿Y fuera de las clases?

La miré fijamente, sin entender.

-Los anfitriones humanos necesitan interacción. Querida, tú no estás acostumbrada a la soledad, has compartido los pensamientos de todo un planeta...

-Pues tampoco es que saliéramos mucho de juerga... -Mi intento de hacer un comentario jocoso falló por completo.

Ella sonrió ligeramente y continuó:

-Estás luchando con tanta fuerza contra tu problema que eso es en lo único que puedes concentrarte. Quizá una solución sería no concentrarse tanto. Dices que Melanie se aburre cuando trabajas y que se queda más en estado latente. Quizá que desarrolles más relaciones con tus iguales también la aburra.

Fruncí los labios pensativamente. Melanie, entorpecida por el largo día de intentos de acomodación, no parecía muy entusiasmada con la idea.

Kathy asintió.

-Intenta implicarte en la vida, más que con ella.

-Eso tiene sentido.

-Y luego también están los impulsos físicos que sufren estos cuerpos. Nunca había visto ni oído contar nada igual. Una de las cosas más difíciles que tuvimos que conquistar los de la primera oleada fue el instinto de apareamiento. Créeme, los humanos lo notan, aunque tú no. -Sonrió ampliamente y puso los ojos en blanco ante algún recuerdo. Como yo no reaccioné como ella esperaba, suspiró y cruzó los brazos con impaciencia-. Oh, vamos, Wanderer, tienes que haberlo notado.

-Bueno, claro -murmuré. Melanie se revolvió nerviosamente-. Es obvio, ya le he contado los sueños...

-No, no me refiero sólo a recuerdos. ¿No has notado que en algún momento tu cuerpo haya reaccionado en el presente, a un nivel estrictamente químico?

Sopesé su pregunta con detenimiento.

-No creo. No he notado nada.

-Confía en mí -replicó Kathy con sequedad-. Lo has notado seguro. -Negó con la cabeza-. Tal vez sería mejor que abrieras los ojos y miraras alrededor buscando eso en especial. Te haría mucho bien.

Mi cuerpo se encogió ante esa idea. También registré el disgusto de Melanie reflejado en el mío propio.

Kathy leyó mi expresión.

-No dejes que ella te controle cuando interactúes con los de tu propia especie, Wanderer. No dejes que te controle.

Me temblaron las aletas de la nariz. Esperé un momento antes de contestar intentando dominar la ira, a la que no terminaba de acostumbrarme.

-Ella no me controla.

Kathy alzó una ceja.

La ira me hizo un nudo en la garganta.

-Usted no va fijándose en nadie por ahí fuera de su pareja actual. ¿Es que esa elección no es también una forma de control?

Kathy ignoró mi enfado y consideró la cuestión reflexivamente.

-Quizá -repuso finalmente-, es difícil saberlo; pero has puesto el dedo en la llaga. -Tomó una hebra suelta del dobladillo de su falda y luego, como si se hubiera dado cuenta de que estaba evitando mi mirada, cerró las manos con resolución y cuadró los hombros-. ¿Quién sabe cuánto proviene de un anfitrión determinado o de un planeta concreto? Como he dicho antes, probablemente con el tiempo encontrarás la respuesta, cuando ella se vaya volviendo cada vez más apática y silenciosa y te permita efectuar una elección diferente a ese Jared, o..., bueno, los buscadores son muy buenos. Ya le están buscando y quizá recuerdes algo que les ayude.

Me quedé inmóvil cuando comprendí las implicaciones de su afirmación. Ella parecía no haberse dado cuenta de que me había quedado congelada en el sitio.

-Quizá encuentren al amor de Melanie y podáis estar juntos. Si los sentimientos de él son tan fervientes como los suyos, la nueva alma probablemente estará bien dispuesta, casi con seguridad.

-¡No! -No estaba segura de quién había gritado. Podría haber sido yo perfectamente, porque también estaba horrorizada del todo.

Me puse de pie, temblando. Las lágrimas que antes habían acudido a mis ojos tan fácilmente ahora habían desaparecido, pero apretaba los puños con tanta fuerza que me temblaban de forma ostensible.

-¿Wanderer?

Me di la vuelta y corrí hacia la puerta, luchando para que las palabras no salieran de mi boca. Palabras que no serían mías. Palabras que no tenían sentido salvo que fueran tuyas, pero que yo sentía también como mías. Y no podían ser mías. Así que no podían decirse.

« ¡Lo van a matar! ¡Quieren que deje de existir! ¡Yo no quiero a otro, quiero a Jared, no a un extraño dentro de su cuerpo! El cuerpo no significa nada sin él».

Mientras corría por la calle escuché a Kathy llamándome por mi nombre a mis espaldas.

No vivía lejos de la oficina de la acomodadora, pero me desorientó la oscuridad de la calle. Había pasado ya dos manzanas cuando me di cuenta de que corría en la dirección opuesta.

La gente se quedaba mirándome. No estaba vestida como para hacer ejercicio y no corría de ese modo: iba huyendo claramente, pero nadie me molestó, sino que, educadamente, apartaron la mirada. Supongo que se darían cuenta de que era nueva en esta anfitriona, porque actuaba como un niño.

Aminoré el paso hasta ir caminando. Giré hacia el norte de modo que pudiera rodear la zona sin pasar de nuevo por delante de la oficina de Kathy.

Mi velocidad era poco más lenta que si estuviera corriendo. Oía el golpeteo de mis pies sobre la acera, rápido, demasiado rápido, como si estuviera intentando acoplarme al tempo de una canción de baile. Tap, tap, tapo Los tacones sonaban contra el cemento. No, no era como el sonido del tambor, era más agresivo, más violento. Tap, tap, tapo Más bien como si

golpearan a alguien. Esa horrible imagen me daba escalofríos.

Podía ver la luz encendida sobre la puerta de mi apartamento. No me había llevado mucho tiempo cubrir la distancia entera. Sin embargo, no crucé la calle.

Me sentía mareada. Recordaba cómo se sentía uno cuando iba a vomitar, pese a que nunca lo había hecho. Una fría humedad llenaba de gotitas mi frente, y el sonido hueco resonaba en mis oídos. Estaba bastante segura de que estaba a punto de tener esa experiencia de primera mano.

Había un talud cubierto de hierba al lado del camino y, justo a su lado, una farola rodeada de un seto muy bien recortado. No tenía tiempo para buscar otro sitio mejor. Trastabillé hasta llegar a la luz y me agarré al poste para sostenerme. La náusea me daba sensación de vértigo.

Sí, realmente iba a tener la experiencia de vomitar.

-¿Wanderer, eres tú? ¿Wanderer, te encuentras mal?

Me era imposible concentrarme en aquella voz vagamente familiar, pero el hecho de tener público sólo sirvió para estropear las cosas aún más, así que incliné el rostro hacia el arbusto y arrojé mi última comida violentamente.

-¿Quién es tu sanador? -preguntó una voz; sonaba muy lejana a causa del zumbido de los oídos. Sentí una mano sobre mi espalda arqueada. ¿Necesitas una ambulancia?

Tosí dos veces y negué con la cabeza. Estaba segura de que ya había pasado, porque tenía el estómago vacío.

-No estoy enferma -repuse mientras me incorporaba usando como apoyo el poste de la farola.

Levanté la cabeza para ver quién era el testigo de mi momento de postración.

La buscadora de Chicago sostenía el móvil en la mano con gesto indeciso, como si estuviera calibrando a qué autoridad debía llamar. La miré durante unos instantes y me incliné sobre las hojas otra vez. Tuviera el estómago vacío o no, era la última persona que necesitaba ver en aquellos momentos.

Pero, mientras mi estómago se convulsionaba inútilmente, me di cuenta de que tenía que haber una buena razón que explicara su presencia.

« ¡Oh, no! ¡Oh, no, no, no, no, no!».

-¿Por qué...? -jadeé, mientras el pánico y las náuseas le robaban volumen a mi voz-. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué ha ocurrido?

Las desagradables palabras de la acomodadora me machacaban la cabeza. Clavé los ojos durante dos segundos en las manos que agarraban el cuello del traje negro de la buscadora antes de comprender que eran las mías.

-¡Detente! -me gritó, y había verdadera indignación en la expresión de su rostro, hasta que su voz comenzó a fallar.

Estaba sacudiéndola.

Me obligué a abrir las manos y las puse sobre mi cara.

-¡Perdóname! -refunfuñé-. Lo siento. No sé lo que estoy haciendo.



La buscadora me miró con el ceño fruncido y se sacudió la parte delantera de su traje.

-No te encuentras bien y supongo que te he asustado.

-No esperaba verte -admití con un hilo de voz-, ¿Por qué estás aquí?

-Te voy a llevar a un Servicio de Sanación antes de hablar. Si tienes la gripe, será mejor curarte. No tendría sentido dejar que tu cuerpo se estropee.

-Ni tengo la gripe ni estoy enferma.

-¿Has comido algo en mal estado? Debes presentar un informe sobre el sitio donde te lo han dado.

Su intromisión me daba mucha rabia.

-De verdad, no he comido nada en mal estado. Estoy sana.

-¿Por qué no te haces un chequeo con un sanador? Una exploración rápida. No deberías cometer ninguna negligencia con tu anfitriona. Eso sería una irresponsabilidad. Especialmente cuando cuidar la salud es algo tan fácil y eficaz.

Inhalé una gran bocanada de aire y me resistí al deseo de golpearla de nuevo. Yo le sacaba la cabeza en altura. Si teníamos que luchar, podría ganar.

¿Una pelea? Me di la vuelta, la dejé allí plantada y caminé con aire orgulloso hacia mi casa. Mis emociones estaban llegando a un límite peligroso. Necesitaba tranquilizarme antes de hacer alguna barbaridad.

-¿Wanderer? ¡Espera! El sanador...

-No necesito ningún sanador -le contesté sin volverme-. Simplemente era... un desajuste emocional. Ya me encuentro mejor.

Ella no me respondió. Me pregunté qué haría con mi desplante. Luego escuché a mis espaldas el repiqueteo de los tacones altos de sus zapatos, de modo que opté por dejar abierta la puerta de la casa, a sabiendas de que me seguiría. Me fui hacia el fregadero y llené un vaso de agua. Ella esperó en silencio mientras me enjuagaba la boca y escupía. Me apoyé sobre la encimera cuando terminé y clavé la vista en el suelo.

Ella se aburría pronto.

-Así que, Wanderer... ¿O tal vez no sigues con ese nombre? No quiero mostrarme grosera contigo llamándote con otro nombre.

-Sigo llamándome Wanderer -contesté sin mirarla.

-Interesante. Te he considerado una persona de las que les gusta escoger por sí mismas.

-Lo he hecho, y he escogido Wanderer. Creo que me lo he ganado.

Hacía ya mucho tiempo que tenía claro que la pequeña discusión que había oído el primer día que me desperté en el Servicio de Sanación había sido por culpa de la buscadora. Ella era el alma más polémica de cuantas me había encontrado en mis nueve vidas. Mi primer sanador, Fords Deep Waters, se había comportado con gran tranquilidad, amabilidad y sabiduría, incluso teniendo en cuenta que era un alma. Sin embargo, no había sido capaz de evitar reaccionar ante ella. Eso me permitía justificar en parte

mi propia respuesta.

Me volví para enfrentarme a ella. Se había sentado en mi pequeño sofá, recostada cómodamente, como anunciando una visita larga. Tenía en el rostro una expresión satisfecha y una mirada divertida destellaba en sus ojos saltones. Controlé el deseo de fruncir el ceño.

-¿Qué haces aquí? -inquirí de nuevo. El tono de mi voz era monocorde, contenido. No quería volver a perder el control delante de esa mujer.

-Ha pasado ya tiempo desde la última vez que tuve noticias tuyas, así que pensé que podría venir a comprobar tu estado personalmente. Todavía no hemos hecho ningún avance significativo en tu caso.

Mis manos se aferraron con fuerza al borde de la encimera que tenía a mis espaldas, pero conseguí controlar el tremendo alivio en el tono de mi voz:

-Eso parece casi un exceso de celo por tu parte. Además, te acabo de enviar un mensaje.

Juntó las cejas del modo en que solía hacerlo, un modo que le daba una expresión enfurruñada y enojada a la vez, como si tú tuvieras la culpa de su enfado. Abrió su PDA y tocó la pantalla unas cuantas veces.

-¡Oh! -dijo con ademán estirado-. No había mirado hoy el correo.

Se quedó inmóvil mientras leía lo que le había escrito.

-Lo he enviado esta mañana muy temprano -repuse-. Debía de estar medio dormida a esas horas. No estoy segura de cuánto de lo que he escrito es recuerdo y cuánto un simple sueño; a lo mejor he teclado aún dormida, quién sabe.

Me parecieron adecuadas esas palabras, que en realidad eran de Melanie, mientras fluían con facilidad por mi boca; incluso le añadí mi propia sonrisa desinhibida al final de la frase. Esto era poco honrado por mi parte, un comportamiento vergonzoso, pero no tenía la menor intención de permitir que la buscadora supiera que era más débil que mi anfitriona.

Por una vez, Melanie no adoptó una postura petulante después de haberme vencido. Ella también estaba demasiado aliviada, demasiado agradecida de que yo no la hubiera delatado, aunque se debiera a mis propias mezquinas razones.

-Interesante -murmuró la buscadora-. Otro cabo suelto. -Sacudió la cabeza-. La paz continúa eludiéndonos. -La fragilidad de la paz no parecía causarle consternación precisamente, sino que más bien parecía ser de su agrado.

Me mordí el labio con fuerza. Melanie se moría de ganas de añadir otra negación con el fin de defender que el chico era simplemente parte del sueño. «No seas estúpida -le recriminé-, eso suena demasiado obvio». Decía mucho de la naturaleza repelente de la buscadora el hecho de que consiguiera ponernos a Melanie y a mí en el mismo bando en una discusión.

«La odio», siseó ella en mi mente.

«Lo sé, lo sé». Desearía haber podido negar que mis sentimientos eran... similares. El odio era una emoción imperdonable, pero resultaba difícil

que la buscadora llegara a... gustarte. ¿Difícil? Imposible.

Mi interlocutora interrumpió mi conversación interna:

-Así que ya tenemos otra nueva localización que controlar. ¿No puedes ayudarme un poco más con los mapas de carreteras?

Sentí que mi cuerpo reaccionaba ante ese tono tan crítico.

-Nunca dije que fueran líneas de un mapa de carreteras. Eso lo has deducido tú, y no, no tengo nada más.

Chasqueó la lengua tres veces con gran rapidez.

-Pero dijiste que eran direcciones.

-Eso fue lo que pensé. Y no he conseguido nada más.

-¿Por qué no? ¿Es que aún no has sometido a la humana? -Se echó a reír en voz alta. Se estaba riendo de mí.

Le volví la espalda y me concentré en tranquilizarme.

Hice como que no estaba allí, como si estuviera sola en aquella cocina tan austera, mirando a través de la ventana la pequeña mancha de cielo nocturno y las tres brillantes estrellas que se podían ver en él.

Bueno, estaba tan sola como siempre lo había estado.

Mientras observaba aquellos diminutos puntos de luz en la oscuridad, de repente relampaguearon en mi cabeza las líneas que había visto una y otra vez en mis sueños y en aquellos recuerdos fragmentarios que me asaltaban en los momentos más inesperados y extraños.

La primera: una curva poco definida y abierta seguida después de un rápido giro hacia el norte más otro rápido giro en la dirección contraria, para torcer de nuevo hacia el norte durante un trecho más largo y después un abrupto quiebro hacia el sur que terminaba en otra curva suave.

La segunda: un zigzag quebrado, cuatro abruptos cambios de rasante y el quinto punto extrañamente aplanado, como si se hubiera roto...

La tercera: una onda suave, interrumpida por un repentino espolón que hacía sobresalir un dedo largo y delgado hacia el norte y luego regresaba.

De forma incomprensible, no parecía tener ningún significado, pero sabía que era importante para Melanie. Lo sabía desde el mismísimo principio. Ella protegía este secreto con la misma fiereza que había protegido los otros que pudieran referirse al niño, a su hermano. No tenía ni idea siquiera de su existencia antes del sueño de la noche pasada. Me preguntaba por qué habría fallado, permitiendo que yo me enterara de su secreto. Quizá tenía menos posibilidades de ocultarme sus secretos a medida que su voz aumentaba de volumen en mi cabeza...

Tal vez cometería algún otro desliz y de ese modo me permitiría descubrir la significación de esas extrañas líneas, porque yo sabía que tenían algún significado y que conducían a algún destino.

Y en ese momento, con el eco de la risa de la buscadora aún flotando en el aire, de pronto me di cuenta de por qué eran tan importantes.

Lo más probable era que llevaran hasta Jared, o más bien hacia ambos, hacia Jared y Jamie. ¿A qué otro sitio podían conducir? ¿Qué otro lugar podía significar algo para ella? Ahora me doy cuenta de que no me

llevaban a ellos, porque ninguno había seguido antes las líneas. Unas líneas que habían sido tan misteriosas para ella como para mí, hasta que...

El muro se alzó demasiado lento como para bloquearme. Ella estaba distraída prestando más atención a la buscadora que a mí. Revoloteaba en mi cabeza cuando se produjo un sonido detrás de mí y ésa fue la primera vez que fui consciente de que la buscadora se había acercado.

Entonces suspiró.

-Esperaba más de ti. Tu historial parecía tan prometedor...

-Es una pena que no estuvieras libre para ser asignada a este cuerpo. Estoy segura de que haber tenido que lidiar con una anfitriona que se te resistiera habría sido para ti como un juego de niños.

No me volví para mirarla y mi voz se mantuvo en el mismo tono.

Ella se sorbió la nariz.

-Las primeras oleadas se enfrentaron a bastantes retos, incluso sin tener que vérselas con un anfitrión que opusiera resistencia.

-Sí. He participado en unas cuantas colonizaciones por mí misma.

La buscadora bufó.

\_ ¿Eran las algas difíciles de domar? ¿Acaso huían?

Mantuve mi voz en tono calmado:

-No teníamos problemas en el Polo Sur, aunque, claro, el Norte era un asunto bien distinto. Allí no se actuó de la manera correcta y perdimos el bosque entero.

La tristeza de aquellos tiempos acompañó como un eco a mis palabras. Mil seres sintientes prefirieron cerrar sus ojos para siempre antes que aceptarnos. Cerraron las hojas, se apartaron de los soles y se dejaron morir de hambre.

«Los felicito», susurró Melanie. No había ningún veneno infiltrado en ese pensamiento, sólo aprobación mientras rendía homenaje a la tragedia de mi recuerdo.

«Fue un desperdicio enorme». Dejé que el martirio de ese conocimiento, el sentimiento que producían aquellos pensamientos agonizantes que nos habían atormentado con el dolor de nuestro bosque hermano, barrera el interior de mi mente.

«Sea como sea, sigue siendo muerte».

La buscadora habló y yo intenté concentrarme sólo en una conversación.

-Sí. -Su voz sonó repentinamente incómoda.-Eso estuvo bastante mal hecho.

-Toda precaución es poca a la hora de administrar el poder. Hay muchos que no son tan cuidadosos como deberían.

Ella no contestó y la escuché retroceder unos cuantos pasos. Todo el mundo sabía que la equivocación que llevó al suicidio en masa había sido culpa de los buscadores, que como pensaban que las algas no podían huir subestimaron su capacidad para escapar. Procedieron de forma imprudente, comenzando el primer asentamiento antes de que hubiera suficiente número de individuos colocados para una asimilación a gran escala. Cuando se dieron

cuenta de lo que eran capaces las algas y de lo que pretendían hacer, ya era demasiado tarde. El siguiente embarque de almas hibernadas estaba demasiado lejos y antes de que llegaran se perdió todo el bosque del norte.

En este momento me enfrenté a la buscadora, ávida por comprobar el impacto de mis palabras. Ella se mantuvo impasible, mirando fijamente hacia la nada blanca de las paredes desnudas de la habitación.

-Siento no haber podido ayudar más. -Pronuncié las palabras con firmeza, intentando dejar claro mi rechazo.

Estaba deseando recuperar mi casa para mí de nuevo. «Para nosotras», intercaló Melanie con aire de suficiencia. Yo suspiré. Estaba tan pagada de sí misma en ese momento... -No tendrías que haberte preocupado por venir desde tan lejos, de verdad.

-Es mi trabajo -repuso ella, encogiéndose de hombros-. Tú eres mi única asignación hasta que encontremos al resto de los humanos; lo mejor que puedo hacer es pegarme a ti y no perder la esperanza de que tengamos suerte.

# Capítulo 7

## Confrontación

¿Sí, *Faces Sunward*\*-? -pregunté, agradecida a la mano alzada que interrumpió mi clase.

*\*Rostro Hacia el Sol*

No me sentía tan cómoda como de costumbre detrás del atril. Mi mayor fuerza, mi única credencial real, era mi experiencia personal, desde la que solía enseñar, pero mi cuerpo anfitrión no había recibido nada parecido a una educación formal, ya que llevaba huyendo desde el principio de su adolescencia. Aquélla era la primera historia de un mundo que enseñaba ese semestre y no tenía ningún recuerdo del que partir. Estaba segura de que mis estudiantes percibían la diferencia.

-Lamento la interrupción, pero no estoy seguro de haberla entendido. -El hombre del pelo blanco hizo una pausa, luchando por poner su pregunta en palabras-. ¿Los comedores de fuego realmente... ingieren el humo obtenido de quemar las flores vagantes? ¿Como si fuera comida?

Intentó suprimir el tono de horror en su voz. No era lo más apropiado para un alma juzgar a otra, pero no me sorprendía, dado su pasado en el Planeta de las Flores, su fuerte reacción ante tan trágico destino de una forma de vida similar en otro mundo.

Siempre me extrañaba cómo algunas almas se implicaban en los asuntos del mundo que habitaban en ese momento, ignorando al resto del universo; pero, siendo justos, quizá *Faces Sunward* había estado hibernando cuando el Mundo de Fuego se hizo famoso.

-Sí, recibían algunos nutrientes esenciales de ese humo, y ahí estriba el dilema fundamental, la controversia que suscita el Mundo de Fuego, además de la razón por la cual ese planeta no ha sido clausurado, aunque ha habido suficiente tiempo para poblarlo por completo. También hay un alto porcentaje de relocalización.

»Cuando se descubrió el Mundo de Fuego, al principio se pensó que la especie dominante, los comedores de fuego, era la única forma de vida inteligente. Los comedores no consideraban a las flores vagantes como sus iguales, un prejuicio cultural, así que pasó algún tiempo, después de la

primera oleada de colonizadores, antes de que las almas se dieran cuenta de que estaban asesinando a criaturas inteligentes. Desde entonces, los científicos del Mundo de Fuego concentraron sus esfuerzos en encontrar un sustituto para las necesidades de la dieta de los comedores. Se han enviado allí a las arañas para que se ocupen del problema, pero ambos planetas se encuentran a cientos de años de distancia. Cuando se supere este obstáculo, lo que ocurrirá bastante pronto, estoy segura, se abrirá el camino a la esperanza de que las flores vagantes también puedan ser asimiladas. Mientras tanto, se ha conseguido eliminar la mayor parte de la brutalidad de la ecuación. La..., eh..., parte de quemar vivos a los seres, claro, y algunos otros aspectos también.

-Pero cómo pueden... -A Faces Sunward se le ahogó la voz, incapaz de terminar la frase...

Sin embargo, otra voz intervino para completar la idea de Faces Sunward:

-Parece un ecosistema bastante cruel. ¿Por qué no se ha abandonado ese planeta?

-Esto se sometió a debate, por supuesto, Robert, pero no abandonamos planetas a la ligera. Hay muchas almas para las que el Mundo de Fuego es ya su hogar. No vamos a desarraigarlas contra su voluntad.

Aparté la mirada y la dirigí a mis notas, en un intento de terminar la discusión.

-¡Pero eso es pura barbarie!

Robert era físicamente más joven que la mayoría de los estudiantes y tenía una edad cercana a la mía, en realidad era el más joven de todos. y la verdad es que era como un niño en el más importante de los sentidos. La Tierra era su primer mundo, ya que la madre en este caso era en realidad una habitante de este planeta, antes de que ella se ofreciera para la maternidad, y no parecía tener la misma perspectiva de las cosas que las almas más viejas, que habían viajado mucho más. Me pregunté cómo sería haber nacido con las sensaciones y emociones sobrecogedoras de estos anfitriones, sin ninguna experiencia anterior para equilibrarte. Debía de ser muy difícil ser objetivo. Intenté tenerlo en cuenta y ser especialmente paciente cuando le contesté:

-Cada universo es una experiencia única y en realidad es imposible comprenderlo. A menos que hayas vivido en él...

-Pero tú no has vivido nunca en el Mundo de Fuego-me interrumpió-. Tú debes de haber sentido lo mismo que yo... ¿O es que tenías alguna otra razón para evitar ese planeta? Has estado en casi todos los demás.

-La elección de un planeta es una decisión privada y muy personal, Robert, como algún día experimentarás tú mismo.

Pretendía cancelar el debate simplemente con el tono de mi voz.

« ¿Por qué no se lo dices? Tú también crees que eso es de bárbaros, que es cruel y está mal. Eso es una gran ironía si quieres saber mi opinión..., aunque nunca me la has preguntado. ¿Cuál es el problema?

¿Acaso te da vergüenza estar de acuerdo con Robert? ¿Simplemente porque es más humano que los demás ?».

Melanie se estaba convirtiendo en algo completamente insoportable ahora que había encontrado su voz. ¿Cómo se suponía que me iba a poder concentrar en mi trabajo con sus opiniones resonándome en la cabeza todo el tiempo?

Una sombra oscura se movió en el asiento contiguo al de Robert.

Era la buscadora, que, vestida de negro, como era su costumbre, se inclinó hacia delante, interesada por primera vez en el tema del debate.

Resistí el deseo de ponerle cara de pocos amigos. No quería que Robert, que ya tenía aspecto de sentirse avergonzado, confundiera mi expresión y se creyera el destinatario de mi expresión de disgusto. Melanie gruñó. Ella deseaba que no me resistiera. Tener a esa inquisidora detrás de nuestros pasos había sido muy educativo para Melanie; antes pensaba que no podía haber nada ni nadie más odioso que yo.

-Se nos acaba el tiempo de clase -anuncié aliviada-. Estoy encantada de comunicaros que el próximo martes tendremos a un lector invitado capaz de paliar mi ignorancia en este asunto. *Flame Tender*\* un recién llegado a nuestro planeta, estará aquí para darnos una visión más personal de la colonización del Mundo de Fuego. Sé que todos le trataréis con la misma cortesía que a mí y que seréis respetuosos con la tierna edad de su anfitrión. Gracias por vuestro tiempo.

*\*Dulce Llama.*

La clase se vació lentamente, y mientras recogían sus cosas muchos de los estudiantes aprovecharon para tomarse un minuto y charlar entre ellos. Lo que Kathy había dicho sobre las amistades estaba presente en mi mente, pero no sentía ningún deseo de unirme a ellos. Eran extraños para mí.

¿Y era así como me sentía yo o era la forma en que se sentía Melanie? Era difícil de decir. Tal vez yo era antisocial por naturaleza. Mi historia personal apoyaba esa teoría, o eso suponía yo: nunca había desarrollado una relación tan fuerte como para permanecer en un planeta más de una vida.

Noté que Robert y Faces Sunward se demoraban en la puerta de la clase enzarzados en una discusión que parecía intensa, y creo que podía adivinar de qué hablaban.

-Las historias del Mundo de Fuego levantan polémica. Me sorprendí un poco.

La buscadora estaba de pie pegada a mi codo. Aquella mujer generalmente anunciaba su llegada con el rápido taconeo de sus zapatos. Miré hacia abajo y vi que llevaba zapatillas de tenis por primera vez, aunque negras, claro. Resultaba incluso más diminuta sin la ayuda de esos pocos centímetros.

-No es mi materia favorita -repuse con voz desabrida-. Prefiero poder explicar experiencias de primera mano.

-Ha habido fuertes reacciones en la clase.



-Sí.

Me miró expectante, como si esperase que dijera algo más. Reuní mis notas y me volví para colocarlas en mi bolso.

-Me ha parecido que te afectaban.

Seguí colocando los papeles en el bolso con cuidado, sin darme la vuelta.

-Me preguntaba por qué no has contestado a la pregunta. -Se hizo una pausa mientras ella esperaba a que respondiese. Y no lo hice-. Así que..., ¿por qué no has contestado a la pregunta?

Ahora sí me giré, sin ocultar la impaciencia de mi rostro.

-Porque no tenía nada que ver con la lección, porque Robert necesita aprender un poco de modales y porque no es asunto de nadie.

Me colgué el bolso del hombro y me dirigí hacia la puerta. Ella se mantuvo a mi lado, apresurándose para mantener el ritmo de mis piernas, bastante más largas que las suyas. Caminamos por el pasillo en silencio. No volvió a hablar hasta que no estuvimos fuera, donde la luz de la tarde iluminaba las motas de polvo del aire salino.

-¿Crees que algún día podrás establecerte, Wanderer? ¿Quizá en este planeta? Parece que tienes algún tipo de afinidad con sus... sentimientos.

Torcí el gesto ante el insulto implícito en su tono. No estaba segura de cómo pretendía insultarme al decirme eso, pero estaba claro que ésa era su intención. Melanie se revolvió con rencor.

-No estoy segura de lo que quieres decir.

-Dime algo, Wanderer. ¿Te dan lástima?

-¿Quiénes? -pregunté sin comprender-. ¿Las flores vagantes?

-No, los humanos.

Me detuve en seco, y ella me esquivó y se paró a mi lado. Estábamos a pocas manzanas de mi apartamento y yo me estaba apresurando con la esperanza de perderla de vista, para evitar que se invitara ella sola a entrar, pero su pregunta me pilló con la guardia baja.

-¿Los humanos?

-Sí, ¿los compadeces?

-¿Y tú no?

-No, me parecen una raza bastante brutal. Han tenido mucha suerte sobreviviendo tanto tiempo como lo han hecho.

-No todos han sido malos.

-Es una inclinación de su genética. La brutalidad forma parte de su especie, pero les tienes lástima, o eso parece.

-Hay mucho que perder, ¿no crees? -Gesticulé con el brazo a fin de abarcar cuanto nos rodeaba. Estábamos en un espacio con aspecto de parque entre dos colegios mayores cubiertos de hiedra. El verde profundo de la hiedra era muy agradable a la vista, especialmente donde contrastaba con el rojo deslustrado de los viejos ladrillos. El aire era dorado y dulce y el olor del océano le daba un matiz salobre a la dulce fragancia de las flores de los arbustos. Una brisa ligera me acariciaba la piel desnuda de los brazos-. En

cualquiera de tus otras vidas, jamás habrás sentido las cosas de este modo tan vívido. ¿Cómo no apenarse por alguien a quien le has quitado todo esto? - Su expresión continuó vacía, inmovible. Hice un intento por que se implicara, por obligarla a que considerara las cosas desde otro punto de vista. ¿En qué otros mundos has vivido?

Ella dudó; después se envaró y cuadró los hombros.

-En ninguno. Sólo he vivido en la Tierra.

Eso me sorprendió. Entonces era tan niña como Robert.

-¿En un solo planeta? ¿Y escogiste ser buscadora en tu primera vida?

Asintió una vez, con la barbilla tensa.

-Bien. Bueno, eso es tu problema. -Reemprendí la marcha de nuevo. Quizá si respetaba su intimidad, ella me devolvería el favor.

-He hablado con tu acomodadora.

«O a lo mejor no», pensó Melanie con amargura.

-¿Qué? -jadeé.

-Suponía que estabas teniendo más problemas aparte del mero hecho de no acceder a la información que necesito. ¿Has considerado la idea de intentar acceder a otro anfitrión más maleable? Ya te lo sugirió tu acomodadora, ¿no es así?

-¡Kathy no ha podido decirte nada!

El rostro de la buscadora mostraba una descarada petulancia.

-No ha tenido que contestar. Soy muy buena leyendo expresiones humanas. Sé muy bien cuándo mis preguntas tocan un punto sensible.

-¿Cómo te has atrevido? La relación entre un alma y su acomodador...

-Es sacrosanta, ya lo sé, me sé bien la teoría, pero los métodos normales de investigación parecían no estar dando muy buenos resultados en tu caso, así que he tenido que ser creativa.

-¿Acaso creías que te estaba ocultando algo? -inquirí, demasiado enfadada ya como para intentar controlar la indignación que traslucía mi voz. ¿Pensabas que le confiaría algo así a mi acomodadora?

Mi cólera no la desconcertó. Tal vez, debido a su extraña personalidad, estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones.

-No, creía que me estabas contando lo que sabías... Pero no creo que seas tan dura como aparentas. Ya lo he visto antes. Empiezas a sentir simpatía por tu anfitriona y permites que sus recuerdos dirijan inconscientemente tus propios deseos, y, llegados a este punto, probablemente ya es demasiado tarde. Creo que te sentirás mejor si te mudas, y quizá alguna otra persona tenga mejor suerte con ella.

-¡Ja! -exclamé-. ¡Melanie es capaz de comerse vivo a cualquiera!

Se le congeló la expresión en el rostro.

En realidad no tenía ni idea, no importaba lo que ella creía que había deducido de la expresión de Kathy. Pensaba que la influencia de Melanie procedía de sus recuerdos, que era sólo inconsciente.

-Encuentro de lo más interesante que hables de ella en presente.

Ignoré lo que había dicho, intentando disimular el lapsus.

-Si crees que otra persona podría tener más suerte sacándole sus secretos, estás equivocada.

-Sólo existe una manera de averiguarlo.

-¿Tienes a alguien en mente? -pregunté, con la voz helada a causa de la aversión que me provocaba.

Ella sonrió.

-He pedido un permiso para intentarlo yo. No me llevará mucho. Me guardarán mi anfitriona para después.

Tuve que inhalar aire profundamente. Yo temblaba, y Melanie estaba tan llena de odio que era incapaz de pronunciar una palabra. La idea de tener a la buscadora en mi interior, incluso aunque supiera que yo ya no estaría allí, era tan repugnante que percibí la vuelta de las náuseas de la semana pasada.

-Mal asunto para tu investigación que yo no sea una saltadora.

Los ojos de la buscadora se entrecerraron.

-Bueno, no es probable que esta asignación dure eternamente. La historia jamás ha sido un asunto de interés para mí, pero parece que lo será al menos durante un curso completo.

-Acabas de decir que probablemente es demasiado tarde para sacar nada más de sus recuerdos -le repliqué, luchando por mantener mi voz en calma-. ¿Por qué no te vuelves a donde sea que pertenezcas?

Ella se encogió de hombros y mostró una sonrisa tensa.

-Estoy segura de que es demasiado tarde para obtener la información de forma voluntaria, pero si tú no cooperas, ella simplemente me llevará hasta ellos.

-¿Cómo te llevará?

-Cuando ella asuma todo el control. Y tú no eres mejor que aquel pelele que se llamó antes Racing Song y ahora es Kevin. ¿Le recuerdas? ¿Te acuerdas de ese que atacó al sanador?

La miré fijamente, con los ojos dilatados y las aletas de la nariz vibrantes.

-Sí, probablemente es sólo cuestión de tiempo. Tu acomodadora no te dio las estadísticas, ¿a qué no? Bueno y, aunque lo hiciera, seguro que no tenía la última información, a la que nosotros sí tenemos acceso. El índice de éxito a largo plazo para situaciones como la tuya, cuando un anfitrión humano comienza a resistirse, es de menos del veinte por ciento. ¿Tenías idea de que fuera tan bajo? Están disfrazando la información que facilitan a los colonizadores potenciales. Ya no se van a ofrecer más anfitriones adultos a causa de los elevados riesgos. Estamos perdiendo almas. No pasará mucho tiempo antes de que ella comience a hablarte, hable a través de ti o controle tus decisiones.

No me moví ni un centímetro ni relajé un solo músculo. La buscadora se inclinó, se estiró sobre los dedos de los pies y puso su rostro cerca del mío. Su voz se volvió baja y dulce en un intento de sonar persuasiva:

-¿Es eso lo que quieres, Wanderer? ¿Perder? ¿Desvanecerte, borrada por otra conciencia? ¿No ser más que un cuerpo anfitrión?

No podía respirar.

-Irás a peor. No volverás a ser tú misma nunca más. Ella te anulará y desaparecerás. Quizá alguien intervenga... Tal vez te muden, como hicieron con Kevin, y tú te conviertas en una niña llamada Melanie a la que le gusta jugar con coches más que componer música. O lo que sea que a ella le plazca.

-¿El índice de éxito está por debajo del veinte por ciento? -pregunté con un susurro.

Ella asintió, intentando reprimir una sonrisa.

-Te estás perdiendo a ti misma, Wanderer. Todos los mundos que has visto, todas las experiencias que has reunido... Todo se reducirá a la nada. He visto en tu archivo que tienes potencial para la maternidad. Si te ofreces para ser madre, al menos no todo se perderá. ¿Por qué condenarte a la desaparición? ¿Has considerado la maternidad?

Me aparté de su lado con un salto y me quedé quieta, ruborizada.

-Lo siento -murmuró ella, con el rostro enrojecido a su vez-. Eso ha sido poco educado. Olvida que lo he dicho.

-Me voy a casa; no me sigas.

-Debo hacerlo, Wanderer. Es mi trabajo.

-¿Por qué os preocupáis tanto por unos cuantos humanos dispersos? ¿Por qué? ¿Cómo justificáis vuestro trabajo? ¡Hemos vencido! ¡Ya es hora de que os unáis a la sociedad y hagáis algo productivo!

Mis palabras y las acusaciones implícitas en ellas no la irritaron.

-Allá donde los límites de su mundo tocan el nuestro, se encuentra la muerte -recitó con calma, y por un momento atisbé a una persona diferente en su rostro. Me sorprendió darme cuenta de que realmente, en lo más profundo, creía en lo que hacía. Parte de mí suponía que ella simplemente había escogido la búsqueda porque de forma inmoral sentía inclinación por la violencia-. Incluso, aunque no se perdiera más que un alma por culpa de tu Jared o tu Jamie, sería un alma más. Mi trabajo estará justificado hasta que no impere la paz total en este planeta. Mientras haya Jareds supervivientes, soy necesaria para proteger a nuestra especie, y mientras haya Melanies que tengan almas dominadas como si fueran perritos de compañía...

Le di la espalda y me dirigí hacia mi apartamento dando grandes zancadas, lo que la obligaría a correr si quería mantenerse a mi ritmo.

-¡No te pierdas a ti misma, Wanderer! -me gritó desde atrás-. ¡El tiempo se te está acabando! -Hizo una pausa, y después gritó con más fuerza-: ¡Infórmame de cuándo debo empezar a llamarte Melanie!

Su voz se desvaneció mientras se ampliaba la distancia entre nosotras. Sabía que ella me seguiría a su propio paso. Esta última semana tan incómoda, viendo su rostro en la parte trasera de todas mis clases, escuchando sus pasos todos los días detrás de mí en la acera, no era nada comparado con lo que estaba por venir. Iba a convertir mi vida en un suplicio.

Me sentía como si Melanie se arrojara violentamente contra las

paredes interiores de mi cráneo.

«Pasa de ella. Diles a sus superiores que ha hecho algo inaceptable, que nos ha atacado. Es nuestra palabra contra la suya».

«Eso es así en un mundo humano -le recordé, casi triste porque no podía recurrir a ese argumento-. Nosotros no tenemos superiores, en ese sentido. Todos trabajamos juntos como iguales. Sólo tenemos algunos a los que enviamos informes con el fin de poder organizar la información y consejos que toman decisiones sobre esa información, pero ellos no la apartarían de la asignación que quiere. Ya ves, esto funciona como... ».

« ¿A quién le importa cómo funciona si no nos ayuda? Ya sé: ¡matémosla!». Una imagen repentina de mis manos apretando el cuello de la buscadora llenó mi mente.

«Esa actitud es exactamente el motivo por el que lo mejor es que dejemos que mi especie se quede a cargo de este lugar».

«Bájate del burro. Tú disfrutas tanto como yo de esa idea». La imagen regresó, el rostro de la buscadora poniéndose azul en nuestra imaginación, pero esta vez acompañado por una fiera ola de placer.

«Ésa eres tú, no yo». Mi afirmación era cierta, esa imagen me enfermaba. Pero estaba peligrosamente cerca de la falsedad, ya que la verdad es que disfrutaría enormemente de no volver a ver nunca a la buscadora.

« ¿Y qué hacemos ahora? Yo no me voy a rendir, y tú tampoco. ¡Y estoy tan segura como de que el demonio existe que esa maldita buscadora tampoco abandonará!».

Permanecí en silencio porque no se me ocurría ninguna respuesta.

Todo quedó en silencio en mi mente durante un rato.

Era estupendo. Deseaba que la quietud continuara, pero sólo había un modo de comprar mi paz. ¿Estaba dispuesta a pagar el precio? ¿Tenía otra posibilidad?

Melanie permaneció en calma. Cuando llegué a la puerta principal y cerré detrás de mí los cerrojos que jamás había echado antes, artefactos humanos que no tenían sentido en un mundo pacífico, sus pensamientos estaban sumidos en la meditación.

«Nunca había pensado en cómo hacéis las cosas los de vuestra especie. No sabía que fuera así».

«Nos lo tomamos muy en serio, como te puedes imaginar. Gracias por tu interés». A ella no le molestó la gran carga de ironía implícita en mi comentario.

Ella estaba todavía reflexionando sobre su descubrimiento cuando encendí el ordenador y comencé a buscar vuelos regulares. Apenas pasó un momento antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

« ¿Adónde nos vamos?». Había un estremecimiento de pánico en su pensamiento. Sentí cómo su conciencia se revolvía dentro de mi cabeza, y su tacto era tan suave como el de un plumero buscando algo que pudiera estar ocultándole.

Decidí ahorrarle la búsqueda. «Me voy a Chicago».

El pánico se había convertido en algo más que un estremecimiento.  
« ¿Por qué?».

«Voy a ver al sanador. No confío en ella. Quiero hablar con él antes de tomar una decisión».

Hubo un largo silencio antes de que hablara de nuevo.

« ¿La decisión de matarme ?».

«Sí, esa misma».

## Capítulo 8

### Amada

¿Te asusta volar? -La voz de la buscadora estaba llena de incredulidad y casi al borde de la burla-. ¿Has viajado a través del espacio profundo ocho veces y te espanta tomar un vuelo regular a Tucson, Arizona?

-En primer lugar, no tengo miedo; en segundo lugar, cuando he viajado a través del espacio profundo no he sido consciente exactamente de dónde estaba, ya que me encontraba almacenada en una cámara de hibernación; y tercero, esta anfitriona se mareaba en los vuelos.

La buscadora puso los ojos en blanco de pura impaciencia.

-¡Pues toma medicación! ¿Qué habrías hecho si el sanador Fords no hubiera sido recolocado en Saint Mary? ¿Habrías conducido hasta Chicago?

-No, pero como la opción de conducir ahora parece razonable, lo haré así. Va a ser estupendo ver un poco más de este mundo. El desierto puede ser sorprendente...

-El desierto es de un aburrimiento mortal.

-Además no tengo ninguna prisa. He de darle vueltas a muchas cosas y deseo disfrutar de un tiempo para mí sola. -La miré fijamente mientras enfatizaba las últimas palabras.

-No entiendo qué sentido tiene ir a visitar ahora al viejo sanador. Hay muchos sanadores competentes aquí.

-Me siento a gusto con el sanador Fords. Posee experiencia en estos asuntos y creo que yo no dispongo de toda la información que necesito.

-Le dediqué una mirada cargada de doble intención.

-No hay tiempo que perder, Wanderer. Reconozco los síntomas.

-Perdóname si no considero tu información imparcial. Conozco lo suficiente del comportamiento humano para identificar los síntomas de la manipulación.

La buscadora me fulminó con la mirada.

Estaba guardando las pocas cosas que había planeado meter en el coche alquilado. Llevaba suficiente ropa para una semana sin necesidad de usar la lavadora y los utensilios de baño necesarios. Aunque no me llevaba

muchas cosas, me dejaba atrás aún menos, ya que había acumulado muy poco en lo que se refería a pertenencias personales. Las paredes de mi pequeño apartamento seguían libres de objetos y las estanterías vacías después de todos estos meses. Tal vez porque nunca había pretendido establecerme aquí de verdad.

La buscadora se había plantado en la acera al lado de mi coche, acosándome con sus comentarios y preguntas insidiosas en el momento en que me ponía al alcance de su voz. Al menos estaba segura de que tenía una personalidad demasiado impaciente como para seguirme por carretera. Ella quería coger un vuelo regular a Tucson, y esperaba conseguir avergonzarme si lo hacía. Desde luego sería un alivio. En caso contrario, me la imaginaba reuniéndose conmigo cada vez que parara a comer, rondándome a la puerta de los baños de cada gasolinera, esperándome con sus incansables interrogatorios en el momento en que mi coche se parara ante un semáforo. Me estremecí ante esa idea. Si un cuerpo nuevo significaba liberarme de la buscadora..., bueno, la verdad es que eso suponía un gran aliciente.

Tenía otra posibilidad, también. Podía abandonar este mundo por completo considerándolo un error y mudarme a mi décimo planeta. Podía apañármelas para olvidar toda esta experiencia. La Tierra no pasaría de ser un ligero accidente en mí, por otra parte, immaculada hoja de servicios. Pero ¿adónde iría? ¿A un planeta que ya formara parte de mi experiencia? El Mundo Cantante había sido uno de mis favoritos, pero ¿y tener que renunciar a la vista? El Planeta de las Flores era encantador... Sin embargo, las formas de vida basadas en la clorofila tenían un registro emocional muy escaso e iba a resultarme insoportablemente soso después de haber experimentado el ritmo humano de este lugar.

¿Y un planeta nuevo? Había un planeta de reciente adquisición cuyos nuevos anfitriones se llamaban aquí en la Tierra «delfines», a falta de una comparación mejor, aunque más bien parecían libélulas que mamíferos marinos. Era una especie altamente desarrollada, y con bastante movilidad, pero después de mi larga estancia junto a las algas, la posibilidad de otro planeta acuático me resultaba repugnante.

No, todavía me quedaban demasiadas cosas por probar en este planeta. Ningún otro lugar en el universo conocido me llamaba con tanta fuerza como este pequeño patio de verdes sombras al lado de una calle tranquila. O la atracción del cielo vacío del desierto, que sólo había visto en los recuerdos de Melanie.

Melanie no había opinado sobre mis opciones. Había estado muy quieta desde que adopté la decisión de buscar a Fords Deep Waters, mi primer sanador. No estaba segura de lo que implicaba este retraimiento. ¿Acaso intentaba parecer menos peligrosa? ¿Quizá simulaba ser menos molesta? ¿Se estaba preparando para la invasión de la buscadora? ¿Para la muerte? ¿O para lo que se preparaba era para luchar contra mí? ¿O intentaría hacerse con el control?

Fuera cual fuese su plan, se mantuvo a una cierta distancia, y era apenas una tenue presencia vigilante en el fondo de mi cabeza.



Volví a entrar en la vivienda para recoger un objeto que había olvidado. En el interior únicamente quedaba el mobiliario básico del último arrendatario: los mismos platos en el armario, las almohadas en la cama, las mismas lámparas en las mesas. Si yo no regresaba, el siguiente inquilino tendría poco que limpiar.

Estaba saliendo ya por la puerta cuando sonó el teléfono y me volví para cogerlo, aunque llegué demasiado tarde, pues había programado el contestador para que saltara a la primera llamada. Sabía lo que la persona que llamaba oiría: una vaga explicación en la que decía que estaría fuera el resto del semestre, y que mis clases quedaban suspendidas hasta que pudieran reemplazarme. No daba ningún motivo. Miré el reloj situado encima de la televisión. Acababan de dar las ocho de la mañana. Estaba segura de que era Curt quien llamaba, porque habría recibido ya el correo electrónico algo más detallado que le había enviado por la noche. Me sentí un poco culpable por no haber cumplido mi compromiso con él; me sentía casi como una saltadora. Quizá este paso, esta huida, era el preludio de mi próxima decisión, y mi mayor vergüenza. La idea me incomodaba y me quitaba las ganas de escuchar lo que pudiera decir el mensaje, aunque en realidad no tenía prisa alguna por marcharme.

Recorrí las habitaciones del apartamento vacío una vez más, la última. No tenía la sensación de dejar nada atrás, ninguna sensación de pertenencia a estas habitaciones... Más bien tenía la extraña intuición de que este mundo, no sólo Melanie sino todo el orbe del planeta, no me quería; no importaba lo mucho que pudiera quererlo yo. No parecía que pudiera echar aquí raíces. Sonreí irónicamente ante la aparición de la palabra «raíces». Este sentimiento era una pura superstición sin sentido.

Nunca había tenido un anfitrión con capacidad de ser supersticioso. Era una sensación interesante. Como cuando sabes que te están vigilando pero no sabes quién. Me ponía la carne de gallina en la nuca.

Cerré la puerta detrás de mí con firmeza, pero no toqué aquellos cerrojos obsoletos. Nadie la abriría hasta mi regreso o la entrada de otro inquilino.

Me subí al coche sin mirar a la buscadora. Antes no había conducido mucho, y tampoco Melanie, por lo que estaba un poco nerviosa; pero estaba segura de que me acostumbraría bastante pronto.

-Te estaré esperando en Tucson -me dijo la buscadora agachándose junto a la ventanilla abierta del lado del pasajero mientras yo arrancaba el motor.

-No lo dudo -murmuré.

Busqué los indicadores del panel de control. Intenté fingir una sonrisa, pulsé el botón para subir el cristal y vi cómo se apartaba de un salto.

-Quizá... -aventuró alzando la voz hasta casi gritar, de modo que pudiera escucharla sobre el ruido del motor y a través de la ventana cerrada-, quizá pruebe a ir por el mismo camino. Tal vez nos veamos en la carretera.

Sonrió y se encogió de hombros.

Simplemente había dicho eso para molestarte, así que intenté no

dejarle ver que lo había conseguido. Concentré los ojos en la carretera que se extendía delante y me separé cuidadosamente del bordillo.

Fue bastante fácil localizar la autovía y después seguir las señales para salir de San Diego. Pronto desaparecieron las señales de tráfico; ya no había posibilidad de equivocarse. En ocho horas estaría en Tucson, y no era suficiente tiempo. Quizá sería mejor pasar la noche en alguna pequeña ciudad del camino. Si estuviera segura de que la buscadora se encontraba en Tucson, esperando con impaciencia, y no siguiéndome, una parada sería un retraso estupendo.

A menudo me sorprendía mirando por el retrovisor en busca de signos de persecución. Conducía más despacio que nadie, como si no tuviera ganas de llegar a mi destino, y otros coches me adelantaban sin pausa. No reconocí ninguna cara de las que veía pasar. No debería haber dejado que la provocación de la buscadora me molestara, porque lo cierto es que ella no tenía un carácter que le permitiera viajar tranquilamente, sin prisas. Aun así, seguí vigilando por si la veía acercarse.

Fui camino del océano hacia el oeste y luego giré hacia el norte, subiendo y bajando por la hermosa costa de California, pero en ningún momento tomé dirección este. La civilización se fue desvaneciendo a mis espaldas rápidamente y pronto me vi rodeada por colinas y rocas blancas, que son el preámbulo de las grandes extensiones peladas del desierto.

Era muy relajante estar tan lejos de la civilización, y esta sensación me molestaba. No debería encontrar la soledad tan atractiva, porque las almas somos sociables. Trabajamos, vivimos y crecemos juntas en armonía. Somos todas iguales, pacíficas, amigables y honradas. ¿Por qué me sentía tan bien lejos de los de mi especie? ¿Era Melanie quien me hacía sentirme así?

La busqué, pero la encontré remota, soñando allí, en lo más hondo de mi cabeza.

Era lo mejor que me había pasado desde que ella había empezado a hablar de nuevo.

Los kilómetros pasaban con rapidez. Las oscuras rocas de contornos irregulares y las llanuras polvorientas cubiertas de arbustos volaban a mi lado con monótona uniformidad. Me di cuenta de que conducía más deprisa de lo que realmente deseaba. Aquí no había nada que mantuviera ocupada mi mente, de modo que encontraba difícil distraerme. Con la mente ausente, me pregunté si el desierto tenía mucho más colorido en los recuerdos de Melanie, si no era mucho más atractivo. Dejé que mi mente se deslizara con la suya, intentando ver qué era lo que encontraba especial en ese lugar tan vacío.

Pero ella no estaba contemplando la tierra muerta que nos rodeaba. Estaba soñando con otro desierto en forma de cañón y de color rojo, un lugar mágico. No intentó mantenerme fuera. De hecho casi no parecía reconocer mi presencia, lo cual me hizo preguntarme por el posible significado de su indiferencia. No percibía en ella ninguna intención de desencadenar un ataque. Sentía más bien como si se estuviera preparando para el final.

Vivía en un lugar más feliz, allí entre sus recuerdos, como si les estuviera diciendo adiós. Un lugar al que ella nunca me había permitido acceder antes.

Había una cabaña, una vivienda empotrada en un rincón de arenisca roja, peligrosamente cerca del nivel de inundación del río. Un lugar insólito lejos de cualquier vereda o camino, construido en lo que parecía un sitio sin sentido. Un lugar poco accesible, sin ninguna de las comodidades de la tecnología moderna. Melanie recordaba un momento de grandes risas junto a un fregadero mientras bombeaba para sacar agua de la tierra.

*-Es mejor que las cañerías -dijo Jared, mientras la arruga que se le formaba entre los ojos se agudizaba cuando fruncía las cejas. Parecía preocupado por mi risa. ¿Es que temía que no me gustara?-. No queda evidencia alguna de nuestra presencia.*

*-Me encanta -dije con rapidez-. Es como una película antigua. Perfecto.*

*Esa sonrisa que nunca terminaba de abandonar su rostro, ya que sonreía incluso en sueños, se amplió aún más. -En las películas no te cuentan lo peor. Venga, te diré dónde está la letrina.*

*Escuché las risas de Jamie como un eco a través del estrecho cañón mientras corría hacia nosotros. El pelo negro se bamboleaba al ritmo del cuerpo. El chiquillo delgado con la piel tostada por el sol saltaba ahora por todos lados. No me había dado cuenta de cuánto peso soportaban aquellos hombros estrechos. Con Jared, se sentía más optimista y positivo. Las sonrisas habían reemplazado a la ansiedad. Ambos habíamos sido más fuertes de lo que yo hubiera imaginado.*

*-¿Quién construyó este lugar?*

*-Mi padre y mis hermanos mayores. Yo ayudé, o más bien estorbé un poco. A mi padre le gustaba poder alejarse de todo, y no se preocupaba mucho por las convenciones sociales. Nunca se molestó en averiguar a quién le pertenecía la tierra en realidad, lo que permitían o no los papeles y todas esas monsergas. -Jared se rió, echando la cabeza hacia atrás. El sol bailaba en las ondas rubias de su pelo-. Oficialmente, este lugar no existe. Muy adecuado, ¿a que sí? -Como quien no quiere la cosa, alargó la mano y cogió la mía.*

*La piel me quemaba donde rozaba la suya. Eso me hacía sentirme mejor que bien, pero también provocaba un extraño dolor en mi pecho.*

*Siempre me tocaba de ese modo, como si necesitara asegurarse de que estaba allí. ¿Se daba cuenta de lo que me hacía simplemente presionando su palma cálida contra la mía? ¿El pulso también se le disparaba en las venas, como a mí? ¿O simplemente es que estaba feliz de no estar ya solo?*

*Meció su brazo agarrado al mío mientras caminábamos a lo largo de una pequeña alameda cuyo verde resaltaba tan vívido contra el rojo que creaba extrañas ilusiones en mis ojos, confundiendo mi visión. Él era dichoso aquí, más que en otro lugar cualquiera. Yo también era feliz, y ese*

*sentimiento aún me resultaba poco familiar.*

*No me había vuelto a besar desde aquella primera noche, cuando grité al encontrar la cicatriz en su cuello. ¿Acaso no quería besarme de nuevo? ¿Debía hacerlo yo? ¿Y qué pasaría si no le gustaba?*

*Me miró desde arriba y sonrió; las líneas en torno a sus ojos se arrugaron hasta formar pequeñas telarañas. Me pregunté si era tan guapo como yo creía o si simplemente se trataba de que era la única persona que quedaba en el mundo aparte de Jamie y yo.*

*No, no creía que fuera eso. Realmente era guapo.*

*-¿En qué piensas, Mel? -me preguntó-. Pareces muy concentrada en algo verdaderamente importante. -Se echó a reír.*

*Me encogí de hombros y sentí un extraño vacío en el estómago.*

*-Esto es muy hermoso. Miró a nuestro alrededor.*

*-Sí, pero ¿acaso el hogar de uno no es siempre hermoso?*

*-Hogar... -repetí la palabra en voz baja-. Hogar.*

*-También el tuyo si así lo quieres.*

*-Sí que lo quiero.*

*Parecía como si cada kilómetro que hubiera andado en los últimos cuatro años me hubiera llevado hasta aquí. No quería irme nunca, aunque sabía que tendríamos que hacerlo. La comida no crece en los árboles, al menos no en el desierto.*

*Me apretó la mano, y mi corazón latió fuerte contra mis costillas. Era placentero, pero casi dolía.*

*Tuve una sensación como si las cosas se desdibujaran cuando Melanie saltó hacia delante, y sus pensamientos a lo largo de todo el caluroso día, hasta que horas después el sol se hundió tras las paredes rojas del cañón, danzaron en mi cabeza. Yo la seguí, casi hipnotizada por la carretera que se extendía, estirándose infinita, delante de mí, mientras los arbustos con forma de esqueleto desaparecían a ambos lados con la misma monotonía soporífera que la que inundaba mi mente.*

*Eché una ojeada al estrecho dormitorio. El colchón apenas se separaba unos centímetros por ambos lados de las rústicas paredes de piedra.*

*Me dio una profunda e inmensa sensación de alegría ver a Jamie dormido en una cama de verdad, con la cabeza apoyada sobre una suave almohada. Sus brazos y piernas larguiruchos se extendían a sus anchas, lo que me dejaba poco sitio donde dormir. En realidad era mucho más grande de como yo lo veía en mi mente. Tenía ya casi once años, de modo que pronto dejaría por completo de ser un niño. Excepto que siempre sería un niño para mí, claro.*

*Jamie respiraba pausadamente en su sueño tranquilo. No parecía sentir miedo, al menos no por el momento.*

*Cerré la puerta despacio y volví al pequeño diván, donde me esperaba Jared.*

*-Gracias -susurré, aunque sabía que aunque gritara Jamie no se despertaría ahora-. Me siento fatal. Este sofá es demasiado pequeño para ti. Quizá deberías ser tú quien compartiera la cama con Jamie...*

*Él se echó a reír entre dientes.*

*-Mel, tú apenas eres unos cuantos centímetros más baja que yo. No te preocupes y duerme cómodamente. La próxima vez que salga por ahí conseguiré un catre o lo que sea.*

*No me gustaba lo que decía por muchos motivos. ¿Acaso iba a irse pronto? ¿Nos llevaría con él cuando se fuera? ¿Es que él veía esta distribución de camas como algo definitivo?*

*Dejó caer un brazo en torno a mis hombros y me apretó contra su costado. Me acerqué aún más, aunque el calor de su tacto puso mi corazón otra vez al borde del dolor.*

*-¿Por qué frunces el ceño? -me preguntó.*

*-¿Cuándo te..., cuándo nos tendremos que ir otra vez?*

*Se encogió de hombros.*

*-Hemos rapiñado bastantes cosas de camino hacia aquí, de modo que creo que estaremos servidos unos cuantos meses. Puedo hacer unas cuantas salidas rápidas si quieres que permanezcamos quietos en un sitio durante un tiempo. Estoy seguro de que estás cansada de huir.*

*-Sí, lo estoy -confirmé. Respiré hondo para coger ánimos-. Pero si tú te vas yo también me voy.*

*Él me abrazó más fuerte.*

*-Lo admito: la verdad es que lo prefiero así. La idea de separarme de ti... -Se echó a reír en voz baja-. Te va a parecer de locos, pero te digo que casi preferiría morir... ¿O eso suena melodramático?*

*-No, sé lo que quieres decir.*

*Quizá sentía lo mismo que yo. ¿Diría esas cosas si pensara en mí como en cualquier otro ser humano y no como en una mujer?*

*Me di cuenta de que ésa era la primera vez que habíamos estado realmente solos desde la noche que nos encontramos; la primera vez que había una puerta que cerrar entre un Jamie dormido y nosotros dos. Habíamos pasado muchas noches despiertos charlando en susurros, contándonos todas nuestras historias, tanto las felices como las de terror, siempre con la cabeza de Jamie acunada en mi regazo. Esa simple puerta cerrada hacía que se me acelerara la respiración.*

*-No creo que necesites encontrar un catre; no todavía.*

*Posó sus ojos en mí, inquisitivos, pero yo no le devolví la mirada. Estaba avergonzada, de pronto, aunque era demasiado tarde, porque las palabras flotaban ya en el aire.*

*-Nos quedaremos aquí hasta que la comida se acabe, no te preocupes. He dormido en sitios peores que este sofá.*

*-Eso no es lo que quería decir -repuse, todavía mirando hacia abajo.*

*-Quédate con la cama, Mel, que no voy a cambiar de idea.*

*-De todos modos, tampoco es eso lo que quería decir.*

*-Lo que me salió no fue más que una serie de palabras desordenadas-: Quiero decir que el sofá es bastante grande para Jamie. y no le quedará pequeño hasta que no pase mucho tiempo. Yo podría compartir la cama... contigo.*

*Se hizo un silencio. Quería alzar la vista, leer la expresión en su rostro, pero me sentía demasiado avergonzada. ¿Y qué sucedería si él se disgustaba? ¿Cómo lo iba a soportar? ¿Me obligaría a marcharme?*

*Me sujetó la barbilla con sus callosos dedos cálidos y la alzó. Mi corazón latía a toda velocidad cuando nuestros ojos se encontraron.*

*-Mel, yo... -Su rostro, por una vez, no sonreía. Intenté apartar la cara, pero él la sujetó de modo que mi mirada no pudo escapar de la suya. ¿Sentía él ese fuego entre su cuerpo y el mío? ¿O sólo ardía en mi interior? ¿Cómo podía estar únicamente en mí? Parecía como si hubiera un sol ardiente atrapado entre nosotros, prensado como una flor entre las páginas de un libro grueso, quemando el papel. ¿Sentía él algo diferente? ¿Era algo malo?*

*Después de un momento volvió la cabeza; era él quien apartaba la mirada ahora, aunque no me soltó la barbilla. Su voz sonó baja:*

*-No me debes eso, Melanie. No me debes nada en absoluto.*

*Tuve dificultad para tragar.*

*-No quería decir..., no me refería a que me sienta obligada. Y... tú tampoco deberías sentirte así. Olvida lo que he dicho.*

*-No creo que pueda, Mel.*

*Suspiró y quise desaparecer en ese momento. O bien rendirme, perder mi mente a manos de los invasores si eso era lo que hacía falta para borrar este error garrafal. Habría cambiado todo mi futuro por tachar los últimos dos minutos. Lo que fuera.*

*Jared volvió a respirar profundamente. Entrecerró los ojos y miró hacia el suelo, con la mandíbula apretada.*

*-Mel, no tendría que ser así... sólo porque estemos juntos o porque seamos el último hombre y la última mujer del mundo... -Se esforzó en buscar las palabras antes de hablar, algo que no le había visto hacer antes-. Eso no quiere decir que debas hacer nada que no quieras. No soy de la clase de hombres que tú crees... No tienes que...*

*Parecía tan disgustado, todavía con el ceño fruncido en otra dirección, que cuando empecé a hablar, de nuevo sin querer, sabía ya que era una equivocación antes de empezar.*

*-Eso no es a lo que me refería -murmuré-. No estamos hablando de obligaciones y no creo que seas «de esa clase de hombres». No, claro que no. Es sólo que...*

*Sólo que le amaba. Apreté los dientes antes de humillarme aún más. Me mordería la lengua antes que estropear más las cosas.*

*-¿Sólo que...? -inquirió.*

*Intenté negar con la cabeza, pero aún sostenía con fuerza mi barbilla entre los dedos.*

*-¿Mel?*

*Me retiré con brusquedad y negué con la cabeza con fiereza.*

*Se agachó y se me acercó más, y de pronto su rostro cambió por completo. Había un nuevo problema que no pude identificar a partir de su expresión, y que, aunque no lo entendía por completo, incluso borró el sentimiento de rechazo que estaba haciendo que me picaran los ojos.*

*-¿No me vas a decir nada? ¿No me vas a decir lo que estás pensando? Por favor -murmuró él. Podía sentir su aliento en mi mejilla, y pasaron unos cuantos segundos antes de que pudiera pensar de nuevo.*

*Sus ojos me hicieron olvidar que me sentía avergonzada, que no quería volver a hablar de ese asunto en mi vida.*

*-Si tuviera que escoger a alguien, a cualquiera, para quedarme abandonada en un planeta desértico -susurré, y el sol que brillaba entre nosotros ardió más fuerte-, sólo te escogería a ti. Y no es..., no es hablar por hablar. Cuando me tocas... -Dejé que mis dedos rozaran ligeramente la piel cálida de su brazo y sentí cómo se elevaban llamas en las yemas. Su brazo se apretó a mí alrededor en respuesta. ¿También sentía él ese fuego?-. Bueno, cuando me acaricias no quiero que pares. -Querría haber sido más precisa, pero me faltaban las palabras. Sí, ya era bastante malo haber admitido todo eso-. Si no sientes lo mismo, lo entiendo. Quizá no signifique lo mismo para ti. Y me parece bien. -Mentira.*

*-Oh, Mel-suspiró en mi oído, y giró el rostro para encontrarse con el mío.*

*Había más llamas aún en sus labios, más fieras que las otras, abrasadoras. No sabía lo que estaba haciendo, pero eso no parecía importar. Sus manos estaban hundidas en mi pelo y tenía el corazón a punto de consumirse de puro ardor. No podía respirar, pero tampoco quería.*

*Sin embargo sus labios se deslizaron hacia mi oreja y me sujetó la cabeza cuando intenté besárselos de nuevo.*

*-Fue un milagro, más que un milagro en realidad, cuando te encontré, Melanie. Y si ahora mismo alguien me diera la opción entre recuperar nuestro mundo o tenerte a ti..., no podría abandonarte, ni siquiera para salvar las vidas de cinco mil millones de personas.*

*-Eso no está bien.*

*-Está muy mal, pero así es.*

*-Jared... -Suspiré. Intenté alcanzar de nuevo sus labios, pero él se apartó como si tuviera que decir algo más. ¿Qué más había que decir?*

*-Pero...*

*¿Pero? ¿Qué «pero» podía haber? ¿Qué podría seguir a esta explosión de fuego que pudiera comenzar con un «pero»? -Es que tú tienes diecisiete años, Melanie, y yo veintiséis.*

*-¿Y eso qué tiene que ver?*

*El no contestó. Sus manos acariciaron mis brazos con lentitud, extendiendo el fuego por ellos.*

*-No debes cuidar de mí para nada. -Me eché hacia atrás buscando su rostro-. ¿Cómo te puedes preocupar por las convenciones sociales cuando hemos pasado ya por el final del mundo?*

*Tragó saliva sonoramente antes de hablar.*

*-La mayor parte de las convenciones existen por alguna razón, Mel. Me sentiría una mala persona, como si me estuviera aprovechando. Eres demasiado joven.*

*-No tan joven ya. Cualquiera que haya sobrevivido a todo esto se vuelve viejo.*

*Apareció un amago de sonrisa cuando intentó alzar una de las comisuras del labio.*

*-Quizá tengas razón, pero de todos modos no hay necesidad de precipitarse.*

*-¿Ya qué estamos esperando? -inquirí.*

*Dudó durante un rato largo, pensativo.*

*-Bueno, sí hay una cosa, hay algo... de orden práctico que hay que considerar.*

*Me pregunté si simplemente estaba intentando distraerme, apartándome del meollo del asunto. O al menos eso era lo que parecía. Alcé una ceja; no podía creer el giro que había tomado la conversación. Si realmente me quería, todo eso no tenía sentido.*

*-Mira -me explicó aún dubitativo y aparentemente ruborizado bajo el profundo tono tostado de su piel-, cuando estuve almacenando aquí provisiones no había planeado que vinieran... huéspedes. Lo que quiero decir es... -Soltó el resto de un golpe-: Lo último en lo que estaba pensando era en el control de la natalidad.*

*Percibí cómo se me arrugaba la frente.*

*¡Oh!*

*Se me borró la sonrisa del rostro, y durante apenas un segundo percibí en él un breve ramalazo de ira que nunca le había visto antes. Le hacía parecer peligroso de una manera que no podía haber imaginado hasta ese momento.*

*-Éste no es el mundo al que querría traer a mis hijos. Esas palabras me hundieron, y me encogí ante el pensamiento de un bebé, inocente y diminuto, abriendo los ojos en un lugar como éste. Ya era bastante malo observar los ojos de Jamie, saber qué era lo que esta vida podría traerle, incluso en las mejores circunstancias posibles.*

*Repentinamente, Jared volvió a ser Jared. La piel alrededor de sus ojos se arrugó.*

*-Además, tenemos un montón de tiempo para... hablar sobre esto. - Sospeché que se trataba de una nueva distracción-. ¿Te das cuenta de que en realidad llevamos muy poco tiempo juntos? Sólo han pasado cuatro semanas desde que nos encontramos.*

*Esas palabras me hicieron posar los pies sobre el suelo.*

*-Podría ser.*

*-Veintinueve días. Los he contado.*

*Volví a pensar en ello. No era posible que sólo hubieran pasado veintinueve días desde que Jared había cambiado nuestras vidas. Parecía como si Jamie y yo hubiéramos estado con Jared todo el tiempo que*



*llevábamos solos. Tres o cuatro años, quizá.*

*-Tenemos tiempo -insistió Jared, de nuevo.*

*Durante un momento muy largo, un pánico repentino, como una premonición o una advertencia, me impidió hablar. Jared observó el rápido cambio de mi rostro con ojos preocupados.*

*-No lo sabes. -La desesperación, que había cedido cuando nos habíamos encontrado, me flageló de nuevo con la fuerza de un latigazo-. Nunca sabrás cuánto tiempo nos queda en realidad. No sabes si lo vamos a contar en meses, en días o en horas.*

*Se echó a reír con su risa cálida, y apoyó sus labios en aquel lugar tenso donde mis cejas se tocaban.*

*-No te preocupes, Mel Los milagros no funcionan así. Nunca te perderé. Nunca dejaré que te separen de mí.*

Ella me devolvió al presente, mientras el delgado lazo de la autopista giraba hacia el desierto de Arizona; nos deslizábamos bajo el fiero sol del mediodía sin posibilidad de regreso. Miré hacia el vacío paisaje que se desplegaba ante mis ojos y sentí también cómo se extendía el vacío en mi interior.

El pensamiento de Melanie suspiraba ligeramente en mi cabeza: «Nunca sabrás cuánto tiempo te queda en realidad».

Las mejillas se me llenaron de unas lágrimas que nos pertenecían a ambas por igual.

## Capítulo 9

### Descubierta

Conduje con rapidez hasta la salida 1-10 mientras el sol se ocultaba a mis espaldas. No veía mucho aparte de las líneas blancas y amarillas del pavimento, y algún signo verde ocasional, de gran tamaño, que me dirigía en dirección este. Ahora tenía prisa.

Sin embargo, no estaba segura de por qué tenía tanta prisa. Supongo que en realidad lo que deseaba era que acabara pronto todo aquello: la pena, la tristeza, el dolor por los amores desesperanzados y perdidos. ¿Querría eso decir que también deseaba verme fuera de mi cuerpo? No se me ocurría ninguna otra solución. Le haría las preguntas pertinentes al sanador, pero en realidad sentía que la decisión ya estaba tomada. «Saltadora. Rajada». Probé estas palabras en mi mente en un intento de acostumbrarme a ellas.

Si pudiera encontrar alguna forma, intentaría mantener a Melanie fuera de las garras de la buscadora. Sería muy difícil; más bien sería imposible. Pero lo intentaría.

Se lo había prometido, aunque ella no me estaba escuchando. Aún seguía soñando. Yo pensaba que lo que ocurría en realidad era que se había rendido, cuando ya era demasiado tarde para que ese cambio de actitud pudiera ayudarla.

Intenté mantenerme al margen del tortuoso discurrir de sus pensamientos, pero no podía evitar seguir allí presente. No pude salirme por completo de sus sueños, por mucho que me concentraba en los coches que pasaban zumbando a mi lado, en los vehículos que se deslizaban hacia el aeropuerto y en las pocas y delicadas nubes que flotaban por encima de nuestras cabezas. Memorice el rostro de Jared desde mil ángulos distintos. Observé a Jamie crecer en un súbito estirón que le dejó todo piel y huesos. Los brazos me dolían por los dos y el sentimiento era más agudo que un dolor normal, afilado como la hoja de un cuchillo y violento. Era intolerable. Debía

alejarme de aquello.

Conduje casi a ciegas a lo largo de una autovía de dos carriles estrechos. El desierto era, si cabe, más monótono y estaba más muerto que antes. Más plano, más desprovisto de color. No llegaría a Tucson mucho antes de la hora de la cena. La cena. No había comido nada en todo el día, y me di cuenta de que me sonaban las tripas.

La buscadora me estaría esperando. Se me revolvió el estómago, y el hambre quedó momentáneamente sustituida por una náusea. De forma automática, levanté el pie del acelerador.

Comprobé el mapa que llevaba en el asiento contiguo.

Pronto llegaría a una pequeña salida a un lugar llamado Picacho Peak. Quizá debería parar para comer algo allí. Era una forma de robarle a la buscadora unos momentos preciosos.

Mientras pensaba en aquel nombre tan poco familiar, Picacho Peak, se produjo una extraña reacción contenida por parte de Melanie. No lo comprendía. ¿Había estado ella aquí antes? Busqué un recuerdo, un paisaje o un olor que tuviera algo que ver, pero no encontré nada. «Picacho Peak». Una vez más se mostraba ese punto de interés que Melanie reprimía. ¿Qué significaban esas palabras para ella? Se retiró hacia recuerdos lejanos, evitándome.

Esto acicateó mi curiosidad. Conduje un poco más rápido mientras me preguntaba si la visión del lugar desencadenaría algo.

En el horizonte empezó a cobrar forma un solitario pico montañoso. No era muy grande para los parámetros normales, pero sí lo suficiente para alzarse sobre las bajas y toscas colinas circundantes. Tenía una forma peculiar, inusual. Melanie observó cómo se erguía según nos acercábamos, simulando indiferencia hacia él.

¿Por qué pretendía que no le interesaba cuando era tan obvio todo lo contrario? Me molestaba su fuerza cuando intentaba averiguar algo. No podía ver ninguna vía de acceso en la habitual pared blanca. Parecía más densa de lo usual, aunque yo había creído que casi había desaparecido.

Intenté ignorarla, porque no quería saberlo, no deseaba saber que ella cada vez se fortalecía más. En vez de eso, seguí observando el pico, cuya forma se destacaba contra el caluroso cielo pálido. Había algo familiar en él. Algo que yo estaba segura de tener que reconocer, aunque también estaba convencida de que ninguna de las dos lo había visto con antelación.

Melanie se sumergió en un vivo recuerdo de Jared que me pilló por sorpresa, aunque en realidad su esfuerzo sonaba a que intentaba distraerme.

*El calor me abrasaba mientras pestañeaba ante el rojo resplandor del sol que agonizaba sobre aquellas rocas ensangrentadas.*

*Las manos que aparecieron repentinamente sobre mis hombros no me sobresaltaron, a pesar de no haber percibido su aproximación silenciosa. Me eran muy familiares.*

*-Es fácil acercarse a ti sin que te des cuenta.*

*Su voz acompañó la paz de aquel crepúsculo vacío.*

*-Te he visto venir desde antes de que dieras el primer paso -le dije sin volverme-. Tengo ojos en la parte de atrás de la cabeza.*

*Sus dedos cálidos recorrieron mis brazos desde los hombros a las muñecas, esparciendo fuego por toda mi piel.*

*-Pareces una ninfa del bosque en medio de los árboles -me susurró al oído.*

*-Adoptaré la costumbre de meterme en medio de los árboles.*

*Se echó a reír y el sonido hizo que se me cerraran los ojos y que los labios se me distendieran en una gran sonrisa.*

*-No es necesario -repuso-. Para mí siempre serás lo mejor.*

*-Le dijo el último hombre de la Tierra a la última mujer de la Tierra en vísperas de su separación.*

*Mi sonrisa se desvaneció mientras hacía este comentario. En estos tiempos las sonrisas no duraban mucho.*

*Él suspiró. Su aliento en mi mejilla era fresco en comparación con el aire ardiente del desierto.*

*-A Jamie le sentaría mal ese comentario.*

*-Es todavía un niño. Te pido por favor que lo mantengas a salvo.*

*-Hagamos un trato -me ofreció Jared-: tú te mantienes a salvo y yo le protegeré lo mejor posible. De otra forma no hay nada de qué hablar.*

*Era sólo una broma, pero no podía tomármela a la ligera. No habría garantías una vez que estuviéramos lejos el uno del otro.*

*-No importa lo que pase -insistí yo.*

*-No va a ocurrir nada, no te preocupes. -Sus palabras casi carecían de sentido, eran un desperdicio de energía, pero su voz merecía ser oída con independencia del mensaje que transmitiera.*

*-Vale.*

*Tiró con fuerza de mis muñecas hacia un lado, me hizo darme la vuelta con el impulso e inclinó la cabeza contra su pecho. No sabía con qué comparar su aroma. Era suyo nada más, tan único como el olor del enebro o el de la lluvia en el desierto.*

*-No nos perderemos el uno al otro -prometió él-, porque siempre volveré a encontrarte. -Cuando Jared hablaba no podía mantener el tono serio durante mucho tiempo-. No importa lo bien que te escondas. Soy invencible jugando al escondite.*

*-Por lo menos contarás hasta diez antes de ir a buscarme, ¿no?*

*-Con los ojos tapados.*

*-Empieza ya -mascullé... mientras intentaba disimular que las lágrimas me habían formado un nudo en la garganta.*

*-No tengas miedo. Vas a salir bien de ésta. Eres fuerte, rápida y lista.*

*Supongo que él también intentaba convencerse a sí mismo. ¿Por qué iba a dejarle? Era mucho suponer que Sharon continuaría siendo aún humana, pero estaba casi completamente segura cuando vi su rostro en las noticias.*

*Había sido sólo una expedición corriente, una como otras miles.*

Como era habitual, cuando nos sentíamos suficientemente aislados y a salvo, encendíamos la televisión mientras vaciábamos la despensa y el frigorífico. Sólo la poníamos para ver la predicción del tiempo, ya que no había mucho entretenimiento en los reportajes en plan «todo es perfecto», aburridos hasta la muerte, que pasaban por noticias entre los parásitos. Fue el pelo lo que captó mi atención, un ramalazo de un profundo color rosa, casi rojo, que sólo había visto en una persona en toda mi vida.

Todavía puedo ver la mirada en su rostro mientras echaba una ojeada a la cámara con el rabillo del ojo. Era una mirada que decía: «Estoy intentando pasar inadvertida, no me veas». No caminaba lo bastante despacio, aunque intentaba con todas sus fuerzas simular un paso casual. Intentaba desesperadamente mezclarse con los demás.

Ningún ladrón de cuerpos sentiría esa necesidad.

¿Qué estaba haciendo Sharon, si todavía era humana, andando por ahí fuera en una ciudad tan grande como Chicago? ¿Y si había otros? No parecía que hubiera muchas probabilidades de que fuera así, pero si existía la más mínima posibilidad de que hubiera humanos había que intentar localizarlos.

Y debía ir sola. Sharon huiría de cualquier otra persona que no fuera yo, e incluso puede que también huyera de mí, pero quizá al menos me diera ocasión de explicarme. Yo estaba segura de poder encontrar su escondrijo.

-¿Y tú? -le pregunté con la voz embargada por la emoción. No estaba segura de poder soportar físicamente la despedida que se avecinaba o ¿Te mantendrás a salvo?

-Ni el cielo ni el infierno me separarán de ti, Melanie.

Sin darme tiempo siquiera para que recuperara el aliento o me limpiara las lágrimas que aún corrían por mi rostro, me arrojó otro recuerdo a bocajarro.

Jamie se acurrucó bajo mi brazo, aunque ya no encajaba ahí como antes. Tenía que doblarse de mala manera y sus largos miembros desgarrados sobresalían por todos lados en ángulos agudos. Se le estaban poniendo los brazos duros y nervudos pero en ese momento aún seguía siendo un niño tembloroso, casi encogido de miedo. Jared estaba cargando el coche. Si él hubiera estado presente, Jamie no hubiera mostrado tan abiertamente su miedo. Quería ser valiente, parecerse a Jared.

-Estoy asustado -me susurró.

Besé su pelo negro como la noche. Olía a polvo y sol. Era como si fuera parte de mí, como si al separarnos se desgarrara la piel que nos mantenía unidos.

-Estarás bien con Jared. -El tono de mi voz tenía que sonar valiente, independientemente de lo que yo sintiera.

-Lo sé. Tengo más miedo por ti, porque no vuelvas. Como papá.

Me estremecí. El que mi padre no volviera, aunque su cuerpo lo hacía de vez en cuando, cada vez que intentaba guiar a los buscadores hasta nosotros, era lo más horroroso, terrorífico y doloroso que había sentido en mi

vida. *¿Y si le hacía lo mismo a Jamie también?*

*-Volveré. Siempre vuelvo.*

*-Estoy asustado -repitió de nuevo.*

*Yo tenía que ser valiente.*

*-Te prometo que estaré bien. Volveré, te lo juro. Y ya sabes que jamás rompo una promesa, Jamie. Al menos no contigo.*

*El temblor disminuyó. Me creyó, porque confiaba en mi.*

*Y otro más:*

*Le oía en el piso de abajo. Me encontrarían en cuestión de minutos, tal vez incluso segundos. Garabateé las palabras en un trozo sucio de papel de periódico. Eran casi ilegibles, pero él las comprendería en caso de encontrarlas:*

*No he sido lo bastante rápida. Os quiero a ti y a Jamie. No vuelvas a casa.*

*No sólo les rompería el corazón, sino que les quitaría su refugio también. Imaginé nuestro pequeño hogar en el cañón ahora abandonado, como permanecería de aquí en adelante. O si no abandonado, convertido en una tumba. Veía a mi cuerpo llevando a los buscadores hasta allí, mi rostro sonriente cuando los cogiéramos...*

-Ya tengo bastante -dije en voz alta, muerta de vergüenza ante el latigazo de pena-. ¡Ya es bastante! ¡Ya lo has conseguido! Yo tampoco puedo vivir ya sin ellos. ¿Te hace eso feliz? Porque esto no me deja muchas opciones, ¿o sí? Sólo una, deshacerme de ti. ¿Es que quieres a la buscadora dentro de ti? ¡Puf!

Esa ocurrencia hizo que me encogiera atemorizada, como si fuera yo la que tuviera que alojarla dentro.

«Hay otra posibilidad», pensó Melanie llena de sosiego.

-¿Sí? -le pregunté con sarcasmo-, Dime cuál.

«Mira y verás».

Todavía estaba mirando hacia el pico de la montaña. Dominaba el paisaje: una repentina elevación rocosa rodeada de una llanura cubierta de arbustos. Su interés hizo que me fijara en el horizonte y recorriera la cima irregular, con dos grandes salientes dentados.

Una curva abierta y poco definida y después un giro agudo hacia el norte, otro giro brusco en dirección opuesta, de nuevo se retorció hacia el norte durante un tramo más largo, y después un descenso abrupto hacia el sur que se remansaba en otra curva somera.

No era norte y sur, como habíamos interpretado en sus recuerdos desordenados; era arriba y abajo: el perfil de un pico montañoso.

Eran las líneas que llevaban hacia Jared y Jamie. Ésta era la primera línea, el punto de partida.

Podría encontrarlos.

«Podríamos encontrarlos -me corrigió ella-. No conoces todas las direcciones; igual que con la cabaña, nunca te lo daré todo».

-No entiendo. ¿Adónde lleva esto? ¿Cómo puede llevarnos una montaña?

El pulso empezó a latirme más rápido cuando pensé en ello: Jared estaba cerca, y Jamie también se hallaba a mi alcance.

Ella me mostró la respuesta.

*-Son sólo líneas. y el tío Jeb era sólo un viejo lunático. Un chiflado, como el resto de la familia de mi padre. -Intenté arrebatarse el libro de las manos de Jared, pero él ni se inmutó.*

*-¿Un loco? ¿Como la madre de Sharon? -preguntó sin dejar de estudiar las oscuras marcas de lápiz que afeaban la cubierta trasera del viejo álbum de fotos. Era la única cosa que no había perdido a lo largo de toda aquella huida. Incluso el dibujo disparatado que el tío Jeb había dejado en su última visita tenía un valor sentimental ahora.*

*-Sí, algo así.*

*Si Sharon todavía estaba viva, sería porque su madre, la chalada tía Maggie, podía competir con el chiflado tío Jeb por obtener el título del más majareta de los locos hermanos Stryder. A mi padre le había tocado sólo un poco de la locura Stryder, ya que no tenía un búnker secreto en el patio de atrás ni nada por el estilo. Todos los demás, la tía Maggie, el tío Jeb y el tío Guy, eran sinceros devotos de la teoría de la conspiración. El tío Guy había muerto, antes de que los demás desaparecieran durante la invasión, en un accidente de coche tan común y corriente que por supuesto Maggie y Jeb habían intentado convertirlo también en una intriga. Mi padre se refería a ellos cariñosamente como «los chalados».*

*-Creo que ya es hora de que hagamos una visita a «los chalados» - solía decir, y mi madre se ponía a gruñir, razón por la cual las declaraciones de este tipo no se prodigaban mucho, sólo de vez en cuando.*

*Sharon me metió a hurtadillas en el escondite de su madre en una de aquellas escasas visitas a Chicago. Nos pillaron, claro, ya que mi tía había puesto trampas por todas partes. Sharon se llevó una buena regañina y, aunque me hicieron jurar que guardaría el secreto, yo tenía la intuición de que Maggie se construiría un nuevo santuario.*

*Pero recordaba la ubicación del primero e imaginaba que Sharon estaría allí, viviendo la vida de Ana Frank en mitad de una ciudad enemiga. Debía encontrarla y traerla a casa.*

*Jared interrumpió mis recuerdos:*

*-Los chiflados son exactamente la clase de personas que puede que hayan sobrevivido. Gente que ya veía al Gran Hermano incluso cuando no estaba aquí. Gente que sospechaba del resto de la humanidad antes de que se volvieran peligrosos. Gente que tuviera preparados lugares para esconderse. -Jared sonrió sin dejar de observar aquellas líneas. Entonces su voz se volvió más triste-: Tipos como mi padre. Si él y mis hermanos se hubieran escondido en vez de luchar... Bueno, entonces todavía estarían aquí.*

*El tono de mi voz se volvió más dulce cuando escuché sus*

*palabras apenadas.*

*-Vale, estoy de acuerdo con esa teoría. Pero esas líneas no significan nada.*

*-Repíteme otra vez lo que dijo al dibujarlas.*

*Suspiré.*

*-Mi padre y el tío Jeb estaban discutiendo. El tío Jeb intentaba convencer a mi padre de que algo iba mal y no dejaba de advertirle que no confiara en nadie. Mi padre se reía de él. Jeb cogió el álbum de fotos del extremo de la mesa y comenzó a... casi grabar las líneas en la parte de atrás con un lápiz. Mi padre se enfadó mucho, porque dijo que mi madre se enfadaría. Jeb respondió: «La madre de Linda os pidió a todos que fuerais de visita, ¿a que sí? ¿No era un poco raro, inesperado? ¿No se enfadó un poco cuando sólo acudió Linda? Te voy a decir la verdad, Trev: no creo que a Linda le importe nada en realidad cuando regrese. Oh, sí, actuará como si así fuera, pero verás que hay diferencias». Aquello no parecía tener mucho sentido en aquel momento, pero sirvió para enfurecer a mi padre. Le ordenó al tío Jeb que se fuera de casa. Al principio éste no le hizo caso, y siguió intentando convencernos de que no esperaríamos hasta que fuera demasiado tarde. Me agarró del hombro y me apretó contra su costado. «No les dejes que te cojan, cariño -me susurró-. Sigue las líneas. Comienza por el principio y sigue las líneas. El tío Jeb ha preparado un lugar seguro para ti». Y entonces fue cuando mi padre le sacó a rastras hasta la puerta de la casa.*

*Jared asintió ausente, sin dejar de observar aquellas líneas.*

*-El comienzo..., el comienzo... Eso ha de significar algo.*

*-¿Tú crees? Son sólo garabatos, Jared. No es como un mapa, ni siquiera se conectan entre sí.*

*-Sin embargo, hay algo curioso en la primera. Algo que me es familiar. Juraría que lo he visto en algún sitio antes.*

*Suspiré de nuevo.*

*-Quizá se lo dijera a la tía Maggie. Quizá ella sepa algo más concreto.*

*-Quizá -dijo él, y continuó mirando fijamente los garabatos del tío Jeb.*

Melanie me condujo de nuevo hacia atrás en el tiempo, a un recuerdo mucho más antiguo, uno postergado durante mucho tiempo. Me sorprendió darme cuenta de que ambos recuerdos, el antiguo y el reciente, se habían unido en su mente hacía muy poco tiempo, después de mi irrupción. Ése había sido el motivo por el cual aquellas líneas habían escapado de su riguroso control, a pesar del hecho de que eran su más precioso secreto, debido a la importancia del descubrimiento.

La evocación de la infancia era difusa. Melanie se había acomodado en el regazo de su progenitor y sostenía en sus manitas de dedos pequeños y regordetes el mismo álbum, menos baqueteado por aquel entonces. Resultaba muy extraño recordar un tiempo en el cual aquel cuerpo era el de una niña.



Estaban enfrascados con la primera página.

*-¿Te acuerdas de dónde está? -me preguntó mi padre, señalando la vieja imagen en blanco y negro en la parte superior de la página. El papel se veía más delgado que el resto de las fotografías, como si estuviera muy gastado, cada vez más fino desde la primera vez que algún tatarabuelo lo había tocado.*

*-De aquí es de donde proceden los Stryder -contesté, repitiendo lo que me habían enseñado hacía tiempo.*

*-Muy bien. Ése es el viejo rancho Stryder. Estuviste allí una vez pero seguro que no te acuerdas. Sólo tenías dieciocho meses. -Mi padre se echó a reír-. Ha sido la tierra de los Strydel" desde el comienzo de los tiempos...*

Después venía el recuerdo de la misma imagen. Una que ella había visto miles de veces sin verla en realidad. Era en blanco y negro, desvaída, adelgazada por el paso del tiempo. Mostraba una pequeña casa de madera rústica, lejos, al otro extremo de una extensión de terreno desértica. En primer plano se percibía una valla rota y había unos cuantos caballos entre la valla y la casa. Y entonces, detrás de todo aquello, el familiar perfil recortado...

Alguien había escrito unas palabras a lápiz en una etiqueta blanca, sobre el borde superior blanco:

*Rancho Stryder, 1904, por la mañana a la sombra de...*

*-Picacho Peak -completé en voz baja.*

«Él debe de habérselo imaginado también, incluso aunque nunca encontrarán a Sharon. Sé que Jared habrá terminado deduciéndolo. Es más listo que yo, y tenía la foto; probablemente llegó a deducir la respuesta antes que yo. Puede que esté tan cerca... ».

La idea la había llenado de tal ansia y emoción que la pared blanca de mi mente se derrumbó por completo.

Vi todo el viaje ahora, presencié el sigiloso viaje nocturno a campo traviesa de los tres en aquel discreto coche robado. Les llevó semanas. También asistí al momento en que ella los dejó en un refugio de madera en las afueras de la ciudad, tan diferente al desierto vacío al que estaban acostumbrados. Era un bosque frío donde Jared y Jamie podrían esconderse y esperarla; les había parecido más seguro en cierta forma, ya que las ramas eran más gruesas y más fácil ocultarse tras ellas, a diferencia de la espinosa vegetación desértica que escondía tan poco, aunque también era más peligroso en otro sentido, por sus olores y sonidos menos familiares.

A continuación venía el instante de la separación, un recuerdo tan doloroso que ambas lo eludimos con un estremecimiento; después apareció el edificio abandonado donde ella se había escondido, vigilando la casa al otro lado de la calle a la espera de una oportunidad. Allí, oculta entre sus paredes o en el sótano secreto, esperaba encontrar a Sharon.

«No debería haberte dejado ver eso», pensó Melanée. La levedad

de su voz silenciosa despejó su agotamiento. El asalto de los recuerdos, la persuasión y la coerción la habían cansado bastante. «Les dirás dónde la pueden encontrar. La mataréis también».

-Sí -dije en voz alta-. He de cumplir con mi deber.

« ¿Por qué? -murmuró ella, casi adormecida-. ¿Cómo puede hacerte eso feliz?».

No quería discutir con ella, así que no dije nada.

La montaña se acercaba y se agrandaba delante de nosotras. En pocos momentos estaríamos bajo su sombra. Podía ver una pequeña área de descanso con una tienda de veinticuatro horas y un restaurante de comida rápida alineados al lado de la carretera en un espacio plano, cubierto de hormigón, un lugar donde aparcar caravanas. Había allí sólo unas cuantas, ya que con el calor del verano incipiente eran incómodas.

-¿Y qué hago ahora? -me pregunto ¿Hago una parada para comer un almuerzo tardío o una cena temprana? ¿Lleno el depósito de gasolina y luego sigo hasta Tucson con el objetivo de revelar mis recientes descubrimientos a la buscadora?

Esa idea era tan repelente que la mandíbula se me quedó encajada a pesar de las náuseas repentinas de mi estómago vacío. Pegué un frenazo por puro instinto, lo que hizo chirriar las ruedas hasta parar en mitad del camino. Fui afortunada: no había detrás ningún coche que me embistiera. Tampoco había conductores que pararan y me ofrecieran su ayuda o mostraran su preocupación. En este momento, la autopista estaba despejada. El sol caía sobre el asfalto haciéndolo relumbrar y hasta desaparecer en algunos tramos.

No debería haber sentido la idea de seguir adelante por el camino adecuado, según me dictaba el deber, como una traición. Mi idioma materno, el lenguaje original de las almas que se habla sólo en nuestro planeta de origen, no tenía una palabra para «traidor» o «traición». Ni siquiera para «lealtad», porque el concepto quedaba vacío de significado sin la existencia de su contrario.

Aun así me embargaba un profundo sentimiento de culpa al pensar en la buscadora. Sabía que estaba mal contarle lo que sabía. «Mal, ¿por qué?». Rebatí mi propio pensamiento con ferocidad. Si me paraba aquí, y escuchaba las sugerencias seductoras de mi anfitriona, verdaderamente me convertiría en una traidora. Y eso era imposible. Yo era un alma. No había nada parecido a un renegado entre los de mi especie.

Pero, aun así, yo sabía lo que quería con más fuerza e intensidad que cualquier otra cosa que hubiera querido en todas las otras ocho vidas que había vivido antes. La imagen del rostro de Jared danzaba detrás de mis párpados cerrados cuando pestañeé contra la luz del sol. Esta vez no era el recuerdo de Melanie, sino mi recuerdo creado a partir de los suyos. Ella no me estaba forzando a nada ahora. Apenas podía sentirla en mi cabeza mientras esperaba, y la imaginaba conteniendo el aliento, como si eso fuera posible, mientras yo tomaba una decisión.

No podía apartarme de los deseos de este cuerpo. Era yo, mucho

más de lo que yo hubiera querido que fuera. ¿Era yo la que quería o era el cuerpo? ¿Importaba ya esa distinción?

El reflejo del sol en un coche lejano a través del espejo retrovisor me despertó de mi ensimismamiento.

Deslicé el pie hasta el acelerador y me dirigí lentamente hacia la pequeña tienda a la sombra del pico. Realmente sólo había una cosa que pudiera hacer.

## Capítulo 10

### Regreso

El timbre eléctrico sonó, anunciando la entrada de otro visitante a una de esas tiendas abiertas veinticuatro horas. Di un respingo, lleno de culpabilidad, y apoyé la cabeza en la estantería de productos que estaba examinando.

«Deja de actuar como una criminal», me advirtió Melanie.

«No estoy actuando», le repliqué lacónicamente. Sentía las palmas de las manos frías bajo una fina capa de sudor, aunque la pequeña habitación estaba bastante caldeada. Las grandes ventanas dejaban entrar demasiada luz del sol como para que la ruidosa máquina de aire acondicionado pudiera compensarlo a pesar de sus esfuerzos.

« ¿Cuál ?», le pregunté.

«El más grande», repuso ella.

Cogí el paquete más grande de los dos que estaban disponibles, una *eslinga*\* de lona que parecía muy capaz de portar más peso del que yo aguantaría. Después caminé hacia la esquina donde se encontraba el agua embotellada.

*\*Cuerda fuerte con ganchos usada para levantar grandes pesos. [N. de la T.]*

«Podemos llevarnos doce litros -decidió ella-. Eso nos dará tres días para encontrarlos».

Respiré profundamente, intentando convencerme a mí misma de que no iba a seguir adelante con esto. Simplemente estaba intentando sacarle más información, eso era todo. Cuando tuviera la historia completa, encontraría a alguien, quizá a otro buscador, o uno menos repulsivo que la que me habían asignado, y le pasaría la información. Me dije a mí misma que simplemente estaba siendo concienzuda.

Mi torpe intento de auto engaño era tan patético que Melanie no le dedicó ninguna atención, y no le preocupó en absoluto. Debía de ser ya demasiado tarde para mí, como me había advertido la buscadora. Quizá

debería haber cogido el vuelo.

« ¿Demasiado tarde? ¡Ya me gustaría a mí! -gruñó Melanie-. No puedo conseguir que hagas nada que no desees. ¡No puedo ni levantar la mano!». Su pensamiento era un gemido de frustración.

Bajé la mirada hasta mi mano, apoyada sobre la cadera en vez de avanzar hacia el agua como ella quería con tantas ganas. Podía sentir su impaciencia, su deseo casi desesperado de moverse. Huyendo de nuevo, como si mi existencia no fuera más que una interrupción pasajera, una época pasada y malgastada que ahora quedaba a sus espaldas.

Ella emitió el equivalente mental de un bufido y después volvió a su asunto. «Venga -me urgió-, ¡tenemos que irnos! ¡Pronto se va a hacer de noche!».

Con un suspiro, cogí el paquete retractilado de botellas de agua más grande que había. Casi se golpea contra el suelo antes de que consiguiera apoyarlo sobre una balda situada más abajo en la estantería. Sentí los brazos casi como si me los hubiese desencajado.

-¡Me estás tomando el pelo! -exclamé en voz alta.

« ¡Cállate!».

-¿Me decía algo? -me preguntó el otro cliente, un hombre bajito y encorvado, desde el final del pasillo.

-Eh..., nada -mascullé, sin querer enfrentarme a su mirada-. Pesa más de lo que creía.

-¿Quiere que la ayude? se ofreció.

-No, no -repuse con rapidez-. Simplemente cogeré uno más pequeño.

Se volvió hacia el estante que mostraba una selección de patatas fritas.

«No, ni se te ocurra -insistió Melanie-. Yo he llevado paquetes más pesados que éste. Nos has reblandecido, Wanderer -añadió irritada.

«Lo siento», respondí de forma ausente, desconcertada por el hecho de que ella había usado mi nombre por primera vez. «Empuja con las piernas para levantarlo».

Luché con el paquete de botellas, preguntándome hasta dónde sería capaz de acarrearlo. Me las apañé para llevarlo al menos hasta la caja registradora. Con gran alivio, apoyé todo aquel peso sobre el mostrador. Puse el bolso encima del agua y después añadí una bolsita de barritas de cereales, un paquete de donuts y una bolsa de patatas fritas del expositor más cercano.

«El agua es mucho más importante que la comida en el desierto y no podemos llevar encima tantas cosas... ».

«Tengo hambre -la interrumpí-, y esto pesa poco».

«Es tu espalda, supongo -replicó ella refunfuñando.

Después ordenó:- Coge un mapa».

Elegí el que ella quería, un plano topográfico del condado, y lo puse sobre el mostrador con todo lo demás. No era más que otro objeto inútil en medio de su locura.

El cajero, un hombre de pelo blanco con una sonrisa perpetua,

pasó los códigos de barras.

-¿Va a hacer un poco de senderismo? -preguntó amablemente.

-La montaña es muy hermosa.

-El comienzo del sendero lo tiene ahí arriba... -explicó al tiempo que gesticulaba.

-Lo encontraré -le prometí con rapidez, empujando la carga pesada y poco equilibrada fuera del mostrador.

-Baje antes de que oscurezca, amiga. No querrá perderse.

-Así lo haré.

Melanie echaba pestes contra el encantador anciano.

«Sólo está siendo amable. Está sinceramente preocupado por mi bienestar», comenté.

«Sois todos completamente repulsivos -me recriminó con acidez-. ¿No te ha dicho nadie que no hables con extraños?».

Sentí un profundo golpe de culpabilidad cuando le contesté: «No hay extraños entre los de mi especie».

«No puedo acostumbrarme a no pagar por las cosas -me respondió ella, cambiando de tema-. ¿Para qué las escanean entonces?».

«Para inventariarlas, claro. ¿Acaso sería mejor que tuviera que recordar cuánto nos hemos llevado a la hora de pedir más? Además, ¿qué sentido tiene el dinero cuando todo el mundo es absolutamente honrado?».

Hice una pausa, sintiendo el peso de la culpa otra vez con tanta fuerza que casi se convirtió en dolor. «Todos menos yo, desde luego», añadí.

Melanie se retrajo de mis sentimientos, preocupada por su intensidad y por el hecho de que podría cambiar de idea después de todo. En vez de eso se concentró en su airado deseo de alejarse de allí, de ponerme en marcha hacia su objetivo. Su ansiedad se deslizó a través de mí y caminé más deprisa.

Llevé los bártulos hasta el coche y los dejé en el suelo, al lado de la puerta del copiloto.

-Déjeme que le ayude con eso.

Levanté la cabeza sobresaltada y me encontré al otro hombre que había en la tienda con una bolsa de plástico en la mano, de pie a mi lado.

-Ah, gracias -logré contestar al fin con los latidos del corazón atronándome los oídos.

Esperamos, Melanie tensa como si estuviera a punto de echar a correr mientras él cogía nuestras adquisiciones y las metía en el coche.

«No hay nada que temer. Simplemente está siendo amable, nada más».

Ella continuó observándole con desconfianza.

-Gracias -le dije, mientras él cerraba la puerta.

-De nada.

Se volvió y se dirigió a su propio vehículo sin echarnos ni una mirada más. Me subí a mi asiento y cogí la bolsa de patatas fritas.

«Mira el mapa -me dijo ella-, y espera hasta que ese hombre se pierda de vista».

«Nadie nos está observando», le contesté, pero desdoblé el mapa con un suspiro y seguí comiendo con la otra mano. Probablemente era conveniente tener alguna idea de hacia dónde nos dirigíamos.

« ¿Adónde vamos? -le pregunté-. Hemos encontrado el punto de partida, pero ¿ ahora qué ?».

«Mira alrededor -me ordenó-. Si no lo vemos por aquí, lo intentaremos por la parte sur del pico».

« ¿Ver...? ¿El qué?».

Ella colocó la imagen de sus recuerdos delante de mí: una quebrada línea en zigzag, cuatro apretados giros, el quinto pico extrañamente romo, como si se hubiera roto. Ahora lo vi como debería, una sierra de contornos irregulares con cuatro picos y un quinto truncado.

Oteé la línea del horizonte, de este a oeste, hacia el norte. Era tan fácil que casi parecía falso, como si hubiéramos creado la imagen después de haber visto la silueta de la montaña tal y como se veía desde el noroeste.

«Esto es. -Melanie casi cantaba de pura emoción-. ¡Vamos!».

Quería que saliera del coche y me pusiera de pie para emprender la marcha.

Negué con la cabeza, inclinándola de nuevo sobre el mapa. La sierra montañosa parecía tan lejana que no podía adivinar cuántos kilómetros había entre ella y nosotras. No tenía sentido salir del aparcamiento e internarse en el desierto vacío a menos que no hubiera otra opción.

«Sé racional», le sugerí mientras arrastraba el dedo sobre el plano siguiendo el delgado trazo indicador de una carretera sin nombre que conectaba la autovía unos cuantos kilómetros hacia el este y después seguía en la dirección aproximada de la sierra.

«Muy bien -acordó complaciente ella-. Cuanto más rápido mejor».

Localizamos la carretera sin asfaltar, una pálida cicatriz de polvo aplastado que zigzagueaba a través de los arbustos escasos y por la cual apenas cabía un vehículo. Tenía la sensación de que este camino se habría llenado de maleza por la falta de uso en cualquier otra región, cualquier lugar con una vegetación más vital, diferente a las plantas del desierto, que necesitan largas décadas para recobrase de una alteración como ésta. Había una cadena oxidada extendida a lo ancho de la entrada, atornillada a un poste de madera en un extremo y colgando suelta alrededor del poste del lado opuesto. Me bajé con rapidez y liberé la cadena y la dejé caer junto a la base del primer poste, apresurándome a subirme al coche en marcha con la esperanza de que nadie pasara y se ofreciera a ayudarme. La autopista estaba vacía mientras me internaba en el polvoriento camino. Después me volví de nuevo con premura a colocar la cadena en su sitio.

Ambas nos relajamos cuando el asfalto desapareció debajo de nosotras. Yo estaba contenta porque aparentemente no había tenido que mentirle a nadie, ni con palabras ni con silencios. Me sentía menos renegada si me quedaba a solas.

Aquí, en mitad de la nada, Melanie se sentía a sus anchas. Conocía el nombre de todas las plantas espinosas de los alrededores y roncaba sus nombres para sus adentros, saludándolas como a viejos

amigos:

«Gobernadora, acotillo, choya, higo chumbo, mezquite...».

El desierto parecía insuflarle nueva vida a Melanie, que revivía lejos de la autopista y de las trampas de la civilización. Aunque apreciaba la velocidad del coche que iba dando tumbos, ella deseaba vivamente andar sobre sus pies, saltando a través de la seguridad del desierto achicharrante. Nuestro vehículo no tenía la altura necesaria para esta expedición, como me recordaba cada golpe que recibía debido a las irregularidades del terreno.

Probablemente tendríamos que andar, y demasiado pronto para mi gusto, pero cuando llegó el momento dudé de si eso le gustaría de verdad, puesto que podía sentir cual era su deseo auténtico bajo la superficie: libertad. Lo que quería era mover su cuerpo al ritmo familiar de sus largos pasos con sólo su voluntad como guía. Durante un momento me permitió ver qué clase de prisión era la vida sin un cuerpo: ser acarreado de un lado para otro, pero incapaz de tener ningún tipo de influencia en lo que te rodea; estar atrapado; quedarse sin posibilidad de elegir.

Me estremecí y me volví a concentrar en la tosca carretera mientras procuraba conjurar la mezcla de pena y horror. Ningún otro anfitrión me había hecho sentir tan culpable por mi naturaleza, pero, claro, lo cierto era que ninguno de los anteriores se había quedado para quejarse de su situación.

El sol estaba cerca de la cima de las colinas occidentales cuando tuvimos nuestro primer desacuerdo. Las largas sombras creaban dibujos extraños a través de la carretera, haciendo difícil evitar las rocas y los baches.

« ¡Allí es!», cacareó Melanie cuando divisamos otra formación rocosa más hacia el este: una suave ondulación de roca, interrumpida por un espolón repentino que alzaba un largo dedo delgado hacia el cielo.

Ella estaba por la labor de lanzarse de inmediato a través de los arbustos sin importarle lo que le sucediera al coche.

«Quizá deberíamos seguir por el camino hasta llegar a la primera referencia», le señalé. El pequeño camino polvoriento continuaba dirigiéndose más o menos en la dirección correcta, y yo estaba aterrorizada con la idea de dejarlo. ¿Cómo iba a encontrar de nuevo el camino de regreso hacia la civilización? ¿O es que no iba a poder regresar?

Me imaginé a la buscadora justo en ese momento, justo cuando el sol tocaba la línea zigzagueante del horizonte de poniente. ¿Qué pensaría ella cuando viera que yo no llegaba a Tucson? Un espasmo de júbilo me hizo romper a reír a carcajadas. Melanie también disfrutó de la imagen de la furiosa irritación de la buscadora. ¿Cuánto le llevaría regresar a San Diego para ver si todo no había sido más que un truco para deshacerme de ella? ¿Y qué pasos daría entonces cuando viera que yo no estaba allí ni en ninguna otra parte?

Yo tampoco podía imaginarme con mucha claridad dónde me encontraría próximamente, tal y como estaba la situación.

«Mira, un cauce seco. Es lo bastante ancho para el coche, sigámoslo», sugirió Melanie.



«No estoy segura de que debamos seguir ese camino aun».

«Pronto se hará de noche y tendremos que parar. ¡Estás perdiendo el tiempo! », gritaba silenciosamente de pura frustración.

«O ahorrándolo, si soy yo la que lleva razón. Además, en todo caso es mi tiempo, ¿no?».

No me contestó con palabras. Parecía estar estirándose dentro de mi mente, intentando llegar hasta el cauce que consideraba conveniente.

«Soy yo la que está haciendo esto, así que lo haremos a mi manera».

Melanie estaba que echaba humo.

« ¿Por qué no me enseñas el resto de las líneas? -le sugerí-. Comprobaremos si hay algo a la vista antes de que caiga la noche».

«No -contestó con brusquedad-. Esa parte la haré yo como me plazca».

«Eso es un comportamiento infantil».

Nuevamente rehusó responder y permaneció enfurruñada mientras continuaba hacia los cuatro picos agudos.

La noche se deslizó de sopetón a través del paisaje en cuanto el sol desapareció detrás de las colinas. El desierto era de un naranja crepuscular hacía un minuto y de repente todo se quedó a oscuras. Disminuí la velocidad, mientras mi mano tanteaba el salpicadero buscando el interruptor para las luces.

« ¿Has perdido la cabeza? -siseó Melanie-. ¿No sabes lo visibles que resultan las luces de un coche aquí fuera? Estoy segura de que cualquiera podría vernos».

« ¿Y qué hacemos entonces? ».

«Espero que estos asientos se puedan reclinar».

Dejé el motor del coche al ralentí mientras intentaba pensar en otra opción que no fuera dormir en el vehículo rodeada por la oscura nada de la noche del desierto. Melanie esperaba pacientemente, sabiendo que no se me ocurriría ninguna.

«Esto es una locura, y lo sabes -le recriminé mientras aparcaba el coche en la cuneta y giraba la llave de contacto para apagar el motor-. Todo esto. La verdad es que no puede haber nadie por aquí. No encontraremos a nadie, y mientras lo intentamos terminaremos perdiéndonos del todo». Tenía un sentido abstracto del peligro físico existente en lo que estábamos planeando, vagabundeando en medio del calor sin un plan de retirada, y ninguna forma de salir de allí. Sabía que Melanie comprendía el peligro mejor que yo, pero se guardaba los detalles.

No respondió a mis acusaciones. Ninguno de estos problemas la alteraba. Podía ver con claridad que prefería vagabundear a solas por el desierto el resto de su vida antes que regresar a la vida que había tenido antes. Incluso sin la amenaza de la buscadora, eso le resultaba preferible.

Recliné el asiento hacia atrás todo lo que pude. No era ni mucho menos cómodo. Dudé que pudiera dormirme así, pero había tantas cosas en las que no me permitía pensar que mi mente se quedó vacía y abúllica.

Melanie también guardaba silencio.

Cerré los ojos y encontré poca diferencia entre mis párpados cerrados y la noche sin luna. Entonces me deslicé hacia la inconsciencia con una facilidad inesperada.

## Capítulo

## 11

# Deshidratada

-¡Vale! ¡Tenías razón, tenías razón! -admití en voz alta a pesar de que no había nadie a mi alrededor para escucharme.

Melanie no me estaba echando en cara nada con un «ya te lo había dicho». Al menos no con tantas palabras. Sin embargo, podía sentir el peso de la acusación en su silencio.

No sentí deseo alguno de abandonar el coche, aunque me era de poca utilidad ahora. Cuando se acabó la gasolina, lo dejé avanzar aprovechando la inercia hasta que llegamos a un descenso en picado en un estrecho desfiladero, una marcada hondonada en el terreno causada por un arroyo horadado por las últimas grandes lluvias. Miré hacia fuera por los cristales del parabrisas hacia la vasta llanura vacía y sentí cómo el estómago se me retorció de pánico.

«Debemos irnos, Wanderer. Lo único que va a pasar es que hará más calor».

Había gastado algo más de un cuarto del depósito de gasolina porque quería llegar justo hasta la misma base del segundo punto de referencia por pura cabezonería, pero entonces me encontré con que la tercera referencia apenas era visible desde esa distancia y que debíamos dar la vuelta y recorrer el camino inverso. No cabía duda de que habríamos ido mucho más lejos a través de aquel cauce arenoso, y hubiéramos llegado mucho más cerca de nuestro próximo objetivo. Gracias a mí, íbamos a tener que seguir el viaje a pie a partir de ese momento.

Lentamente, cogí las botellas de agua de una en una y me las cargué en la espalda. Añadí las barritas de cereales con la misma lentitud. Mientras tanto, Melanie me aguijoneaba para que me diera prisa. Su impaciencia me impedía pensar, y era difícil concentrarse en nada, como, por ejemplo, en lo que nos ocurriría a partir de entonces.

«Vamos, vamos, vamos», entonaba ella mientras yo me arrastraba, rígida y torpe, fuera del coche. Sentí un dolor punzante en la espalda cuando me erguí. Después de haber dormido retorcida la última noche, estaba dolorida, y no por el peso del paquete, que no me pareció tanto cuando mis hombros se acostumbraron a llevarlo.

«Ahora cubre el coche», me instruyó ella, plantando imágenes en mi cabeza de mí misma arrancando ramas espinosas de las gobernadoras que tenía al lado y las cinacinas y colocándolas sobre el techo plateado del automóvil.

« ¿Por qué?».

Su tono implicaba que yo era bastante estúpida por no comprenderlo a la primera: «De ese modo nadie podrá encontrarnos».

« ¿Y qué pasa si yo quiero que nos encuentren? ¿Y qué pasa si no hay nada aquí fuera más que calor y polvo? ¡No hay otra forma de volver a casa!».

«¿A casa?», inquirió ella, arrojándome a la cara imágenes desagradables, como el apartamento vacío de San Diego, la expresión más detestable de la buscadora, el punto que marcaba Tucson en el mapa..., y enseguida una rápida visión, mucho más feliz, del cañón rojo que se le escapó por accidente. « ¿A qué casa?».

Ignoré su advertencia y le di la espalda al coche. Ya había ido demasiado lejos y no iba a abandonar toda esperanza de regreso. Quizá alguien encontrara el vehículo y después me hallara a mí. Podía explicar con facilidad y sinceridad lo que estaba haciendo allí a cualquier rescatador: me había perdido. Había perdido mi camino y el control de mí misma..., y el de mi mente.

Me dejé llevar al principio, dejando que mi cuerpo se acompasara al ritmo natural de largas zancadas más propio de Melanie. No era la forma en la que caminaba por las aceras que había entre la universidad y mi casa, y no era mi paso en absoluto, pero se ajustaba bien al accidentado terreno que recorría en ese momento, y me hacía avanzar suavemente hacia delante con una velocidad que me sorprendió hasta que me habitué.

« ¿Qué habría pasado si no hubiera venido hasta aquí?», me pregunté mientras me internaba más en el desolado desierto. ¿Y si el sanador Fords hubiera estado todavía en Chicago? ¿Y si aquel camino no nos llevaba junto a ellos?

Era esta urgencia, este señuelo, el pensamiento de que Jared y Jamie podían estar realmente allí, en algún sitio de este lugar vacío, lo que hacía imposible que me resistiera a ese plan sin sentido.

«No estoy segura -admitió Melanie-. Creo que al menos debía intentarlo, pero tenía miedo mientras las otras almas estaban cerca. Estoy asustada. Confío en ti, pero sé que puedes matarlos a los dos».

Ambas nos estremecimos ante tal pensamiento.

«Pero estamos aquí, tan cerca... Me parecía que al menos debía intentarlo. Por favor...», Y de repente ella empezó a suplicarme, a rogarme, sin ningún rastro de resentimiento en sus pensamientos: «Por favor, no uses

esto para hacerles daño, por favor».

«No quiero hacerlo... No sé si podría hacerles daño. Preferiría...».

¿Qué? ¿Morir yo en su lugar? ¿Eso por no llevar unos cuantos humanos descarriados a la buscadora?

Otra vez nos estremecimos ante tal pensamiento, y mi repulsión ante esa idea la reconfortó, y a mí me asustó más de lo que la calmó a ella.

Melanie sugirió que nos olvidáramos del plano camino ceniciento cuando el cauce empezó a girar mucho hacia el norte. Ella se decantaba a favor del camino directo hacia el tercer punto de referencia, el espolón de roca oriental que parecía señalar hacia el cielo sin nubes como si se tratara de un dedo.

A mí no me apetecía dejar el cauce seco por la misma razón que me había resistido a abandonar el coche: porque podía seguir todo el camino de vuelta a lo largo de él hasta la carretera sin asfaltar y desde allí a la autopista. Eran kilómetros y kilómetros y me llevaría días enteros recorrerlos, pero si me salía del cauce me quedaría totalmente a la deriva.

«Ten fe, Wanderer. Encontraremos al tío Jeb o él nos encontrará a nosotras».

«Si todavía está vivo -apostillé suspirando mientras abandonaba aquel precario camino para dirigirme hacia un grupo de ralos matorrales, de los muchos que crecían con idéntico aspecto en cualquier dirección que miraras-. La fe no es un concepto familiar para mí. No sé a qué me comprometo con ella».

«¿Confianza entonces?».

«¿En quién? ¿En ti?». Me eché a reír. El aire caliente me quemó la garganta cuando inspiré.

«Simplemente piensa -replicó ella, cambiando de tema-. Quizá les veamos cuando llegue la noche».

El anhelo vehemente procedía de las dos a la vez; la imagen de sus rostros, un hombre, un niño, venían de los recuerdos de las dos. Y cuando comenzamos a caminar más rápido no estaba segura de que estuviera realmente al mando de la situación.

Después hizo más y más calor, y luego aún más. Rompí a sudar con fuerza: el pelo empapado se me adhirió al cráneo y la camiseta de color amarillo claro se me pegó al cuerpo de un modo muy desagradable. Por la tarde, rachas abrasadoras de viento me empujaron, arrojándome arena a la cara. El aire seco evaporó la transpiración, convirtió mi pelo en una cáscara de polvo e hizo aletear la camisa, apartándola de mi cuerpo. Yo me movía tan rígidamente como si fuera un cartón cubierto de sal seca, pero continué andando a pesar de todo.

Bebía agua con más frecuencia de la aconsejada por Melanie, que me concedía de mala gana cada trago, recordándome que al día siguiente la necesitaría mucho más, pero ya le había concedido tantas cosas ese día que no estaba de humor para escucharla. Bebí cuando tuve sed, que era la mayor parte del tiempo.

Mis piernas se movían hacia delante sin que las impulsara ningún

pensamiento por mi parte. El sonido rítmico y crujiente de mis pasos era como una música de fondo, baja y tediosa.

No había nada que ver; un arbusto retorcido de aspecto quebradizo era exactamente igual que cualquier otro. La monotonía me sumió en una especie de ensoñación, y sólo era realmente consciente de la silueta de las montañas recortada contra el cielo pálido y decolorado. Comprobaba su forma cada pocos pasos, aunque la conocía ya tan bien que podría haberla dibujado con los ojos cerrados.

El paisaje parecía haberse quedado congelado en una foto fija. Constantemente volvía la cabeza a mi alrededor buscando el cuarto punto de referencia, como si la perspectiva fuera a cambiar de algún modo desde el paso anterior. Éste era un gran pico en forma de cúpula al que le faltaba un trozo curvado que parecían haber extraído de uno de sus lados y que Melanie no me había mostrado hasta esa misma mañana. Esperaba que ésta fuera la última pista, porque me sentía afortunada con haber llegado ya hasta aquí, pero tenía la sensación de que Melanie se estaba reservando más datos y que el final de nuestro viaje estaba tan lejos que sería casi imposible llegar a él.

Me zampé las barritas de cereales a lo largo de la tarde, sin darme cuenta hasta que fue demasiado tarde de que ya me había comido la última.

Cuando se puso el sol, la oscuridad cayó con la misma velocidad que el día anterior. Melanie estaba preparada, y había buscado ya un lugar donde pasar la noche.

«Aquí -me dijo-; hemos de colocarnos lo más lejos que podamos de las *choyas*\*, por si te das la vuelta durmiendo».

*\*Planta cactácea de espinas puntiagudas con abundantes aplicaciones medicinales. [N.de la T.]*

Le eché una mirada de refilón al cactus achaparrado que todavía se distinguía en la luz decreciente; era bastante gordo y sus espinas del color del hueso parecían pelos. Me estremecí. « ¿Quieres que duerma ahí, en el suelo? ¿Aquí mismo?».

« ¿Se te ocurre otra idea? -Ella sintió mi pánico y suavizó el tono de su voz, como si me compadeciera-: Mira, es mucho mejor que el coche, al menos está llano, y hace demasiado calor para que a ningún bicho le atraiga el calor de tu cuerpo y... ».

-¿Bichos? -pregunté en voz alta-. ¿Bichos?

Hubo una visión fugaz, muy desagradable, de insectos de aspecto letal y serpientes enrolladas en sus recuerdos.

«No te preocupes». Ella intentó tranquilizarme mientras yo me ponía de puntillas, procurando mantenerme lejos de cualquier cosa que pudiera estar escondida en la arena, mientras mis ojos buscaban afanosos en la oscuridad algún sitio por donde escapar. «Nada te va a molestar a menos que tú le molestes primero. Después de todo, tú eres más grande que ninguna otra criatura que pueda haber por aquí». Otro fogonazo en el recuerdo, esta vez de un carroñero canino de tamaño medio, un coyote,

revoloteó por sus pensamientos.

-Perfecto -gemí, acuclillándome sobre mis piernas, aunque seguía atemorizada por la tierra negra que había debajo de mí-. Asesinada por perros salvajes. ¿Quién hubiera podido pensar que esto terminaría de una forma tan... trivial? Qué decepcionante. Si al menos fuera la bestia con garras del Planeta de las Nieblas... habría alguna dignidad en acabar a manos de una criatura como ésa.

El tono de la respuesta de Melanie hizo que me la imaginara poniendo los ojos en blanco: «Deja de comportarte como un bebé. Nadie te va a comer. Así que acuéstate y descansa un poco. Mañana será más duro que hoy».

-Gracias por las buenas noticias -gruñí. Se estaba volviendo una tirana. Me hacía pensar en el refrán humano que dice: «Dale la mano y te cogerá el brazo», pero estaba mucho más cansada de lo que creía y, apenas me había acomodado a regañadientes en el suelo, me resultó imposible no desplomarme sobre el suelo polvoriento y pedregoso y cerrar los ojos.

Parecía que apenas habían transcurrido unos minutos cuando irrumpió un amanecer de un brillo deslumbrante y tan caluroso que enseguida rompí a sudar. Estaba cubierta de polvo y grava cuando me desperté; se me había quedado el brazo derecho atrapado debajo del cuerpo y había perdido toda sensibilidad. Lo sacudí para deshacerme del hormiguelo y después alargué la mano para coger algo de agua.

Melanie no estaba de acuerdo, pero la ignoré. Busqué la botella medio vacía de la que había bebido la última vez y mientras revolvía entre las que estaban llenas y las vacías llegué rápidamente a una conclusión.

Con una sensación creciente de alarma, volví a contarlas. Otra vez más. Había el doble de botellas vacías respecto a las llenas. Había acabado ya con más de la mitad de mi abastecimiento de agua.

«Ya te advertí que estabas bebiendo demasiado».

No le contesté, pero guardé la botella de nuevo en su sitio dentro del paquete sin probar ni una gota. Sentía la boca fatal, seca, arenosa y con sabor a bilis; intenté ignorarlo, dejé de pasarme esa lengua de papel de lija contra los dientes llenos de arena y eché a andar.

Pero mi estómago fue más difícil de ignorar cuando el sol subió más alto y la temperatura fue en aumento. Las tripas se me retorcían y contraían a intervalos regulares, anticipando comidas que no aparecían. Por la tarde el hambre había pasado de ser una incomodidad a un verdadero suplicio.

«Esto no es nada -me advirtió Melanie irónicamente-. Hemos pasado más hambre otras veces».

«Habrás sido tú», repliqué. No me sentía con ánimo de convertirme en el público de sus recuerdos de humano resistente Justo en ese momento.

Empezaba a desesperarme cuando llegaron las buenas noticias. Mientras barría con la mirada el horizonte con un movimiento rutinario y desgano, la forma bulbosa de la cúpula resaltó en medio de la línea de pequeños picos que se extendía al norte. La parte que le faltaba era apenas

una pequeña mella desde el punto de vista apropiado.

«Ya estamos bastante cerca», comentó Melanie, tan emocionada como yo al ver que habíamos hecho algunos progresos. Me volví con entusiasmo hacia el norte, y mis pasos se alargaron. «Mantente vigilante para el próximo». Me recordó otra formación y comencé a estirar la cabeza por todas partes para encontrarla, aunque sabía que era inútil buscarla tan pronto.

Debía estar hacia el este. Norte, luego este y luego norte otra vez. Ése era el patrón.

El aliciente de ir a la búsqueda de otra marca me mantuvo en movimiento a pesar del creciente cansancio de las piernas. Melanie me urgía, entonando gritos de ánimo cuando aflojaba el paso, pensando en Jared y Jamie cuando me volvía apática. Progresaba con seguridad y siempre esperaba hasta que Melanie me permitía beber, aunque sentía llagado el interior de la garganta.

He de admitir que estaba orgullosa de mí misma por ser tan dura. Así que cuando apareció una carretera de tierra lo percibí como una recompensa. Me arrastré hacia el norte, dirección que había tomado antes, pero Melanie estaba inquieta.

«No me gusta el aspecto que tiene esto», insistía.

El camino era apenas una línea a través de los arbustos, definida sólo por su textura más lisa y por la falta de vegetación. Antiguas huellas de neumáticos se hundían en dos líneas paralelas a lo largo de aquel camino.

«Cuando tome una dirección equivocada, lo dejaremos».

Yo ya estaba avanzando entre las dos líneas de huellas. «Esto es más fácil que abrirse camino entre las gobernadoras y mantenerse apartada de las choyas».

Ella no contestó pero su inquietud me puso un poco paranoica. Mantuve mi búsqueda de la siguiente formación: una eme perfecta formada por dos picos volcánicos emparejados; pero también observaba el desierto que me rodeaba con mucho más cuidado que antes.

Precisamente porque estaba prestando más atención, noté la borrosa mancha gris en la distancia mucho antes de que pudiera averiguar lo que era. Me pregunté si mis ojos me estaban jugando alguna mala pasada y pestañeeé ante el polvo que los nublabá. El color no parecía el característico de una piedra y tenía una forma demasiado sólida para ser un árbol. La luminosidad del día me hacía bizquear, y me detuve haciendo conjeturas.

Después pestañeeé de nuevo y el borrón rápidamente se transformó en una forma estructurada, más cercana de lo que había pensado. Era algún tipo de casa o edificio, pequeño y desgastado por el tiempo hasta degradar su color en una especie de gris mate.

El respingo de pánico de Melanie me hizo arrojarme fuera del estrecho camino, hacia la dudosa protección de los escasos arbustos.

«Tranquila -le dije-, seguro que está abandonada».

« ¿Y cómo lo sabes?». Ella me refrenaba tanto que tenía que concentrarme en mis pies antes de poder ponerlos en movimiento.

« ¿Quién podría vivir ahí aislado?». Su deseo de retroceder era tan



fuerte que tuve que hacer un gran esfuerzo de concentración para echar a andar de nuevo.

«Nosotros, las almas, vivimos para la sociedad». Noté que había un matiz amargo en mi explicación y comprendí que se debía a que estábamos ahora, física y metafóricamente, en mitad de la nada. ¿Por qué yo ya no podía pertenecer a la sociedad de las almas? ¿Por qué me sentía como si yo no... quisiera pertenecer a ella? ¿Había sido yo realmente una parte de la comunidad que en teoría debía ser la mía o no era así y ésa era la explicación que yacía detrás de mi larga lista de vidas vividas en transición de un lado a otro? ¿Había sido yo siempre una aberración o era sólo algo en lo que me estaba transformando Melanie? ¿Me había cambiado este planeta o simplemente me había revelado lo que yo era en realidad?

Melanie no tenía paciencia para mi crisis personal, ya que quería que me alejara de ese edificio lo más rápido posible. Sus pensamientos tiraban y se retorcían sobre los míos, sacándome de mi introspección.

«Tranquilízate -exigí, mientras intentaba poner en orden mis ideas, separándolas de las tuyas. Si hay algo que viva ahí ahora, ha de ser humano. Confía en mí en este asunto. No hay nada parecido a un eremita entre las almas. Quizá sea tu tío Jeb...».

Ella rechazó ese pensamiento con dureza: «Nadie puede sobrevivir en un espacio abierto como éste. Los de tu especie buscan exhaustivamente cualquier lugar habitable. Cualquiera que haya vivido aquí ha huido o se ha convertido en uno de vosotros. El tío Jeb habría buscado un escondrijo mejor».

«En cualquier caso, si quien vivía aquí se convirtió en uno de nosotros -aseguré-, tuvo que abandonar este lugar. Sólo un humano podría vivir de esta manera...».

Mi voz se apagó de pronto, cuando el temor me invadió también a mí.

« ¿Que ocurre....».

Ella reaccionó rápidamente cuando me asusté, y nos quedamos heladas en el sitio. Ella escaneó mis pensamientos en busca de la causa de mi alteración, pero yo no había visto nada nuevo.

«Melanie, ¿y qué pasa si hay algún humano ahí y no es el tío Jeb, ni Jared ni Jamie? ¿Qué pasaría si nos encuentran otras personas ?».

Ella asimiló la idea lentamente, tras una larga cavilación. «Tienes razón, nos matarían inmediatamente. Sin duda».

Intenté tragar saliva para quitarme de la boca seca el sabor del miedo.

«Pero no puede ser nadie más. ¿Quién podría ser si no? -razonó ella-. Los de tu especie se han alejado de aquí conscientemente. Sólo se le ocurriría quedarse en estos andurriales a alguien que tuviera algún motivo para esconderse. Así que si tú estás segura de que no es ninguno de los tuyos y yo estoy segura de que tampoco es de los míos, vamos a comprobarlo. Aunque sería mejor si buscáramos algo que nos ayudara, algo que pudiéramos usar como arma».

Me estremecí ante sus pensamientos de cuchillos afilados y largas herramientas de metal susceptibles de convertirse en bastones. «Nada de armas».

«Puf. Pero ¿cómo han podido vencernos unas criaturas endeble como vosotras?».

«Con sigilo y superándoos en número. Cualquiera de vosotros, incluso el más joven, es cien veces más peligroso que uno de nosotros, pero sois como una termita en un hormiguero. Hay millones de nosotros, todos trabajando al unísono, en perfecta armonía hacia un objetivo común».

Al describir la unidad, sentí de nuevo una abrasadora sensación de pánico y desorientación. ¿Quién era yo?

Nos mantuvimos escondidos entre las gobernadoras mientras nos acercábamos a la pequeña estructura. Parecía una casa pequeña, apenas una choza junto al camino, sin posibilidad alguna de que fuera otra cosa. La razón para esa localización era también un misterio, pues ese lugar no tenía nada que ofrecer, salvo aislamiento y calor.

No había indicios de ocupación reciente. El vano de la entrada permanecía abierto, sin puerta, y sólo unas cuantas astillas de cristal colgaban de los marcos de las ventanas vacías. El polvo se acumulaba en el umbral y se arremolinaba hacia dentro. Las paredes grises, deslustradas, parecían inclinadas por el viento, como si siempre soplara en la misma dirección.

Fui capaz de contener la ansiedad mientras me acercaba con andares vacilantes hacia el marco de la puerta, aunque lo más seguro era que estuviéramos tan solas como lo habíamos estado durante todo el día y el anterior.

La tentadora sombra de la entrada acallaba mis temores y me llamaba; agucé el oído, pero acudí a su reclamo. Avancé deprisa con paso firme y trasasé el umbral, moviéndome rápidamente hacia un lado para tener una pared a mi espalda. Esto fue instintivo, producto de los días de rapiña de Melanie. Me quedé allí muy quieta, nerviosa por mi ceguera, esperando que los ojos se ajustaran a la oscuridad.

La pequeña cabaña estaba vacía, como suponíamos. No había más signos de ocupación dentro que fuera. Una mesa rota inclinada sobre dos patas yacía en medio de la habitación junto a una silla de metal oxidado. Se veían parches de hormigón a través de los grandes agujeros de la alfombra usada y mugrienta. Una cocinita se alineaba en la pared con un fregadero enmohecido, una fila de pequeños armarios -algunos sin puertas- y un frigorífico que me llegaba a la altura de la cintura, cuya puerta abierta revelaba el interior mohoso y renegrido. El armazón de un sofá estaba apoyado contra la pared más lejana, sin ninguno de sus cojines. Colgada todavía sobre él, aunque un poco arrugada, había una lámina enmarcada de unos perros jugando al póquer\*.

\* Conocida serie de óleos de Coolidge que muestra a unos perros en posiciones antropomórficas jugando al póquer. [N. de la T]

«Qué hogareño -pensó Melanie, lo suficientemente aliviada como para ponerse sarcástica-. Está más decorada que tu apartamento».

Yo ya me estaba dirigiendo hacia el fregadero.

«Por soñar...», añadió Melanie condescendiente.

Por supuesto, hubiera sido un desperdicio tener agua corriente en un lugar tan aislado. Las almas manejaban los detalles como éste mejor, porque no se les hubiera ocurrido dejar algo en ese estado. Aun así, sentí la necesidad de girar las viejas llaves de paso de los grifos. Uno se me rompió en la mano, completamente enmohecido.

Me volví hacia los pequeños armarios y me arrodillé en la asquerosa alfombra para mirar cuidadosamente dentro. Me eché hacia atrás mientras abría las puertas, temiendo molestar a alguno de los ponzoñosos animales del desierto en su madriguera.

El primero estaba vacío, sin parte trasera, de modo que se podían ver las tablillas de madera de la pared de la cabaña. El siguiente carecía de puerta, pero dentro había una pila de periódicos antiguos cubiertos de polvo. Saqué uno, curiosa, sacudí el polvo sobre el suelo, aún más sucio, y leí la fecha.

«De tiempos aún humanos», constaté. Y no es que necesitara una fecha que me lo dijera.

El titular casi saltó hasta mis ojos; *Un hombre mata a su hija de tres años prendiéndole fuego*. Iba acompañado de la imagen angelical de una niña rubia. No era la portada. El horror tan pormenorizadamente descrito no era tan espantoso como para merecer prioridad a la hora de publicarlo. Debajo figuraba el rostro de un hombre buscado por los asesinatos de su mujer y sus dos hijos dos años antes de la fecha de impresión; el artículo contaba que varios testigos aseguraban haberlo visto en México. Luego aparecían dos asesinatos y tres heridos en un accidente de tráfico debido al consumo de alcohol. Un caso de fraude y muerte violenta de un prominente banquero local, que aparentemente se había suicidado. La retirada de una denuncia permitía que un pederasta confeso saliera libre. Se habían encontrado degollados en un basurero unos cuantos animales domésticos.

Me encogí de hombros y tiré el papel lejos de mí, de nuevo hacia la oscuridad del pequeño armario.

«Éstas eran las excepciones, no la norma», alegó Melanie con calma mientras intentaba alejar el horror que me habían provocado esas noticias sumergiéndose en sus recuerdos de aquellos años y dándoles otro color.

«Pero ¿ahora puedes comprender por qué pensamos que podríamos hacerlo mejor? ¿Entiendes que hayamos podido llegar a suponer que quizá vosotros no merecáis todas las maravillas de este mundo?».

Su respuesta fue ácida: «Si lo que queráis era limpiar el planeta, podríais haberlo dinamitado».

«A pesar de lo que imaginan vuestros escritores de ciencia-ficción, sencillamente no tenemos la tecnología necesaria».

Ella no pensaba que mi broma fuera divertida.

«Además -añadí-, eso habría sido un gran desperdicio. Es un planeta maravilloso. A excepción de este indescriptible desierto, claro».

«Así fue como nos dimos cuenta de que estabais aquí, ya sabes -explicó ella pensando en los espantosos titulares de las noticias otra vez-. Cuando las noticias de la tarde no tenían más que inspiradoras historias de interés humano, cuando los pedófilos y los yonquis se alineaban en fila en los hospitales para que los curaran, cuando todo se volvió un trasunto de Mayberry\*, entonces fue cuando se os vio el plumero».

*\*Nombre de una ciudad ficticia en Carolina del Norte que es escenario de dos series de la televisión norteamericana, The Andy Griffith Show y Mayberry R. F. D. «Mayberry» se usa como un término coloquial para designar tanto la vida idílica en una pequeña ciudad como la sencillez rural. [N. de la T.]*

-¡Qué cambio tan terrible! -repliqué con sequedad, volviéndome hacia el siguiente armario. Tiré de la puerta y encontré un auténtico filón-. ¡Galletitas saladas! -grité mientras cogía una caja medio aplastada y descolorida de Saltines. Había otra justo detrás, en la que parecía que alguien había metido la mano antes-. ¡Bizcochos de crema Twinkies! -cacaree.

« ¡Mira!», me urgió Melanie señalando con un dedo mental tres garrafas polvorientas de lejía situadas al fondo del armario.

« ¿Para qué quieres lejía? -le pregunté mientras abría la caja de galletitas-. ¿Para tirársela a alguien a los ojos o para romperle la crisma con la garrafa?».

Por suerte, las galletitas, aunque reducidas a migajas, todavía estaban dentro de sus paquetitos de plástico. Abrí uno y comencé a meterme las migas en la boca, tragándomelas a medio masticar. No podía conseguir que llegaran a mi estómago a la velocidad necesaria.

«Abre una garrafa y huélela -me instruyó ella, ignorando mi sarcasmo-. Así era como mi padre solía almacenar el agua en el garaje. Los restos de lejía impiden que crezca nada en el agua».

«En un minuto». Me terminé uno de los paquetes y empecé con otro. Estaban bastante rancias, pero en comparación con el sabor a hiel de la boca me parecieron ambrosía. Cuando terminé el tercero me di cuenta de que la sal me quemaba las llagas de la boca y las boqueras de las comisuras de los labios. La sensación era parecida a como si me las estuvieran quemando con ácido.

Alcé una de las garrafas de lejía, esperando que Melanie tuviera razón. Sentía los brazos débiles y flojos, apenas capaces de levantarla. Esto nos interesaba a ambas. ¿Cuánto se había deteriorado nuestra condición física? ¿Hasta dónde podríamos llegar en semejantes condiciones?

El tapón de la garrafa estaba tan firme que me pregunté si se habría quedado pegado. Finalmente, sin embargo, fui capaz de abrirlo con los dientes. Olisqueé cuidadosamente, sin ningún interés por desmayarme con las emanaciones de la lejía. El olor a química era muy tenue. Olisqueé más profundamente. No había duda de que era agua, agua estancada con olor a moho, pero agua al fin y al cabo. Tomé un traguito. No era agua fresca de

montaña, pero era líquido después de todo. Comencé a beber.

«Ve más despacio», me avisó Melanie, y le di la razón.

Habíamos tenido suerte encontrando este alijo, pero no tenía sentido dilapidarlo. Además, quería comer algo sólido ahora que la quemazón de la sal se me había pasado. Me volví a la caja de Twinkies y chupeteé tres de los pastelillos aplastados en el interior de los envoltorios.

El último armario estaba vacío.

Tan pronto como los pinchazos del hambre se me pasaron un poco, la impaciencia de Melanie comenzó de nuevo a inmiscuirse en mis pensamientos. No tenía deseo alguno de resistirme en ese momento, así que reuní mis despojos en un paquete y dejé las botellas vacías en el fregadero para tener más espacio. Las garrafas de lejía eran muy pesadas, pero era un peso confortador. No me creía capaz de soportar dormir otra noche sobre el suelo del desierto hambrienta y sedienta. Con la energía del azúcar corriendo de nuevo por mis venas, me lancé de nuevo hacia la tarde luminosa.

## Capítulo 12

### Error

Es imposible! ¡Te has equivocado! ¡Estamos perdidas! ¡No puede ser!».

Miré hacia lo lejos, a la distancia, enferma de una incredulidad que rápidamente se estaba convirtiendo en horror.

La mañana del día anterior me había comido el último Twinkie destrozado para desayunar. Por la tarde había encontrado el pico doble y había girado hacia el este otra vez. Melanie había cumplido con la promesa de que era la última formación rocosa que nos quedaba. Esa noticia me había puesto casi histérica de alegría. La última noche me había bebido el agua restante. Era el cuarto día.

Esa mañana todo fue un recuerdo vago de sol cegador y esperanza desesperada. El tiempo se iba pasando y oteé la línea del horizonte en busca de la última referencia con un creciente sentimiento de pánico. No podía ver en qué lugar podría encajar; esta vez se trataba de una larga línea plana, la de una pequeña meseta flanqueada por picos romos en cada extremo, como si fueran centinelas. Algo así necesitaba espacio y las montañas al este y al norte eran voluminosas y sus cimas tenían aspecto de dientes. Era incapaz de ver dónde podía tener cabida una meseta plana entre ellas.

Hice un alto para descansar al mediodía. El sol aún refulgía en el este y sus rayos me daban en los ojos. Mi debilidad me asustaba. Había empezado a dolerme cada músculo del cuerpo, pero no todo se debía a la caminata. Podía sentir el cansancio del ejercicio, y también el de haber dormido en el suelo, pero los dos eran diferentes del nuevo padecimiento. Me estaba deshidratando, y este dolor se debía a la protesta de mis músculos ante esa situación. Sabía que así no iba a poder continuar mucho tiempo.

Volví la espalda al este para poder apartar el rostro del sol durante un momento.

Entonces fue cuando vi la larga línea plana de una meseta, imposible de confundir entre los picos circundantes. Estaba allí, sí, pero tan lejos en el distante oeste que parecía temblar como un espejismo, flotando, cerniéndose sobre el desierto como una nube oscura. Cada paso que habíamos dado había sido en la dirección equivocada. El último objetivo estaba más lejos hacia el oeste que todo el trayecto que habíamos cubierto hasta ese momento.

-Imposible -susurré otra vez.

Melanie se quedó paralizada en mi cabeza, sin reflexionar, en blanco, intentando desesperadamente rechazar la nueva coyuntura. Esperé, mientras mis ojos inspeccionaban las formas innegablemente familiares, y de pronto el repentino peso de su aceptación y su pena me golpearon hasta postrarme de rodillas. Su silencioso grito de derrota creó un eco en mi cabeza y añadió una capa más de dolor al mío. Mi respiración se volvió entrecortada, un sollozo sordo y sin lágrimas. El sol trepó por el cielo a mis espaldas, empapando con su calor mi pelo oscuro.

Cuando recuperé el control, mi sombra había quedado circunscrita a un pequeño círculo a mi alrededor. Haciendo un gran esfuerzo, me incorporé. Se me habían clavado en la piel de las piernas agudos trocitos de piedra. No me molesté siquiera en quitármelos. Durante un buen rato largo y caluroso miré fijamente hacia la meseta flotante que se burlaba de mí, allí al oeste.

Finalmente, eché a andar de nuevo, y no estoy realmente segura de por qué lo hice. Solo sabía que yo era la que se había puesto en movimiento y nadie más. Melanie se había vuelto sumamente pequeña en mi cerebro, una pequeña cápsula de dolor replegada con fuerza sobre sí misma. No iba a obtener ninguna ayuda de ella.

Mis pasos crujían lentamente sobre el terreno irregular.

-Después de todo, él no era más que un viejo lunático iluso -murmuré para mí misma. Un extraño estremecimiento me sacudía el pecho y una tos ronca me desgarraba la garganta. La serie de toses ásperas continuó, pero sólo cuando sentí los ojos llenos de lágrimas caí en la cuenta de que estaba riéndome-. ¡Nunca jamás hubo...! ¡Nunca... hubo nada por aquí! -jadeé entre espasmos histéricos.

Avancé haciendo eses como si estuviera bebida y fui dejando una irregular línea de pisadas a mis espaldas.

«No. -Melanie se desenroscó de su tristeza para defender la fe a la que aún se abrazaba-. He debido de equivocarme o algo así. Ha sido culpa mía».

Me reí de ella en ese momento. El sonido fue absorbido por el viento abrasador.

«Espera, espera -pensó ella, intentando distraer mi atención de la broma fatal en la que todo se había convertido-. No creerás... ¿Es que crees que es posible que ellos hayan intentado esto mismo?».

Su inesperado miedo me sorprendió en mitad de una carcajada. Casi asfixiada por el aire tórrido, el pecho seguía jadeando después de mi

ataque de histeria enfermiza. Cuando pude volver a respirar normalmente, ya no quedaba vestigio alguno de humor negro. De forma instintiva, mis ojos seguían barriendo el vacío desierto en busca de alguna evidencia de que yo no era la primera que había malgastado su vida de este modo. La llanura era de una amplitud casi imposible, pero no podía parar en mi búsqueda frenética de... restos.

«No, claro que no -intentaba consolarse Melanie-. Jared es demasiado listo; nunca habría venido aquí sin estar preparado, como hemos hecho nosotras. Jamás habría puesto a Jamie en peligro».

«Estoy segura de que tienes razón -le contesté, ya que quería creerlo tanto como ella-. Estoy segura de que nadie en todo el universo podría ser tan estúpido. Además, probablemente jamás haya venido a echar una ojeada. Seguramente ni se le ha ocurrido, y yo hubiera deseado que a ti tampoco».

Proseguí caminando sin apenas ser consciente de ello. El avance se me antojaba insignificante, teniendo en cuenta las distancias que se extendían por delante. Además, aunque fuéramos transportadas mágicamente a la misma base de la meseta, entonces, ¿qué? Estaba completamente convencida de que allí no había nada. Nadie nos esperaba en ese lugar para salvarnos.

-Vamos a morir -anuncié.

Me sorprendía que mi voz rasposa no mostrara ningún miedo. Simplemente reconocía un hecho como cualquier otro. El sol está caliente. El desierto está seco. Nosotras vamos a morir.

«Sí».

Ella también estaba tranquila. Le resultaba más fácil aceptar la muerte que la posibilidad de que la locura hubiera guiado nuestros esfuerzos.

« ¿Y no te molesta eso?».

Ella pensó durante un momento antes de responder:

«Al menos he muerto intentándolo; y he ganado. Nunca les he abandonado ni les he causado daño, y he hecho cuanto estaba en mi mano para encontrarlos. He intentado mantener mi promesa, y muero por ellos».

Conté diecinueve pasos antes de poder responder. Diecinueve lentos y fútiles crujidos sobre la arena.

«Entonces, ¿por qué muero yo? -me pregunté, con un sentimiento punzante que volvía de nuevo a mis conductos lacrimales reseca-. Supongo que porque me he perdido, ¿no? ¿Es ése el porqué?».

Conté treinta y cuatro crujidos más antes de que ella tuviera una respuesta para mi pregunta.

«No -pensó lentamente-, no lo veo de ese modo. Creo... Bueno, creo que quizá... vas a morir porque eres humana. -Había casi una sonrisa en su pensamiento mientras escuchaba el estúpido doble sentido de la frase. Después de todos los planetas y todos los anfitriones que has dejado atrás, finalmente has encontrado el lugar y el cuerpo por el que vas a morir. Creo que al fin has encontrado tu hogar, Wanderer».

Diez crujidos.



No me quedaba energía suficiente para volver a despegar los labios. «Entonces está muy mal no haber conseguido quedarme aquí más tiempo».

No estaba segura de su respuesta. Quizá sólo estaba intentando que me sintiera mejor. Una concesión por haberla traído hasta aquí para morir. Ella había ganado, no había desaparecido.

Empezaron a fallarme las piernas. Los músculos me pedían clemencia a gritos, como si yo tuviera algún medio para calmarlos. Creo que me hubiera detenido inmediatamente, pero Melanie era, como siempre, más terca que yo.

Ahora sí podía sentirla; no sólo en mi cabeza, sino también en mis extremidades. Alargué las zancadas y mis pasos volvieron a trazar una línea recta. Debido a una extraña fuerza de voluntad, ella arrastró mi carcasa medio muerta hacia un objetivo imposible.

Había una alegría inesperada en esta lucha sin sentido.

Justo cuando yo la sentía, ella podía sentir mi cuerpo. Nuestro cuerpo ahora. Dada mi debilidad, le cedí el control a ella. Ella se regodeó en la libertad de mover nuestros brazos y piernas hacia delante, sin importarle lo inútil de ese movimiento. Para ella había una felicidad absoluta simplemente en el hecho de poder moverse de nuevo. Incluso el miedo por la muerte lenta que nos acechaba disminuía.

« ¿Qué crees que hay en el más allá? -me preguntó mientras caminábamos hacia el final-. ¿Qué verás cuando hayamos muerto?».

«Nada. -Esa palabra era vacía, dura y firme-. Es la razón por la cual la llamamos la muerte final».

« ¿Vosotros, las almas, no creéis en la vida después de la muerte?».

«Vivimos tantas vidas que esperar algo más sería ya... demasiado. Experimentamos una pequeña muerte cada vez que abandonamos un anfitrión y revivimos luego en otro. Cuando yo muera aquí, esta vez será el final».

Hubo un largo silencio mientras nuestros pies se movían cada vez con más lentitud.

« ¿Y qué pasará contigo? -le pregunté finalmente-. ¿Creéis en algo más, incluso cuando acabe todo esto ?». Mis pensamientos la sumieron en los recuerdos del final del mundo humano.

«Parece que hay ciertas cosas que no pueden morir».

Los rostros de ellos dos se mostraban cada vez más cercanos y nítidos en nuestras mentes. El amor que sentíamos por Jared y Jamie daba la sensación de ser bastante permanente. En ese momento me pregunté si la muerte tenía suficiente fuerza para disolver algo tan vital y vívido. Quizá ese amor perduraría en ella, en algún sitio de cuento de hadas con puertas perladas. Desde luego, no en mí.

¿Y no sería un alivio verse por fin libre de todo esto? No estaba segura. Sentía como si ahora fuera parte de lo que yo era.

Sólo aguantamos unas cuantas horas. Ni siquiera la tremenda

fuerza mental de Melanie podía pedirle más a nuestro cuerpo exhausto. Apenas podíamos ver ni encontrar oxígeno en el aire seco que inspirábamos y luego expulsábamos. El dolor hizo brotar ásperos quejidos de nuestros labios.

«Nunca lo habías pasado así de mal», dije bromeando mientras tropezábamos hacia el tronco seco de un árbol que sobresalía un metro o así por encima de los bajos arbustos. Quería llegar hasta la escasa sombra de sus delgadas ramas antes de caer.

«No -admitió ella-. Nunca lo había pasado tan mal».

Conseguimos nuestro propósito. El ramaje del árbol muerto proyectó una telaraña de sombra sobre nosotras y los muslos se nos aflojaron debajo del cuerpo. Nos dejamos caer y estiramos las piernas, porque no queríamos sentir más el sol en nuestro rostro. Volvimos la cara hacia un lado con este propósito en pos del aire ardiente. Miramos fijamente el polvo a unos cuantos centímetros de nuestra nariz y escuchamos el jadeo de nuestra respiración.

Después de un rato, no podría decir cuánto, cerramos los ojos. En el interior de nuestros párpados todo se veía rojo y brillante. No sentíamos ya la tenue red de sombra, quizá ya no nos amparaba más.

« ¿Cuánto tiempo falta?», le pregunté.

«No lo sé. No he muerto nunca antes».

« ¿Una hora? ¿Más?».

«Tus suposiciones son tan válidas como las mías».

« ¿Dónde hay un coyote cuando realmente lo necesitas?».

«Quizá tengamos un poco de suerte... y escapemos a las garras de una bestia o algo así». Sus pensamientos se desvanecieron en la inconsciencia.

Ésa fue nuestra última conversación. Era muy difícil concentrarse para formar palabras. Era mucho más doloroso de lo que yo había supuesto. Todos los músculos de nuestro cuerpo se rebelaban, acalambrosados, sufriendo espasmos mientras se resistían contra la muerte.

No luchamos más. Nos dejamos llevar y esperamos mientras nuestros pensamientos se sumergían y emergían de los recuerdos sin seguir ninguna pauta. Mientras aún estuvimos lúcidas, cantamos para nuestros adentros una nana en el interior de nuestra mente. Era la que solía consolar a Jamie cuando el suelo estaba demasiado duro o el aire demasiado frío y el miedo era demasiado grande para poder conciliar el sueño. Sentimos cómo su cabeza presionaba en el hueco que hay justo bajo el hombro y la forma de su espalda debajo de nuestro brazo. Y entonces parecía que era nuestra cabeza la que se acunaba contra un hombro amplio y una nueva nana nos consolaba.

Se nos oscurecieron los párpados, pero no a causa de la muerte. La noche había caído, y eso nos entristeció. Sin el calor del día, probablemente la agonía sería más larga.

Todo estaba oscuro y silencioso en aquel espacio atemporal, pero entonces se produjo un sonido.

Apenas llegó a despertarnos. Ni siquiera estábamos seguras de no haberlo imaginado. Quizá fuera un coyote, después de todo. ¿Era eso lo que queríamos? No lo sabíamos. Perdimos el último hilo de nuestros pensamientos y olvidamos el sonido.

Algo nos sacudió, tiró de nuestros brazos adormecidos y los alzó. No llegamos a formular las palabras para pedir que fuera rápido, pero ése era nuestro deseo. Esperamos el desgarrón de los dientes, pero en vez de eso el arrastre se convirtió en empuje y sentimos cómo nuestro rostro volvía a enfrentarse al cielo.

Nos vertieron agua sobre el rostro: mojada, fría e imposible. Resbaló por nuestros ojos, limpiándolos de polvo. Nuestros párpados pestañearon contra el chorro que seguía cayendo.

No nos preocupaba la arenilla sobre los ojos. Arqueamos la barbilla hacia arriba en una desesperada búsqueda del líquido elemento, abriendo y cerrando la boca con la ciega y patética debilidad de un pájaro recién salido del cascarón.

Nos pareció escuchar un suspiro.

Y después el agua fluyó hacia nuestra boca, y la tragamos medio atragantándonos. El agua desapareció en ese momento, y nuestras manos débiles se alzaron buscando más. Un golpeteo firme cayó sobre nuestra espalda hasta que volvimos a respirar, pero nuestras manos continuaban intentando aferrar algo en el aire, buscando el líquido de nuevo.

Esta vez percibimos otro suspiro con toda claridad.

Algo presionó contra nuestros labios agrietados y el agua fluyó de nuevo. Bebimos cuidadosamente, intentando que no se nos fuera por otro camino esta vez. No es que nos preocupara atragantarnos de nuevo, lo que no queríamos es que nos volvieran a quitar el agua.

Bebimos hasta que se nos llenó el vientre y empezó a dolernos la tripa. El agua disminuyó hasta desaparecer y gritamos roncamente como protesta. Nos pusieron otro borde de algo en los labios y tragamos frenéticamente hasta dejarlo vacío también.

El estómago nos iba a explotar si tomábamos otro trago, de modo que pestañeamos e intentamos enfocar la vista por si era posible encontrar más. Estaba demasiado oscuro y no se podía ver ni una estrella. Entonces bizqueamos de nuevo y nos dimos cuenta de que la oscuridad estaba mucho más cerca que el cielo. Una figura más oscura que la noche se alzaba sobre nosotras.

Se oyó el sordo roce de una tela y el crujir de la arena aplastada bajo un talón. La figura se inclinó en otra dirección y escuchamos un rasgueo agudo, el sonido de una cremallera, que quebró la absoluta serenidad de la noche.

La luz incidió en nuestros ojos, cortante como una hoja de cuchillo. Gemimos por el dolor que nos produjo y nuestra mano se alzó hasta cubrir los ojos cerrados. Detrás de los párpados la luz era demasiado brillante hasta que desapareció y sentimos el aire moverse cuando el siguiente suspiro llegó a nuestro rostro.

Abrimos los ojos con prevención, más ciegas que antes.

Quiquiera que fuera nuestro acompañante estaba sentado muy quieto y permanecía sumido en el silencio. Comenzamos a sentir la tensión del momento, pero muy lejos, como si estuviera fuera de nosotras. Era difícil preocuparse de otra cosa que no fuera el agua en nuestro estómago y dónde podíamos encontrar más. Intentamos concentrarnos para averiguar la identidad de nuestro salvador.

La primera cosa que pudimos distinguir, después de minutos de pestaños y bizqueas, fue una blancura densa que caía del rostro oscuro, un millón de astillas pálidas en la noche. En medio de la confusión, pensamos que era una barba como la de Santa Claus, e inmediatamente nuestra memoria se dedicó a analizar las otras partes del rostro que nos miraba. Todo encajó en su lugar: la nariz grande con la punta partida en dos, los amplios pómulos, las espesas cejas blancas, los ojos profundamente hundidos en el intrincado diseño de arrugas de la piel. Aunque apenas podía atisbar un esbozo general de cada rasgo, supimos lo que la luz nos descubriría.

-Tío Jeb -croamos sorprendidas-, nos has encontrado.

El tío Jeb, acucillado a nuestro lado, se apoyó hacia atrás sobre sus talones cuando pronunciamos su nombre.

-Bueno, vale -contestó, y su voz gruñona trajo de regreso cientos de recuerdos-. Bien, ahora en buen lío estamos.

## Capítulo 13

### Sentenciada

¿Están aquí? -Las palabras nos salieron entrecortadas, expulsadas violentamente como poco antes habíamos expulsado el agua de los pulmones. Después del agua, esta cuestión era la más importante-. ¿Lo consiguieron?

El rostro del tío Jeb era imposible de interpretar en la oscuridad.

-¿Quiénes? -preguntó.

-¡Jamie, Jared! -El susurro se convirtió en un alarido-. Jared estaba con Jamie. ¡Nuestro hermano! ¿Están aquí? ¿Han venido? ¿Los has encontrado a ellos también?

Apenas se hizo un silencio.

-No. -Su respuesta salió forzada y no había pena en ella, ningún sentimiento.

-No -murmuramos. No había sido un eco de su respuesta, sino una protesta por haber sido devueltas a la vida. ¿Qué sentido tenía? Cerramos los ojos de nuevo y atendimos al dolor de nuestro cuerpo, impelidas por la creencia de que de esa manera lograríamos sofocar el dolor de nuestra mente.

-Mira -dijo el tío Jeb después de un momento-. Yo..., esto, tengo que ir a hacer una cosa. Descansa un poco y ahora volveré a por ti.

No entendimos el significado de sus palabras, sino solo los sonidos. Nuestros ojos permanecieron cerrados. Sus pasos crujieron sordamente mientras se alejaban de nosotras. No sabíamos en qué dirección había ido y tampoco nos importaba.

No estaban. Ya no había forma de encontrarlos, no quedaba esperanza alguna. Jared y Jamie habían desaparecido, algo que sabían muy bien cómo hacer, y nunca les volveríamos a ver de nuevo.

El agua y el frescor de la noche nos devolvían la lucidez, algo que no queríamos en absoluto. Nos dimos la vuelta y escondimos el rostro de

nuevo contra la arena. Estábamos tremendamente cansadas, mucho más allá del punto extremo del agotamiento, hasta un estado mucho más profundo y doloroso. Seguramente deberíamos dormir, de ese modo no tendríamos que pensar. Eso sí que podíamos hacerlo.

Y eso hicimos.

Todavía era de noche cuando nos despertamos, pero el amanecer comenzaba a despuntar por el horizonte oriental, de modo que las montañas aparecían delineadas en rojo. Teníamos sabor a polvo en la boca y al principio estuvimos seguras de que habíamos soñado con la aparición del tío Jeb. Seguro que había sido eso.

Sentíamos la cabeza más despejada esa mañana y notamos rápidamente la forma extraña que teníamos al lado de la mejilla derecha, algo que no era ni una roca ni un cactus. Lo tocamos, y era duro y suave al tacto. Lo empujamos ligeramente y salió de dentro el delicioso sonido del agua en movimiento.

El tío Jeb era real y nos había dejado una cantimplora. Nos incorporamos con cuidado, sorprendidas de no rompernos en dos como un palo quebradizo. En realidad, incluso nos sentíamos mejor. El agua había tenido tiempo de hacer su efecto en nuestro cuerpo. El dolor se había vuelto menos agudo y por primera vez en mucho tiempo sentimos hambre de nuevo.

Teníamos los dedos rígidos y torpes cuando intentamos abrir, girándolo, el tapón de la cantimplora. No estaba del todo llena, pero había agua suficiente para llenar la barriga otra vez, que parecía habérsenos quedado encogida. Nos la bebimos toda, ya estábamos hartas de racionamientos.

Dejamos caer la cantimplora metálica al suelo, donde produjo un ruido sordo en el silencio precedente al alba. Nos sentíamos ahora completamente despiertas. Suspiramos, prefiriendo la inconsciencia, y dejamos caer la cabeza entre las manos. ¿Qué íbamos a hacer ahora?

-¿Por qué le has dado agua a esa cosa, Jeb? -protestó una voz enfadada, cerca de nuestra espalda.

Nos giramos, pivotando sobre las rodillas. Lo que vimos hizo que nuestro corazón se nos cayera a los pies y nuestra conciencia se volviera a escindir.

Había ocho humanos colocados en círculo alrededor del árbol bajo el que estaba arrodillada. No había duda alguna de que eran humanos, todos ellos. Nunca había visto rostros contorsionados en expresiones como éstas, al menos no en mi especie. Sus labios se retorcían con odio, retraídos sobre los dientes apretados, como si fueran animales salvajes. Sus cejas contraídas se cernían sobre unos ojos que ardían de pura furia.

Eran dos mujeres y seis hombres, algunos de ellos muy grandes, la mayoría más grandes que yo. Sentí cómo la sangre huía de mi rostro cuando me di cuenta de que sus manos tenían una extraña posición: aferradas con fuerza delante de ellos, cada una portando un objeto, es decir, armas. Algunos llevaban cuchillos, unos pequeños como los que yo tenía en mi cocina, otros más largos, y uno de ellos enorme y amenazador. Ese cuchillo

no servía para nada en una cocina. Melanie me ofreció el nombre: era un machete.

Otros empuñaban largas barras, algunas de metal, otras de madera. Porras.

Reconocí al tío Jeb entre ellos. En sus manos, de forma descuidada, llevaba un objeto que jamás había visto en persona, sólo en los recuerdos de Melanie, igual que el cuchillo grande. Era un rifle.

Yo miré a todos horrorizada, pero Melanie los observaba maravillada, con la mente pasmada al ver su número. Ocho humanos supervivientes. Ella había pensado que Jeb estaría solo, o con otras dos personas en el mejor de los casos. Ver tantos seres de su propia especie vivos la llenó de alegría.

«Eres idiota -la increpé-. Míralos, míralos bien».

La obligué a mirarlos desde mi punto de vista, a ver sus formas amenazantes dentro de los vaqueros sucios y las ligeras camisetas de algodón, marrones por el polvo. Podrían haber sido humanos alguna vez, al menos tal y como ella entendía esa palabra, pero en ese momento eran otra cosa distinta: bárbaros, monstruos. Se cernían sobre nosotras ansiosos de sangre.

Se leía una sentencia a muerte en cada par de ojos. Melanie vio todo esto y, aunque a regañadientes, tuvo que admitir que yo tenía razón. En ese momento, sus amados humanos estaban mostrando su peor rostro, como en el periódico que habíamos visto en la cabaña abandonada. Estábamos enfrentándonos a unos asesinos.

Habría sido mucho más inteligente por nuestra parte haber muerto ayer.

¿Para qué nos había mantenido vivos el tío Jeb? ¿Para esto?

Un estremecimiento me recorrió. Recordé la historia de las atrocidades humanas, que conocía sólo de forma somera, porque no tenía estómago para soportarlas. Quizá debería haberme concentrado más en ellas. Sabía que había motivos por los cuales los humanos dejaban vivir a sus enemigos, al menos por un tiempo. Cosas que querían de sus mentes o de sus cuerpos...

Inmediatamente me vino a la cabeza el único secreto que querían de mí. El único que nunca, jamás, les contaría, no importaba lo que me hicieran. Antes preferiría quitarme la vida.

No quería pensar en ese secreto ahora con toda claridad, para poder protegerlo también de Melanie. Ella no había visto nada..., salvo el hecho de que no había sido la única en reservarse información.

¿Importaba que hubiera protegido mi secreto de ella? No era tan fuerte como Melanie, y no tenía ninguna duda de que ella era capaz de soportar la tortura. ¿Cuánto dolor podría soportar antes de darles lo que quieren?

Sentí náuseas. El suicidio era una opción repugnante, peor en este caso, porque sería también un asesinato. Melanie también padecería cualquier tortura o muerte que tuvieran lugar. Esperaría hasta que no tuviera

ninguna otra oportunidad.

«No, no pueden. El tío Jeb nunca les dejará que me hagan daño».

«El tío Jeb no sabe que tú estás aquí», le recordé.

«¡Díselo!».

Me concentré en el rostro del anciano. La espesa barba blanca me impedía ver la postura de su boca, pero sus ojos no parecían arder como los de los otros. Por el rabillo del ojo, pude ver que unos cuantos hombres le observaban fijamente. Estaban esperando a que contestara la pregunta que me había alertado de su presencia. El tío Jeb me miró fijamente, ignorándolos.

«No puedo decírselo, Melanie. No me creerá. Y si los demás piensan que les estoy mintiendo llegarán a la conclusión de que soy una buscadora. Deben de tener experiencia suficiente para saber que sólo una buscadora llegaría hasta aquí con una mentira, con una historia diseñada para infiltrarse...».

Melanie reconoció la verdad de mis palabras, aunque sólo fuera por una vez. La misma palabra «buscadora» le hizo retroceder con odio, y ella sabía que esos extraños reaccionarían exactamente igual.

«De todas formas daría igual. Yo soy un alma, y eso es suficiente para ellos».

El que llevaba el machete, el hombre más grande que había, con pelo negro, un rostro extrañamente pálido y vívidos ojos azules, hizo un sonido de desagrado y escupió en el suelo. Dio un paso hacia delante, alzando lentamente la larga hoja.

Mejor rápido que lento. Mejor que fuera esa mano brutal y no la mía la que nos matara. Mejor si no moría convertida en una criatura violenta, tan responsable de la sangre de Melanie como de la mía.

-Tranquilo, Kyle.- Las palabras de Jeb fueron bastante indiferentes, casi casuales, pero el hombre grande se detuvo. Hizo una mueca y se volvió para enfrentarse con el rostro del tío de Melanie.

-¿Por qué? Dijiste que te habías asegurado. Es una de ellos.

Reconocí la voz, era la misma que le había preguntado a Jeb por qué me había dado agua.

-Bueno, sí, seguramente lo es, pero es un asunto un poco más complicado.

-¿Cómo? -Fue un hombre diferente el que preguntó esta vez. Estaba aliado de Kyle, el hombre grande de pelo negro, y se parecían tanto entre sí que tenían que ser hermanos.

-Verás, es que ahí está también mi sobrina.

-No, ya no es ella -replicó Kyle con rotundidad. Escupió de nuevo y dio otro paso decidido en mi dirección con el cuchillo preparado. Pude ver por la forma en la que sus hombros se inclinaban para entrar en acción que las palabras no le detendrían esta vez. Cerré los ojos.

Hubo dos agudos clics metálicos, y alguien carraspeó.

Mis ojos se abrieron de golpe otra vez.

-Te he dicho que permanezcas tranquilo, Kyle. -La voz del tío Jeb



sonaba aún relajada, pero sus manos aferraban ahora el largo rifle con fuerza y los cañones apuntaban hacia la espalda de Kyle. Éste se quedó helado a pocos pasos de mí; su machete se quedó inmóvil en el aire alzado sobre su hombro.

-Jeb -dijo el hermano, horrorizado-, ¿qué estás haciendo?

-Aléjate un paso de la chica, Kyle.

Éste nos dio la espalda girándose furioso hacia Jeb.

-¡No es una «chica», Jeb!

El aludido se encogió de hombros, pero la escopeta permaneció preparada en sus manos encañonando a Kyle.

-Hay unas cuantas cosas que hemos de discutir antes.

-El doctor podría aprender algo de esa cosa -intervino una voz femenina con aspereza.

Me encogí ante sus palabras, reconociendo en ellas mi mayor temor. Cuando Jeb me llamó «sobrina» sentí estúpidamente que brotaba una pequeña llama de esperanza, pero quizá lo había hecho por compasión. Había sido idiota al pensarlo, aunque fuera por un segundo. La muerte era la única compasión que podía esperar de esas criaturas.

Miré a la mujer que había hablado, sorprendida de ver que era tan vieja como Jeb, o quizá aun mayor. Su cabello era de color gris oscuro, más que blanco, y ése era el motivo por el que no había notado su edad antes. Su rostro era una masa de arrugas, todas ellas retorcidas en un amasijo de líneas que mostraban enfado, pero había algo familiar en los rasgos que delineaban aquellos trazos.

Melanie había hecho la conexión entre ese rostro anciano y otro más dulce en sus recuerdos.

-¿Tía Maggie? ¿Estás aquí? ¿Cómo? ¿Está Sharon...? -Las palabras procedían todas de Melanie, y salieron de mi boca sin que yo fuera capaz de morderme la lengua.

Compartir tantas cosas durante tanto tiempo en el desierto la había hecho a ella más fuerte o a mí más débil, o quizá era que yo sólo estaba concentrada en averiguar la dirección desde la que vendría el golpe mortal. Me estaba preparando para sufrir nuestro asesinato y ella celebrar tener una reunión familiar.

Melanie se quedó a mitad de una exclamación, sorprendida. La mujer tan mayor, la tal Maggie, embistió con una velocidad que no traslucía su frágil exterior. No levantó la mano que portaba la palanca negra. Ésa era la mano que yo vigilaba, así que no vi cómo su mano libre se levantaba para abofetearme con fuerza.

La cabeza me saltó hacia detrás y hacia delante. y me volvió a golpear de nuevo.

-No nos vas a engañar, parásito. Ya sabemos cómo trabajáis. Estamos al tanto de lo bien que podéis imitarnos.

Probé el sabor de la sangre dentro de la mejilla.

«No vuelvas a hacer eso -recriminé a Melanie-. Ya te he dicho lo que piensan».

Melanie estaba demasiado horrorizada para contestar.

-Ya vale, Maggie... -comenzó Jeb con un tono contemporizador.

-¡Nada de «ya vale, Maggie», viejo estúpido! Posiblemente ha atraído hasta nosotros a toda una legión de ellos.

-Me dio la espalda entonces, después de que sus ojos hubieran medido mi inmovilidad como si yo fuera una serpiente enroscada. Se paró al lado de su hermano.

-Pues yo no veo a nadie -replicó Jeb-. ¡Hey! -gritó, y yo me encogí de la sorpresa. Y no fui la única. Jeb movió su mano izquierda sobre la cabeza con el arma todavía bien sujeta en la mano derecha-. ¡Por aquí!

-¡Cállate! -gruñó Maggie, empujándole a la altura del pecho. A pesar de que yo tenía buenas razones para saber lo fuerte que era Maggie, Jeb no se bamboleó.

-Ella está sola, Mag. Estaba casi muerta cuando la encontré y no es que ahora esté en buena forma. Los ciempiés no sacrifican a su gente de esta manera. Habrían podido venir a ayudarla mucho antes que yo. Sea lo que sea, está sola.

Vi la imagen de un insecto alargado con muchas patas en mi cabeza, pero no hice la conexión conmigo misma.

«Están hablando de ti», me tradujo Melanie. Colocó la imagen del horrible bicho al lado de mi recuerdo de una brillante alma plateada. No pude encontrar el menor parecido.

«Me pregunto cómo sabe qué aspecto tienes», se dijo Melanie de forma ausente. Desde el principio, mis recuerdos habían constituido auténticas novedades para ella.

No tuve tiempo para preguntarme lo mismo que ella.

Jeb caminaba hacia mí, y los otros estaban muy cerca. La mano de Kyle estaba apoyada en el hombro de Jeb, preparado para sujetarlo o apartarlo del camino, no sabría precisarlo.

Jeb se puso el arma en la mano izquierda y alargó la derecha hacia mí. Le miré con cautela, esperando que me golpease.

-Vamos -me urgió con amabilidad-. Si te he hecho venir hasta tan lejos, lo menos que puedo hacer es llevarte a casa esta noche, aunque tendrás que caminar un poco más.

-¡No! -gruñó Kyle.

-Voy a llevarla conmigo -dijo Jeb, y por primera vez se percibía un tono más duro en su voz. Su mandíbula se apretó en una línea terca bajo la barba.

-¡Jeb! -protestó Maggie.

-Es mi casa, Mag, y haré lo que me dé la gana.

-¡Viejo estúpido! -replicó con brusquedad otra vez.

Jeb se agachó y me cogió la mano que tenía cerrada en un puño contra mi cadera. Tiró de mí hasta ponerme en pie, pero no fue un acto de crueldad por su parte, sino simplemente que tenía prisa. Aunque prolongar mi vida para lo que se proponía, ¿no era acaso la peor forma de crueldad?

Me balanceé de modo inseguro. No sentía las piernas bien: parecía

que un montón de agujas me pinchaban mientras se restablecía la circulación.

Hubo un siseo de desaprobación detrás de mí que procedía de más de una boca.

-Vale, seas quien seas -me dijo, su voz aún en tono amable-, salgamos de aquí antes de que suba más la temperatura.

Quien debía de ser el hermano de Kyle puso su mano en el brazo de Jeb.

-No le puedes mostrar a la cosa dónde vivimos, Jeb.

-Supongo que no importa -replicó Maggie con dureza-, porque no va a tener ninguna oportunidad de ir contando historias por ahí.

Jeb suspiró y se quitó un pañuelo del cuello, que había permanecido oculto bajo su barba.

-Esto es una tontería -masculló, pero enrolló la tela sucia, rígida de sudor seco, para vendarme los ojos.

Me quedé completamente inmóvil mientras la ataba sobre mis ojos, luchando contra el pánico que me invadía en la medida en que perdía de vista a mis enemigos.

No podía ver nada, pero supe que era Jeb quien había puesto una mano en mi espalda y me guiaba hacia delante. Ninguno de los otros habría sido tan amable.

Tuve la impresión de que nos dirigíamos hacia el norte.

Nadie habló al principio, y sólo se oía el sonido de la tierra chirriando bajo tantos pies. El terreno estaba igualado, pero tropecé con mis piernas entorpecidas una y otra vez. Jeb fue paciente: la mano que me guiaba era casi caballerosa.

Sentí como el sol se alzaba mientras caminábamos. Unos pasos eran más rápidos que otros. Algunos se nos adelantaban hasta el punto de que dejaban casi de oírse. Parecía como si fuera una minoría los que se quedaban con Jeb y conmigo. No parecía ser necesario que tuviera tantos guardas, ya que estaba débil a causa del hambre y me bamboleaba con cada paso que daba. Sentía la cabeza mareada y como si estuviera hueca.

-No estás planeando decírselo, ¿verdad?

Era la voz de Maggie; venía de un par de metros detrás de mí, y sonaba como una acusación.

-Él tiene derecho a saberlo -replicó Jeb. El tono terco había regresado a su voz.

-Estás siendo cruel, Jebediah.

-La vida es cruel, Magnolia.

Era difícil decir cuál de los dos me aterrorizaba más. ¿Era Jeb, tan interesado en mantenerme con vida? ¿O Maggie, que había sido la primera en nombrar al doctor, una profesión que me llenaba de un terror instintivo y nauseabundo, pero que parecía estar más preocupada que su hermano por ser cruel?

Caminamos en silencio unas cuantas horas. Cuando se me doblaron las piernas, Jeb me recostó en el suelo y me acercó una cantimplora a los labios, como había hecho por la noche.

-Avísame cuando te sientas lista de nuevo -me dijo Jeb, y su voz sonó amable, aunque yo sabía que en realidad era una falsa interpretación.

Alguien suspiró de forma impaciente.

-¿Por qué estás haciendo esto, Jeb? -le preguntó un hombre. Había oído su voz antes, era uno de los dos hermanos-. ¿Por el médico? Podrías haberle dicho eso a Kyle sin tener que apuntarle con un arma.

-A Kyle le vendría bien que le apuntaran más a menudo -masculló Jeb entre dientes.

-Por favor, dime que esto no tiene que ver con la compasión - continuó el hombre-; después de todo lo que has visto...

-Después de todo lo que he visto, no valdría nada como persona si no hubiera aprendido a tener algo de compasión, pero no, no tiene que ver con eso. Si sintiera algo de compasión por esta criatura la habría dejado morir.

Me puse a temblar a pesar del aire ardiente como el de un horno.

-¿Por qué es entonces? -preguntó el hermano de Kyle.

Se hizo un largo silencio, y entonces la mano de Jeb tocó la mía. Yo me agarré a ella porque necesitaba su ayuda para ponerme de nuevo en pie. Su otra mano se apretó contra mi espalda y comencé a andar otra vez.

-Curiosidad -dijo Jeb en voz baja.

Nadie replicó.

Mientras caminábamos consideré unos cuantos hechos seguros. Uno, no era la primera alma que capturaban, ya que parecía haber allí una rutina preestablecida. Ese «médico» había intentando obtener respuestas de otros antes.

Dos, lo había intentado sin éxito. Si alguna alma había renunciado al suicidio para quebrarse bajo la tortura humana, no me necesitarían ahora. Mi muerte habría sido rápida y clemente.

Por extraño que parezca, no podía esperar tener un final rápido, aunque podía intentar acelerar el desenlace. Sería fácil conseguirlo, incluso sin tener que utilizar mi propia mano. Simplemente tendría que contarles una mentira, simular ser una buscadora, decirles que mis colegas me estaban rastreando en ese mismo momento, ponerme bravucona y amenazarlos. O contarles la verdad, que Melanie vivía dentro de mí y que había sido ella la que me había llevado hasta allí.

Ellos pensarían que era otra mentira más, y una auténticamente irresistible, la idea de que los humanos podían vivir después de la implantación, tan tentadora de creer desde su punto de vista e insidiosa que pensarían que yo era una buscadora con más seguridad que si lo declaraba yo misma. Concluirían que se trataba de una trampa, y se desharían de mí con rapidez; después buscarían un nuevo lugar donde esconderse, lo más alejado posible.

«Probablemente tengas razón -admitió Melanie-. Eso es lo que haría yo».

Pero todavía no estaba sufriendo y, fuera cual fuera la forma de suicidarme, el hecho en sí resultaba difícil de asumir. El instinto de

supervivencia me selló los labios. El recuerdo de mi última sesión con la acomodadora, una escena tan civilizada que parecía pertenecer a un planeta diferente, atravesó como un rayo mi mente. Entonces Melanie me retó a sacarla de allí en un impulso aparentemente suicida, pero en realidad era un farol. Recordaba haber pensado lo difícil que era contemplar la muerte desde un sillón cómodo.

La última noche, Melanie y yo habíamos deseado morir, pero la muerte había pasado de largo, aunque muy cerca. Todo era diferente ahora que estaba de nuevo sobre mis pies.

«Yo tampoco quiero morir -susurró Melanie-. Quizá te equivoques. Quizá ése no es el motivo por el cual nos mantienen vivas. No entiendo por qué ellos... ». Ella no quería imaginar las cosas que nos harían, aunque yo estaba segura de que lo sabría llevar mucho mejor que yo. « ¿Qué respuestas querrán obtener de ti con tanta ansiedad?».

«Jamás diré nada. Ni a ti ni a ningún humano».

Una osada declaración, pero, claro, todavía no sentía ningún dolor...

Pasó otra hora, teníamos el sol directamente sobre nosotros, y su calor era como una corona de fuego sobre mi pelo, cuando el sonido cambió. Los pasos chirriantes que apenas se oían desde hacía tiempo volvieron a hacer sonar sus ecos delante de mí. Los pies de Jeb todavía hacían crujir la arena como los míos, pero alguno de los que iban delante había llegado a otro tipo de terreno.

-Ten cuidado ahora -me avisó Jeb-. Cuidado con la cabeza.

Dudé, sin saber qué era lo que debía vigilar o cómo hacerlo sin usar los ojos. Retiró la mano de mi espalda y acto seguido me presionó la cabeza, obligándome a agacharla. Me incliné, pues tenía el cuello rígido.

Me guió de nuevo hacia delante y escuché que nuestros pasos hacían el mismo sonido, como de eco. El terreno no parecía arena ni tenía el aspecto de ser de roca. Era plano y estaba compacto bajo mis pies.

El sol había desaparecido, ya que no lo sentía ahora quemándome la piel ni chamuscándome el pelo.

Di otro paso y un nuevo tipo de aire me acarició el rostro. No era una brisa, sino aire estancado, y era yo la que me movía dentro de él. El seco viento del desierto había desaparecido. Este aire estaba quieto y más frío. Había un ligero tono húmedo en él, una humedad que podía olerse y saborearse.

Tenía muchas preguntas en mi mente y en la de Melanie. Ella quería preguntar, pero yo guardé silencio. Nada de cuanto dijésemos ninguna de las dos en aquel instante iba a ayudarnos ni un ápice.

-Vale, ya puedes erguirte -anunció Jeb.

Alcé la cabeza con lentitud.

Pude darme cuenta de que no había luz incluso con la venda en los ojos. Percibí una completa oscuridad en los bordes de la venda y escuché a los otros detrás de mí, arrastrando los pies con impaciencia, a la espera de que nosotros avanzáramos.

-Es por aquí -indicó Jeb, y volvió a guiarme otra vez.

Nuestros pasos producían un eco que regresaba pronto hasta nosotros, por lo que supuse que el espacio en el que nos encontrábamos debía de ser bastante pequeño. No pude evitar agacharme de forma instintiva.

Anduvimos un poco más, y después recorrimos una curva cerrada que pareció devolvernos al lugar de donde habíamos venido. El terreno comenzó a inclinarse hacia abajo. El desnivel se fue acentuando conforme dábamos pasos hacia delante y Jeb me ofreció su áspera mano para evitar que me cayera. No sé cuánto tiempo tardamos en deslizarnos y resbalar a través de la oscuridad. Seguramente el paseo me parecía más largo de lo que era en realidad, ya que mi pánico prolongaba cada minuto que pasaba.

El suelo comenzó a elevarse después de dar otra vuelta; para entonces tenía las piernas tan torpes, como de madera, que Jeb casi tuvo que llevarme en volandas cuando el camino comenzó a empinarse de verdad. El aire se volvía más enmohecido y húmedo cuanto más andábamos, pero la negrura no se vio alterada. Únicamente se oía el sonido de nuestros pasos y sus ecos consiguientes.

El camino se aplanó de nuevo y comenzó a dar vueltas y a ondularse como una serpiente.

Finalmente percibí una luz brillante en la parte superior e inferior de la venda que me cubría los ojos. Deseé que se deslizara sola, porque tenía demasiado miedo de quitármela por mi cuenta. Me parecía que no estaría tan aterrorizada si simplemente pudiera ver dónde y con quién me hallaba.

Con la luz vino el ruido. Un ruido extraño, como un murmullo de voces susurrantes. Sonaba casi como una cascada bajo tierra.

El murmullo se hacía cada vez más fuerte conforme avanzábamos hacia delante, y cuanto más nos acercábamos menos sonaba a agua. Era demasiado variado, con extremos altos y bajos mezclándose y creando ecos. Si no hubiera sido tan discordante, podría haber sonado como una versión más fea de la música constante que había oído y cantado en el Mundo Cantante. La oscuridad de la venda era apropiada a ese recuerdo, el recuerdo de la ceguera.

Melanie comprendió a qué correspondía esa cacofonía antes que yo. Nunca había oído ese sonido porque nunca había vivido antes entre humanos.

«Es una discusión -comentó-; suena como si mucha gente estuviera discutiendo».

Se sentía atraída por el sonido. ¿Había más gente allí, entonces? Que hubiera ocho ya nos había sorprendido a las dos... ¿Qué era ese lugar?

Unas manos tocaron la parte de atrás de mi cuello e intenté alejarme de ellas.

-Déjame ahora-dijo Jeb, y me quitó la venda de los ojos.

Pestañeeé lentamente, y las sombras a mi alrededor empezaron a adquirir formas comprensibles: paredes irregulares y toscas, un techo lleno de bultos y un suelo gastado y polvoriento. Estábamos en algún sitio bajo tierra,

una formación rocosa natural. No podía estar a mucha profundidad. Pensaba que habíamos caminado más hacia arriba que hacia abajo.

Las paredes de roca eran oscuras, de un marrón purpúreo, y estaban decoradas con agujeros como si fuera un queso gruyer. Los bordes de los agujeros más pequeños estaban gastados, pero sobre mi cabeza los círculos estaban más definidos y sus bordes tenían aspecto de ser afilados.

La luz procedía de un agujero redondo en el techo igual a los otros que punteaban la caverna, pero era más grande. Era una entrada, una puerta hacia un lugar más luminoso. Melanie estaba entusiasmada, fascinada por la idea de ver juntos a tantos humanos. Yo me retraje, repentinamente preocupada de que la ceguera pudiera ser mejor que la visión.

Jeb suspiró.

-Lo siento -murmuró en voz tan baja que estuve segura de ser la única que lo había oído.

Intenté tragar, pero no pude. La cabeza empezó a darme vueltas, pero eso podía deberse al hambre. Las manos me temblaban como hojas agitadas por una fuerte brisa mientras Jeb me empujaba para que entrara a través del agujero.

El túnel se abría hacia una cámara tan grande que al principio no pude dar crédito a mis ojos. El techo era tan brillante y estaba tan alto que parecía casi un cielo artificial. Intenté averiguar de dónde procedía la luz, pero llegaban al suelo agudos rayos luminosos, como lanzas que me herían los ojos.

Esperaba que el murmullo sonara más fuerte, pero se hizo un silencio sepulcral en la enorme caverna.

El suelo era oscuro en comparación con la brillantez del techo. A mis ojos les llevó un rato dar cuerpo a todas las siluetas.

Era un gentío, no había otra palabra para definir aquello.

Allí había una multitud de humanos que permanecían de pie, quietos y callados, mirándome todos con las mismas expresiones ardientes y llenas de odio que había visto al amanecer.

Melanie estaba demasiado aturdida para hacer otra cosa que contar. Diez, quince, veinte, veinticinco, veintiséis, veintisiete...

A mí no me preocupaba cuanta gente hubiera allí. Intentaba decirle a ella lo poco que eso importaba, porque no hacían falta veinte personas para matarme; para matarnos a ambas. Intentaba mostrarle lo precaria que era nuestra situación, pero ella en ese momento estaba más allá de cualquier advertencia que pudiera hacerle, perdida en ese mundo humano que nunca hubiera soñado que pudiera existir.

Un hombre dio un paso delante de la multitud y mis ojos se dispararon primero hacia sus manos, buscando el arma que seguramente soportarían. Tenía las manos cerradas en puños pero no suponían ninguna otra amenaza. Mis ojos, adaptados a la luz deslumbrante, captaron el matiz dorado del sol en su piel y entonces lo reconocí.

Casi sin aliento por la repentina esperanza que me mareaba, alcé los ojos hasta el rostro de ese hombre.

## Capítulo 14

### La disputa

Eso fue demasiado para nosotras, encontrarle ahí en ese momento, después de haber aceptado ya que no volveríamos a verle nunca más, después de creer que lo habíamos perdido para siempre. Me dejó helada, absolutamente petrificada, me dejó incapacitada para reaccionar. Quería mirar al tío Jeb, para comprender su desgarradora respuesta en el desierto, pero no podía mover los ojos. Miré fijamente al rostro de Jared sin entender.

Melanie reaccionó de forma distinta.

-¡Jared! -gritó, aunque a través de mi garganta herida el sonido apenas llegó a ser un graznido.

Ella me lanzó hacia delante, de la misma manera que había hecho en el desierto, asumiendo el control de mi cuerpo paralizado. La única diferencia era que, esta vez, fue a la fuerza.

No fui capaz de pararla a tiempo.

Se arrastró hacia delante, alzando los brazos para intentar llegar hasta él. Le grité una advertencia en mi cabeza, pero no me estaba escuchando. Casi ni siquiera era consciente de que yo estaba allí.

Nadie intentó detenerla mientras trastabillaba hacia él. Nadie salvo yo. Estaba a unos centímetros de tocarle, pero aun así no advertía lo mismo que yo. No veía el modo en que su rostro había cambiado en los largos meses de separación, de qué modo se había endurecido y cómo esas líneas apuntaban ahora en direcciones distintas. No veía que esa sonrisa casi inconsciente que ella recordaba no encajaría ahora en esta nueva cara. Sólo una vez había visto que su expresión se volviera oscura y peligrosa, e incluso ésa no fue nada al lado de la que tenía ahora. No veía nada, o quizá es que no le importaba.

Pero su determinación era más grande que la mía. Antes de que



Melanie pudiera hacer que mis dedos le tocaran, Jared disparó el brazo y el revés de su mano impactó contra un lado de mi rostro. El golpe fue tan duro que mis pies abandonaron el suelo antes de que la cabeza impactara contra el piso de roca. Escuché cómo el resto de mi cuerpo se daba contra el suelo con golpes sordos, pero no los sentí. Los ojos se me pusieron en blanco y sentí un pitido en los oídos. Luché contra el mareo que amenazaba con devolverme a la inconsciencia.

«Estúpida, estúpida -gimoteé-. ¡Te dije que no hicieras eso!».

«Jared está aquí, está vivo, se encuentra aquí», canturreaba ella de forma incoherente como si fuera la letra de una canción.

Intenté enfocar los ojos, pero aquel extraño techo era cegador. Aparté la cabeza lejos de la luz y después me tragué un sollozo cuando el movimiento envió punzadas de dolor a través de uno de los lados de mi rostro.

Apenas podía soportar el dolor de aquel golpe repentino. ¿Qué esperanza tenía de soportar un ataque intensivo y calculado?

Hubo un rumor apresurado de pasos y mis ojos se movieron de forma instintiva para encontrarse con la amenaza; vi al tío Jeb de pie a mi lado. Tenía una mano medio extendida hacia mí, pero dudaba, mirando hacia otro lado. Alcé la cabeza unos centímetros ahogando otro gemido para observar lo que él estaba viendo.

Jared caminaba hacia nosotros y su rostro era igual al de aquellos bárbaros que habíamos encontrado en el desierto, sólo que más hermoso que atemorizador en su furia. El corazón casi me falló; después comenzó a latir erráticamente y quise reírme de mí misma. ¿Es que acaso importaba lo guapo que fuera o que yo le amara cuando iba a matarme?

Observé cómo se dibujaba en su cara el rostro de un asesino e intenté refugiarme en la esperanza de que esa ira pudiera ganarle la partida a mi interés personal, pero el deseo de morir de verdad no me asistió.

Jeb y Jared intercambiaron una mirada durante un buen rato. La mandíbula de Jared se endureció y relajó alternativamente, pero la de Jeb permaneció en calma. La confrontación silenciosa terminó cuando Jared repentinamente exhaló un resoplido furioso y retrocedió un paso.

Jeb se inclinó para buscar mi mano y puso el otro brazo detrás de mi espalda para incorporarme. La cabeza me daba vueltas, me dolía, y además tenía el estómago revuelto. Si no lo hubiera tenido vacío durante tantos días habría vomitado. Era como si mis pies no tocaran el suelo. Me tambaleé y caí hacia delante, pero Jeb me sujetó y después me cogió del codo para mantenerme derecha.

Jared observaba todo con una mueca que mostraba sus dientes al completo. Como una idiota, Melanie intentaba avanzar de nuevo hacia él. Pero yo ya había superado la impresión de verlo allí y ahora estaba menos idiotizada que ella. No la dejaría hacerse de nuevo con el control. La encerré detrás de todos los cerrojos que pude crear en mi mente.

«Simplemente estate quieta. ¿No te das cuenta de cómo me odia? Cualquier cosa que digas sólo empeorará las cosas y terminaremos

mueratas».

«Pero Jared está vivo, está aquí», canturreó de nuevo.

La calma de la caverna se disolvió, y los susurros venían de todos lados y a la vez, como si me hubiera perdido algo. No podía obtener ningún significado comprensible de aquellos murmullos sibilantes.

Mis ojos vagabundearon por toda aquella turba humana, todos adultos, sin que se viera a nadie demasiado joven entre ellos. El corazón me dolió al comprender aquella ausencia y Melanie luchó por darle forma a la pregunta, aunque yo la reprimí con firmeza. No había nada que ver aquí, nada más que odio e ira en los rostros de esos extraños, o la ira y el odio en el rostro de Jared.

Sin embargo, las cosas cambiaron cuando un hombre se abrió camino a través de la multitud que cuchicheaba. Era esbelto y alto y la estructura de su esqueleto era más evidente a través de la piel que en los demás. Tenía el pelo desteñido, de un indefinible color marrón claro o rubio oscuro, indescriptible. Sus rasgos eran delicados y finos, como su suave cabello. No había ira en su rostro, motivo por el que captó mi atención.

Los otros le abrieron espacio a este hombre aparentemente sin pretensiones como si disfrutara de un estatus preeminente. Jared fue el único que no le mostró deferencia alguna, y mantuvo su posición mirándome sólo a mí. El hombre alto le rodeó, al parecer sin darle mayor importancia al obstáculo en su camino que si fuera un montón de rocas.

-Vaya, vaya -comentó con una voz extrañamente risueña mientras daba la vuelta alrededor de Jared y se acercaba a mí-. Ya estoy aquí. ¿Qué es lo que tenemos?

Fue la tía Maggie la que le contestó:

-Jeb ha encontrado a esa cosa en el desierto; en tiempos fue nuestra sobrina Melanie. Parece que seguía las instrucciones que él le había dado. -Y le lanzó una mirada envenenada a Jeb.

-Hum... -murmuró el hombre alto y huesudo, con sus ojos examinándome con curiosidad. Me resultó extraña esa evaluación, como si le gustara lo que veía. No podía comprender por qué era así.

Mi mirada se alejó de la suya hacia otra mujer, una joven que observaba atentamente desde su costado con la mano descansando en su brazo. Su pelo de color encendido me llamó la atención.

« ¡Sharon!», gritó Melanie.

La prima de Melanie vio el reconocimiento en mis ojos y su rostro se endureció.

Empujé a Melanie con rudeza hasta el fondo de mi mente: « ¡Chitón, calla!».

-Humm... -repitió el hombre alto otra vez, asintiendo. Alzó una mano para llegar hasta mi rostro y pareció sorprenderse cuando lo rechacé y me refugié al lado de Jeb.

-Todo va bien -dijo el hombre alto, y sonrió un poco para animarme-. No voy a hacerte daño.

Alzó la mano de nuevo hasta mi rostro. Yo me encogí al lado de

Jeb como había hecho antes, pero Jeb dobló su brazo y me empujó hacia delante. El hombre alto me tocó la mandíbula justo debajo de la oreja con unos dedos más amables de lo que esperaba, y yo volví el rostro fuera de su alcance. Sentí cómo su dedo trazaba una línea en la parte de atrás de mi cuello y me di cuenta de que estaba examinando la cicatriz de mi inserción.

Observé el rostro de Jared con el rabllo del ojo. Lo que ese hombre estaba haciendo le enfadaba mucho, estaba claro, y pensé que yo sabía por qué, que él odiaría con todas sus fuerzas esa delgada línea rosada de mi cuello.

Jared frunció el ceño, pero me sorprendió ver que parte de la ira había abandonado su expresión. Juntó las cejas aún más, y ahora parecía más confundido que otra cosa.

El hombre alto dejó caer las manos y dio un paso hacia atrás. Tenía los labios apretados, pero sus ojos se veían animados por algún desafío.

-Parece gozar de buena salud, aparte del agotamiento, la deshidratación y la desnutrición. Creo que le habéis dado suficiente agua para que la deshidratación no interfiera. Vale entonces. -Hizo un extraño movimiento inconsciente con las manos, como si se las estuviera lavando-. Comencemos pues.

En ese momento sus palabras y su breve examen encajaron en mi mente y comprendí que aquel hombre de apariencia amable que había prometido no hacerme daño era el doctor.

El tío Jeb suspiró profundamente y cerró los ojos.

El médico me ofreció la mano, invitándome a poner la mía en la suya. Cerré los puños detrás de mi espalda. Me Miró de nuevo con atención y percibió el terror en mis ojos. Las comisuras de su boca se volvieron hacia abajo, pero no las frunció. Estaba considerando cómo proceder a lo que quería hacer.

-¡Kyle, Ian! -llamó, girando el cuello y buscando entre aquel grupo a aquellos a los que había nombrado. Las rodillas se me doblaron cuando los dos grandes hermanos de pelo negro se adelantaron empujando a otros-. Creo que voy a necesitar ayuda. Quizá queráis ayudarme a llevar... -comenzó a explicar el doctor, que no parecía ya tan alto al lado de Kyle.

-No.

Todo el mundo se volvió para ver de dónde venía la voz disconforme. No necesitaba mirar porque reconocí la voz, aunque le miré de todos modos.

Las cejas de Jared se apretaban con fuerza sobre los ojos y tenía la boca torcida en una extraña mueca. Tantas emociones recorrían su rostro que era difícil poderlas identificar por separado: ira, desafío, confusión, odio, miedo..., dolor.

El médico pestañeó, y su rostro se aflojó por la sorpresa.

-Jared, ¿hay algún problema?

-Sí.

Todo el mundo esperó. A mi lado, Jeb trataba de mantener las

comisuras de su boca hacia abajo, como si ellas solas estuvieran intentando elevarse para formar una sonrisa. Si era ése el caso, entonces el anciano debía de tener un extraño sentido del humor.

-¿Y cuál es? -inquirió el doctor.

Jared contestó entre dientes:

-Te diré cuál es el problema, Doc. ¿Cuál es la diferencia entre entregártela a ti o que Jeb le meta una bala en la cabeza?

Me eché a temblar. Jeb me dio unos golpecitos en el brazo.

El doctor pestañeó de nuevo.

-Bueno... -se limitó a decir.

Jared contestó a su propia pregunta:

-La diferencia está en que si Jeb mata a esa cosa, al menos muere limpiamente.

-Cada vez aprendemos más, Jared. -La voz del médico era tranquilizadora, el mismo tono que había usado conmigo-. Quizá esta vez sea la definitiva.

-¡Ja! -bufó Jared-. No veo que hayas hecho ningún progreso, Doc.

«Jared nos protegerá», pensó Melanie débilmente. Tenía que concentrarme lo suficiente para formar las palabras: «No a nosotras, sólo a tu cuerpo».

«Eso es bastante parecido». Su voz parecía venir desde lejos, desde fuera del martilleo de mi cabeza.

Sharon dio un paso hacia delante, de modo que se quedó entre el médico y yo. Era una postura extrañamente protectora.

-No tiene sentido desperdiciar una oportunidad -replicó con fiereza. Todos nos damos cuenta de que esto es duro para ti, Jared, pero al final no eres tú quien tiene que tomar la decisión. Hemos de considerar lo que es mejor para la mayoría.

Jared la fulminó con la mirada.

-No-rugió.

Estaba segura de que no había susurrado, aunque su voz sonó muy baja en mis oídos. De hecho todo se quedó en repentina calma. Los labios de Sharon se movieron, y pinchó a Jared con el dedo con ferocidad, pero todo lo que oí fue un suave siseo. Ninguno de ellos dio un paso adelante, pero parecían estar alejándose de mí.

Vi que los hermanos de pelo negro daban un paso hacia Jared con expresión furiosa. Sentí cómo se alzaba mi mano en señal de protesta, pero apenas fue un movimiento sin fuerzas. El rostro de Jared se puso rojo cuando separó los labios y los tendones en su cuello se tensaron como si estuviera gritando, pero yo no llegué a oír nada. Jeb soltó mi brazo y vi alzarse el gris mate del cañón de su rifle. Me aparté del arma, aunque no apuntaba en mi dirección. Esto me desequilibró y observé que la habitación se inclinaba muy lentamente hacia un lado.

-Jamie... -murmuré mientras la luz desaparecía de mis ojos.

El rostro de Jared se me acercó mucho, inclinándose sobre mí con una expresión fiera.

-¿Jamie? -musité de nuevo, esta vez en forma de pregunta -.

¿Jamie?

La voz áspera de Jeb contestó desde algún lugar lejano:

-El chico está bien. Lo trajo Jared.

Miré el rostro atormentado de Jared, que desaparecía con rapidez en la oscura neblina que cubría mis ojos.

-Gracias -susurré.

Y entonces me perdí en la oscuridad.

## Capítulo 15

### Bajo protección

No sentí desorientación alguna al recobrar el conocimiento. Sabía exactamente dónde estaba, por así decirlo; mantuve los ojos cerrados y mi respiración regular. Intenté comprender lo más posible acerca de mi situación exacta sin dar a conocer el hecho de que estaba consciente de nuevo.

Estaba hambrienta. Tenía un nudo en el estómago y se me encogió y empezó a hacer extraños sonidos. No creía que estos ruidos pudieran delatarme porque estaba segura de que mi estómago ya se había quejado y gemido mientras dormía.

Me dolía muchísimo la cabeza. Era imposible saber cuánto se debía a la fatiga y cuánto a los golpes que me había llevado.

Yacía en una superficie dura, tosca y llena de... bultos. No era completamente plana, sino que parecía ligeramente curvada, como si estuviera acostada en un cuenco poco cóncavo. Y no era nada cómodo. Tenía la espalda y las caderas atravesadas por dolores punzantes al estar doblada en esa posición. El dolor era probablemente lo que me había despertado. No había descansado nada.

Estaba oscuro, eso sí que podía decirlo sin necesidad de abrir los ojos. No negro como el carbón, pero sí muy oscuro.

El aire estaba mucho más enrarecido que antes, húmedo y corrompido, con un matiz acre que parecía quedarse pegado en la parte de atrás de mi garganta. La temperatura era más fresca de lo que había sido en el desierto, pero esta humedad tan incongruente resultaba casi incómoda. Estaba sudando de nuevo, ya que el agua facilitada por Jeb había encontrado su camino de salida a través de los poros de mi piel.

Podía escuchar el eco de mi respiración resonar a algunos palmos de distancia. Era posible que me encontrara cerca de una de las paredes, pero lo que pensé fue que la estancia sería muy pequeña. Escuché con toda la atención posible y sonaba como si el eco de mi respiración regresara desde

el otro lado también.

Como sabía que debía de estar en algún lugar del sistema de cavernas adonde Jeb me había llevado, tenía un convencimiento casi absoluto de lo que vería cuando abriera los ojos. Debía de estar en algún pequeño agujero en aquella roca de oscuro color marrón purpúreo y llena de agujeros como un queso gruyer.

Todo estaba en silencio a excepción de los sonidos que hacía mi cuerpo. Preferí confiar en la escucha, ya que me daba miedo abrir los párpados, así que agucé el oído cuanto pude para vencer esa ausencia de ruido. No podía oír a nadie más, y eso no tenía sentido. No podían haberme dejado sin ningún guardia, ¿no? El tío Jeb y su omnipresente rifle o alguien menos simpático, pero dejarme sola... Eso no iba muy de acuerdo con su brutalidad, su miedo natural y el odio hacia lo que yo era.

A menos que...

Intenté tragar saliva, pero el terror me cerró la garganta. No me dejarían sola, no a menos que pensarán que estaba muerta o se hubieran asegurado de que lo estaría. No a menos que hubiera lugares en estas cuevas de los que una no regresara jamás.

La imagen que me había formado de mis alrededores cambió de forma mareante en mi cabeza. Me imaginé a mí misma en el fondo de un pozo profundo o emparedada en un pequeño nicho. Se me aceleró la respiración; intenté respirar profundamente para ver si el aire estaba viciado o si había algún indicio de escasez de oxígeno. Los músculos de mis pulmones se distendieron y se llenaron de aire para producir un grito que iba ya de camino. Apreté los dientes para evitar que surgiera.

Agudo y cercano, algo chirriante se elevó desde el suelo hasta llegar al lado de mi cabeza.

Grité y el sonido fue atronador en aquel espacio tan pequeño. Se me abrieron los ojos de golpe. Salté lejos de aquel ruido siniestro y me arrojé contra una pared irregular de piedra. Alcé las manos para protegerme la cara y simultáneamente me golpeé la cabeza contra el techo bajo.

Una luz tenue iluminaba la salida con forma redonda a la pequeña burbuja de una cueva donde estaba acurrucada. El rostro de Jared estaba medio iluminado cuando se inclinó por la abertura, con un brazo alargado en mi dirección. Tenía los labios apretados con un gesto de ira y una vena latía en su frente mientras observaba mi reacción llena de pánico.

No se movió, simplemente se quedó mirándome con furia mientras mi corazón restablecía su ritmo natural y se me calmaba la respiración. Me encontré con su mirada, y recordé lo quieto que siempre había sabido estar, como una aparición cuando quería. No era extraño que no le hubiera oído allí sentado, guardando la entrada de mi celda.

Pero había oído algo. Mientras lo recordaba, Jared metió su brazo extendido más adentro y el sonido chirriante se repitió. Miré hacia abajo. A mis pies había una lámina de plástico roto que servía de bandeja, y en ella...

Me tiré a por la botella abierta de agua. Apenas era consciente de la boca retorcida por el asco de Jared cuando pegué la botella a mis labios.

Estaba segura de que me molestaría luego, pero ahora todo lo que necesitaba era agua. Me pregunté si alguna vez el resto de mi vida volvería a pensar en el agua como algo que no iba a faltarme. Aunque teniendo en cuenta que mi vida no tenía perspectivas de prolongarse mucho, la respuesta más probable era que no.

Jared había desaparecido otra vez tras la entrada circular. Podía ver un trozo de su manga y poco más. La luz mate procedía de algún lugar a su lado, una luz artificial azulada.

Tragué atropelladamente el agua cuando un nuevo olor captó mi atención y me informó de que el agua no era el único regalo. Miré de nuevo hacia la bandeja.

¿Comida...? ¿Acaso iban a alimentarme?

Era pan, un panecillo oscuro de forma irregular, que olisqueé primero, pero también había un bol de algún líquido claro con un cierto aroma a cebolla. Cuando me incliné más cerca, pude ver trozos más oscuros de algo en el fondo. Además de esto había tres tubos blancos pequeños y gruesos, que supuse que eran hortalizas, aunque no identifiqué de qué tipo.

Hice todos estos descubrimientos en menos de un segundo, pero incluso en ese poco rato mi estómago casi saltó fuera de mi boca intentando alcanzar la comida.

Partí el pan. Era muy denso, lleno de trocitos de cáscara de salvado que se me quedaron atrapados entre los dientes. La textura era arenosa, pero el sabor era muy rico, maravilloso. No recordaba nada con mejor sabor, ni siquiera mis Twinkies aplastados. Mi mandíbula trabajaba lo más rápido posible, pero me tragué la mayoría de los bocados de aquel pan tosco a medio masticar. Podía escuchar cómo llegaba cada trozo a mi estómago, con un gorgoteo. No me sentía tan bien como cabía suponer. Como llevaba demasiado tiempo vacío, mi estómago reaccionaba a la comida con dolor e incomodidad.

Ignoré eso y continué con el líquido, que era sopa. Esto me entró mejor. A pesar de las cebollas que había olido, el sabor era suave. Los trozos verdes eran blandos y esponjosos. Bebí directamente del bol y deseé que hubiera sido más hondo. Lo incliné para comprobar que ya no quedaba ni una gota.

Las hortalizas blancas eran de textura crujiente y de sabor a bosque, debían de ser algún tipo de raíz. No tenían tan buen sabor como la sopa ni tan buen gusto como el pan, pero eran agradables por su cantidad. Me sentí llena, o casi, aunque probablemente habría atacado la bandeja si me hubiera sentido capaz de masticarla.

No se me ocurrió hasta que terminé que no deberían estar alimentándome. No a menos que Jared hubiera perdido en la confrontación con el doctor; pero ¿cómo habría sido Jared mi guardián en tal caso? Resolví el misterio enseguida, intuyendo que si estaba demasiado débil para soportar la tortura, entonces tampoco sería algo mucho mejor intentar matarme de hambre.

Aparté la bandeja a un lado cuando estuvo vacía, encogiéndome



ante el ruido que hizo. Me quedé con la espalda apoyada en la pared trasera de mi burbuja, mientras Jared metía el brazo para llevársela. Esta vez ni siquiera me miró.

-Gracias -susurré mientras desaparecía de nuevo.

No dijo nada y no hubo ningún cambio en su rostro. Incluso dejé de ver aquel trozo de su manga, aunque estaba segura de que seguía allí.

«No puedo creer que me haya golpeado», cavilaba Melanie, más incrédula que resentida cuando pensaba en el asunto. Ella todavía no había conseguido superar la extrañeza, aunque a mí no me había sorprendido en absoluto. Me parecía normal que me hubiera pegado.

«Me preguntaba dónde estarías -le contesté-. Habría sido de muy mala educación haberme metido en todo este follón y dejarme luego abandonada».

Ella ignoró la amargura del tono de mi voz. «No sé por qué, siempre pensé que él no sería capaz de hacerlo. Dudo que yo hubiera podido pegarle a él».

«Seguro que lo habrías hecho. Si se te hubiera acercado con los ojos fuera de sus órbitas, habrías hecho lo mismo. Todos sois violentos por naturaleza». Recordé sus ensoñaciones de estrangular a la buscadora. Parecía que hacía meses de aquello, aunque yo sabía que sólo habían pasado unos días. Todo tendría algún sentido si hubieran sido más. Requería su tiempo meterse hasta el fondo en un jaleo tan desastroso como en el que me encontraba en ese momento.

Melanie intentó considerarlo de forma imparcial. «No lo creo. No a Jared... y Jamie, no tendría ningún sentido hacerle daño a Jamie, incluso aunque él fuera... » Su voz se desvaneció, de odiosa que le resultaba esa idea.

Pensé y me di cuenta de que era verdad: ni ella ni yo le habríamos levantado la mano al niño ni siquiera si se hubiera convertido en alguna otra cosa o persona.

«Eso es diferente. Tú eres como su... madre. Las madres aquí son irracionales, porque hay demasiadas emociones en juego».

«La maternidad siempre es algo emocional., incluso para vosotras, las almas».

No contesté a eso.

« ¿Qué crees que va a suceder ahora?».

«Tú eres la experta en humanos -le recordé-. Probablemente no es nada de bueno que me den comida. Sólo se me ocurre una razón por la que quieran que esté fuerte».

En mi mente se enredaron los pocos datos concretos que recordaba de la historia de las brutalidades humanas con las historias de ese viejo periódico hallado hacía unos días. El fuego, eso sí que era malo. Melanie se había quemado las puntas de los dedos de la mano derecha en un estúpido accidente cuando cogió sin darse cuenta una sartén que estaba caliente. Recordaba cómo le había espantado el dolor, tan repentinamente intenso y abrumador.

Sin embargo, aquello sólo había sido un accidente. La curaron de inmediato con hielo, tiritas y medicinas. Nadie lo había hecho a propósito, ni había continuado después del primer dolor horrible, prolongándolo más y más...

Nunca había vivido en un planeta donde sucedieran esas atrocidades, ni siquiera antes de la llegada de las almas. Éste era sin duda el mejor y el peor de todos los mundos: los sentidos más maravillosos, las emociones más exquisitas, los deseos más malévolos, los hechos más siniestros. Quizá era así porque no había más remedio. Quizá era imposible alcanzar lo más alto sin lo bajo. ¿Eran las almas una excepción a esta regla? ¿Se podría tener en este mundo la luz sin la oscuridad?

«Yo... sentí algo cuando te golpeó», me interrumpió Melanie. Sus palabras surgieron con lentitud, una tras otra, como si no deseara pensarlas.

«Pues mira, yo también sentí algo». Era sorprendente lo natural que me resultaba ahora el sarcasmo, después de haber pasado tanto tiempo con Melanie. «Tiene un revés de primera, ¿no te parece?».

«No es a eso a lo que me refería. Quería decir... -Dudó durante un buen rato y después las palabras le salieron apresuradamente-: Pensé todo el rato que era yo..., la forma en que nos sentimos hacia él... Creí que yo tenía el control de aquello».

Las ideas ocultas tras sus palabras eran más claras que las mismas palabras.

«Pensaste que podías atraerme hasta aquí porque eras tú la que lo quería tanto. Que tú me estabas controlando y no al revés. -Intenté no mostrarme enfadada-. Creíste que me estabas manipulando».

«Sí. -La desilusión en su tono no se debía a mi enfado, sino a que no le gustaba sentir que se había equivocado-. Pero... ».

Esperé.

Otra vez le salió todo de corrido: «Tú también le amas, aparte de mí. Tú lo sientes de una manera distinta a como lo siento yo. Es otra forma. No me di cuenta hasta que no estuvo con nosotras, hasta que lo viste por primera vez. ¿Cómo ha ocurrido eso? ¿Cómo puede un gusano de unos ocho centímetros enamorarse de un ser humano?».

« ¿Gusano ?».

«Lo siento. Supongo que tendréis unas... extremidades».

«No exactamente: son más bien como antenas. Y cuando estoy estirada mido bastante más de ocho centímetros».

«Lo que intento decir es que no es de tu especie».

«Mi cuerpo es humano -le dije-. Mientras siga conectada a él, también soy humana. Y el modo en que tú ves a Jared en tus recuerdos... Bueno, todo es culpa tuya».

Ella reflexionó durante un momento. No le gustaba demasiado.

«De modo que si hubieras ido a Tucson y hubieras obtenido un cuerpo nuevo, habrías dejado de quererle».

«Espero de todo corazón que eso sea cierto».

Ninguna de las dos estaba contenta con la respuesta. Recliné la

cabeza sobre mis rodillas. Melanie había cambiado de tema:

«Al menos Jamie está a salvo. Sabía que Jared cuidaría de él. Si hubiera tenido que dejarlo en alguna parte, seguro que no podría haber sido en mejores manos... Me gustaría verlo».

« ¡Pues no pienso pedirlo!». Me estremecí pensando qué clase de respuesta recibiría a esa petición.

Al mismo tiempo, ansiaba ver el rostro del chico con mis propios ojos. Quería estar segura de que estaba allí, de que se encontraba realmente a salvo, y de que lo alimentaban y cuidaban de él, ya que Melanie no podría volver a hacerlo. Cuidarle del modo que yo, que no había sido nunca madre, quería que lo cuidaran. ¿Tendría a alguien que le cantara todas las noches? ¿Qué le contara historias? ¿Este nuevo y hostil Jared se preocuparía de cosas tan nimias como éstas? ¿Tendría a alguien que lo acurrucara cuando estuviera asustado?

« ¿Crees que le dirán que estoy aquí?», preguntó Melanie.

« ¿Le ayudaría o le haría daño?», inquirí como respuesta.

Su pensamiento sonó como un susurro: «No lo sé... Me gustaría poder decirle que he mantenido mi promesa».

«Ciertamente lo has hecho. -Sacudí la cabeza, asombrada-. Nadie puede decir que no regresaste, igual que siempre».

«Gracias por eso». Su voz era débil. No estaba segura de si ella se refería a mis palabras o si era a algo más general, al hecho de haberla llevado hasta allí.

Me sentía repentinamente agotada, y podía percibir que ella también. Ahora que se me había asentado un poco el estómago y me sentía casi llena, el resto de mis dolores no eran tan agudos como para mantenerme despierta. No quería moverme, porque temía hacer ruido; pero mi cuerpo quería ponerse derecho y estirar los músculos. Lo hice tan silenciosamente como pude, intentando encontrar una parte de la burbuja lo bastante larga para ello. Finalmente, tuve que sacar los pies casi fuera de la apertura redonda. No me gustó hacerlo, porque me preocupaba que Jared escuchara el movimiento cerca de él y pensara que intentaba huir, pero no reaccionó de ninguna manera. Acomodé el lado bueno de mi rostro sobre el brazo e intenté ignorar la forma en que la curva del suelo se clavaba en mi columna vertebral antes de cerrar los párpados.

Creía que podría dormir, pero si lo hice no fue profundamente. El sonido de los pasos se oía muy lejos cuando estuve completamente despierta.

Esta vez abrí los ojos de golpe. Nada había cambiado, todavía podía ver la luz azul mate a través del agujero redondo. Aún no podía saber si Jared estaba allí fuera. Alguien venía hacia donde yo estaba, ya que era fácil escuchar cómo se acercaban los pasos. Aparté las piernas de la apertura moviéndome tan despacio como pude, y me acurruqué contra la pared del fondo otra vez. Me hubiera gustado poder ponerme de pie; así me habría sentido menos vulnerable y estaría más preparada para afrontar lo que se avecinara. Sin embargo, el techo bajo de la burbuja de la cueva apenas me

permitía arrodillarme.

Hubo un movimiento apresurado fuera de mi prisión. Vi parte del pie de Jared mientras se levantaba silenciosamente.

-Ah, estás aquí -dijo un hombre. Las palabras sonaban tan altas después de tanto silencio que me sobresalté. Reconocí la voz. Era uno de los hermanos que había visto en el desierto, el que llevaba el machete: Kyle.

Jared no dijo nada.

-No vamos a permitir esto, Jared. -Era otro el que hablaba ahora, una voz más razonable. Probablemente el hermano más joven, Ian. Las voces de los hermanos eran muy similares, o lo habrían sido si Kyle no estuviera constantemente casi gritando, su tono siempre alterado por la rabia-. Todos hemos perdido a alguien, demonios, los hemos perdido a todos. Esto es ridículo.

-Si no se la entregas al médico, entonces tiene que morir -añadió Kyle, con la voz convertida en un gruñido. -No podemos tenerla prisionera aquí -continuó Ian imagínate que se escapara, todos correríamos peligro.

Jared no contestó, pero dio un paso hasta colocarse directamente delante de la abertura de mi celda.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y rapidez cuando entendí lo que estaban diciendo los hermanos. Jared había ganado, no me iban a torturar. Nadie me iba a matar, al menos no inmediatamente. Él me tenía prisionera.

Teniendo en cuenta las circunstancias, parecía una palabra hermosa.

«Te dije que nos protegería».

-No lo pongas más difícil, Jared -dijo una nueva voz masculina que no reconocí-. Esto es necesario.

Jared no despegó los labios.

-No queremos hacerte daño, Jared. Todos somos hermanos aquí, pero no conseguirás detenernos, aunque tengamos que usar la fuerza. -Kyle se estaba tirando un farol-. Apártate.

Jared continuó inmóvil como la misma roca.

Mi corazón rompió a latir con mucha más rapidez, saltando contra mis costillas con tanta fuerza que el martilleo interceptó el ritmo de mis pulmones y me dificultó la respiración. Melanie, petrificada por el miedo, era incapaz de pensar con palabras coherentes.

Iban a hacerle daño. Aquellos humanos lunáticos estaban dispuestos a atacar incluso a uno de los suyos.

-Jared, por favor -dijo Ian.

Él no contestó.

Una patada, una embestida y el sonido de un objeto pesado golpeando algo sólido. Un jadeo y un gorgoteo ahogado...

-¡No! -grité.

Y me arrojé a través del agujero redondo.

## Capítulo 16

### Asignación

La parte exterior de la abertura estaba desgastada, por lo que me arañé las palmas de las manos y las espinillas cuando me arrastré hacia fuera. El simple hecho de mantenerme erguida resultaba doloroso, rígida como estaba, y respiraba agitadamente. La cabeza me bailó cuando la sangre me bajó hacia las piernas.

Miré una sola cosa: la posición de Jared, a fin de interponerme entre él y sus atacantes.

Todos se quedaron helados en su sitio, fulminándome con la mirada. Jared tenía la espalda contra la pared, con los puños cerrados levantados a media altura. Enfrente de él, Kyle estaba doblado sobre sí mismo y se agarraba el estómago. Ian y el otro extraño le flanqueaban unos cuantos pasos más atrás, con las bocas abiertas, horrorizados. Aproveché su sorpresa, y con dos largas y temblorosas zancadas me interpose entre Jared y Kyle.

Éste fue el primero en reaccionar. Yo estaba apenas a un paso de él y su primer instinto fue apartarme. Su mano cayó sobre mi hombro y me empujó hacia el suelo, pero antes de caer algo me cogió de la muñeca y me devolvió a la posición vertical.

Tan pronto como se dio cuenta de lo que había hecho, Jared dejó caer el brazo, como si mi piel rezumara ácido.

-Vuélvete ahí dentro- rugió.

También me empujó el hombro, pero no lo hizo con tanta violencia como Kyle. Me envió dos pasos hacia atrás en dirección al agujero de la pared.

La abertura era un círculo negro en el estrecho pasadizo. Fuera de aquella pequeña prisión, la cueva más grande tenía el mismo aspecto, sólo que era más larga y alta, con más aspecto de tubo que de burbuja. El corredor estaba tenuemente iluminado desde el pasillo por una lámpara pequeña alimentada con no sabía ni podía suponer qué. Provocaba extrañas sombras en los rasgos de los hombres, transformando sus rostros en

monstruos ceñudos.

Me dirigí a ellos, dando la espalda a Jared.

-A mí es a quien buscáis -le dije directamente a Kyle-. Dejadle en paz.

Nadie dijo nada durante un largo segundo.

-Astuta hija de puta -masculló finalmente Ian, con los ojos dilatados de espanto.

-Te he dicho que te metas ahí dentro -siseó Jared a mis espaldas.

Me di media vuelta, sin perder de vista a Kyle.

-No es tu deber arriesgarte para protegerme.

Jared hizo una mueca con una mano en alto para empujarme de nuevo hacia mi celda.

Esquivé la mano y ese movimiento me colocó más cerca de aquellos que querían matarme.

Alguien me aferró los brazos y me los sujetó a la espalda. Luché de forma instintiva, pero era muy fuerte. Me estiró las articulaciones demasiado hacia atrás y jadeé.

-¡Quítale las manos de encima! -gritó Jared.

Inmediatamente cargó contra él. Kyle le hizo una presa y le retorció el cuello, volviéndole la cabeza hacia atrás. El otro hombre, el que no era su hermano, aferró uno de los brazos sueltos de Jared.

-¡No le hagáis daño! -chillé, y me revolví contra las manos que me aprisionaban.

El codo libre de Jared impactó contra el estómago de Kyle. Éste jadeó y le soltó. Jared se apartó de sus atacantes y, dando un paso hacia atrás, lanzó el puño contra la nariz de Kyle. La oscura sangre roja salpicó la pared y la lámpara.

-¡Acaba con esa cosa, Ian! -aulló Kyle. Bajó la cabeza y se lanzó contra Jared, arrojándolo contra el otro hombre.

-¡No! -gritamos Jared y yo al mismo tiempo.

Ian soltó mis brazos y puso las manos alrededor de mi cuello, impidiendo que entrara el aire en mis pulmones. Yo le arañé las manos con mis uñas romas, inútiles. Él apretó más aún, levantándose en volandas.

Dolía mucho, allí estaban aquellas manos que me asfixiaban, y un pánico repentino invadió mis pulmones. Era la agonía. Me contorsioné, intentando escapar más del dolor que de aquellas manos asesinas.

Clic, clic.

Sólo había oído ese sonido antes una vez, pero lo reconocí. Y también todos los demás. Se quedaron todos helados, incluido Ian, todavía con las manos apretadas con fuerza alrededor de mi cuello.

-¡Kyle, Ian, Brandt, los tres atrás! -ladró Jeb.

No hubo movimiento alguno, salvo el bailoteo en el aire de mis pies y los arañazos y los manotazos de mis manos.

Jared se liberó repentinamente del brazo inmóvil de Kyle y saltó hacia mí. Vi su puño volar en dirección a mi rostro y cerré los ojos.

Un golpe sordo sonó con fuerza unos centímetros detrás de mi

cabeza. Ian aulló, y yo caí al suelo. Me acurruqué allí, a sus pies, jadeante. Jared se retiró después de lanzarme una mirada furiosa y fue a colocarse hombro con hombro con Jeb.

-Aquí sois invitados, chicos, no lo olvidéis -gruñó Jeb-. Os dije que no vinierais en busca de la chica. Ella también es mi invitada, al menos de momento, y no me agrada ni lo más mínimo que cualquiera de mis invitados mate a otro.

-Jeb... -gruñó Ian detrás de mí, con la voz amortiguada por la mano que tenía tapándose la boca herida-. Jeb, esto es una locura.

-¿Cuál es tu plan? -exigió Kyle. Tenía el rostro manchado de sangre, un aspecto violento, macabro, pero no había evidencia de dolor en su voz, sólo ira controlada y a punto de estallar-. Tenemos derecho a saber. Tenemos que decidir si este lugar es seguro o si es hora de marcharnos. Así que... ¿cuánto tiempo has decidido tener a esta cosa como si fuera una mascota? ¿Qué harás cuando te canses de jugar a ser Dios? Todos nosotros merecemos respuestas a estas preguntas.

Las extraordinarias palabras de Kyle se grabaron detrás del latido que inundaba mi cabeza. ¿Me mantenían como si fuera una mascota? Jeb había dicho que era su invitada... ¿Era esa palabra un sinónimo de «prisionera»? ¿Era posible que existieran dos humanos que no exigieran ni mi muerte ni mi tortura, ni siquiera sacarme información? Si era así, desde luego era más que un milagro.

-No tengo respuestas a tus preguntas, Kyle -comentó Jeb-. No depende de mí.

Dudo que cualquier otra respuesta que Jeb hubiera podido dar les hubiera confundido más. Los cuatro hombres, Kyle, Ian, el que yo no conocía e incluso Jared, le miraron confundidos. Yo estaba agachada, aún jadeando a los pies de Ian, deseando que hubiera alguna forma de pasar desapercibida mientras me retiraba hacia mi agujero.

-¿Qué no depende de ti...? -repitió Kyle finalmente con incredulidad-. ¿De quién entonces? Si estás pensando someterlo a votación, ya lo hemos hecho. Ian, Brandt y yo somos los representantes debidamente designados.

Jeb negó con la cabeza, un movimiento ligero en el que apenas perdió de vista al hombre que tenía enfrente.

-Esto no depende de ninguna votación. Todavía sigue siendo mi casa.

-¿De quién depende entonces?! -gritó Kyle.

Los ojos de Jeb finalmente se movieron hacia otro rostro y luego se volvieron a Kyle.

-Jared debe tomar la decisión.

Todos, incluida yo, desplazamos nuestra mirada hacia Jared.

Él se quedó mirando boquiabierto a Jeb, tan atónito como el resto, y después apretó los dientes ruidosamente. Lanzó una mirada cargada de odio en mi dirección.

-¿Jared? -preguntó Kyle, enfrentándose de nuevo a Jeb-. ¡Eso no

tiene sentido! -Parecía fuera de sus casillas, y casi tartamudeaba de la rabia-. ¡Él es el menos imparcial en este asunto! ¿Por qué? ¿Cómo puede comportarse de modo racional en esto?

-Jeb, yo no... -murmuró Jared.

-Ella es tu responsabilidad, Jared -replicó Jeb con voz firme-. Yo te seguiré ayudando, por supuesto, si hay más problemas como éste, y para mantenerla a ella bajo control y todo eso, pero en lo que respecta a tomar una decisión..., es cosa tuya. -Alzó una mano cuando Kyle intentó protestar de nuevo-. Míralo desde este punto de vista, Kyle: si alguien en una expedición encontrara a tu Jodi y la trajera aquí, ¿querrías que Doc., yo o mediante una votación decidiéramos qué hacer con ella?

-Jodi está muerta -siseó Kyle, escupiendo sangre de sus labios. Me miró con la misma expresión que antes lo había hecho Jared.

--Bueno, si su cuerpo todavía anda por ahí, dependerá de ti. ¿Querrías que fuera de otra manera?

-La mayoría...

-Ésta es mi casa y éstas son mis reglas -le interrumpió Jeb con dureza-, y no vamos a discutir más sobre el tema. No habrá más votaciones ni más intentos de ejecución. Vosotros tres corred la voz, porque así van a ser las cosas de aquí en adelante. Normas nuevas.

-¿Alguna otra más? -murmuró Ian casi sin aliento.

Jeb le ignoró.

-Aunque es improbable, si esta situación se volviera a repetir, la decisión la tomaría aquella persona a la que pertenezca el cuerpo. -Jeb esgrimíó el cañón del arma en dirección a Kyle, que se alejó unos cuantos centímetros, hacia el pasadizo que tenía detrás de él-. Salid de aquí, no quiero veros cerca de este lugar nunca más. Haced correr la voz de que este corredor está en zona prohibida. Nadie tiene ningún motivo para estar aquí salvo Jared, y no preguntaré dos veces si pillo a alguien merodeando en esta zona. ¿Lo habéis entendido? Largo. Ahora. -Y enarboló el arma en dirección a Kyle una vez más.

Me sorprendió que los tres asesinos se dieran media vuelta de inmediato y se marcharan por el pasillo sin dedicarnos siquiera, a mí o a Jeb, ni una amenaza.

Quería creer en lo más profundo de mi corazón que el arma en manos de Jeb no era más que un farol. Desde la primera vez que lo había visto, Jeb había mostrado toda clase de cortesías. No me había tocado con ademán violento ni una sola vez, ni siquiera me había mirado con una hostilidad clara. Ahora parecía que era la única persona, de las dos que quedaban aquí conmigo, que no pretendía hacerme daño. Jared había luchado para mantenerme con vida, pero estaba claro que esa decisión iba a ser muy problemática para él. Me daba cuenta de que podía cambiar de idea en cualquier momento. Quedaba claro en su expresión que una parte de él quería terminar con todo eso de una vez, y más ahora que Jeb había dejado caer toda la responsabilidad sobre sus hombros. Mientras yo hacía este análisis, Jared me fulminó con una mirada llena de desagrado.



Sin embargo, aunque quería pensar que el arma de Jeb era sólo un farol mientras veía marcharse a aquellos tres hombres en la oscuridad, era obvio que las cosas no podían ser de otra manera. Bajo la fachada que presentaba, Jeb seguramente era tan cruel y letal como el resto de ellos. Si no hubiera estado acostumbrado a usar esa arma en el pasado, a usarla para matar y no sólo para amenazar, nadie le habría obedecido de esa manera.

«Son tiempos desesperados -susurró Melanie-. No nos podemos permitir ser amables en el mundo que habéis creado. Somos fugitivos, una especie en peligro. Todas las opciones son a vida o muerte».

«Chitón. No tengo tiempo para discutir. Necesito concentrarme».

Jared se había enfrentado ahora a Jeb con una mano extendida delante de él y con la palma hacia arriba y los dedos apenas cerrados. Ahora que los otros se habían ido, sus cuerpos adoptaron una postura más relajada. Jeb incluso estaba sonriendo bajo su espesa barba, como si hubiera disfrutado del enfrentamiento a punta de rifle. ¡Qué humano más extraño!

-Por favor, no me eches esto encima, Jeb -decía Jared-. Kyle lleva razón sólo en una cosa: no soy capaz de tomar una decisión racional.

-Nadie ha dicho que tengas que decidir nada ahora mismo. Ella no va a ir a ninguna parte. -Jeb bajó la mirada hacia donde yo estaba sin dejar de sonreír. El ojo que estaba más cerca de mí, y que Jared no podía ver, se cerró con rapidez y se abrió de nuevo. Un guiño-. No al menos después de todo lo que ha pasado hasta llegar aquí. Tienes todo el tiempo que quieras para pensártelo.

-No hay nada que pensar. Melanie está muerta, pero no puedo..., no puedo... Jeb, es que no puedo... -Jared no parecía ser capaz de terminar la frase.

«Díselo».

«No estoy preparada para morir en este momento».

-Pues no pienses en eso ahora -le contestó Jeb-. Quizá se te ocurra algo luego, más tarde. Tómame un poco de tiempo.

-¿Y qué vamos a hacer con esta cosa? No podemos estar vigilándola todo el día.

Jeb sacudió la cabeza.

-Eso es exactamente lo que vamos a tener que hacer durante un tiempo; luego las cosas se calmarán. Ni siquiera Kyle es capaz de mantener esa ira asesina durante más de unas cuantas semanas.

-¿Unas cuantas semanas? No nos podemos permitir jugar a ser guardias aquí durante tanto tiempo. Tenemos otras cosas que...

-Lo sé, lo sé -suspiró Jeb-. Ya se me ocurrirá algo.

-Y eso es sólo la mitad del problema. -Jared volvió a mirarme otra vez. Una vena en su frente latía visiblemente-. ¿Dónde la vamos a meter? ¡Aquí no tenemos ninguna cárcel!

Jeb sonrió mirándome.

-Tú no vas a darnos ningún problema ahora, ¿a qué no?

Le miré fijamente sin decir ni una palabra.

-Jeb -masculló Jared, enfadado.

-Oh, no te preocupes por ella. En primer lugar, no le quitaremos el ojo de encima. En segundo lugar, ella nunca será capaz de encontrar un camino para salir de aquí. Vagaría perdida hasta que cayera en manos de alguien. Esto nos lleva al tercer punto: no es tan estúpida. -Alzó una espesa ceja blanca en mi dirección-. No va a irse en busca de Kyle o los demás, ¿ a qué no? No creo que le caiga bien a ninguno de ellos.

Yo simplemente me quedé mirándolo, sin fiarme de su relajado tono de conversación.

-Me gustaría que no le hablaras así a la cosa -murmuró Jared.

-Me criaron en tiempos más educados, chico. No puedo evitarlo. - Jeb puso una mano en el brazo de Jared, palmeándoselo ligeramente-. Mira, tienes toda una noche para dormir. Déjame que haga la siguiente guardia. Duerme un poco.

Jared pareció a punto de objetar algo, pero entonces me miró de nuevo y su expresión se endureció.

-Lo que quieras, Jeb. Y... no..., no aceptaré ningún tipo de responsabilidades sobre esta cosa. Mátala si piensas que es lo mejor.

Yo me estremecí.

Jared puso cara de pocos amigos ante mi reacción, y después me dio la espalda bruscamente y se fue de la misma manera que se habían ido los otros. Jeb le observó marcharse. Aprovechando su distracción, me arrastré hasta mi agujero.

Escuché cómo Jeb se acomodaba lentamente en el suelo, al lado de la abertura. Suspiró y al desplazarse le crujieron las articulaciones. Después de unos minutos, comenzó a silbar en voz baja. Era una tonadilla alegre.

Me acurruqué sobre las rodillas dobladas, y apoyé la espalda contra la parte más resguardada de mi pequeña celda. Comencé a sentir una serie de estremecimientos en la parte más estrecha de la espalda que me recorrían de arriba abajo. También me temblaban las manos y los dientes me castañeteaban a pesar del calor húmedo.

-Quizá sea mejor que te tumbes e intentes dormir un poco -dijo Jeb, no sé si a mí o a sí mismo; no estaba segura-. Mañana tiene pinta de ser un día muy duro.

Los temblores cesaron después de un tiempo, al cabo de una media hora. Cuando se pasaron, me sentí exhausta. Decidí hacer caso del consejo de Jeb. Aunque el suelo me pareció algo más incómodo que antes, me quedé grogui en cuestión de segundos.

Me despertó el olor a comida. Esta vez me sentía aturdida y desorientada cuando abrí los ojos. Un sentido instintivo de pánico hizo que mis manos temblaran de nuevo antes de que hubiera recuperado por completo la conciencia.

En el suelo, a mi lado, encontré la misma bandeja del día anterior, con las mismas ofrendas. Podía tanto ver como escuchar a Jeb. Estaba sentado a la entrada de la cueva de perfil, mirando justo hacia delante a lo largo del extenso corredor circular y silbando suavemente.

Abrumada por una fuerte sed, me senté y cogí la botella abierta de agua.

-Es por la mañana -me indicó Jeb, y asintió en mi dirección.

Me quedé helada, con la botella en la mano, hasta que volvió la cabeza y comenzó a silbar otra vez.

En esta ocasión, al no sufrir una sed tan desesperada, noté el extraño regusto del agua. Era similar al aroma acre del aire, pero ligeramente más fuerte. El sabor se me quedó pegado a la lengua de forma inevitable.

Comí con rapidez, y esta vez me dejé la sopa para el final. Mi estómago reaccionó con más alegría, aceptado la comida ahora con mejor talante. Esta vez, mi estómago no emitió ningún ruido.

Sin embargo, mi cuerpo tenía otras necesidades, ahora que había saciado las más acuciantes. Miré alrededor de mi oscuro y estrecho agujero. No es que hubiera muchas cosas a la vista, y apenas podía contener el miedo que me daba pedir algo en voz alta, sobre todo a aquel Jeb, tan extraño como amigable.

Me mecía adelante y atrás, dándole vueltas al asunto. Me dolían las caderas de estar doblada debido a la forma combada de la cueva.

-Ejem -carraspeó Jeb.

Me estaba mirando de nuevo, y bajo el pelo blanco tenía el rostro de un color más oscuro de lo que era habitual

-Llevas ya mucho tiempo encerrada aquí -afirmó-. ¿Necesitas... salir? -Asentí-. No me importaría darme un paseo a mí tampoco. -Tenía la voz muy alegre.

Se puso de pie de un salto, con una agilidad sorprendente.

Gateé hasta el borde de mi agujero, mirándole con cautela.

-Te mostraré nuestro pequeño cuarto de baño -continuó-. Debo decirte que vamos a tener que atravesar nuestra especie de... plaza mayor, para que nos entendamos. No te preocupes. A estas alturas creo que todo el mundo habrá captado el mensaje. -Acarició el arma de forma inconsciente.

Yo intenté tragar. Tenía la vejiga tan llena que me dolía constantemente, y ya me era imposible ignorarla. Pero pasar frente a un enjambre de asesinos furiosos... ¿Acaso no podía simplemente traerme un cubo?

Él evaluó el pánico de mis ojos, observó el modo en que automáticamente me hundí de nuevo en el agujero y frunció los labios pensativo. Entonces se volvió y comenzó a caminar a lo largo del corredor oscuro.

-Sígueme -dijo sin mirar atrás ni comprobar si yo le obedecía.

Se produjo un vívido fogonazo en mi imaginación en el cual Kyle me encontraba sola en mi cubículo, y sin que pasara ni un segundo seguí a Jeb, tropezando torpemente a través de la abertura y después cojeando con

mis piernas rígidas tan rápido como pude hasta alcanzarlo. Era tan horrible como maravilloso estar de pie de nuevo, y sentí un dolor agudo, pero el alivio era aún mayor.

Iba muy cerca detrás de él cuando llegamos al final del corredor. La oscuridad se arqueaba sobre el alto óvalo roto de la salida. Dudé, mirando hacia atrás, hacia la pequeña lámpara que él había dejado en el suelo. Era la única luz en la oscura cueva. ¿Se suponía que debía llevarla conmigo?

Él escuchó cómo me detenía y se volvió para echar una ojeada a sus espaldas. Asentí en dirección a la luz y después volví a mirarle.

-Déjalo, conozco el camino. -Me ofreció su mano libre-. Te guiaré.

Miré fijamente la mano durante un buen rato, y después, sintiendo la urgencia de mi vejiga, lentamente coloqué la mía sobre su palma, sin apenas tocarle, como tocaría a una serpiente si me hubiera visto obligada a hacerlo por alguna razón.

Jeb me condujo a través de la oscuridad con pasos seguros y rápidos. Al largo túnel le seguían una serie de desconcertantes giros en direcciones opuestas. Después de que el camino girara en forma de uve, supe que estaba desorientada más allá de toda esperanza. Seguro que lo había hecho a propósito, y era el motivo por el cual había dejado atrás la lámpara. No querría que supiera mucho de cómo encontrar el camino por mí misma en ese dédalo.

Tenía curiosidad por saber cómo había llegado a construirse ese lugar, cómo lo había encontrado Jeb y cómo los otros habían terminado recalando allí; pero apreté los labios con firmeza. Me parecía que mi mejor opción en ese momento era mantenerme en silencio. No estaba segura de qué era lo que me esperaba. ¿Unos cuantos días más de vida? ¿El cese del dolor? ¿O es que había algo más? Todo cuanto sabía era que no me sentía preparada para morir, como le había dicho antes a Melanie. Mi instinto de supervivencia estaba casi tan desarrollado como el de un humano medio.

Dimos la vuelta a otra esquina y alcanzamos el primer rayo de luz. Delante había una alta y estrecha grieta que brillaba con luz procedente de otra habitación. La luminosidad no era artificial, como la pequeña lámpara de mi cueva. Era demasiado blanca y demasiado pura.

No podíamos cruzar juntos por la estrecha grieta, así que mi guía pasó primero, arrastrándome detrás, muy pegada a él. Una vez la atravesamos y pude ver de nuevo, aparté mi mano del férreo agarre de la de Jeb. Él no reaccionó de ninguna manera, excepto para volver su mano libre de nuevo hacia el arma.

Estábamos en un túnel corto, y una luz más brillante relumbró a través de una tosca entrada en forma de arco. Las paredes eran de la misma roca púrpura porosa.

Ahora podía oír unas voces bajas y desprovistas de esa nota de urgencia existente la última vez que había escuchado el barboteo de una multitud humana. Nadie nos esperaba hoy. Sólo podía imaginar la reacción que provocaría mi súbita aparición con Jeb. Se me pusieron las palmas de las manos frías y húmedas y mi respiración se convirtió en una sucesión de

jadeos entrecortados. Me incliné tanto como pude hacia donde estaba Jeb, pero sin rozarle.

-Tranquila -murmuró él sin volverse-. Ellos te temen a ti más que tú a ellos.

Yo lo dudaba. Además, aunque pudiera ser cierto de alguna manera, en el corazón humano el miedo se solía transformar en odio y violencia.

-No dejaré que nadie te haga daño -masculló Jeb mientras se acercaba a la arcada-. Además, será mejor que te acostumbres a esto.

Quería preguntarle qué quería decir con eso, pero en ese momento entramos en la habitación siguiente. Me arrastré tras él, apenas medio paso detrás, manteniéndome oculta por su cuerpo tanto como era posible. Lo único que podía pensar que sería peor que entrar en esa habitación era la posibilidad de caerme detrás de Jeb y encontrarme allí sola.

Nuestra entrada provocó un silencio repentino.

Estábamos de nuevo en aquella brillante caverna gigante, la primera en la que había entrado. ¿Cuánto tiempo hacía ya de eso? No tenía ni idea. El techo seguía siendo demasiado brillante para mí como para saber cómo estaba iluminado exactamente. No me había dado cuenta antes, pero las paredes carecían de oquedades, salvo por unas cuantas docenas de agujeros irregulares que daban a los túneles adyacentes. Algunas de las aberturas eran grandes, otras de un tamaño apenas suficiente para permitir que un hombre pasara por allí. Algunas eran grietas naturales-; otras, si no realizadas por la mano del hombre, al menos ensanchadas artificialmente.

Varias personas se nos quedaron mirando desde los huecos de aquellas grietas, paralizados en el acto de entrar o salir. La mayor parte de la gente estaba allí en el espacio abierto, con los cuerpos detenidos en la mitad del movimiento que hubieran comenzado en el momento que nuestra entrada los había interrumpido. Una mujer estaba doblada por la mitad, atándose los zapatos. El brazo inmóvil de un hombre colgaba en el aire, elevado para ilustrar alguna idea que estaba exponiendo a sus compañeros. Otro hombre oscilaba en el aire, cogido en equilibrio al pararse de repente. Su pie aterrizó con fuerza mientras luchaba por sostenerse y el golpe que produjo su caída fue el único sonido que se oyó en aquel vasto espacio. Se escuchó el eco en toda la habitación.

Era radicalmente incorrecto por mi parte sentirme agradecida a aquella odiosa arma que Jeb llevaba en las manos, pero así me sentía. Sabía que sin ella probablemente nos habrían atacado. Seguro que esos humanos no se habrían privado de herir a Jeb si de ese modo hubieran podido ponerme la mano encima. Aunque a pesar del arma todavía podían atacarnos, y mi guardián sólo podría dispararles de uno en uno...

Esa imagen en mi mente se había tornado tan espeluznante que apenas podía soportarla. Intenté concentrarme en mi situación inmediata, que ya era lo suficientemente mala de por sí.

Jeb se detuvo un momento y con el rifle pegado a su cintura apuntó hacia fuera. Lanzó una mirada circular que abarcó toda la habitación y pareció ir

mirando a cada persona de las que se encontraban en ese espacio una por una. Había allí menos de veinte personas, así que no le llevó mucho. Cuando quedó satisfecho de su escrutinio, se dirigió hacia la pared izquierda de la caverna. Con los latidos del corazón atronándome los oídos, seguí su sombra.

No caminó por medio de la cueva, sino que se mantuvo cerca de la pared curva. Me pregunté por qué seguía ese trayecto hasta que percibí un gran cuadrado de tierra más oscura que se elevaba en el centro del suelo, un espacio muy grande. Nadie lo ocupaba. Tenía demasiado miedo como para preguntarme nada más, así que me limité a registrar aquella anomalía y ni siquiera fui capaz de adivinar una explicación.

Se produjeron pequeños movimientos conforme dábamos la vuelta a la habitación silenciosa. La mujer inclinada se enderezó y giró el tronco para vigilarnos mientras avanzábamos. El hombre gesticulante plegó los brazos sobre el pecho. Todos los ojos parecían entrecerrados y los rostros rígidos y airados. Sin embargo, nadie se nos acercó ni despegó los labios. Fuera lo que fuese lo que Kyle y los otros les hubieran dicho a los demás en lo referente a una confrontación con Jeb, parecía haber surtido el efecto que éste esperaba.

Conforme atravesábamos el grupo de estatuas humanas, reconocí a Sharon y a Maggie observándonos desde la amplia boca de una entrada. Sus expresiones eran indiferentes y sus ojos fríos. No me miraron, sólo a Jeb, y él las ignoró.

Parecía que habían pasado años cuando finalmente llegamos a la parte opuesta de la caverna. Jeb se dirigió hacia una salida de tamaño intermedio que parecía oscura en contraste con la luminosidad de aquella estancia. Los ojos clavados en mi espalda hicieron que me escociera la piel de la cabeza, pero no me atreví a echar una ojeada hacia atrás. Los humanos continuaban en silencio, pero me preocupó que pudieran seguirnos. Sentí un enorme alivio cuando nos deslizamos hacia la oscuridad de otro nuevo pasadizo. La mano de mi guía me cogió del codo para dirigirme y no me alejé de él. El murmullo de las voces no se elevó tras nuestro paso.

-Ha ido mejor de lo que esperaba -murmuró Jeb mientras me conducía a través de la cueva.

Sus palabras me sorprendieron, y me alegré de no saber lo que él pensaba que podría haber ocurrido.

El suelo comenzó a descender bajo mis pies. Delante, una luz tenue me mantuvo a salvo de la oscuridad total.

-Te apuesto a que no has visto nada como este lugar. -La voz de Jeb se había elevado, pero enseguida volvió a emplear el mismo tono tranquilo que había usado antes-. Es impresionante, ¿a que sí? -Hizo un silencio por si yo respondía y después continuó-. Encontré este lugar en los años setenta. Bueno, más bien me encontró él a mí. Me caí por el techo de la habitación grande, y probablemente debería haberme matado del golpazo, pero tengo el pellejo demasiado duro cuando me conviene. Me llevó un tiempo encontrar una salida. Pasé tanta hambre que habría comido piedras cuando por fin logré salir.

»Yo era el único que quedaba entonces en el rancho, de modo que

no tenía a nadie a quien enseñárselo. Exploré cada rincón y cada grieta, y vi sus grandes posibilidades. Decidí que sería una buena carta que guardar en la manga, por si acaso. Así es como somos los Stryder, nos gusta estar preparados.

Pasamos por la luz tenue que venía de un agujero del tamaño de un puño en el techo, dejando un pequeño círculo brillante en el suelo. Cuando quedó a nuestras espaldas, pude ver otro punto de iluminación más adelante.

-Seguramente tienes curiosidad por saber cómo llegó a formarse esto. -Hizo otra pausa, más corta que la anterior-. Yo sí la tuve e hice una pequeña investigación. Todos estos corredores son conductos de lava, ¿qué te parece? Esto era un volcán; bueno, creo que aún lo es. Y no está del todo dormido, como verás dentro de poco. Todas estas cuevas y agujeros son burbujas de aire que quedaron capturadas en la lava cuando se enfriaba. Hemos tenido que trabajarlas un poquito a lo largo de las últimas décadas. Algunas de ellas fueron fáciles de conectar, solo se trataba de limpiar un poco. Otras necesitaron de un cierto esfuerzo imaginativo. ¿Has visto el techo de la habitación grande? Me llevó años conseguir que quedara así.

Ahora sí que quería hacerle preguntas, pero no conseguí pronunciar ni una sola palabra. «El silencio es más seguro», me dije a mí misma.

El suelo descendía ahora en un ángulo más inclinado. El terreno se interrumpía con grandes escalones, aunque parecían bastante firmes. Jeb me condujo por ellos con confianza. Mientras bajábamos más y más, la pendiente, el calor y la humedad fueron en aumento.

Me volví a poner rígida cuando escuché nuevamente el tumulto de voces, pero esta vez llegaba desde arriba. Jeb me palmeó la mano amablemente.

-Esto te va a gustar, es el sitio favorito de todo el mundo -me prometió.

Un arco amplio y abierto me deslumbró con sus luces cimbreadas. Era del mismo color que la habitación grande, puro y blanco, pero llameaba a un ritmo extraño, danzante. Como todo lo que me resultaba incomprensible en esa caverna, la luz me asustó.

-Ya hemos llegado -exclamó Jeb con entusiasmo, empujándome a través de la arcada-. ¿Qué te parece?

## Capítulo

# 17

## La visita

Lo primero que me golpeó fue el calor, similar a una muralla de vapor: un aire denso y húmedo me envolvió y me empapó la piel. Se me abrió automáticamente la boca mientras intentaba respirar en aquel aire que se había vuelto de pronto más espeso. El olor era ahora más fuerte y tenía ese regusto metálico que se pegaba a la garganta y que le daba ese sabor tan peculiar al agua.

El murmullo de voces bajas y altas parecía venir de todas partes, haciendo eco contra las paredes. Entrecerré los ojos con ansiedad para observar a través de aquella nube remolineante de humedad, intentando descubrir la procedencia de dichas voces. Había allí tanta luz que el techo devolvía un resplandor cegador, aunque a menos altura que en la habitación grande, e iluminaba el vapor creando una cortina reluciente que casi me cegaba. Luché por enfocar bien y me aferré a la mano de Jeb, aterrorizada.

Me sorprendió que nuestra entrada no hubiera causado ninguna reacción en aquel murmullo extrañamente fluido. Quizá se debía a que aún no nos habían visto.

-Es un poco pequeño -comentó Jeb en tono de excusa, abanicando el vapor frente a su rostro. Su voz sonaba relajada, en su habitual tono tranquilo, aunque lo suficientemente alta como para que me sobresaltara. Hablaba como si no tuviéramos a nadie alrededor y el barboteo continuó, indiferente a su voz-. No es que me queje -continuó él-. Habría muerto más de una vez desde el mismo primer día que me quedé atrapado aquí en las cuevas si este lugar no hubiera existido. Y ahora no podríamos tener ninguna intimidad sin él. Todos necesitamos un lugar donde escondernos, ¿no?

Me dio un codazo leve, en plan confidencial.

-Es muy conveniente tal y como está. No lo habría diseñado mejor si lo hubiera modelado yo mismo con plastilina.

Se echó a reír y su risa despejó parcialmente la neblina, con lo que pude ver la habitación por primera vez.



Dos regatos atravesaban aquel espacio húmedo cubierto por una alta cúpula. Ése era el origen de la cháchara que me había llenado los oídos, el gorgoteo del agua sobre la purpúrea roca volcánica. Jeb había hablado como si estuviéramos solos y realmente era como nos encontrábamos.

Era en realidad un solo río, y una corriente más pequeña, que estaba más cercana, un arroyuelo somero plateado por la luz que venía desde la pared más lejana, discurría por un pequeño canal de piedra en constante peligro de verse rebasado. Un murmullo femenino de altos tonos ronroneaba entre sus dulces ondas.

El gorgoteo bajo, como de tonos masculinos, procedía del río, como lo hacían las espesas nubes de vapor que se alzaban a través de los agujeros abiertos en la pared más lejana. El río era de color negro, e iba sumergido bajo el piso de la caverna, mostrándose en las aperturas que se abrían a lo largo de la habitación. Los agujeros parecían oscuros y peligrosos, con la corriente apenas visible mientras fluía con fuerza hacia un destino desconocido. El agua parecía hervir a fuego lento, tales eran el calor y el vapor que producía. Su sonido era como el del agua en ebullición.

Desde el techo colgaban unas cuantas estalactitas finas y largas que caían hacia las estalagmitas que se alzaban debajo. Tres de ellas se habían encontrado, formando delgados pilares negros entre las dos corrientes de agua.

-Ve con cuidado por aquí -comentó Jeb-. El agua caliente de este manantial lleva mucha fuerza. Como te caigas ahí, estás perdida. Ya ha ocurrido una vez.

Ladeó la cabeza recordando, con el rostro serio.

Los rápidos remolinos negros del río subterráneo me parecieron repentinamente horribles. Me imaginé a merced de aquella corriente abrasadora y me estremecí.

Jeb me puso la mano suavemente sobre el hombro.

-No te preocupes. Simplemente pon atención en dónde pisas y todo irá bien. Ahora -dijo mientras señalaba hacia el extremo más lejano de la caverna, donde la corriente más somera se introducía en la cueva oscura-, la primera gruta que tienes allí detrás es el baño. Hemos cavado el suelo para hacer un estupendo tubo bien profundo. Hay un horario para bañarse, y la intimidad no suele ser un problema, ya que está oscuro como el carbón ahí dentro. La habitación es cálida y encantadora y está muy cerca de la corriente, pero el agua no quema como en el manantial. Hay una cueva justo después de ésta, a través de una grieta. La hemos ampliado hasta alcanzar un buen tamaño. Esa habitación es lo más lejos que llega la corriente, porque a partir de allí se introduce bajo tierra. Por eso es por lo que usamos ese sitio como letrina. Es apropiado e higiénico. -Su voz había adquirido un tono complaciente, como si hubiera que otorgarle a él el mérito de lo que al fin y al cabo era simplemente una creación de la naturaleza. Bueno, había descubierto y mejorado el lugar, y supongo que eso justificaba algo del orgullo que sentía-. No nos gusta malgastar baterías, ya que la mayoría conocemos el lugar de memoria, pero como es tu primera vez, puedes encontrar el

camino con esto.

Jeb sacó una linterna del bolsillo y me la ofreció. En ese momento recordé cuando me encontró en el desierto medio muerta, porque me había alumbrado con ella y se había dado cuenta de lo que era yo. No sabía por qué ese recuerdo me ponía tan triste.

-No concibas ideas locas sobre si el río te puede llevar fuera de aquí ni nada parecido. Una vez que el agua desciende bajo tierra, ya no vuelve a emerger -me advirtió.

Como parecía esperar algún acuse de recibo de esa advertencia asentí una sola vez. Cogí la linterna lentamente de su mano, teniendo cuidado de no hacer movimientos bruscos que pudieran sobresaltarle. Teniendo en cuenta lo respetado que parecía ser dentro de esta comunidad oculta, era de suponer que Jeb era perfectamente capaz de defenderse si se sentía amenazado.

Me sonrió para darme ánimos.

Seguí sus instrucciones con rapidez y el sonido del agua corriente no hacía que mi incomodidad fuera fácil de soportar. Me resultaba extraño estar fuera de su vista. ¿Y qué ocurriría si había alguien encerrado en aquellas cuevas, suponiendo que hubiera ido allí por casualidad? ¿Escucharía Jeb la lucha por encima del rumor del agua?

Paseé la linterna por todo el baño, buscando algún signo de una emboscada. Las extrañas sombras fluctuantes que esto provocó no me resultaron tranquilizadoras, pero no encontré motivo para mis miedos. El tubo de Jeb tenía más el tamaño de una pequeña piscina, tan negra como la tinta. Bajo la superficie una persona podría ser invisible durante tanto tiempo como pudiera contener el aliento. Me apresuré a través de la estrecha grieta hacia la parte de atrás de la habitación para escapar de mis elucubraciones. Lejos de Jeb, me sentía casi abrumada por el pánico y no podía respirar con normalidad. Apenas podía oír nada debido al sonido que producían mis arterias latiendo detrás de mis orejas. Fui más corriendo que andando cuando rehíce el camino hacia la cueva donde se encontraban los ríos.

Allí volví a encontrarme con Jeb, que estaba todavía en la misma postura, solo, como un bálsamo para mis nervios destrozados. Se me fueron calmando tanto la respiración como los latidos. Cómo podía ser un consuelo para mí este humano loco era algo que escapaba a mi comprensión. Supuse que se debería a que atravesábamos lo que Melanie había llamado «tiempos desesperados».

-No está tan mal, ¿eh? -me preguntó exhibiendo una mueca orgullosa en el rostro.

Asentí una sola vez de nuevo y le devolví la linterna.

-Estas cuevas son un gran regalo -me contó mientras comenzábamos el camino de regreso hacia el oscuro pasaje-. No podríamos sobrevivir en un grupo tan grande si no fuera por ellas. A Magnolia y Sharon les iba realmente bien, sorprendentemente bien, allí en Chicago, pero al ser dos forzaron demasiado su suerte. Es una maravilla vivir de nuevo en comunidad. Hace que me sienta humano de verdad.

Me cogió del codo una vez más mientras subíamos las toscas escaleras.

-Siento mucho las... incomodidades del sitio donde te hemos metido, pero era el más seguro que se me ocurrió. Me sorprende que esos chicos te encontraran tan rápido. -Jeb suspiró-. Bueno, Kyle está... muy motivado, pero imagino que no tienen mala intención en el fondo. Y lo mejor que podrían hacer es acostumbrarse a la idea de cómo son las cosas ahora. Quizá podamos encontrarte algo más agradable dentro de un tiempo. Pensaré en ello... Mientras estés conmigo, por lo menos, no tienes por qué meterte en ese pequeño agujero. Puedes sentarte junto a mí en el pasillo si lo prefieres, aunque con Jared... -Su voz se desvaneció.

Escuché maravillada sus intentos de disculparse. Era mucha más amabilidad de la que hubiera podido esperar, y un trato más compasivo de lo que pensaba que sería capaz su especie de dar a un enemigo. Palmeé ligeramente, con indecisión, la mano que me sujetaba el codo, intentando transmitirle que le había comprendido y que no le causaría problemas. Estaba completamente segura de que Jared prefería tenerme fuera de su vista.

Jeb no tuvo ningún problema en comprender mi comunicación sin palabras.

-Eres una buena chica -me dijo-. Saldremos de ésta de alguna manera. Doc sería mejor que se concentrara en curar a los humanos. Tú eres mucho más interesante viva, según mi opinión.

Nuestros cuerpos estaban tan cerca que creo que percibió mi estremecimiento.

-No te preocupes. Doc no te va a molestar más.

No podía dejar de temblar, ya que Jeb sólo podía prometer algo en lo que se refería al momento presente. No había garantías de que Jared no decidiera que mi secreto era más importante que proteger el cuerpo de Melanie. Yo sabía que un destino como ése me haría desear que Ian hubiera tenido éxito la noche anterior. Tragué saliva, sintiendo los moretones que parecían alinearse por las paredes internas de la garganta hacia abajo.

«Nunca sabrás cuánto tiempo te queda en realidad», me había dicho Melanie hacía ya muchos días, cuando mi mundo aún estaba bajo control.

Sus palabras reverberaban en mi cabeza cuando entramos de nuevo en la gran habitación, la plaza principal de la comunidad humana de Jeb. Estaba llena, como la primera noche, y todo el mundo volvió a mirarnos con aquellos ojos llameantes de ira y llenos de sentimientos de traición cuando le miraban a él, y con la muerte pintada en ellos cuando me miraban a mí. Mantuve la mirada baja, fija en la roca que tenía bajo los pies. Pude ver por el rabillo del ojo que Jeb había empuñado su arma otra vez.

Era sólo cuestión de tiempo, la verdad. Podía sentirse en la atmósfera de odio y miedo circundante de la que Jeb no podría protegerme durante mucho tiempo.

Fue un verdadero alivio volver a pasar por aquella estrecha grieta para avanzar por el oscuro laberinto tortuoso hasta llegar a mi estrecho

escondrijo, donde, al menos, esperaba poder estar sola.

Detrás de mí escuché un furioso siseo haciendo eco en la caverna grande, como el de un nido de serpientes acosadas. El sonido me hizo desear que Jeb atravesara el laberinto a paso más vivo.

Se echó a reír entre dientes. Cuanto más tiempo pasaba con él más extraño me parecía. Su sentido del humor me confundía tanto como sus motivaciones.

-Algunas veces la vida aquí se hace un poco tediosa, ya sabes -me susurró, o quizá hablaba para sus adentros. Con Jeb era difícil saberlo-. Quizá cuando dejen de estar hasta la coronilla de mí se den cuenta de la cantidad de emociones intensas que les suministroo.

Nuestro camino continuó a través de la oscuridad, retorciéndose como una serpiente. Nada me era familiar, así que supuse que había escogido otra ruta distinta para confundirme. Ésta parecía más larga que la otra, pero al final pude ver la tenue luz azulada de la lámpara que brillaba al dar la vuelta a la siguiente curva.

Me preparé de nuevo, preguntándome si Jared estaría allí ya. Si era así, sabía que estaría enfadado. Estaba segura de que no le habría parecido bien que Jeb me llevara a explorar el lugar, sin importarle lo necesario que esto fuera.

Tan pronto como giramos la curva, pude ver una figura recostada contra el muro junto a la lámpara; proyectaba una larga sombra en nuestra dirección, aunque obviamente no era Jared. Mi mano se cerró alrededor del brazo de Jeb en un espasmo automático de miedo.

Y entonces fue cuando realmente miré hacia la figura que nos aguardaba. Era más pequeña que yo, razón por la que había sabido que no era Jared, y delgada. Pequeña, pero alta a la vez, y demasiado enjuta y nervuda. Incluso a la luz tenue de la lámpara azul, pude ver que tenía la piel teñida de un oscuro bronceado por el sol y que su sedoso pelo negro le caía ahora despeinado hasta la barbilla.

Se me doblaron las rodillas.

Busqué apoyo y tensé la mano que aferraba aterrorizada el brazo de Jeb.

-¡Vaya, caramba! -exclamó Jeb, abiertamente irritado-. ¿Es que nadie puede guardar un secreto en este lugar más de veinticuatro horas? ¡Maldita sea, me pone enfermo! ¡Qué hatajo de cotillas...! --y su voz se desvaneció en un gruñido.

Ni siquiera intenté entender las palabras que Jeb pronunciaba, porque estaba enzarzada en la peor batalla de mi vida, y de cualquier otra vida que hubiera vivido antes.

Sentía a Melanie en cada una de las células de mi cuerpo. Mis terminaciones nerviosas hormigueaban con el reconocimiento de su presencia familiar. Mis músculos se retorcieron en anticipación a sus deseos, mientras mis labios temblaban intentando abrirse. Me incliné hacia el chico del pasillo, porque aunque mis brazos no se movieron, sí lo hizo mi cuerpo.

Melanie había aprendido unas cuantas cosas de las pocas veces

en las que yo cedía o perdía el control, y ahora tuve que luchar intensamente con ella, con tanta fuerza que se me llenó la frente de sudor. Pero ahora no estaba moribunda en el desierto, ni débil, ni soñolienta, ni con la guardia baja debido a la aparición de alguien que hubiera dado por perdido. Sabía que este momento acabaría llegando. Mi cuerpo había resistido bien, se había curado con rapidez y yo me sentía igual de fuerte otra vez. Esa fuerza daba solidez a mi autocontrol, a mi determinación.

La hice salir de mis extremidades, la perseguí por cualquier sitio donde se le ocurrió esconderse y la empujé de nuevo hacia las zonas más interiores de mi mente, donde la encadené.

Su rendición fue repentina y total. « ¡Ah!», suspiró, y sonó casi como un gemido de dolor.

En el momento en que gané me sentí extrañamente culpable.

Ya sabía que para mí ella era mucho más que una anfitriona resistente que me hacía la vida innecesariamente difícil. Nos habíamos convertido en compañeras, incluso en confidentes, durante las últimas semanas que habíamos pasado juntas, desde el momento en que la buscadora nos había unido proporcionándonos un enemigo común. En el desierto, con el machete de Kyle amenazándome, me había sentido feliz de que, si tenía que morir, no ser yo la que matara a Melanie; aun en ese momento, ella era más que un cuerpo para mí; pero ahora parecía que era incluso algo más. Lamentaba causarle daño.

Sin embargo, era necesario, y ella no parecía darse cuenta de eso. Cualquier palabra que dijéramos podía malinterpretarse y cualquier acto poco reflexionado podría significar una rápida ejecución. Sus reacciones eran demasiado salvajes y emotivas. Nos metería en problemas.

«Debes confiar en mí ahora -le dije-. Simplemente estoy intentando mantenernos con vida. Ya sé que no quieres creer que tus humanos pueden hacernos daño... ».

«Pero es Jamie», susurró ella. Ella añoraba al chico con una emoción tan fuerte que hizo que mis rodillas se debilitaran de nuevo.

Intenté mirarle de forma imparcial y su huraño rostro de adolescente destacó contra la pared del túnel con sus brazos cruzados muy apretadamente contra el pecho y las manos convertidas en puños. Intenté verle como a un extraño y planeé mi respuesta o falta de ella en consecuencia. Lo intenté pero fallé. Era Jamie, estaba muy guapo, y mis brazos, los míos, no los de Melanie, ansiaban abrazarle. Se me llenaron los ojos de lágrimas que se deslizaron por mi cara. Sólo me quedaba esperar que fueran invisibles bajo aquella media luz.

-Jeb -dijo Jamie.

Sus ojos me repasaron una y otra vez mientras pronunciaba el brusco saludo.

¡Tenía una voz tan profunda! ¿De verdad era ya tan mayor? Me di cuenta con un doble pinchazo de culpabilidad de que me había perdido su decimocuarto cumpleaños. Melanie me había dicho la fecha y yo había comprobado que era el mismo día que había soñado por primera vez con

Jamie. Melanie había luchado con tanta fuerza durante todo el día para contener su pena y para nublar sus recuerdos a fin de proteger al chico que al final éstos habían terminado saliendo en un sueño. Y ese día fue cuando yo envié el correo electrónico a la buscadora.

Me estremecí incrédula al reconocer que había sido tan insensible.

-¿Qué andas haciendo por aquí? -le preguntó de forma exigente

Jeb.

-¿Por qué no me lo habéis dicho? -demandó Jamie en respuesta.

Jeb permaneció en silencio.

-¿Esto ha sido idea de Jared? -presionó Jamie.

Jeb suspiró.

-Vale, así que ya lo sabes. ¿Y eso qué tiene de bueno para ti, eh?

Nosotros sólo queríamos...

-¿Protegerme? -le interrumpió él, lleno de amargura. ¿Cuándo se había vuelto tan cínico? ¿Era por culpa mía? Claro que lo era.

Melanie comenzó a sollozar en mi cabeza. Era un sonido que me distraía, tan alto que hizo que las voces de Jeb y Jamie sonaran más lejanas.

-Estupendo, Jamie. Así que no necesitas protección. ¿Y qué es lo que quieres, entonces?

Esta rápida capitulación pareció echar para atrás a Jamie. Sus ojos saltaban del rostro de Jeb al mío, mientras luchaba para expresar su petición.

-Yo... quiero hablar con ella..., con la cosa -declaró finalmente. Su voz daba un tono más alto cuando estaba inseguro.

-No es que hable mucho -le contestó Jeb-, pero si quieres puedes intentarlo, chaval.

Jeb despegó mis dedos de su brazo. Cuando estuvo libre, volvió la espalda hacia la pared más cercana, se apoyó en ella y se dejó deslizar hacia abajo, hasta el suelo. Luego se acomodó allí, removiéndose hasta que encontró una posición cómoda. El arma se quedó equilibrada, acunada en su regazo. Colocó la cabeza apoyándola contra la pared y cerró los ojos. Parecía que se había quedado dormido en segundos.

Me quedé donde me había dejado, intentando apartar los ojos de la cara de Jamie sin lograrlo.

Jamie estaba sorprendido por lo fácilmente que Jeb había dado su conformidad. Observó al anciano recostado en el suelo con ojos dilatados de un modo que le daba un aspecto más joven. Después de observar durante unos minutos que Jeb permanecía totalmente quieto, Jamie volvió a mirarme y sus ojos se entrecerraron.

Me miró de un modo como enfadado, pero intentando mostrarse valiente y maduro con todas sus fuerzas, aunque se percibía a la vez el miedo y el dolor con toda claridad en sus ojos oscuros; Melanie comenzó a sollozar más fuerte, hasta que las rodillas me temblaron. Temiendo la posibilidad de otro colapso, preferí imitar a Jeb y me deslicé lentamente hacia la pared de enfrente, donde me acomodé en el suelo con las rodillas dobladas y me acurruqué sobre ellas, intentando convertirme en algo lo más pequeño posible.

Jamie me observó con ojos cautelosos y después dio cuatro pasos lentos en mi dirección, hasta quedarse de pie enfrente de mí. Su mirada a veces se dirigía a Jeb, que no se había movido ni abierto los ojos, y después se arrodilló a mi lado. La expresión de su rostro se intensificó, lo que le hizo parecer más adulto que en ningún momento anterior. Mi corazón sufrió por el hombre triste que se asomaba al rostro de aquel chiquillo.

-Tú no eres Melanie -dijo en voz baja.

Era muy difícil no responderle, porque era yo la que quería hablar. Pero en vez de eso, después de un breve instante de indecisión, negué con la cabeza.

-Tú ocupas su cuerpo, ¿no?

Hizo otra pausa y asentí.

-¿Qué le ha ocurrido a tu..., a su rostro?

Me encogí de hombros. No sabía qué aspecto tenía mi cara, pero podía imaginarlo.

-¿Quién te hizo esto? -insistió. Con un dedo indeciso, casi tocó uno de los lados de mi cuello. Me quedé quieta, sin sentir ninguna necesidad de retirarme del contacto de su mano.

-La tía Maggie, Jared e Ian -listó Jeb con voz aburrida.

Ambos dimos un respingo al oír su voz. Jeb no se había movido y tenía los ojos aún cerrados. Parecía tan en paz consigo mismo, como si hubiera contestado a la pregunta de Jamie entre sueños.

Jamie esperó un momento, y después se volvió hacia mí con la misma expresión intensa.

-Tú no eres Melanie, pero conoces todos sus recuerdos, ¿verdad?

Asentí de nuevo.

-¿Sabes quién soy?

Intenté tragarme las palabras, pero se deslizaron fuera de mis labios:

-Eres Jamie. -No pude evitar que mi voz se demorara en torno a su nombre como una caricia.

Él pestañeó, sorprendido de que hubiera roto mi silencio. Después asintió.

-Está bien -respondió susurrando.

Ambos miramos a Jeb, que continuaba inmóvil, y otra vez volvimos a mirarnos el uno al otro.

-¿Recuerdas qué fue lo que le pasó? -me preguntó.

Hice un gesto de dolor y asentí lentamente de nuevo.

-Quiero saberlo -murmuró.

Yo negué con la cabeza.

-Quiero saberlo -insistió Jamie. Le temblaban los labios-. No soy un niño. Cuéntamelo.

-No es... agradable. -Suspiré, incapaz de detenerme.

Era muy difícil negarle al chico lo que quería.

Sus negras cejas rectas se elevaron a la vez hasta juntarse sobre sus grandes ojos.

-Por favor -murmuró.

Le eché una ojeada a Jeb. Pensé que quizá estaba observando con atención entre sus pestañas, pero no podía estar segura.

Mi voz sonó suavemente:

-Alguien la vio en un lugar de la zona prohibida y se dio cuenta de que había algo raro, de modo que llamó a los buscadores. -Él se estremeció al oír ese nombre-. Ellos intentaron que se rindiera, pero ella huyó y saltó por el hueco de un ascensor cuando se vio acorralada.

Me encogí ante el doloroso recuerdo, y el rostro de Jamie palideció bajo su bronceado.

-¿No murió? -susurró.

-No. Tenemos sanadores muy capacitados que la curaron rápidamente. Entonces me pusieron en su interior. Esperaban que fuera capaz de contarles cómo había podido sobrevivir tanto tiempo.

No quería decir demasiado, así que cerré la boca. Jamie no pareció notarlo, pero los ojos de Jeb se abrieron lentamente y se fijaron en mi rostro. No se movió ninguna otra parte en él, y Jamie no percibió el cambio.

-¿Por qué no la dejasteis morir? -me preguntó. Tuvo que tragar con fuerza, ya que los sollozos le atenazaban la garganta. Y esto fue lo más doloroso de escuchar, porque no era el sonido que hace un niño asustado ante lo desconocido, sino la agonía que deriva de la comprensión completa de un adulto. Me resultó muy duro no alargar la mano y apoyarla sobre su mejilla. Quería abrazarlo y suplicarle que no estuviera triste. Apreté los puños e intenté concentrarme en su pregunta. Los ojos de Jeb iban desde mis manos a mi rostro una y otra vez.

-Yo no tuve nada que ver con esa decisión -murmuré-. Estaba en un tanque de hibernación en el espacio profundo cuando eso ocurrió.

Jamie pestañeó sorprendido. No esperaba esa respuesta, y pude ver cómo luchaba con alguna nueva emoción. Le eché una mirada a Jeb, que tenía los ojos brillantes de curiosidad.

La misma curiosidad, aunque teñida de cautela, le ganó la mano a Jamie.

-¿De dónde vienes tú? -preguntó.

Contra su voluntad, me sonrió.

-De muy lejos. De otro planeta.

-¿Y cuál es...? --comenzó a preguntar, pero fue interrumpido por otra pregunta.

-¿Qué demonios? -nos gritó Jared, invadido por la furia mientras aparecía por la esquina al final del túnel-. ¡Maldita sea, Jeb! Acordamos no...

Jamie se puso en pie de un salto.

-Jeb no me ha traído hasta aquí, pero tú si tendrías que haberlo hecho.

Jeb suspiró y se levantó lentamente; mientras lo hacía, el rifle se deslizó de su regazo y cayó al suelo. Se detuvo a escasos centímetros de donde yo me encontraba, y me aparté, incómoda.

Jared tuvo una reacción diferente. Se lanzó hacia donde yo estaba,



cruzando todo el pasillo en apenas unas cuantas zancadas a la carrera. Yo me encogí pegándome a la pared y me cubrí la cara con los brazos. Asomándome por encima del codo, le observé levantar el arma del suelo.

-¿Estás intentando que nos maten a todos? -casi le gritó a Jeb, y arrojó el rifle al pecho del anciano.

-Tranquilízate, Jared -replicó Jeb con voz cansada. Cogió el arma con una sola mano-. Ella no tocaría esto ni aunque se lo dejara aquí al lado toda la noche. ¿Es que no te das cuenta? -Me señaló con el cañón y yo me aparté-. Ella no es una buscadora.

-¡Cállate, Jeb, simplemente cállate!

-¡Déjale en paz! -gritó Jamie-. No ha hecho nada malo.

-¡Tú -respondió Jared gritando mientras se volvía hacia la figura enfadada y esbelta- vete de aquí ahora mismo o ayúdame!

Jamie apretó los puños y los levantó, preparándose para defender su decisión.

Jared alzó los puños también.

Me quedé paralizada por el horror. ¿Cómo podían gritarse el uno al otro de esa manera? Eran familia, y los lazos entre ellos eran más fuertes que cualquier otro lazo de sangre. Jared no golpearía a Jamie, ¡no podía hacerlo! Yo quería hacer algo, pero no sabía qué. Cualquier cosa que atrajera su atención hacia mí sólo conseguiría enfadarles más.

Por una vez Melanie conservó mejor la calma que yo. «No puede hacerle daño a Jamie -pensó confiada-. No es posible».

Les miré enfrentados como si fueran enemigos y me dio un ataque de pánico.

«Nunca deberíamos haber venido, mira qué infelices les hemos hecho», gemí para mis adentros.

-No deberías haberme guardado esto en secreto -repuso Jamie entre dientes-, y no deberías haberle hecho daño a ella. -Abrió una de sus manos y la alzó para señalar mi rostro.

Jared escupió en el suelo.

-Esa cosa no es Melanie. Ella no va a volver nunca, Jamie.

-Es su rostro -insistió Jamie-. Y su cuello. ¿Es que esos moretones no te hacen sentirte mal?

Jared dejó caer las manos. Cerró los ojos y respiró profundamente.

-Puedes irte por tu propio pie, Jamie, y concederme algo de tranquilidad, o haré que te marches a la fuerza. No es un farol. Ya no puedo aguantar más, ¿vale? Estoy al límite. Así que ¿podríamos tener esta conversación más tarde? -Abrió los ojos de nuevo, y los tenía llenos de pena.

Jamie le miró y la ira fue desvaneciéndose lentamente de su rostro.

-Lo siento -masculló después de un momento-. Me iré, pero no te prometo que no vaya a regresar.

-No puedo pensar en eso ahora. Vete. Por favor.

Jamie se encogió de hombros. Arrojó otra mirada penetrante en mi dirección y después se marchó, con su paso largo y rápido, que me dolió por todo el tiempo que habíamos perdido.

Jared miró a Jeb.  
-Tú también -le dijo con voz cansada. Jeb puso los ojos en blanco.  
-No creo que hayas podido descansar lo suficiente, siendo sincero.  
Mantendré un ojo abierto...  
-Vete.  
Él frunció el ceño pensativo.  
-Vale. Como quieras. -y comenzó a alejarse por el pasillo.  
-¿Jeb? -le llamó Jared.  
-¿Sí?  
-Si te pidiera que le disparases ahora mismo, ¿lo harías?  
Jeb continuó andando despacio, sin mirarnos, pero sus palabras fueron claras:  
-Tendría que hacerlo, si sigo mis propias reglas. Así que no me lo pidas, salvo que quieras hacerlo realmente.  
Jeb desapareció por un recodo oscuro.  
Jared le observó marcharse. Antes de que pudiera volver su mirada iracunda sobre mí, me introduje en mi incómodo santuario y me acurruqué al fondo.

## Capítulo 18

### Aburrida

Me pasé el resto del día en silencio con una pequeña excepción.  
La excepción fue cuando Jeb nos trajo comida a ambos, a Jared y a mí, varias horas más tarde. Me sonrió en tono de disculpa cuando puso la bandeja en la pequeña entrada de mi cueva.  
-Gracias -susurré.  
-De nada -me dijo.  
Escuché gruñir a Jared, irritado por ese pequeño intercambio verbal.  
Ése fue el único sonido que hizo Jared en todo el día.

Estaba segura de que estaba allí fuera, pero no pude oír ni siquiera un suspiro que confirmara esa convicción.

Había sido un día muy largo, muy agobiante y aburrido. Intenté todas las posturas que pude imaginar, pero apenas pude apañarme en algún momento para conseguir estirarme y ponerme algo cómoda. Sentía un dolor punzante en la parte más estrecha de mi espalda.

Melanie y yo pensamos mucho en Jamie. Básicamente nos preocupaba que nuestra venida le hubiera hecho sufrir y aún siguiéramos causándole daño. ¿Qué era eso en comparación con mantener una promesa? El tiempo perdió significado. Podría haber sido el crepúsculo o el amanecer, allí no tenía referencias, enterrada como estaba en la tierra. A Melanie y a mí se nos acabaron los temas de discusión. Vagamos con apatía de los recuerdos de la una a los de la otra, como si estuviéramos cambiando canales de televisión sin pararnos a mirar ninguno en particular. Me eché una cabezadita una vez, pero no podía quedarme profundamente dormida porque estaba demasiado incómoda.

Cuando Jeb regresó finalmente, me dieron ganas de besar su rostro curtido. Se asomó dentro de mi guarida con una sonrisa estirándole las mejillas.

-¿Tienes tiempo para dar otro paseo? -me preguntó.

Asentí con rapidez.

-Yo lo haré -gruñó Jared-. Dame el arma.

Dudé, agachada incómodamente al borde de mi cueva, hasta que Jeb asintió en mi dirección.

-Ve delante -me dijo él.

Salté fuera, rígida e inestable, y me cogí a la mano que Jeb me ofrecía para equilibrarme. Jared hizo un sonido de asco y volvió el rostro. Tenía el arma cogida con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos sobre el cañón. No me gustaba verle con eso en la mano. Me alteraba mucho más que cuando lo llevaba Jeb.

Jared no tuvo conmigo la consideración que había mostrado antes Jeb. Caminó a grandes zancadas por el túnel negro sin hacer ni una pausa para que pudiera seguirle.

Se me hizo duro, porque no hacía ruido alguno y no me guiaba, por lo que tuve que caminar con una mano enfrente del rostro y la otra en la pared, intentando no darme de bruces con la roca. Me caí dos veces por culpa de la desigualdad del terreno. Aunque no me ayudaba, al menos se esperaba hasta que oía que estaba de pie de nuevo, preparada para caminar. Una vez, al apresurarme a través de una sección más recta del túnel, me acerqué demasiado y la mano que tanteaba topó con su espalda y recorrió la forma de sus hombros antes de que me diera cuenta de que no era otra pared. Él dio un salto, apartándose de mis dedos con un siseo airado.

-Lo siento -murmuré, sintiendo que me ruborizaba en la oscuridad.

Él no contestó, pero aceleró el paso de modo que seguirle se hizo mucho más difícil.

Estaba muy confundida cuando finalmente apareció algo de luz

delante de mi. ¿Habíamos tomado una ruta diferente? Ésta no era la brillantez de la caverna más grande. Era mate, pálida y plateada. Sin embargo aquella estrecha grieta por la que habíamos pasado me parecía la misma. No me di cuenta de en qué consistía la diferencia hasta que no estuvimos debajo del gigantesco espacio lleno de ecos.

Era de noche; la luz que brillaba tenuemente desde arriba tenía un aspecto más parecido a la luz de la luna que a la del sol. Aproveché que esta iluminación era menos cegadora para examinar el techo en un intento de descubrir cuál era su secreto. Era alto, muy por encima de mi cabeza, y allí cien lunas pequeñas enviaban su luminosidad diluida al distante suelo en penumbra. Las pequeñas lunas estaban dispersas en grupos sin un patrón establecido, algunas más lejos que otras. Moví la cabeza de un lado a otro: aunque ahora podía mirarlas directamente, no lograba comprenderlo.

-Vamos -me ordenó Jared con voz enfadada.

Me estremecí y me apresuré a seguirle. Me sentía mal por haber dejado de prestarle atención. Pude ver cuánto le irritaba tener que dirigirme la palabra.

No esperaba que me concediera la ayuda de una linterna cuando llegamos a la habitación de los ríos, y así fue. Estaba también muy poco iluminada, como la cueva grande, pero aquí sólo había veinte extrañas lunas en miniatura. Jared apretó la mandíbula y se quedó mirando al techo mientras yo caminaba indecisa por la habitación con la piscina del color de la tinta. Supuse que si tropezaba, me caería en aquel rápido manantial subterráneo y desaparecería, y Jared probablemente lo vería como una oportuna intervención del destino.

«Pienso que le entristecería -me contrarió Melanie, mientras yo buscaba un camino alrededor del baño sujetándome a la pared-. Si nos cayéramos».

«Lo dudo. Le recordaría el dolor de haberte perdido la primera vez, pero sería feliz si yo desaparezo».

«Porque él no te conoce», respondió Melanie con otro susurro, y después se desvaneció, como si de repente hubiera perdido todas sus fuerzas.

Yo me quedé allí quieta, sorprendida. No estaba segura, pero me sentí como si Melanie me hubiera hecho un cumplido.

-En marcha -ladró Jared desde la otra habitación.

Me apresuré tanto como me dejaron el miedo y la oscuridad.

Cuando regresamos, Jeb estaba esperando bajo la lámpara azul. A sus pies había dos cilindros desiguales y dos rectángulos dispares. No los había visto antes. Tal vez había ido a por ellos mientras estábamos fuera.

-¿Duermo yo aquí esta noche o lo haces tú? -le preguntó Jeb a Jared en un tono despreocupado.

Jared miró las cosas que estaban a los pies de Jeb.

-Yo -contestó con cortesía-, pero sólo necesito un saco de dormir.

Jeb puso mala cara y luego alzó una gruesa ceja.

-Esta cosa no es una de nosotros, Jeb. Has dejado esto en mis

manos, así que lárgate.

-Tampoco es un animal, chaval. Y ni siquiera tratarías a un perro de esta manera.

Jared no contestó, pero apretó los dientes.

-Nunca pensé que fueras un hombre cruel-insistió Jeb con suavidad. Pero cogió uno de los cilindros, pasó el brazo por uno de sus asideros y se lo colgó del hombro. Después se puso uno de los rectángulos, una almohada, debajo del brazo.

-Lo siento, cielo -dijo cuando pasó a mi lado, palmeándome el hombro.

-¡Oh, basta ya! -gruñó Jared.

Jeb se encogió de hombros y se fue andando tranquilamente. Antes de que hubiera desaparecido, me metí corriendo dentro de mi celda, escondiéndome en el rincón más oscuro que pude encontrar, convirtiéndome en el bulto más pequeño que pude, esperando que de este modo se me viera lo menos posible.

En vez de arrastrarse discreta y silenciosamente hacia el túnel exterior, Jared extendió su saco de dormir justo enfrente de la entrada de mi prisión. Ahuecó su almohada unas cuantas veces, posiblemente intentando refregarme que tenía una. Se tumbó en la esterilla y cruzó los brazos sobre el pecho. Ése era el trozo que podía ver de él desde el agujero, sólo sus brazos cruzados y la mitad de su estómago.

Tenía la piel del mismo color dorado oscuro que había hechizado mis sueños durante la última mitad del año. Era muy extraño tener apenas a metro y medio de distancia una parte de mis sueños convertida en sólida realidad. Era algo surrealista.

-No podrás escaparte a hurtadillas pasando por encima de mí -me advirtió con brusquedad. Su voz sonaba más baja que antes, casi soñolienta-o si lo intentas... -bostezó te mataré.

No respondí. La advertencia me golpeó igual que si fuera un insulto. ¿Por qué iba a intentar escabullirme? ¿Adónde iba a ir? ¿En dirección a las manos de aquellos bárbaros que me esperaban allí fuera, todos ellos deseando justo que hiciera precisamente ese estúpido intento? O, suponiendo que pudiera realmente escaparme de algún modo con disimulo, ¿iba a regresar al desierto, donde casi me había achicharrado hasta la muerte la Última vez que había intentado cruzarlo? Me pregunté qué me creía capaz de hacer. Qué clase de plan pensaba él que estaba pergeñando para destrozarse su pequeño mundo. ¿Acaso pensaba de verdad que tenía tanto poder? ¿Es que no estaba claro lo patéticamente indefensa que me encontraba?

Supe cuándo estuvo profundamente dormido porque comenzó a retorcerse del modo que Melanie recordaba que solía hacer. Sólo dormía tan inquieto cuando estaba alterado. Vi cómo sus dedos se abrían y cerraban, y me pregunté si estaba soñando con tenerlos alrededor de mi cuello.

Los días que siguieron, quizá una semana o así, ya que era imposible llevar la cuenta, fueron muy tranquilos. Jared era como un muro silencioso entre mi persona y el resto del mundo, fuera bueno o malo. No

había ningún sonido salvo el de mi propia respiración, el de mis propios movimientos. No había ninguna imagen salvo la de la cueva oscura que me rodeaba, el círculo de luz mate, la bandeja de todos los días con la misma ración, las escasas, fugaces visiones robadas de Jared. No había ningún otro contacto con mi piel, salvo el de las rocas picudas, ni otro sabor a nada, salvo el del agua amarga, el pan duro, la sopa blanda, las raíces duras, y todo una y otra vez.

Era una combinación muy extraña: un terror constante, una incomodidad física dolorida y persistente, y una insoportable monotonía. Lo más difícil de sobrellevar de todo era el aburrimiento mortal. Mi prisión era una cámara de privación de sensaciones.

A ambas, tanto a Melanie como a mí, nos preocupaba la posibilidad de terminar volviéndonos locas.

«Ambas oímos una voz dentro de nuestra cabeza -señaló ella-. Eso nunca es un buen síntoma».

«Se nos va a olvidar cómo se habla -me preocupaba yo-. ¿Cuánto hace que alguien nos dirigió la palabra por última vez?».

«Hace cuatro días le diste las gracias a Jeb por traernos la comida y te dijo que de nada. Bueno, creo que fue hace cuatro días, o al menos hemos dormido después cuatro veces. -Pareció suspirar-. Deja de morderte las uñas, me costó un montón de años quitarme ese hábito».

Pero aquellas largas uñas ásperas me molestaban.

«No creo que tenga que preocuparnos el adquirir malos hábitos a largo plazo».

Jared no permitió que Jeb nos volviera a traer comida. En vez de eso, alguien la llevaba al final del pasillo y Jared nos la acercaba. Siempre lo mismo: pan, sopa y hortalizas, dos raciones al día. Algunas veces había algunos extras para Jared, comida empaquetada con marcas que yo reconocí: Red Vines, Snickers, Pop-Tarts. Intenté imaginarme cómo habían conseguido los humanos hacerse con esa clase de manjares.

Sabía que él no las iba a compartir conmigo, claro que no, pero a veces me preguntaba si pensaría que era lo que yo estaba esperando. Uno de mis entretenimientos consistía en escucharle mientras se comía sus pequeños lujos, porque siempre lo hacía de forma ostentosa, restregándomelo del mismo modo que había hecho con la almohada el primer día.

Una vez, Jared abrió una bolsa de Cheetos de manera ostensible, como era habitual, y el rico olor del falso queso en polvo se extendió por toda la cueva... delicioso, irresistible. Se comió uno con lentitud, dejándome escuchar cada matiz del crujido.

Mi estómago comenzó a gruñir audiblemente, y yo me reí de mí misma. ¡Hacía tanto que no me reía! Intenté recordar la última vez que lo había hecho y no pude, salvo aquel extraño brote de histeria macabra en el desierto, que realmente no contaba como risa. Incluso antes de venir aquí, tampoco es que me lo hubiera pasado demasiado bien.

Pero aquello me pareció risible por algún motivo, ese estómago

mío anhelando los Cheetos, así que volví a reírme otra vez. Seguramente no era más que un síntoma de locura.

No sé por qué le ofendió mi reacción, pero se levantó y desapareció. Después de un buen rato, le pude escuchar comiéndose los Cheetos otra vez, pero más lejos. Me asomé fuera del agujero y vi que estaba sentado en las sombras al final del corredor, dándome la espalda. Metí la cabeza dentro otra vez, aterrorizada de que pudiera volverse y pillarme observándole. De ahí en adelante, se quedaba en aquel extremo del pasillo todo lo que podía. Hasta que no llegaba la noche no se tumbaba delante de mi celda.

Me llevaba a la habitación de los ríos dos veces al día - o cada noche, porque no lo hacía cuando todos los demás estaban fuera-; a pesar del terror, era todo un acontecimiento, ya que era el único momento en que no estaba encorvada en las posturas antinaturales que me obligaba a adoptar mi pequeña cueva. Cada vez que tenía que arrastrarme para meterme dentro era peor que la anterior.

Aquella semana vinieron tres veces a visitarnos, siempre durante las horas de sueño.

La primera vez fue Kyle.

El repentino salto que dio Jared para ponerse en pie me despertó.

-Vete de aquí -advirtió empuñando el arma.

-Sólo estaba comprobando -dijo Kyle.

Su voz sonaba lejana, pero alta y lo suficientemente ruda como para que yo estuviera segura de que no era su hermano-. Puede que algún día no estés aquí. O puede que algún día estés dormido profundamente.

La única respuesta de Jared fue amartillar el arma. Escuché la risa de Kyle siguiendo la estela de sus pasos mientras se marchaba.

Las otras dos veces no supe quién era. Quizá otra vez Kyle, o Ian, o a lo mejor alguien cuyo nombre no conocía. Todo lo que supe fue que Jared me despertó dos veces más al ponerse en pie de un salto con el rifle apuntado hacia el intruso. No se dijeron más palabras. El que fuera que estaba «sólo comprobando» no se molestó en entablar ninguna conversación. Cuando se fueron, Jared se volvió a dormir con rapidez. A mí me costó mucho más trabajo aquietar los latidos de mi corazón.

La cuarta vez fue algo distinto.

No estaba aún dormida cuando Jared se despertó rodando sobre su cuerpo. Con un movimiento fluido, se incorporó y se quedó sentado con el arma en las manos y una maldición en la boca.

-Tranquilo -murmuró una voz en la distancia-, vengo en son de paz.

-Sea lo que sea lo que quieras venderme, no voy a comprar -gruñó Jared.

-Sólo quiero hablar. -La voz se acercó-. Estás aquí enterrado perdiéndote discusiones muy importantes... Echamos de menos tu punto de vista sobre muchos asuntos.

-Estoy seguro -comentó Jared, sarcástico.

-Oh, baja el rifle. Si estuviera planeando luchar contra ti, esta vez

habría venido con cuatro chicos.

Se hizo un silencio corto, y cuando Jared habló de nuevo su voz iba teñida de un cierto matiz de humor negro.

-¿Qué tal está tu hermano ahora? -inquirió.

Jared parecía disfrutar con la pregunta. Le relajaba gastar bromas a su visitante. Se acomodó apoyándose mejor contra la pared, con ademán tranquilo pero con el arma aún lista.

Me dolía el cuello como si comprendiera que las manos que lo habían aferrado y llenado de moratones estaban allí cerca.

-Todavía cabreado con su nariz -dijo Ian-. Oh, bueno..., no es la primera vez que se la parten. Le conté que me habías dicho que lo sentías.

-Pues no lo siento.

-Lo sé. Nadie lamenta darle una tunda a Kyle.

Se rieron en voz baja juntos. Había un cierto sentido de camaradería en aquella risa que parecía extrañamente fuera de lugar, pues Jared todavía enarbolaba un rifle que apuntaba contra Ian. Pero, aun así, los lazos que se habían creado en aquel lugar desesperado debían de ser muy sólidos, forjados con algo más fuerte que el agua.

Ian se sentó en la esterilla al lado de Jared. Podía ver la silueta de su perfil, una forma oscura contra la luz azul. Noté que su nariz era perfecta, recta, aquilina, la clase de nariz que se ve en las imágenes de esculturas famosas. ¿Quería eso decir que los demás le encontraban más soportable que al hermano cuya nariz se partía con tanta facilidad? ¿O tal vez que era mejor esquivando?

-Bueno, ¿y qué es lo que quieres, Ian? Supongo que no una disculpa por lo de Kyle.

-¿Te lo ha dicho Jeb?

-No sé de qué me estás hablando.

-Han abandonado la búsqueda. Incluso los buscadores.

Jared no hizo ningún comentario, pero pude sentir la repentina tensión en el ambiente.

-Estamos manteniendo algo de vigilancia por si se produce algún cambio, pero nunca han parecido excesivamente ansiosos. La búsqueda no ha salido del área donde abandonaron el coche y durante los últimos días estaban buscando más un cuerpo que un superviviente. Hace unas dos noches tuvimos la suerte de cara. La partida de búsqueda dejó algo de basura por ahí y una manada de coyotes atacó su campamento base. Uno de ellos regresaba más tarde y sorprendió a los animales. Los coyotes atacaron y arrastraron al buscador más de cien metros hacia el desierto antes de que el resto oyera sus gritos y fuera en su ayuda. Los otros buscadores estaban armados, claro. Asustaron a los coyotes con facilidad, y la víctima no terminó seriamente herida, pero el asunto parece haberles despejado cualquier duda que tuvieran sobre lo que le pudo pasar a nuestra huésped.

Me pregunté cómo podían espiar a los buscadores que iban tras de mí, cómo se enterarían con tanto detalle de sus movimientos. Me sentí extrañamente vulnerable ante esa certeza. No me gustó la imagen que se



formó en mi cabeza: humanos invisibles vigilando a las almas, a las que tanto odiaban. El pensamiento hizo que se me pusiera la carne de gallina.

-Así que recogieron el campamento y se fueron. Los buscadores abandonaron el rastreo y todos los voluntarios se marcharon a casa. Nadie busca ya a esta cosa. -Su perfil se volvió hacia mí, y yo me encogí, con la esperanza de que al estar tan oscuro no pudiera verme allí, ya que, como me ocurría con su rostro, él apenas podría distinguir un bulto oscuro-. Me imagino que declararán oficialmente muerta a la cosa, si es que ellos hacen eso igual que nosotros. Jeb ha estado diciendo: «Os lo dije» a cualquiera que se ha quedado el tiempo suficiente para escucharle.

Jared masculló algo incoherente, y yo sólo capté el nombre de Jeb. Entonces respiró profunda y lentamente y comentó:

-Muy bien. Entonces supongo que este asunto se ha acabado.

-Eso es lo que parece. -Ian dudó durante un momento y entonces añadió:- A menos que... Bueno, probablemente no es nada.

Jared se puso tenso de nuevo, no le gustaba que pusieran su inteligencia a prueba.

-Sigue.

-Nadie salvo Kyle piensa en el tema, y ya sabes cómo es Kyle.

Jared asintió con un gruñido.

-Tú tienes un instinto inmejorable para esta clase de temas, así que me gustaría conocer tu opinión. Por eso es por lo que he venido, arriesgando mi vida para infiltrarme en el área restringida -comentó con sequedad, y después su voz se volvió profundamente seria:- Ya ves, está esa cosa..., una buscadora, no hay duda, porque lleva una Glock.

Me llevó un segundo comprender la palabra que había usado. No era una que fuera habitual en el vocabulario de Melanie. Cuando comprendí que estaba hablando de un tipo de arma, el nostálgico tono lleno de envidia que se percibía en su voz me hizo sentirme un poco mal.

-Kyle fue el primero en darse cuenta de la forma en que se lo tomó. No parecía ser importante entre los demás, y desde luego no forma parte del grupo que toma las decisiones. Oh, eso sí, no paraba de sugerir esto y aquello, por lo que pudimos ver, pero nadie pareció escucharla. ¡Cuánto deseábamos haber oído lo que estaba diciendo...!

La piel me hormigueó de pura ansiedad.

-De cualquier modo -continuó Ian-, cuando terminaron la búsqueda no estaba nada contenta con la decisión. Ya sabes que los parásitos son muy... encantadores. Y eso fue de lo más extraño, lo más cerca que los he visto nunca de mantener una discusión. No una fuerte, porque nadie se enfrentó, pero la que no estaba nada contenta parecía como si quisiera discutir con ellos. Sin embargo, el grupo cabeza de los buscadores la ignoró y ahora se han ido todos.

-¿Y qué hizo la descontenta? -inquirió Jared.

-Cogió un coche, condujo hasta medio camino de Phoenix y después regresó a Tucson. Desde allí volvió a coger el coche en dirección al oeste.

-Todavía rastreando...

-O muy confundida. Paró en la tienda de veinticuatro horas que hay al lado del pico. Estuvo charlando con el parásito que trabaja allí, aunque ya habían hablado con él antes.

-Hum -gruñó Jared. Ahora estaba interesado, concentrado en la resolución del rompecabezas.

-Después se fue en plan de excursión hasta el pico, la estúpida cosita esa. Tuvo que quemarse viva, vestida de negro de pies a cabeza como iba.

Un espasmo me recorrió entera, haciendo que me apretara más contra la roca. Mis manos se elevaron instintivamente para protegerme la cara. Escuché un siseo a través de aquel pequeño espacio, y sólo después de que se desvaneció comprendí que había sido yo.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Ian en tono alarmado. Miré a través de mis dedos y vi sus rostros asomados dentro del agujero mirándome. El rostro de Ian estaba a oscuras, pero parte del de Jared estaba iluminado, sus rasgos duros como la piedra.

Quería quedarme quieta, ser invisible, pero temblores que no podía controlar me recorrían violentamente la columna vertebral.

Jared desapareció y volvió con la lámpara en las manos.

-Mírale los ojos -murmuró Ian-, está asustada.

Podía ver ahora los rostros de ambos, pero sólo miré a Jared. Su mirada estaba completamente fija en mí, con expresión calculadora. Supuse que estaba repasando todo lo que Ian había dicho, buscando qué era lo que había provocado mi reacción.

Mi cuerpo no podía dejar de temblar. «Nunca se rendirá», gimió Melanie.

«Lo sé, lo sé», respondí yo gimiendo.

¿Cuándo se había convertido nuestro rechazo en miedo? El estómago se me había llenado de nudos y sentía arcadas. ¿Por qué no podía darme por muerta como habían hecho todos los demás? Cuando estuviera muerta de verdad, ¿seguiría persiguiéndome?

-¿Quién es la buscadora vestida de negro? -ladró Jared súbitamente en mi dirección.

Me temblaron los labios, pero no contesté. El silencio era más seguro.

-Sé que puedes hablar -gruñó Jared-, lo has hecho con Jamie y con Jeb. Y ahora vas a hablar conmigo.

Trepó hasta la entrada de la cueva y resopló sorprendido de que la entrada fuera tan angosta. El techo tan bajo le obligó a arrodillarse, y eso no le puso de buen humor. Pude ver que hubiera preferido estar de pie delante de mí.

No tenía ningún sitio al que huir. Ya me había apretujado contra la esquina más profunda. En la cueva apenas había espacio para los dos y podía sentir su aliento sobre mi piel.

-Cuéntame todo lo que sepas -me ordenó.



## Capítulo 19

### Abandonada

-Quién es esa buscadora vestida de negro? ¿Por qué no abandona la caza? -bramó Jared de forma ensordecedora.

Sus palabras resonaron de tal modo que parecían venir de todas partes. Me escondí detrás de las manos y me preparé para recibir el primer golpe.

-Eh, Jared -murmuró lan-. Quizá deberías dejarme a mi...

-¡Vete de ahí!

La voz de lan sonó más cerca, y las rocas chirriaron cuando intentó seguir a Jared en un espacio tan pequeño que ya estaba suficientemente lleno.

-¿Es que no ves que está demasiado asustada para hablar? Déjala respirar un segundo...

Oí que algo arañaba el suelo cuando Jared se movió, y después un golpe sordo. lan maldijo. Miré entre los dedos hasta comprobar que lan no era ya visible, y Jared me dio la espalda.

lan escupió y gruñó.

-Ya es la segunda vez -gruñó, y comprendí que lan había recibido el golpe.

-Pues estoy preparado para ir a por el tercero -masculló Jared mientras sostenía en la mano la lámpara con la que había pegado a lan

Sin embargo, se revolvió contra mí, trayendo con él la fuente de luz, por lo que la cueva parecía casi demasiado brillante después de tanta oscuridad. Jared me habló de nuevo, examinando mi rostro bajo la nueva iluminación, convirtiendo cada palabra en una frase:

-Quién. Es. La. Buscadora.

Dejé caer las manos y clavé los ojos en sus pupilas despiadadas. Me molestó que alguien más sufriera por mi silencio, incluso aunque fuera alguien que había tratado de matarme. Se suponía que la tortura no

funcionaba de ese modo.

La expresión de Jared flaqueó mientras me miraba.

-No quiero hacerte daño -aseguró tranquilamente, no tan seguro de sí mismo-, pero debo conocer la respuesta a mi pregunta.

No era la pregunta adecuada ni había en juego ningún secreto que yo quisiera proteger.

-Habla -insistió él, con los ojos apretados por la frustración y una infelicidad profunda.

¿Era yo una auténtica cobarde? Había preferido creer que sí, que mi miedo al dolor era más fuerte que cualquier otra cosa. En cambio, la verdadera razón por la que abrí la boca fue mucho más patética: quería complacerle, a ese hombre que me odiaba tan fieramente.

-Es la buscadora... -comencé, con la voz ruda y ronca.

No había hablado durante mucho tiempo.

Él me interrumpió, impaciente:

-Ya sabemos que es una buscadora.

-No, no es una buscadora cualquiera -susurré-, es mi buscadora.

-¿Qué quieres decir con eso de que es tu buscadora?

-Está asignada a mí, me sigue. Ella es el motivo...

Me detuve justo antes de decir la palabra que podría significar nuestra muerte, justo antes de decir «nosotras». La verdad última que él vería como última mentira pensaría que yo quería jugar con sus deseos más íntimos, su más profundo dolor. Nunca creería posible que su deseo se hiciera realidad. Sólo vería a una embustera peligrosa mirándole a través del cuerpo de la persona amada.

-¿El motivo? -me insistió.

-La razón de que huyera -suspiré-. La razón por la que vine aquí.

Esto no era enteramente verdad, pero tampoco una mentira por completo.

Jared se quedó mirándome con la boca medio abierta mientras intentaba procesar lo que le había dicho. Por el rabillo del ojo pude ver que él me miraba a través del agujero, con sus vivaces ojos azules dilatados por la sorpresa. Tenía sangre coagulada en los labios pálidos.

-¿Huiste de la buscadora? ¡Pero si eres una de ellos!

-Jared luchaba por recobrar la compostura y retomar el hilo del interrogatorio-. ¿Por qué te persigue? ¿Qué pretende?

Realicé una respiración profunda que sonó alta, de una manera poco natural.

-Ella te busca a ti. A ti y a Jamie.

Su expresión se endureció.

-¿Y estás intentando traerla aquí?

Negué con la cabeza.

-Yo no... Yo...

¿Cómo podía explicarlo? Nunca aceptaría la verdad.

-¿Tú qué?

-Yo... no quería contárselo. No me cae bien.

Él pestañeó, confundido de nuevo.

-Pero ¿no estáis todos obligados a gustaros unos a otros?

-Eso se supone -admití, ruborizada por la culpabilidad.

-¿A quién les has hablado de este sitio? -preguntó Ian desde detrás de Jared. Éste reaccionó a la interrupción poniendo cara de pocos amigos, pero siguió mirándome.

-No podía contárselo a nadie, yo no sabía... Vi las líneas del álbum de fotos, eso es todo. Las vi y se las dibujé a la buscadora..., pero ellos no saben ubicarlas. Ella sigue pensando que es un mapa de carreteras.

Tuve la impresión de que no iba a ser capaz de mantener la boca cerrada, por lo que me esforcé en hablar más despacio a fin de prevenir un posible desliz.

-¿Quieres decir que no sabías lo que eran? Sin embargo, tú estás aquí. -La mano de Jared se dobló hacia mí, pero la dejó caer antes de salvar la pequeña distancia.

-Yo..., yo tenía problemas con mis..., con los..., con sus recuerdos. No entendía... No podía acceder a todo. Había muros por todas partes. Ése fue el motivo por el que me la asignaron, porque creían que yo sería capaz de acceder a los demás.

Aquello era demasiado, demasiado, así que me mordí la lengua.

Ian y Jared intercambiaron una mirada. Nunca habían escuchado nada parecido antes. No confiaban en mí, pero querían creer desesperadamente que era posible. Lo deseaban con tanta fuerza que eso les hacía sentir miedo.

La voz de Jared me fustigó con una dureza repentina.

-¿Conseguiste acceder a mi cabaña?

-No por mucho tiempo.

-Y entonces se lo contaste a la buscadora.

-No.

-¿No? ¿Por qué no?

-Porque... ya no quería contárselo cuando al fin logré recordarlo.

Los ojos de Ian se quedaron abiertos, fijos con una mirada helada.

La voz de Jared cambió, y se volvió más suave, casi tierna, y esto era mucho más peligroso que los gritos.

-¿Por qué no quisiste revelárselo?

Apreté la mandíbula. Esto no era el secreto, pero, aun así, me había sonsacado un secreto. En ese momento mi determinación para refrenar la lengua tenía menos que ver con el instinto de preservación que con una estúpida y mezquina clase de orgullo: no albergaba la menor intención de admitir que amaba al hombre que me despreciaba.

Él observó el desafío cincelado en mi semblante y pareció comprender lo mucho que le iba a llevar obtener una respuesta, por lo que decidió posponer esa cuestión, quizá para volver a ella más adelante. Era posible que la dejara para el final, en caso de que yo no fuera capaz de contestar a ninguna pregunta más una vez que hubiera acabado conmigo.

-¿Y por qué no eres capaz de acceder a todo? ¿Es eso normal?

Esta cuestión era también muy peligrosa, razón por la cual solté una auténtica mentira por primera vez, a pesar de haber llegado tan lejos.

-Ella cayó desde muy alto y el cuerpo resultó muy dañado.

No se me daba bien mentir, así que el embuste quedó al descubierto. Jared e Ian reaccionaron ambos a la nota de falsedad. Jared inclinó la cabeza hacia un lado, Ian alzó una de sus cejas negras como la tinta.

-¿Por qué esa buscadora no abandona el rastreo como los demás?  
-inquirió Ian.

De pronto me sentí completamente agotada. Sabía que podían seguir así toda la noche, que sin duda lo harían y que en algún momento cometería un error si continuaba contestando. Me dejé caer contra la pared y cerré los ojos.

-No lo sé -susurré-. Ella no se parece a las demás almas, es... una pesada.

Ian se echó a reír sorprendido.

-Y tú..., ¿acaso te pareces tú a las otras... almas? -inquirió Jared.

Cansada, abrí los ojos y le miré durante un buen rato. «Qué pregunta más estúpida», dije para mis adentros; luego, cerré los ojos con fuerza, escondí la cabeza entre mis rodillas y me cubrí la cabeza con los brazos.

Hasta Jared comprendió que yo había terminado de hablar, o tal vez también su propio cuerpo se quejaba de la incomodidad de un espacio tan reducido. Gruñó unas cuantas veces mientras se marchaba, deslizándose por la abertura de mi cueva y llevándose la lámpara con él. Después gruñó en voz baja mientras estiraba los músculos.

-Esto ha sido algo inesperado -susurró Ian.

-No era más que una sarta de mentiras -le replicó Jared, también en voz baja.

Apenas logré entender sus palabras. Ellos probablemente no eran conscientes de que el sonido hacía eco y llegaba hasta mí.

-Lo único que ocurre es que... no logro imaginarme qué pretende hacernos creer ni adónde quiere llevarnos.

-No creo que esté mintiendo. Bueno, salvo una vez. ¿Te has dado cuenta?

-Todo forma parte de un numerito.

-Jared, ¿te has encontrado alguna vez con un parásito capaz de mentir acerca de nada? Excepto un buscador, claro.

-Que es lo que será ella.

-¿Lo dices en serio?

-Es la explicación más lógica.

-Ella... es lo más opuesto a una buscadora que he visto en mi vida. Si cualquier buscador hubiera tenido la más remota sospecha de cómo encontrarnos, la verdad es que habría venido con un ejército.

-Y no habrían encontrado nada, pero ella está aquí, ¿no?

-Casi hemos matado a media docena.

-Sin embargo ella aún sigue viva, ¿a que sí?

Se quedaron callados durante un buen rato, tanto que comencé a pensar en deshacer la bola apretada en la que me había convertido, aunque no quería hacer ningún ruido para tumbarme. Deseé que Ian se marchara para poder dormir, pero me quedé hecha polvo cuando se pasó el efecto de la adrenalina.

-Creo que voy a hablar con Jeb -susurró al final Ian.

-Oh, qué gran idea. -La voz de Jared sonó sarcástica.

-¿Te acuerdas de aquella primera noche, cuando se interpuso de un salto entre Kyle y tú? Eso fue muy extraño.

-Simplemente estaba buscando una manera de seguir viva, de escapar...

-¿Dándole a Kyle la oportunidad de despachar a..., bueno, a esa cosa? ¡Menudo plan!

-Pues le funcionó.

-Lo que funcionó fue el arma de Jeb. ¿Es que ella sabía que iba a llegar en ese momento?

-Estás dándole demasiadas vueltas a esto, Ian. Es lo que esa cosa quiere.

-No creo que tengas razón. No sé por qué, pero no creo que quiera que pensemos en ella por ningún motivo. -Escuché cómo Ian se ponía en pie. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? -masculló entre dientes, dejando su voz a la altura del más leve de los murmullos.

-¿Qué?

-Me siento culpable..., culpable como un demonio... al ver cómo huía de nosotros. Igual que cuando veo esas marcas oscuras en su cuello.

-Puedes tomártelo como quieras. -La réplica de Jared sonó repentinamente turbada-. No es humana. No lo olvides.

-¿Insinúas que no siente dolor sólo porque no sea humana? -preguntó Ian con una voz que se desvanecía en la distancia-. ¿Quiere eso decir que no se siente sencillamente como una mujer a la que han golpeado..., a la que hemos golpeado?

-Contrólate un poco -siseó Jared.

-Fíjate un poco en lo tienes al lado, Jared.

El interpelado no se relajó hasta que no pasó mucho rato después de la marcha de Ian. Paseó por delante de la cueva de un lado para otro durante cierto tiempo, y después se sentó en la esterilla impidiendo el paso de la luz, y masculló de forma incomprensible para sus adentros. Dejé de esperar que se durmiera y me estiré cuanto pude en aquel suelo en forma de cuenco. Él dio un respingo cuando hice ruido al moverme, y después continuó susurrando para sí mismo.

-¿Culpable? -gruñó en tono mordaz-. Deja eso para él. Igual que Jeb, como Jamie. Esto no puede continuar así. Es una estupidez dejar que esa cosa siga viviendo.

Se me erizó el vello de los brazos, pero intenté hacer caso omiso de dicha reacción, ya que nunca jamás tendría un momento de paz si me



daba un ataque de pánico cada vez que le rondaba la idea de matarme. Me apoyé sobre mi estómago para doblar la columna en otra dirección y él se sobresaltó de nuevo, y después se quedó en silencio. Estaba segura de que aún seguía rumiando cuando finalmente me deslicé hacia el sueño.

Cuando me desperté, Jared estaba sentado en la esterilla donde podía verle, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza recostada sobre un puño.

Me sentía como si no hubiera dormido más de una hora o dos, pero estaba demasiado dolorida como para intentar conciliar el sueño otra vez. En vez de eso, me preocupé por la visita de Ian, inquieta porque Jared se esforzaría aún más en tenerme recluida después de la extraña reacción de aquél. ¿Por qué no habría mantenido la boca cerrada con aquello de sentirse culpable? Para empezar, ¿por qué andaba por ahí estrangulando gente si sabía que luego se iba a sentir culpable? Melanie también estaba irritada con Ian, y nerviosa por el resultado que cabría esperar de sus escrupulos.

Nuestras preocupaciones se vieron interrumpidas apenas unos cuantos minutos más tarde.

-Sólo soy yo -escuché que decía Jeb-, no te vayas a poner como un loco.

Jared amartilló el rifle.

-Vale, sigue y dispárame, chaval. Venga. -El sonido de la voz de Jeb se iba acercando con cada palabra.

Jared suspiró y bajó el arma.

-Por favor, vete.

-He de hablar contigo -replicó Jeb enojado mientras se sentaba enfrente de Jared-. ¡Eh, hola! -exclamó en mi dirección, saludando con la cabeza.

-Ya sabes cómo odio que hagas eso -masculló Jared.

-Sí, así es.

-Ian me contó lo de los buscadores...

-Ya lo sé. Acabo de hablar con él hace un momento.

-Magnífico. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

-No es lo que yo quiera. Es una necesidad general. Estamos escasos ya de casi todo. Hemos de montar una expedición completa de reabastecimiento.

-Oh -murmuró Jared, porque para ese tema no estaba preparado. Después de una pausa corta, añadió-: Envía a Kyle.

-Vale -respondió Jeb con naturalidad, y apoyó los brazos contra la pared para levantarse de nuevo.

Jared suspiró. Parecía que su sugerencia era en realidad un farol. Se echó para atrás en el momento en que el anciano la aceptó.

-No, Kyle, no. Es demasiado...

Jeb soltó una risita.

-Casi se mete en un buen follón la última vez que fue solo, ¿a que

sí? No es alguien que se piense mucho lo que hace, no... ¿Ilan, entonces?

-Él quizá se lo piensa demasiado.

-¿Brandt?

-No se le dan bien las expediciones largas. Dentro de unas cuantas semanas estará muerto de pánico. Además, cometes errores.

-Vale, pues ya me dirás entonces quién.

Los segundos pasaron y escuché cómo Jared aspiraba bruscamente de vez en cuando, cada vez que iba a contestar a Jeb, pero después exhalaba sin decir nada.

-¿Qué tal si van juntos Kyle e Ilan? -preguntó Jeb-. Quizá puedan compensarse el uno al otro.

Jared gruñó.

-¿Como la última vez? Vale, vale, sé que tengo que ir yo.

-Eres el mejor -admitió Jeb-. Cambiaste nuestras vidas cuando llegaste aquí.

Melanie y yo asentimos para nuestros adentros, ya que eso no nos sorprendía nada a ninguna de las dos.

«Es la magia de Jared. Jamie y yo estuvimos completamente a salvo mientras nos guiaba su instinto, ni siquiera estuvimos cerca de ser capturados. Si hubiera ido Jared a Chicago, estoy segura de que se hubiera olido la trampa».

Jared me señaló con el hombro.

- ¿Y qué hacemos...?

-Le echaré un ojo cuando pueda. Espero que te lleves a Kyle, porque eso ayudaría.

-No será suficiente, ella no durará mucho aunque no esté Kyle y tú le echas un ojo de vez en cuando.

Jeb se encogió de hombros.

-Haré lo posible. Es cuanto está en mi mano.

Jared comenzó a mecer lentamente la cabeza atrás y adelante.

-¿Cuánto tiempo vas a estar aquí abajo? -le preguntó Jeb.

-No lo sé -susurró Jared.

Se hizo un largo silencio. Después de unos cuantos minutos Jeb comenzó a silbar muy bajito sin una melodía reconocible.

Al fin, Jared expulsó un largo chorro de aire, aunque yo no me había cuenta de que había retenido la respiración.

-Me iré esta noche.

Había hablado con lentitud. Las palabras estaban lastradas por una considerable carga de resignación, y también de alivio. Su voz había cambiado ligeramente, y parecía menos a la defensiva. Daba la impresión de que volvía por sus fueros, como si volviera a ser el mismo que antes de que yo apareciera por allí. Se estaba desprendiendo de una responsabilidad, sacudiéndosela de los hombros y asumiendo otra que, desde luego, aceptaba de mucho mejor grado.

Estaba rindiéndose en lo que se refería a mantenerme con vida, dejando que la naturaleza, o más bien la justicia de la turba, siguiera su curso.

Cuando regresara, si yo estaba muerta no responsabilizaría a nadie. No lo lamentaría. Eso fue todo lo que pude interpretar en esas cuatro palabras.

Conocía la exagerada expresión que los humanos aplicaban a la pena cuando hablaban de un «corazón roto». Melanie recordaba haber utilizado esa expresión aplicada a sí misma, pero yo siempre había pensado que era una hipérbole, una descripción convencional de algo que no tenía ninguna relación con lo físico, como cuando decimos que tenemos mano con las plantas. Así que podía esperar sentir dolor en el pecho. También la náusea, sí, la inflamación de la garganta, sí, y sí de nuevo a las lágrimas ardientes en mis ojos, pero ¿qué era esa sensación de desgarrar bajo mis costillas? No tenía lógica.

Y no era únicamente el desgarrar, sino también la convulsión y la sensación de algo que tira en todas direcciones. Porque también el corazón de Melanie se estaba rompiendo, y era una sensación paralela, como si me hubiera crecido otro órgano para compensar el de nuestras conciencias gemelas. Un corazón doble para una mente doble. Y un dolor doble también.

«Se marcha -sollozaba ella-. No le volveremos a ver nunca más». No mencionó que eso supondría que moriríamos.

Yo deseaba llorar con ella, pero alguien tenía que mantener la cabeza fría. Me mordí la mano para contener los gemidos.

-Probablemente eso sea lo mejor -repuso Jeb.

-Tengo que organizar unas cuantas cosas. -La mente de Jared estaba ya lejos, muy lejos de aquel pasillo claustrofóbico.

-Me haré cargo de esto entonces. Que vaya bien la expedición.

-Gracias. Ya nos veremos cuando sea, Jeb.

-Eso espero.

Jared le devolvió el rifle a Jeb, se puso en pie y se sacudió con ademán ausente el polvo de la ropa. Después se fue, apresurándose a lo largo del corredor con su familiar paso rápido, y la mente ya en otras cosas. Ni una sola mirada en mi dirección, ni un pensamiento más dedicado a mi destino.

El sonido de sus pasos se alejó poco a poco hasta que al final se apagó. Entonces olvidé la presencia de Jeb, apreté el rostro contra las manos y me eché a llorar.

## Capítulo 20

### Liberada

Jeb me dejó llorar sin interrupciones. No hizo comentario alguno mientras continuaron los resoplidos posteriores. Sólo habló cuando me quedé completamente en silencio durante más o menos media hora.

-¿Estás despierta?

No respondí. Estaba más que acostumbrada al silencio.

-¿Quieres salir aquí fuera y estirar los músculos? -me ofreció-. Me duele la espalda sólo de pensar en ese estúpido agujero.

Curiosamente, pese a mi semana de silencio enloquecedor, no estaba con ánimo para tener compañía, pero ésa era una oferta que no podía rehusar. Antes de que pudiera pensarlo siquiera, mis manos me impulsaban a través de la salida.

Jeb estaba sentado con las piernas cruzadas en la esterilla.

Espié cada una de sus reacciones mientras estiraba los brazos y las piernas y desentumecía los hombros, pero tenía los ojos cerrados. Parecía dormido, como cuando me visitó Jamie.

¿Cuánto tiempo hacía desde que había visto a Jamie? ¿Y dónde estaba él ahora? Mi corazón ya dolorido sintió una nueva sacudida.

-¿Te sientes mejor? -me preguntó Jeb, abriendo los ojos.

Me encogí de hombros.

-Todo va a salir bien ¿sabes? -Jeb exhibió una sonrisa amplia que le ocupó casi toda la cara-. Todo eso que le he dicho a Jared..., bueno, no diría que le he mentado exactamente, porque es todo verdad si lo miras desde cierto punto de vista, pero desde otro no es tanto la verdad como lo que él necesitaba escuchar.

Simplemente, me quedé mirándole. No entendía ni una palabra.

-Mira, Jared necesitaba acabar con esto. No contigo, chiquilla -añadió rápidamente-, sino con la situación. Cuando se vaya podrá ver este

asunto con más perspectiva.

Me pregunté cómo sabía exactamente qué frases y palabras me llegarían y, más que eso, ¿por qué se preocupaba Jeb de si sus palabras me iban a hacer daño o no, o de si la espalda me pinchaba y me dolía? Su amabilidad me atemorizaba por sí misma, ya que era incomprensible. Al menos los actos de Jared tenían sentido. Los intentos de asesinato de Kyle e Ian, el entusiasmo animoso del doctor por hacerme daño, todos esos comportamientos eran lógicos. Pero no la amabilidad. ¿Qué quería Jeb de mí?

-No estés tan cabizbaja -me animó Jeb-. Este espacio donde estás habitualmente lo usamos como almacén. Ahora, cuando Jared y los chicos regresen, vamos a tener que buscar algún lugar para colocar todos los artículos que se traigan a casa. Así que será mejor que te busquemos otro lugar. Quizá algo un poco más grande, ¿no? -Sonrió de nuevo mientras hacía oscilar la zanahoria delante de mí-. ¿Y que tenga una cama?

Estaba segura de que a continuación me confesaría que estaba de broma.

En vez de eso, aquellos ojos suyos del color de los vaqueros lavados se convirtieron en algo muy, muy dulce, y algo en esa expresión devolvió el nudo de nuevo a mi garganta.

-No tienes por qué volverte a meter en ese agujero, cariño. La peor parte ya ha pasado.

Descubrí que no había razones para dudar de la mirada que había en su rostro. Oculté la cara entre las manos y lloré por segunda vez en una hora.

Él se puso en pie y me dio una serie de torpes palmaditas en el hombro. Las lágrimas no parecían ser de su agrado.

-Venga, venga -murmuró entre dientes.

Me controlé con más rapidez esta vez. Me limpié los ojos llorosos y le sonreí con timidez, hasta que asintió en señal de aprobación.

-Ésta es mi chica -me dijo palmeándome la espalda de nuevo-. Ahora debemos pasar el rato hasta que estemos seguros de que Jared se ha ido realmente. -Sonrió con picardía-. ¡Así que divirtámonos un poco!

Caí en la cuenta de que su idea de la diversión tendría que consistir en cualquier cosa relacionada con los enfrentamientos armados, y se me debió de notar en el semblante, porque se echó a reír al ver mi expresión.

-No te preocupes. Será mejor que intentes descansar un poco mientras esperamos. Seguro a que ahora hasta esta fina esterilla te va a parecer estupenda.

Desplacé la mirada de su rostro a la esterilla y volví a mirarle a los ojos.

-Venga -me instó-, tienes toda la pinta de necesitar un buen sueño. Yo te vigilaré.

Nuevamente emocionada, con los ojos lagrimosos, me dejé caer sobre la colchoneta y apoyé la cabeza en la almohada. Por poco cómoda que fuera, me parecía el cielo. Me estiré todo lo larga que era, con las manos

señalando las puntas de los dedos de los pies e intentando alcanzarlos con los dedos de la mano. Me crujieron las articulaciones y después me dejé caer sobre el colchón. Era casi como si la colchoneta me abrazara y con ello borrara todos los puntos doloridos de mi cuerpo. Suspiré.

-Verte así hace que me sienta mejor -murmuró Jeb-. Saber que alguien sufre bajo tu propio techo es como una pústula que no te puedes rascar.

Jeb se acomodó en el suelo a un par de metros y comenzó a tararear en voz muy baja. Yo me quedé dormida antes de que terminara el primer compás de la canción.

Cuando me desperté, supe que había estado durmiendo profundamente durante muchas horas, el lapso de sueño más largo del que había disfrutado sin dolor ni interrupciones terroríficas desde que había llegado a aquel lugar. Me habría sentido la mar de bien si no fuera porque despertar en aquella almohada me recordaba la ausencia de Jared. Todavía olía a él, y muy bien, no como yo.

«De regreso a nuestros sueños», suspiró Melanie, desesperanzada.

Yo recordaba el mío muy vagamente, pero sabía que aparecería Jared, como era habitual cuando podía deslizarme en un sueño profundo.

-Buenos días, chiquilla -saludó Jeb con voz alegre.

Alcé los párpados para mirarle. ¿Había estado sentado apoyado en esa pared toda la noche? No parecía cansado, pero repentinamente me sentí culpable por haber monopolizado el lugar más cómodo.

-Los chicos ya se han marchado -exclamó entusiasmado-. ¿Qué tal si nos damos una vuelta?

Acarició con gesto inconsciente el rifle que llevaba colgado al hombro mientras yo le miraba incrédula, con los ojos abiertos como platos. ¿Darnos una vuelta?

-Ahora no te me pongas blandengue, que nadie va a molestarte. Y necesitas poder desenvolverte para ir por ahí cuando haga falta.

Me tendió una mano para ayudarme a levantarme.

La acepté automáticamente, y la cabeza me daba vueltas mientras intentaba procesar lo que me estaba diciendo. ¿Es que iba a necesitar encontrar el camino por mi cuenta? ¿Por qué? ¿Y a qué se refería con «cuando haga falta»? ¿Cuánto tiempo esperaba que durara?

Me empujó hasta ponerme de pie y me llevó hacia delante.

Había olvidado lo fácil que resultaba desplazarse por los túneles oscuros con ayuda de una mano. Apenas necesité concentrarme para avanzar.

-Déjame pensar... -murmuró Jeb-. Quizá debamos probar primero el ala izquierda. Vamos a buscar un lugar decente para ti, después las cocinas...

Continuó planeando el recorrido de su visita sin parar siquiera cuando atravesamos la estrecha grieta abierta en el túnel iluminado que conducía a la habitación grande y alumbrada. Se me secó la boca en cuanto

nos llegó el sonido de las voces. Jeb siguió charlando, bien porque no percibió mi terror, bien porque decidió ignorarlo.

-Te apuesto a que las zanahorias deben de haber salido ya hoy - me estaba diciendo mientras me conducía hacia la plaza mayor. La luz me cegó y no podía ver quién estaba allí, aunque podía sentir sus ojos sobre mí. El silencio repentino era tan ominoso como siempre.

-Aquí está -se respondió Jeb a sí mismo-. Siempre pienso que es realmente precioso. Una encantadora primavera verde como ésta es una delicia para los ojos.

Se detuvo y con las manos extendidas me invitó a mirar.

Bizqueé en la dirección hacia la que él gesticulaba, pero mis ojos no pudieron evitar vagabundear alrededor de la habitación mientras conseguía enfocar. Me llevó un momento, pero entonces vi a qué se estaba refiriendo. También vi que debía de haber por allí al menos quince personas, todas ellas observándome con miradas hostiles. Sin embargo, estaban ocupadas con otras cosas.

El amplio cuadrado oscuro que ocupaba el centro de la gran caverna ya no estaba tan oscuro. La mitad de él florecía con un verde primaveral, justo como había dicho Jeb. Era hermoso y sorprendente.

Con razón nunca había nadie en ese lugar: era un jardín.

-¿Zanahorias? -susurré.

-Son las que están verdeando ahora -me contestó él en un volumen de voz normal-. La otra mitad son espinacas, que saldrán en unos cuantos días.

La gente en la caverna había vuelto al trabajo, todavía mirándome de vez en cuando, pero concentrándose principalmente en sus quehaceres. Sus acciones eran bastante fáciles de comprender una vez que reconocías el jardín, y también se entendía la presencia de aquel gran tonel sobre ruedas y de las mangueras.

-¿Están regando?

-Así es. El suelo se seca rápidamente con este calor.

Asentí en señal de acuerdo. Supuse que era temprano todavía, pero ya estaba sudando. El calor que desprendía aquella intensa irradiación que había sobre nuestras cabezas era sofocante en las cuevas. Intenté examinar el techo de nuevo, pero estaba demasiado brillante para poder mirar.

Tiré de la manga de Jeb y bizqueé en dirección a la luz cegadora.

-¿Cómo?

Jeb sonrió, y pareció encantado con mi curiosidad.

-Del mismo modo que lo hacen los magos: con espejos, chiquilla. Cientos de ellos. Me costó lo mío irlos trayendo todos. Y es estupendo tener por aquí manos extra cuando hace falta limpiarlos. Mira, sólo hay cuatro pequeñas aberturas en este techo y eso no bastaba para lo que tenía en mente. ¿Qué te parece?

Eché los hombros hacia atrás, orgulloso de nuevo.

-Brillante -murmuré-. Alucinante.

Jeb sonrió y asintió, disfrutando de mi reacción.

-Continuemos -sugirió-. Tenemos mucho que hacer hoy.

Me guió por un nuevo túnel, un amplio tubo formado naturalmente que salía de la cueva grande. Este territorio era nuevo para mí. Tenía todos los músculos agarrotados; me movía hacia delante con las piernas rígidas sin poder doblar apenas las rodillas.

Jeb me palmeó la mano, pero por lo demás ignoró mi nerviosismo.

-Esta zona es básicamente para dormitorios y algún almacén. Los túneles están aquí más cerca de la superficie, de modo que es más fácil obtener un poco de luz.

Señaló hacia una fina grieta relumbrante del techo que proyectaba sobre el suelo una mancha luminosa del tamaño de una mano.

Llegamos a una amplia bifurcación en forma de tenedor, aunque en realidad no era tal, porque tenía demasiados dientes. Era un distribuidor de pasadizos más bien parecido a un pulpo.

-El tercero por la izquierda -me dijo, y me miró expectante.

-¿El tercero por la izquierda? -repetí.

-Correcto. No lo olvides. Es fácil perderse por aquí y eso no sería seguro para ti. A la gente tan pronto le da por acuchillarte como por guiarte en la dirección correcta.

Me estremecí.

-Gracias -murmuré con un sereno sarcasmo.

Él se echó a reír como si mi respuesta le hubiera parecido deliciosa.

-No tiene sentido ignorar la verdad, y decirla en voz alta no la empeora.

Ni la hacía mejor, pero eso no se lo dije, pues también yo estaba empezando a disfrutar, aunque sólo fuera un poco. Era magnífico tener a alguien que me hablara de nuevo. Y Jeb era, si no otra cosa, al menos una compañía interesante.

-Uno, dos y tres -contó mientras me llevaba por el tercer corredor desde la izquierda.

Comenzamos a pasar por delante de entradas redondas cubiertas por una gran variedad de puertas artesanales. Algunas simplemente se cerraban con sábanas de tela estampadas, y otras estaban compuestas por grandes piezas de cartón fijadas con cinta plateada adhesiva. Un agujero tenía dos puertas de verdad, una de madera pintada de rojo y la otra de metal, inclinadas contra la abertura.

Mi guía se detuvo ante un agujero circular.

-Y siete -terminó de contar.

El punto más alto de la abertura se hallaba a escasos centímetros por encima de mi cabeza. Un biombo de color verde jade, tan elegante como para haber dividido el espacio del salón de una buena casa, protegía la intimidad de aquel lugar. Había un diseño de flores de cerezo bordadas en la seda.

-Éste es el único espacio que se me ocurre por ahora, el único



decente y apropiado como vivienda humana. Estará vacío unas cuantas semanas, y ya te buscaremos algo mejor cuando de nuevo sea necesario.

Una luz más brillante que la del pasillo nos bañó en cuanto plegó la mampara y la echó a un lado.

La habitación así desvelada me produjo una extraña sensación de vértigo, probablemente porque era mucho más alta que ancha. Permanecer en el interior de la misma producía una sensación similar a la de hallarse dentro de una torre o un silo, y no es que yo gozara del beneficio de haber visitado ninguno de esos sitios, pero con ellos fue con los que Melanie la comparó, quizá porque la altura del techo surcado de grietas era dos veces superior a la anchura de la habitación. El modo en que éstas daban vueltas y casi se encontraban unas con otras les confería una apariencia de zarcillos de luz. Me pareció peligroso, casi inestable, pero Jeb no mostró miedo alguno a posibles hundimientos mientras se internaba en ella.

Había un colchón doble en el suelo separado de la pared casi un metro por cada lado. Las dos almohadas y las dos mantas dobladas en dos montones sobre el colchón le daban aspecto de ser la habitación de una pareja.

Un grueso palo de madera, algo parecido al mango de un rastrillo, estaba atravesado en el muro posterior a la altura del hombro con los extremos acoplados en dos de los agujeros de las paredes. Sobre él había colgados un puñado de camisetas y dos pares de vaqueros. Había un taburete junto a la pared al lado del palo donde se colgaba la ropa y muy cerca, en el suelo, una pequeña estantería con libros de bolsillo usados.

-¿De quién...? -le dije a Jeb, susurrando de nuevo. No cabía la menor duda de que ese espacio pertenecía a alguien, tanto era así que no me sentía como si estuviéramos los dos solos.

-Es de unos de los chicos que está en la expedición y no va a regresar en una temporada. Para entonces ya te habremos encontrado algo.

No me gustaba; no la habitación, sino la idea de permanecer allí. La presencia del propietario era fuerte y no sólo por sus objetos personales. No importaba quién fuese, no le sentaría nada bien tenerme allí. Lo odiaría.

Jeb pareció leerme la mente, o quizá la expresión de mi rostro era tan clara que no le hacía falta.

-Vaya, vaya -comentó-. No te preocupes por eso. Estás en mi casa, y ésta no es más que otra de mis muchas habitaciones para huéspedes. Soy yo quien decide quién es o no mi huésped. En este momento lo eres tú y te ofrezco esta estancia.

Seguía sin gustarme, pero no iba a ofender a Jeb. Me hice la promesa de no tocar nada, aunque eso supusiera dormir en el suelo.

-Venga, vámonos. Y no lo olvides: tercera a la izquierda, y la séptima.

-El biombo verde -añadí.

-Exactamente.

Jeb me llevó de regreso a la gran habitación del jardín, dando la vuelta al perímetro por el lado opuesto y a través de la salida del túnel más

grande. Los regantes se envararon cuando pasamos cerca de ellos y se volvieron para seguir con la vista mis movimientos, temerosos de darme la espalda.

Ese túnel estaba bien iluminado, y las grandes grietas aparecían a intervalos demasiado regulares como para ser naturales.

-Ahora estamos todavía más cerca de la superficie. Todo se vuelve más seco, pero también más caluroso.

Lo noté de modo casi inmediato. En vez de hervir, parecía que nos estábamos asando. El aire estaba menos viciado y rancio, casi podía apreciar el sabor del polvo del desierto.

Había más voces hacia delante. Intenté endurecerme contra su inevitable reacción. Si Jeb insistía en tratarme como..., como a un humano, como a un huésped bienvenido, me iba a tener que acostumbrar a eso. No tenía sentido que me dieran náuseas una y otra vez. De todas formas, mi estómago comenzó una extraña danza.

-Por aquí se va a la cocina -me informó Jeb.

Al principio pensé que estábamos en otro túnel, uno lleno de gente, y apreté la espalda contra la pared en un intento por mantenerme alejada de los demás.

La cocina era un corredor ahusado de techo alto, más alto que ancho, al estilo de mi nueva habitación. La luz era brillante y caliente y, en vez de finas grietas a través de la roca espesa, en este lugar había grandes agujeros abiertos.

-No podemos guisar a la luz del día, claro. Por el humo, ya sabes. Así que básicamente usamos esto como comedor a partir de la caída del sol.

Todas las conversaciones pararon abruptamente, de modo que las palabras de Jeb sonaron claras para todo aquel que quisiera escucharlas. Intenté esconderme detrás de él, pero continuó internándose en la estancia.

Habíamos interrumpido el desayuno, o quizá fuera el almuerzo.

Los humanos, casi veinte según calculé rápidamente, estaban aquí muy cerca. No era como en la gran caverna. Quería mantener los ojos fijos en el suelo, pero no pude controlarlos cuando empezaron a recorrer la habitación. No podía evitar mirar a todos lados por precaución. Noté cómo se me tensaba todo el cuerpo, listo para emprender la huida, aunque en realidad no sabía hacia dónde podría escapar.

A ambos lados del corredor se alzaban dos grandes pilas de piedras, toscas en su mayoría, muestras de roca volcánica de color púrpura, con alguna sustancia más clara a modo de argamasa -¿tal vez cemento?- para mantenerlas ensambladas. Encima de las rocas amontonadas había otro tipo de piedras planas de color rojizo. El producto final era una superficie relativamente lisa, como un mostrador o una mesa. Estaba claro que se usaban para ambas cosas.

Los humanos se sentaban en algunas, y se inclinaban sobre otros pedruscos. Reconocí las barras de pan que sostenían entre la mesa y sus bocas, paralizados por la incredulidad según recaía su mirada en Jeb y su única acompañante.

Algunos de ellos me resultaban familiares. Sharon, Maggie y el doctor formaban el grupo más cercano. La tía y la prima de Melanie fulminaron a Jeb con la mirada, y tuve la extraña convicción de que ya podía haberme puesto en pie y recitarles a gritos los recuerdos de Melanie, que ellas no habrían mirado en mi dirección; pero el médico me examinó con una curiosidad franca y casi amigable que me heló hasta el tuétano.

En el extremo del fondo de aquella habitación en forma de vestíbulo reconocí al hombre alto de pelo color tinta y se me aceleró el corazón. Pensé que se suponía que Jared se había llevado a los hermanos hostiles para hacer más fácil el trabajo de Jeb de mantenerme con vida. Al menos era el más joven, Ian, que había desarrollado, aunque tarde, una cierta conciencia, lo que no era tan malo como si se hubiera dejado atrás a Kyle. Sin embargo, ese magro consuelo no calmó el ritmo de los latidos de mi corazón.

-¿Todos os habéis quedado llenos tan pronto? -preguntó Jeb en voz alta de forma sarcástica.

-Hemos perdido el apetito -masculló Maggie.

-Y tú... ¿qué tal? -dijo volviéndose hacia mí-. ¿Tienes hambre?

Un murmullo silencioso recorrió la estancia.

Negué con la cabeza, un movimiento ligero pero firme. No sabía siquiera si tenía hambre, pero estaba segura de que no podía comer delante de esa multitud que me devoraría a mí sin pensárselo dos veces.

-Bueno, pues yo sí -gruñó Jeb. Caminó pasillo abajo entre los mostradores, pero yo no le seguí. No podía soportar la idea de estar tan fácilmente al alcance de los demás. Me quedé pegada contra la pared donde me encontraba. Sólo Sharon y Maggie le siguieron con la mirada mientras iba hacia un gran cubo de plástico en uno de los mostradores y cogía un panecillo. El resto de la gente me observaba a mí. Estaba segura de que me darían una paliza si hacía el menor movimiento. Intente no respirar siquiera.

-Bueno, continuemos --comentó Jeb con un bocado de pan mientras regresaba a donde yo me encontraba-. Nadie parece estar demasiado pendiente de comer. Éstos se distraen fácilmente, por lo que se ve.

Yo vigilaba los movimientos de los humanos espiando gestos bruscos, sin realmente ver sus rostros después de aquel primer momento en que reconocí los pocos de los que conocía los nombres. Así que no me di cuenta de que Jamie estaba allí hasta que no se puso de pie.

Era una cabeza más bajo que los adultos que se encontraban a su alrededor, pero más alto que los dos niños pequeños que se colgaban del mostrador al otro lado de donde él se encontraba. Abandonó su asiento de un pequeño salto y se fue detrás de Jeb. Su expresión era tensa y contenida, como si intentara resolver de memoria una ecuación difícil. Me examinó con los ojos entrecerrados mientras se aproximaba pegado a los talones de Jeb. Ahora no era yo la única que contenía el aliento en la habitación. Las miradas de los otros iban y venían entre el hermano de Melanie y yo.

«Oh, Jamie», pensó Melanie. Ella lamentaba esa actitud adulta y triste de su rostro y yo probablemente la detestaba todavía más. Ella no se

sentía tan responsable como yo de que esa expresión se hubiera instalado en el rostro de Jamie.

«Si pudiéramos borrarla de alguna manera», suspiró ella.

«Es demasiado tarde. ¿Qué podríamos hacer entonces para mejorar la situación?».

De pronto, a pesar de que mi pregunta era puramente retórica, me encontré dándole vueltas al asunto, exactamente igual que Melanie. No íbamos a encontrar nada en el escaso segundo que teníamos para considerar el asunto, estaba segura, pero ambas sabíamos que tendríamos que ponernos a buscar otra vez cuando hubiéramos terminado esa absurda visita y tuviéramos oportunidad de pensar. Si vivíamos tanto.

-¿Qué es lo que quieres, chaval? -le preguntó Jeb sin mirarle.

-Simplemente me preguntaba qué estabas haciendo -contestó Jamie, procurando aparentar despreocupación y fracasando en su intento totalmente.

Jeb se detuvo cuando llegó hasta mí y se volvió para mirar a Jamie.

-Voy a llevarla a dar una vuelta por el recinto. Igual que hago con cualquier recién llegado.

Se produjo un nuevo murmullo de fondo.

-¿Puedo ir yo también? -preguntó Jamie.

Vi a Sharon sacudir la cabeza febrilmente, con una expresión indignada. Jeb la ignoró.

-No me molesta..., si sabes comportarte.

Jamie se encogió de hombros.

-Sin problemas.

Tuve que moverme entonces, y entrelazar las manos. Deseaba con tanta fuerza apartar el cabello desordenado que le caía a Jamie sobre los ojos y después ponerle el brazo alrededor del cuello... Eso no sería bien recibido, estaba segura.

-Vámonos -nos dijo Jeb a ambos.

Regresé por donde había venido, flanqueada por Jeb y Jamie; éste se esforzaba al máximo por mantener los ojos fijos en el suelo, pero no lograba dejar de mirarme, igual que me ocurría a mí; sin embargo, desviábamos las miradas en cuanto nuestros ojos se encontraban.

Estábamos a mitad de camino más o menos del gran corredor cuando escuché unos pasos silenciosos detrás de nosotros. Mi reacción fue instantánea e irreflexiva: me aparté a un lado del túnel, arrastrando conmigo a Jamie con un brazo e interponiéndome entre él y lo que viniera a por mí.

-¡Eh! -protestó, pero no apartó mi brazo.

Jeb fue igual de rápido y descolgó el rifle de su hombro a toda velocidad.

Ian y el doctor levantaron las manos por encima de la cabeza.

-Nosotros también podemos comportarnos correctamente -aseguró el médico.

Era difícil creer que aquel hombre de voz suave y expresión

amigable fuese el torturador del lugar. A mí me parecía el más terrorífico de todos precisamente por su apariencia inofensiva. Una persona puede estar en guardia en una noche oscura y siniestra; es lógico estar alerta. Pero es más difícil en un día claro y soleado. ¿Cómo puedes huir cuando no ves llegar el peligro?

Jeb entrecerró los ojos mirando a Ian, con el cañón del arma moviéndose para que éste lo viera claramente.

-No quiero ningún problema, Jeb. Me comportaré tan educadamente como Doc.

-Estupendo -contestó Jeb cortésmente, y volvió a colgarse al hombro el arma-. Simplemente no me provoquéis. Hace mucho que no disparo a nadie y echo un poco de menos esa emoción.

Jadeé. Todo el mundo lo oyó y se volvió para ver mi expresión horrorizada. El doctor fue el primero de todos en echarse a reír, y al final incluso Jamie les hizo eco.

-Es una broma -me susurró Jamie.

Movió la mano de su costado casi como si quisiera alcanzar la mía, pero rápidamente la metió en el bolsillo de sus pantalones cortos. Así que dejé caer mi brazo, que había extendido con ademán protector delante de su cuerpo.

-Bueno, que perdemos el día -dijo Jeb, todavía un poco hosco-. Todo el mundo tiene que seguir el ritmo, porque no voy a esperaros.

Comenzó a andar delante nada más terminar de hablar.

## Capítulo 21

### Sobrenombre

No me aparté de Jeb, incluso fui un poco delante de él. Quería estar lo más lejos posible de los dos humanos que nos seguían. Jamie caminaba en una posición intermedia, inseguro respecto al lugar donde quería estar.

No pude concentrarme mucho en el resto de la excursión auspiciada por Jeb. Apenas presté atención al segundo conjunto de jardines al que me llevó, en uno de los cuales había maíz que había crecido hasta la altura de la cintura, muy alto en aquel calor achicharrante bajo los brillantes espejos. Tampoco presté atención a una caverna de techo bajo que denominó «los recreativos»: negra como el carbón y muy profunda bajo tierra; me dijo que se traían luces cuando querían jugar. El término «jugar» no tenía sentido para mí, no al menos entre este grupo de tensos y agresivos supervivientes; mas no le pedí explicación alguna. Había más agua allí, un manantial pequeño de olor sulfuroso que, según me comentó Jeb, se usaba en ocasiones como segunda letrina, porque el agua no era potable.

Mi atención entonces quedó dividida entre los dos hombres que caminaban detrás de nosotros y el chico que marchaba a mi lado.

Ian y el médico controlaron sus modales sorprendentemente bien. Nadie me atacó por detrás, aunque hubiera deseado tener un par de ojos adicionales pegados a la parte posterior de mi cabeza por si acaso se les ocurría tal idea. Los dos me siguieron despacio, algunas veces hablando entre sí en voz baja. Sus comentarios se referían a nombres desconocidos y a lugares y objetos mencionados en clave a fin de que no les entendiera, por lo que no sabía ni siquiera si estaban o no en aquella cueva.

Jamie no despegaba los labios, pero me miraba mucho.

Casi todo el rato que no estaba intentando mantener vigilados a los otros, yo también le miraba. Esto dejaba muy poco tiempo para admirar las

cosas que me estaba enseñando Jeb, pero él no pareció notar mi preocupación.

Era casi imposible memorizar del todo aquellas cuevas subterráneas, de cuya extensión daban prueba algunos túneles realmente largos. Muchas veces las galerías estaban inmersas en una oscuridad tan intensa como el carbón, pero Jeb y los otros no necesitaban aminorar el paso, porque estaban muy familiarizados con sus alrededores y, desde luego, acostumbrados desde hacía mucho a caminar en esas condiciones. Me resultó aún más duro que cuando Jeb y yo estábamos a solas. Cada ruido me parecía el preludio de un ataque en aquella oscuridad, e incluso la charla despreocupada de Ian y el doctor sonaba a mis oídos como un encubrimiento de algún movimiento funesto.

«Estás paranoica», comentó Melanie.

«Si queremos mantenernos con vida, no hay más remedio que comportarse así».

«Me gustaría que le prestaras más atención al tío Jeb. Todo esto es fascinante».

«Haz lo que te dé la gana con tu tiempo».

«Yo sólo puedo escuchar y ver lo que tú escuchas y ves, Wanderer -me replicó. Entonces cambió de tema-: Jamie tiene un aspecto estupendo, ¿no lo crees así? No parece demasiado infeliz».

«Parece... desconfiado».

En ese preciso momento, después de recorrer un largo trecho por un pasillo húmedo y oscuro, llegamos a un punto bien iluminado.

-Y éste es el extremo más meridional del sistema de corredores - explicaba Jeb mientras caminábamos-. No es que sea apropiado del todo, pero tiene buena luz durante todo el día, razón por la cual lo hemos convertido en zona hospitalaria. Aquí es donde Doc hace su tarea.

En el momento en que Jeb anunció dónde nos encontrábamos, mi cuerpo quedó paralizado y las articulaciones bloqueadas. Me paré en seco, con las piernas firmemente apoyadas sobre el suelo de roca. Mis ojos, dilatados por el terror, iban del rostro de Jeb al del médico.

Entonces, ¿todo esto no había sido más que una triquiñuela? ¿Habían esperado a que el cabezón de Jared estuviera fuera de juego para arrastrarme hasta aquí? No podía creer que hubiera andado hasta este lugar por mis propios pies, ¡qué estúpida había sido!

Melanie estaba igual de aterrorizada. « ¡Igual nos podíamos haber entregado envueltas en un lazo!».

Ellos me devolvieron la mirada, la de Jeb inexpresiva, y el médico con un aspecto tan sorprendido como yo, aunque no tan horrorizado.

Me habría estremecido, y me habría apartado violentamente de cualquier mano que me hubiera tocado el brazo si ésta no me hubiera sido tan familiar.

-No- dijo Jamie, con la mano puesta de forma tímida justo debajo de mi codo-. No, todo va bien. De verdad. ¿A que sí, tío Jeb? -Jamie miró con confianza al anciano-. Todo va bien, ¿a que sí?

-Seguro que sí. -Los ojos de un azul descolorido de Jeb se mostraban tranquilos y claros-. Sólo te estoy enseñando el lugar, chiquilla, eso es todo.

-¿De qué estás hablando? -gruñó Ian detrás de nosotros en tono enojado, porque no entendía nada.

-¿Crees que te hemos traído aquí a propósito, para ponerte en manos de Doc? -me dijo Jamie a mí, en vez de a Ian-. Pues no vamos a hacerlo. Se lo hemos prometido a Jared.

Yo miré su rostro serio intentando creerle.

-¡Oh! -exclamó Ian cuando comprendió, y luego se echó a reír-. Ese plan no estaría nada mal. Me sorprende no haberme pispado antes.

Jamie fulminó con la mirada al hombretón y me palmeó el brazo antes de apartar la mano.

-No tengas miedo -me dijo.

Jeb retomó la explicación donde se había quedado:

-Así que hemos equipado esta habitación grande con unas cuantas camas por si alguien enferma o resulta herido. Hemos tenido mucha suerte en ese aspecto, porque no es que Doc tenga mucho con lo que actuar en caso de una emergencia. -Jeb me sonrió-. Tu gente desechó nuestras medicinas cuando se hicieron cargo de todo, así que es difícil echar mano de lo que necesitamos.

Asentí ligeramente, pero fue un movimiento ausente. Todavía estaba conmocionada, intentando controlarme. Esta habitación parecía bastante inocente, como si sólo se usara para curar, pero provocó que el estómago se me contrajera y retorciera.

-¿Qué es lo que sabes sobre medicina extraterrestre? -me preguntó de sopetón el médico.

Ladeó la cabeza y observó mi rostro con curiosidad expectante. Le miré sin saber qué decir.

-Oh, puedes hablarle con tranquilidad a Doc -me animó Jeb-, es un chico bastante decente, teniendo en cuenta cómo están las cosas.

Sacudí la cabeza una vez. Quería responder a las preguntas del médico, decirle que no sabía nada, pero no quería que me malinterpretaran.

-Ella no va a traicionar ninguno de sus secretos -comentó Ian con amargura-. ¿A que no, cariño?

-Cuidado con esos modales, Ian -ladró Jeb.

-¿Eso es secreto? -preguntó Jamie cauteloso, pero con una evidente curiosidad.

Sacudí la cabeza de nuevo. Todos me miraron confundidos. Doc sacudió la cabeza también, lentamente, perplejo.

Yo respiré profundamente, y después susurré:

-Yo no soy sanadora. Desconozco las artes de nuestra medicina. Sólo sé que funciona y muy bien, aunque sana más que tratar síntomas. Nada de método de ensayo y error. Fue por eso por lo que descartaron las terapias humanas.

Los cuatro se me quedaron mirando con expresiones inescrutables.



Antes se habían sorprendido de que no contestara y ahora parecían anonadados también porque lo había hecho. Los humanos eran imposibles de contentar.

-Los de tu especie no han cambiado apenas nada de lo que dejamos a nuestras espaldas -comentó Jeb pensativo después de un momento-. Sólo lo relativo a la medicina y el hecho de usar naves espaciales en vez de aviones. Si no fuera por eso, la vida parecería exactamente igual que siempre..., al menos en lo superficial.

-Hemos venido por tener la experiencia, no para cambiar nada -expliqué en voz baja-. Aunque supongo que la salud es más importante que cualquier consideración filosófica.

Cerré la boca bruscamente. Debía ser más cuidadosa. Los humanos seguramente no tenían ganas de un sermón sobre la filosofía de las almas. ¿Quién sabía lo que podía enfadarles o con qué frase podía quebrar su frágil paciencia?

Jeb asintió, aún pensativo, y después nos condujo hacia delante. No parecía tan entusiasmado mientras continuaba con mi paseo a través de las pocas cuevas interconectadas que componían el ala médica, estaba como menos implicado en la explicación. Cuando nos volvimos y emprendimos la marcha por el corredor oscuro, se quedó en silencio durante un rato. Fue una caminata larga y silenciosa. Volví a pensar en lo que había dicho, buscando lo que podía haberle ofendido. Jeb era demasiado extraño como para que pudiera prever lo que haría si hacía falta. Los demás humanos, hostiles y suspicaces como eran, mostraban un comportamiento coherente. ¿Cómo podía esperar comprender el sentido de lo que hacía Jeb?

El paseo terminó abruptamente cuando entramos de nuevo en la amplia caverna del jardín donde crecían las zanahorias formando una alfombra de color verde brillante en el suelo oscuro.

-Se terminó la función -gruñó Jeb con aspereza, mirando a Ian y al doctor-. Marchaos a hacer algo útil.

Ian puso los ojos en blanco dirigiéndose al médico, pero ambos se volvieron sin dar muestras de mal humor y se marcharon a través de la salida más grande, la que llevaba a la cocina, según recordaba. Jamie dudó, mirando cómo se iban pero sin moverse.

-Tú ven conmigo -le dijo Jeb a Jamie con un tono algo menos brusco-. Tengo un trabajo para ti.

-Vale -dijo Jamie. Vi que le agradaba ser escogido.

Jamie caminó a mi lado mientras nos dirigíamos a la sección de dormitorios de las cuevas. Me sorprendía, mientras escogíamos el tercer pasadizo por la izquierda, que Jamie pareciera saber con exactitud adónde íbamos. Jeb iba ligeramente detrás de nosotros, pero Jamie se paró cuando llegamos al biombo verde que cubría la entrada del séptimo departamento. Lo apartó para que pasara, pero se quedó en el pasillo.

-¿Te apetece descansar un rato? -me preguntó Jeb.

Yo asentí, agradecida ante la posibilidad de poder esconderme otra vez. Bajé la cabeza para pasar por la abertura y después me detuve a un

metro más o menos, sin saber qué hacer. Melanie se acordaba de que allí había libros, pero le recordé la promesa que me había hecho a mí misma de no tocar nada.

-Tengo cosas que hacer, chaval-le dijo Jeb a Jamie-. La comida no se hace sola, ya sabes. ¿Puedes hacerte cargo de la guardia?

-Claro que sí -dijo Jamie con una sonrisa brillante. Su pecho delgado se hinchó con una gran inspiración.

Se me abrieron unos ojos como platos de incredulidad cuando vi cómo Jeb ponía el rifle en las manos extendidas de Jamie.

-¿Pero es que estás loco? -le grité. Mi voz sonó tan alta que al principio no la reconocí. Tuve la impresión de haber estado toda la vida hablando en voz baja.

Jeb y Jamie me miraron conmocionados. Había salido al pasillo donde estaban ellos de un salto.

Lancé las manos hacia el duro metal del cañón y casi hice el ademán de arrancarlo de las manos del chico. Lo que me detuvo fue la idea de que un movimiento como ése seguramente me llevaría a la muerte. También me detuvo el hecho de que en ese aspecto era más débil que los humanos. No era capaz de tocar el arma ni siquiera para salvar al muchacho.

En vez de eso, me volví hacia Jeb.

-¿En qué estás pensando? ¿Cómo se te ocurre darle un arma a un niño? ¡Podría matarse!

-Jamie ha pasado por suficientes situaciones como para que se le considere ya un hombre, creo yo. Y sabe cómo apañárselas con un arma.

Los hombros de Jamie se enderezaron ante la alabanza de Jeb y apretó el rifle con más fuerza contra su pecho.

Yo me quedé boquiabierta ante la estupidez de Jeb.

-¿Y qué pasa si vienen a por mí mientras está él aquí? ¿Has pensado en lo que podría pasar? ¡No es una broma! ¡Le harán daño para cogermel!

Jeb mantuvo la calma, con una expresión plácida en el rostro.

-No pienses que hoy habrá ningún problema. Te lo aseguro.

-¡Bueno, pues yo no lo creo! -Alcé la voz de nuevo, poblando de ecos las paredes del túnel. Seguramente que alguien la oiría, pero no me preocupaba. Mejor que vinieran antes de que se fuera Jeb-. Si tan seguro estás, entonces déjame sola. Deja que pase lo que tenga que pasar, pero ¡no pongas a Jamie en peligro!

-¿Es el chaval lo que te preocupa o simplemente temes que te pegue un tiro? -me preguntó Jeb, con la voz casi lánguida.

Yo parpadeé y mi ira amainó. Eso ni siquiera se me había ocurrido. Me quedé mirando a Jamie sin comprender, me tropecé con su mirada sorprendida y vi que la idea también le resultaba incomprensible.

Me llevó un momento recuperar mi punto de vista, pero cuando lo hice la expresión de Jeb ya había cambiado. Sus ojos mostraban interés y tenía la boca fruncida, como si estuviera encajando la última pieza de un rompecabezas particularmente difícil.

-Dale el arma a Ian o a cualquiera de los otros. No me importa - repliqué, con la voz baja de nuevo y acompasada-. Sólo quiero que el chico se mantenga fuera de esto.

La sonrisa repentina de Jeb, tan ancha como su cara, me recordó extrañamente a la de un gato a punto de saltar sobre algo.

-Ésta es mi casa, chiquilla, y hago lo que me da la gana. Siempre.

Jeb me dio la espalda y se marchó por el corredor, silbando mientras se alejaba. Le miré irse, con la boca abierta. Cuando desapareció me volví hacia Jamie, que me observaba con una expresión resentida.

-No soy un niño -masculló con un tono más grave del habitual, y la barbilla sobresaliendo de forma beligerante-. Ahora... será mejor que entres en la habitación.

La orden no fue muy severa, pero no había otra alternativa. Había perdido esa discusión claramente.

Me senté con la espalda apoyada en la roca al lado de la abertura de la cueva, un lugar donde podía esconderme detrás del biombo a medio abrir y al mismo tiempo vigilar a Jamie. Envolví las piernas con los brazos y comencé lo que sabía que continuaría haciendo mientras esa situación de locos perdurara: preocuparme.

Afiné los ojos y los oídos para poder percibir algún sonido de aproximación, y para estar preparada. No importaba lo que Jeb hubiera dicho, me adelantaría a cualquiera que intentara violentar la guardia de Jamie. Me rendiría casi antes de que lo pidieran.

Melanie expresó su acuerdo de forma sucinta: «Si».

Jamie permaneció en el pasillo unos cuantos minutos con el arma fuertemente sujeta entre las manos, inseguro de cómo hacer este trabajo. Después de eso, comenzó a pasearse arriba y abajo delante del biombo, pero parecía que sentía que estaba haciendo el tonto después de dar un par de vueltas. Entonces se sentó en el suelo, al lado de la abertura del biombo. Apoyó el rifle entre sus piernas dobladas y acomodó la barbilla entre las manos. Después de un rato, suspiró. Montar guardia no era tan emocionante como había imaginado.

Yo no me aburría de observarlo.

Quizá después de una hora o dos, comenzó a mirarme de nuevo, con miradas vacilantes. Abrió los labios con ánimo de hablar en un par de ocasiones, pero no dijo nada tras pensárselo bien. Apoyé la barbilla sobre las rodillas y esperé mientras luchaba consigo mismo. Mi paciencia se vio recompensada.

-Ese planeta del que tú venías..., antes de que te pusieran dentro de Melanie -dijo finalmente-, ¿cómo era? ¿Como éste?

La dirección que habían tomado sus pensamientos me pilló con la guardia baja.

-No -respondí. Estando allí a solas con Jamie, me parecía lo lógico hablar con un volumen normal y no en susurros-. No, era muy diferente.

-¿Puedes describirmelo? -inquirió, inclinando la cabeza hacia un lado igual que solía hacer cuando estaba realmente interesado en alguna de

las historias que Melanie le contaba a la hora de dormir.

Así que se lo conté.

Le hablé del planeta cubierto de agua de las algas. Le hablé de los dos soles de la órbita elíptica, de las aguas grises, de la permanencia inmóvil de las raíces, la sorprendente visión de un millar de ojos, las conversaciones infinitas de un millón de voces insonoras audibles para todo el mundo.

Me escuchó con los ojos muy abiertos y una sonrisa de fascinación.

-¿Es ése el único otro lugar que existe? -me preguntó cuando me callé, intentando pensar en algo que había pasado por alto-. ¿Las algas son los únicos otros alienígenas?

Yo me eché a reír también.

-Qué va. Igual que yo no soy la única alienígena en este mundo.

Así que le seguí contando cosas sobre los murciélagos del Mundo Cantante, cómo vivían en una ceguera musical, y sobre cómo era volar. También le hablé del Planeta de las Nieblas, y de qué se sentía al tener un espeso pelo blanco y cuatro corazones para mantener el calor, y de cómo eludir a las grandes bestias con garras.

También empecé a contarle cosas del Planeta de las Flores, sobre el color y la luz, pero me interrumpió con una nueva pregunta:

-¿Y qué hay de esos pequeños hombrecillos verdes de cabezas triangulares y grandes ojos negros? Aquellos que cayeron en Roswell y tal. ¿Erais vosotros?

-No, qué va, nosotros no.

-¿Entonces todo era un engaño?

-No lo sé, quizá sí, quizá no. El universo es muy grande y hay un montón de seres por ahí.

-¿Y cómo vinisteis vosotros aquí entonces? Si no erais los hombrecillos verdes, ¿quiénes erais vosotros? Deberíais tener cuerpos para moveros y meteros dentro, ¿no?

-Cierto -asentí, sorprendida de lo rápido que se había enterado del problema. Aunque no debería haberme sorprendido, ya sabía lo brillante que era y que su mente era como una esponja sedienta-. Usamos nuestra identidad de arañas muy al principio, para ponerlo todo en marcha.

-¿Arañas?

Le hablé de las arañas, una especie fascinante. Brillantes, con las mentes más increíbles que jamás habíamos conocido, y además cada araña tenía tres cerebros, uno en cada sección de sus cuerpos segmentados. Aún estaba por encontrarse un contratiempo que ellas no fueran capaces de resolvernos. Y es que eran tan fríamente analíticas que rara vez nos planteaban un problema que tuvieran la suficiente curiosidad para resolverlo por sí mismas. De todos nuestros anfitriones, las arañas fueron las que mejor aceptaron la ocupación. Apenas notaron las diferencias y, cuando lo hicieron, parecieron apreciar nuestra aportación. Las pocas almas que habían andado por el Planeta de las Arañas antes de la implantación nos contaron que era frío y gris, así que no era de extrañar que sólo vieran en blanco y negro y que

tuvieran un sentido limitado de la temperatura. La arañas vivían vidas cortas, pero los recién nacidos traían todo el conocimiento adquirido por sus padres, de modo que no se perdía.

Yo había vivido uno de los cortos ciclos vitales de esa especie y después me había marchado sin deseos de regresar. La sorprendente claridad de pensamientos, las rápidas respuestas que acudían casi sin esfuerzo, la marcha y baile de los números no eran sustitutos posibles a la emoción y el color, que apenas podían comprenderse dentro de esos cuerpos. Me pregunté cómo podía ningún alma sentirse a gusto allí, pero el planeta había sido auto suficiente durante miles de años terráqueos. Aún estaba abierto a la colonización, porque las arañas se reproducían rápidamente debido a sus grandes sacos de huevos.

Empecé a contarle a Jamie cómo se había desencadenado aquí la ofensiva. Las arañas eran nuestros mejores ingenieros y nos construyeron barcos indetectables para viajar a través de las estrellas. Los cuerpos de las arañas eran casi tan útiles como sus mentes, ya que tenían cuatro patas por cada segmento, motivo por el que se habían ganado su apodo, y manos con doce dedos en cada pata. Aquellos dedos de seis articulaciones eran delgados y fuertes como hilos de acero, capaces de proceder de la forma más delicada. Tenían el tamaño de una vaca, pero más bajas y esbeltas. Las arañas no tuvieron problemas con las primeras inserciones. Eran más fuertes y avispadas que los humanos, y estaban preparadas, a diferencia de los humanos...

Me paré de pronto, a mitad de la frase, cuando vi aquella chispa cristalina en la mejilla de Jamie.

Miraba hacia delante, hacia la nada, con los labios apretados en una línea firme. Una larga gota de agua salada corría abajo por la mejilla que veía desde donde yo estaba.

«Idiota -me reprendió Melanie-. ¿Es que no te das cuenta de lo que tu historia significa para él?».

« ¿Y no se te ha ocurrido avisarme antes?».

Ella no me contestó. No cabía duda de que estaba tan absorta como yo en el relato.

-Jamie -murmuré. Tenía la voz espesa. La visión de aquella lágrima le había hecho cosas raras a mi garganta-. Jamie, lo siento mucho. No he caído...

Jamie se enjugó la lágrima.

-No pasa nada. He sido yo quien ha preguntado. Quería saber cómo había ocurrido. -Su voz sonaba áspera, intentando esconder la pena.

Fue instintivo, aquel deseo de inclinarme y limpiar esa lágrima. Al principio intenté ignorarlo, porque yo no era Melanie. Sin embargo, la lágrima colgaba allí, inmóvil, como si no fuera a caer nunca. Los ojos de Jamie seguían fijos en el muro vacío, y sus labios temblaron.

No estaba lejos de mí. Estiré el brazo para pasar los dedos por su mejilla, de modo que la lágrima se extendió por su piel y desapareció. Actuando otra vez por instinto, dejé la mano contra su mejilla cálida,

acunándole el rostro.

Simuló ignorarme durante una fracción de segundo...

Pero de pronto se dio la vuelta hacia mí con los ojos cerrados y me buscó con las manos. Se acurrucó a mi lado, con la mejilla contra el hueco de mi hombro, donde antes había encajado tan bien, y se echó a llorar.

No eran las lágrimas de un niño, y eso les daba mayor profundidad, las hacía más intensas y dolorosas que si las hubiera llorado a distancia, enfrente de mí. Era la pena de un hombre en el funeral por toda su familia.

Extendí mis brazos alrededor, donde ya no encajaba tan bien como solía, y también lloré.

-Lo siento -le decía una y otra vez.

Esas dos palabras servían para disculparme por todo: por hallarnos en aquel planeta, por haberlo escogido, por haber sido destinada a ocupar el cuerpo de su hermana, por haberla traído de nuevo hasta él y hacerle sufrir otra vez, y también por haberle hecho llorar en ese mismo momento con mi insensibilidad al contarle todas esas historias.

No aparté los brazos cuando disminuyó su angustia. No tenía prisa por dejarle marchar. Parecía como si mi cuerpo hubiera ansiado eso desde el principio pero nunca hubiera entendido antes qué era lo que necesitaba para saciar este apetito. El misterioso lazo entre madre e hijo, que era tan fuerte en este planeta, había dejado de ser un misterio para mí. No hay un lazo mayor que aquel que requiere que des tu vida por la de otro. Yo había comprendido esta verdad antes, lo que no había entendido era el porqué. Ahora sabía por qué una madre daba la vida por su hijo, y este conocimiento cambiaría para siempre mi visión del universo.

-Creí haberte enseñado mejor, chaval.

Nos separamos de un salto. Jamie se arrastró sobre sus pies y yo me acurruqué lo más pegada que pude al suelo.

-Debes cuidar mejor las armas, muchacho.

La reprimenda quedó suavizada por la dulzura de su voz. Alzó la mano y revolvió el pelo enmarañado del muchacho.

Éste agachó la cabeza bajo la mano de Jeb, rojo como un tomate por la mortificación.

-Lo siento -murmuró y se volvió para marcharse, pero se paró después de dar un paso y giró para mirarme-. No sé tu nombre -me dijo.

-Puedes llamarme Wanderer -susurré.

-¿Wanderer?

Asentí.

Él asintió también y después se fue a toda prisa por el pasillo. En la parte de atrás de su cuello aún perduraba el rubor.

Cuando se marchó, Jeb apoyó la espalda en la roca y se deslizó hasta que se quedó sentado donde antes lo había estado Jamie. Al igual que él, dejó el arma acunada sobre su regazo.

-Es un nombre realmente interesante el que has adquirido por ahí -me comentó. Parecía gozar de nuevo de ese ánimo conversador del que había hecho gala antes-. Quizá alguna vez me dirás cómo lo conseguiste.

Apuesto a que es una buena historia, pero un poco larga, ¿no te parece? ¿Wanderer? -Le miré fijamente, pero no dije nada-. ¿Te importa que te llame Wanda, para acortarlo? Es más fluido.

Esta vez esperó a que le diera una respuesta. Finalmente, me encogí de hombros. Me daba igual que me llamara chiquilla o cualquier otro extraño apodo humano. Pensé que era una expresión de afecto.

-Vale entonces, Wanda -sonrió, disfrutando de su invento-, es estupendo tener un nombre con el que llamarte. Hace que me sienta como si fuéramos viejos amigos.

Sonrió ampliamente con aquella enorme sonrisa suya que ocupaba toda la extensión de sus mejillas, y no pude evitar contestarle con otra, aunque la mía era más compungida que alegre. Se suponía que era mi enemigo, y seguramente estaba loco. Y de hecho era un amigo. No importaba que terminara matándome si las cosas venían mal dadas, pero no lo haría por gusto. Tratándose de humanos, ¿qué más se le puede pedir a un amigo?

## Capítulo 22

### Destrozada

Jeb puso las manos detrás de la cabeza y miró hacia el techo oscuro, con el rostro pensativo. Todavía no se le habían pasado las ganas de charlar.

-Me he preguntado muchas veces cómo sería... que te cogieran, ya sabes. Lo he visto en más de una ocasión, y yo mismo he estado cerca unas cuantas veces. Cómo sería, eso es lo que me preguntaba. Si dolería que te pusieran a alguien dentro de la cabeza. Ya lo he visto hacer, ya sabes.

Se me abrieron los ojos por la sorpresa, pero no me estaba mirando.

-Quizá usáis algún tipo de anestesia, aunque eso es sólo una suposición. Nadie grita como si agonizara ni nada así, por eso supongo que no debe de ser ningún tipo de tortura.

Arrugué la nariz. ¿Tortura? No, ésa era una especialidad humana.

-Esas historias que le estabas contando al chaval eran muy interesantes.

Me puse rígida y él se echó a reír con ganas.

-Ah, sí, estaba escuchando. Y a escondidas, lo admito.

No lo siento, porque eran cosas importantes y a mí no me hablas como lo haces con Jamie. Me encanta todo eso de los murciélagos, las plantas y las arañas. Le dan a uno un montón de cosas sobre las que pensar. Siempre me gustó leer cosas de esas disparatadas, sobre el más allá, la ciencia-ficción y todo eso. Las devoraba, igual que los chavales como yo, y como él, que ha leído todos los libros que tengo dos o tres veces cada uno.



Debe de ser para él un auténtico placer conseguir nuevas historias. Desde luego para mí lo es. Se te da bien eso de contar historias.

Mantuve los ojos bajos, pero sentí que me relajaba y bajé un poco la guardia. Como cualquiera que habitara estos cuerpos tan emocionales, sentía debilidad por la adulación.

-Aquí todo el mundo cree que nos has rastreado para entregarnos a los buscadores.

Esta palabra envió una descarga abrumadora por todo mi cuerpo. Se me endureció la mandíbula y me mordí la lengua con los dientes. Saboreé el gusto a sangre.

-¿Qué otra razón podría haber? -continuó él, haciendo caso omiso de mi reacción o ignorándola-. Pero creo que ellos se han quedado atrapados por los prejuicios, a mi entender. Soy el único que se hace preguntas... Quiero decir, ¿qué clase de plan era ése, el de vagabundear por el desierto sin ninguna posibilidad de regresar? -Se echó a reír-. Vagar... Ésa es tu especialidad, ¿eh, Wanda?

Se inclinó hacia mí y me dio un ligero codazo. Dilatados por la inseguridad, mis ojos se volvieron hacia el suelo, luego a su rostro y de nuevo al suelo. Se echó a reír otra vez.

-Esa excursión estuvo muy cerca de convertirse en una especie de suicidio, en mi opinión. Desde luego no es el modus operandi de un buscador, si sabes a lo que me refiero. Usemos la lógica, ¿vale? O sea, que si no había refuerzos, de los cuales no vi rastro alguno, ni forma de regresar, entonces tenía que haber algún tipo de objetivo diferente. No te has mostrado demasiado comunicativa desde que llegaste aquí, excepto ahora con el chaval, pero yo sí he escuchado lo que has dicho. Me parece a mí que la razón por la que casi te dejas la vida fue que necesitabas encontrar al chaval y a Jared casi con locura.

Cerré los ojos.

-Sólo queda una cosa por saber: ¿por qué te preocupan? -preguntó Jeb, sin esperar ninguna respuesta, sólo elucubrando-. Y así es como yo lo veo, o bien eres realmente una gran actriz, una especie de superbuscadora, una de algún tipo nuevo, más sorprendente que los que ya conocemos, con algún tipo de plan entre manos que no puedo adivinar, o bien te comportas de forma sincera. Lo primero es una explicación realmente complicada para tu comportamiento, tanto antes como ahora, y no me convence; pero si no estás fingiendo...

Hizo una pausa durante un momento.

-He pasado mucho tiempo observando a los de tu especie. Siempre he esperado verlos cambiar, ya sabes, cuando ya no estuvieran obligados a actuar como nosotros porque ya no necesitaran imitar a nadie. He seguido observando y esperando, pero ellos continúan actuando siempre como humanos. Viviendo con los familiares de sus cuerpos, saliendo de picnic cuando hace buen tiempo, plantando flores y pintando cuadros y todo lo demás. Me he estado preguntando si de algún modo no os estaríais volviendo humanos de alguna manera. Si, después de todo, no tenemos algún tipo de

influencia.

Esperó, dándome la oportunidad de responder. No lo hice.

-Hace unos cuantos años vi algo que me dejó asombrado. Un anciano y una anciana, bueno, los cuerpos de un anciano y una anciana. Habían estado tanto tiempo juntos que la piel de sus dedos crecía alrededor de sus anillos de boda. Se daban la mano y él la besaba en la mejilla, y bajo todas aquellas arrugas ella se ruborizaba. Se me ocurrió que vosotros sentís todo lo que nosotros sentimos porque en realidad sois nosotros, no sólo las manos que mueven una marioneta.

-Sí -susurré-. Tenemos los mismos sentimientos, sentimientos humanos. Esperanza, dolor y amor.

-Así que..., si tú no estás actuando..., bueno, entonces, yo juraría que los amas a los dos. Tú misma, Wanda, no sólo el cuerpo de Mel.

Dejé caer la cabeza sobre mis brazos. El gesto equivalía a admitir lo que él decía, pero no me preocupó. Ya no podía soportarlo más.

-Así que eres tú. Pero también me pregunto por mi sobrina. Cómo será para ella, cómo sería para mí. Cuando ponen a alguien dentro de tu cabeza, ¿simplemente es... como si te hubieras ido? ¿Borrado? ¿Es igual que morir o como si te quedaras dormido? ¿Eres consciente de lo que sucede fuera? ¿Eres consciente de ti mismo? ¿Te quedas atrapado ahí dentro, gritando?

Me quedé sentada muy quieta, intentando mantener la expresión de mi rostro controlada.

-Claramente, tus recuerdos y tu conducta, todo queda atrás, pero tu conciencia... Al parecer, alguna gente no se rinde sin luchar. Demonios, yo sé que intentaría quedarme, nunca he sido de los que acepta un no por respuesta, cualquiera puede decírtelo. Soy un luchador. Todos los supervivientes somos luchadores. Y, ya sabes, aseguraría que Mel es una luchadora también.

No movió los ojos del techo, pero yo miré hacia el suelo, me quedé mirándolo fijamente, recordando los diseños que hacía el polvo de color púrpura y gris.

-Oh, sí, me he preguntado mucho respecto a esto.

Pude sentir sus ojos fijos en mí ahora, aunque yo tenía aún la cabeza agachada. No me moví, excepto para respirar lentamente. Me costó un gran esfuerzo mantener ese lento ritmo. Tenía que tragar, la sangre todavía fluía dentro de mi boca.

« ¿Por qué creímos siempre que estaba loco? -se preguntó Mel-. Lo ve todo. Es un genio».

«Es las dos cosas».

«Bueno, quizá eso signifique que no debemos quedarnos quietas nunca más. Él ya lo sabe». Ella estaba esperanzada. Había estado muy tranquila últimamente, ausente casi la mitad del tiempo. No era tan fácil para ella concentrarse cuando era relativamente feliz. Había ganado su gran batalla. Nos había traído hasta aquí, de modo que sus secretos ya no estaban en peligro. Jared y Jamie nunca serían traicionados por sus recuerdos.

Una vez que había superado la lucha, era más difícil para ella encontrar la fuerza de voluntad suficiente para hablar, incluso conmigo. Me daba cuenta de cómo la idea de descubrirlo todo, de hacer que otros humanos reconocieran su existencia, le insuflaba nuevas fuerzas.

«Jeb lo sabe, sí, pero en realidad, ¿eso cambia algo?». Ella pensó sobre el modo en que los otros humanos consideraban a Jeb. «Vale -suspiró-, pero creo que Jamie... No sé si él lo sabe o lo adivina, pero de algún modo creo que percibe la verdad».

«Tal vez estés en lo cierto. Lo que me pregunto es si esto le hace a él algún bien, o a nosotras mismas».

Jeb sólo podía resistir quieto unos segundos, así que pronto se movió, interrumpiéndonos.

-Una cosa bastante interesante. No tanto ¡pum!, ¡pum!, como en las películas que me gustaban, pero aun así bastante interesante. Me gustaría escuchar más cosas sobre esos chismes, como arañas. Tengo verdadera curiosidad... Auténtica, de verdad.

Yo inspiré profundamente y alcé la cabeza.

-¿Qué es lo que quieres saber?

Me sonrió cálidamente, con los ojos chispeantes como medias lunas.

-Lo de los tres cerebros, ¿vale?

Asentí.

-¿Cuántos ojos?

-Doce, uno en cada articulación entre la pata y el cuerpo. No teníamos pestañas, sólo un conjunto de fibras, como pestañas de lana de acero, para protegerlos.

Él asintió a su vez, con los ojos brillantes.

-¿Con pelos, como las tarántulas?

-No... , es una especie de... caparazón, de escamas, como un reptil o un pez.

Me enderecé contra la pared, acomodándome como para una conversación larga.

Jeb no se sintió decepcionado por eso. Me formuló tantas preguntas que perdí la cuenta. Quería detalles sobre las arañas: su aspecto, su conducta y cómo se las habían arreglado en la Tierra. Por desagradable que fuera para él, no dejó de atender a los detalles de la invasión; por el contrario, casi pareció disfrutar más de esa parte que del resto. Sus preguntas se producían con mucha rapidez detrás de cada una de mis respuestas, y sus sonrisas fueron frecuentes. Cuando acabó de preguntar sobre las arañas, horas más tarde, quería saber más acerca de las flores.

-No me has explicado esto -me recordó.

Así que le conté todo sobre el más hermoso y plácido de los planetas. Casi cada vez que me paraba a respirar me interrumpía con una nueva pregunta. Le gustaba adivinar las respuestas antes de que yo se las contara y no parecía importarle lo más mínimo equivocarse.

-¿Entonces atrapáis insectos como las plantas carnívoras? Seguro

que sí, o ¡quizá como algo mayor, como un pájaro, como un pterodáctilo!

-No, usamos la luz del sol para alimentarnos, como la mayoría de las plantas de aquí.

-Bueno, eso no es tan divertido como mi idea.

Algunas veces me sorprendí a mí misma riéndome con él. Estábamos justo cambiando de tema y empezando a hablar de los dragones, cuando apareció Jamie con comida para los tres.

-Hola, Wanderer -me dijo, un poco avergonzado.

-Hola, Jamie -le contesté, también con un poco de timidez, sin estar segura de si lamentaría la intimidad que habíamos compartido. Yo era, después de todo, la chica mala.

Pero se sentó justo a mi lado, entre Jeb y yo, cruzó las piernas y puso la bandeja de comida en medio de nuestro pequeño cónclave. Estaba muerta de hambre y de sed después de todo lo que habíamos hablado. Cogí un bol de sopa y me la bebí en unos cuantos tragos.

-No sabía que simplemente estabas tratando de ser educada hoy en el comedor. Di cuándo tienes hambre, Wanda. No puedo leerle la mente.

No estuve muy de acuerdo con esa última parte, pero estaba demasiado ocupada masticando un bocado de pan como para responder.

-¿Wanda? -preguntó Jamie extrañado.

Asentí, dándole a entender que no me importaba el nuevo nombre.

-¿A que le pega un montón? ¿No te parece? -Jeb estaba tan orgulloso de sí mismo que me sorprendía que no se diera palmaditas en la espalda sólo para llamar la atención.

-Más o menos, supongo... -contestó Jamie-. Oye, ¿estábais hablando de dragones?

-Ah, sí -replicó Jeb con entusiasmo-. Pero no de esos con pinta de lagartijas, sino de otros llenos de gelatina. Pueden volar... o algo así. El aire también es igual, otro tipo de gelatina también, así que debe de ser como nadar. Y expulsan ácido, que es casi tan bueno como el fuego, ¿no te lo parece?

Dejé que Jeb le contara a Jamie los detalles mientras yo comía más de lo que me correspondía de la bandeja y me bebía una botella de agua. Cuando tuve la boca libre, Jeb volvió a hacer preguntas.

-En cuanto a ese ácido...

Jamie no hizo las mismas preguntas que Jeb, y mostró más cautela que en nuestra anterior conversación. Sin embargo, esta vez Jeb no preguntó nada que pudiera llevar a un asunto delicado, no sé si por azar o a propósito, así que no fue necesario que yo tuviera un especial cuidado.

La luz fue desvaneciéndose lentamente hasta que cayó por completo la oscuridad. Después, sólo quedó una luz escasa, plateada, procedente de la luna, que era apenas suficiente, cuando mis ojos se adaptaron a ella, para ver al hombre y al niño que tenía al lado.

Jamie se me fue aproximando poco a poco conforme se hacía de noche. No me di cuenta de que le estaba peinando el pelo con los dedos mientras hablaba hasta que noté que Jeb se quedó mirándome la mano.

Crucé los brazos.

Finalmente Jeb dejó escapar un gran bostezo y Jamie y yo le imitamos.

-Nos has contado una buena historia, Wanda -me dijo Jeb cuando terminamos de estirarnos.

-Eso es lo que hacía... antes. Era profesora de Historia en la Universidad de San Diego.

-¡Profesora! -repitió Jeb, entusiasmado-. Vaya, ¿no es estupendo? Pues hay algo que puedes hacer por nosotros aquí. Sharon, la hija de Mag, enseña a los tres niños que tenemos, pero hay un montón de cosas que no puede hacer. Se le dan bien las matemáticas y esas cosas, pero la historia...

-Sólo enseñaba nuestra historia -le interrumpí. Parecía que esperar a que parara para respirar no iba a funcionar-. No puedo servirlos como profesora aquí. Carezco de formación.

-Vuestra historia es mejor que nada. Son cosas que los humanos debemos saber, teniendo en cuenta que vivimos en un universo más poblado de lo que creíamos.

-Pero en realidad no era profesora en sentido estricto -le dije, desesperada. ¿Es que acaso esperaba de verdad que alguno de los humanos quisiera oír mi voz, o simplemente escuchar mis historias?-. Era una especie de profesora honoraria, una especie de lectora. Sólo querían que estuviera allí..., bueno, por la historia que tiene que ver con mi nombre.

-Justo era eso lo siguiente que iba a preguntar -repuso Jeb con ademán complaciente-. Podemos hablar después de tu experiencia como docente. ¿Por qué te llaman Wanderer? He oído un buen puñado de nombres raros, *Dry Water*, *Fingers in the Sky*, *Falling Upward*\*, todos mezclados, claro, con vuestros equivalentes a las Marías y los Josés. Ya te digo, es lo típico que puede volver loco a un hombre de pura curiosidad.

\* *Agua Seca, Dedos hacia el Cielo, Cayendo Abajo.*

Esperé hasta asegurarme de que había acabado de hablar antes de responderle.

-Bueno, la manera en que esto funciona de forma habitual es que un alma prueba un planeta o dos -dos es la media-, y después se instala en su sitio favorito. Cuando el cuerpo está a punto de morir, se traslada a nuevos anfitriones de la misma especie y en el mismo planeta. Moverse de un tipo de cuerpo a otro es algo que desorienta mucho. La mayoría de las almas odian hacer eso. Incluso algunos ni siquiera se mueven una sola vez en toda su vida del planeta en el que nacen. De vez en cuando, alguien tiene problemas en encontrar dónde instalarse. Se suelen intentar unos tres planetas. Una vez me encontré con un alma que había estado en cinco antes de establecerse con los murciélagos. A mí me gustó aquel sitio... Supongo que es lo más cerca que he estado nunca de escoger un planeta donde quedarme. Si no hubiera sido por la ceguera...

-¿En cuántos planetas has vivido? -preguntó Jamie con voz sofocada. De alguna manera, mientras hablábamos, su mano había

encontrado el camino hasta juntarse con la mía.

-Éste es el noveno -le dije, apretándole cariñosamente los dedos.

-¡Guau, nueve! -jadeó.

-Por eso querían que enseñara. Cualquiera puede contar nuestras estadísticas, pero yo tengo una experiencia personal de la mayoría de los planetas que hemos... tomado. -Dudé al llegar a esa palabra, pero no pareció molestar a Jamie-. Hay sólo tres en los que nunca he estado... Bueno, en realidad son cuatro, ahora que acaban de abrir un mundo nuevo...

Esperaba que Jeb comenzara a bombardearme con preguntas acerca del nuevo mundo, o sobre aquellas cuestiones que yo había evitado, pero se quedó jugueteando con la punta de la barba, con la mente ausente.

-¿Por qué no te has quedado nunca en ninguna parte? -preguntó Jamie.

-Porque nunca he hallado un sitio que me gustara lo suficiente para eso.

-¿Y qué te parece la Tierra? ¿Te gustaría permanecer aquí?

Quise sonreír ante esa credulidad infantil..., porque era como si yo fuera a tener algún día la oportunidad de llegar a trasladarme a otro anfitrión. Como si yo fuera a tener la oportunidad de llegar a vivir aunque sólo fuera un mes más en el planeta en el que estaba ahora.

-La Tierra es... muy interesante -murmuré-, pero es más dura que los otros destinos en los que he estado.

-¿Más duro que aquel lugar donde el aire estaba helado y había bestias con garras? -inquirió.

-En cierto modo, sí.

¿Cómo le podía explicar que en el Planeta de las Nieblas era muy difícil sentirse atacada desde el interior, que el peligro allí sólo venía del exterior?

« ¡Sentirse atacada!», bufó Melanie.

Yo bostecé. «En realidad no me refería a ti -le dije-. Pensaba más bien en todas estas emociones inestables que siempre me traicionan; pero tú también me has atacado al imponerme tus recuerdos de esa manera».

«Ya he aprendido la lección», me aseguró con sequedad.

Pude sentir lo intensamente consciente que era de aquella mano que estaba en la mía. Había una emoción que iba creciendo lentamente dentro de ella y que apenas podía reconocer. Algo cercano a la ira con un matiz de deseo y una cierta parte de resentimiento.

«Celos», me informó ella.

Jeb bostezó de nuevo.

-Creo que estoy siendo un poco maleducado. Debes de estar agotada, después de haber ido de un lado para otro todo el día. Ahora, por si fuera poco, te tengo aquí la mitad de la noche de cháchara. Debería ser mejor anfitrión. Venga, Jamie, vámonos y dejemos dormir un poco a Wanda.

Estaba exhausta. Me sentía como si hubiera sido un día larguísimo, más de lo normal, y teniendo en cuenta las palabras de Jeb, probablemente no era sólo cuestión de mi imaginación.

-Vale, tío Jeb. -Jamie se puso en pie ágilmente, y después ofreció la mano al anciano.

-Gracias, chaval-gruñó Jeb mientras se incorporaba-, y gracias a ti también -añadió, hablando en mi dirección-. Ha sido la conversación más interesante que he tenido en..., bueno, probablemente en toda mi vida. Dejemos descansar tu voz, Wanda, porque mi curiosidad es de las que no tienen fin. ¡Ah, mira, aquí está! Justo a tiempo.

Únicamente en ese instante oí la aproximación de un sonido de pasos. De forma automática, me pegué contra la pared y me apresuré a entrar en mi alojamiento, y después me sentí más expuesta porque la luz de la luna era más brillante dentro.

Me sorprendió que fuera la primera persona que doblaba aquella esquina por la noche, ya que en el corredor parecía alojarse más gente.

-Lo siento, Jeb. Había ido a hablar con Sharon y después he debido de quedarme traspuesto...

Era imposible no reconocer esa voz amable y natural. Se me encogió el estómago, revuelto, y deseé que estuviera vacío.

-Ni siquiera nos hemos dado cuenta, Doc -comentó Jeb-. Nos lo hemos pasado genial. Algún día debes pedirle que te cuente alguna de sus historias... ¡Qué interesantes! Aunque no será esta noche, creo. Está destrozada, te lo aseguro. Os veré por la mañana.

El médico estaba extendiendo una esterilla frente a la entrada de la cueva, justo como había hecho antes Jared.

-No le quites el ojo de encima -dijo Jeb, poniendo el rifle al lado de la esterilla.

-¿Estás bien, Wanda? -inquirió Jamie de pronto-. Estás tiritando.

No me había dado cuenta, pero me temblaba todo el cuerpo. No le contesté, se me había cerrado la garganta del todo.

-Venga, venga -intervino el anciano con voz tranquilizadora-. Le he pedido a Doc que haga una guardia. No tienes que preocuparte por nada. Doc es un hombre de palabra.

El médico sonrió soñoliento.

-No voy a hacerte daño..., Wanda, ¿no es así como te llamas? Te lo prometo. Simplemente vigilaré mientras duermes.

Me mordí el labio, pero el temblor no cedió.

Jeb parecía, sin embargo, que había dejado todo resuelto.

-Buenas noches, Wanda. Buenas noches, Doc -dijo mientras se alejaba por el pasillo.

El muchacho dudó, mirándome con expresión preocupada.

-Doc es buena gente -me prometió con un hilo de voz.

-¡Venga, chico, es tarde!

Jamie se apresuró detrás de Jeb.

Cuando se fueron ellos dos, observé al recién llegado buscando algún cambio en su actitud. Sin embargo, la expresión relajada de Doc no se alteró, y tampoco tocó el arma. Acomodó su largo cuerpo sobre la esterilla y los tobillos y los pies sobresalieron de ella. Tumbado parecía mucho más

pequeño, ya que era delgado como un raíl.

-Buenas noches -murmuró soñoliento.

Yo no contesté, por supuesto. Le observé bajo la luz mate de la luna, midiendo la subida y bajada de su pecho con el sonido de mis latidos, que me atronaba los oídos. Su respiración se ralentizó y se volvió más profunda, y después empezó a roncar con suavidad.

Todo podría haber sido simulado, pero, incluso aunque lo fuera, no había mucho que yo pudiera hacer al respecto. Me arrastré con sigilo dentro de la habitación hasta que sentí el borde del colchón contra mi espalda. Me prometí a mí misma que no tocaría nada de ese lugar, pero probablemente no haría daño a nadie si me limitaba a permanecer acurrucada a los pies de la cama. El suelo era irregular y estaba tan duro...

Los ronquidos acompasados del médico me tranquilizaban y, aunque estuviera fingiendo para calmarme, al menos podía situarlo con exactitud en la oscuridad.

A pesar del riesgo, me pregunté si no sería mejor dormir.

Estaba hecha polvo, como hubiera dicho Melanie. Dejé que se me cerraran los ojos. El colchón era más suave que cualquier objeto que hubiera tocado desde que había llegado allí. Me relajé, hundiéndome en él...

Percibí un suave sonido como de pies arrastrándose, allí dentro de la habitación, conmigo. Abrí los ojos de pronto y pude ver una sombra entre el techo iluminado por la luna y yo. Fuera, los resoplidos del doctor continuaron sin interrupción.



## Capítulo 23

### Confesión

El cuerpo de una sombra grande y sin contornos definidos se onduló cuando se arrastró hasta llegar a mi semblante.

Pensé en gritar, pero el sonido se me quedó atrapado en la garganta, y todo lo que me salió fue un chillido sin fuerza.

-Shh, que soy yo -murmuró Jamie.

Tema un bulto grande y redondeado apoyado en los hombros y lo soltó con un ruido sordo en el suelo. Cuando lo dejó en el suelo, pude ver con claridad su ágil sombra recortada contra la luz de la luna. Me llevé las manos a la garganta y conseguí hacer pasar por ella unas cuantas bocanadas de aire.

-Lo siento -susurró, sentándose en el borde del colchón-, supongo que ha sido un poco estúpido por mi parte. Estaba intentando no despertar a Doc, y ni siquiera se me ocurrió que te asustaría. ¿Estás bien?

Me dio unas palmaditas en el tobillo, que era la parte que tenía más cerca.

-Desde luego -me enfurruñé, aún sin aliento.

-Lo siento -masculló de nuevo.

-¿Qué estás haciendo aquí, Jamie? ¿No deberías estar durmiendo?

-Por eso es por lo que estoy aquí. El tío Jeb ronca que no te lo puedes ni imaginar. No lo soporto más.

Su respuesta no tenía sentido para mí.

-¿Pero tú no sueles dormir con Jeb?

Jamie bostezó y se inclinó para coger el bulto de la esterilla enrollada y la extendió sobre el suelo.

-No, generalmente suelo dormir con Jared. Él no ronca, pero tú lo sabes.

Lo sabía.

-Entonces, ¿por qué no duermes en la habitación de Jared? ¿Te da miedo dormir solo? -No le habría culpado por eso, la verdad es que desde que estaba aquí no me había dejado de sentir aterrorizada.

-¿Miedo? -gruñó, ofendido-. No. Ésta es la habitación de Jared, y la mía.

-¿Qué? -jadeé-. ¿Jeb me ha puesto en la habitación de Jared?

No me lo podía creer. Jared me mataría. No, primero mataría a Jeb y después a mí.

-También es mi habitación. Y fui yo quien le dijo a Jeb que te pusiera aquí.

-Jared se pondrá furioso -susurré.

-Yo puedo hacer lo que quiera con mi cuarto -masculló Jamie con ademán rebelde, pero sin embargo se mordía el labio-. No se lo diremos, no tiene por qué saberlo.

Asentí.

-Buena idea.

-No te importa si duermo aquí, ¿a qué no? El tío Jeb ronca muy fuerte...

-No, no me importa, pero no creo que debas, Jamie.

Él puso cara de pocos amigos, intentando mostrarse rudo para que no viera que se sentía herido.

-¿Por qué no?

-No es seguro. Algunas veces viene gente a verme por la noche...

Se le abrieron unos ojos como platos.

-¿Eso hacen?

-Como Jared tenía el arma, se marcharon.

-¿Quiénes?

-No lo sé... Algunas veces Kyle, pero seguramente también otros que siguen aquí.

Él asintió.

-Pues más razón todavía para que me quede. Doc podría necesitar ayuda.

-Jamie...

-No soy un crío, Wanda. Puedo cuidar de mí mismo.

Era obvio que discutir sólo serviría para que se pusiera más terco.

-Al menos acuéstate en la cama -le dije, claudicando-. Yo dormiré en el suelo, es tu habitación.

-Eso no es correcto. Tú eres la invitada.

Resoplé en voz baja.

-¡Ja! No, la cama es tuya.

-Ni lo sueñes.

Se tumbó en la esterilla, doblando con fuerza los brazos sobre el pecho.

De nuevo comprendí que discutir no era el mejor camino para abordar a Jamie. Bueno, esta vez podría rectificar este asunto en cuanto se adormeciera, pues su sueño era tan profundo que parecía un coma. Melanie lo llevaba donde quería una vez estaba dormido.

-Puedes usar mi almohada -me dijo, palmeando la que estaba a su lado-. No hay necesidad de que estés tan incómoda aquí, pegada a la pata de la cama.

Suspiré, pero me arrastré hacia la parte superior de la cama.

-Mucho mejor -dijo con ademán aquiescente-. ¿Me puedes pasar ahora la de Jared?

Dudé incluso de cogerla, pero él se incorporó, se inclinó sobre mí y la cogió. Yo suspiré de nuevo.

Nos quedamos en silencio un buen rato, escuchando el silbido sordo de la respiración del médico.

-Doc ronca muy bien, ¿a que sí? -susurró Jamie.

-Es bastante continuo -admití.

-¿Estás cansada?

-Sí.

-Oh.

Esperé a que dijera algo más, pero se quedó callado.

-¿Hay algo más que quieras saber? -le pregunté.

No me contestó enseguida, pero noté cómo luchaba consigo mismo, así que espere.

-Si te pregunto algo, ¿me dirás la verdad?

Era mi turno para dudar.

-No lo sé todo -respondí, en un intento de salirme por la tangente.

-Esto lo sabes seguro. Cuando íbamos caminando Jeb y yo...

Bueno, él me estuvo contando unas cuantas cosas, eran ideas tuyas, pero no sé si lleva razón.

Melanie de repente estuvo muy presente en mi cabeza. El susurro de Jamie apenas se oía, ya que era más tenue aun que mi propia respiración.

-El tío Jeb cree que Melanie sigue viva. Ahí, dentro de ti, quiero decir.

«Éste es mi Jamie», suspiró Melanie.

No respondí a ninguno de los dos.

-No sé si es eso posible. ¿Lo es? -Su voz se quebró y comprendí que estaba luchando con las lágrimas. No era un niño ya para echarse a llorar, y ahora le había apenado por segunda vez el mismo día. Sentí un dolor general localizado en el pecho-. ¿Lo es, Wanda?

«Díselo. Por favor, dile que le quiero».

-¿Por qué no me contestas? -Jamie había empezado a llorar, aunque intentaba disimular los sollozos.

Me deslicé fuera de la cama, arrastrándome por el duro suelo que había entre el colchón y la esterilla, y pasé el brazo por encima de su pecho tembloroso. Incliné la cabeza contra su pelo y sentí sus lágrimas cálidas contra mi cuello.

-¿Está Melanie viva todavía, Wanda? Por favor.

Lo más probable era que el muchacho fuera un simple instrumento. El anciano podría haberle enviado precisamente para esto. Jeb era lo bastante listo para ver lo fácilmente que Jamie rompía mis defensas. Era posible que Jeb estuviera buscando confirmación para su teoría y no tuviera reparos en usar al chico para ello. ¿Qué haría el anciano cuando estuviera seguro de esa peligrosa verdad? ¿Cómo usaría la información? Dudaba que quisiera hacerme daño, pero ¿confiaría en mi propio juicio? Los humanos eran criaturas falsas y traicioneras. No podía prever su oscuro plan cuando era algo realmente increíble para los de mi especie.

El cuerpo de Jamie tembló a mi lado.

« ¡Está sufriendo!», gritó Melanie. Ella luchó en vano contra mi férreo control. Por eso, no podría culpar a Melanie si esto se convertía en un gran error. Sabía quién era la que estaba hablando ahora.

-Ella prometió que regresaría, ¿no fue así? -murmuré-. ¿Acaso rompió alguna promesa de las que te hizo?

Jamie deslizó los brazos en torno a mi cintura y se apretó contra mí un buen rato. Después de unos cuantos minutos, susurró:

-Te quiero, Mel.

-Ella también te quiere. Está muy contenta de que estés aquí y a salvo.

Se hizo un silencio lo suficientemente largo para que las lágrimas se secaran en mi piel, dejando por todo rastro un polvillo fino y salado.

-¿A todo el mundo le pasa lo mismo? -murmuró Jamie al cabo de un rato, cuando yo ya pensaba que se había quedado dormido-. ¿Se queda todo el mundo?

-No -le dije con tristeza-. No, Melanie es especial.

-Es fuerte y valiente.

-Mucho.

-¿No crees...? -Hizo una pausa para sorberse la nariz-. ¿No crees que mi padre también puede haberse quedado?

Tragué saliva, intentando deshacer el nudo que se había formado en mi garganta. Pero no funcionó.

-No, Jamie. No lo creo, o al menos no como Melanie.

-¿Y eso por qué?

-Porque hizo que los buscadores os persiguieran. Bueno, él no, el alma que residía en él. Tu padre no hubiera dejado que eso sucediera si aún estuviera dentro. Tu hermana jamás me dejó ver la ubicación de la cabaña y no me permitió saber nada de tu existencia durante mucho tiempo, todo el posible. Y no me trajo hasta aquí hasta que no estuvo segura de que no os haría daño.

Era demasiada información. Sólo una vez que hube terminado, me di cuenta de que el médico había dejado de roncar. No se oía ningún sonido procedente de su respiración. «Estúpida», me maldije a mí misma para mis adentros.

-Vaya -dijo Jamie.

Susurré muy cerca de su oído, tan cerca que no había manera de que el doctor pudiera oír nada a hurtadillas.

-Sí, ella es muy fuerte.

Jamie se estiró para oírme frunciendo el ceño, y entonces miró hacia la abertura, al pasillo oscuro. Debió de darse cuenta de lo mismo que yo, porque volvió el rostro hacia mi oído y susurró aún más bajo que antes:

-¿Y por qué no ibas a herirnos? ¿No era ése tu propósito?

-No. No quería heriros.

-¿Por qué?

-Tu hermana y yo hemos pasado mucho tiempo juntas. Ella te compartió conmigo, y empecé a... quererte.

-¿Y a Jared también?

Apreté los dientes durante un segundo, disgustada por lo rápidamente que había hecho la conexión.

-Claro que tampoco quiero hacerle daño a Jared.

-Él te odia -me contó Jamie, claramente apenado por ese hecho.

-Sí, como todo el mundo -suspiré-. Y no puedo culparlos.

-Jeb no, y yo tampoco.

-Pero lo harás cuando pienses un poco más en ello.

-¡Pero si tú ni siquiera estabas aquí cuando nos invadieron! No cogiste a mi padre, ni a mi madre, ni a Melanie. Estabas en el espacio exterior, ¿no?

-Sí, pero soy lo que soy, Jamie. Actúo al modo de las almas. He tenido muchos otros anfitriones antes de Melanie y nada me ha frenado a la hora de... tomar vidas. Una y otra vez. Así es como vivo.

-¿Te odia Melanie?

Pensé durante un minuto.

-No tanto como solía.

«No. No te odio en absoluto. Ya no, al menos».

-Dice que no me odia ya -murmuré casi de manera mecánica.

-¿Como..., como esta ella?

-Está contenta de estar aquí. Feliz de verte. Ni siquiera le importa ya que vayan a matarnos.

Jamie se puso rígido bajo mi brazo.

-No pueden, ¡no si Melanie sigue viva!

«Le has alterado -se quejó Melanie-. No tenías que haberle dicho eso».

«No será más fácil para él si no está preparado».

-Ellos no se lo creerán, Jamie -le contesté-. Pensarán que miento con el propósito de engañaros y querrán matarme con más ganas si les cuentas esto. Sólo los buscadores mienten.

Esa palabra me hizo estremecerme.

-Pero tú no mientes, yo lo sé -repuso al cabo de un momento.

Me encogí de hombros.

-No les dejaré que la maten.

Su voz, aunque casi tan inaudible como un suspiro, estaba llena de

fiera determinación. Me paralizó la posibilidad de que él se viera más implicado en esta situación conmigo. Pensé en los bárbaros con los que convivía. ¿Le protegería su edad de ellos si él se empeñaba en protegerme? Lo dudaba. Mis pensamientos andaban revueltos, buscando alguna forma de disuadirle sin disparar su cabezonería.

Pero Jamie habló antes de que yo pudiera decir nada. Parecía repentinamente tranquilo, como si tuviera la respuesta correcta justo delante de él.

-Jared pensará algo. Siempre lo hace.

-Tampoco él te creerá, de hecho será quien más se enfade de todos.

-Incluso aunque no lo crea, la protegerá. Sólo por si acaso.

-Ya veremos -murmuré. Ya encontraría las palabras más adecuadas luego, un argumento que no terminara en discusión.

Jamie estaba quieto, pensativo. Al rato, su respiración fue pausándose y se le quedó la boca abierta. Esperé hasta que estuve segura de que estaba completamente dormido y entonces me arrastré por encima de él y con mucho cuidado le cambié del suelo a la cama. Era más pesado que antes, pero me las apañé. No se despertó.

Puse la almohada de Jared donde tenía que estar y me estiré en la esterilla.

«Bueno -me dije a mí misma-, me acabo de arrojar dentro de la sartén»; pero estaba demasiado cansada como para preocuparme de lo que esto significaría al día siguiente. Me sumí en la inconsciencia al cabo de unos pocos segundos.

Cuando me desperté, la luz del sol se reflejaba en las grietas del techo y alguien estaba silbando.

El zumbido cesó.

-Al fin -masculló Jeb cuando mis ojos parpadearon al abrirse.

Me di la vuelta sobre el costado hasta que pude verle; cuando me moví la mano de Jamie se deslizó de mi brazo. En algún momento durante la noche debió de acercarse a mí, bueno, si no a mí, a su hermana.

Jeb estaba apoyado en el marco de roca natural de la puerta, con los brazos cruzados en el pecho.

-Buenos días -dijo-. ¿Has dormido bien?

Me estiré, pensé que había descansado bastante bien y entonces asentí.

-Oh, no empieces otra vez a administrarme el tratamiento del silencio -se quejó, frunciendo el ceño.

-Lo siento -murmuré-. He dormido bien, gracias.

Jamie se removió cuando oyó mi voz.

-¿Wanda? -me llamó.

Me sentí ridículamente emocionada de que fuera mi estúpido apodo lo que había mascullado aún en las fronteras del sueño.

-¿Sí?

Jamie pestañeó y se apartó el pelo enmarañado de los ojos.

-Oh, hola, tío Jeb.

-¿Es que no te parece bien mi habitación, chaval?

-Roncas un montón -replicó Jamie, y luego bostezó.

-¿Pero es que no te he enseñado nada? -le preguntó el anciano-.

¿Desde cuándo dejas que las invitadas o las señoritas duerman en el suelo?

Jamie se sentó de pronto, mirando alrededor, desorientado.

Frunció el ceño.

-No le recrimines nada -le dije a Jeb-. Él insistió en dormir en la esterilla, pero yo le cambié mientras estaba dormido.

Jamie bufó.

-Mel también hacía eso siempre.

Le abrí los ojos del todo, con un gesto de advertencia.

Jeb se echó a reír. Le miré y tenía la misma expresión del día anterior, la de un gato a punto de cazar un ratón. La expresión que decía: «Voy a resolver este rompecabezas». Se nos acercó y le dio una patadita al borde del colchón.

-Ya te has perdido la clase de la mañana. Sharon se va a poner de mal genio con eso, así que muévete.

-Sharon siempre está de mal humor -se quejó Jamie, pero se puso en pie con rapidez.

-Venga ya, chaval.

Jamie me miró de nuevo y después se volvió y desapareció por el pasillo.

-Ahora -me dijo Jeb tan pronto como estuvimos a solas-, creo que toda esta tontería de hacer de canguro ya ha ido demasiado lejos. Soy un hombre ocupado. Todo el mundo está ocupado aquí, demasiado para perder el tiempo haciendo guardias. Así que tendrás que venir conmigo mientras hago mis tareas.

Me quedé boquiabierta.

Él me miró muy serio.

-No te asustes tanto -me gruñó-. Estarás bien. -Le dio unas palmaditas al rifle-. Mi casa no es un lugar para niños.

Desde luego no podía argüir nada en contra. Respiré dos, tres veces profundamente para tranquilizarme. La sangre me latía con tanta fuerza en los oídos que cuando volvió a hablar su voz sonaba baja en comparación:

-Venga, Wanda, estamos perdiendo el día.

Se dio la vuelta y salió pisando fuerte de la habitación. Me quedé helada un momento, y después me deslicé fuera de la estancia. No se estaba echando ningún farol: apenas se le veía ya dando la vuelta a la primera esquina. Corrí detrás de él, horrorizada por el pensamiento de que podía chocarme con cualquier otra persona en esta ala, obviamente deshabitada. Le alcancé antes de que llegara a la intersección de los túneles. Ni siquiera me miró cuando reduje el ritmo de mis pasos para acoplarme al suyo.

-Ya es hora de plantar el campo del nordeste. Tendremos que

trabajar el suelo primero. Espero que no te importe ensuciarte las manos. Una vez que terminemos, veré si te puedo encontrar algo para que te laves. -Me olisqueó bromeando, y después se echó a reír-. Lo necesitas.

Sentí que se me ponía el cogote rojo, pero hice como que no había oído la última frase.

-No me importa ensuciarme las manos -murmuré. Si recordaba bien, el campo del nordeste quedaba fuera del camino. Quizá podría trabajar sola.

Una vez que llegamos a la gran plaza de la cueva, empezamos a adelantar a otros humanos. Todos ellos se quedaban mirándome, furiosos, como era habitual. Empezaba ya a reconocer a la mayoría de ellos. Una era la mujer de mediana edad con una larga trenza de pelo oscuro veteado de gris que había visto el día anterior en el grupo de personas que estaban regando. También estaba con ella el hombre bajito con el vientre prominente, con el pelo fino del color de la arena y mejillas rojizas. Nos encontramos con una joven de aspecto atlético y tez de color marrón caramelo, que había sido la que se había inclinado para atarse el zapato la primera vez que había salido durante el día. Había también otra mujer de piel oscura con labios gruesos y ojos soñolientos que estaba en la cocina, cerca de los dos niños de pelo negro. ¿Sería su madre? Después pasamos junto a Maggie, que se quedó mirando fijamente a Jeb y a mí me ignoró. Había un hombre, a quien estaba segura de no haber visto nunca antes, que era pálido y tenía aspecto enfermizo, con el pelo blanco. Y después pasamos al lado de Ian.

-Hola, Jeb -saludó con alegría-. ¿Qué te traes entre manos?

-Voy a remover la tierra en el campo del este -gruñó Jeb.

-¿Quieres ayuda?

-Pues podrías servir de algo, para variar -masculló Jeb.

Ian se tomó esto como una aprobación y nos siguió a un paso por detrás de mí. Me ponía la carne de gallina sentir sus ojos sobre mi espalda.

Pasamos al lado de un joven que no podía tener muchos más años que Jamie, cuyo pelo tieso sobresalía de su frente de piel olivácea como si fuera lana de acero.

-Hola, Wes -le saludó Ian.

El interpelado le observó en silencio conforme pasábamos. Ian se echó a reír al ver su expresión.

Adelantamos a Doc.

-Hola, Doc -saludó Ian.

-Ian -asintió Doc. Tenía entre las manos un poco de masa. Su camisa estaba cubierta de hilos de una harina oscura.

-Buenos días, Jeb. Buenos días, Wanda.

-Buenos días -contestó Jeb.

Asentí con inquietud.

-Nos vemos por aquí -dijo Doc, apresurándose con su carga.

-Conque Wanda, ¿eh? -comentó Ian.

-Ha sido idea mía -le contestó Jeb-. Le pega, creo.

-Interesante -fue todo lo que dijo Ian.



Finalmente llegamos al campo del este, donde se estrellaron mis esperanzas.

Había más gente por aquí y por allá en los pasadizos, cinco mujeres y nueve hombres. Todos abandonaron sus quehaceres y me miraron; con cara de pocos amigos, por supuesto.

-No les prestes atención -me murmuró Jeb.

Él mismo dio ejemplo siguiendo su propio consejo: se dirigió hacia una pila donde se acumulaban utensilios distintos contra la pared más cercana; se colgó el arma con la correa al hombro y cogió un pico y dos palas.

Me sentí expuesta allí, con él tan lejos. Ian estaba justo un paso detrás de mí, hasta el punto de que podía oír su respiración. El resto de los allí presentes continuaron taladrándome con la mirada y sin soltar las herramientas. No dejé de constatar el hecho de que los picos y las azadas que servían para trabajar la tierra también podían usarse fácilmente para destrozarse un cuerpo. Me pareció, cuando interpreté algunas de sus expresiones, que no era la única a la que se le había ocurrido esa idea.

El anciano regresó y me ofreció una pala. Aferré la suave asa de madera desgastada y la sopesé. Era difícil no pensar en ella como en un arma después de ver el ansia de sangre en los ojos humanos, y no me gustó la idea. Dudé que fuera capaz de usarla de esa manera, incluso aunque sólo fuera para parar un golpe.

Jeb le dio a Ian el pico. El agudo metal ennegrecido tenía un aspecto letal en sus manos. Debí hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no escapar fuera de su alcance.

-Vamos a la esquina del fondo.

Al menos Jeb me llevó hacia la parte menos ocupada de la gran cueva soleada. Hizo que Ian cavara con el pico el polvo cocido al sol que teníamos delante de nosotros, mientras yo deshacía los terrones y él me seguía, aplastando los trozos que quedaban y convirtiéndolos en tierra útil con el borde de su pala.

Cuando vi cómo corría el sudor por la piel clara de Ian, que se había quitado la camisa después de unos cuantos segundos bajo la luz seca y abrasadora de los espejos, y también escuché los resuellos de Jeb detrás de mí, comprendí que me habían dado el trabajo más fácil. Yo hubiera deseado que fuera algo más difícil de hacer, algo que me impidiera distraerme con los movimientos de los otros humanos. Cada uno de ellos me hacía encogerme y estremecerme.

No podía hacer el trabajo de Ian porque no tenía el grueso brazo y los fuertes músculos de la espalda necesarios para hender realmente la tierra dura, pero decidí hacer lo que pudiera del de Jeb, intentando deshacer los trozos en piezas más pequeñas antes de seguir hacia delante. Me ayudó un poco, porque ese cometido me obligó a mantener los ojos fijos y concentrarme del todo en el trabajo.

Ian nos traía agua de vez en cuando, pues la aguadora, una mujer baja de piel clara que había visto ya antes en la cocina, nos ignoraba. Ian trajo la suficiente para tres personas cada vez. Encontraba su cambio de actitud

respecto a mí muy inquietante. ¿Ya no tenía interés en procurar mi muerte? ¿O simplemente estaba esperando su oportunidad? El agua allí siempre sabía rara, con un sabor sulfuroso y rancio, pero entonces ese sabor me pareció sospechoso. Intenté ignorar en lo posible mi natural tendencia a la paranoia.

Trabajé lo bastante duro como para mantener los ojos ocupados y la mente anulada. No me di cuenta de que llegábamos al final hasta que Ian no se paró, y yo me detuve también. Se estiró, alzó el pico por encima de la cabeza con las dos manos e hizo crujir las articulaciones. Me alejé del pico alzado, pero él no vio mi gesto. Entonces observé que todos los demás también se habían parado. Miré hacia el suelo removido a nuestro lado, y después a todos los demás antes de percatarme de que el campo estaba arado.

-Buen trabajo -anunció Jeb en voz alta al grupo-. Sembraremos y regaremos mañana.

La gruta se llenó de voces en voz baja y golpeteos metálicos mientras las herramientas volvían a apilarse una vez más contra la pared. Alguna de las conversaciones eran despreocupadas, y otras tensas por mi causa. Ian alargó la mano para recoger mi pala y se la di, sintiendo que mi estado de ánimo, de por sí bajo, se hundía directamente hacia el suelo. No tenía ninguna duda de que estaba incluida en la primera persona del plural empleada por Jeb. El día siguiente iba a ser un día tan duro como éste.

Miré a Jeb con tristeza, pero él estaba sonriendo en mi dirección. Había una cierta petulancia en ese gesto, una jactancia que me hizo creer que sabía lo que yo pensaba en ese instante, y que no sólo adivinaba mi incomodidad, sino que estaba disfrutando con ella.

Mi loco amigo me guiñó un ojo. Comprendí que eso era lo mejor que podía esperar de la amistad humana.

-Te veré mañana, Wanda -me gritó Ian desde el otro lado de la habitación, y se rió para sus adentros.

Todo el mundo se quedó mirando.

## Capítulo 24

### Tolerada

Lo cierto era que no olía nada bien.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba allí, ¿quizá más de una semana, o más de dos?, Y todos los había pasado sudando con la misma ropa que había llevado durante mi desastrosa expedición por el desierto. La sal se había secado en mi camiseta de algodón hasta tal punto que se había arrugado en pliegues rígidos como un acordeón. Antes era de color amarillo pálido, pero ahora estaba llena de manchones del mismo enfermizo color púrpura oscuro del suelo de la cueva. Tenía el pelo corto lleno de arena, me daba la impresión de que lo tenía revuelto en greñas desordenadas alrededor de la cabeza, con una cresta rígida en lo alto, como una cacatúa. No había visto mi rostro desde hacía tiempo, pero me lo imaginé en dos tonos de púrpura: el del polvo de la cueva y el de los moratones que se estaban curando.

Así que entendía cuánta razón tenía Jeb: necesitaba un baño, y también cambiarme de ropa, para que el baño mereciera la pena. Jeb me ofreció algunas ropas de Jamie para ponérmelas mientras se secaban las mías, pero no quería estropear las pocas pertenencias de Jamie dándolas de sí. Menos mal que no intentó ofrecermé ninguna de Jared. Al final me dio una camisa de franela suya, vieja pero limpia, con las mangas recogidas, y un descolorido pantalón de chándal con las perneras cortadas y llenas de agujeros que nadie había reclamado durante meses. Llevaba todo esto colgado del brazo, y además en la mano un montón desigual de trozos arbitrariamente cortados y malolientes de lo que Jeb juraba que era jabón de cactus hecho en casa, mientras le seguía hacia la habitación de las dos corrientes de agua.

Otra vez se daba el caso de que no estaba sola, y de nuevo me sentí miserable y descontenta de que fuera así. Había tres hombres y una

mujer, la de la trenza encanecida, que estaban llenando cubos de agua de la corriente más pequeña. Se oían ecos de gente salpicándose y risas procedentes de la sala de baños.

-Esperaremos nuestro turno -me dijo Jeb.

Se reclinó contra la pared. Yo me situé de pie a su lado, envarada e incómodamente consciente de los cuatro pares de ojos fijos en mí, aunque yo mantuve los míos en el oscuro manantial caliente que corría bajo el suelo poroso.

Después de una corta espera, salieron tres mujeres del baño con el pelo mojado, chorreando por la parte trasera de las camisetas: la atlética mujer de piel de color caramelo, una joven rubia que no recordaba haber visto antes y la prima de Melanie, Sharon. Sus risas se detuvieron bruscamente tan pronto como nos vieron.

-Buenas tardes, señoras -saludó Jeb, tocándose la frente como si fuera el ala de un sombrero.

-Jeb -respondió con sequedad la mujer de piel acaramelada.

Sharon y la otra chica nos ignoraron.

-Vale, Wanda -dijo él cuando pasaron-, todo tuyo.

Le dirigí una mirada apesadumbrada, y después me abrí camino cuidadosamente hacia la habitación oscura.

Estaba convencida de estar a un par de metros del borde del agua, por lo que me devané los sesos a fin de recordar la disposición del suelo. Me descalcé lo primero de todo para sentir el correteo del agua entre los dedos de los pies.

Estaba muy oscuro. Recordé la superficie de la piscina, del color de la tinta, y se me llenó la cabeza de extrañas ideas acerca de lo que podría acechar bajo su superficie opaca y me eché a temblar; pero cuanto más esperara antes tendría que salir, de modo que coloqué la ropa limpia al lado de los zapatos y, con el oloroso jabón en la mano, avancé con sumo cuidado hasta que encontré el borde de la piscina.

El agua estaba fresca en comparación con el aire vaporoso de la caverna contigua. Estaba estupenda. Esto no me quitó la sensación de terror, pero al menos aprecié la sensación agradable. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había sentido algo fresco. Me sumergí hasta la altura de la cintura completamente vestida con mis ropas sucias. Percibí cómo se arremolinaba el agua de la corriente en mis tobillos, empujándome contra la roca. Estaba contenta de que el agua no estuviera estancada, ya que, en caso contrario, habría sido desagradable mancharla, con lo sucia que estaba yo.

Me agaché en la pila y me sumergí hasta los hombros.

Restregué el jabón contra mi ropa, pensando que sería la mejor manera de asegurarme de que quedara limpia. Notaba un leve ardor en la piel al contacto con el jabón.

Me quité las ropas enjabonadas y las froté bajo el agua. Después las volví a enjuagar una y otra vez hasta que no quedó nada de restos de sudor ni de lágrimas que pudieran haber sobrevivido; las escurrí y las puse en

el suelo, al lado de los zapatos.

El jabón me escoció con más intensidad cuando lo apliqué a la piel desnuda, pero la picazón era soportable porque significaba que volvería a estar limpia de nuevo. Cuando me estaba enjabonando, la piel me picaba por todas partes y sentía que me ardía el cuero cabelludo. Tenía la sensación de que los lugares donde se me habían formado los cardenales estaban más sensibles que el resto de mi cuerpo, y aún debían de quedarme unos cuantos. Me sentí aliviada cuando dejé al fin el jabón corrosivo sobre el suelo de roca y me enjuagué el cuerpo una y otra vez, del mismo modo que había hecho con mis ropas.

Salí chapoteando de la piscina con una extraña mezcla de alivio y pena. El agua era muy agradable, tanto como sentir la piel limpia, aunque escocida. ¡Ya había tenido suficiente con no poder ver y todo lo que se me pasaba por la imaginación en la oscuridad! Tanteé alrededor hasta que encontré la ropa seca; me la puse rápidamente y luego metí los pies arrugados por el agua en los zapatos. Llevaba ropa limpia en una mano y el jabón sujeto con sólo dos dedos de la otra.

Jeb se echó a reír cuando vio que llevaba el jabón tan cuidadosamente cogido.

-Escuece un poco, ¿a que sí? Estamos intentando mejorar eso. - Alargó la mano, protegida por el faldón de su camisa, y colocó allí el jabón.

No respondí a su afirmación, porque no estábamos solos. Había toda una fila esperando en silencio detrás de él, en total cinco personas, todos ellos procedentes del campo donde habíamos removido el suelo.

Ian era el primero.

-Tienes mejor aspecto -comentó, pero no habría sabido decir por su tono si estaba sorprendido o enfadado por eso.

Alzó una mano, extendiendo los dedos largos y pálidos hacia mi cuello. Yo me encogí y me aparté, y él dejó caer la mano con rapidez.

-Lo siento mucho -masculló entre dientes.

No sabía si se estaba refiriendo a que acababa de asustarme o más que eso a que me había marcado el cuello antes. No me cabía en la cabeza que se estuviera disculpando por haber intentado matarme. Seguramente, todavía quería verme muerta, pero no iba a preguntarle si era así. Comencé a avanzar y Jeb me siguió.

-Así que hoy no ha estado tan mal -comentó según caminábamos por el corredor oscuro.

-No tan mal, no -murmuré. Después de todo, no me habían asesinado y eso siempre había que considerarlo algo positivo.

-Mañana todo irá mejor aún -me prometió-. Siempre he disfrutado plantando y observando cómo se produce el milagro de esas pequeñas semillas que parecen muertas eclosionando llenas de vida en su interior. Me hace sentir como si un viejo marchito como yo aún tuviera algún potencial dentro. Aunque sólo sea como fertilizante.

Se echó a reír de su chiste.

Cuando llegamos a la gran caverna del huerto, Jeb me tomó por el

codo y me dirigió hacia el este en vez de hacia el oeste.

-No me digas que no tienes hambre después de todo lo que has cavado -comentó-, y no es trabajo mío llevarte la comida a la habitación, así que vas a comer en compañía de todos los demás.

Hice una mueca dirigida al suelo, pero le dejé conducirme a la cocina.

Era algo positivo que la comida fuera la misma de todos los días, porque si, por milagro, hubiera llegado a materializarse un filete de solomillo o una bolsa de Cheetos no habría sido capaz de degustarlos en lo más mínimo. Tuve que concentrarme muchísimo para obligarme a tragar la comida, ya que odiaba hacer hasta el más pequeño ruidito en el silencio mortal que siguió a mi aparición. La cocina no estaba llena de gente, sólo había diez personas masticando sus toscos panecillos pegados a los mostradores y bebiendo aquella sopa aguada, pero nuevamente conseguí acabar con todas las conversaciones. Me pregunté cuánto duraría esa situación.

La respuesta fue exactamente cuatro días.

Me llevó justo ese espacio de tiempo comprender el propósito de Jeb, qué motivación le llevaba a ese cambio, del anfitrión cortés al jefe estricto, exigente y con maneras de viejo cascarrabias.

El día siguiente a haber removido el suelo, lo pasé sembrando y regando el mismo campo. Era un grupo diferente al del día anterior; me imaginé que había algún tipo de rotación de las tareas en este lugar. Maggie estaba en este grupo, y también la mujer de piel color caramelo, cuyo nombre desconocía. La mayoría trabajó en silencio, un mutismo de lo más antinatural, como si fuera una protesta por mi presencia.

Ian trabajó de nuevo con nosotros, aunque claramente no le correspondía ese turno, y eso me molestó.

Tuve que comer de nuevo en la cocina. Jamie estaba allí y su presencia evitó que la habitación quedara en completo silencio. Sabía que era demasiado sensible como para no darse cuenta del incómodo silencio, aunque lo ignoró de forma deliberada, simulando que él y Jeb eran los únicos que había en la habitación. Charló sobre cómo le había ido el día en las clases de Sharon, fanfarroneando un poco sobre algún problema que había tenido por hablar sin corresponderle y quejándose de las tareas que ella le había puesto como castigo. Jeb le reprendió sin muchas ganas; desde luego, ambos hicieron un gran trabajo actuando como si todo fuera normal. Yo sin embargo no tengo ninguna habilidad interpretativa. Cuando Jamie me preguntó cómo me había ido el día, lo único que pude hacer fue mirar fijamente mi comida y mascullar respuestas de una sola palabra. Esto pareció entristecerle, pero no me presionó.

La historia fue diferente por la noche, porque no quiso que yo dejara de hablar hasta que no le supliqué que me permitiera dormir. Jamie había reclamado su cuarto, apropiándose del lado de Jared de la cama e insistiendo en que yo usara el suyo. Así era como Melanie recordaba que habían sido antes las cosas, y estuvo de acuerdo con el arreglo.

Jeb también.

-Esto me soluciona el problema de encontrar a alguien para que haga guardia. Mantén el arma cerca y no olvides que está ahí -le dijo a Jamie.

Yo protesté de nuevo, pero tanto el hombre como el niño rehusaron escucharme. Así que Jamie durmió con el rifle al lado opuesto de su cuerpo y yo me preocupé y tuve pesadillas con el asunto.

El tercer día me tocó como tarea trabajar en la cocina.

Jeb me enseñó cómo amasar aquella tosca masa de pan, cómo partirla en montoncitos redondos y dejarla subir, y más tarde, cómo alimentar el fuego al fondo del gran horno de piedra cuando estaba lo suficientemente oscuro para dejar que saliera el humo.

Jeb se marchó a media tarde.

-Voy a buscar un poco más de harina -murmuró, jugando con la correa que sostenía el rifle colgado de su hombro.

Las tres mujeres silenciosas que amasaban a mi lado no levantaron la mirada. Yo estaba manchada de aquella masa viscosa hasta los codos, pero empecé a raspármela para poder limpiarme antes de seguirle.

Jeb sonrió, lanzó una mirada a las mujeres indiferentes y negó con la cabeza en mi dirección; entonces se dio la vuelta y salió disparado de la habitación antes de que pudiera ponerme en pie.

Me quedé helada, casi sin respiración. Miré a las tres mujeres, la joven rubia del baño, la mujer de la trenza canosa y la madre de los párpados caídos, y esperé a que se dieran cuenta de que podían matarme en ese momento. Sin Jeb ni su arma, y con las manos atrapadas en aquella masa pegajosa, no había nada que las pudiera detener.

Pero ellas continuaron amasando, sin que parecieran ser conscientes de esta verdad cristalina. Después de un momento largo, de esos que te dejan sin aliento, volví a amasar de nuevo yo también. Quedarme quieta probablemente las habría alertado de la situación más que si continuaba trabajando.

Pareció como si Jeb hubiera estado fuera una eternidad. Quizá se refería a que necesitaba moler más harina, porque no se me ocurría otra explicación para su larguísima ausencia.

-Te has tomado tu tiempo... -comentó la mujer de la trenza canosa cuando Jeb regresó, de modo que comprendí que no había sido cosa de mi imaginación.

Jeb dejó caer un pesado saco de arpillera en el suelo con un golpe sordo.

-Está lleno hasta arriba. Prueba a traerlo tú, Trudy.

Trudy resopló.

-Me imagino que habrás tenido que descansar un montón de veces para arrastrarlo hasta aquí.

El anciano le sonrió.

-No lo dudes.

El corazón me había palpitado desbocado durante todo ese tiempo; sus latidos me habían atronado en los oídos hasta que llegó Jeb, momento en el que adoptó un ritmo menos frenético.

Al día siguiente estuvimos limpiando los espejos de la habitación donde se encontraba el campo de maíz. Jeb me dijo que era algo que debía hacerse de forma rutinaria, ya que la combinación de humedad y polvo los cubría hasta que la luz se volvía demasiado tenue para alimentar a las plantas. A Ian le tocó trabajar otra vez con nosotros, y fue quien se subió a la destartada escalera de madera mientras Jeb y yo intentábamos mantener la base equilibrada. Era una tarea difícil debido al peso de Ian y al poco equilibrio que tenía la escalera artesanal. Al final del día sentía los brazos flojos y doloridos.

Ni siquiera me di cuenta hasta que no hubimos terminado y nos dirigimos hacia la cocina de que Jeb no llevaba colgado al hombro el rifle.

Jadeé de forma audible y mis rodillas temblaron como las de un potrillo asustado. Me tambaleé hasta que me detuve.

-¿Va algo mal, Wanda? -me preguntó Jeb, con un aspecto de lo más inocente.

Se lo hubiera preguntado si Ian no hubiera estado a su lado observando mi extraño comportamiento con la fascinación pintada en sus vívidos ojos azules.

Así que me limité a fijar en Jeb una mirada con los ojos muy abiertos llena de una mezcla de incredulidad y reproche, y después lentamente volví a caminar a su lado, negando con la cabeza. Jeb se echó a reír por lo bajo.

-¿De qué va esto? -refunfuñó entre dientes Ian dirigiéndose a Jeb, como si yo estuviera sorda.

-Ni idea -replicó Jeb, mintiendo como sólo podía hacer un humano, con naturalidad y sin sentirse culpable.

Era tan buen embustero que me estaba preguntando si se había olvidado el arma, el día anterior me había dejado sola y realizaba todo ese esfuerzo de obligarme a tener compañía humana porque era su forma de conseguir que me mataran sin tener que realizar él mismo el trabajo. ¿Todas sus demostraciones de amistad sólo existían en mi mente? ¿O eran otra mentira más?

Aqué era el cuarto día que comía en la cocina.

Jeb, Ian y yo caminamos por la larga y cálida habitación hacia una multitud de humanos que charlaban en voz baja sobre los sucesos del día y esta vez no ocurrió nada.

No ocurrió nada.

No hubo ningún silencio repentino. Nadie se paró a lanzarme miradas envenenadas ni pareció dar muestras de que estábamos allí de ninguna manera.

Jeb me dirigió hacia un asiento vacío y entonces fue a buscar pan para los tres. Ian se acomodó a mi lado y se volvió para entablar conversación con la chica que tenía al otro lado. Era la joven rubia, a la que llamó Paige.

-¿Cómo te van las cosas? ¿Qué tal lo llevas con Andy fuera? -le preguntó.

-Estaría bien si no me preocupara tanto -repuso ella, mordiéndose



el labio.

-Regresarán pronto -le aseguró Ian-. Jared siempre trae a todos de vuelta, tiene verdadero talento para eso. No hemos tenido ningún mal episodio desde que él vino; ni el menor problema. Andy estará bien.

Mi interés se disparó cuando mencionó a Jared, y Melanie, tan somnolienta esos días, se removió, aunque Ian no añadió nada más. Palmeó amistosamente el hombro de Paige y se volvió para coger la comida que le había traído Jeb.

Éste se sentó a mi lado y examinó la habitación con una profunda sensación de satisfacción dibujada muy claramente en el rostro. Yo también paseé la mirada alrededor de la habitación intentando descubrir lo que él veía. Así debía de haber sido todo antes de que yo apareciera. Ése fue el primer día que no parecía que yo les molestara. Debían de estar ya cansados de que interrumpiera sus vidas.

-La situación vuelve a su cauce -le comentó Ian a Jeb.

-Sabía que pasaría. Todos ellos son personas razonables.

Fruncí el ceño para mis adentros.

-Eso es cierto, al menos de momento -dijo Ian, riendo-; como mi hermano no está por aquí...

-Exactamente -admitió Jeb.

Me resultó interesante saber que Ian se consideraba a sí mismo una persona razonable. ¿Había reparado en que Jeb iba desarmado? Me quemaba la curiosidad, pero no me iba a arriesgar a ahondar en el asunto, por si se daba el caso de que Ian no se hubiera dado cuenta.

La comida continuó como había empezado. La vida continuaba como si tal cosa en la fortaleza de Jeb. La novedad de mi aparición había perdido todo interés. Esa constatación me hizo sentirme extrañamente esperanzada, y aunque esta emoción fuera una estupidez en mi situación, no pude evitar sin embargo verme arrastrada por ella y que diera a mis percepciones un color más brillante que antes.

Cuando terminamos de comer, Jeb dijo que me merecía un descanso. Me acompañó todo el camino hasta mi habitación, jugando otra vez al caballero.

-Buenas tardes, Wanda -me dijo, quitándose un sombrero imaginario.

Yo respiré profundamente para tomar fuerzas:

-Jeb, espera...

-¿Sí?

-Jeb... -dudé, intentando encontrar una manera educada de expresarlo-. Yo..., bueno, quizá sea estúpido por mi parte, pero he pensado que de algún modo somos amigos.

Examiné detenidamente su rostro buscando algún cambio que pudiera indicar si iba a mentirme. Él mantuvo su expresión amable, pero ¿qué sabía yo de los trucos de un mentiroso?

-Claro que lo somos, Wanda.

-Entonces, ¿por qué quieres que me maten?

Sus cejas peludas se alzaron expresando incredulidad.

-¡Anda! ¿Y qué te hace pensar eso, cariño?

Hice una lista con mis pruebas.

-No te has traído hoy el arma, y ayer me dejaste sola.

-Creía que odiabas ese rifle... -Esperé a que respondiera mi pregunta-. Wanda, si quisiera verte muerta, no habrías pasado del primer día.

-Ya lo sé -farfullé, comenzando a sentirme avergonzada sin entender por qué-, pero es que todo es tan confuso...

Jeb se echó a reír con alegría.

-¡No, no quiero que mueras! Ésa es la única verdad, chica. Quiero que todos se acostumbren a verte por aquí, y que acaben por aceptar la situación sin darse cuenta. Es como cuando cueces un sapo.

Se me arrugó la frente ante aquella comparación tan excéntrica, pero Jeb me lo explicó:

-Si arrojas un sapo en un cazo de agua hirviendo, saltará hacia fuera. Pero si pones al sapo en una olla de agua templada y la calientas lentamente, el sapo no se dará cuenta de lo que está pasando hasta que no sea demasiado tarde. Ea, sapo hervido. Es simplemente una cuestión de trabajar de forma gradual.

Lo pensé durante un segundo.

-¿Jeb?

-¿Sí?

-¿Yo soy el sapo o el agua?

Se echó a reír.

-Dejaré eso en el aire para que tengas algo en lo que pensar. La auto exploración es positiva para el alma. -Se echó a reír de nuevo, esta vez más alto, mientras se volvía-. Y no hay intención ninguna en el juego de palabras.

-Espera, ¿puedo preguntarte una cosa más?

-Claro. Digamos que es tu turno después de todo lo que te he preguntado yo.

-¿Por qué eres amigo mío, Jeb?

Frunció los labios durante un segundo, considerando la respuesta.

-Ya sabes que soy un hombre curioso -comenzó, y yo asentí-, y bueno, solía observaros a vosotras, las almas, mucho, pero nunca había tenido la posibilidad de hablar con ninguna. Tenía muchas preguntas que se me iban acumulando cada vez más... Además, siempre he pensado que si una persona quiere, puede llevarse bien casi con cualquiera. Me gusta poner mis teorías a prueba. Y mira, aquí estás tú, una de las chicas más encantadoras que he conocido nunca. Es realmente interesante tener un alma como amiga y me hace sentirme muy especial haberlo conseguido.

Me guiñó un ojo, hizo una inclinación doblándose por la cintura y se marchó.

El hecho de que comprendiera el plan de Jeb no me lo puso más

fácil cuando éste intensificó su aplicación.

Ya no llevaba nunca el arma a ninguna parte. Yo ignoraba su paradero, pero me sentía agradecida de que Jamie no durmiera con ella, ¡menos mal! Me ponía algo nerviosa tener a Jamie conmigo sin protección, pero decidí que corría así menos peligro que con el arma a mano. Nadie podría sentir la necesidad de hacerle daño si no representaba una amenaza. Además, nadie vino a verme de nuevo.

Jeb comenzó a enviarme a realizar pequeños recados. «Ve a la cocina a por otro panecillo, porque me he quedado con hambre». «Tráete un cubo de agua para regar, que esta esquina está seca». «Saca a Jamie de su clase, que tengo que hablar con él». « ¿Han brotado ya las espinacas? Ve y míralo». « ¿Te acuerdas del camino a través de las cuevas del sur? Tengo un mensaje para Doc»

Cada vez que tenía que llevar a cabo una de aquellas simples directrices entraba en una bruma sudorosa de miedo. Me concentraba en convertirme en algo invisible y en caminar tan rápido como pudiera sin llegar a correr por los grandes habitáculos y los corredores oscuros. Solía mantenerme pegada a las paredes y con los ojos bajos. En términos generales me ignoraban, aunque alguna vez llegué a interrumpir alguna conversación del mismo modo que antes. La única vez que me sentí en un inmediato peligro de muerte fue cuando interrumpí la clase de Sharon para avisar a Jamie. La chica me dedicó una de esas miradas que suelen preceder a una acción hostil, pero dejó que Jamie se fuera con un seco asentimiento después de que yo consiguiera farfullar mi petición; después, cuando estuvimos a solas, él me cogió la mano, que aún me temblaba, y me dijo que Sharon se comportaba así siempre que alguien interrumpía sus clases.

El peor momento fue la vez que tuve que ir a buscar a Doc, porque Ian insistió en enseñarme el camino. Podría haberme negado, supongo, pero a Jeb le venía bien así y eso quería decir que Jeb confiaba en que Ian no me mataría. Yo, desde luego, estaba de lo más incómoda a la hora de probar esa tesis en concreto, aunque parecía ser inevitable. Si el anciano se había equivocado al confiar en Ian, entonces éste habría encontrado su oportunidad bien pronto. A pesar de ello, seguí a Ian a través del largo túnel oscuro, como si me sometiera al resultado de una ordalía.

Conseguí sobrevivir la primera mitad del trayecto, y le entregué a Doc el mensaje. No pareció sorprendido de ver a Ian acompañándome. Quizá era cosa de mi imaginación, pero pensé que habían intercambiado una mirada significativa. Casi esperaba que me ataran a una de aquellas camillas de Doc en cualquier momento. Aquellas habitaciones me daban náuseas.

Sin embargo Doc se limitó a darme las gracias y se despidió como si estuviera ocupado. No sabía qué era realmente lo que estaba haciendo, ya que tenía varios libros abiertos y pilas y pilas de papeles que no parecían contener otra cosa que esquemas.

En el camino de vuelta, mi curiosidad le ganó la batalla al miedo.

-¿Ian? -inquirí, aunque tuve algo de dificultad en decir el nombre al principio.

-¿Si? -contestó sorprendido de que me dirigiera a él.

-¿Por qué no me has matado aún?

Él resopló.

-¡Qué directa!

-Podrías haberlo hecho, como bien sabes. Jeb podría disgustarse, pero no creo que te disparara.

¿Qué estaba diciendo? Sonaba como si estuviera intentando convencerle, así que enseguida me mordí la lengua.

-Lo sé -comentó en tono complaciente.

Se hizo el silencio un momento, durante el cual sólo se oyó el sonido del eco de nuestros pasos, bajo y sordo, rebotando sobre las paredes del túnel.

-Simplemente no me parece bien -respondió lan al fin-. He estado pensando mucho en ello y no creo que matarte sirviera para nada. Sería como ejecutar a un soldado raso por las fechorías del general en una guerra. Ahora bien, no estoy de acuerdo con todas esas teorías locas de Jeb, aunque seguro que sería estupendo poder creerlas; pero no se consigue que algo se haga realidad por el simple hecho de desearlo. Así que tanto si lleva razón como si no, no tengo la impresión de que supongas ningún daño para nosotros. He de admitirlo, pareces querer realmente al chico. Es algo muy raro de observar. De cualquier modo, mientras no nos pongas en peligro, me parecería... una crueldad matarte. Tampoco pasa nada por añadir otro inadaptable social a este sitio.

Pensé en el concepto «inadaptable social» por un momento. Era la mejor descripción que podía hacerse de mí de todas las que había oído en mi vida. ¿Dónde había encajado yo alguna vez?

¡Qué extraño que lan, entre todos los humanos, fuera el que tuviera un interior tan sorprendentemente considerado! No me había dado cuenta de que la crueldad le podía parecer negativa en ningún sentido.

Esperé en silencio mientras yo reflexionaba sobre todo esto.

-Si no quieres matarme, entonces, ¿por qué has venido hoy conmigo? -le pregunté.

Hizo una pausa antes de contestar.

-No estoy seguro de... -dudó-. Jeb cree que las cosas se han calmado, pero yo no estoy completamente seguro. Hay todavía una cuanta gente... De cualquier modo, Doc y yo te echamos un ojo cuando podemos. Sólo por si acaso. La verdad es que enviarte por el túnel sur me pareció un poco como poner demasiado a prueba tu suerte, al menos así lo veo; pero eso es lo que Jeb hace mejor, forzar la suerte hasta el límite.

-¿Tú..., tú y Doc estáis intentando protegerme?

-Qué raro es el mundo, ¿a que sí?

Pasaron unos cuantos segundos antes de que pudiera contestar.

-De lo más raro -concedí finalmente.

## Capítulo 25

### Obligada

Transcurrieron una o tal vez dos semanas, no lo sé con exactitud, ya que el cómputo del tiempo resultaba irrelevante en aquel lugar, y pese a los días transcurridos, todo siguió pareciéndome tan extraño como antes, o quizá más.

Trabajaba con los humanos a diario, pero no siempre con Jeb. Algunos días me acompañaba Ian, otros Doc, y más a menudo sólo Jamie. Sembré campos, amasé pan, fregué mostradores, acarreeé agua, herví sopa de cebolla, lavé ropa en la parte más alejada de la piscina negra, y me quemé las manos fabricando aquel jabón ácido. Todo el mundo cumplía su parte y, ya que no tenía derecho a estar allí, intentaba trabajar el doble que los otros. No iba a poder ganarme mi puesto, eso ya lo sabía, pero procuraba hacer de mi presencia una molestia lo más llevadera posible.

Hice un esfuerzo por conocer un poco más a los humanos que tenía cerca de mí, y permanecía atenta a sus conversaciones. Logré memorizar sus nombres, al menos. La mujer de la piel color caramelo se llamaba Lily y era de Filadelfia. Tenía un seco sentido del humor y se llevaba bien con todo el mundo debido a su flema. El joven de hirsuto pelo negro, Wes, se quedaba mirándola con frecuencia, pero ella nunca parecía notarlo. Tenía sólo diecinueve años, y había huido de Eureka, en Montana. La madre de los ojos soñolientos se llamaba Lucina y sus dos hijos, Isaiah y Libertad; Libertad había nacido allí, en las cuevas; había sido Doc quien la había asistido en el parto. A estos tres los veía poco, y tenía la sensación de que su madre mantenía a los chicos tan lejos de mí como le era posible en un espacio tan reducido. El hombre de mejillas rojizas, casi calvo, era el marido de Trudy y se llamaba Geoffrey. A menudo les acompañaba otro anciano, Heath, que había sido el mejor amigo de Geoffrey desde su infancia más

temprana. Los tres habían escapado juntos de la invasión. El hombre pálido del pelo blanco era Walter y estaba enfermo, aunque Doc no acertaba a averiguar su dolencia y no había forma de saber qué le pasaba sin laboratorios ni pruebas, e incluso aunque pudiera hacerse el diagnóstico no había medicinas con las que tratarlo. Como los síntomas se iban acentuando, Doc comenzaba a pensar que era una forma de cáncer. Esto me entristecía, observar cómo alguien podía morir de algo tan fácil de curar. Walter se cansaba con facilidad, pero siempre estaba alegre. La aguadora de ese primer día en los campos se llamaba Heidi. Su melena rubia era tan clara en algunas partes que rozaba la blancura, un blanco reforzado por el contraste de sus ojos negros. Travis, John, Stanley, Reid, Carol, Violetta, Ruth Ann... Al menos conocía ya todos sus nombres. Había treinta y cinco humanos en la colonia, pero seis de ellos se habían marchado a la expedición, Jared incluido. Ahora quedaban veintinueve moradores en las cuevas y una extraterrestre, por lo general mal considerada.

También aprendí algunas cosas más sobre mis vecinos. Ian y Kyle compartían la cueva que había en mi pasillo con las dos puertas auténticas apoyadas contra la entrada. Ian se había marchado a dormir con Wes a otro corredor para protestar por mi presencia allí, pero se volvió a trasladar a su habitación al cabo de un par de noches. Las otras cuevas cercanas también se habían quedado vacías durante un tiempo. Jeb me explicó que los ocupantes me temían, lo cual me hizo reír. ¿Cómo podían temer veintinueve serpientes de cascabel a un solitario ratoncillo de campo?

Ahora, Paige había regresado a la habitación contigua, a la cueva que compartía con su compañero Andy, cuya ausencia tanto lamentaba. Lily ocupaba la primera cueva con Heidi, la de las sábanas estampadas. Heath habitaba la segunda, la de la cartulina y la cinta adhesiva plateada, mientras que Trudy y Geoffrey estaban en la tercera, la del edredón a rayas. Reid y Violetta vivían en una cueva más allá de la mía, y protegían su intimidad con una raída alfombra oriental llena de manchas.

La cuarta cueva en este corredor pertenecía a Doc y Sharon y la quinta a Maggie, pero ninguno de los tres había regresado.

Doc y Sharon eran pareja y Maggie, en sus raros momentos de humor sarcástico, le gastaba a Sharon la broma de que había sido necesario que llegara el fin de la humanidad para que encontrara al hombre perfecto: todas las madres querían un médico para sus hijas.

Sharon ya no era la niña que yo conocía por los recuerdos de Melanie. ¿Habían sido los años en los que había vivido sola con la adusta Maggie los que la habían transformado en una versión más coloreada de su madre? Aunque su relación con Doc había comenzado después de mi llegada a las cuevas, no mostraba ninguno de los efectos suavizadores de los comienzos del amor.

Sabía de la duración de esa relación por Jamie, ya que Sharon y Maggie rara vez olvidaban que yo estaba en la misma habitación que ellas y se guardaban la conversación para otro momento. Eran aún la oposición más fuerte a mi presencia, la única gente aquí cuya forma de ignorarme

continuaba siendo agresivamente hostil.

Pregunté a Jamie cuándo habían llegado allí Sharon y Maggie. ¿Habían encontrado a Jeb por su cuenta, anticipándose a Jared y Jamie? Él pareció comprender qué quería saber yo en realidad: si el último esfuerzo de Melanie por encontrarlas había sido un desperdicio absoluto.

Jamie me dijo que no. Cuando Jared le mostró la última nota de Melanie y le explicó que se había marchado -le llevó un momento poder hablar después de aquella palabra, y pude ver en su rostro lo que ese momento les había provocado a ambos- habían ido a buscar a Sharon ellos mismos. Maggie había amenazado a Jared con una espada, una antigua, mientras él intentaba explicarse; se había salvado por los pelos.

A Maggie y a Jared no les llevó mucho tiempo adivinar el enigma de Jeb, eso sí, tuvieron que trabajar juntos. Ellos cuatro habían llegado a las cuevas antes de que me trasladara de Chicago a San Diego.

Cuando Jamie y yo hablábamos de Melanie, no se nos hacía ya tan difícil como en el pasado. Ella siempre formaba parte de estas conversaciones, calmando su dolor, arreglando mis torpezas, aunque tenía poco que decir. Ahora me hablaba de tarde en tarde y cuando lo hacía apenas era capaz de percibirla. Me era difícil saber si la había oído o si era simplemente la idea que yo tenía de lo que ella hubiera pensado, pero hizo el esfuerzo por Jamie. Sólo la oía ya cuando estaba él. Y aunque no hablara, siempre la sentíamos allí presente.

-¿Por qué Melanie está ahora tan callada? -me preguntó Jamie un día muy tarde por la noche.

Por una vez dejó de acribillarme a preguntas sobre las arañas y los degustadores de fuego. Ambos estábamos cansados, ya que había sido un día muy largo recogiendo zanahorias. Tenía la parte baja de la espalda llena de nudos.

-Le resulta duro hablar, le cuesta mucho más esfuerzo que a ti y a mí. Y no tiene nada que decir que desee tanto como para intentarlo.

-¿Y qué hace ella todo el tiempo?

-Está a la escucha, creo. La verdad es que no lo sé.

-¿Puedes oírla ahora?

-No.

Bostecé y él se quedó callado, tanto que pensé que se había dormido. Yo también me relajé con la misma idea.

-¿Crees que terminará marchándose del todo? -susurró repentinamente Jamie. Su voz tembló en la última palabra.

Yo no era mentirosa, y no creo que le hubiera podido mentir a Jamie aunque lo hubiera sido. Intenté no pensar en las implicaciones de lo que sentía por él. Porque... ¿qué significado tenía si el amor más grande que había sentido en mis nueve vidas, la primera vez que había sentido realmente lo que era la familia, el instinto maternal, había sido por una forma de vida alienígena? Aparté esa idea de mi mente.

-No lo sé -le dije, y después añadí, porque lo pensaba de verdad:- Espero que no.

-¿Te gusta ella tanto como yo? ¿Antes la odiabas, como te odiaba ella a ti?

-Es diferente a como me gustas tú. Nunca la he odiado realmente, ni siquiera al principio. La temía mucho, y me sentía enfadada porque por su culpa yo no podía ser como los demás, pero yo siempre, en toda ocasión, he admirado la fuerza, y Melanie es la persona más fuerte que he conocido en mi vida.

Jamie se echó a reír.

-¿Que tú la temías a ella?

-¿No crees que tu hermana puede dar verdadero miedo? ¿Recuerdas aquella vez que te fuiste demasiado lejos en el cañón y cuando regresaste tarde a casa a ella le dio un «ataque de siseos furiosos», como los llamaba Jared?

Se echó a reír entre dientes ante el recuerdo. Yo estaba complacida, porque había conseguido distraerle de su dolorosa pregunta.

Yo intentaba estar en armonía lo más que podía con todos mis nuevos compañeros. Pensé que lo lograría mostrándome siempre dispuesta a hacer lo que fuera, sin importarme lo duro o asqueroso que fuera, pero resultó que estaba equivocada.

-Pues he estado pensando... -me dijo Jeb un día, quizá un par de semanas después de que las cosas se hubieran «calmado».

Empezaba a odiar esas palabras de Jeb.

-¿Te acuerdas de lo que te dije sobre que podrías dar algunas clases aquí?

Mi respuesta fue cortés:

-Sí.

-Bueno, y ¿qué pasa con eso?

Ni siquiera me lo tuve que pensar:

-No.

Mi rechazo hizo que me sintiera inesperadamente culpable. Jamás había rehusado antes una vocación. Me parecía que era egoísta esa postura. Obviamente, éste no era el caso. Las almas jamás me hubieran pedido que hiciera algo tan suicida.

Me miró con cara de pocos amigos, y frunció sus cejas velludas como orugas.

-¿Y por qué no?

-¿Acaso crees que eso le va a sentar bien a Sharon? -le pregunté con voz tranquila. Era sólo un ejemplo, pero quizá el más significativo.

Él asintió, aún con el ceño fruncido, aceptando mi razonamiento.

-Pero sería lo mejor para todos -gruñó.

Yo resoplé.

-¿Lo mejor para todos? ¿Lo mejor para todos es que me peguen un tiro?

-Wanda, qué corta de miras eres -replicó, discutiéndome como si mi respuesta hubiera sido un serio intento de persuadirlo-. Tenemos contigo una oportunidad muy rara de aprender. Sería un desperdicio desaprovechada.



-Dudo que alguien esté dispuesto a aprender nada de mí. No me importa hablar contigo o con Jamie...

-Da igual lo que ellos quieran -insistió Jeb-. Estamos hablando de si es o no bueno para ellos. Es como escoger entre el chocolate y el brócoli. Deben saber más sobre el universo, por no mencionar a los nuevos propietarios de nuestro planeta.

-¿Y en qué les ayudará eso, Jeb? ¿Crees que sé algo que pudiera destruir a las almas o invertir la situación? Jeb, no hay nada que hacer.

-Siempre habrá algo que hacer mientras sigamos aquí -me replicó sonriendo, de modo que supe que estaba de broma otra vez-. No espero que tú te conviertas en una traidora y nos des una superarma. Simplemente creo que deberíamos saber más acerca del mundo en que vivimos.

Me encogí ante la palabra «traidora».

-No podría darte un arma ni aunque quisiera, Jeb. No tenemos grandes debilidades, ningún talón de Aquiles. No tenemos enemigos mortales ahí fuera, en el espacio, que pudieran venir en vuestra ayuda, ni virus que pudieran hacernos desaparecer y dejaros a vosotros a salvo. Lo siento.

-No te preocupes. -Cerró el puño y me dio un golpe juguetón en el brazo-. Te sorprenderías de todos modos. Ya te he dicho que nos aburrimos mucho aquí. A la gente le gustarían tus historias más de lo que crees.

Yo sabía que Jeb no lo dejaría pasar, ¿es que aceptaba la derrota alguna vez? Lo dudaba.

A la hora de la comida me sentaba con Jeb y Jamie, cuando éste no estaba en el colegio u ocupado en otro sitio. Ian se hallaba siempre cerca, aunque no realmente con nosotros. No podía aceptar por completo el papel que se había autoasignado de ser mi guardaespaldas. Parecía demasiado bueno para ser verdad, y además, teniendo en cuenta la filosofía humana, claramente falso.

Unos cuantos días más tarde de haber rechazado la oferta de Jeb de enseñar a los humanos «por su propio bien», Doc vino a sentarse a mi lado durante la cena.

Sharon se quedó inmóvil en la esquina más lejana al lugar donde yo me sentaba habitualmente. Ese día estaba sola, sin su madre. No se volvió a observar cómo Doc caminaba hacia mí. Su pelo de color vivo estaba retorcido en un moño alto, de modo que podía ver que tenía el cuello rígido y sus hombros estaban encorvados, mostrando tensión e infelicidad. Me hizo desear irme enseguida, antes de que Doc pudiera decir lo que pretendía, para que no pudiera pensar que yo tenía algo que ver en aquel asunto.

Pero Jamie estaba conmigo y me cogió la mano cuando vio aparecer en mis ojos esa familiar mirada llena de pánico. Estaba desarrollando una habilidad asombrosa para percibir cuándo me sentía asustada. Suspiré y me quedé donde estaba. Probablemente, lo que más me molestaba era ser esclava de esos deseos infantiles.

-¿Qué tal van las cosas? -me preguntó Doc en tono de conversación informal, sentándose junto al mostrador que tenía al lado.

Ian, a unos cuantos pasos de nosotros, volvió el cuerpo de modo

que pareciera que formaba parte del grupo.

Me encogí de hombros.

-Hemos estado preparando sopa hoy -comentó Jamie--. Todavía me escuecen los ojos.

Doc levantó un par de brillantes manos rojas.

-Jabón.

Jamie se echó a reír.

-Tú ganas.

El médico se dobló por la cintura para hacer una reverencia burlona y después se volvió hacia mí.

-Wanda, quería hacerte una pregunta... -Sus palabras se fueron desvaneciendo.

Alcé las cejas.

-Bueno, me estaba preguntando... De todos los planetas que conoces, ¿qué especies son las más parecidas físicamente a la humana?

Pestañeeé.

-¿Por qué?

-Sólo por pura curiosidad biológica, aunque sé que está pasada de moda. Es que he estado pensando sobre vuestros sanadores. ¿Dónde obtuvieron ellos el conocimiento que tienen para curar en vez de sólo tratar síntomas, como tú dices? -Doc hablaba en voz más alta de lo necesario, y sus suaves palabras llegaron más lejos de lo que era habitual. Varias personas levantaron la mirada: Trudy y Geoffrey, Lily, Walter...

Me envolví con fuerza con mis propios brazos, intentando ocupar menos espacio.

-Eso son dos preguntas distintas -murmuré.

Doc sonrió y gesticuló con la mano invitándome a que continuara.

Jamie me apretó la mano.

Suspiré de nuevo.

-¿Los más parecidos...? Los osos del Planeta de las Nieblas, probablemente.

-¿Las bestias con garras? -preguntó Jamie con un susurro.

Asentí.

-¿Y en qué se parecen? -me aguijoneó Doc.

Puse los ojos en blanco, porque sospechaba que detrás de todo esto estaba la mano de Jeb.

-Son muy parecidos a los mamíferos en muchos sentidos. Tienen pelo y sangre caliente, y aunque no es exactamente igual a la vuestra, desempeña un papel parecido en lo esencial. Tienen emociones similares, la misma necesidad de interacción social y necesidades creativas...

-¿Creativas? -Doc se inclinó hacia delante, fascinado, o al menos fingiendo fascinación-. ¿Y cómo es eso?

Miré a Jamie.

-Tú lo sabes. ¿Por qué no se lo cuentas a Doc?

-Podría equivocarme.

-No lo harás.

Él miró a Doc, que asintió.

-Bueno, mira, tienen unas manos de lo más extraño. -Jamie se entusiasmó enseguida-. Disponen de una especie de articulaciones dobles que se pueden doblar en los dos sentidos. -Flexionó sus propios dedos, como intentando doblarlos hacia atrás-. Un lado es suave, como la palma de mi mano, pero el otro ¡tiene navajas! Cortan el hielo y de esa manera pueden esculpirlo. ¡Construyen ciudades formadas por castillos de hielo que no se derriten nunca! Debe de ser bellissimo, ¿a que sí, Wanda? -Se volvió hacia mí en busca de respaldo.

Yo asentí.

-Ven un espectro de colores distintos porque el hielo está lleno de arco iris. Están muy orgullosos de sus ciudades, y siempre están intentando embellecerlas. Conocí a un oso al que llamábamos... Bueno, algo parecido a Tejedor de Destellos, pero sonaba mejor en su idioma, por la manera en que el hielo parecía saber lo que quería y la forma que adquiriría en sus sueños. Me encontré con él una vez y vi sus creaciones. Ése es uno de mis recuerdos más hermosos.

-¿Soñaban? -inquirió Ian en voz baja.

Sonreí irónicamente.

-No de un modo tan vívido como los humanos.

-¿Cómo adquieren vuestros sanadores el conocimiento de la fisiología de una nueva especie? Vinieron ya preparados a este planeta. Lo vi desde el comienzo, observé cómo pacientes terminales salían del hospital completamente...

El ceño fruncido generó una arruga en forma de uve en la estrecha frente de Doc. Él odiaba a los invasores, como todo el mundo, pero, a diferencia de los demás, también les envidiaba.

No quise contestar. Todo el mundo nos estaba escuchando cuando llegamos a este punto, y éste ya no era un bonito cuento de hadas sobre los osos escultores de hielo. Ésta era la historia de su derrota.

Doc esperó con mala cara.

-Ellos... tomaron muestras -mascullé entre dientes.

Ian sonrió como si comprendiera.

-Las abducciones de los extraterrestres.

Yo le ignoré.

Doc frunció los labios.

-Tiene sentido.

El silencio de la habitación me recordaba mucho al que se había producido la primera vez que entré allí.

-¿Dónde empezasteis? -preguntó Doc- ¿Lo recuerdas? Quiero decir como especie, ¿sabes cómo se produjo vuestra evolución?

-El Origen -respondí asintiendo con la cabeza-. Todavía lo habitamos. Allí fue donde... nací.

-Eso es bastante especial-añadió Jamie-. Es raro hallar a alguien procedente del Origen, ¿o no? La mayoría de las almas querría quedarse allí, ¿a que sí, Wanda? -Él no esperó a que yo añadiera nada. Empezaba a

lamentar haber contestado cada noche a sus preguntas de forma tan prolija-. Así que cuando alguien sale de allí, eso le convierte en casi... ¿una persona famosa? O como un miembro de la familia real.

Sentía cómo se me empezaban a enrojecer las mejillas.

-Es un sitio frío y cubierto de nubes, formadas por un montón de capas coloreadas -continuó Jamie-. Es el único planeta donde las almas pueden vivir fuera de un anfitrión durante mucho tiempo. Los anfitriones del planeta Origen son muy hermosos también, con una especie de alas y muchos tentáculos y grandes ojos plateados.

Doc se inclinó hacia delante con el rostro entre las manos.

-¿Recuerdas cómo se gestó la relación anfitrión-parásito? ¿Cómo comenzó la colonización?

Jamie me miró, y se encogió de hombros.

-Siempre fuimos así, al menos tan pronto como fuimos lo suficientemente inteligentes para conocernos -contesté a regañadientes con un débil tono de voz-. Nos halló otra especie, los buitres, tal y como los llamamos aquí, aunque más por su carácter que por su apariencia. No eran... buenos. Entonces fue cuando descubrimos que podíamos unirnos a ellos justo como habíamos hecho con nuestros primeros anfitriones. Una vez los controlamos, utilizamos su tecnología. Tomamos su planeta primero, y después los seguimos al Planeta del Dragón y el Mundo de Verano, lugares maravillosos donde los buitres no se habían portado nada bien. Comenzamos la colonización; nuestros anfitriones se reproducían mucho más lentamente que nosotros y sus ciclos vitales eran cortos. Por eso empezamos la exploración del universo...

Mi voz se desvaneció, consciente de los muchos ojos que estaban fijos en mi rostro. Sólo Sharon continuaba mirando en otra dirección.

-Hablas de esto como si hubieras estado allí -comentó Ian en voz baja-. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

-Después de que los dinosaurios vivieran aquí, pero antes de vosotros. Yo no estuve presente, pero recuerdo algo de lo que la madre de mi madre y su madre recordaban de ese tema.

-¿Cuántos años tienes? -inquirió Ian, inclinándose hacia mí con su penetrante mirada azul.

-No sé calcular en años terráqueos.

-¿Y una estimación aproximada? -insistió.

-Miles de años, quizá. -Me encogí de hombros-. He perdido la cuenta de los años que he pasado en hibernación.

Ian se echó hacia atrás, aturdido.

-Vaya, eso es ser realmente viejo -jadeó Jamie.

-Pero en un sentido muy real soy más joven que tú -le susurré-. No tengo ni siquiera un año. Me siento como un niño casi todo el tiempo.

Los labios se elevaron ligeramente en una de sus comisuras. Le gustaba la idea de ser más maduro que yo.

-¿Cómo tiene lugar vuestro proceso de envejecimiento? -preguntó Doc-. ¿Cuál es vuestro ciclo vital natural?

-No tenemos ninguno -repuse-; podemos vivir para siempre mientras tengamos un anfitrión sano.

Un murmullo tenue se extendió de punta a punta de la cueva. No supe si el runrún era de miedo, enfado o rechazo, pero sí que mi respuesta no había sido la más oportuna, y entonces comprendí el significado de esas palabras para ellos.

-Maravilloso -repuso alguien en voz baja.

La voz, llena de furia, procedía del lugar donde estaba Sharon, pero ella no se había vuelto.

Jamie me apretó la mano, viendo de nuevo en mis ojos el deseo de huir. Esta vez aparté mi mano con dulzura.

-Ya no tengo más hambre -susurré, aunque había dejado el pan intacto en el mostrador a mi lado. Me levanté de un salto y escapé sin apartarme de la pared.

Jamie me siguió de cerca. Me alcanzó en la plaza del huerto grande y me ofreció mi pan.

-Era realmente interesante -me dijo-; no creo que nadie se haya enfadado demasiado.

-Jeb metió a Doc en esto, ¿verdad?

-Cuentas buenas historias; una vez que todo el mundo lo sepa, querrán escuchar más. Lo mismo que Jeb y yo.

-¿Y qué si yo no quiero contárselas?

Jamie puso cara de pocos amigos.

-Bueno, supongo que... no deberías, pero parecía que no te importaba contarme esas historias.

-Eso es diferente. Yo te gusto. -Podría haber añadido: «Tú no quieres matarme», pero las implicaciones le habrían alterado.

-Una vez que la gente llega a conocerte, les gustas a todos. Como a Ian y a Doc.

-A Ian y Doc no les gusto, Jamie. Sólo sienten curiosidad morbosa.

-¿Eso crees?

-¡Puf! -gruñí. Habíamos llegado ya a nuestra habitación, así que aparté el biombo y me arrojé al colchón. Jamie se sentó a mi lado con menos energía y puso los brazos alrededor de las rodillas.

-No te agobies -suplicó-. Jeb tiene buena intención.

Volví a gruñir.

-No será tan malo.

-Doc va a hacer esto cada vez que vaya a la cocina, ¿a que sí?

Jamie asintió avergonzado.

- O Ian. O Jeb.

-O tú.

-Todos queremos saber.

Yo suspiré y me tumbé boca abajo.

-¿Es que Jeb ha de salirse siempre con la suya?

Jamie pensó por un momento, entonces asintió.

-Generalmente, sí.

Le di un mordisco al pan. Cuando terminé de masticar, le dije:

-Creo que a partir de hoy comeré aquí.

-Ilan va a hacerte preguntas mañana cuando quitemos las malas hierbas a las espinacas. Y Jeb no está presionándole, es porque quiere.

-Vaya, qué maravilla.

-Eres bastante buena con los sarcasmos. Yo pensaba que a los parásitos, quiero decir a las almas, no os gustaba el sentido del humor negativo. Sólo el rollo en plan feliz, y tal.

-Se aprende aquí bien rápido, chaval.

Jamie se echó a reír y me cogió la mano.

-No odias estar aquí, ¿verdad? No te sientes mal, ¿a qué no?

Sus grandes ojos de color chocolate tenían un aspecto preocupado.

Apreté su mano contra mi rostro.

-Estoy bien -le dije, y al menos en ese momento era totalmente cierto.

## Capítulo 26

### Regreso

Me convertí en la profesora que Jeb deseaba sin estar de acuerdo con mi cometido.

Mi «clase» era de estilo informal. Contestaba a sus preguntas cada noche después de la última comida del día. Comprobé que, en la medida en que me prestaba a hacer esto, Ian, Doc y Jeb me dejaban sola durante el día, de modo que podía concentrarme en mis tareas. Nos reuníamos siempre en la cocina, ya que a mí me gustaba ayudar a hacer el pan mientras hablábamos. Esto me proporcionaba una excusa para hacer una pausa antes de contestar a una pregunta difícil, y algún lugar donde mantener ocupada la mirada cuando no quería encontrarme con la de alguien. En mi cabeza, esto parecía tener posibilidades de funcionar: si mis palabras algunas veces les molestaban, al menos mis acciones eran siempre por el bien de todos.

No quería admitir que Jamie tenía razón. Obviamente, a la gente yo no le gustaba. No era posible, pues yo no era una de ellos. Le caía bien a Jamie, pero eso se debía a algún tipo de extraña reacción química que estaba muy lejos de lo racional, y a Jeb también, pero él estaba loco, así que no contaba. Y los demás no tenían excusa alguna.

No, no les podía gustar, pero las cosas cambiaron cuando comencé a hablar.

La primera vez que me di cuenta fue en la mañana posterior a cuando respondí a las preguntas de Doc en la cena. Estaba en la sala de baño a oscuras, lavando ropa con Trudy, Lily y Jamie.

-Por favor, ¿puedes pasarme el jabón, Wanda? -me pidió Trudy desde la izquierda.

Me recorrió una sacudida eléctrica por todo el cuerpo cuando oí el

sonido de mi nombre en boca de una mujer. Atontada, le pasé el jabón y después me enjuagué la mano para quitarme el picor.

-Gracias -añadió ella.

-De nada -murmuré yo en respuesta. La voz se me rompió en la última sílaba.

Adelanté a Lily en el pasillo un día más tarde, cuando me dirigía a buscar a Jamie antes de la cena.

-Wanda -me saludó con un gesto de la cabeza.

-Lily -respondí, con la garganta seca.

Pronto dejaron de ser sólo Doc e Ian los que formulaban preguntas por la noche. Me sorprendió que los más entusiastas fueran el exhausto Walter, cuyo rostro había adquirido un preocupante color ceniciento, y que sentía una curiosidad infinita por los murciélagos del Mundo Cantante. También Heath, que habitualmente se mantenía callado, dejando que Trudy y Geoffrey opinaran por él, hablaba abiertamente durante estas sesiones. Le fascinaba el Mundo de Fuego y, aunque era una historia para mí poco agradable, me acibillaba a preguntas hasta averiguar el último detalle que yo pudiera contarle. Lily estaba interesada en la mecánica de las cosas, y quería saberlo todo de las naves que nos llevaban de planeta en planeta, los pilotos, el combustible. Fue a Lily a la que le hablé de los criotankes, cuyo propósito les resultaba incomprensible a pesar de todos los que habían visto. El tímido Wes, que por lo general se sentaba al lado de Lily, no preguntaba sobre otros planetas, sino sobre éste. ¿Cómo funcionaba? Sin dinero, sin recompensa por el trabajo realizado, ¿cómo era que la sociedad de las almas no se venía abajo? Intenté explicarle que no era tan diferente a la vida que ellos llevaban en las cuevas. ¿Es que allí no trabajábamos sin dinero y compartíamos los productos del trabajo de forma igualitaria?

-Sí -me interrumpió él, sacudiendo la cabeza-, pero aquí es diferente, porque... Jeb tiene un arma para usar contra los vagos.

Todo el mundo se quedó mirándole hasta que guiñó un ojo y entonces todos se echaron a reír.

Jeb estaba presente casi todas las noches. No participaba simplemente se sentaba pensativo al fondo de la habitación y sonreía ocasionalmente.

Tenía razón respecto al factor entretenimiento; coincidencia extraña, ya que todos teníamos piernas, pero la situación me recordaba a las algas. En ese planeta había nombres especiales para los artistas, como «acomodador», «sanador» o «buscador». Yo era una «narradora», así que la transición a enseñar aquí en la Tierra no había sido un cambio demasiado brusco, al menos en cuanto a la formación. Era algo muy parecido a estar allí en la cocina a la puesta del sol mientras el olor del humo y del pan cociéndose llenaban la habitación. Todos estábamos obligados a permanecer allí, igual que si nos hubieran plantado. Mis historias eran una bocanada de aire fresco, algo en qué pensar además de las habituales, y repetidas hasta la saciedad, tareas que nos empapaban en sudor, las mismas treinta y cinco caras, los mismos recuerdos de otros rostros que traían siempre el dolor con



ellos, el mismo miedo y la misma desesperación que habían sido compañeros familiares de todos desde hacía tanto tiempo, así que la cocina solía llenarse durante mis clases improvisadas. Sólo Sharon y Maggie se ausentaban de forma notoria y sistemática.

Fue aproximadamente en mi cuarta semana como profesora informal cuando la vida volvió a cambiar en las cuevas.

La cocina estaba atestada, como de costumbre. Jeb y Doc eran los únicos ausentes, además de las dos de siempre. En el mostrador contiguo había una bandeja metálica de oscuros y toscos panecillos, que se habían hinchado al doble del tamaño que tenían cuando habíamos cortado la masa. Estaban listos para meterlos en el horno, tan pronto como estuvieran cocinados los que estaban dentro. Trudy los controlaba cada pocos minutos para asegurarse de que ninguno de ellos se quemaba.

A menudo yo intentaba que Jamie hablara en mi lugar cuando conocía bien la historia. Me gustaba observar cómo iluminaba su cara el entusiasmo y la manera en que usaba las manos para pintar figuras gesticulando en el aire. Esa noche, Heidi quería saber más sobre los delfines, así que le pedí a Jamie que respondiera a sus preguntas lo mejor posible.

Los humanos siempre hablaban con tristeza cuando preguntaban sobre nuestras nuevas adquisiciones. Veían en los delfines un espejo de su misma situación en los primeros años de la ocupación. Los ojos oscuros de Heidi, desconcertantes bajo aquel flequillo de cabello de color rubio casi blanco, se entrecerraban con simpatía mientras preguntaba lo que quería.

-Tienen un aspecto más parecido a libélulas grandes que a peces, ¿no es así, Wanda? -Jamie casi siempre pedía mi colaboración, aunque nunca esperaba a mi respuesta-. Sin embargo, tienen una piel áspera con tres, cuatro o cinco pares de alas, dependiendo de lo mayores que sean, ¿no? De ahí su capacidad para hacer una especie de vuelo a través del agua, que es más ligera que la de aquí, ¿verdad, Wanda? Tienen cinco, siete o nueve patas, dependiendo del género al que pertenezcan, y hay tres géneros distintos, ¿a que es así, Wanda? Tienen unas manos realmente largas con dedos toscos y fuertes con los que pueden fabricar todo tipo de cosas. Construyen ciudades bajo el agua con las recias plantas que crecen allí, una especie de árboles, aunque no exactamente. No están tan evolucionados como nosotros, ¿a que no, Wanda? Jamás han construido naves espaciales ni cosas como teléfonos para comunicarse. Los humanos están más avanzados.

Trudy sacó la bandeja de panecillos cocidos y yo me incliné a coger la siguiente bandeja ya fermentada para introducirlos en el agujero caliente y lleno de humo. Tuve que hacer unas cuantas maniobras empujando y equilibrándola para colocarla en la posición idónea.

Mientras yo sudaba delante del fuego, oí una especie de conmoción fuera de la cocina que hizo eco a través del corredor principal desde algún punto en las cuevas. Era difícil juzgar aquí las distancias con todas las reverberaciones erráticas del sonido y los extraños efectos acústicos que solían tener lugar.

-¡Eh! -gritó Jamie detrás de mí, y me volví justo para ver la parte de atrás de su cabeza cuando saltó en dirección a la puerta.

Me enderecé desde mi postura acuclillada y di un paso detrás de él, obedeciendo a un cierto instinto que tenía de seguirle.

-Espera -dijo Ian-, ya volverá. Cuéntenos algo más sobre los delfines.

Ian estaba sentado delante del mostrador que había al lado del horno, un asiento caliente que yo jamás hubiera escogido, lo que le hacía estar lo suficientemente cerca de mí para tocar mi muñeca. Mi brazo se encogió ante el contacto inesperado, pero me quedé donde estaba.

-¿Qué pasa ahí fuera? -pregunté.

Aún se escuchaba un extraño alboroto y creí percibir la voz excitada de Jamie en medio de aquella confusión.

Ian se encogió de hombros.

-¿Quién sabe? Quizá Jeb... -Volvió a encogerse de hombros, como si no tuviera suficiente interés en molestarse en averiguarlo. Parecía indiferente, pero había una cierta tensión en sus ojos que no pude comprender.

Estaba segura de que lo sabría pronto, así que también me encogí de hombros y comencé a intentar explicar las relaciones familiares increíblemente complejas de los delfines mientras ayudaba a Trudy a meter el pan caliente en contenedores de plástico.

-Seis de los nueve... abuelos, por llamarlos así, tradicionalmente permanecen con las larvas durante su primer estadio de desarrollo mientras los tres padres trabajan con sus seis abuelos en la construcción de una nueva ala para que la habiten los jóvenes cuando sean capaces de moverse. -Seguí explicando con los ojos puestos en los panecillos que tenía en las manos más que en mi audiencia, como era habitual, cuando escuché un jadeo al fondo de la habitación. Continué con la siguiente frase de forma automática, mientras examinaba a la gente buscando al que se hubiera molestado-. Los tres abuelos restantes suelen ocuparse...

Nadie se molestó en hacerme caso. Todas las cabezas se habían vuelto en la misma dirección en la que yo estaba mirando. Mis ojos saltaban por encima de sus nuca hacia la oscura salida.

La primera cosa que vi fue la figura esbelta de Jamie colgada del brazo de alguien. Alguien tan sucio, de la cabeza a la punta de los pies, que casi se difuminaba en la pared de la cueva. Alguien demasiado alto para ser Jeb, y que no podía ser él, puesto que Jeb estaba justo detrás del hombro de Jamie. Incluso a esa distancia, pude ver que los ojos de Jeb estaban entrecerrados y su nariz arrugada, como si sintiera ansiedad, una rara emoción en Jeb. Por lo que podía ver, el rostro de Jamie brillaba de pura alegría.

-Allá vamos -murmuró Ian a mi lado con su voz apenas audible sobre el crepitar de las llamas.

El hombre sucio al que Jamie se aferraba dio un paso hacia delante. Una de sus manos se alzó lentamente, como en un reflejo

involuntario, y se cerró en un puño. De aquella sucia figura salió la voz de Jared, monótona, totalmente desprovista de inflexión alguna.

-¿Qué significa esto, Jeb?

Se me cerró la garganta. Intenté tragar y encontré el camino bloqueado. Intenté respirar y no tuve éxito. Mi corazón latía de forma errática.

« ¡Jared! -la voz exultante de Melanie se oyó bien alta, un silencioso grito de júbilo. Explosionó con una vida radiante dentro de mi cabeza-. ¡Jared ha vuelto a casa!».

-Wanda nos está enseñando cosas sobre el universo -barboteó Jamie con entusiasmo, como si no hubiera captado la furia de Jared, ya que quizá estaba demasiado emocionado para prestar atención.

-¿Wanda? -repitió Jared en voz tan baja que sonó prácticamente como un gruñido.

Aparecieron más figuras sucias detrás de él en el corredor. Sólo noté que estaban allí cuando se hicieron eco del mismo gruñido con un murmullo airado.

Una cabeza rubia se alzó de entre la audiencia paralizada. Paige luchó por incorporarse.

-¡¿Andy?! -gritó, y se precipitó tropezando con la gente que se sentaba a su alrededor. Uno de los hombres sucios avanzó rodeando a Jared y la cogió cuando casi se cayó encima de Wes-. ¡Oh, Andy! -sollozó ella, y el tono de su voz me recordó al de Melanie.

El arrebato de Paige hizo cambiar momentáneamente la atmósfera. La multitud silenciosa comenzó a murmurar, la mayoría poniéndose en pie. El sonido ahora era de bienvenida, como si la mayoría fuera a saludar a los viajeros que habían regresado. Intenté leer las extrañas expresiones de sus rostros mientras forzaban sonrisas en sus labios y me miraban de reojo de forma furtiva. Me di cuenta después de un largo y lento segundo, en el que el tiempo se quedó congelado a mi alrededor, dejándome inmóvil en mi lugar, de que la expresión que no comprendía era de culpabilidad.

-Todo va a salir bien, Wanda -murmuró Ian en voz muy baja.

Le miré con los ojos desorbitados, buscando esa misma culpabilidad en su rostro. No la encontré, sólo un estrechamiento defensivo en torno a sus vivaces ojos mientras miraba a los recién llegados.

-¿Qué demonios pasa aquí, eh? -retumbó una nueva voz.

Kyle, fácilmente identificable por su tamaño a pesar de la mugre, se abrió camino alrededor de Jared y se dirigía hacia... mi.

-¿Estáis dejando que os cuente sus mentiras? ¿Os habéis vuelto todos locos? ¿O es que ya ha traído a los buscadores hasta aquí? ¿Os habéis transformado ya todos en parásitos?

Muchas cabezas se agacharon, avergonzadas. Sólo unas cuantas mantuvieron las barbillas rígidamente alzadas y los hombros cuadrados: Lily, Trudy, Heath, Wes... y el frágil Walter, especialmente.

-Tranquilízate, Kyle -intervino Walter con su voz débil.

Kyle le ignoró. Avanzó con paso firme hacia mí, con sus ojos, del mismo vivo color cobalto que los de su hermano, brillando de pura ira. No

pude sostenerle la mirada, porque mis ojos se empeñaban en volver hacia la oscura figura de Jared, en un intento de distinguir los rasgos de su rostro camuflado.

El amor de Melanie fluyó a través de mí como un lago desbordándose de una presa, distrayéndome por completo de aquel bárbaro airado que se aproximaba con rapidez.

Ian se deslizó ante mi vista, colocándose delante de mí.

Yo estiré el cuello hacia un lado para poder seguir mirando a Jared y verlo con claridad.

-Las cosas han cambiado mientras estabas fuera, hermano.

Kyle se detuvo, con el rostro transformado por la incredulidad.

-Entonces, ¿al final han llegado los buscadores, Ian?

-Ella no representa peligro alguno para nosotros.

Kyle apretó los dientes, y por el rabillo del ojo le vi sacar algo del bolsillo.

Esto al fin captó mi atención y me encogí, esperando el arma. Las palabras salieron de forma atropellada de mi lengua en un susurro disgustado:

-No sigas por ahí, Ian.

El interpelado no respondió a mi súplica. Estaba sorprendida por la cantidad de ansiedad que esto me causaba y lo mucho que deseaba que no le hicieran daño. No era una protección instintiva, la necesidad protectora que salía de mis huesos cuando se trataba de Jamie o incluso de Jared. Sabía simplemente que a Ian no le harían daño por intentar protegerme.

La mano de Kyle salió y una luz brotó de ella. Apuntó al rostro de Ian, y la sostuvo allí un momento. Ian no se encogió ante la luz.

-¿Qué ocurre entonces? -exigió Kyle, volviendo a meter la luz en su bolsillo-. No eres un parásito. ¿Qué es lo que pasa aquí?

-Tranquilízate, y te lo contaremos.

-No.

La negación no procedió de él, sino de detrás. Observé los andares de Jared mientras se nos acercaba entre las hileras de espectadores silenciosos. Jamie seguía colgado de su brazo con una expresión desconcertada mientras se aproximaban, y fue en ese momento cuando pude leer su rostro bajo la máscara de polvo. Incluso Melanie, a pesar de su estado de ánimo feliz y delirante de alegría porque hubiera vuelto sano y salvo, no pudo malinterpretar la expresión de aversión que reflejaba.

Jeb había desaprovechado sus esfuerzos con la gente equivocada. No importaba que Trudy o Lily me hablaran o incluso que Ian se interpusiera entre su hermano y yo, ni que Sharon y Maggie no hicieran ningún movimiento hostil en mi contra. Al único que había que convencer había decidido al final por fin.

-No creo que nadie necesite calmarse -dijo Jared entre dientes-. Jeb -continuó sin comprobar si el hombre le había seguido o no-, dame el arma.

El silencio que siguió a sus palabras fue tan tenso que sentí la

presión dentro de mis oídos.

Desde el instante en que pude percibir con claridad su rostro, supe que todo había terminado. Supe qué debía hacer en ese momento, y Melanie estuvo de acuerdo. Con toda la calma posible, di un paso hacia un lado y ligeramente hacia atrás, de modo que me aparté de Ian. Luego, cerré los ojos.

-Pues no la llevo encima -dijo Jeb, arrastrando las palabras.

Le observé con los ojos entrecerrados mientras Jared se volvía para comprobar la verdad de la afirmación del anciano.

La respiración de Jared silbaba enfurecida a través de las aletas de su nariz.

-Estupendo -masculló. Dio otro paso en mi dirección-. Será más lento de esta manera entonces. Sería más humano si encontraras ese rifle con rapidez.

-Por favor, Jared, hablemos -replicó Ian, plantando firmemente los pies mientras hablaba, aunque conocía ya la respuesta.

-Creo que aquí ya se ha hablado demasiado -gruñó Jared-. Jeb dejó esto en mis manos y ya he tomado mi decisión.

Jeb se aclaró la garganta ruidosamente. Jared dio media vuelta para enfrentarse a él.

-¿Qué? -le exigió-. Tú fuiste quien hizo la regla, viejo.

-Bueno, cierto, eso es verdad.

Jared se volvió otra vez en mi dirección.

-Ian, apártate de mi camino.

-Bueno, bueno, espera un momento -continuó Jeb-. Si recuerdas, la regla era que a quien le perteneciera el cuerpo tenía que tomar la decisión.

Una vena latía visiblemente en la frente de Jared.

-¿Y?

-Me parece que aquí hay alguien más que puede reclamarlo con tanto derecho como tú, o quizá más.

Jared mantuvo la mirada fija hacia delante, procesando eso. Después de un momento que pasó muy despacio, al comprender frunció el ceño. Miró hacia el chico, que aún colgaba de su brazo.

Toda la alegría había desaparecido del rostro de Jamie, que se había quedado pálido y horrorizado.

-No puedes hacer eso, Jared -exclamó entrecortadamente-. No deberías. Wanda es buena y ¡es mi amiga! ¡Y Mel! ¿Qué pasa con Mel? ¡No puedes matar a Me! ¡Por favor! Tienes que... -Se le quebró la voz con la expresión llena de angustia.

Yo cerré los ojos de nuevo, intentando apartar la imagen del chico sufriendo de mi mente. Me resultaba casi imposible no acercarme a él, pero sujeté mis músculos firmemente a su sitio, asegurándome a mí misma que no le ayudaría si me movía en ese momento.

-Así que -dijo Jeb, con un tono demasiado despreocupado teniendo en cuenta el momento- ya ves que Jamie no está de acuerdo. Supongo que él tiene que decir tanto en este asunto como tú.

No hubo ninguna respuesta durante tanto rato que tuve que abrir

los ojos de nuevo.

Jared estaba mirando el rostro temeroso y lleno de angustia de Jamie con su propia dosis también de horror.

-¿Cómo has dejado que suceda esto, Jeb? -susurró.

-Creo que es necesario que hablemos -respondió Jeb-. ¿Por qué no te das un respiro primero, eh? Quizá te sientas más animado a hablar cuando te bañes.

Jared miró fijamente al anciano con los ojos alterados por la impresión y el dolor de quienes han sido traicionados. Sólo había unas cuantas comparaciones humanas apropiadas para el caso: César y Bruto, Jesús y Judas.

La insoportable tensión duró todavía otro largo minuto más, y después Jared se sacudió los dedos agarrotados de Jamie del brazo.

-Kyle -ladró Jared, volviéndose y saliendo de la habitación.

Kyle le dirigió a su hermano una mueca de despedida y le siguió.

Los otros sucios miembros de la expedición les siguieron silenciosamente, con Paige alojada de forma protectora bajo el brazo de Andy.

La mayoría de los demás humanos, todos aquellos que habían agachado la cabeza avergonzados por admitirme en su compañía, salieron detrás de ellos. Sólo se quedaron Jamie, Jeb, Ian, que no se apartó de mi lado, Trudy, Geoffrey, Heath, Lily, Wes y Walter.

Nadie habló hasta que el eco de sus pasos se desvaneció en el silencio.

-¡ Uf! -resopló Ian-. Ha faltado poco. Bien pensado, Jeb.

-La inspiración de la desesperación, pero no ha pasado el peligro aún -respondió Jeb.

-¡Como si no lo supiera! Espero que no hayas dejado el arma en ningún lugar a la vista, ¿o sí?

-No. Me imaginaba que esto iba a ocurrir pronto.

-Ya es algo, menos mal.

Jamie estaba temblando, solo en el espacio que había dejado la salida masiva. Ahora que sólo estaba rodeada por aquellos con los que podía contar como amigos, me sentí capaz de caminar hacia donde estaba él. Me envolvió la cintura con los brazos y yo le palmeé la espalda con mis temblorosas manos.

-Todo está bien -le mentí en un susurro-. Está bien. -Sabía que hasta un estúpido notaría la nota falsa en mi voz, y Jamie no era ningún estúpido.

-No te hará daño -repuso Jamie con voz espesa, luchando por controlar las lágrimas que veía en sus ojos-. No le dejaré que lo haga.

-Shh -murmuré.

Yo estaba consternada y podía sentir cómo en mi rostro seguían marcadas las señales del horror. Jared llevaba razón..., ¿cómo había dejado Jeb que sucediera esto? Si me hubieran matado el primer día que llegué, antes incluso de que Jamie me hubiera visto... O aquella primera semana,

mientras Jared me mantuvo aislada de todo el mundo, antes de que Jamie y yo nos hiciéramos amigos... O si yo hubiera mantenido la boca cerrada respecto a Melanie, pero ya era demasiado tarde para todo. Apreté los brazos con más fuerza en torno al chico.

Melanie estaba igual de aterrada. «Mi pobre niño».

«Te dije que era una mala idea contarles todo», le recordé.

«¿Qué le va a pasar cuando muramos?».

«Va a ser terrible para él... Quedará traumatizado, herido y desolado».

Melanie me interrumpió: «Ya es bastante, lo sé, lo sé, pero ¿qué podemos hacer?».

«No morir, supongo».

Melanie y yo pensamos acerca de nuestras probabilidades de supervivencia y sentimos desesperación.

Ian le dio una palmada a Jamie en la espalda... Pude sentir cómo el movimiento reverberaba a través de nuestros cuerpos.

-No le des más vueltas al asunto, chaval-le dijo-. No estás solo en esto.

-Todos estamos espantados, eso es todo. -Reconocí la voz de contralto de Trudy detrás de mí-. Se avendrán a razones cuando tengamos una oportunidad de explicárselo todo.

-¿Avenirse a razones? ¿Kyle? -siseó alguien de forma casi ininteligible.

-Sabía que eso iba a pasar -masculló Jeb-, pero sólo hemos de capearlo. La tormenta pasará.

-Quizá deberías ir a buscar ese rifle -sugirió Lily con calma-, esta noche se nos va a hacer muy larga. Wanda puede quedarse con Heidi y conmigo...

-Creo que será mejor llevarla a algún otro sitio -la contradijo Ian-. ¿Qué tal los túneles en la parte sur? Yo la vigilaré. Jeb, ¿me echas una mano?

-No la buscarán si se queda conmigo. -La voz de Walter apenas era un susurro.

Wes habló por encima de las últimas palabras de Walter:

-Yo te acompañaré, Ian. Ellos son seis.

-No -logré decir por fin-. No, eso no está bien. No lucharéis los unos con los otros. Todos vosotros pertenecéis a este lugar. No quiero que nadie luche, no por mí.

Aparté los brazos de Jamie de mi cintura, y le sujeté las muñecas cuando intentó pararme.

-Sólo necesito que me deis un minuto -le dije, ignorando las miradas que estaban fijadas en mi rostro-, quiero estar sola. -Volví la cabeza, buscando a Jeb-. Y debéis tener ocasión de discutir esto sin que yo escuche. No me parece justo tener que discutir estrategias en presencia del enemigo.

-Yo no lo veo así -replicó Jeb.

Di un paso para alejarme de Jamie, y dejé caer los brazos. Una

mano se posó en mi hombro y me estremecí.

Pero sólo era Ian.

-No es buena idea que andes por ahí sola.

Me incliné hacia él e intenté bajar la voz todo lo que pude para que Jamie no fuera capaz de escucharme con claridad.

-¿Para qué prolongar lo inevitable? ¿Es que eso se lo facilitará o, por el contrario, se lo hará más difícil?

Creía saber la respuesta a mi última pregunta. Me sacudí la mano de Ian y comencé a correr, acelerando en dirección a la salida.

-¡Wanda! -oí que me llamaba Jamie.

Alguien le mandó callar con rapidez. No hubo ningún sonido de pasos a mi espalda. Debieron de comprender que lo mejor era dejarme marchar.

El corredor estaba oscuro y desierto. Si tenía suerte, podría pasar por el borde de la gran plaza del huerto en la oscuridad sin que me detectaran.

En todo el tiempo que llevaba allí, lo único que nunca había encontrado había sido la forma de salir. Parecía como si los túneles siempre fueran hacia abajo y nunca había buscado una abertura que no hubiera explorado por un motivo u otro. Pensé en ello ahora mientras me arrastraba por las esquinas más oscuras de la gran cueva. ¿Dónde estaría la salida? y pensé en esto: si pudiera resolver el rompecabezas, ¿me sentía preparada para marcharme?

No podía pensar en nada por lo que mereciera la pena irme, desde luego no el desierto que me esperaba fuera, pero tampoco la buscadora, ni el sanador, ni mi acomodadora, ni mi vida anterior, que había dejado una impresión tan poco profunda en mí. Todo lo que realmente me importaba estaba allí dentro. Jamie. Y, aunque terminara matándome, Jared. No podía imaginarme alejándome de cualquiera de ellos.

Y Jeb. Ian. Tenía amigos ahora. Doc, Trudy, Lily, Wes, Walter, Heath. Unos humanos extraños que podían dejar a un lado lo que yo era y ver algo que no tenían por qué asesinar. Quizá sólo era curiosidad, pero a pesar de todo estaban deseosos de apoyarme contra el resto de su estrechamente unida familia de supervivientes. Moví la cabeza, maravillada, mientras tanteaba mi camino en la tosca roca con las manos.

Podía escuchar a otros en la caverna, en el lado opuesto al que yo me hallaba. No me detuve, pues no podían verme donde estaba y acababa de encontrar la grieta que estaba buscando.

Después de todo, sólo había un posible destino. Incluso aunque hubiera podido adivinar la manera de escapar, no me habría ido. Me deslicé en la oscuridad más impenetrable que se pueda imaginar y me apresuré a seguir mi camino.



## Capítulo 27

### Indecisa

Encontré el camino de vuelta al agujero donde había estado mi prisión.

Habían pasado semanas y semanas desde que había pasado por este corredor en particular. De hecho, no había estado allí desde la mañana siguiente a la partida de Jared, cuando Jeb me liberó. Me parecía que mientras yo viviera y Jared estuviera en las cuevas, éste era el lugar al que yo pertenecía.

No había ahora ninguna luz tenue para darme la bienvenida. Estaba casi segura de haber llegado al último recodo, porque los giros y curvas me resultaban vagamente familiares. Mientras avanzaba, continué tanteando la pared con la mano izquierda a la menor altura posible a fin de encontrar la abertura. No estaba decidida a acurrucarme dentro del estrecho agujero, pero al menos me daría un punto de referencia, mostrándome que había llegado a donde se suponía que debía estar.

Cuando ocurrió así, no tuve la opción de entrar en mi agujero de nuevo.

En el preciso momento en que mis dedos recorrían el borde accidentado de la parte superior del agujero, mi pie encontró un obstáculo y tropecé, cayendo de rodillas. Adelanté las manos para sujetarme y aterrizaron en alguna parte con un crujido y un sonido similar al de una rasgadura, hundiéndose en algo que no era roca y que no había estado allí antes.

El sonido me sobresaltó y el objeto inesperado me asustó. Quizá había hecho algún giro equivocado y no me hallaba cerca de mi agujero. Tal vez estaba en algún lugar habitado por una persona. Revisé en mi memoria el trazado de mi trayecto reciente, preguntándome cómo había podido cometer tal error. Mientras tanto, escuché atentamente por si se producía alguna

reacción a mi ruidosa caída, quedándome totalmente quieta en la oscuridad.

No había nada, ni un sonido ni ningún tipo de reacción.

Sólo oscuridad en aquel espacio atestado de cosas, tan húmedo como siempre y en un silencio tan absoluto que me aseguraba que estaba completamente sola.

Con cuidado, intentando hacer el menor ruido posible, evalué la situación de mi alrededor.

Tenía las manos atrapadas en algo. Las liberé, siguiendo los contornos de lo que parecía una caja de cartón, con una lámina de plástico delgado y crujiente en la parte superior, que había sido con lo que habían topado mis manos. Deslicé las manos alrededor de la caja y encontré otra capa más de plástico crujiente, pequeños rectángulos que hacían mucho ruido cuando los manipulaba. Me retiré con rapidez, por miedo a atraer la atención de alguien.

Recordaba que había pensado que había encontrado la parte superior del agujero. Busqué hacia mi izquierda y encontré más paquetes cuadrados de cartón en aquel lado. Intenté encontrar la parte superior de la pila y tuve que ponerme en pie para poderlo hacer, ya que era tan alta como yo. Rastreé hasta encontrar la pared, y después el agujero, exactamente donde esperaba que estaría. Intenté escalar para entrar y determinar si realmente era el mismo lugar, porque con sólo un segundo más en aquel suelo combado estaría completamente segura, pero no pude pasar más allá de la abertura. También estaba atestada de cajas.

Frustrada, lo exploré con las manos, volviendo hacia la pared. Me di cuenta de que no podría ir más allá en el pasadizo, que estaba lleno hasta arriba con los misteriosos cuadrados de cartón.

Mientras rebuscaba por el suelo en busca de algo que me permitiera comprender, encontré algo diferente a aquel montón de cajas. Era una tela tosca, como arpillera, un saco lleno de algo pesado que al moverlo emitía un extraño sonido siseante cuando lo apretaba. Amasé el saco con las manos, menos alarmada por aquel sonido que por el crujido del plástico, ya que me pareció improbable que pudiera alertar a nadie de mi presencia.

Repentinamente, todo se aclaró. Fue el olor lo que me lo hizo ver. Mientras jugueteaba con aquel material que parecía arena dentro del saco, percibí un tufillo inesperado, un olor familiar. Me devolvió a mi cocina despejada de San Diego, al armario bajo que había a la izquierda del fregadero. Dentro de mi cabeza pude ver con toda claridad el saco de arroz crudo, con el recipiente de plástico que se usaba para medirlo, las filas de comida enlatada detrás de él. ..

Una vez que me di cuenta de que estaba tocando un paquete de arroz, lo comprendí. Después de todo, estaba en el sitio correcto. ¿No me había dicho Jeb que este lugar se usaba como almacén? ¿Y no acababa Jared de regresar de una larga expedición? Ahora, todo lo que los atracadores habían robado en esas semanas de ausencia se había almacenado en este lugar apartado hasta que pudiera usarse.

Acudieron de golpe un montón de ideas a mi cabeza. Primero, me

di cuenta de que estaba rodeada de comida. No sólo de pan tosco y sopa floja de cebolla, sino comida. En alguna parte de estas pilas debía de haber mantequilla de cacahuete, galletas de chocolate, patatas fritas, Cheetos.

Me sentía culpable sólo de pensarlo, mientras me imaginaba encontrando esas cosas, degustándolas, sintiéndome llena por primera vez desde que dejé la civilización. Jared no había arriesgado su vida y pasado semanas escondiéndose y robando para alimentarme a mí. Esta comida era para otros.

Me preocupaba que quizá esto no fuera todo el botín. ¿Y qué ocurría si tenían más cajas que esconder? ¿Serían Jared y Kyle los que las trajeran? No había que tener mucha imaginación para ver la escena que se produciría si me encontraban aquí.

Pero ¿no era por eso por lo que yo estaba aquí? ¿No era exactamente por eso por lo que necesitaba estar sola para pensar?

Me apoyé contra la pared. El paquete de arroz resultaba una almohada decente. Cerré los ojos, aunque fuera innecesario en aquella oscuridad como la tinta, y me puse cómoda para efectuar una consulta.

«Bueno, Mel ¿y ahora qué?».

Estaba contenta de ver que estaba despierta y alerta. La tensión había hecho renacer la fuerza. Era sólo en los momentos que las cosas iban bien cuando ella se desvanecía.

«Prioridades -dijo ella-. ¿Qué es más importante para nosotras? ¿Estar vivas o Jamie?».

Yo conocía la respuesta. «Jamie», afirmé, suspirando con fuerza. El resuello de mi respiración hacía eco en las paredes negras.

«De acuerdo. Probablemente podremos durar un poco más si aceptamos la protección de Ian y Jeb. ¿Le ayudaría eso?».

«Quizá. ¿Se sentiría más herido si nos rindiéramos? ¿O dejamos que esto siga como va, sólo para que termine mal, lo que parece inevitable?».

A ella no le gustó esto. Podía sentir cómo se rebullía en busca de posibles alternativas.

«¿Y si intentamos escapar?» , le sugerí.

«Imposible -concluyó ella-. Además, ¿qué vamos a hacer por ahí fuera? ¿Y qué les vamos a contar?».

Lo imaginamos juntas, ¿cómo íbamos a explicar mis meses de ausencia? Podría mentir, crear algún tipo de historia alternativa, o decir que no me acordaba de nada, pero pensé en el rostro escéptico de la buscadora, con sus protuberantes ojos brillantes de pura sospecha, y supe que mis inútiles tentativas de idear algún subterfugio fracasarían.

«Ellos pensarán que he conseguido hacerme con el control-admitió Melanie-. Así que te sacarán y la implantarán a ella aquí dentro».

Me removí, como si adoptar una nueva posición en el suelo de roca me pudiera llevar a olvidar esa idea, y me estremecí. Entonces seguí el pensamiento hasta su conclusión natural. «Ella les contará que existe este lugar, y los buscadores vendrán a por Jamie... y Jared».

El horror nos sobrecogió.

«De acuerdo -continué-. Así que de escapar nada».

«De acuerdo», susurró, aunque la emoción hizo el pensamiento inestable.

«Así que la decisión es... rápido o lento. ¿Qué le hará menos daño?».

Me parecía que mientras me concentrara en cosas prácticas podría mantener mi lado de la discusión de forma indolora y eficiente. Melanie intentó imitar mi esfuerzo.

«No estoy segura. Por un lado, lógicamente, cuanto más tiempo estemos los tres juntos más difícil será nuestra... separación para él; pero volviendo al tema, si no luchamos, si sólo nos rendimos..., a él no le gustará. Sentirá que lo hemos traicionado».

Observé las dos alternativas que ella me presentaba, intentando pensar de forma racional.

«Así que..., rápido, ¿pero no lo haríamos mejor intentando sobrevivir?».

«Rebajarnos a luchar», afirmó con tristeza.

«Luchar. Fabuloso». Intenté imaginarme cómo sería combatir la violencia con violencia. Alzar mi mano para golpear a alguien. Podía llegar a formar las palabras, pero no la imagen mental.

«Puedes hacerlo -me animó ella-. Te ayudaré».

«Gracias, pero no. Ha de haber otra forma».

«No te sigo, Wanda. Has renunciado a los de tu especie por completo, estás dispuesta a morir por mi hermano, estás enamorada del hombre que yo amo, y que quiere matarnos, y aun así no eres capaz de abandonar costumbres totalmente inútiles en este lugar».

«Soy quien soy, Mel. No puedo cambiar eso aunque todo lo demás cambie. Atente a tu forma de ver las cosas y déjame a mí que haga lo mismo».

«Pero si vamos a...».

Ella habría continuado discutiendo conmigo, pero nos interrumpieron. Percibí el eco de algo que bajaba por el corredor, el sonido de algo deslizándose, como de un zapato contra la piedra.

Me quedé helada. Todas las funciones de mi cuerpo se interrumpieron excepto el corazón, e incluso éste latía erráticamente. Me quedé quieta y escuché. No había posibilidad de que fuera una jugarreta de mi imaginación. En pocos segundos se oyeron más pasos que venían de esa dirección.

Melanie mantuvo la sangre fría, aunque yo me dejé llevar por el pánico.

«Ponte en pie», me ordenó ella.

« ¿Por qué ?».

«No quieres luchar, pero puedes correr. Debemos intentar lo que sea... por Jamie».

Volví a respirar, aunque mantuve la respiración superficial y lenta. Me di la vuelta despacio hasta que me apoyé en los talones. La adrenalina

recorría mis músculos, dándome pinchazos al flexionarse. Sería más rápida que los que intentarían capturarme, pero ¿adónde iba a huir?

-¿Wanda? -susurró alguien en voz muy baja-. ¿Wanda, estás aquí?

Soy yo.

Su voz se quebró, y supe que era él.

-¡Jamie! -siseé-. ¿Qué estás haciendo? Te he dicho que necesitaba estar sola.

Su voz mostró un claro alivio, de modo que subió el volumen del susurro:

-Todo el mundo te está buscando, bueno, ya sabes, Trudy, Lily, Wes, esa gente. Sólo que se supone que no vamos a dejar a nadie que sepa que lo estamos haciendo. Se supone que nadie debe saber que has desaparecido. Jeb ha recuperado otra vez su arma, Ian está con Doc. Cuando Doc esté libre, irá a hablar con Jared y Kyle. Todo el mundo le escucha, así que no tienes que esconderte. Todo el mundo está ocupado ahora y tú seguramente estarás cansada...

Mientras Jamie se explicaba, avanzó las manos hasta que encontró mi brazo y después mi mano.

-En realidad, no me estoy escondiendo, Jamie. Te dije que debía pensar.

-Puedes pensar en presencia de Jeb, ¿no?

-¿Adónde quieres que vaya? ¿Otra vez a la habitación de Jared? Aquí es donde se supone que debo estar.

-Ya no. -Un familiar matiz de terquedad apareció en su voz.

-¿Por qué está todo el mundo tan ocupado? -le pregunté para distraerlo-. ¿Qué está haciendo Doc?

Mi intento no tuvo éxito, porque no me contestó.

Después de un minuto de silencio, le toqué la mejilla.

-Mira, deberías estar con Jeb. Diles a los demás que dejen de buscarme. Simplemente me voy a quedar por aquí un tiempo.

-No puedes dormir aquí.

-Ya lo he hecho antes.

Sentí sacudirse su cabeza contra mi mano.

-Te traeré unas mantas y almohadas, por lo menos.

-No necesito nada más que una.

-No me voy a quedar con Jared mientras siga comportándose como un estúpido.

Gruñí en mi interior.

-Entonces quédate con Jeb y sus ronquidos. Debes estar con ellos, no conmigo.

-Estaré donde yo quiera.

La amenaza de que Kyle me encontrara pesaba mucho en mi mente, pero ese argumento sólo haría que Jamie se sintiera responsable de mi protección.

-Vale, pero Jeb debe darte permiso.

-Luego. No voy a molestar a Jeb esta noche.

-¿Qué está haciendo?

No contestó. Sólo fue en ese momento cuando me di cuenta de que no había contestado a mi pregunta anterior de forma deliberada. Había algo que no me quería decir. Quizá los otros también estaban ocupados intentando encontrarme. Quizá el regreso a casa de Jared les había hecho que volvieran a su opinión previa sobre mí. Eso me había parecido en la cocina, cuando agacharon las cabezas y me miraron de manera furtiva.

-¿Qué está pasando, Jamie? -le insistí.

-Se supone que no te lo puedo decir -masculló entre dientes-, y no voy a hacerlo. -Sus brazos se apretaron repentinamente en torno a mi cintura, y apretó el rostro contra mi hombro-. Todo va a salir bien -me prometió, con la voz embriagada por la emoción.

Le di unas palmaditas en la espalda y deslicé los dedos a través de su melena enmarañada.

-Vale -le dije, de acuerdo con que mantuviera su silencio. Después de todo, también yo tenía mis secretos, ¿no?-. No te enfades, Jamie. Sea lo que sea, intentaremos que resulte lo mejor para todos. Estarás bien. -Deseé que esas palabras fueran ciertas conforme las pronunciaba.

-No sé qué es lo que debo esperar -susurró él. Mientras yo miraba hacia la oscuridad sin fijar la vista en nada en particular, intenté comprender qué sería lo que no me quería decir, pero entonces capté un tenue resplandor en el extremo más lejano del corredor; ligero, pero destacaba con claridad en la oscuridad de la cueva.

-Shh -siseé-. Viene alguien. Rápido, escóndete detrás de las cajas.

La cabeza de Jamie se inclinó en la dirección de la luz amarilla, que iba adquiriendo más intensidad por momentos. Intenté escuchar los pasos que debían acompañarla, pero no oí nada.

-No me voy a esconder -respondió siseando-. Ponte detrás de mí, Wanda.

-¡No!

-¡Jamie -gritó Jared-, sé que has vuelto aquí!

Las piernas se me quedaron flojas, insensibles. ¿Por qué tenía que ser Jared? Habría sido mucho más fácil para Jamie que el que me matara fuera Kyle.

-¡Vete! -respondió Jamie gritando.

La luz amarilla aceleró y se convirtió en un círculo en la pared más lejana.

Jared acechaba al otro lado de la esquina, y la luz de la linterna en su mano bailoteaba adelante y atrás recorriendo el suelo. Se había lavado y llevaba una camiseta roja descolorida que reconocí, porque estaba colgada en la habitación donde yo había vivido las últimas semanas y era una imagen habitual para mí. También su rostro me era familiar, y mostraba exactamente la misma expresión que había tenido desde el primer momento que aparecí por allí.

El rayo de luz cayó sobre mi rostro y me cegó. Sabía que la luz relucía reflejando el destello plateado que había detrás de mis ojos, porque

sentí que Jamie daba un salto, sólo un pequeño saltito, y después se afirmó aún más en su posición.

-¡Apártate de esa cosa! -rugió Jared.

-¡Cierra la boca! -respondió Jamie gritando-. ¡No la conoces! ¡Déjala en paz!

Se colgó de mí mientras yo intentaba desasir sus manos. Jared embistió como un toro. Agarró la parte de atrás de la camiseta de Jamie con una mano y lo arrancó de mi lado. Mantuvo la tela agarrada con el puño mientras sacudía al chico, que gritaba.

-¡Estás comportándote como un idiota! ¿Es que no te das cuenta de que te está utilizando?

De forma instintiva me interpose en el escaso espacio que había entre los dos. Como era mi pretensión, mi avance hizo que soltara a Jamie. Ni quise ni necesitaba que ocurriera lo que tuvo lugar inmediatamente después, la forma en que su olor familiar asaltó mis sentidos, la forma en que percibí el contorno de su pecho bajo mis manos.

-¡Deja a Jamie en paz! -le recriminé, deseando ser por una vez como Melanie quería que yo fuera y que mis manos fueran ahora más duras y mi voz más fuerte.

Me cogió las muñecas con una sola mano y usó esa sujeción para apartarme de él con un empujón que me proyectó contra la pared. El impacto me cogió por sorpresa y me dejó sin aliento. Reboté contra la pared de piedra y caí al suelo, aterrizando sobre las cajas y haciéndolas crujir al arrugarlas y aplastar el celofán.

Se me disparó el pulso mientras yacía atontada, inclinada sobre las cajas, y por un momento vi pasar luces extrañas delante de mis ojos.

-¡Cobarde! -le chilló Jamie a Jared-. ¡Ella no te haría daño ni por salvar su propia vida! ¿Por qué no la puedes dejar en paz?

Escuché cómo alguien desplazaba las cajas y sentí las manos de Jamie sobre mi brazo.

-¿Wanda? ¿Estás bien, Wanda?

-Sí, me encuentro perfectamente -repose enojada, ignorando el latido de mi cabeza. Pude observar su rostro lleno de ansiedad acercarse a mí en el resplandor de la luz de la linterna, que se le debía de haber caído a Jared-. Debes irte ahora, Jamie -le susurré-. Corre.

El muchacho sacudió la cabeza con fiereza.

-¡Apártate de esa cosa! -bramó Jared.

Entreví cómo Jared agarraba a Jamie por los hombros y lo arrancaba de su posición agachada. Las cajas se desplazaron y se desplomaron sobre mí en una pequeña avalancha. Me di la vuelta, cubriéndome la cabeza con los brazos. Una muy pesada me cayó justo entre los omóplatos y grité de dolor.

-¡Deja de hacerle daño! -aulló Jamie.

Se oyó un fuerte chasquido y a continuación un jadeo.

Luché para salir de debajo de aquel pesado envase de cartón, y me alcé aturdida sobre los codos.

Jared tenía una mano puesta sobre la nariz y algo oscuro se deslizaba sobre sus labios. Tenía los ojos dilatados por la sorpresa. Jamie se le había encarado con ambas manos convertidas en puños, con un furioso ceño fruncido.

La cara de pocos amigos de Jamie se vino abajo lentamente mientras Jared se quedaba mirándole fijamente, impresionado. El dolor ocupó su lugar, el dolor y una sensación de traición tan profunda que rivalizaba con la expresión que Jared había mostrado en la cocina.

-No eres el hombre que pensaba que eras -susurró Jamie. Miró a Jared como si estuviera muy lejos, como si hubiera un muro entre ellos y él se hubiera quedado completamente aislado al otro lado.

Los ojos de Jamie se inundaron de lágrimas y volvió la cabeza, avergonzado de mostrar debilidad frente a Jared. Se marchó con pasos rápidos y firmes.

«Lo hemos intentado», pensó Melanie con tristeza. Le dolía el corazón por el chico a pesar de que ansiaba que volviera mis ojos al hombre. Le di lo que quería.

Jared no miraba hacia mí, sino hacia la oscuridad en la que Jamie había desaparecido, con la mano aún cubriéndose la nariz.

-¡Ah, maldita sea! -gritó repentinamente-. ¡Jamie! ¡Vuelve aquí!

No hubo respuesta.

Jared arrojó una mirada sombría en mi dirección y yo me encogí, aunque parecía que su furia se había desvanecido; entonces recogió la linterna y salió pisando con fuerza detrás de Jamie, pateando una caja que se había atravesado en su camino.

-Lo siento, ¿vale? ¡No llores, chaval! -y siguió gritando excusas mientras daba la vuelta a la esquina y me dejaba allí tirada en la oscuridad.

Durante un largo momento, todo lo que pude hacer fue respirar. Me concentré en que el aire fluyera hacia dentro y hacia fuera, y otra vez adentro. Después de sentir que había vencido esta dificultad, me esforcé en levantarme del suelo. Me llevó unos segundos recordar cómo mover las piernas, e incluso entonces las sentí temblorosas; como amenazaban con ceder bajo mi peso, me senté otra vez apoyada contra la pared, deslizándome hacia abajo hasta que encontré mi almohada llena de arroz. Me dejé caer allí mientras reconocía mi estado.

No se había roto nada, excepto quizá la nariz de Jared.

Negué con la cabeza lentamente. Jared y Jamie no deberían luchar entre ellos. Les estaba causando tanta confusión y tanta infelicidad... Suspiré, y volví a mi reconocimiento. Tenía una parte importante de la espalda, en su zona central, dolorida y un lado de la cara estaba en carne viva, donde me había golpeado contra la pared. Me dolía cuando lo tocaba y sentí que algo cálido fluía entre mis dedos. Aunque eso parecía ser lo peor de todo. Los otros cardenales y rasguños eran superficiales.

Cuando me di cuenta de esto, me sentí extrañamente aliviada.

Estaba viva. Jared había tenido una oportunidad para matarme y no lo había hecho. En vez de eso se había marchado en busca de Jamie para



arreglar las cosas entre ellos. Así que cualquiera que fuera el daño que estaba causando a su relación no tenía aspecto de ser irreparable.

Había sido un día muy largo, ya lo era antes de que Jared y los otros aparecieran, y eso parecía haber ocurrido hacía siglos. Cerré los ojos y me quedé dormida encima del arroz.

## Capítulo 28

### Equivocada

Despertarme en medio de la oscuridad me dejó como desorientada. Los meses anteriores me había acostumbrado a que el sol me despertara. Al principio pensé que sería de noche, pero entonces, sintiendo el ardor de mi rostro y el dolor en la espalda, recordé dónde estaba.

A mi lado escuché el sonido de una suave respiración acompasada. Eso no me asustó, porque para mí era el sonido más familiar de todos. No me sorprendió que Jamie hubiera vuelto para dormir a mi lado esa noche.

Quizá fue el cambio de ritmo de mi respiración lo que le despertó, tal vez simplemente porque nuestros ritmos se habían terminado acoplando, pero segundos después de que yo recuperara la conciencia, él lo hizo a su vez con un pequeño jadeo.

-¿Wanda? -susurró.

-Estoy aquí, a tu lado.

Él suspiró aliviado.

-Está muy oscuro aquí -repuso.

-Sí.

-¿Crees que será ya hora de desayunar?

-No lo sé.

-Tengo hambre. Voy a ver.

No le contesté.

Él interpretó correctamente mi silencio, como un rechazo.

-No tienes por qué esconderte aquí, Wanda -dijo con el corazón en la mano, después de dejarme unos momentos para que pudiera replicar-. Hablé con Jared anoche. Va a dejar de meterse contigo; me lo prometió.

Me dieron ganas de sonreír. ¡Meterse conmigo!

-¿Vendrás conmigo? -insistió Jamie. Su mano encontró la mía.

-¿Es eso lo que realmente quieres que haga? -le pregunté en voz baja.

-Sí, todo va a ser como antes.

«Mel, ¿esto es lo mejor?».

«No lo sé». Ella estaba dividida. Sabía que no podía ser objetiva, porque quería ver a Jared.

«Eso es una locura, ya lo sabes».

«No tanto si tenemos en cuenta el hecho de que tú también quieres verle, parásita». Añadió el vocativo en plan de broma.

«Aquí me tienes, cuerpo».

-De acuerdo, Jamie -acepté-, pero no te alteres si la situación no vuelve a ser como antes, ¿vale? Si las cosas se ponen feas... Bueno, simplemente, no te sorprendas.

-Todo va a ir bien, ya lo verás.

Le dejé que me guiara a través de la oscuridad, tirando de mi mano, que aún la tenía cogida. Me preparé cuando entramos en la gran caverna del huerto. No estaba segura de qué reacción mostrarían los demás ese día. ¿Quién sabía de qué se había hablado mientras yo dormía?

Pero el huerto estaba vacío, aunque el sol brillaba con fuerza en el cielo matutino. Se reflejaba en los cientos de espejos, cegándome momentáneamente.

Jamie no mostró ningún interés en la cueva vacía. Mantuvo los ojos fijos en mis facciones y respiró profundamente a través de los dientes cuando la luz iluminó en mi mejilla izquierda.

-¡Oh! -jadeó-. ¿Estás bien? ¿Te duele la herida?

Me toqué el semblante con cuidado. Tenía la piel áspera y con arena incrustada en las costras. Me latió cuando pasé los dedos por encima.

-Estoy bien -le susurré. La caverna vacía me hacía desconfiar. No quería hablar en voz muy alta-. ¿Dónde está todo el mundo?

Jamie se encogió de hombros, con los ojos todavía entrecerrados mientras observaba mi cara.

-Ocupados, supongo. -Él no bajó su tono de voz.

Eso me recordó la noche anterior, el secreto que no me había querido contar. Se me frunció el entrecejo y esto me tironeó de la piel en carne viva de forma desagradable.

« ¿Qué crees que es lo que no nos quiere contar?».

«No sé más que tú, Wanda».

«Tú eres humana. ¿No se supone que debes tener intuición o algo así?».

« ¿Intuición? Mi intuición me dice que no conocemos este lugar tan bien como creíamos», replicó Melanie.

Reflexionamos juntas sobre lo ominoso que sonaba eso. Fue casi un alivio escuchar los sonidos habituales de la hora de comer que procedían del corredor que daba a la cocina. No quería ver a nadie en particular, aparte de aquel anhelo enfermizo de ver a Jared, claro, pero los túneles vacíos

combinados con la certeza de que había algo que se me ocultaba me pusieron los nervios de punta.

La cocina no estaba ni medio llena, una cosa rara a esa hora de la mañana. Pero apenas me di cuenta de eso, porque el olor que procedía del horno de piedra de la pared anuló cualquier otro pensamiento.

-¡Oh! -gimió Jamie-. ¡Huevos!

Tiró de mí con fuerza, y no opuse ninguna resistencia a seguirle el ritmo. Nos aproximamos con los estómagos gruñendo al mostrador al lado del horno donde Lucina, la madre, estaba de pie con un cucharón de plástico en la mano. El desayuno era generalmente un autoservicio, pero antes consistía sólo en toscos panecillos.

Ella miró exclusivamente al chico mientras hablaba.

-Estaban mejor hace una hora.

-Estarán igual de buenos ahora -replicó Jamie con entusiasmo-. ¿Ya ha comido todo el mundo?

-Casi todos, creo que les llevaron una bandeja abajo a Doc y al resto... -La voz de Lucina se desvaneció y sus ojos se movieron en mi dirección por primera vez, al igual que los de Jamie.

No comprendí la expresión que cruzó por el rostro de Lucina, porque desapareció con demasiada rapidez, reemplazada por alguna otra mientras constataba las nuevas marcas en mi rostro.

-¿Cuánto queda? -preguntó Jamie. Su entusiasmo sonaba ahora algo forzado.

Lucina se volvió y se inclinó para sacar una sartén de metal de entre las piedras calientes del fondo del horno con la cazoleta del cucharón.

-¿Cuánto quieres, Jamie? Hay de sobra -le dijo sin volverse.

-Imagínate que yo fuera Kyle -respondió entre risas.

-Aquí tienes una porción tamaño Kyle -replicó Lucina, pero cuando sonrió sus ojos únicamente mostraban infelicidad.

Llenó un bol de sopa hasta los bordes con unos huevos revueltos ligeramente gomosos, se irguió y se lo pasó a Jamie.

Me miró de nuevo y comprendí el significado de esa mirada.

-Sentémonos ahí, Jamie -repuse, empujándole hacia un mostrador.

Él se quedó mirándome atónito.

-¿No quieres un poco?

-No, yo... -Iba a decir que me encontraba bien otra vez, pero mi estómago gruñó desobedientemente.

-¿Wanda? -Me miró a mí y después a Lucina, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

-Sólo tomaré pan -mascullé, intentando apartarle de allí.

-No. Lucina, ¿cuál es el problema? -La miró expectante, pero ella no se movió-. Si has terminado aquí, ahora me encargaré yo -sugirió con los ojos entrecerrados y formando con la boca una mueca cargada de terquedad.

Lucina se encogió de hombros y dejó el cucharón en el mostrador de piedra. Se fue lentamente sin dedicarme una segunda mirada.

-Jamie -murmuré en tono imperativo pero casi inaudible-, esta

comida no es para mí. Jared y los otros han arriesgado sus vidas para que pudierais desayunar huevos. El pan es suficiente.

-No seas estúpida, Wanda -replicó Jamie-. Tú vives aquí ahora, como el resto de nosotros. Nadie pone ninguna objeción a que laves su ropa o amases su pan. Además, estos huevos no van a durar mucho. Se pondrán malos si no te los comes.

Sentí todos los ojos de la habitación concentrados en mi espalda.

-Eso sería preferible para algunos -le dije aún más bajo, de modo que nadie salvo Jamie pudiera oírlo.

-Olvídalo -gruñó Jamie. Saltó sobre el mostrador y llenó otro bol de huevos y después me los pasó-. Te lo vas a comer todo, hasta el final-me indicó con resolución.

Se me hizo la boca agua cuando miré el bol, pero empujé los huevos a un lado y me crucé de brazos.

Jamie puso cara de pocos amigos.

-Muy bien -dijo, y apartó también su bol por encima del mostrador-. Si tú no comes, yo tampoco. -Su estómago gruñó de forma audible, y también cruzó los brazos sobre el pecho.

Nos miramos de forma desafiante el uno al otro durante dos largos minutos, mientras nuestros estómagos rugían cada vez más con el olor de los huevos. De vez en cuando, Jaime miraba de reojo la comida. Eso fue lo que me venció, la mirada anhelante de sus ojos.

-De acuerdo -dije enfadada.

Deslicé su bol hacia donde estaba él y después cogí el mío. Él esperó hasta que yo comí la primera cucharada para empezar el suyo. Contuve un gemido cuando mi lengua registró el sabor. Sabía que los huevos gomosos y fríos no eran lo mejor que había probado en mi vida, pero eran los que mejor me habían sabido. Este cuerpo vivía para el presente.

Jamie tuvo una reacción parecida, y después comenzó a engullir la comida con tanta rapidez que parecía que no le quedaba tiempo para respirar. Le observé para asegurarme de que no se iba a ahogar.

Yo comí más despacio con la esperanza de convencerle de que se comiera una parte de los míos cuando terminara. Y ahí fue cuando, una vez concluida nuestra pequeña disputa y satisfecho mi estómago, finalmente me di cuenta de la atmósfera de la cocina.

Podría haberse esperado un ambiente de celebración con la emoción de los huevos en el desayuno después de meses de monotonía, pero el aire era sombrío, y todas las conversaciones tenían lugar entre cuchicheos. ¿Era ésta la reacción a la escena de la última noche? Escudriñé la habitación en busca de una respuesta.

Alguna gente me estaba mirando, unos cuantos aquí y allá, pero no eran los únicos que charlaban en graves murmullos, y los otros no me dedicaban ninguna atención en absoluto. Además, ninguno de ellos parecía enfadado, culpable, tenso o embargado por cualquier otra de las emociones que yo esperaba.

No, estaban tristes. La desesperación marcaba cada rostro de esa

habitación.

Sharon era la última persona que vi, comiendo en una esquina lejana, con su habitual aspecto reservado. Mantenía tan bien la compostura, mientras comía mecánicamente su desayuno, que no me di cuenta en un primer momento de que le corrían las lágrimas por la cara. Cayeron en su bol, pero comió como si no hubiera notado nada.

-¿Le pasa algo a Doc? -le susurré a Jamie, repentinamente asustada. Me pregunté si me estaba volviendo paranoica, cuando a lo mejor nada de esto tenía que ver conmigo. La tristeza que flotaba en la habitación parecía ser parte de algún drama humano del cual yo había sido excluida. ¿Era eso lo que mantenía ocupado a todo el mundo? ¿Había habido algún accidente?

Jamie miró a Sharon y suspiró antes de contestarme.

-No, Doc está bien.

-¿Y la tía Maggie? ¿Está herida?

Él negó con la cabeza.

-¿Dónde está Walter? -exigí, aún susurrando. Sentía una ansiedad creciente según iba imaginando que alguno de mis compañeros había sufrido algún daño, incluso si se trataba de alguien que me odiara.

-No lo sé; está bien, creo.

Me di cuenta en ese momento de que Jamie estaba tan triste como todos los demás.

-¿Qué es lo que va mal, Jamie? ¿Por qué estás tan alterado?

Jamie clavó la vista en el bol y empezó a masticar los huevos con deliberada lentitud, pero siguió sin contestarme.

Se los terminó en silencio. Intenté pasarle el contenido restante de mi bol, pero me miró con tanta furia que lo retiré y me lo comí sin ofrecer más resistencia.

Añadí nuestros boles a una cesta grande de plástico donde poníamos los platos sucios. Estaba llena, así que la cogí del mostrador. No estaba segura de qué estaba sucediendo en las cuevas, pero lavar los platos parecía una buena forma de mantenerme ocupada.

Jamie me acompañó. Estaba absolutamente tenso, en un estado de alerta que no me gustó, porque no pensaba permitirle que actuara como mi guardaespaldas si al final era necesario; pero entonces, mientras bordeábamos el campo grande, mi protector habitual nos encontró, de modo que el tema quedó pendiente de discusión.

Ian estaba mugriento, cubierto de un fino polvo marrón que le cubría de la cabeza a los pies, más oscuro en las zonas de su cuerpo que estaban empapadas de sudor. Las líneas marrones que se deslizaban por su rostro no conseguían disimular su cansancio extremo. No me sorprendió verle tan abatido como todos los demás, pero el polvo alentó mi curiosidad, ya que no era el habitual polvo de color purpúreo que había dentro de las cuevas. Ian había salido fuera por la mañana.

-Aquí estás -murmuró cuando nos vio. Caminaba con rapidez y sus largas piernas acortaban la distancia que nos separaba con zancadas

nerviosas. Cuando nos alcanzó no las detuvo, sino que más bien me cogió por debajo del codo y me llevó hacia delante-. Entremos aquí durante un minuto.

Me empujó hacia el estrecho túnel que llevaba hacia el campo oriental, donde el maíz estaba ya casi maduro. No me llevó muy adentro, sólo hasta que nos cubrieron las sombras de modo que nadie pudiera vernos desde la habitación principal. Sentí la mano de Jamie descansar suavemente en mi otro brazo.

Después de medio minuto, unas voces graves hicieron eco contra las paredes de la caverna grande. No eran bulliciosas, sino sombrías, tan deprimidas como las caras que había visto esa mañana. Las voces pasaron a nuestro lado, cerca de la grieta donde nos escondíamos, y la mano de Ian se tensó, mientras sus dedos se clavaban en los puntos débiles del hueso. Reconocí la voz de Jared y la de Kyle. Melanie pugnó contra mi control y éste no era muy fuerte en ese momento. Ambas queríamos ver su rostro; por suerte, Ian nos sujetó.

-No sé por qué dejamos que continúe intentándolo. Cuando se acaba, se acaba -iba diciendo Jared.

-Creía que esta vez lo tenía de verdad. Estaba tan seguro... Oh, está bien. Merecerá la pena si lo resuelve alguna vez -le contestó Kyle.

-Sí -bufó Jared-. Supongo que hemos tenido suerte al encontrar ese brandy. Doc se va a soplar todo el cajón antes de que llegue la noche, al ritmo que va.

-Se quedará sin sentido dentro de poco -replicó Kyle, cuya voz comenzaba a desvanecerse en la distancia-. Ojalá Sharon hubiera... -y después ya no se entendió nada.

Ian esperó hasta que las voces dejaron de oírse por completo y después unos minutos más, antes de soltarme finalmente el brazo.

-Jared lo prometió -le murmuró Jamie.

-Ah, sí, pero Kyle no -respondió Ian.

Regresaron a la luz; yo les seguí lentamente, sin estar nada segura de mis sentimientos.

Ian se dio cuenta por primera vez de lo que llevaba.

-Nada de fregar platos ahora -me dijo-. Démosles una oportunidad de que se asean y se quiten de en medio.

Pensé en preguntarle por qué estaba tan sucio, pero probablemente se negaría a contestar, lo mismo que Jamie. Me volví a mirar por el túnel que llevaba a las corrientes de agua, especulando.

Ian profirió un sonido de enfado.

Me volví hacia él, asustada, y comprendí qué era lo que le había puesto así. Simplemente había visto mi cara.

Elevó la mano como si fuera a alzarme la barbilla, pero yo me aparté y él dejó caer la mano.

-Esto me revuelve las tripas -dijo, y su voz sonó realmente como si tuviera el estómago revuelto-. Y lo peor es saber que si no me hubiera quedado en la cueva podría haber sido yo el que lo hubiera hecho...

Negué con la cabeza.

-No es nada, Ian.

-No estoy de acuerdo con eso -masculló, y después se dirigió a Jamie-: Sería mejor que fueras a la escuela. Cuanto antes vuelva todo a la normalidad, mejor.

Jamie gruñó.

-Soportar a Sharon hoy será una auténtica pesadilla.

Ian le devolvió una gran sonrisa.

-Es hora de hacer algo por el equipo. No te envidio, chaval.

El muchacho suspiró y dio una patada al polvo del suelo.

-No pierdas de vista a Wanda.

-No lo haré.

Jamie se fue arrastrando los pies y lanzándonos miradas sobre el hombro cada pocos segundos, hasta que desapareció por otro túnel.

-Trae, dame eso -dijo Ian, quitándome la cesta de platos antes de que pudiera decir ni una palabra.

-No me pesan nada -comenté.

Él sonrió de nuevo.

-Me siento como un tonto con los brazos vacíos mientras tú los llevas de un lado para otro. Anótame un punto en galantería. Venga, vamos a descansar a alguna parte que esté fuera de la vista hasta que se quede despejada la costa.

Sus palabras me preocuparon, y le seguí en silencio. ¿Cómo se iba a aplicar conmigo la galantería?

Caminamos hasta el campo de maíz y después lo atravesamos pisando en la parte más baja del surco, entre los tallos. Le seguí hasta que se paró en algún lugar en mitad del cultivo; dejó los platos a un lado y se dejó caer sobre la tierra.

-Bueno, si nos quedamos aquí, ya nos hemos quitado de en medio -comenté mientras me acomodaba en el suelo a su lado, cruzando las piernas-, pero ¿no deberíamos estar trabajando?

-Trabajas demasiado, Wanda. Eres la única que nunca se toma un día de descanso.

-Me mantiene ocupada -murmuré entre dientes.

-Hoy todo el mundo se ha tomado el día libre, y tú deberías imitarlos.

Le miré con curiosidad. La luz de los espejos arrojaba sombras dobles a través de los tallos de maíz, cruzándose sobre Ian como si fueran las franjas de una cebra. Bajo aquellas líneas luminosas y el polvo, su rostro pálido se veía cansado.

-Parece como si hubieras estado trabajando.

Tenía los ojos entrecerrados.

-Pero ahora estoy descansando.

-Jamie no me ha dicho lo que está pasando -murmuré.

-No, ni yo tampoco -suspiró-. En cualquier caso, no es algo que te gustaría saber.



Me quedé mirando fijamente al suelo, hacia el polvo del suelo marrón y púrpura oscuro, mientras mi estómago se retorció y se revolvía. No podía pensar en una situación peor que el no saber, pero quizá era que simplemente andaba escasa de imaginación.

-No es juego limpio -dijo Ian después de un momento de silencio-, teniendo en cuenta que no voy a contestar a tu pregunta, pero ¿te importaría si te hago yo una?

Me sentó bien la distracción.

-Como gustes.

No habló inmediatamente, así que me encontré buscando una razón para su duda. Miraba ahora hacia abajo, fijando la vista en el polvo que rayaba el dorso de sus manos.

-Ya sé que no sabes mentir. Eso lo tengo claro -dijo en voz baja-. Te creeré, sea cual sea tu respuesta.

Esperé otra vez mientras él seguía mirando con fijeza el polvo de sus manos.

-No me creía la historia de Jeb antes, pero él y Doc estaban bastante convencidos... Wanda -dijo levantando los ojos bruscamente-, ¿todavía está ahí contigo la chica cuyo cuerpo ocupas?

Eso ya no era mi secreto a todos los efectos, porque tanto Jamie como Jeb sabían la verdad, y no era el secreto lo que realmente importaba. De cualquier modo, confiaba en que Ian no fuera por ahí chivándose a cualquiera que pudiera matarme por ello.

-Sí -le contesté-. Melanie sigue aquí.

Él asintió lentamente.

-¿Y cómo es? Para ti... Y para ella.

-Es... frustrante, para ambas. Al principio, hubiera dado casi cualquier cosa porque ella desapareciera, como debería haber hecho; pero ahora... me he acostumbrado. -Le sonreí irónicamente-, Algunas veces es agradable tener compañía, pero es más duro para ella. Es como una prisionera en muchos sentidos, ahí encerrada en mi mente. Aunque ella prefiere esa cautividad a desaparecer, claro.

-No sabía que había alguna posibilidad de quedarse.

-No la había, al menos al principio. La resistencia no empezó hasta que los de vuestra especie descubrieron lo que sucedía. Ésa parecía ser la clave, saber lo que iba a ocurrir. Los humanos que fueron tomados por sorpresa no tuvieron ocasión de luchar.

-¿Y qué pasará si me cogen?

Valoré su expresión fiera y el fuego de sus ojos brillantes. -Dudo que desaparecieras. Está claro que las cosas han cambiado. Cuando capturan ahora humanos adultos, no los ofrecen como anfitriones. Dan demasiados problemas. -Esboqué otra media sonrisa-. Problemas como los míos: me he ablandado y he simpatizado con mi anfitriona, desviándome de *mí* camino...

Pensó en eso durante un buen rato, mirando algunas veces hacia mi cara y otras a los tallos de maíz, y aun otras a ninguna parte.

-¿Y qué me harían a mí entonces si me cogen? -preguntó al final.

-Harían una inserción de todos modos, creo, para intentar conseguir información. Probablemente, te pondrían dentro a un buscador. -Él se estremeció-. Pero no te mantendrían como anfitrión. Tanto si encontraran la información como si no, serías... descartado.

Era una palabra difícil de decir, porque la idea me revolvía el estómago. Era extraño, porque antes solían ser las cosas humanas las que me disgustaban, pero, claro, nunca las había mirado desde el punto de vista de un cuerpo. Ningún otro planeta me había obligado a adoptar otra perspectiva. El mal funcionamiento de un cuerpo daba lugar a su eliminación rápida e indolora, ya que era tan inútil como un coche que no anda. ¿Qué sentido tenía mantenerlo? Había también condiciones mentales que hacían un cuerpo inútil, como peligrosas adicciones mentales, anhelos malévolos, males incurables que hacían que el cuerpo fuera inútil para otros. O, claro, una mente demasiado fuerte para poder borrarla, una anomalía única de este planeta.

Nunca se me había ocurrido que fuera censurable considerar un espíritu indomable un defecto, tal y como me lo parecía ahora al mirar los ojos de Ian.

-¿Y si te cogen a ti? -inquirió él.

-Si se dan cuenta de quién soy..., si alguien aún continúa buscándome... -Pensé en mi buscadora y me estremecí como él antes-, me sacarían y me pondrían en otro anfitrión. Alguien joven y más tratable. Esperarían que volviera a ser yo misma otra vez. O quizá me embarcarían fuera del planeta..., apartándome de las malas influencias.

-¿Serías otra vez tú?

Me encontré con su mirada.

-Yo soy yo. No he perdido mi identidad a favor de la de Melanie. Me siento igual que siempre, incluso igual que cuando era un oso o una flor.

-¿Y no te descartarían a ti?

-A un alma, nunca. No hay castigos capitales para nuestra especie, ni castigo de ninguna clase, en realidad. Con independencia de lo que hagan, lo harán para salvarme. Antes pensaba que no era necesario que las cosas fueran de otra forma, pero ahora me tengo a mí misma como prueba contraria de esa teoría. Lo más correcto sería descartarme a mí también. Soy una traidora, ¿no?

Ian frunció los labios.

-Yo diría que eres más bien una expatriada. No te has vuelto contra ellos, simplemente has abandonado su sociedad.

Nos quedamos callados de nuevo. Quería creer que lo que él decía era verdad. Reflexioné sobre la palabra «expatriada», intentando convencerme a mí misma de que no era algo peor de lo que ya me consideraba.

Ian soltó aire de forma tan ruidosa que me sobresaltó.

-Cuando Doc vuelva a estar sobrio, le diremos que le eche una ojeada a tu cara. -Alzó la mano y la puso debajo de mi barbilla, pero esta vez

no la aparté. Volvió mi rostro hacia un lado, de modo que pudo examinar la herida.

-No tiene importancia, estoy segura de que tiene peor aspecto de lo que es.

-Eso espero, porque parece algo horrible. -Suspiró y luego se despezó-. Supongo que nos hemos escondido el tiempo suficiente para que Kyle esté limpio e inconsciente. ¿Quieres que te ayude con los platos?

Ian no me dejó fregar los platos en la corriente de agua de la manera que yo lo hacía habitualmente. Insistió en que entráramos en la oscura habitación del baño, donde nadie podría verme. Froté los platos en la oscuridad en la parte menos profunda de la piscina negra, mientras él se quitaba la porquería de encima procedente de sus misteriosas ocupaciones. Después, me ayudó con los últimos cuencos sucios.

Cuando terminamos, me escoltó de regreso a la cocina, que se estaba empezando a llenar con la gente que iba a almorzar. Había más comida percedera en el menú, rebanadas de suave pan blanco, trozos de fuerte queso cheddar y rodajitas rosadas de apetitosas salchichas ahumadas. La gente se estaba zampando la comida con ganas, aunque la desesperación aún se percibía en los hombros caídos y en la ausencia de sonrisas y carcajadas.

Jamie me esperaba en nuestro sitio de siempre. Había dos pilas dobles de sándwiches delante de él, pero no estaba comiendo. Me esperaba de brazos cruzados. Ian observó su expresión con curiosidad, pero se marchó a por su propia comida sin formular preguntas.

Yo puse los ojos en blanco ante la cabezonería de Jamie y di un bocado a un sándwich. Jamie comenzó tan pronto como me vio masticando. Ian regresó con rapidez y todos comimos en silencio. La comida estaba tan buena que se hacía difícil encontrar un tema de conversación o cualquier otra cosa que distrajera nuestras bocas.

Yo paré en el segundo, pero Ian y Jamie comieron hasta que comenzaron a gruñir por el dolor de estómago. Ian parecía a punto de desmayarse y hacía verdaderos esfuerzos por mantener los ojos abiertos.

-Vuelve a la escuela, chaval-le dijo a Jamie.

Éste probó suerte:

-Quizá podría saltármela...

-Vete a la escuela -insistí yo con rapidez. Quería que Jamie se mantuviera ese día a una distancia segura de mí.

-Te veré luego, ¿vale? No te preocupes por..., por nada.

-Seguro.

Mentir en una sola palabra hacía menos obvia la mentira. O quizá simplemente era que volvía a ser sarcástica.

Una vez que Jamie se fue, me volví hacia el soñoliento Ian.

-Vete y descansa un poco. Yo estaré bien... me buscaré algún sitio donde pase desapercibida. En mitad de un cultivo de maíz o donde sea.

-¿Dónde dormiste anoche? -me preguntó él, con los ojos sorprendentemente alerta bajo sus párpados entrecerrados.

-¿Por qué?

-Porque yo puedo dormir ahí esta noche y así pasarás desapercibida a mi lado.

Apenas estábamos murmurando, pero bajamos las voces hasta un susurro casi inaudible. Nadie nos prestó atención.

-No puedes estar protegiéndome todo el tiempo.

-¿Estás dispuesta a apostar algo?

Me encogí de hombros, rindiéndome.

-Regresé otra vez... al agujero. Donde me pusieron al principio.

Aquello no le gustó y puso mala cara, pero se levantó y se encaminó hacia el corredor de almacenaje. La plaza principal bullía ahora de gente ocupada, que se movía alrededor del huerto, todos ellos con rostros graves y las miradas fijas en los pies.

Cuando estuvimos a solas en el túnel negro, intenté razonar con él otra vez:

-Ilan, pero ¿qué sentido tiene esto? Cuanto más viva yo más duro será para Jamie, ¿no te das cuenta? Después de todo, ¿no sería mejor para él si...?

-No quiero que pienses así, Wanda. No somos animales. Tu muerte no es algo inevitable.

-No creo que tú seas un animal-le dije con serenidad.

-Gracias. No lo había dicho como si tú lo pensaras; de todos modos, no te culparía si lo hicieras.

Ése fue el punto y final de nuestra conversación, cuando ambos vimos la pálida luz azul que se reflejaba levemente alrededor del siguiente giro del túnel.

-Calla -siseó Ilan-, espera aquí.

Me apretó el hombro con dulzura, intentando retenerme donde estaba. Entonces avanzó hacia delante a zancadas, sin hacer ningún esfuerzo por esconder el sonido de sus pasos, hasta que desapareció por la esquina.

-¿Jared? -le escuché decir, fingiendo sorpresa.

El corazón se convirtió en un objeto muy pesado en mi pecho, y la sensación era más de dolor que de miedo.

-Sé que está contigo -respondió Jared. Alzó la voz de modo que cualquiera que estuviera entre ese lugar y la plaza principal pudiera oírlo-: Sal, sal, estés donde estés -me llamó, con la voz dura y burlona.

## Capítulo 29

### Traicionada

Tal vez hubiera podido echar a correr en dirección contraria, pero nadie me obligaba a ello y Jared me llamaba, aunque lo hiciera con voz gélida y enfadada. Melanie estaba más favorablemente predispuesta que yo mientras doblaba la esquina en dirección a la luz azul. Me detuve en el recodo, indecisa.

Ian se quedó de pie a un par de pasos de distancia de mi posición, bien apoyado en los talones, preparado para cualquier posible movimiento hostil de Jared.

Éste se sentó en el suelo, en una de las esterillas que Jamie y yo habíamos dejado allí. Parecía tan fatigado como Ian, aunque sus ojos también brillaban alerta, a pesar del cansancio que mostraba su postura.

-Tranquilízate -le dijo a Ian-, sólo quiero hablar con la cosa. Se lo prometí al chico y mantendré esa promesa.

-¿Dónde está Kyle? -inquirió Ian.

-Roncando. Tu cueva se va a venir abajo con semejante vibración.

Ian no se movió.

-No estoy mintiendo, Ian, y no vaya a matar a esta cosa. Jeb tiene razón. No importa lo que se haya liado esta estúpida situación, lo cierto es... que Jamie tiene tanto que decir en este asunto como yo, y él está totalmente abducido, así que dudo que vaya a darme jamás su permiso, al menos no pronto.

-Nadie ha sido abducido -gruñó Ian.

Jared hizo un gesto despectivo con la mano, despreciando el desacuerdo en la terminología.

-No corre peligro conmigo, ésa es la cuestión. -Por primera vez miró en mi dirección, evaluando el modo en que me pegaba a la pared más lejana y observando el temblor de mis manos-. No te volveré a hacer daño -añadió.

Yo di un pequeño paso hacia delante.

-No tienes que hablar con él si no quieres, Wanda -se apresuró a explicarme lan-. No es un deber ni una tarea que tengas que hacer. No es obligatorio. Puedes elegir.

Jared frunció el ceño, ya que las palabras de lan le habían confundido.

-No -susurré-. Hablaré con él.

Di otro pasito hacia delante. Jared volvió hacia arriba la palma de la mano y cerró los dedos un par de veces, animándome a avanzar.

Yo caminé despacio, cada paso un movimiento independiente seguido de una pausa, sin que llegara a convertirse en un avance continuado. Me paré a un metro o así de él. lan imitó cada uno de mis pasos, manteniéndose cerca de mi costado.

-Me gustaría hablar con la cosa a solas, si no te importa -le dijo Jared.

lan se plantó.

-Pues me importa.

-No, lan, no pasa nada. Ve y duerme algo. Estaré bien. -Le empujé suavemente por el brazo.

lan examinó detenidamente mi rostro, con la expresión llena de dudas.

-¿Esto forma parte de algún deseo de muerte rápida? ¿Para ahorrarle el trago al chico? -preguntó.

-No, Jared no le mentiría a Jamie en este asunto.

Jared puso cara de pocos amigos cuando pronuncié su nombre, porque yo había hablado de él con familiaridad.

-Por favor, lan -le supliqué-. Quiero hablar con él.

El interpelado me miró durante un minuto largo y después se volvió y le puso la misma cara hosca a Jared. Ladró cada una de las frases que emitió como si fueran órdenes:

-Su nombre es Wanda, no cosa. No la tocarás. Si le dejas alguna marca, yo te dejaré el doble en esa despreciable piel tuya.

Pestañeé ante la amenaza.

lan se volvió bruscamente y se marchó pisando con fuerza hacia la oscuridad.

Jared se quedó en silencio durante un momento en el que ambos nos quedamos mirando el corredor por donde lan había desaparecido. Yo fui la primera en mirar el rostro de Jared, mientras él seguía con los ojos clavados en la dirección por donde lan se había marchado. Cuando se volvió para encontrarse con mi mirada, yo bajé los ojos.

-Vaya. Se lo ha tomado en serio, ¿eh? -comentó Jared. Callé, porque consideré que era un comentario que no requería contestación-. ¿Por

qué no te sientas? -me preguntó, palmeando la esterilla que había a su lado.

Yo lo ponderé durante un momento, y después fui a sentarme contra la misma pared, pero cerca del agujero, dejando todo lo largo de la esterilla entre nosotros. A Melanie no le gustó mi decisión, pues ella anhelaba estar cerca de él para percibir su olor y sentir la calidez de su cuerpo.

Yo no quería eso, y no era porque temiera que me hiciera daño, ya que no parecía enfadado en ese momento, sólo cansado y cauteloso. No quería estar más cerca de él. La cercanía excesiva me permitía percibir su odio, que me provocaba un dolor en el pecho.

Me observó con la cabeza inclinada hacia un lado. Sólo pude encontrarme con sus ojos de frente antes de apartar mi mirada hacia otro lado.

-Siento lo de anoche..., lo de tu cara. No debí hacerlo. -Me miré las manos, apretadas en un puño doble contra mi regazo-. No debes tener miedo de mí.

Yo asentí, pero sin mirarle.

Él gruñó.

-¿No acabas de decir que ibas a hablar conmigo?

Me encogí de hombros. No podía encontrarme la voz con el peso de todo ese antagonismo cerniéndose en el aire entre nosotros.

Le escuché moverse. Se deslizó por la esterilla hasta sentarse justo a mi lado, tal y como deseaba Melanie. Demasiado cerca, tanto que me resultaba difícil pensar con claridad y respirar bien, pero no fui capaz de apartarme. Era extraño que, a pesar de que eso era lo que Melanie había querido al principio, ahora se mostrara irritada repentinamente.

« ¿Qué ?» le pregunté, asustada por la intensidad de su emoción.

«No quiero que esté tan cerca de ti. No me parece bien. No me gusta que quieras que esté a tu lado». Por primera vez desde que abandonamos la civilización juntas, sentí cómo emanaban de ella oleadas de hostilidad. Me sentí conmocionada. Aquello no era nada fácil de llevar.

-Tengo una sola pregunta -me dijo Jared, interrumpiéndonos.

Me encontré con su mirada y después aparté la mía, atemorizada, intentando protegerme tanto de sus ojos duros como del resentimiento de Melanie.

-Probablemente supones lo que es. Jeb y Jamie se han pasado toda la noche machacándome...

Esperé la pregunta mirando a través del oscuro corredor hacia el saco de arroz que había sido mi almohada la noche anterior. Con la visión periférica llegué a percibir cómo se alzaba su mano y me pegué contra la pared.

-No te voy a hacer daño -repitió de nuevo, impaciente, y acunó mi barbilla en su mano ruda, obligándome a girar el rostro de modo que tuviera que enfrentarme a su mirada.

El corazón se me aceleró enloquecido en cuanto me tocó, y quizá había un exceso de humedad en mis ojos. Pestañeé intentando secarlos.

-Wanda -dijo mi nombre lentamente, a desgana diría yo, aunque su

voz sonó calmada y sin ninguna entonación especial- , ¿sigue Melanie viva...? ¿Forma todavía parte de ti? Dime la verdad.

Melanie me atacó con la fuerza bruta de una bola de demolición. Era físicamente doloroso, como el pinchazo repentino del dolor de una migraña, mientras ella intentaba forzar su liberación.

« ¡Detente! ¿Es que no lo ves?».

Era tan obvio en la postura de sus labios, en aquellas tensas líneas en torno a sus ojos... No importaba lo que yo dijera ni lo que dijera ella.

«Para él soy una mentirosa -le recordé-, Él no quiere saber la verdad, sino que simplemente persigue una prueba, alguna manera de demostrar a Jeb y Jamie que estoy mintiendo y soy una buscadora, de modo que le den permiso para matarme».

Melanie no quiso contestar ni creerme. Tuve que luchar para mantenerla en silencio.

Jared observó la gota de sudor en mi frente, el extraño temblor que bajó por mi columna vertebral, y sus ojos se entrecerraron. Sostuvo mi barbilla sujeta, impidiéndome que yo ocultara el rostro.

«Jared, te amo -intentaba gritar ella-. Estoy aquí».

Mis labios no temblaron, pero me sorprendió que él no pudiera leer las palabras en mis ojos, pues se mostraban claramente.

El tiempo pasó lentamente mientras él aguardaba mi respuesta. Era angustiante tener que mirarle a los ojos y ver allí su repulsión, y por si eso fuera poco, la ira de Melanie continuaba destrozándome por dentro. Sus celos crecieron hasta convertirse en una marea amarga que me recorrió el cuerpo y lo dejó contaminado.

Pasó más tiempo todavía, y las lágrimas siguieron creciendo hasta que ya no pude contenerlas más en mis ojos. Se derramaron por las mejillas y rodaron silenciosas hasta la palma de la mano de Jared. Su expresión no cambió.

Finalmente, ya tuve suficiente. Cerré los ojos y arranqué mi cabeza de su sujeción con una sacudida, agachándola después. En vez de hacerme daño, él dejó caer la mano.

Suspiró con frustración.

Creí que se marcharía. Me miré las manos de nuevo, esperando a que se fuera. Los latidos de mi corazón marcaron los minutos siguientes. Pero él no se movió y yo tampoco. Parecía tallado en la piedra, allí a mi lado. Le pegaba esa quietud pétrea. Iba bien con su nueva y dura expresión, con el pedernal y el hielo que brillaban en sus ojos.

Melanie se detuvo a reflexionar sobre Jared, comparándolo con el hombre que solía ser. Y se acordó de un día que a la larga no tendría nada de especial...

*-¡Ah! -refunfuñaron al unísono Jared y Jamie.*

*Jared está tirado en el sofá de piel y enfrente se encuentra Jamie, repanchingado sobre la alfombra. Están viendo un partido de baloncesto en la tele. Los parásitos que normalmente residen en esta casa están trabajando, y*



ya hemos cargado en el jeep todo lo que hemos podido coger. Tenemos varias horas por delante para descansar antes de que la necesidad por desaparecer se haga urgente.

En la tele, dos de los jugadores discuten tranquilamente a uno de los lados de la pista. Uno de los cámaras que retransmiten el partido se encuentra bastante cerca y podemos escuchar perfectamente lo que dicen:

-Creo que fui yo el último en tocarla. Te toca sacar.

-No estoy muy seguro de eso. No me gustaría tener una ventaja injusta sobre ti. ¿Por qué no les pedimos a los árbitros que revisen la grabación del partido?

Los jugadores se dan la mano, y se palmean el hombro el uno al otro.

-Esto no tiene sentido -se queja Jared.

-Es insoportable -asiente Jamie, imitando perfectamente el tono de voz de Jared; en realidad, cada día que pasa se parece más a Jared, sólo es una más de las actitudes en las que se ha transformado su admiración por él-. ¿No echan nada mejor?

Jared zapea por varios canales hasta que encuentra uno en el que retransmiten competiciones de atletismo. Los parásitos celebran los Juegos Olímpicos en Haití. Y por lo que podemos apreciar, los extraterrestres están muy entusiasmados. La mayoría tienen banderas de los Juegos ondeando en las fachadas de sus casas. Pero no se parecen en nada a como eran antes. Ahora todos los participantes se llevan una medalla. Es patético.

Aunque realmente no pueden batir récords en los cien metros lisos. Los deportes de parásitos individuales son mucho más entretenidos de ver, mucho más que cuando compiten los unos con los otros. Se desenvuelven mejor en pistas separadas.

-Mel, ven a relajarte un rato -me reclama Jared.

Me encuentro al lado de la puerta de atrás, algo a lo que me había acostumbrado, no porque me pusieran tensa las huidas. Tampoco porque estuviera asustada. Un simple hábito, nada más.

Me acerco a Jared. Me acurruca en su regazo y coloca mi cabeza debajo de su barbilla.

-¿Estás a gusto? -me pregunta.

-Sí, claro -le contesto, y es que verdaderamente estoy muy cómoda. En este lugar, en la casa de un alienígena.

Papá solía decir muchas expresiones curiosas a menudo, de hecho parecía que tenía un idioma propio. «Pírate», «en tiempos de Maricastaña», «metomentodo», «de punta en blanco», «en las fauces del lobo», «tan útil como una tetera de chocolate», y algo así como «cuando seas padre, comerás huevos». Una de sus frases favoritas era «es tan seguro como una caja fuerte».

Cuando mi padre me estaba enseñando a montar en bicicleta, recuerdo que mi madre gritaba: « ¡No te preocupes, linda! Esta calle es tan segura como una caja fuerte». También recuerdo cuando mi padre intentaba convencer a Jamie de que durmiera con la luz de su habitación apagada:

*«Aquí estamos tan seguros como dentro de una caja fuerte, hijo, no hay ningún monstruo en kilómetros a la redonda».*

*Después, de la noche a la mañana el mundo se convirtió en una horrenda pesadilla, y su frase favorita se transformó en una pesada ironía para Jamie y para mí. Nuestras casas dejaron de ser lugares seguros.*

*Achaparrados en una zona llena de pinos, observábamos cómo un coche salía del garaje de una solitaria casa, y mientras, decidíamos si sería muy arriesgado hacer una intrusión para buscar comida o no.*

*-¿Crees que los parásitos estarán fuera mucho tiempo?*

*-No creo, este lugar es tan seguro como una caja fuerte. Salgamos de aquí.*

*Y ahora me puedo tumbar en el sofá y ver la televisión como si fuera hace cinco años, y como si papá y mamá estuvieran en la habitación contigua, y como si nunca hubiera pasado algunas noches con Jamie escondidos en alcantarillas, siendo olisqueados por las ratas, mientras los buscadores seguían con sus linternas a los ladrones que habían robado una bolsa de habichuelas secas y un plato de espaguetis fríos.*

*Creo que si Jamie y yo sobreviviésemos otros veinte años, jamás sentiríamos ese sentimiento como nuestro. El sentimiento de seguridad. Más que seguridad, sería mejor hablar de felicidad. Segura y feliz, dos cosas que creía que no volvería a sentir nunca.*

*Jared nos hace sentirnos así, sin hacer nada, simplemente siendo él mismo.*

*Respiro sobre el aroma de su piel y siento la calidez que desprende su cuerpo bajo el mío.*

*Jared hace que todo sea seguro, que todo sea felicidad.*

*«De hecho todavía hace que me sienta segura», se da cuenta Melanie, sintiendo el calor de la cercanía de su brazo, que está a sólo unos centímetros del mío. «Aunque no se dé cuenta de que todavía sigo aquí».*

*"Yo no me sentía para nada segura. No podía pensar en algo que me hiciera sentir menos segura que querer a Jared.*

*Me pregunté si Melanie y yo habríamos amado a Jared si él hubiera sido siempre como ahora, distinto al sonriente Jared de nuestros recuerdos, el que había llegado hasta Melanie con las manos llenas de esperanza y milagros. ¿Le habría seguido ella si hubiera sido siempre tan duro y tan cínico? Si la pérdida de su padre, aquel que siempre estaba riendo, y sus revoltosos hermanos mayores no le habían helado, sí lo había hecho la pérdida de Melanie.*

*«Claro -Melanie estaba segura-. Yo amaría a Jared de cualquier modo. Incluso así, sigue perteneciéndome».*

*Yo me pregunté si eso mismo valía también para mí. ¿Lo amaría igual si hubiera sido así en sus recuerdos?*

*Entonces, de repente, sin aviso previo, Jared se puso a hablar como si estuviera en mitad de una conversación.*

*-Y tú eres el motivo por el que Jeb y Jamie están convencidos de*

que es posible mantener algún tipo de conciencia después... de ser capturados. Ambos están seguros de que Mel aún sigue dando guerra por ahí. -Me dio un ligero golpecito con el puño en la cabeza. Yo me aparté de él sobresaltada y él cruzó los brazos-. Jamie cree que ella habla con él. -Puso los ojos en blanco-. y no me parece jugar limpio que hagas eso con el chico, pero, claro, reconocerlo sería asumir un sentido de la ética que en este caso claramente no puede aplicarse.

Me envolví en mis propios brazos.

-Jeb sin embargo tiene razón en algo, ¡que es justo lo que me está matando! ¿Qué es lo que estás persiguiendo? El rastreo de la buscadora no estaba bien orientado y no mostraba la más mínima... suspicacia. Parecían estar buscándote a ti, no a nosotros. Así que, después de todo, quizá no sabían hacia dónde te dirigías. ¿Acaso obras por tu cuenta? A lo mejor alguna operación secreta o...

Era más fácil ignorarle cuando especulaba tan estúpidamente. Yo me concentré en mis rodillas, que estaban sucias, como era habitual, púrpuras y negras.

-Quizá después de todo lleven razón en ese asunto de matarte o dejarte vivir.

De forma inesperada, sus dedos acariciaron ligeramente la carne de gallina que se me había puesto en el brazo a causa de sus palabras. Su voz era más dulce cuando volvió a hablar:

-Nadie va a hacerte daño ahora. Mientras no causes ningún problema... -Se encogió de hombros-. Puedo entender su punto de vista, y quizá, de algún modo extraño, pueda estar mal, como ellos dicen. Quizá al final no hay ninguna razón que justifique... Salvo que Jamie...

Alcé la cabeza. Sus ojos eran agudos, estaban sometiendo mi reacción a un intenso escrutinio. Me arrepentí de haber mostrado interés y volví a fijar los ojos en mis rodillas.

-Me asusta lo mucho que se ha encariñado contigo -murmuró Jared-. No debería haberlo dejado atrás. Nunca se me ocurrió imaginar... y no sé qué hacer ahora con eso. Él cree que Mel está viva ahí. ¿Qué sentirá cuando...?

Noté que había dicho «cuando», y no «si». No importaba qué promesas hubiera hecho, no pensaba que yo fuera a durar a largo plazo.

-Estoy sorprendido de cómo has conseguido hacerte con Jeb - reflexionó, cambiando de tema-. Es un viejo la mar de astuto y ve a través de los engaños con mucha facilidad. Hasta ahora, claro.

Pensó en ello durante un minuto.

-No es que sea una gran conversación, ¿a qué no? Se produjo otro largo silencio.

Sus palabras surgieron entonces en una ráfaga repentina:

-La parte que no me deja en paz es: ¿y si al final tuvieran razón? ¿Cómo demonios voy a saberlo? Odio la manera en que tiene lógica lo que dicen. Ha de haber alguna otra explicación.

Melanie intentó intervenir de nuevo; no con tanta intensidad como

antes, sino esta vez sin esperanza de conseguir hablar por sí misma. Mantuve los brazos y los labios cerrados.

Jared se movió, cambiando de posición contra la pared, de modo que su cuerpo se giró hacia mí. Observé ese cambio con el rabillo del ojo.

-¿Por qué estás aquí? -susurró.

Clavé la mirada en su rostro, que ahora era gentil, amable, casi como Melanie lo recordaba. Sentí que mi control se venía abajo y mi labio comenzó a temblar. Mantener los brazos quietos consumió todo mi control. Quería tocarle la cara. Era yo quien quería hacerlo, lo cual a Melanie no le gustó ni pizca.

«Si no me vas a dejar hablar, al menos mantén las manos quietas», siseó.

«Eso intento. Lo siento». Y lo lamentaba de verdad, porque eso le estaba haciendo daño. En realidad nos dolía a las dos, aunque fuera un daño distinto. Y era difícil en ese momento saber cuál de nosotras llevaba la peor parte.

Jared me observó con curiosidad mientras mis ojos se llenaban de lágrimas de nuevo.

-¿Por qué? -preguntó en voz baja-. Ya sabes Jeb tiene esa ocurrencia absurda de que viniste aquí por Jamie y por mí. ¿No es eso una locura?

Abrí la boca a medias, pero me mordí el labio con rapidez. Jared se inclinó hacia delante lentamente y cogió mi rostro entre ambas manos. Yo cerré los ojos.

-¿No me lo vas a decir?

Negué con la cabeza una sola vez, y muy rápido. No estaba segura de quién lo había hecho. ¿Era yo la que decía: «No lo haré» o era Melanie la que explicaba que ella no podía?

Sus manos se tensaron bajo mi mandíbula. Yo abrí los ojos y su rostro estaba apenas a unos centímetros del mío. El corazón se me aceleró y el estómago me cayó a los pies. Intenté respirar, pero mis pulmones no obedecieron.

Reconocí la intención en sus ojos. Sabía cómo se movería, exactamente cómo sentiría que eran sus labios. Y aun así, todo era nuevo para mí, un poco más impresionante que antes, porque esta vez era su boca la que se apretaba contra la mía.

Pensaba que únicamente pretendía tocar mis labios con los suyos de forma suave, pero las cosas cambiaron en el momento en que nuestra piel entró en contacto. Su boca se volvió dura y brusca de pronto, y sus manos acercaban mi rostro contra el suyo mientras sus labios se movían sobre los míos de un modo precipitado, poco familiar. Era muy distinto a los recuerdos y, desde luego, mucho más intenso. Se me descontroló la cabeza, que empezó a funcionar de manera incoherente.

Mi cuerpo se sublevó, y dejó de obedecerme para tomar él el control. No era Melanie, sino que el cuerpo era ahora más fuerte que ninguna de las dos. Nuestra respiración era un eco la una de la otra: la mía, salvaje y

jadeante, y la suya se había vuelto fiera, casi como un rugido.

Perdí el control de los brazos. Mi mano izquierda se alzó hacia su rostro, su pelo, para enredar en él mis dedos.

Mi mano derecha fue más rápida, porque no era la mía. El puño de Melanie le golpeó la mandíbula, apartando su rostro del mío con un sonido bajo y sordo de carne contra carne, un golpe duro y airado.

No tuvo la fuerza suficiente para desplazarle hacia un lado, pero él saltó hacia atrás en el instante en que nuestros labios dejaron de estar en contacto, jadeando con unos ojos horrorizados, reflejo de mi propia expresión de horror.

Miré hacia el puño aún cerrado tan asqueada como si hubiera encontrado un escorpión creciéndome al final del brazo. Un jadeo de repulsión se abrió camino por mi garganta. Me agarré la muñeca derecha con la mano izquierda, desesperada por intentar evitar que Melanie usara mi cuerpo para ejercer la violencia otra vez.

Miré de nuevo a Jared. Él también había clavado la mirada en el puño que yo sujetaba, mientras el horror desaparecía sustituido por la sorpresa. En ese segundo, su expresión era enteramente de indefensión. Podía leer sus pensamientos con toda claridad mientras pasaban por su rostro de expresión vulnerable.

Eso no era lo que él había esperado. Y había alojado unas ciertas expectativas, eso era evidente. Esto había sido una prueba, una que él pensaba que estaba preparado para evaluar. Una prueba cuyos resultados él había anticipado con confianza, pero el resultado le había sorprendido.

¿Significaba eso que había aprobado o suspendido?

El dolor que sentía en el pecho no era ninguna sorpresa. Ya sabía que un «corazón roto» era algo más que una mera expresión.

En una situación en la que la lucha o la huida se presentaran como opciones posibles, nunca habría tenido elección, siempre habría tenido que optar por la evasión; pero como Jared estaba entre donde yo me encontraba y la oscuridad del túnel de salida, me lancé con todas mis fuerzas dentro del agujero lleno de cajas.

Éstas crujieron, chirriaron y se desgarraron cuando mi peso las aplastó contra la pared o contra el suelo. Intenté abrirme paso en aquel espacio imposible, retorciéndome en torno a las esquinas más duras y reventando otras. Sentí cómo sus dedos me arañaban el pie mientras intentaba cogerme el tobillo y pateé una de las cajas más sólidas que había entre nosotros. Él gruñó y la desesperación hizo que unas manos invisibles me apretaran la garganta. No había querido hacerle daño de nuevo, ni golpearle. Sólo intentaba escapar.

No escuché mis propios sollozos, tan fuertes como eran, hasta que ya no pude meterme más dentro de aquel agujero repleto y se detuvo el sonido de mi forcejeo. Cuando pude oírme a mí misma, escuché unos jadeos llorosos de pura congoja, desgarrados, que me hicieron sentirme mortificada.

Tan mortificada como humillada.

Me horrorizaba de mí misma por haber permitido que la violencia

se hubiera enseñoreado de mi cuerpo, fuera o no de forma inconsciente; sin embargo, en realidad, no era eso lo que me espantaba. Lloraba porque había sido una prueba y, siendo una criatura emocionalmente estúpida, estúpida y estúpida, había querido que fuera real.

Melanie se retorció de angustia en mi interior y era difícil hacerse cargo de aquel dolor doble. Yo me sentía morir porque aquello no había sido real; ella se sentía como muriéndose también porque, para ella, había sido demasiado real. A pesar de todo lo que había perdido desde el final de su mundo, hacía ya tanto tiempo, nunca se había sentido traicionada antes. Cuando su padre había traído a los buscadores para que persiguieran a sus propios hijos, ella sabía que no era él. Eso no lo había sentido como una traición, sólo con pena. Su padre estaba muerto, pero Jared estaba vivo y era él mismo, no otro, y la había traicionado.

«Nadie te ha traicionado, estúpida», la increpé. Quería que dejara de sufrir, porque era demasiado el peso añadido de su dolor. Con el mío propio tenía bastante.

« ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo ?», despotricaba ella, ignorándome.

Ambas llorábamos, fuera de control.

Una palabra nos propulsó a las dos de nuevo al borde de un ataque de histeria.

Desde la boca del agujero, la voz grave y ruda de Jared, rota y con un timbre extrañamente infantil, voceó:

-¿Mel?

## Capítulo 30

### Reducida

¿Mel? -llamó de nuevo, y la esperanza que no quería sentir le dio una nueva tonalidad a su voz.

Dejé de respirar después de un sollozo, en respuesta a su llamada.

-Sabes que ha sido por ti, Mel. Lo sabes. No ha sido por el..., por esa cosa. Sabes que no la besaba a ella.

Mi siguiente llanto sonó más fuerte, casi como un gemido. ¿Por qué no podía parar? Intenté contener el aliento.

-Si estás ahí dentro, Mel... -Hizo una pausa.

Melanie odiaba ese «sí». Un nuevo sollozo pugnaba por salir violentamente de mis pulmones y jadeé en busca de aire.

-Te quiero -dijo Jared-. Incluso aunque no estés ahí, incluso aunque no puedas escucharme, te quiero.

Contuve de nuevo el aliento, mordiéndome el labio hasta que sangró, pero el dolor físico no me distrajo tanto como había deseado.

Todo estaba silencioso fuera del agujero y también dentro, hasta que me puse azul. Escuché con mucho interés, concentrándome sólo en el oído. No podía pensar. No se oía nada.

Me mantuve en una postura de lo más forzada, con la cabeza en el punto más bajo, el lado derecho de mi rostro apretujado contra la parte más rugosa del suelo de piedra; tenía los hombros apoyados sobre el borde arrugado de una caja, con el derecho más alto que el izquierdo y las caderas orientadas al revés, con mi pantorrilla izquierda aplastada contra el techo. Las piernas y los pies me pinchaban y hormigueaban conforme se restauraba la circulación sanguínea. Me había hecho unos cuantos cardenales durante el forcejeo contra las cajas, y podía sentir cómo se me formaban otros nuevos. Sabía que tendría que encontrar alguna manera de explicarles a Ian y a Jamie que me había hecho esto yo sola, pero ¿cómo? ¿Qué les iba a decir? ¿Cómo

podía contarles que Jared me había puesto a prueba dándome un beso, como cuando le aplicas una descarga eléctrica a una rata de laboratorio para observar su reacción?

¿Y cuánto tiempo iba a poder mantener esta posición? No quería hacer ningún ruido, pero me daba la sensación de que se me iba a partir la columna vertebral. El dolor se hacía más difícil de soportar cuanto más tiempo pasaba, y no podría soportarlo en silencio durante mucho más, porque un gemido comenzaba ya a formarse en mi garganta.

Melanie no tenía nada que decirme. Ella estaba intentando arreglárselas con su propio alivio y su furia. Jared le había hablado, había reconocido finalmente su existencia. Le había dicho que la amaba, pero me había besado a mí. Ella estaba intentando convencerse a sí misma de que no había razón para sentirse herida por esto, intentando creer todas las sólidas razones por las que no debería sentirse así. Lo intentaba, pero sin éxito. Yo podía oírlo todo, pero sucedía en su interior. Ella no quería hablarme, en el sentido infantil y mezquino de la expresión. En definitiva, me estaba haciendo el vacío.

Sentí una ira desacostumbrada contra ella. No era como la del principio, cuando la temía y deseaba erradicarla de mi mente. No, yo también me sentía traicionada en cierto sentido ahora. ¿Cómo podía estar tan enfadada conmigo por lo que había ocurrido? ¿Qué sentido tenía eso? ¿Cómo podía ser culpa mía haberme enamorado mediante los recuerdos que ella misma me había impuesto y haber sido vencida por este cuerpo completamente animal? Me preocupaba su sufrimiento, aunque mi propia pena no significara nada para ella. La estaba disfrutando. ¡Despiadados humanos!

Las lágrimas, mucho más débiles que las anteriores, comenzaron a fluir por mis mejillas en silencio. Su hostilidad hacia mí hervía a fuego lento en mi mente.

De pronto, el dolor de mi espalda retorcida y llena de cardenales fue excesivo. La gota que colmaba el vaso.

-Ugh -gruñí, y me apoyé en la piedra y el cartón hasta que logré tumbarme de espaldas.

Ya no me preocupaba hacer ruido, quería hacerlo. Me juré a mí misma que no volvería a entrar en aquel maldito agujero ni una vez más; antes muerta. Literalmente.

Fue mucho más difícil arrastrarme hacia fuera de lo que había sido meterse dentro. Repté y me retorcí hasta que me di cuenta de que no avanzaba en mi objetivo de salir de allí; estaba doblada como un muñeco de trapo. Comencé a llorar de nuevo, como una niña, porque temía no volver a verme libre nunca.

Melanie suspiró. «Engancha tu pie en el borde del agujero e impúlsate hacia fuera», me sugirió.

Yo la ignoré, mientras intentaba pasar mi torso por un ángulo particularmente agudo. Se me clavó justo debajo de las costillas.

«No seas infantil», me gruñó.



«Muy gracioso, viniendo de ti».

«Ya lo sé. -Dudó un momento y enseguida se rindió-: Vale, lo siento. Es culpa mía. Mira, soy humana. Es muy difícil jugar limpio a veces. No siempre sentimos ni hacemos lo correcto». Aún seguía resentida, pero estaba intentando perdonar y olvidar lo que acababa de hacer con su gran amor, o al menos era así como ella lo veía.

Enganché el pie en el borde y me impulsé hacia fuera. La rodilla chocó contra el suelo y utilicé ese punto de apoyo para sacar mis costillas del lugar donde estaban. Resultó más fácil sacar luego el otro pie y volver a impulsarme con él. Finalmente, encontré el suelo con las manos y me abrí camino, saliendo como si fuera un bebé que nace de nalgas, cayendo sobre la esterilla de color verde oscuro. Me quedé allí tumbada un momento, con el rostro boca abajo, recuperando la respiración. A esas alturas estaba casi segura de que haría un buen rato que Jared se había ido, pero no lo pude comprobar hasta ese momento. Simplemente dejé entrar y salir el aire de mis pulmones hasta que me sentí preparada para alzar la cabeza.

Estaba sola. Intenté concentrarme en el alivio que esto suponía y olvidar la pena que ese mismo hecho engendraba. Era mejor estar sola y resultaba menos humillante.

Me acurruqué en la esterilla y apreté el rostro contra la tela, que olía a moho. No tenía sueño, pero estaba cansada. El peso aplastante del rechazo de Jared había sido tan grande que me había dejado exhausta. Cerré los ojos e intenté pensar en cosas que no hicieran que mis ojos escocidos rompieran a llorar otra vez. Cualquier cosa, salvo la mirada consternada que había en el rostro de Jared cuando se había apartado de mí...

¿Qué estaría haciendo Jamie ahora? ¿Sabía que yo estaba aquí o me estaba buscando? Ian ya llevaría dormido mucho tiempo, porque parecía agotado. ¿Se despertaría pronto Kyle y vendría a por mí? ¿Dónde estaba Jeb? No le había visto en todo el día. ¿Estaba realmente bebiendo Doc hasta quedar inconsciente? Eso le pegaba tan poco...

Me desperté muy despacio, alertada por mi estómago, que gruñía. Me quedé allí quieta, en la tranquila oscuridad, durante unos cuantos minutos, intentando orientarme. ¿Era de día o de noche? ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo sola?

Sin embargo, no podía continuar ignorando el apetito durante mucho tiempo, y me di la vuelta para incorporarme sobre mis rodillas. Debía de haber dormido durante un buen rato para tener tantísima hambre, o sea, debía de haberme perdido una comida o dos.

Consideré la idea de comer algo de lo que estaba almacenado allí mismo, en el agujero; al fin y al cabo había estropeado casi todo y probablemente destrozado una buena parte; pero ese razonamiento sólo sirvió para que me sintiera más culpable en cuanto a la idea de coger algo. Podía ir a carroñear algunos panecillos de la cocina.

Me sentía un poco herida, además de por todo lo demás, porque había estado allí tanto tiempo sola sin que nadie viniera a echarme una ojeada. Era una actitud pretenciosa, ya que ¿por qué debería importarle a

nadie lo que me ocurriera? De modo que me sentí aliviada y apaciguada cuando hallé a Jamie sentado en la grieta de acceso al gran huerto, con la espalda vuelta hacia el mundo de los humanos que tenía detrás, esperándome de forma completamente inconfundible.

Los ojos me relucieron igual que los suyos. Dio un salto para ponerse en pie, y el alivio se extendió por los rasgos de su rostro.

-Estás bien -comentó, y yo deseé que tuviera razón. Comenzó a divagar-: Quiero decir que no creía que Jared mintiera, pero dijo que pensaba que querrías estar sola y Jeb dijo que no podía ir a ver cómo estabas y que tenía que quedarme aquí, donde él pudiera ver que no andaba molestandote; pero incluso, aunque yo no pensara que estabas herida ni nada parecido, era duro no poder saberlo con seguridad. ¿Entiendes?

-Estoy bien -insistí, pero extendí los brazos, buscando consuelo. Él arrojó los brazos alrededor de mi cintura y me impresionó el hecho de que su cabeza descansaba justo en mi hombro mientras estábamos en pie.

-Tienes los ojos rojos -me susurró-. ¿Se ha portado mal contigo?

-No. -Después de todo, la gente no era intencionadamente cruel con las ratas de laboratorio-. Simplemente estaba intentando obtener información.

-Sea lo que sea lo que le hayas dicho, estoy seguro de que ahora nos cree. En cuanto a lo de Mel, me refiero. ¿Qué tal está ella?

-Está contenta.

Él asintió, complacido.

-¿Y qué tal tú?

Yo dudé mientras me devanaba los sesos en busca de una respuesta poco comprometida.

-Decir la verdad me ha resultado más fácil que intentar ocultarla.

Mi evasiva pareció responder suficientemente a su pregunta, al menos lo bastante para dejarlo satisfecho.

Detrás de él la luz en el huerto era rojiza y se iba desvaneciendo. El sol casi se había puesto ya en el desierto.

-Estoy hambrienta -le dije, y deshice nuestro abrazo.

-Imaginaba que lo estarías y te he guardado algo bueno.

Suspiré.

-Con el pan es suficiente.

-Déjalo ya, Wanda. Ian dice que te sacrificas demasiado y eso va en tu contra.

Puse mala cara.

-Y creo que tiene razón -murmuró Jamie-. Incluso aunque todos quisiéramos que te quedaras aquí, no puedes pertenecer a este lugar hasta que no lo decidas tú también.

-Nunca podré pertenecer a este lugar. Y nadie me quiere aquí realmente, Jamie.

-Yo sí.

No quise discutir con él, pero se equivocaba. No mentía, porque él creía que era verdad lo que estaba diciendo, pero él a quien realmente quería

era a Melanie y no nos distinguía, cuando en realidad sí debería hacerlo.

Trudy y Heidi estaban cocinando pan en la cocina y compartiendo una brillante manzana verde, muy jugosa. Se turnaban para darle bocados. Dos una y dos la otra.

-Cuánto me alegra verte, Wanda -me dijo Trudy con sinceridad, cubriéndose la boca con la mano mientras hablaba porque aún estaba masticando el último bocado.

Heidi asintió para saludarme, con los dientes clavados en la manzana. Jamie me empujó con disimulo para recalcar que la gente sí me quería, sin prestar atención al hecho de que podía ser pura cortesía y nada más.

-¿Le habéis guardado la cena? -preguntó con interés.

-Sí -repuso Trudy. Se agachó y con la mano sacó del horno una bandeja de metal-. La puse en el horno para que se mantuviera caliente. Puede que ya no esté tan buena y algo dura, pero siempre será mejor que nada.

En la bandeja había una pieza bastante grande de carne roja. La boca empezó a hacerme agua, a pesar de lo cual rechacé la porción que me habían asignado.

-Es demasiado.

-Debemos comernos todos los alimentos perecederos el primer día -me animó Jamie-. Todos comemos hasta ponernos enfermos; es una tradición.

-Necesitas proteínas -añadió Trudy-. Hemos dependido durante demasiado tiempo de la comida de la cueva. Me sorprende que no estemos en peor forma.

Me comí mis proteínas mientras Jamie observaba con la atención de un halcón cada bocado que viajaba de la bandeja a mi boca. Me lo comí todo para complacerle, aunque luego me dolió el estómago por el atracón.

La cocina empezó a llenarse otra vez cuando ya estaba casi acabando. Unos cuantos llevaban manzanas en las manos y todos las compartían con algún otro. Algunos ojos curiosos contemplaron la parte magullada de mi rostro.

-¿Por qué viene todo el mundo hacia aquí? -le murmuré a Jamie. Ya estaba oscuro fuera, y la hora de la cena había pasado hacía mucho.

Jamie me miró desconcertado durante un segundo.

-Para escuchar lo que tienes que enseñar. -En su voz iban implícitas las palabras «por supuesto».

-¿Estás riéndote de mí?

-Ya te he dicho que no iba a cambiar nada.

Me quedé mirando fijamente hacia la estrecha habitación. No estaban todos. Ni Doc, ni ninguno de los expedicionarios que habían regresado, lo cual significaba que Paige tampoco estaba. Ni Jeb, ni Ian, ni Walter. También faltaban unos cuantos: Travis, Carol, Ruth Ann. Pero había muchos más de los que yo habría esperado si hubiera llegado a considerar que alguien fuera a seguir la rutina normal después de un día tan anormal.

-¿Podemos volver a los delfines, donde nos habíamos quedado? -  
pidió Wes, interrumpiendo mi evaluación de la asistencia.

Pude ver que él había cargado sobre sus hombros el peso de poner las cosas otra vez en marcha, porque yo no creía que tuviera un interés especial por los círculos de parentesco de un planeta alienígena.

Todo el mundo me miró expectante. Aparentemente, la vida no había cambiado tanto como yo había pensado.

Cogí una bandeja de panecillos de las manos de Heidi y comencé a colocarlos en el horno de piedra. Empecé a hablar con la espalda aún vuelta a mi audiencia.

-Esto..., hum..., hum..., el..., eh..., el tercer conjunto de abuelos... tradicionalmente habían servido a la comunidad, desde su punto de vista. En la Tierra, ellos serían el sostén de la familia, los que dejarían el hogar para traer el sustento. Son granjeros, al menos en su mayoría. Cultivan una especie que crece en forma de planta y que cultivan por su savia...

Y así, la vida continuó como siempre.

Jamie intentó convencerme de que no durmiera en el corredor de almacenaje, pero fue un intento hecho con pocas ganas. La verdad es que no había ningún otro lugar para mí. Terco, como era habitual en él, insistió en venirse a dormir conmigo. Me imaginé que a Jared no le gustaría eso, pero como no lo vi esa noche ni al día siguiente no pude verificar mi teoría.

Yo me sentía torpe de nuevo, una vez regresé a mis tareas habituales, porque tras el regreso de los seis expedicionarios, para ellos todo volvió exactamente a lo que había antes de que Jeb me forzara a formar parte de la comunidad: miradas hostiles, silencios contrariados. Era más duro para ellos que para mí, porque, sencillamente, yo estaba acostumbrada. Ellos, en cambio, estaban totalmente desacostumbrados a la forma en la que todo el mundo me trataba. Cuando estuve ayudando en la recogida del maíz, por ejemplo, y Lily me dio las gracias por una cesta limpia con una sonrisa, a Andy casi se le salieron los ojos de las órbitas de lo sorprendido que se quedó. O cuando estaba esperando para ir al baño con Trudy y Heidi y esta última empezó a jugar con mi pelo. Me estaba creciendo y todo el rato me caía tapándome los ojos, por lo que estaba planeando cortármelo de nuevo. Heidi estaba intentando encontrar un corte apropiado para mí, y me ponía los mechones de esta manera y de la otra. Brandt y Aaron, este último el hombre de más edad que había ido a la expedición, alguien a quien no recordaba haber visto antes, salieron y nos vieron allí, Trudy riéndose de alguna estúpida atrocidad que Heidi estaba intentando hacer en lo alto de mi cabeza. Ambos hombres pusieron mala cara y pasaron pisando fuerte a nuestro lado.

Claro, esas minucias no tenían importancia. Kyle deambulaba por las cuevas ahora y, aunque obviamente tenía órdenes de dejarme en paz, su expresión me dejaba claro que encontraba repugnante esa restricción. Siempre estaba con otros cuando me cruzaba en su camino y me pregunté si era la única razón por la que se limitaba a fulminarme con la mirada e inconscientemente curvaba sus gruesos dedos en garras. Esto hizo que reviviera de nuevo todo el pánico de mis primeras semanas, y podría haber

sucumbido y comenzar a esconderme de nuevo y a evitar las áreas comunes, pero algo más importante que aquellas mortales miradas de Kyle llamó mi atención aquella segunda noche.

La cocina se llenó de nuevo, pero no estoy segura de cuánto interés había realmente por mis historias y cuánto por las barras de chocolate que Jeb nos daba. Yo renunciaba a las mías, explicándole a un contrariado Jamie que no podía hablar y comer al mismo tiempo; sospechaba que él me guardaría alguna, siendo tan obstinado como era. Ian había vuelto a su asiento habitual al lado del fuego, y Andy estaba allí, con ojos cautelosos, al lado de Paige. Ninguno de los otros expedicionarios, incluyendo a Jared, claro, estaba atento. Doc se había ausentado y me preguntaba si estaría todavía bebido, ¿o quizá con resaca? Y Walter estaba ausente una vez más.

Geoffrey, el marido de Trudy, me formulaba preguntas por primera vez esa noche. Yo estaba complacida, aunque intentaba no mostrarlo, porque parecía que se había unido al grupo de los humanos que me toleraban; sin embargo no lograba contestar bien a sus preguntas, lo cual era bastante malo. Sus preguntas se parecían a las de Doc.

-Yo es que realmente no sé nada de sanación -admití-. Nunca antes había ido a un sanador..., hasta que vine a este planeta. Nunca he estado enferma. Todo lo que sé es que no elegimos un planeta hasta que no somos capaces de mantener los cuerpos de los anfitriones a la perfección. Podemos sanarlo todo, desde un simple corte a un hueso roto o una enfermedad. Ahora la única causa de muerte es la vejez. Ni siquiera los cuerpos humanos más sanos están diseñados para vivir mucho, y supongo que también hay accidentes, aunque éstos no se dan tanto entre las almas. Somos prudentes.

-Los humanos armados no es que sean precisamente un accidente -masculló alguien. Estaba moviendo unos panecillos calientes, así que no vi quién estaba hablando y no reconocí la voz.

-Sí, es cierto -admití con voz monótona.

-¿Así que no sabes qué usan para curar las enfermedades? - insistió Geoffrey-. ¿Qué es lo que hay en sus medicinas?

Negué con la cabeza.

-Lo siento, no lo sé. No es algo en lo que estuviera muy interesada, aunque habría tenido acceso a la información. Me temo que lo daba por hecho. La buena salud ha sido siempre algo garantizado en los planetas en los que he vivido.

Las mejillas rojizas de Geoffrey enrojecieron aún más.

Bajó los ojos con un rictus enfadado en la boca. ¿Qué es lo que había dicho para ofenderle?

Heath, que estaba sentado al lado de Geoffrey, le dio unas palmaditas en el brazo. Había un silencio cargado de significado en la habitación.

-Eh..., en cuanto a los buitres... -dijo Ian, cuyas palabras eran evidentemente forzadas, un claro intento de cambiar de tema-. No sé si es que me perdí esa parte, pero no recuerdo si alguna vez explicaste algo sobre

el hecho de que eran... ¿cruelles...?

No había explicado nada sobre eso, pero estaba bastante segura de que él no estaba realmente interesado, sino que había sido la primera pregunta que había acudido a su mente.

Mi clase informal terminó más temprano de lo habitual.

Las cuestiones se plantearon más lentamente, y la mayoría fueron aportaciones de Ian y Jamie. Las preguntas de Geoffrey habían dejado a todo el mundo preocupado.

-Bueno, mañana tenemos que levantarnos muy temprano para arrancar los tallos... -intervino Jeb después de otro silencio incómodo, convirtiendo esas palabras en un gesto de despedida. La gente se levantó, se puso en pie y se despidió, hablando en voz baja de un modo que no sonaba a conversación relajada.

-¿Qué es lo que he dicho? -le susurré a Ian.

-Nada. Tienen la mortalidad fresca en la mente -suspiro.

Mi cerebro humano dio uno de esos saltos en la comprensión de las cosas que ellos llamaban intuición.

-¿Dónde está Walter? -exigí, aunque seguía hablando en susurros.

Ian suspiró de nuevo.

-Está en la zona sur. Él no está... bien.

-¿Por qué no me lo ha dicho nadie?

-Las cosas han sido algo... difíciles para ti estos días, así que...

Sacudí la cabeza con impaciencia ante la noticia.

-¿Qué es lo que le pasa?

Jamie estaba ahora a mi lado y me cogió la mano.

-Se le han roto algunos huesos, los tiene tan frágiles. -dijo en voz muy baja-. Doc está seguro de que es cáncer... Terminal, según dice.

-Walt ha debido de mantener en silencio el dolor durante mucho tiempo -añadió Ian sombríamente.

Hice un gesto de dolor.

-¿Y no hay nada que podamos hacer? ¿Nada en absoluto?

Ian negó con la cabeza, sin dejar de mirarme a los ojos.

-Nosotros no. Incluso aunque no estuviéramos encerrados aquí, no tendríamos con qué ayudarlo. Nunca hemos podido curar el cáncer.

Me mordí el labio para no hacer la sugerencia que tenía en la punta de la lengua. Desde luego no había nada que hacer por Walter. Cualquiera de aquellos humanos preferiría morir lenta y dolorosamente antes que cambiar su mente por la curación de su cuerpo. Y eso podía entenderlo... ahora.

-Ha estado preguntando por ti -continuó Ian-. Bueno, menciona tu nombre algunas veces. Es difícil saber qué es lo que quiere decir... Doc le mantiene borracho para evitarle el dolor.

-Doc se siente muy mal también por hacer uso del alcohol para sí mismo -añadió Jamie-; no es una buena época...

-¿Puedo verle? -pregunté-. ¿No les sentará eso mal a los demás?

Ian frunció el ceño y resopló.

-¿Es que no puede afectarte esto como a cualquier otra persona?

Al fin y al cabo, ¿no eres como los demás? -Sacudió la cabeza-. Además, ¿a quién le importa? Si ése es el último deseo de Walt...

-De acuerdo -admití. La palabra «último» me había dejado los ojos llenos de lágrimas-. Si lo que quiere Walter es verme, entonces supongo que no importa lo que los demás piensen, y si les sienta mal...

-No te preocupes por eso, no voy a dejar que nadie te acose. -Los labios de Ian se apretaron hasta formar una línea pálida y fina.

Sentí una cierta ansiedad, como si deseara mirar un reloj. El tiempo había dejado de tener mucha importancia para mí, pero de repente sentí la urgencia que imponía un límite.

-¿Será demasiado tarde si vamos esta noche? ¿Le molestaremos?

-No está durmiendo a horas regulares, así que podemos ir a verle.

Comenzamos a andar enseguida. Jamie seguía aferrado a mi mano. La conciencia del paso del tiempo, de los finales y su carácter irrevocable, me impelía hacia delante con rapidez. Ian nos alcanzó rápidamente a pesar de eso, gracias a sus largas zancadas.

En la caverna del huerto iluminada por la luna pasamos al lado de otros que, en su mayor parte, no nos prestaron atención. Era difícil que causara curiosidad verme en compañía de Ian y Jamie, ya que solíamos estar juntos, pese a que en ese momento caminábamos por túneles poco frecuentes para nosotros.

La única excepción fue Kyle. Se quedó paralizado cuando vio a su hermano a mi lado. Sus ojos se dirigieron con rapidez a la mano de Jamie, que reposaba en la mía, y entonces sus labios se torcieron emitiendo un gruñido.

Ian se irguió sobre sus hombros cuando percibió la reacción de su hermano, con la boca curvada en un reflejo de la de Kyle, y deliberadamente avanzó una mano para tomar mi mano libre. Kyle hizo un ruido como si sintiera náuseas y nos dio la espalda.

Cuando estábamos ya en plena oscuridad dentro del largo túnel sur, intenté soltar su mano, pero Ian la apretó más fuerte.

-Me gustaría que no le enfadaras más -murmuré.

-Kyle está equivocado, pero eso es una especie de hábito para él. Le costará mucho más tiempo que a los demás superar todo esto, pero eso no quiere decir que debemos ser indulgentes con él.

-Me asusta -admití con un susurro-. No quiero que tenga más motivos para odiarme.

Ian y Jamie me apretaron las manos y hablaron a la vez.

-No tengas miedo -dijo Jamie.

-Jeb dejó su opinión muy clara -intervino Ian.

-¿Qué quieres decir? -le pregunté a Ian.

-Que si Kyle no puede aceptar las reglas de Jeb, entonces no es bienvenido aquí.

-Pero eso está mal. Kyle pertenece a este lugar.

Ian gruñó.

-Si quiere quedarse, tiene que aprender a aceptar algunas

condiciones.

No volvimos a pronunciar una palabra durante el resto del largo camino. Me sentía culpable, pero eso ya me parecía un estado emocional permanente en las cuevas: culpa, miedo y corazones rotos. ¿Por qué había venido?

«Porque tú también perteneces a este lugar, por muy extraño que te parezca -susurró Melanie. Ella era muy consciente de la calidez de las manos de Ian y Jamie, que envolvían las mías y se entrelazaban con ellas-. ¿Dónde has tenido tú algo así en ningún otro sitio?».

«Es verdad -confesé, sintiéndome un poco más deprimida-. Pero eso no conlleva que yo pertenezca a este lugar. No de la manera que tú perteneces a él».

«Las dos vamos en el mismo paquete, Wanda». « ¡Como si necesitara que me lo recordaras...!».

Me sorprendía escucharla con tanta nitidez. Había estado quieta los últimos dos días, esperando ansiosa para ver a Jared otra vez. Claro, yo había estado ocupada en la misma tarea.

«Quizá esté con Walter. Tal vez esté ahí», aventuró Melanie, llena de esperanza.

«Ése no es el motivo por el que vamos a ver a Walter».

«No, claro que no». Su tono era de arrepentimiento, pero me di cuenta de que para ella Walter no tenía el mismo significado que para mí. Naturalmente a ella le apenaba que se estuviera muriendo, pero ya lo había aceptado desde el principio. Yo, por contra, no era capaz de hacerlo, ni siquiera ahora. Walter era mi amigo, no el suyo, ya que era a mí a quien había defendido...

Nos dio la bienvenida una de esas tenues luces azules cuando nos aproximamos a donde estaba el hospital. Ya sabía ahora que esas linternas estaban alimentadas por luz solar y que se dejaban durante el día en sitios soleados para que se cargaran. Todos nos movíamos ahora silenciosamente, deteniéndonos a la vez sin necesidad de habernos puesto de acuerdo.

Odiaba esa habitación. En la oscuridad, con aquellas extrañas sombras que arrojaba el débil resplandor, parecía que intimidaba aún más. Había un nuevo olor en el ambiente, que apestaba a lenta descomposición y bilis, además del penetrante aroma del alcohol.

Dos de los catres estaban ocupados. Los pies de Doc colgaban fuera de uno y reconocí su ligero ronquido. En la otra cama, con un aspecto odiosamente marchito y maltrecho, Walter nos observó avanzar hacia él.

-¿Te apetece una visita, Walt? -susurró Ian cuando sus ojos se movieron en su dirección.

-Ugh -gimió él. Tenía los labios con las comisuras hacia abajo en su rostro flácido y la piel le brillaba húmeda bajo la suave luz.

-¿Necesitas algo? -murmuré. Solté mis manos de las de los otros, y revolotearon sin saber qué hacer en el espacio que había entre Walter y yo.

Sus ojos indecisos buscaban algo en la oscuridad. Di un paso hacia delante.



-¿Hay algo que podamos hacer por ti? Cualquier cosa. Sus ojos vagaron un poco más antes de encontrar mi rostro. De repente se concentraron a través del estupor de la bebida y el dolor.

-Por fin -jadeó, ya que respiraba con dificultad y su aliento silbaba-. Yo sabía que vendrías si esperaba lo suficiente. Oh, Gladys, tengo tantas cosas que contarte...

## Capítulo 31

### Necesaria

Me quedé parada y después eché una ojeada sobre mi hombro para ver si había alguien detrás de mí.

-Gladys era su esposa. -Jamie suspiró con suavidad-. Ella no logró escapar.

-Gladys -insistió Walter, haciendo caso omiso de mi reacción-. ¿Te puedes creer que tengo cáncer? ¿Quién lo iba a pensar? Pero si no me he puesto malo en la vida... -Su voz se desvaneció hasta ser inaudible, aunque sus labios continuaron moviéndose. Estaba demasiado débil como para alzar la mano, deslizó los dedos hacia el borde del catre, en mi dirección.

Ian me empujó hacia delante.

-¿Qué puedo hacer? -susurré. El sudor me goteaba por la frente, y no tenía nada que ver con el calor húmedo.

-El abuelo vivió ciento un años -resolló Walter, cuya voz volvía a ser audible-. Nadie ha tenido cáncer en mi familia, ni siquiera los primos. ¿No fue tu tía Regan la que tuvo cáncer de piel?

Me miró confiadamente, esperando una respuesta. Ian me pinchó con el dedo en la espalda.

-Hum... -murmuré.

-Quizá fue aquella tía de Bill-sugirió Walter.

Lancé una mirada llena de pánico a Ian, que se encogió de hombros.

-Ayúdame -le pedí moviendo los labios.

Se colocó a mi lado y me hizo coger los dedos de Walter que seguían tanteando por el borde de la cama. Su piel era de color blanco como la tiza y translúcida. Pude ver el pulso superficial de la sangre en las venas azules del dorso de las manos. Levanté su mano con cuidado, preocupada por aquellos huesos ligeros que Jamie había dicho que eran tan frágiles. Sentí

que no pesaban casi nada, como si estuvieran huecos.

-Ah, Gladdie, qué duro ha sido todo esto sin ti. Éste es un sitio bonito, te gustará incluso cuando yo ya no esté aquí. Hay un montón de gente con la que hablar, con lo mucho que te gusta a ti echarte tus charlitas... -El volumen de sus palabras se vino abajo, hasta que llegó un momento en el que dejé de oír su voz por completo; pero sus labios continuaron formando las palabras que quería compartir con su esposa. Su boca continuó moviéndose incluso después de cerrar los ojos y de que su cabeza cayera hacia un lado.

Ian encontró un paño mojado y comenzó a limpiar el rostro brillante de Walter.

-No sirvo mucho para esto de... engañar -susurré mientras comprobaba que los labios de Walter seguían farfullando para asegurarme de que no me estaba escuchando-. No quiero que se altere.

-No tienes que decirle nada -me aseguró Ian-, no está lo suficientemente lúcido para que debas preocuparte.

-¿Es que me parezco a ella?

-En nada. He visto su foto y era una pelirroja baja y fornida.

-Vale, déjame que haga yo eso.

Ian me dio el trapo y le limpié el sudor del cuello. El tener las manos ocupadas hacía que me sintiera mejor. Él continuaba mascullando algo. Pensé que le había oído decir algo así como: «Gracias, Gladdie, qué agradable».

No me di cuenta de que los ronquidos de Doc habían parado. Su voz familiar surgió de pronto a mis espaldas, pero sonaba demasiado amable como para sobresaltarme.

-¿Qué tal está?

-Delirando -susurró Ian-. ¿Es el brandy o el dolor?

-Creo que más bien lo segundo. Daría mi brazo derecho por un poco de morfina.

-Quizá Jared pueda conseguir otro milagro -sugirió Ian.

-Ojalá -suspiró Doc.

Seguí pasando el paño por la pálida cara de Walter, escuchando ahora con más atención; pero no volvieron a hablar de Jared.

«No está aquí», susurró Melanie.

«Está buscando ayuda para Walter», admití.

«Solo», añadió ella.

Pensé en la última vez que le había visto, el beso, el descubrimiento... «Quizá quiera tener un tiempo para sí mismo».

«Espero que no ande por ahí convenciéndose a sí mismo del gran talento que tienes como actriz y como despiadada buscadora...».

«Pues es posible, claro». Melanie suspiró.

Ian y Doc murmuraban por lo bajo hablando sobre cosas sin importancia, básicamente; Ian le contaba lo que estaba sucediendo en las cuevas.

-¿Qué le ha pasado a Wanda en la cara? -susurró Doc, aunque le pude escuchar con facilidad.

-Más de lo mismo -replicó Ian con voz tensa.

El médico emitió un ruido algo triste entre los dientes y después chasqueó la lengua.

Ian le contó algo sobre la clase tan incómoda que habíamos tenido por la noche y las preguntas que había hecho Geoffrey.

-Habría sido muy conveniente que Melanie hubiera caído en manos de un sanador -reflexionó Doc.

Yo me estremecí, pero ellos estaban detrás de mí y probablemente no se dieron cuenta.

-Hemos tenido suerte de que haya sido Wanda -murmuró Ian en mi defensa- y no cualquier otra...

-Lo sé -le interrumpió el otro, con su natural bondadoso-. Más bien quería decir que es una pena que Wanda no tuviera más interés por la medicina.

-Lo siento -susurré. Había sido negligente por mi parte disfrutar de los beneficios de una salud perfecta sin mostrar curiosidad por la causa.

Una mano se posó sobre mi hombro.

-No tienes que disculparte por eso -comentó Ian.

Jamie estaba muy quieto. Miré a mi alrededor y vi que se había acurrucado en el catre donde Doc se había echado una cabezada.

-Es muy tarde -dijo el doctor-, y Walter no va a ir a ninguna parte esta noche. Deberíais ir a dormir un poco.

-Vendremos mañana -prometió Ian-. Dinos qué quieres que te traigamos, para ti o para él.

Dejé caer la mano de Walter y la palmeé con afecto. Abrió los ojos de pronto, y en esos momentos pareció estar más consciente que antes.

-¿Os vais? -inquirió casi sin aliento-. ¿Tenéis que ir tan pronto?

Le cogí la mano otra vez con rapidez.

-No, no tengo que irme.

Él sonrió y cerró los ojos de nuevo. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos con fuerza y una cierta crispación.

Ian suspiró.

-Puedes irte -le aseguré-, no me importa. Llévate a Jamie a su cama.

Ian echó una ojeada a su alrededor.

-Espera un segundo -repuso, y entonces cogió el catre que tenía más cerca. No era muy pesado, así que lo levantó muy fácilmente y lo colocó justo al lado del enfermo. Estiré mi brazo lo máximo posible, intentando no molestarle, de modo que Ian pudiera colocarlo al lado. Entonces me alzó con la misma facilidad y me instaló en la cama a su lado; pero los ojos de Walter no se movieron. Yo jadeé suavemente, con la guardia baja por la forma despreocupada en la que Ian me había puesto las manos encima..., como si fuera humana.

Ian señaló con la barbilla la mano de Walter aferrada a la mía.

-¿Crees que vas a poder dormir así?

-Sí, seguro que sí.

-Que duermas bien, entonces. -Me sonrió y después se volvió y alzó a Jamie del otro catre-. Vámonos, chaval -murmuró, acarreado al chico sin hacer más esfuerzo que si fuera un bebé. Los pasos silenciosos de Ian se desvanecieron en la distancia y dejé de escucharlos.

Doc bostezó y fue a sentarse detrás del escritorio que se había construido con cajones de madera y una puerta de aluminio; se llevó la lámpara de luz suave con él. El rostro de Walter estaba demasiado a oscuras para que pudiera verlo, y eso me ponía nerviosa. Era como si ya se hubiera ido. Me sentía consolada por sus dedos, todavía curvados rígidamente en torno a los míos.

Doc comenzó a remover unos papeles de un lado para otro, canturreando de forma inaudible para sí mismo. Me dejé llevar por el sonido de su dulce tarareo.

Walter me reconoció por la mañana.

Se despertó cuando Ian apareció para escoltarme de vuelta al trabajo. El cultivo de maíz estaba preparado para retirar los tallos inútiles. Prometí a Doc que le traería el desayuno antes de irme a trabajar. La última cosa que hice fue soltar cuidadosamente mis dedos entumecidos, liberándolos de la mano de Walter.

Abrió los ojos.

-Wanda -susurró.

-¿Walter? -No estaba segura de por cuánto tiempo me reconocería, ni si me recordaría de la noche anterior. Su mano se cerró en el aire, de modo que le di mi mano izquierda, la única que aún estaba entera.

-Has venido a verme y ha sido estupendo. Ya sé que después de que hayan vuelto los otros... debe de ser duro para ti... Tu rostro...

Parecía tener dificultades para formar palabras con los labios y sus ojos enfocaban y desenfocaban. Era tan bondadoso que las primeras palabras que me dedicó estaban llenas de interés por mí.

-Todo va bien, Walter. ¿Qué tal te encuentras?

-¡Ah! -gruñó suavemente-. No muy allá... ¿Doc?

-Estoy aquí -murmuró Doc, muy cerca de mí.

-¿Tienes un poco más de licor? -jadeó él.

-Claro.

Doc ya estaba preparado. Sostuvo la boca de la botella de grueso cristal pegada a los labios flácidos de Walter y cuidadosamente vertió el líquido marrón oscuro en lentos tragos dentro de su boca. Walter hacía un gesto de dolor cada vez que se quemaba la garganta con un sorbo. Se le salió un poco por una de las comisuras y cayó en la almohada. El olor me embotó la nariz.

-¿Mejor? -preguntó Doc después de un buen rato vertiendo líquido.

Walter gruñó y no sonó precisamente como si asintiera, sino que cerró los ojos.

-¿Quieres un poco más? -preguntó Doc.

Walter hizo una mueca de dolor y después gimió.

Doc maldijo entre dientes.

-¿Dónde está Jared? -murmuró.

Yo me puse rígida al oír su nombre. Melanie se agitó y después se desvaneció.

El rostro de Walter se hundió y plegó la cabeza sobre el cuello.

-¿Walter? -susurré.

-Le duele demasiado para permanecer consciente. Déjalo tranquilo -me instó Doc.

Sentí que se me inflamaba la garganta.

-¿Qué puedo hacer?

La voz de Doc sonaba desolada:

-Tanto como yo, que es nada. Soy un inútil.

-No te lo tomes así, Doc -le oí murmurar a Ian-. No es culpa tuya. El mundo ya no funciona como antes. Nadie espera más de ti.

Se me cayeron los hombros hacia abajo. No, su mundo ya no funcionaba de la misma manera.

Ian me dio unos golpecitos con el dedo en el hombro.

-Vámonos -susurró.

Asentí y comencé a liberar mi mano de nuevo.

Los ojos de Walter se abrieron de pronto, aunque no parecía ver nada.

-¿Gladdie? ¿Estás ahí? -imploró él.

-Hum..., estoy aquí -contesté con inseguridad, dejando que sus dedos se cerraran sobre los míos.

Ian se encogió de hombros.

-Os traeré algo de comer -anunció con un hilo de voz, y después se marchó.

Yo esperé ansiosamente su regreso, nerviosa por la confusión de Walter. Murmuraba el nombre de Gladys una y otra vez, pero no parecía necesitar nada de mí, motivo por el cual me sentía agradecida. Después de un rato, media hora o así, comencé a escuchar los pasos de Ian en el túnel, y me pregunté qué sería lo que le había llevado tanto tiempo.

Doc estuvo sentado en su escritorio todo el tiempo, mirando hacia la nada con los hombros caídos. Era fácil ver lo inútil que se sentía.

Entonces oí algo, pero no fue una pisada.

-¿Qué es eso? -le pregunté a Doc con un susurro. Walter estaba tranquilo otra vez, quizá inconsciente, y yo no quería molestarle.

Doc se volvió a mirarme, ladeando la cabeza al mismo tiempo para escuchar con más atención.

El ruido era un extraño zumbido, una pulsación rápida pero suave. Pensé que lo había oído algo más fuerte cuando volvió a alejarse.

-Qué extraño -comentó Doc-. Suena casi como un...

-Hizo una pausa con el ceño fruncido, concentrado, mientras se alejaba aquel sonido poco familiar.

Aguzamos el oído todo lo posible, de modo que oímos llegar pasos desde muy lejos. No coincidían con el esperado ritmo regular de Ian. Sonaba como si alguien viniera corriendo a toda velocidad.

Doc reaccionó de forma inmediata al sonido que parecía anunciar problemas. Salió corriendo a su vez con rapidez a su encuentro. Yo también quería averiguar qué era lo que iba mal, pero no quería molestar a Walter intentando liberar mi mano otra vez. Escuché con toda la atención que pude.

-¡Brandt! -oí exclamar a Doc, sorprendido.

-¿Dónde está esa cosa? ¿Dónde está? -inquirió el otro hombre casi sin aliento. El ruido de pasos precipitados se detuvo apenas un segundo y después comenzó de nuevo, aunque ya no tan rápido.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Doc por toda respuesta.

-¡El parásito! -siseó Brandt con impaciencia y ansiedad, mientras se precipitaba por el arco de entrada.

Brandt no era un tipo grande al estilo de Kyle o de Ian.

Apenas me superaba en unos cuantos centímetros, pero era grueso y sólido como un rinoceronte. Recorrió la habitación con los ojos y su mirada penetrante se concentró en mi rostro durante medio segundo antes de posarse sobre la forma postrada de Walter, para justo después volver a recorrer la habitación hasta terminar de nuevo en mí.

Doc le alcanzó entonces y sus largos dedos le cogieron del hombro cuando dio el primer paso en mi dirección.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Doc, con la voz tan próxima a un rugido como jamás le había oído.

Antes de que Brandt contestara, el extraño sonido regresó, pasando de ser suave a un chillido fuerte y luego a suavizarse de nuevo de una forma tan repentina que nos dejó a todos helados. Los golpes sordos volvieron a sonar unos por encima de otros, sacudiendo el aire cuando estaban en su momento álgido.

-¿Qué es eso...? ¿Un helicóptero? -inquirió Doc con un susurro.

-Sí -respondió Brandt con un murmullo-, es la buscadora, la misma de antes, la que estaba buscando a la cosa -concluyó, y me señaló con la barbilla.

Se me estrechó tanto la garganta que el aire apenas podía pasar por ella; mi respiración se volvió lenta y superficial, insuficiente. Me sentía mareada y contenta de estar ya tumbada.

«No. Ahora no. Por favor».

« ¿Pero qué problema tiene ésa? -gruñó Mel en mi cabeza-. ¿Por qué no nos deja en paz?».

« ¡No podemos permitir que les haga daño!».

« ¿Y cómo vamos a detenerla?».

«No lo sé. ¡Todo esto es por mi culpa!».

«Y también por la mía, Wanda. Es culpa de las dos».

-¿Estás seguro? -preguntó Doc.

-Kyle la vio con toda claridad a través de los prismáticos mientras estaba suspendida en el aire. Era la misma que había visto antes.

-¿Está buscando aquí? -La voz de Doc sonó completamente horrorizada. Se dio casi la vuelta, con los ojos mirando fijamente hacia la salida-. ¿Dónde se encuentra Sharon?

Brandt negó con la cabeza.

-Sólo está rastreando. Comienza en Picacho y después se abre en abanico, como si siguiera los radios de una rueda. No parece que se esté concentrando en nada que tengamos cerca, da vueltas en torno al lugar donde abandonamos el coche.

-¿Y Sharon? -insistió Doc.

-Está con los niños y Lucina. Están bien. Los chicos están empaquetando cosas por si debemos marcharnos esta noche, pero Jeb cree que no va a ser necesario...

Doc exhaló aire y después se dirigió a su escritorio. Se apoyó en él, y me dio la sensación de que hubiera recorrido un largo trayecto.

-Así que en realidad no pasa nada grave -murmuró.

-No. Basta con tomárselo con calma durante unos cuantos días - le tranquilizó Brandt. Sus ojos vagaban por la habitación otra vez, posándose en mí cada pocos segundos-. ¿Tienes una cuerda a mano? -preguntó, y levantó el borde de la sábana de un catre vacío, examinándolo.

-¿Una cuerda? -repitió Doc sin entender.

-Para el parásito. Kyle me ha enviado para que la ate.

Mis músculos se contrajeron involuntariamente, de modo que mis manos apretaron los dedos de Walter con demasiada fuerza y él gimió. Intenté obligarle a que se relajara, mientras mantenía la mirada fija en el rostro endurecido de Brandt. Éste esperaba la respuesta de Doc, expectante.

-¿Has venido a atar a Wanda? -insistió él de nuevo, con una voz dura-. ¿Y qué te hace pensar que eso es necesario?

-Venga, Doc, no seas estúpido. Tú tienes por aquí unos cuantos conductos de ventilación de buen tamaño y un montón de metal reflectante. - Brandt gesticuló en dirección a un archivador que había apoyado contra la pared más lejana-. En el momento en que dejes de prestar atención durante medio minuto, estará enviándole señales a la buscadora.

Respiré bruscamente, horrorizada, y el ruido resonó en la tranquilidad de la habitación.

-¿Lo ves? -dijo Brandt-. Le acabo de adivinar el plan. Desearía haber podido enterrarme bajo una gran roca para esconderme de los ojos saltones e implacables de mi perseguidora, y él se imaginaba que quería guiarla hacia mí. Llevarla allí para que matara a Jamie, Jared, Jeb, Ian... Me sentía a punto de vomitar.

-Puedes irte, Brandt -le respondió Doc con un tono de voz helado-, yo la vigilaré.

Brandt alzó una ceja.

-Pero ¿qué es lo que os pasa, chicos? A ti, a Ian, a Trudy y a los demás. Es como si todos estuvierais hipnotizados. Si tus ojos no tuvieran un aspecto normal, tendría que preguntarme...

-Vete ya y pregúntate todo lo que quieras, Brandt, pero hazlo fuera de aquí.

El interpelado negó con la cabeza.

-Tengo un trabajo que hacer.



Doc se dirigió hacia Brandt, y se detuvo únicamente cuando se hubo interpuesto entre él y yo. Cruzó los brazos sobre el pecho.

-No vas a tocarla.

Las aspas del helicóptero zumbaron en la distancia. Todos permanecimos muy quietos hasta que desapareció, sin apenas respirar.

Brandt sacudió la cabeza cuando todo quedó de nuevo en calma. No habló, simplemente fue hacia el escritorio y cogió la silla de Doc. La llevó hasta la pared donde estaba el archivador, la puso con un golpe en el suelo y después se sentó con brusquedad, haciendo que las patas de metal chirriaran contra la piedra. Se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, y me miró. Era como un buitre esperando a que la liebre moribunda dejara de moverse.

La mandíbula de Doc se puso rígida, haciendo un ligero sonido, como un chasquido.

-Gladys -murmuró Walter, despertándose de su sueño aturdido-, estás aquí.

Como estaba muy nerviosa para hablar bajo la vigilancia de Brandt, simplemente le palmeé la mano. Sus ojos nublados buscaron mi rostro, encontrando en él rasgos que no había.

-Duele mucho, Gladdie. Duele muchísimo.

-Lo sé -murmuré-. ¿Doc?

Él ya estaba allí con el brandy en la mano.

-Abre la boca, Walter.

El sonido del helicóptero volvió a zumbar de nuevo en la lejanía, pero aún demasiado cerca. Doc se estremeció y unas cuantas gotas de brandy fueron a parar a mi brazo.

Fue un día horrible. El peor de toda mi vida en este planeta, incluyendo mi primer día en las cuevas y el último día ardiente y seco en el desierto, muy cerca de la muerte.

El helicóptero dio más y más vueltas. Algunas veces transcurrió más de una hora sin que se oyera y pensamos que ya se había marchado, pero entonces el sonido regresaba, y veía el rostro obstinado de la buscadora en mi mente, escudriñando el desierto vacío con sus ojos penetrantes en busca de algún signo de ocupación humana. Deseaba que se alejara y con tal fin hice una prueba: me concentré en mis recuerdos de la llanura descolorida y monótona del desierto, como si de esa manera pudiera asegurarme de que ella no viera nada más y así lograra aburrirla hasta que se marchara.

El suspicaz Brandt mantuvo la vista clavada en mí. Siempre podía sentirla ahí, aunque apenas le miraba. Me sentí un poco mejor cuando lan regresó con el desayuno y el almuerzo a la vez. Estaba muy sucio de empaquetar todo por si teníamos que evacuar, significara lo que significara. Cuando Brandt explicó con frases cortantes el motivo por el que estaba allí, lan puso tal cara de pocos amigos que parecía Kyle. Entonces arrastró otro catre vacío al lado del mío y se sentó en la línea de visión de Brandt para

bloquearla.

El helicóptero y la vigilancia desconfiada de Brandt realmente no me resultaron tan desagradables. En un día normal, si es que había habido alguna vez uno, ninguna de estas cosas me hubiera parecido insoportable. Ese día no tenían ninguna importancia.

Al mediodía, el médico le dio a Walter el resto del brandy.

Apenas unos minutos más tarde, o eso nos pareció, Walter estaba retorciéndose, gimiendo y jadeando en busca de aire. Sus dedos apretaron los míos hasta hacerme cardenales y aplastármelas, pero si intentaba retirarlos sus gemidos se convertían en chillidos agudos. Me fui un momento para usar la letrina; Brandt me siguió, lo que hizo que también le siguiera Ian. Cuando regresamos, después de haber hecho casi todo el camino a la carrera los gritos de Walter casi no parecían ni humanos. Doc estaba demacrado por el sufrimiento, y su rostro parecía un reflejo del enfermo. El enfermo se tranquilizó después de que le hablara un momento haciéndole creer que su esposa estaba allí. Fue una mentira fácil, por compasión. Brandt hacía pequeños ruidos de irritación, pero sabía que no hacía bien enfadándose, ya que nada importaba salvo el dolor de Walter.

A pesar de todo, los gemidos y los retorcimientos continuaron, y Brandt se fue al otro extremo de la habitación a dar paseos de un lado para otro, intentando alejarse lo más posible del sonido.

Jamie vino a buscarme y trajo comida suficiente para los cuatro, cuando la luz ya se estaba poniendo anaranjada sobre nuestras cabezas. Yo no quería que se quedara allí, así que pedí a Ian que se lo llevara a la cocina a comer y le hice prometer que lo vigilaría toda la noche para que no pudiera volver. Walter no podía evitar gritar cuando al retorcerse se movía su pierna rota, y el sonido resultaba insoportable. No quería que Jamie se llevara impreso en la mente el recuerdo de esa noche, del mismo modo que quedaría en la de Doc y en la mía. Quizá también en la de Brandt, aunque él hacía como si ignorara a Walter, tapándose los oídos y tarareando un soniquete disonante.

Doc no intentó distanciarse del espantoso sufrimiento de Walter. En vez de eso, sufría con él. Los gritos del moribundo tallaban líneas profundas en su rostro, como si fueran unas garras clavándose en su piel. Las lágrimas de sus mejillas casi parecían la sangre que se habría derramado de esos mismos arañazos.

Era extraño encontrar tal grado de compasión en un humano, en especial en Doc. No podía considerarle de la misma manera después de verle asistir al dolor de Walter. Era tan grande su compasión que parecía sangrar internamente con él. Mientras le observaba se me hizo imposible creer que fuera una persona cruel, que este hombre fuera un torturador. Intenté recordar qué era lo que había dicho para dar fundamento a mis conjeturas, ¿o es que alguien había hecho esa acusación de algún modo? No lo creía. Debía de haber sido mi propio terror el que me hizo caer en esa falsa conclusión.

Dudé que pudiera volver a desconfiar de Doc otra vez después de este día de pesadilla. Sin embargo, este hospital me parecería siempre un

lugar terrible.

El helicóptero se desvaneció en cuanto hubo desaparecido el último rayo de sol. Nos sentamos en la oscuridad sin atrevernos a encender siquiera la tenue luz azul. Nos llevó unas cuantas horas creer que la caza había finalizado. Brandt fue el primero en aceptarlo; de todas formas, ya había tenido bastante ración de hospital.

-Lo mejor es que lo dejemos ya -murmuró, dirigiéndose a la salida-. No hay nada que ver esta noche. Me voy a llevar tu luz, Doc, de modo que el parásito de Jeb no pueda levantarse y largarse.

El aludido no le respondió, y ni siquiera dirigió una mirada a aquel hombre huraño cuando se marchó.

-¡Haz que pare, Gladdie, haz que pare! -me suplicaba Walter.

Le limpié el sudor del rostro mientras me oprimía la mano.

El tiempo pareció transcurrir más lento y detenerse, de modo que aquella noche oscura prometía no acabar nunca. Los gritos del agonizante se volvieron cada vez más frecuentes, y más y más atroces.

Melanie estaba muy lejos, sabedora de que no podía hacer nada útil en ese momento. Yo también me habría escondido si Walter no me hubiera necesitado. Estaba completamente sola en el interior de mi cabeza, exactamente como había querido siempre, pero esto hizo que me sintiera aislada.

Finalmente, una tenue luz gris comenzó a colarse por los altos conductos de ventilación situados encima de nuestras cabezas. Yo estaba rondando los límites del sueño, porque los gemidos y gritos de Walter me impedían sumirme profundamente en él. Podía oír a Doc roncando a mi espalda. Me alegraba que hubiera podido evadirse por un rato.

No oí cómo se acercaba Jared. Yo estaba murmurando frases de ánimo, apenas coherentes, intentando calmarle.

-Estoy aquí, estoy aquí -murmuré mientras él gritaba el nombre de su mujer-. Shh, todo va bien. -Las palabras no tenían sentido. Era simplemente decir algo, ya que parecía que mi voz calmaba lo peor de sus gritos.

No sé cuánto tiempo estuvo Jared observándome con Walter antes de que me diera cuenta de que estaba allí. Debió de ser un buen rato, porque estaba segura de que su primera reacción habría sido de ira, pero cuando le oí hablar simplemente sonó fría.

-Doc -dijo, y sentí removerse el catre que había detrás de mí-. Doc, levántate.

Tiré de la mano para liberarla, dándome la vuelta desorientada, para ver el rostro que acompañaba a esa voz inconfundible.

Una vez que sacudió el hombro del hombre dormido, clavó sus ojos en mí. Era imposible interpretar su mirada con esa tenue luz, porque sus ojos no expresaban nada en ese momento.

Melanie saltó a la consciencia. Estudió minuciosamente sus rasgos intentando leer los pensamientos que había detrás de esa máscara.

-¡Gladdie, no te vayas! ¡No! -El chillido del enfermo hizo que Doc se

pusiera en pie de un salto, lo que provocó que el catre estuviera a punto de volcar.

Yo me volví hacia el moribundo y deslicé la mano dolorida entre sus dedos, que me buscaban.

-Calla, calla, Walter, estoy aquí. No me voy a ir. No me voy, te lo prometo.

Él se tranquilizó, gimoteando como un niño pequeño. Volví a pasar el trapo húmedo por su frente y el sollozo se transformó en un suspiro.

-¿De qué va esto? -murmuró Jared a mis espaldas.

-Ella es lo mejor que tengo contra el dolor -dijo Doc con un suspiro cansado.

-Bueno, pues te he encontrado algo mejor que una buscadora tan servicial.

El estómago se me hizo un nudo y Melanie siseó en mi mente. «¡Pero qué cabezón más estúpido y más ciego! -gruñó-. No te creería ni aunque le dijeras que el sol se pone por el oeste».

Pero Doc no estaba para preocuparse por el desaire que me había hecho.

-¡Has encontrado algo!

-Morfina, aunque no hay mucha. La habría traído antes si la buscadora no me hubiera mantenido alejado de aquí.

El médico se puso instantáneamente en acción. Le escuché manipulando algo que sonaba como a papel y después cacareó de pura felicidad.

-¡Jared, eres el hombre de los milagros!

-Doc, sólo un segun...

No le prestó atención y se acercó al lecho del enfermo con el rostro resplandeciente a causa de la expectativa. Llevaba en las manos una jeringa, y clavó la pequeña aguja en el pliegue del brazo de Walter, en el que tenía aferrado a mi mano. Volví el rostro en otra dirección. Me parecía terriblemente invasivo clavar algo a través de la piel.

Sin embargo, no se podían discutir los resultados: el cuerpo de Walter se relajó en menos de medio minuto, convirtiéndose en una pila de carne floja aplastada contra el fino colchón. Su respiración cambió de áspera y acelerada a susurrante y regular. La presión de la mano se aflojó también, liberando la mía.

Me masajeeé la mano izquierda con la derecha, intentando que la sangre volviera a circular hasta la punta de los dedos. Cuando el flujo se restauró sentí el hormigueo de unos pequeños pinchazos.

-Esto..., Doc, no hay suficiente para eso -murmuró Jared.

Miré al semblante de Walter, en paz por fin. Jared me daba la espalda, pero pude ver la sorpresa en el rostro de Doc.

-¿Suficiente para qué? No voy a ahorrar nada para otro día, Jared. Estoy seguro de que estaríamos encantados de tener más y no dentro de mucho, pero ¡no voy a dejar que Walter grite de dolor mientras tenga una manera de ayudarlo!

-No es eso lo que quiero decir -replicó Jared. Y hablaba de ese modo particular en que lo hacía cuando había pensado largo y tendido sobre algo. Lento y muy tranquilo, como la respiración de Walter.

Doc frunció el ceño, confuso.

-Hay bastante para frenar el dolor durante tres o cuatro días, eso es todo -continuó Jared-, si se lo vas dando en dosis.

No entendía a qué se refería Jared, pero Doc sí.

-Ah -suspiró. Se volvió a mirar de nuevo a su paciente, y vi cómo las lágrimas asomaban por sus párpados inferiores. Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada.

Quería saber de lo que estaban hablando, pero la presencia de Jared hizo que permaneciera en silencio y me devolvió a esa reserva que ya apenas sentía la necesidad de practicar.

-No puedes salvarlo. Sólo puedes ahorrarle el dolor, Doc.

-Lo sé -replicó Doc, pero su voz se quebró como si estuviera conteniendo un sollozo-. Tienes razón.

« ¿Qué es lo que está pasando?», pregunté. Como Melanie estaba presente en esos momentos, lo mejor que podía hacer era darle utilidad.

«Van a matar a Walter -me explicó con naturalidad-. Hay suficiente morfina para administrarle una sobredosis».

Mi jadeo horrorizado sonó muy alto en la habitación en silencio, pero en realidad apenas era una inspiración. No levanté la mirada para ver cómo reaccionaban aquellos dos hombres sanos. Las que se derramaron fueron mis propias lágrimas cuando me incliné sobre la almohada del moribundo.

«No -pensé-, no, no, todavía no. No».

« ¿Es que prefieres que muera gritando?».

«Yo no..., no puedo soportar... el final de todo. Es tan absoluto... No volveré a ver a mi amigo nunca».

« ¿Cuántos de tus otros amigos han regresado para visitarte, Wanderer?».

«Nunca he tenido amigos como éstos antes».

Mis amigos de otros planetas se fundían todos en una mancha confusa en mi mente. Las almas somos tan similares que de algún modo somos casi intercambiables, pero Walter era distinto, único en sí mismo. Cuando él se fuera, no habría otro que pudiera ocupar su lugar.

Acuné la cabeza de Walter en mis brazos, y dejé que mis lágrimas cayeran sobre su piel. Intenté sofocar mis sollozos, pero brotaron sin remedio, más como un lamento que cualquier otra cosa.

«Ya lo sé. Siempre hay otro comienzo», susurró Melanie, y había compasión en su tono de voz. Compasión por mí, y también esto era un comienzo.

-¿Wanda? -dijo Doc.

Yo sólo sacudí la cabeza, incapaz de responder.

-Creo que llevas aquí metida demasiado tiempo -comentó. Sentí su mano, ligera y cálida en mi hombro-. Debes darte un respiro.

Sacudí la cabeza de nuevo, aún con ese lamento suave.  
-Estás hecha polvo -insistió-. Vete, lávate, estira las piernas. Come algo.

Le dirigí una mirada hostil.

-¿Estará Walter aún aquí cuando vuelva? -mascullé entre lágrimas. Sus ojos se entrecerraron con ansiedad.

-¿Es eso lo que quieres?

-Deseo tener la oportunidad de despedirme. Es mi amigo.

Me dio una palmadita en el brazo.

-Ya lo sé, Wanda, ya lo sé. Yo también. No tengo prisa. Ve a que te dé el aire y vuelve después. Walter va a estar durmiendo un rato.

Miré su rostro desgastado y creí en la sinceridad que había allí.

Asentí y volví a depositar la cabeza de Walter con cuidado en la almohada. Quizá si me marchaba un rato de ese lugar encontraría una manera de enfrentarme a esto. No estaba segura de cómo, dado que no tenía experiencia en despedidas reales.

Aunque fuera tan inoportuno, como le amaba, tuve que mirar a Jared antes de marcharme. Mel también quería, pero hubiera deseado que yo me excluyera del proceso de alguna manera.

Él me miraba fijamente. Daba la sensación de que sus ojos habían estado posados en mí mucho tiempo. Tenía el semblante cuidadosamente recompuesto, pero había otra vez sorpresa y sospecha en él. Me sentí cansada. ¿Qué sentido tendría ahora continuar con un simulacro, incluso aunque fuera una mentirosa con tanto talento? Walter nunca volvería a ponerse en pie. No podía *embaucarle* ya.

Me encontré con la mirada de Jared durante un segundo largo y después me apresuré por el corredor negro como la tinta, y aun así me pareció más alegre que su expresión.

## Capítulo 32

### Emboscada

Las cuevas estaban en silencio, ya que el sol aún no había salido. En la gran plaza, los espejos devolvían la pálida luz gris del alba inminente.

Mis contadas prendas se hallaban depositadas en la habitación de Jamie y Jared. Entré a hurtadillas, contenta de saber que Jared no estaba ahí.

Jamie estaba profundamente dormido, acurrucado como una pelota en la esquina superior del colchón. Por lo general, no solía dormir tan aovillado, pero en ese momento tenía una buena razón para ello. Ian estaba desparramado en el resto del espacio, con los pies y las manos fuera del borde del colchón, cada extremidad pendiendo de cada uno de los cuatro lados.

Por alguna razón, esto me trastornó. Tuve que ponerme un puño en la boca para reprimir la carcajada mientras recogía mi vieja camiseta desteñida y los pantalones cortos. Me apresuré por el corredor, todavía conteniendo la risa.

«Estás un poco tocada -me dijo Melanie-. Necesitas dormir un poco».

«Ya dormiré más tarde, cuando...». No pude terminar la frase. Regresé a la realidad de forma instantánea, y todo volvió a estar en calma otra vez.

Todavía me estaba apresurando cuando iba hacia el baño. Confiaba en Doc, pero... Tal vez podía cambiar de idea.

Quizá Jared podía argüir contra lo que yo quería. No podía estar por ahí todo el día.

Creí escuchar que había algo a mi espalda cuando llegué a la intersección en forma de pulpo que se creaba donde confluían los corredores.

Miré hacia atrás, pero no pude ver a nadie en la cueva en penumbra. La gente empezaba a andar de un lado para otro. Pronto sería la hora del desayuno y comenzaría otro día de trabajo. Cuando hubieran terminado con los tallos, habría que arar los campos del este. Quizá podría encontrar algo de tiempo para ayudar, pero... más tarde.

Seguí aquel camino tan familiar hasta las corrientes subterráneas con la mente embebida en un millón de otras cosas. No parecía ser capaz de concentrarme en nada en particular. Cada vez que intentaba concentrarme en algo, Walter, Jared, el desayuno, las tareas, los baños, algún otro pensamiento ocupaba rápidamente mi cabeza. Melanie tenía razón, necesitaba dormir. Ella estaba igual de confundida. Sus pensamientos giraban todos en torno a Jared, pero tampoco podía convertirlos en algo coherente.

Estaba ya acostumbrada a la habitación del baño. La completa oscuridad allí reinante había dejado de molestarme a pesar de que había muchos rincones en los que no se veía nada. La mitad de las horas del día me las pasaba en la oscuridad. Había estado allí ya tantas veces, y nunca había visto nada acechándome bajo la superficie del agua, esperando para arrastrarme hacia dentro.

Sabía que no tenía mucho tiempo para estar en remojo.

Otros llegarían pronto, ya que a algunas personas les gustaba comenzar el día limpias. Debía ponerme a la tarea, lavándome yo primero y luego la ropa. Froté la camiseta con fuerza, deseando poder borrar con ello el recuerdo de las últimas dos noches.

Me dolían las manos cuando terminé, y lo que más me quemaba de todo eran las grietas abiertas en los nudillos. Las enjuagué en el agua, pero no noté ningún alivio. Suspiré y salí fuera para vestirme.

Había dejado mis ropas secas en las rocas sueltas que había en la esquina más alejada. Pisé una roca por equivocación y me hice daño en el pie desnudo. La piedra repiqueteó ruidosamente en la estancia, golpeando la pared y aterrizando con un golpe sordo y un gorgoteo en la piscina. El sonido me sobresaltó, aunque ni de lejos se parecía al rugir de la corriente caliente que había en la habitación exterior.

Estaba metiendo los pies en las desaliñadas deportivas cuando mi suerte se acabó.

-Toc, toc -exclamó una voz familiar desde la oscura entrada.

-Buenos días, Ian -contesté-. Ya he acabado. ¿Has dormido bien?

-Ian está todavía amodorrado -respondió su voz-.

Como estoy seguro de que eso no va a durar siempre, más vale que terminemos con esto de una vez.

Se me clavaron unas astillas de hielo en las articulaciones que no me dejaron moverme. Tampoco podía respirar.

Lo había notado antes, pero lo había olvidado durante las largas semanas de ausencia de Kyle: no sólo se parecían mucho, sino que cuando Kyle hablaba en un volumen de voz normal, lo cual ocurría pocas veces, tenían casi la misma voz.

No podía respirar. Estaba atrapada en ese agujero negro con Kyle



en la puerta. No había forma de salir de ahí.

« ¡Estate quieta!», chilló Melanie en mi cabeza.

Eso sí que podía hacerlo. No encontraba aire por ninguna parte con el que poder gritar.

« ¡Escucha!».

Hice lo que me decía y procuré superar el miedo que atravesaba mi garganta con un millón de finísimas agujas de hielo para concentrarme en sus palabras.

No podía oír nada. ¿Estaba esperando Kyle una respuesta por mi parte? ¿Se estaba moviendo por la habitación en silencio? Escuché con más atención, pero el ruido que hacía la corriente de agua tapaba los demás sonidos.

« ¡Rápido, coge una piedra! », ordenó Melanie.

« ¿Por qué ?».

Me vi a mí misma cogiendo una piedra irregular y aplastándola contra la cabeza de Kyle.

« ¡N o puedo hacer eso!».

« ¡Entonces vamos a morir! -me respondió ella a gritos-. ¡Yo sí puedo hacerlo! ¡Déjame!».

«Ha de haber alguna otra forma», gemí yo, pero forcé mis rodillas paralizadas para que se doblaran. Tanteé con las manos en la oscuridad y encontré una piedra larga y afilada y un puñado de guijarros.

Luchar o huir.

Desesperada, intenté liberar a Melanie, dejarla salir, pero no podía encontrar la manera, y mis manos continuaron siendo más, cerradas inútilmente en torno a unos objetos que jamás podría usar como armas.

Se produjo un ruido. Un ligero chapoteo, como si algo hubiera entrado en la corriente que drenaba la piscina hacia la habitación de la letrina, apenas a unos metros de distancia de mí.

« ¡Dame mis manos!».

« ¡No sé cómo hacerlo! ¡Tómalas!».

Comencé a arrastrarme hacia fuera, pegada a la pared, hacia la salida. Melanie luchaba por encontrar la forma de salir de mi cabeza, pero desde su lado tampoco podía encontrar la salida.

Oí otro sonido, pero esta vez no en la corriente lejana, sino una especie de respiración cerca de la salida. Me quedé paralizada donde estaba.

« ¿Dónde está él?».

« ¡No lo sé!».

De nuevo no pude escuchar otra cosa más que el río. ¿Estaba Kyle solo? ¿Había alguien esperando en la puerta para cogerme cuando él me empujara en esa dirección al acosarme desde la piscina? ¿Estaba más cerca Kyle ahora?

Se me puso de punta el vello de brazos y piernas. Había unos ciertos cambios de presión en el aire, como si pudiera sentir sus movimientos silenciosos. La entrada. Me di media vuelta, apresurándome en la dirección por la que había venido, lejos de donde había oído la respiración.

Él no podría estar esperando un tiempo indefinido. Tal y como me había dicho, tenía prisa. Alguien podría venir en cualquier momento, aunque, sin embargo, la mayor ventaja estaba de su parte. Había pocos que se sintieran inclinados a detenerle, además de los que pensaban que esto era lo mejor que podía pasar. Y aquellos que le detendrían tampoco tendrían muchas oportunidades de conseguirlo. Sólo Jeb y su arma podrían marcar alguna diferencia. Jared era por lo menos tan fuerte como Kyle, pero éste estaba más motivado. En estos momentos, además, Jared no lucharía contra él.

Sonó otro ruido. ¿Era un paso al lado de la puerta o una jugarreta de mi imaginación? ¿Cuánto había durado esta silenciosa inmovilidad? No podía juzgar cuántos minutos o segundos habían pasado.

«Prepárate». Melanie sabía que la caza se aproximaba a su final. Quería que sujetara la piedra con más fuerza...

Pero primero le quería dar una oportunidad a la posibilidad de huir. No sería una luchadora efectiva, ni aunque fuera capaz de intentarlo. Kyle además me doblaba en peso, y, desde luego, tenía un alcance mucho más grande.

Alcé la mano con los guijarros y los lancé contra el pasaje de atrás que daba a la letrina. Tal vez pudiera hacerle creer que intentaría esconderme y esperar a que me rescataran. Lancé un puñado de piedras pequeñas y me aparté del ruido cuando repiquetearon contra la pared de roca.

Una respiración de nuevo en la puerta, el sonido de un paso ligero en dirección hacia mi señuelo. Me pegué contra la pared lo más silenciosamente que pude.

« ¿Y qué hacemos si son dos ?».

«No lo sé».

Estaba casi al lado de la salida. Si podía alcanzar el túnel, podría correr más rápido que él. Era más ligera y más rápida...

Escuché un paso, con mucha claridad esta vez, que perturbó la corriente en la parte de atrás de la habitación, y yo me deslicé más rápidamente, con los latidos atronadores de mi corazón impidiéndome oír nada más.

Un chapoteo gigantesco hizo añicos la tensa espera. El agua me salpicó la piel, haciéndome jadear, y una ola de agua se estrelló contra la pared con un sonido mojado.

« ¡Viene a través de la piscina! ¡Corre!».

Dudé un precioso segundo. Unos dedos enormes se cerraron alrededor de mi pantorrilla y de mi tobillo. Yo me debatí contra la presión, arrastrándome hacia delante. Tropecé y el impulso con el que caí contra el suelo hizo que sus dedos se soltaran, así que me cogió de la zapatilla. Yo me la quité de una patada y se quedó en su mano.

Estaba derribada en el suelo, pero él también. Me dio tiempo suficiente para levantarme con dificultad, aunque en el proceso me arañé las rodillas contra la piedra rugosa.

Kyle gruñó, y su mano volvió a agarrar mi talón desnudo. No había

nada a lo que pudiera asirse, así que me solté de nuevo. Me lancé hacia delante, poniendo mis pies en movimiento, aunque tenía la cabeza aún demasiado baja; cada segundo que pasaba corría el peligro de caerme de nuevo, porque mi cuerpo se movía casi paralelo al suelo. Mantuve el equilibrio por pura fuerza de voluntad.

No había nadie más, nadie que pudiera cogermme en la salida de la habitación exterior. Salí corriendo con la esperanza y la adrenalina precipitándose en mis venas. Entré de un golpe en la habitación del río a toda velocidad, con el solo pensamiento de llegar al túnel. Podía escuchar la pesada respiración de Kyle muy cerca de mis espaldas, pero no lo suficiente. Con cada paso me impulsaba con fuerza contra el suelo, alejándome de él.

Algo me golpeó y sentí un dolor lacerante atravesarme la pierna.

Sobre el borboteo del río, escuché dos piedras pesadas impactar contra el suelo y luego rodar, la que yo estaba sujetando y la que él había arrojado para hacerme daño. Choqué con fuerza contra el suelo, y en ese mismo momento lo tenía encima.

Su peso me golpeó la cabeza contra la roca con un violento impacto que me provocó un zumbido de oídos y me dejó aplastada contra el suelo.

« ¡Grita! ».

El aire salió de mí con un sonido como de sirena que nos sorprendió a todos. Mi chillido sin palabras fue más fuerte de lo que esperaba, de manera que seguramente alguien lo oiría. Por favor, que ese alguien fuera Jeb. Por favor, que trajera el arma.

-¡Ugh! -protestó Kyle. Su mano era lo suficientemente grande para cubrir la mayor parte de mi rostro. Su palma se aplastó contra mi boca, cortando el grito.

Se dio la vuelta entonces y el movimiento me pilló tan de sorpresa que no tuve tiempo de sacarle provecho. Me cogió con fuerza, me alzó por encima de su cuerpo y me bajó de nuevo. Estaba mareada y confusa, con la cabeza dándome vueltas, y no comprendí nada hasta que mi rostro impactó contra el agua.

Me cogió con la mano por la parte posterior de la cabeza y me obligó a sumergirla en la corriente superficial de agua fresca que se abría camino hacia la piscina del baño. Era demasiado tarde para poder contener el aire, ya había engullido un buen trago de agua.

El pánico se apoderó de mi cuerpo cuando el agua me llegó a los pulmones. Me debatí con más fuerza de la que él esperaba, ya que mis extremidades se sacudían y retorcián en todas direcciones, por lo que perdió la sujeción de mi cuello. Intentó agarrarme mejor, más algún instinto me hizo empujarle más que apartarme, como él había anticipado. Sólo pude acercarme unos centímetros a él, pero conseguí con eso sacar la barbilla del agua y vomitar parte de la que había tragado, además de inhalar una buena bocanada de aire.

Él luchaba para devolverme a la corriente, pero me retorcí y me encajé debajo de él, de modo que su propio peso comenzó a trabajar en

contra de su objetivo. Todavía seguía reaccionando al agua que me había entrado en los pulmones, tosiendo y con espasmos, fuera de control.

-¡Ya basta! -gruñó Kyle.

Se apartó de mí y yo intenté arrastrarme lejos.

-¡Oh, no, no lo harás! -escupió entre dientes.

Todo había terminado y yo lo sabía.

Algo iba mal en mi pierna herida. La sentía entumecida, como si fuera de corcho, y no era capaz de dominarla a voluntad. Sólo podía impulsarme en el suelo con los brazos y la pierna buena. Estaba tosiendo mucho y eso me impedía poder hacerlo todo bien. Y también me impedía volver a gritar.

Kyle me cogió de la muñeca y me levantó del suelo. El peso de mi cuerpo hizo que la pierna cediera y me empotré contra él.

Cogió mis dos muñecas con una mano y con el otro brazo me envolvió la cintura. Me levantó del suelo y me sujetó contra su costado, como si fuera un inerte saco de harina. Me retorció y pateé el aire vacío con la pierna buena.

-Acabemos ya de una vez.

Entró en la corriente más pequeña de una zancada y me llevó hacia el sumidero más cercano. El vapor del manantial caliente me bañó la cara.

Me iba a tirar por el agujero caliente y oscuro y dejar que el agua hirviendo me aspirara hacia abajo mientras me quemaba.

-¡No, no! -grité con la voz demasiado áspera y baja para hacerme oír.

Luché frenéticamente. Mi rodilla tropezó con una de las columnas de roca y enganché el pie en ella, intentando soltarme. Él me liberó de un tirón con un gruñido impaciente.

Al menos con esto había conseguido algo de holgura para poder moverme. Como ya había funcionado antes, lo intenté de nuevo. En vez de tratar de zafarme, me retorció y envolví su cintura con las piernas, enganchando el tobillo malo con el bueno y procurando ignorar el daño que me causaba que este enganche funcionara.

-Suéltame, tu....

Luchó por soltarme a golpes, pero sólo sirvió para que pudiera liberar una de mis muñecas. Enlacé su cuello con ese brazo y le tiré del pelo revuelto. Si yo iba a caer en aquella agua negra, él iba a acompañarme.

Mi agresor siseó y dejó de tirar de mi pierna lo suficiente para golpearme el costado.

Jadeé de dolor, pero entonces le agarré el pelo con la otra mano.

Me envolvió con los dos brazos como si, en vez de estar enlazados en una lucha a muerte, estuviéramos abrazándonos. Entonces me aferró de la cintura desde ambos lados y tiró con todas sus fuerzas para que me soltara.

Comencé a quedarme con su pelo entre las manos, pero él sólo gruñó y tiró con más fuerza.

Ya podía oír el agua hirviendo apresurándose muy cerca, parecía

que justo debajo de donde estábamos. El vapor se elevaba formando una nube espesa y por un minuto no pude ver nada salvo el rostro de Kyle, retorcido de ira y convertido en algo similar a una bestia despiadada.

Sentí cómo cedía mi pierna mala. Intenté apretarme a él como pude, pero su fuerza bruta estaba ganándole terreno a mi desesperación. Conseguiría liberarse de mí en un momento y yo caería en la corriente siseante y desaparecería.

« ¡Jared!, ¡Jamie! ». El pensamiento, la agonía, procedía de ambas, de mí y de Melanie. Ellos nunca sabrían lo que me había ocurrido. Ian, Jeb, Doc, Walter, no podría despedirme de ninguno.

Kyle saltó repentinamente en el aire y se tiró al suelo con un golpe sordo. Aquel golpe tan extraño tuvo el efecto que él quería: mis piernas se soltaron.

Pero antes de que pudiera tomar ventaja con esto, el golpe dio lugar a otro efecto.

El sonido de la piedra resquebrajándose fue ensordecedor. Pensé que toda la cueva se estaba viniendo abajo, y el suelo tembló bajo nosotros.

El atacante jadeó y saltó hacia atrás, llevándome con él, ya que yo tenía los dedos aún enganchados a su pelo. La roca bajo sus pies comenzó a agrietarse con más chasquidos y chirridos.

Nuestro peso combinado había roto la frágil capa del agujero. Mientras Kyle trastabillaba, la grieta siguió creciendo bajo sus pesados pies, corriendo con más rapidez que él.

Un trozo del suelo desapareció debajo de uno de sus talones y cayó con un golpe sordo. Mi peso le empujó aún más hacia atrás y su cabeza se golpeó pesadamente contra un pilar de piedra. Se desvaneció y sus brazos se separaron de mí, flojos.

El agrietamiento del suelo se detuvo con un crujido sostenido. Pude sentirlo temblar bajo el cuerpo de mi asaltante.

Yo estaba sobre su pecho. Nuestras piernas pendían sobre el espacio vacío mientras el vapor se condensaba en miles de gotas sobre nuestra piel.

-¿Kyle?

No hubo respuesta.

Tenía miedo de moverme.

«Debes bajarte de encima de él. Los dos juntos sois demasiado pesados. Con cuidado... apóyate en el pilar. Apártate del agujero».

Lloriqueando de miedo, demasiado aterrorizada para pensar por mí misma, hice lo que Melanie me ordenaba. Liberé mis dedos del pelo de Kyle y me arrastré con cuidado sobre su cuerpo inconsciente, agarrándome al pilar con una mano para impulsarme hacia delante. Me sentía bastante segura, aunque el suelo aún gemía bajo nosotros.

Me impulsé más allá del pilar y hacia el suelo que había detrás. Sentí este suelo firme bajo mis manos y mis rodillas, pero subí con dificultad hacia arriba, hacia la seguridad del túnel de salida.

Hubo otro crujido y eché una ojeada hacia atrás. Una de las

piernas de Kyle se hundió algo más al ceder una roca que tenía debajo. Escuché el chapoteo cuando el trozo impactó contra el río que había debajo. El suelo tembló bajo su peso.

«Se va a caer», comprendí.

«Estupendo», gruñó Melanie.

«Pero...».

«Si cae, no podrá matarnos, Wanda. Si no cae, volverá a intentarlo».

«Es que no puedo...».

«Claro que puedes. Vete ya. ¿Es que no quieres vivir?».

Por supuesto que quería vivir.

El agresor iba a desaparecer y, cuando eso sucediera, habría una posibilidad de que nadie volviera a herirme jamás. Al menos no uno de los moradores de aquel refugio. Todavía quedaba la buscadora, por descontado, pero quizá ella se rindiera algún día, y entonces podría quedarme de forma indefinida entre los humanos a los que amaba...

La pierna me pulsaba dolorosamente, y el dolor comenzaba a reemplazar el aturdimiento. Un fluido cálido me corría por los labios, de modo que probé aquel líquido sin pensar y me di cuenta de que era mi propia sangre.

«Vete, Wanderer. Yo quiero vivir. Quiero tener una oportunidad también».

Podía sentir los temblores donde estaba. Otro trozo de suelo se derrumbó sobre el río. El peso de Kyle cambió de posición y se deslizó un poco más hacia el agujero.

«Deja que se vaya».

Melanie sabía mejor que yo de qué estaba hablando. Éste era su mundo. Sus normas.

Me quedé mirando fijamente el rostro del hombre que iba a morir, el hombre que quería verme muerta. Inconsciente, el rostro del agresor no era muy diferente al de un animal irritado. Estaba relajado, casi en paz.

El parecido con su hermano era más que evidente.

« ¡No!», protestó Melanie.

Me arrastré hacia él reptando sobre las manos y las rodillas, lentamente, comprobando el suelo con cuidado antes de moverme ni un solo centímetro. Tenía demasiado miedo de ir más allá del pilar, de modo que enganché en él mi pierna buena, convirtiéndola en un ancla, y me agaché para pasar las manos bajo los brazos de Kyle y en torno a su pecho.

Tiré con tanta fuerza que casi me desencajé los brazos, pero no se movió. Escuché un sonido como el goteo de la arena en un reloj mientras el suelo seguía dividiéndose en trozos pequeños.

Tiré de nuevo, pero el único resultado fue que la velocidad del goteo se incrementó. Mover su cuerpo supondría quebrar el suelo con más rapidez.

Justo mientras pensaba esto, un gran trozo de roca se precipitó al río y el equilibrio precario en el que se encontraba Kyle se rompió y comenzó

a caer.

-¡No! -grité, y el sonido como de una sirena brotó de nuevo de mi garganta. Me aplasté contra la columna y me las apañé para apoyar su cuerpo al otro lado, manteniendo las manos alrededor de su pecho ancho. Me dolían los brazos.

-¡Ayudadme! -chillé-. ¡Socorro! ¡Ayuda!

## Capítulo 33

### En duda

Hubo otro chapoteo. El peso de Kyle me torturaba los brazos.

-¿Wanda? ¡Wanda!

-¡Ayúdame! ¡Kyle! ¡El suelo! ¡Ayuda!

Tenía el rostro apretado contra la piedra y los ojos dirigidos hacia la entrada de la cueva. La luz brillaba con fuerza sobre mi cabeza ahora que estaba amaneciendo. Contuve el aliento, tenía los brazos casi insensibles.

-¡Wanda! ¿Dónde estás?

Ian se precipitó por la puerta con el rifle en las manos, preparado para disparar. Su rostro era la máscara llena de ira que poco antes había visto en su hermano.

-¡Ten cuidado! -le avisé-. ¡El suelo se está hundiendo! ¡No voy a poder sujetarlo mucho más tiempo!

Le llevó apenas dos largos segundos procesar la escena, que tenía un aspecto tan diferente a lo que él esperaba: ver a Kyle intentando matarme. Y eso habría sido lo que habría encontrado apenas unos segundos antes.

Tiró el arma al suelo de la cueva y comenzó a andar hacia mí a grandes zancadas.

-¡Tírate al suelo, reparte el peso de tu cuerpo!

Se tumbó y se arrastró hacia mí, con los ojos ardientes a la luz del alba.

-No le sueltes -me pidió.

Yo gemí de dolor.

Él evaluó la situación durante un segundo más y después deslizó su cuerpo detrás del mío, aplastándome más contra la roca. Sus brazos eran más largos que los míos y, aun estando yo entre los dos, pudo agarrar a su



hermano con ellos.

-Un, dos, tres -gruñó.

Alzó a Kyle contra la roca, con mucha más seguridad que con la que yo le había sujetado. El movimiento hizo que se me aplastara la cara contra la pilastra. Además contra el lado malo, que desde luego no podía estar ya más lleno de cicatrices a esas alturas.

-Voy a levantarlo por este lado. ¿Puedes salir escurriéndote?

-Lo intentaré.

En cuanto estuve segura de que Ian le tenía bien agarrado, solté a Kyle y sentí aliviarse mis hombros doloridos. Entonces me deslicé entre Ian y la roca, con cuidado de no tocar ningún trozo peligroso de suelo. Me arrastré hacia atrás unos cuantos pasos en dirección a la puerta, preparada para agarrar a Ian si comenzaba a deslizarse.

Ian alzó a su hermano inerte por un lado del pilar, arrastrándolo a tirones, paso a paso. Otras partes del suelo crujieron, pero el pilar permaneció intacto. Se había formado una nueva cornisa rocosa a casi un metro de la columna.

Ian se arrastró de espaldas del mismo modo que lo había hecho yo, acarreando a su hermano consigo a base de cortos empujes de músculo y pura fuerza de voluntad. En menos de un minuto estábamos los tres en la boca del corredor, Ian y yo jadeando.

-¿Qué... demonios... es lo que ha... pasado?

-Pesábamos... demasiado... y el suelo... ha cedido.

-¿Qué estabas haciendo en el borde con Kyle?

Agaché la cabeza y me concentré.

«Venga, díselo».

«¿Y qué ocurrirá entonces?».

«Ya sabes lo que pasará. Kyle ha roto las normas, o sea, Jeb le disparará o lo echarán de aquí. Quizá Ian quiera primero romperle la nariz a golpes. Eso sí que sería divertido verlo».

Melanie en realidad no quería decir eso, o al menos yo no quería creerlo. Simplemente estaba muy enfadada conmigo por haber arriesgado nuestras vidas para salvar a quien había intentado asesinarnos.

«Exactamente -contesté-. Y si por mi culpa le echan o le matan... -dejé flotar la frase y me estremecí-. Bueno, ¿es que no te das cuenta del poco sentido que tiene eso? Él es uno de los vuestros».

«Nosotras tenemos aquí una vida, Wanda, y tú la estás poniendo en peligro».

«También es la mía y, bueno, yo... Yo soy yo».

Melanie gruñó de pura indignación.

-¿Wanda? -insistió Ian.

-Nada -murmuré.

-Eres una mentirosa repugnante. Lo sabes, ¿verdad?

Mantuve la cabeza agachada y seguí respirando.

-¿Qué te ha hecho?

-Nada -mentí. Y qué mal.

Ian puso su mano bajo mi barbilla y me levantó el rostro.

-Te está sangrando la nariz. -Me volvió la cara en otra dirección-. Y tienes más sangre en el pelo.

-Me..., me he golpeado la cabeza cuando ha cedido el suelo.

-¿Por los dos lados?

Me encogí de hombros.

Ian me miró fijamente durante un momento muy largo.

La oscuridad del túnel apagó el brillo de sus ojos.

-Tenemos que llevar a Kyle con Doc. Se ha dado un buen porrazo en la cabeza al caer.

-¿Por qué le proteges? Ha intentado matarte. -Era una afirmación, no una pregunta. Su expresión se fundió lentamente pasando de la ira al horror. Se estaba imaginando lo que habíamos estado haciendo en ese suelo inestable y pude verlo todo en sus ojos. Como no respondí siguió hablando en susurros-: Iba a arrojarte al río... -Un extraño temblor le sacudió el cuerpo.

Ian tenía un brazo alrededor de Kyle. Seguía en la misma postura en la que había caído después de ponerle a salvo, y estaba tan cansado que no lo había movido. Ahora se separó bruscamente de su hermano, se alejó de él muy disgustado. Se me acercó y me pasó los brazos por los hombros, me apretó contra su pecho y pude sentir el modo en que la respiración lo hacía subir y bajar más rápidamente, atizado por la ira.

Todo aquello parecía de lo más extraño.

-Le voy a llevar rodando hasta allí y le voy a tirar por el borde de una patada.

Sacudí la cabeza frenéticamente, lo que hizo que me doliera más.

-No.

-Nos ahorrará tiempo. Jeb ha dejado siempre las reglas muy claras. Si intentas hacerle daño a alguien, habrá castigo. Habrá un tribunal...

Intenté apartarlo de mí, pero él me apretó con más fuerza. No me asustaba, no de la manera que Kyle lo había hecho, pero era perturbador y me desequilibraba.

-No. No puedes hacer eso, porque él no ha quebrantado ninguna norma. El suelo se hundió, eso es todo.

-Wanda...

-Él es tu hermano.

-Sabía lo que estaba haciendo. Él es mi hermano, claro, pero es responsable de lo que ha hecho, y tú eres... mi amiga.

-Él no ha hecho nada. Es un humano -le susurré-. Éste es su sitio, no el mío.

-No vamos a tener esta discusión otra vez. Tu definición de «humano» y la mía no coinciden. Para ti significa algo... negativo. Para mí es un cumplido, y según esa definición tú eres humana y él no; no después de esto.

-La palabra «humano» no tiene un significado negativo para mí; no ahora que os conozco. Pero, Ian, él es tu hermano.

-Un parentesco del cual ahora me avergüenzo.

Suspiré y le empujé otra vez para apartarme de él. Y esta vez me dejó marchar, posiblemente por el gemido de dolor que se me escapó de los labios cuando moví la pierna.

-¿Estás bien?

-Eso creo. Tenemos que ir a buscar a Doc, pero no sé si podré caminar. Me..., me he golpeado la pierna en la caída.

Sonó un gruñido estrangulado en su garganta.

-¿Qué pierna? Déjame ver.

Intenté estirar la pierna herida, la derecha, y gemí de nuevo. Sus manos comenzaron por explorar mi tobillo, palpando los huesos, las articulaciones. Me giró el tobillo con cuidado.

-Aquí, más arriba. -Colocó la mano en la parte trasera del muslo, justo por encima de la rodilla. Gemí de nuevo cuando presionó la zona magullada.

-No está rota ni nada parecido, o al menos eso creo. Sólo muy magullada.

-Tienes una contusión muscular interna, eso seguro -masculló-. ¿Y cómo te has hecho eso?

-Debo de haberme... golpeado contra una roca cuando me he caído.

Él suspiró.

-Venga, vamos, voy a llevarte con Doc.

-Kyle le necesita más que yo.

-Debemos ir a por Doc de todos modos o buscar ayuda. No puedo llevarle tan lejos, pero sí te puedo llevar a ti. Vamos, espera un momento. Venga... agárrate.

Se volvió bruscamente y se internó de nuevo en la habitación del río. Pensé que no quería discutir de nuevo con él. Quería ver a Walter antes de que... Doc me había prometido que me esperaría. ¿Se le pasaría pronto la dosis de analgésicos? Me bailaba la cabeza. Había demasiadas cosas por las que preocuparse y yo me sentía muy cansada; además, me había quedado vacía en cuanto se produjo el bajón de la adrenalina.

Ian regresó con el arma. Fruncí el ceño, porque eso me recordó cuánto había deseado que apareciera antes y no me gustaba haber tenido ese deseo.

-Vámonos.

Sin pensar, me alargó el rifle. Yo permití que lo depositara sobre las palmas abiertas de mis manos, pero no las cerré a su alrededor. Pensé que tener que cargar con esa cosa era un castigo apropiado.

Ian se echó a reír.

-No sé cómo puede nadie tenerte miedo... -masculló para sus adentros.

Me cogió con facilidad y ya estábamos en marcha antes de que me hubiera acomodado. Intenté mantener a buen recaudo las partes más afectadas, principalmente la nuca y la pierna, sin que rozaran con su cuerpo.

-¿Por qué tienes la ropa tan mojada? -me preguntó.

Pasábamos por debajo de uno de los tragaluces en forma de puño, y pude ver la sombra de una sonrisa adusta en sus labios pálidos.

-No lo sé -murmuré-. ¿Por el vapor?

Volvimos a entrar en una zona oscura.

-Te falta un zapato.

-Oh.

Atravesamos un nuevo rayo de luz y sus ojos lanzaron un destello de color zafiro. Estaban serios ahora, fijos en mi rostro.

-Estoy... muy contento de que no te haya pasado nada, Wanda. O al menos de que no hayas salido malherida, quiero decir.

No respondí. Temía darle algo que pudiera usar contra Kyle.

Jeb nos encontró justo antes de que entráramos en la cueva grande. Había luz suficiente para que pudiera notar la aguda chispa de curiosidad que surgió en sus ojos cuando me vio en brazos de Ian con el rostro sangrando y el arma descansando con cautela en mis manos abiertas.

-Tenías razón, entonces -afirmó Jeb. Mostraba mucha curiosidad, pero el acero del tono de su voz era aún más evidente. Tenía la mandíbula encajada bajo el abanico de su barba blanca-. No he oído ningún disparo. ¿Dónde está Kyle?

-Está inconsciente -dije de forma apresurada-. Debes avisar a todo el mundo, porque parte del suelo se ha hundido en la habitación del baño. No sé si es muy estable ahora. Kyle se ha llevado un golpe muy fuerte en la cabeza mientras intentaba salir de allí, y necesita a Doc.

Jeb alzó una ceja tan alto que casi pareció tocar el pañuelo descolorido que llevaba anudado en la línea de nacimiento del cabello.

-Ésa es la historia que cuenta -intervino Ian, sin hacer esfuerzo alguno para ocultar la duda en su tono de voz-. y ella parece querer sostenerla a toda costa.

Jeb se echó a reír.

-Déjame que te coja esto -me pidió.

Le entregué el arma con alegría, y se echó a reír otra vez ante la expresión de alivio de mi rostro.

-Buscaré a Andy ya Brandt para que me ayuden con Kyle. Os seguiremos.

-No le pierdas de vista cuando se despierte -le pidió Ian con voz fría.

-Eso haré.

Jeb se marchó en busca de ayuda. Ian se apresuró conmigo hacia la cueva del hospital.

-Kyle puede estar malherido. Jeb debería darse prisa.

-La cabeza de Kyle es más dura que cualquier roca que haya por aquí.

El túnel me pareció más largo que nunca. ¿Estaría Kyle muriéndose, a pesar de mis esfuerzos? ¿Estaría consciente de nuevo y buscándome? ¿Cómo estaría Walter? ¿Estaría dormido... o se habría ido ya? ¿Habría abandonado ya la buscadora su caza o regresaría ahora que volvía a

haber luz?

« ¿Estará Jared aún con Doc? -añadió Melanie a mis otras preguntas-. ¿Seguirá estando enfadado cuando te vea? ¿Me reconocerá de nuevo?». ».

Cuando llegamos a la cueva sur, iluminada por el sol, Jared y Doc no parecían haberse movido mucho. Estaban reclinados, costado con costado, contra el escritorio artesanal de Doc. Reinaba un silencio absoluto en el momento de nuestra llegada. No estaban hablando, sino simplemente observando cómo dormía Walter.

Se pusieron en movimiento con rapidez con los ojos dilatados por la sorpresa cuando Ian me llevó hacia la luz y me dejó en el catre que había al lado de Walter, colocándome la pierna derecha con mucho cuidado.

El enfermo estaba roncando. El sonido de sus ronquidos tuvo la virtud de disipar una parte de mi tensión.

-¿Qué ha pasado ahora? -preguntó Doc enfadado. Se inclinó sobre mí tan pronto como le salieron las palabras y comenzó a limpiar la sangre de mi mejilla.

El rostro de Jared se había quedado paralizado por la sorpresa. Estaba teniendo mucho cuidado de no dejar que su expresión dejara traslucir nada más.

-Kyle -respondió Ian.

-El suelo -contesté yo casi al mismo tiempo.

Doc nos miró a uno y otro, confundido.

Ian suspiró y puso los ojos en blanco antes de rozarme la frente con un gesto despreocupado de la mano.

-El suelo que hay en el primer agujero del río se ha hundido. Kyle se cayó de espaldas y se dio un golpe con una roca. Wanda salvó esa vida suya que no vale para nada. Ella dice que también se cayó cuando cedió el suelo. -Ian le dirigió a Doc una mirada con doble intención-. Algo -pronunció esta palabra con sarcasmo-le dio un buen golpe en la parte de atrás de la cabeza. -Luego comenzó a enumerar el resto-: Le sangra la nariz, pero no la tiene rota, o al menos creo que no. Tiene bastante dañado el músculo este de aquí. -Me tocó la parte magullada del muslo-. También tiene las rodillas llenas de rasguños, y la cara, pero puede que yo le hiciera esto mientras intentaba sacar a Kyle del agujero. No debería haberme molestado.

Ian casi masculló entre dientes la última frase.

-¿Algo más? -preguntó Doc. En ese momento, sus dedos, que me palpaban el costado, llegaron al lugar donde Kyle me había dado el puñetazo. Jadeé.

Doc me levantó la camiseta y escuché a Ian y Jared sisear cuando lo vieron.

-Déjame adivinar -dijo Ian con una voz como el hielo-, te has caído y te has golpeado con una roca.

-Bien adivinado -contesté aún sin aliento. El médico todavía estaba reconociéndome el costado y yo estaba intentando contener mis quejas.

-Puede que tengas rota una costilla, no lo sé seguro -murmuró

Doc-. Me gustaría poder darte algo para el dolor...

-No te preocupes por eso -jadeé pesadamente-. Estoy bien. ¿Cómo está Walter? ¿Se ha despertado?

-No, la dosis le durará todavía un tiempo -respondió el doctor. Me cogió la mano y comenzó a moverme la muñeca y el codo en todas direcciones.

-Estoy bien.

Sus ojos amables mostraban dulzura cuando se encontraron con mi mirada.

-Lo estarás. Basta con un poco de descanso. Te echaré una ojeada. Venga, vuelve la cabeza.

Hice lo que me pedía y me estremecí cuando me examinó la herida.

-Menudo pedazo de chichón -murmuró, apreciativo.

-Aquí no -masculló lan.

No pude ver a Doc, pero Jared le lanzó a lan una mirada hostil.

-Están trayendo a Kyle, pero no quiero que estén en la misma habitación.

Doc asintió.

-Probablemente tengas razón.

-Le acondicionaré un sitio. Necesito que mantengáis a Kyle aquí hasta..., hasta que decidamos qué hacer con él.

Yo comencé a protestar, pero lan me puso los dedos en los labios.

-De acuerdo -asintió Doc-, lo ataré si hace falta.

-Si no hay más remedio... ¿Hay algún problema en moverla? -lan lanzó una mirada hacia el túnel, con el rostro lleno de ansiedad.

El médico dudó.

-No -susurré yo, con los dedos de lan aún sobre mi boca-. Walter. Quiero estar aquí, al lado de Walter.

-Ya has salvado todas las vidas que podías salvar hoy, Wanda - repuso lan con la voz dulce y triste.

-Quiero decirle..., decirle... adiós.

lan asintió. Después se volvió hacia Jared:

-¿Puedo confiar en ti?

El rostro de Jared se ruborizó de ira. lan alzó la mano.

-No quiero dejarla aquí sin protección mientras le encuentro un lugar más seguro -afirmó lan-. No sé si Kyle estará consciente cuando llegue. Y si Jeb le dispara ella lo pasará mal, pero entre tú y Doc podéis mantenerle a raya. No quiero que Doc se quede aquí solo y Jeb se vea obligado a actuar.

Jared habló con los dientes apretados:

-Doc no estará solo.

lan dudó.

-Ha pasado un verdadero infierno estos últimos dos días. Recuérdalo.

Jared asintió una vez, con los dientes todavía fuertemente apretados.

-Yo estaré aquí -le recordó Doc Ian.

Ambos se miraron durante un minuto.

-Vale. -Se inclinó sobre mí y sus ojos luminosos sostuvieron mi mirada-. Regresaré pronto, no tengas miedo.

-No lo tendré.

Se agachó aún más y me rozó la frente con sus labios. Nadie se sorprendió más que yo, aunque escuché el ligero jadeo de Jared. Se me quedó la boca abierta del asombro mientras Ian se daba la vuelta y salía casi corriendo de la habitación.

Escuché la respiración brusca de Doc: el aire, al pasar entre sus dientes, produjo un ligero silbido.

-¡Vaya! -comentó.

Ambos se me quedaron mirando durante un buen rato.

Yo estaba tan cansada y magullada que apenas me importó lo que estuvieran pensando.

-Doc... -comenzó a decir Jared en un tono apremiante, pero le interrumpió un clamor procedente del túnel.

Cinco hombres intentaban abrirse paso por la abertura. Jeb, que iba al frente, tenía la pierna izquierda de Kyle entre los brazos. Wes llevaba la derecha y, detrás de ellos, Andy y Aaron se las apañaban para sujetarle el torso. La cabeza de Kyle descansaba sobre el hombro de Andy.

-¡Cielos, cómo pesa! -gruñó Jeb.

Jared y Doc corrieron a ayudarles. Después de unos cuantos minutos de maldiciones y gruñidos, Kyle yacía en un catre a unos cuantos metros de mí.

-¿Cuánto tiempo ha estado desmayado, Wanda? -me preguntó Doc. Le abrió los párpados a Kyle y dejó que la luz del sol se reflejara en sus pupilas.

-Hum... -pensé con rapidez-. Todo el tiempo que llevo aquí más los diez minutos o así que le ha llevado a Ian traerme hasta aquí y quizá unos cinco minutos más antes de eso.

-O sea, ¿unos veinte minutos, dirías tú?

-Sí, algo así.

Mientras charlábamos, Jeb había hecho su propio análisis. Nadie se fijó en él cuando se puso al lado de la cabeza de Kyle. Y nadie le prestó atención hasta que no volcó una botella de agua sobre la cabeza de Kyle.

-¡Jeb! -se quejó Doc, apartándole la mano.

Pero Kyle escupió y pestañeó, y después gruñó.

-¿Qué ha pasado? ¿Dónde se ha ido la cosa? -Intentó moverse, cambiando de posición para poder mirar alrededor-. El suelo... se mueve...

La voz de Kyle había hecho que mis dedos se clavaran en los bordes de mi cama y el pánico me recorriera de arriba abajo. Me dolía la pierna. ¿Podría bajarme de la cama y escapar? Si iba despacio, quizá...

-Todo va bien -murmuró alguien. Bueno, alguien no: siempre reconocería esa voz.

Jared se desplazó para interponerse entre mi catre y el de Kyle

dándome la espalda, con los ojos fijos en el hombretón. Kyle movía la cabeza de un lado a otro gruñendo.

-Estás a salvo -me dijo en voz baja, pero no me miró-. No temas.

Inhalé profundamente.

Melanie quería tocarle. Su mano estaba cerca de la mía, descansando en el borde del catre.

«Por favor, no -le pedí-. ¡Ya me duele la cara bastante como la tengo!».

«No te va a golpear ahora».

«Eso es lo que tú crees. A mí no me apetece nada arriesgarme».

Melanie suspiró. Ansiaba acercarse a él, y no hubiera sido tan difícil de soportar si yo no lo hubiera deseado también.

«Dale su tiempo -le supliqué-. Déjale que se acostumbre a nosotras. Espera a que lo crea de verdad».

Ella volvió a suspirar.

-¡Ah, no, demonios! -gruñó Kyle. Mi mirada rehuyó la suya cuando le escuché hablar. Acababa de ver cómo sus ojos brillantes se clavaban en mí desde detrás del codo de Jared-. ¡No se ha caído! -se quejó.



## Capítulo 34

### El entierro

Jared se lanzó hacia delante, alejándose de mí, a la vez que su puño impactaba sobre el rostro de Kyle con un fuerte chasquido.

El agredido se quedó grogui, con los ojos en blanco y la boca abierta, floja.

Durante unos cuantos segundos imperó un gran silencio en la sala.

-Hum -dijo Doc en voz baja-, desde el punto de vista médico, no creo que eso fuera lo más conveniente para su estado.

-Pero yo sí me siento mucho mejor -replicó Jared, ceñudo.

Doc esbozó una sonrisa imperceptible.

-Bueno, supongo que no le matarán unos minutos más de inconsciencia.

Volvió a abrirle los párpados a Kyle, a tomarle el pulso...

-¿Qué ha sucedido? -murmuró Wes, que se encontraba junto a mi cabeza.

-Kyle ha intentado matar a la cosa -respondió Jared antes de que yo pudiera hacerlo-. ¿Es que te sorprende?

-No ha sido así -murmuré.

Wes miró a Jared, quien apuntó:

-A la cosa esta se le da mucho mejor el altruismo que mentir, está claro.

-¿Esto es lo que quieres? ¿Fastidiarme? -le acusé. Mi paciencia ya no estaba al límite: había desaparecido por completo. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Lo único que me dolía más que la pierna era la cabeza. A cada inspiración sentía una punzada en el costado y, con cierta sorpresa, descubrí que estaba de muy mal humor-. Porque si ésa es tu intención, ya te puedes

quedar tranquilo, que lo has logrado.

Jared y Wes me miraron asombrados. Tuve la certeza de que si hubiera podido ver a los demás su expresión habría sido la misma. La de Jeb quizá no. Era el maestro poniendo cara de póquer.

-Pertenezco al género femenino -me quejé-. Me pone de los nervios que estéis siempre llamándome «cosa».

Jared parpadeó, sorprendido. Luego su cara adoptó una expresión más dura.

-¿Se debe a que el cuerpo donde te pusieron es el de una mujer?

Wes le fulminó con la mirada.

-No, es por *mí* -siseé.

-¿Según la definición de quién?

-¿Qué tal según la vuestra? En mi especie soy la que tiene bebés.

¿No te parece suficientemente femenino?

Se quedó atónito, lo cual me dejó muy pagada de mí misma.

«Has estado genial -aprobó Melanie-. Está equivocado y además portándose como un cerdo».

«Gracias».

«Nosotras, las mujeres, tenemos que apoyarnos unas a otras».

-Eso es algo que no nos habías contado antes -murmuró Wes, mientras Jared se esforzaba por hallar alguna réplica-. ¿Cómo funciona?

La cara olivácea de Wes se ensombreció, como si acabara de caer en la cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta.

-Oye..., no tienes por qué responderme si te ha parecido una indiscreción.

Me eché a reír. Mi humor cambiaba a bandazos, descontrolado. Estaba «tocada», como habría dicho Mel.

-No, no has preguntado nada... indecoroso. Nuestro... método no es tan complejo y sofisticado como el de vuestra especie.

Me eché a reír otra vez y después sentí que me ruborizaba. Recordaba con demasiada claridad lo complejo que podía ser.

«Deja de pensar en guarradas».

«Es tu mente, no la mía», le recordé.

«Ya me gustaría, ya».

-¿Y bien? -preguntó Wes.

Suspiré.

-Sólo unos cuantos de entre nosotros tenemos la capacidad de ser... madres. Bueno, madres no. Nos llaman así, pero en realidad únicamente podemos serlo potencialmente.

Me serené al cavilar a ese respecto. Las madres no sobrevivían, salvo en el recuerdo.

-¿Y tú tienes esa *capacidad*? -inquirió Jared, algo tenso.

Yo sabía que los otros estaban prestando atención. Hasta Doc había dejado de apoyar la oreja contra el pecho de Kyle.

No respondí a su pregunta.

-Somos... más o menos como vuestras colmenas de abejas o

vuestras hormigas. La mayoría de los miembros de la familia carece de sexo, y luego, aparte, la reina...

-¿Qué reina...? -repitió Wes, mirándome con expresión extraña.

-No exactamente la reina, sino que, en realidad, lo que pasa es que hay una sola madre por cada cinco o diez mil de mi especie. A veces menos. No hay reglas fijas en este aspecto.

-¿Y cuántos zánganos? -quiso saber Wes.

-No, no, no hay zánganos. Como ya os he dicho, es algo más sencillo.

Esperaban una explicación. Tragué saliva. Había hecho mal en mencionar ese tema, porque no quería seguir hablando más de ello. ¿Es que para mí era tanto problema que él me llamara «cosa»?

Siguieron aguardando. Yo puse mala cara, pero finalmente comencé la explicación. Al fin y al cabo, yo me lo había buscado sola.

-Las madres... se dividen. Cada... célula, supongo que podríamos llamarlas así, aunque nuestra estructura no es como la vuestra..., se convierte en un alma nueva. Cada alma nueva tiene algo de la memoria de la madre, una parte de ella que permanece viva.

-¿Cuántas células son en total? -preguntó Doc, curioso-. ¿Cuántas crías generan?

Me encogí de hombros.

-Un millón o dos.

Los ojos que tenía a la vista se dilataron, con un aspecto algo alarmado. Traté de no sentirme ofendida cuando Wes se encogió para apartarse de mí.

Doc silbó por lo bajo. Era el único que aún sentía interés por saber más. Aaron y Andy mostraban una expresión cautelosa, trastornada, en sus rostros. Nunca habían asistido a una de mis clases ni tampoco me habían oído hablar tanto.

-¿Cuándo sucede eso? ¿Hay algún tipo de catalizador? -preguntó Doc.

-Es una decisión. Una decisión voluntaria -le dije-. Es la única manera en que decidimos morir por propia voluntad. A cambio de una generación nueva.

-¿Podrías decidir ahora mismo dividir todas tus células así como así?

-No exactamente, pero sí.

-¿Es complicado?

-La decisión sí. El proceso es... doloroso.

-¿Doloroso?

¿Por qué se sorprendía tanto? ¿Acaso no lo era también para su especie?

« ¡Estos hombres!», resopló Mel.

-Es espantoso -confirmé-. Todos recordamos lo que pasaron nuestras madres.

Doc se acariciaba el mentón, como si estuviera en trance. -Me

gustaría saber cuál fue el camino evolutivo... qué produjo una sociedad basada en colmenas y reinas suicidas... -Se había perdido en otro plano de pensamiento.

-El altruismo -murmuró Wes.

-Hum -musitó el médico-. Sí, claro, eso es.

Cerré los ojos, lamentando haber abierto la boca. Me sentía cansada. ¿Era puro cansancio o se debía a la herida de la cabeza?

-¡Oh! -exclamó Doc-. Has dormido aún menos que yo, ¿verdad, Wanda? Deberíamos dejar que descansaras un poco.

-Estoy bien -murmuré, aunque sin abrir los ojos.

-Esto es genial-masculló alguien por lo bajo-. Ahora tenemos una maldita reina madre viviendo con nosotros, una alienígena que podría estallar en un millón de sabandijas más en cualquier momento.

-Chist...

-No podrían hacerte daño -aclaré a quien había hablado, fuera quien fuese, sin abrir los ojos-. Morirían muy pronto sin cuerpos anfitriones. - Hice una mueca al imaginar el dolor insoportable que eso acarrearía. Un millón de pequeñas almas indefensas, diminutos bebés plateados marchitándose...

Nadie me respondió, pero percibí en el ambiente el alivio de todos.

¡Estaba exhausta! No me importó que Kyle estuviera a un metro de mi. No me importó que dos de los hombres que había en la habitación pudieran aliarse con él si se lo tomaba a mal. Todo me daba igual salvo dormir.

Y por supuesto, ése fue el momento elegido por Walter para despertar.

-Uh -gimió, apenas en un murmullo-. ¿Gladdie?

Gruñendo yo también, me volví hacia él. El dolor de la pierna me arrancó una mueca, y no podía girar el torso, así que me estiré hacia él para cogerle la mano.

-Estoy aquí -susurré.

-Ah -suspiró Walter, aliviado.

Doc acalló a los hombres, que comenzaban a protestar.

-Wanda lleva ya dos días renunciando al descanso y a la tranquilidad para ayudarle a soportar el dolor. Tiene las manos amarrotadas de tanto estrechar la de Walter. ¿Qué es lo que habéis hecho vosotros por él?

El moribundo volvió a gemir. El sonido comenzó grave y gutural, pero pronto se convirtió en una queja aguda y penetrante.

Doc hizo una mueca de sufrimiento.

-Aaron, Andy, Wes..., ¿querríais..., eh..., traerme a Sharon, por favor?

-¿Los tres?

-Largaos -tradujo Jeb.

Su única respuesta fue salir arrastrando los pies.

-Wanda -susurró el médico, cerca de mi oído-, está sufriendo. No puedo permitir que recobre la consciencia por completo.

Traté de respirar con calma.  
-Será más fácil si no me reconoce. Dejémosle creer que Gladdie está aquí.

Abrí los ojos. Jeb estaba junto a Walter, que aún parecía dormir.

-Adiós, Walt -se despidió Jeb-. Nos encontraremos al otro lado.

Y dio un paso atrás.

-Eres un buen hombre. Te echaremos de menos -murmuró Jared.

Doc estaba manipulando otra vez un pequeño envoltorio y se oía crujir el papel.

-¿Gladdie? -sollozó Walt-. Duele.

-Chist. No te va a doler mucho rato. Doc hará que se te pase.

-¿Gladdie?

-¿Sí?

-Te quiero, Gladdie. Te he amado durante toda mi vida.

-Lo sé, Walter. Yo... también te quiero. Ya sabes cuánto te amo.

El moribundo suspiró.

Cuando el médico se inclinó hacia él con la primera jeringa, cerré los ojos.

-Que duermas bien, amigo -murmuró Doc.

Los dedos de Walter se relajaron, flojos. Seguí estrechándolos; ahora era yo quien me aferraba a él.

Pasaron los minutos; todo estaba en silencio, salvo mi respiración, que se entrecortaba en sollozos mudos.

Alguien me dio unas palmadas en el hombro.

-Se ha ido, Wanda -dijo el médico, con la voz ronca-. Ya ha dejado de sufrir.

Liberó mi mano y me hizo girar con cuidado, desde mi incómoda posición a otra que fuera menos penosa; pero eso sirvió de poco, porque cuando estuve segura de que ya no molestaría a Walter mis sollozos dejaron de ser discretos. Me sujeté con la mano el costado, que palpitaba.

-Venga, hazlo. No te vas a quedar contento de otro modo -murmuró Jared gruñendo. Traté de abrir los ojos, pero no pude.

Algo me agujoneó el brazo. No recordaba haberme hecho daño ahí, y menos en un sitio tan raro, justo en la cara interior del codo...

«Morfina», suspiró Melanie.

Ya íbamos a la deriva. Traté de sentirme alarmada, pero no pude. Me estaba yendo por minutos.

«Nadie me ha dicho adiós», pensé torpemente. No cabía esperarlo de Jared..., pero Jeb... Doc... Ian no estaba allí.

«Es que no vas a morir -me prometió-. De momento sólo vamos a dormir...».

Cuando desperté, el techo, por encima de mí, se veía difuso, iluminado por las estrellas. Era de noche. ¡Cuántas estrellas había! Me pregunté dónde estaría. No había obstrucciones negras ni fragmentos de

techo a la vista. Sólo estrellas y más estrellas.

El viento me abanicaba la cara. Olía a... polvo y... a algo que no llegaba a identificar. Echaba algo de menos. El olor a moho había desaparecido y también el olor a sulfuro; el ambiente era muy seco.

-¿Wanda? -susurró alguien, tocándome la mejilla sana. Mis ojos toparon con la cara de Ian, blanca a la luz de las estrellas, inclinada sobre mí. Sentía su mano contra la piel más cálida que la brisa, ya que el aire era casi... fresco. ¿Dónde estaba?

-¿Wanda? ¿Estás despierta? No pueden esperar mucho más. Le respondí entre susurros, tal y como él hablaba.

-¿Qué?

-Ya han comenzado. He pensado que querrías estar presente.

-¿Ya reacciona? -preguntó la voz de Jeb.

-¿Qué es lo que ha comenzado? -pregunté.

-El funeral de Walter.

Traté de incorporarme, pero mi cuerpo era como de goma. Ian trasladó la mano a mi frente para mantenerme acostada.

Torcí la cabeza bajo su mano, tratando de ver... Estaba fuera.

*Fuera.*

A mi izquierda, un tosco montón de cantos rodados formaba una montaña en miniatura, con maleza y todo. A mi derecha se extendía la planicie desértica, hasta desaparecer en la oscuridad. Miré hacia abajo, más allá de mis pies, y vi al grupo de humanos, inquietos por estar a la intemperie. Yo sabía cómo se sentían exactamente: vulnerables.

Una vez más traté de incorporarme. Quería acercarme para ver... La mano de Ian me retuvo.

-Ayúdame -supliqué.

-¿Wanda?

Oí la voz de Jamie y enseguida lo vi; el pelo se le agitaba al correr hacia donde yo estaba.

Seguí con la punta de los dedos los bordes de la esterilla que tenía debajo. ¿Cómo había acabado durmiendo allí, bajo las estrellas?

-No han esperado -dijo Jamie a Ian-. Acabará pronto.

-Ayudadme a levantarme -pedí.

El chico quiso cogerme la mano, pero Ian negó con la cabeza.

-Yo la llevaré.

Deslizó los brazos bajo mi cuerpo, con mucho cuidado para evitar las partes más doloridas. Cuando me separó del suelo, la cabeza me daba vueltas como si fuera un barco a punto de naufragar. Gemí.

-¿Qué me ha hecho Doc?

-Te ha dado un poco de la morfina sobrante para examinarte sin hacerte daño. De cualquier manera necesitabas dormir.

Fruncí el entrecejo en un gesto de desaprobación.

-¿No habrá quien necesite esa medicina más que yo?

-Chist -dijo él, y en ese momento escuché una voz grave que hablaba, así que giré la cabeza en esa dirección.

Una vez más distinguí al grupo de humanos. Estaban de pie ante la entrada de un espacio bajo y oscuro, tallado por el viento bajo ese montón de cantos rodados de aspecto tan inestable. Estaban distribuidos de forma desordenada frente a la gruta en sombras.

Reconocí la voz de Trudy:

-Walter siempre veía el lado luminoso de todo, hasta el punto de que era capaz de ver el lado luminoso de un agujero negro, algo que echaré mucho de menos.

Una silueta, la misma Trudy, se adelantó y vi cómo se bamboleaba su trenza gris y negra mientras arrojaba a la oscuridad un puñado de arena, que se esparció de entre sus dedos y cayó al suelo con un leve siseo.

Luego volvió junto a su esposo, Geoffrey, que se apartó de ella para acercarse a su vez al espacio negro.

-Ahora va a encontrarse con su Gladys: será más feliz en el lugar adonde ha ido -aseguró mientras arrojaba un puñado de tierra.

Ian me condujo a la derecha de la fila de gente, lo bastante cerca como para que pudiera ver el interior de aquella gruta penumbrosa. Frente a nosotros había un espacio más oscuro en el suelo, un gran espacio oblongo en torno al cual se había concentrado toda la población humana formando un semicírculo.

Todos estaban allí... Todos. Kyle dio un paso adelante.

Yo me eché a temblar e Ian me estrechó con suavidad.

Él no miró en nuestra dirección. Vi su cara de perfil, y tenía el ojo derecho casi cerrado por la tumefacción.

-Walter murió siendo humano -observó-. Ninguno de nosotros podría pedir más. -Arrojó un puñado de polvo que cayó en la forma oscura del suelo y sonó en algún lugar profundo con un golpe sordo. Después volvió a reunirse con el grupo.

A su lado estaba Jared. Dio otros pocos pasos y se detuvo al borde de la tumba.

-Walter fue bueno en todos los sentidos, y ninguno de nosotros podrá igualarle. -y arrojó también su puñado de arena.

Jamie se adelantó a su vez, y cuando se cruzó con Jared éste le dio unas palmadas en el hombro.

-Walter era valiente -aseguró el chico-. No tenía miedo de morir, no tenía miedo de vivir y... no tenía miedo de creer. Tomaba sus propias decisiones y eran buenas decisiones. -Después de arrojar su puñado, se dio la vuelta para regresar y durante todo el trayecto mantuvo los ojos clavados en los míos.

-Te toca a ti -susurró cuando llegó a mi lado.

Andy ya se adelantaba con una pala en las manos.

-Espera -pidió Jamie; su voz, aunque baja, resonó en el silencio-. Ian y Wanda no han dicho nada.

La cabeza me daba vueltas mientras a mi alrededor se alzaba un murmullo de disgusto.

-¡Un poco de respeto! -dijo Jeb, más alto que el chico. Demasiado

alto para mis oídos.

Mi primer impulso fue hacer señas a Andy para que continuara y pedirle a Ian que me alejara de allí. Eran los humanos quienes estaban de duelo, no yo.

Pero la verdad era que yo también estaba de duelo y que tenía algo que decir.

-Ayúdame a coger un poco de arena, Ian.

Él se puso en cuclillas para que yo pudiera recoger un puñado de la gravilla suelta acumulada a nuestros pies, apoyando mi peso en la rodilla para coger un poco a su vez. Luego se enderezó y me llevó hasta el borde de la tumba.

No podía ver el interior del agujero, porque el saliente rocoso lo acogía bajo su sombra y la tumba parecía muy profunda.

Ian comenzó a hablar antes de que yo pudiera hacerlo.

-Walter fue el mejor y el más brillante ejemplo de lo que es un ser humano -dijo. Y esparció su arena en el hoyo, aunque me dio la sensación de que pasaba mucho rato antes de que me llegara el siseo que produjo al chocar contra el fondo.

Luego bajó la vista hacia mí.

Reinaba un silencio absoluto bajo la noche iluminada por las estrellas, y hasta el viento estaba en calma. Hablé en susurros pero sabía que mi voz llegaría a todos.

-No había odio en tu corazón -murmuré-, y el hecho de que tú existieras es la prueba de que nosotros nos equivocamos. No teníamos derecho a quitarte tu mundo, Walter. Espero que tus cuentos de hadas sean reales y que allí encuentres a tu Gladdie.

Dejé que la gravilla escapara entre mis dedos y aguardé hasta oír la caer, con un suave repiqueteo, sobre el cuerpo de Walter, oculto en aquella tumba profunda y oscura.

En cuanto Ian dio el primer paso atrás, Andy se puso manos a la obra y comenzó a palear el montón de tierra descolorida y pulverulenta acumulada un par de metros más allá hacia el interior de la gruta. La carga de la pala caía, no ya con un susurro, sino con un golpe sordo, un ruido que hizo que me encogiera de espanto.

Aaron, el anciano, pasó junto a nosotros con otra pala.

Ian se giró con lentitud y me apartó de allí para dejarles espacio. A nuestras espaldas seguían resonando los pesados golpes de la tierra al caer. Se inició un murmullo de voces graves y oí las pisadas de la gente que se alejaba, formando corrillos para comentar el entierro.

Entonces, por primera vez, miré de verdad a Ian, mientras volvíamos hacia la esterilla oscura donde yo había estado tendida en el suelo, sintiéndome fuera de lugar, como si fuera una extraña. Él tenía la cara manchada de polvo claro y su expresión era de cansancio. No era la primera vez que lo veía así.

Me acostó otra vez en la esterilla. ¿Qué esperaban que hiciera yo allí, a cielo abierto? ¿Dormir? Doc venía justo detrás de nosotros y ambos se



arrodillaron juntos en el polvo, a mi lado.

-¿Cómo te sientes? -preguntó el médico, mientras me palpaba el costado.

Quise incorporarme, pero Ian me retuvo por el hombro contra el suelo.

-Estoy bien. Creo que podría caminar...

-No tienes por qué esforzarte. Dejemos descansar esa pierna unos cuantos días, ¿vale? -Doc me levantó distraídamente el párpado izquierdo y apuntó a la pupila con un rayo diminuto de luz. Mi ojo derecho vio el reflejo brillante que le bailaba por la cara. La luz le hizo bizquear y retirarse un poco. La mano de Ian, sobre mi hombro, no aflojaba, cosa que me sorprendió.

-Hum, así no se puede hacer un buen diagnóstico, ¿verdad? ¿Cómo está esa cabeza? -preguntó él.

-Algo mareada. Pero creo que no es por la herida, sino por la droga que me diste. No me gusta... Creo que preferiría el dolor.

Él hizo una mueca de pesar, y también Ian.

-¿Qué pasa? -les interpele.

-Tendré que dormirte otra vez, Wanda. Lo siento.

-Pero... ¿por qué? -susurré-. No estoy tan mal, de verdad. No quiero...

-Tenemos que llevarte de nuevo adentro -me interrumpió Ian bajando la voz, como si no quisiera que le oyeran los otros. Desde atrás me llegaban los murmullos de los demás, que levantaban ecos contra las rocas. - Les hemos prometido... que no estarías consciente.

-Podéis volver a vendarme los ojos.

Doc sacó la jeringuilla del bolsillo, cuyo émbolo ya estaba bajo, porque sólo quedaba un cuarto. Me acerqué más a Ian para huir de ella, pero me sujetó apretando su mano contra mi hombro.

-Conoces demasiado bien las cuevas -murmuró el médico-. No quieren que tengas oportunidad de adivinar...

-Pero ¿adónde podría ir? -susurré, frenética-. Aunque supiera cómo salir, ¿para qué me iba a ir ahora?

-¿Qué más da? Si esto los tranquiliza... -explicó Ian.

Doc me cogió la muñeca sin que me resistiera, pero cuando la aguja se me clavó en la piel aparté la vista y la dirigí hacia Ian. Sus ojos eran como la medianoche en la oscuridad, y los cerró con fuerza cuando vio en los míos una mirada que acusaba su traición.

-Lo siento -murmuró. Y eso fue lo último que oí.

## Capítulo 35

### Juzgada

Gemí. Sentía la cabeza revuelta y desconectada de la realidad. Las vueltas que daba mi estómago me provocaron náuseas.

-Al fin -murmuró alguien, con alivio. Era Ian, por supuesto-o ¿Tienes hambre?

Al pensarlo, hice un sonido involuntario similar a una arcada.

-Oh. No importa. Lo siento. Sé que me repito, pero teníamos que hacerlo. La gente se ha puesto completamente... paranoica cuando te hemos llevado afuera.

-No pasa nada -suspiré.

-¿Quieres agua?

-No.

Abrí los ojos y traté de enfocar en la oscuridad. Logré ver dos estrellas a través de las grietas del techo. Aún era de noche o era de noche otra vez, ¿cómo iba a saberlo?

-¿Dónde estoy? -pregunté. La forma de aquellas grietas me era desconocida. Habría jurado que era la primera vez que veía esa techumbre.

-En tu habitación -respondió Ian.

Busqué su cara en la penumbra, pero sólo pude divisar la silueta negra de su cabeza. Examiné con los dedos la superficie donde yacía; era un colchón de verdad y tenía una almohada bajo la cabeza. Mi mano, en su búsqueda, se encontró con la de él, que me sujetó los dedos antes de que pudiera retirarla.

-¿A quién pertenece esta habitación? La verdad.

-A ti.

-Ian...

-Antes era nuestra..., mía y de Kyle. Ahora él está... retenido en el

ala del hospital, hasta que se tome una decisión. Yo puedo alojarme con Wes.

-No voy a privarte de tu cuarto. ¿Y qué quieres decir con eso de «hasta que se tome una decisión»?

-Te dije que se formaría un tribunal.

-¿Cuándo?

-¿Para qué quieres saberlo?

-Porque si vais a seguir con eso, quiero estar allí y dar mi propia explicación.

-Más bien tu mentira.

-¿Cuándo será? -volví a preguntar.

-Con las primeras luces, pero no cuentes con que te lleve.

-Pues entonces iré sola. Podré andar sin problemas en cuanto la cabeza deje de darme vueltas.

-Lo vas a hacer, ¿a que sí?

-Sí. No es justo que no me dejéis hablar.

Ian, con un suspiro, me soltó la mano y se puso de pie, poco a poco. Me llegó el crujido de sus articulaciones. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentado a oscuras, esperando a que yo despertara?

-Volveré pronto. Aunque tú no tengas hambre, yo necesito comer algo.

-Ha sido una noche muy larga para ti.

-Sí.

-No me voy a quedar aquí esperándote hasta que amanezca.

Soltó unas risitas con desgana.

-No lo pongo en duda, pero volveré antes y te ayudaré a llegar a donde quieres ir.

Apartó una de las puertas para abrir la entrada de su cueva, salió y la colocó de nuevo en su lugar. Fruncí el entrecejo, porque hacer eso con una sola pierna me iba a resultar realmente difícil. Ojalá que Ian volviera de verdad.

Mientras le esperaba fijé los ojos en las dos estrellas que tenía a la vista y dejé que mi cabeza recobrara, poco a poco, la estabilidad. Las drogas humanas no me gustaban ni pizca. ¡Uf! El cuerpo me dolía, pero lo peor eran los bandazos que daba mi cabeza.

El tiempo pasaba con lentitud, pero no me dormí. Había dormido durante la mayor parte de las últimas veinticuatro horas. Quizá sí tenía hambre después de todo, pero tendría que esperar hasta que mi estómago se asentara para estar segura.

Ian regresó antes de que aclarara, tal y como había prometido.

-¿Te sientes mejor? -preguntó nada más franquear la puerta.

-Creo que sí, aunque todavía no he movido la cabeza.

-¿Crees que eres tú la que reacciona así a la morfina o es el cuerpo de Melanie?

-Es Mel. La mayoría de los calmantes le sientan mal. Lo descubrió cuando le salió la muela del juicio, a los doce años.

Él reflexionó un momento.

-Qué... extraño, tratar con dos personas al mismo tiempo.

-Es extraño, sí -convine.

-¿Ya se te ha despertado el apetito?

Sonreí.

-Me parece que huelo a pan. Sí, creo que mi estómago ya ha superado lo peor.

-Esperaba que dijeras eso.

Su sombra se desplegó de mi lado. Me buscó la mano y, después de abrirme los dedos, me puso en ella una forma redondeada y conocida.

-¿Me ayudas a incorporarme? -le pedí.

Él me rodeó cuidadosamente los hombros con un brazo y me dobló hacia arriba con un solo movimiento, para reducir al mínimo el dolor del costado. Sentía algo extraño allí en la piel, algo apretado y rígido.

-Gracias -le dije, casi sin aliento. Mi cabeza giraba más despacio, mientras me tocaba el costado con la mano libre donde tenía algo adherido a la piel, bajo la camiseta.

-¿Es que tengo alguna costilla rota?

-Doc no está seguro. Ha hecho lo que estaba a su alcance.

-Se esfuerza tanto...

-Es verdad.

-Me siento mal..., porque me caía fatal-admití.

Ian se echó a reír.

-¿Cómo te iba a gustar? Lo que me sorprende es que alguno de nosotros te caigamos bien.

-Lo has entendido justo al revés -murmuré, antes de clavar los dientes en aquel panecillo duro. Mastiqué mecánicamente y tragué, esperando a que el pan me llegara al estómago para comprobar cómo me sentaba.

-No es muy apetitoso, ya lo sé -reconoció Ian.

Me encogí de hombros.

-Sólo estaba probando... para ver si el mareo se me ha pasado del todo.

-Tal vez con algo más tentador...

Lo miré con curiosidad, pero no podía verle la cara. Me llegó un chasquido agudo, un ruido de papel desgarrándose... y al percibir el olor comprendí.

-¡Cheetos! -exclamé-. ¿De verdad? ¿Para mí? -Algo me tocó el labio y clavé los dientes en la exquisitez que me ofrecía-. Soñaba con esto -suspiré, mientras masticaba.

Eso le hizo reír y me puso la bolsa en las manos.

Vací rápidamente la bolsa, que era pequeña, y después me acabé el panecillo, aderezado con el sabor a queso que aún me quedaba en la boca. Antes de que llegara a pedírsela, me entregó una botella de agua.

-Gracias. No sólo por los Cheetos, ya me entiendes. Por muchas cosas.

-No hay nada que agradecer, Wanda.

Miré al fondo de aquellos ojos oscuros de color violeta en un intento de descifrar todo lo que expresaba aquella frase, ya que en sus palabras parecía haber algo más que simple cortesía. Y entonces caí en la cuenta de que llegaba a distinguir el color de sus ojos, así que lancé una rápida mirada a las grietas. Las estrellas habían desaparecido y el cielo se estaba tornando gris pálido. Se acercaba el amanecer y éstas eran ya las primeras luces.

-¿Estás segura de querer hacer esto? -preguntó Ian, con las manos ya extendidas como para levantarme.

Hice un gesto afirmativo.

-No es necesario que me lleves. Creo que tengo las piernas mejor.

-Ya veremos.

Me ayudó a ponerme de pie agarrándome por la cintura y luego hizo que pusiera un brazo en torno a su cuello.

-Cuidado ahora. ¿Cómo va?

Di un paso adelante, tanteando. Me dolía, pero creía que iba a poder hacerlo.

-Estupendo. Vamos.

«Creo que le gustas demasiado a Ian».

«¿Demasiado?». Me sorprendió oír a Melanie, y con tanta claridad. En los últimos tiempos únicamente hablaba así cuando Jared andaba cerca.

«Yo también estoy aquí. ¿Acaso eso no le importa?».

«Claro que sí. Cree en nosotras más que nadie, aparte de Jamie y Jeb».

«No me refiero a eso».

«¿Y a qué te refieres entonces?».

Pero ya había desaparecido.

Nos llevó un buen rato y me sorprendió que tuviéramos que andar tanto. Yo había supuesto que iríamos a la plaza grande o a la cocina, que era donde la gente se reunía habitualmente, pero atravesamos el campo del este y continuamos caminando hasta llegar, al fin, a la gran cueva, negra y honda, que Jeb denominaba «los recreativos». No había vuelto por allí desde aquel primer *tour* turístico que hice con él, cuando me recibió el olor azufrado del manantial, tan penetrante entonces como en esta ocasión.

A diferencia de casi todas las cavernas, la sala de juegos era mucho más ancha que alta, cosa que noté en ese momento, pues las tenues luces azules pendían de lo alto en vez de descansar en el suelo. El techo se hallaba unos cuantos palmos por encima de mi cabeza, a la altura de un cielo raso normal, mientras que los muros, en cambio, estaban tan lejos de las luces que no llegaba siquiera a verlos. Tampoco distinguía el hediondo manantial, escondido en algún rincón alejado, aunque lo oía borbotear.

Kyle ocupaba el sitio más iluminado. Se sentaba con las piernas dobladas y rodeadas por sus largos brazos. Su rostro se había transformado en una máscara rígida y no levantó la vista cuando entré cojeando, ayudada por Ian.

Le flanqueaban Jared y Doc, ambos de pie y con los brazos caídos a los costados, apostados como si fueran... guardias.

Jeb, de pie junto a Jared, cargaba el arma al hombro. Parecía relajado, pero yo sabía la velocidad con la que eso podía cambiar. Jamie le tenía cogido de la mano libre..., pero no, era Jeb quien tenía la mano en torno a su muñeca, cosa que a él no parecía gustarle. No obstante, cuando me vio entrar me saludó agitando la otra mano, sonriente. Luego, inspiró hondo y miró a Jeb intensamente hasta que él le soltó la muñeca.

Junto a Doc estaba Sharon, y la tía Maggie al otro lado. Ian me arrastró hacia el límite de la penumbra que rodeaba la escena. No estábamos solos allí, porque pude distinguir las siluetas de varias personas más, aunque no sus rostros.

Era extraño; al atravesar las cuevas Ian había cargado con facilidad la mayor parte de mi peso. Ahora, en cambio, parecía fatigado. El brazo que me rodeaba la cintura se había aflojado. Tuve que avanzar arrastrando la pierna y dando brincos como pude, hasta que ocupamos el sitio que él deseaba. Cuando me hubo depositado en el suelo, se sentó a mi lado.

-Ay -susurró una voz.

Al girarme reconocí a Trudy, que se nos acercó un poco más. Geoffrey la imitó, y luego Heath.

-Qué mala cara tienes -me dijo ella-. ¿Te duelen mucho las heridas?

Me encogí de hombros.

-Estoy bien. -Comenzaba a preguntarme si Ian me habría hecho forcejear sólo para exhibir mis lesiones, para que atestiguara sin palabras contra Kyle. Puse mala cara ante su expresión de inocencia.

Luego llegaron Wes y Lily, que vinieron a sentarse con mi pequeño grupo de aliados. Pocos segundos después entró Brandt, seguido de Heidi y, detrás de Andy y Paige. El último fue Aaron.

-Ya estamos todos -dijo-. Lucina se queda con los niños. No quiere que estén aquí y ha dicho que procedamos sin ella.

Aaron se sentó junto a Andy y se hizo un corto silencio.

-Venga, vamos allá -anunció Jeb en voz alta, como para que todos le oyeran-. Os diré lo que vamos a hacer. Será votación por mayoría simple. Como de costumbre, tomaré mi propia decisión si no estoy de acuerdo con la mayoría, porque ésta...

-Es mi casa -completaron a coro varias voces. Alguien rió entre dientes, pero se calló enseguida.

En realidad esto no era divertido en absoluto, puesto que se juzgaba a un humano por haber intentado matar a una alienígena. Debía de ser un día espantoso para todos.

-¿Quién testimonia contra Kyle? -preguntó Jeb.

Ian, a mi lado, comenzó a incorporarse.

-¡No! -susurré, tirándole del codo.

Pero él se liberó de mí para ponerse de pie.

-Esto es bastante simple -dijo. Yo habría querido levantarme de un

salto y tápale la boca con la mano, pero no creía poder hacerlo sin ayuda-. Mi hermano ya estaba advertido. No tenía ninguna duda de cuáles eran las normas de Jeb respecto a este asunto. Wanda es una más en nuestra comunidad y por tanto se le aplican la misma protección y las mismas reglas que a cualquiera de nosotros. Jeb le dijo a Kyle, con toda claridad, que debería marcharse si no podía vivir aquí estando ella, pero él decidió quedarse. Sabía entonces, como lo sabe ahora, cuál es el castigo por asesinato en este lugar.

-Ella sigue viva -gruñó su hermano.

-Por eso no pediré la muerte para ti -le espetó Ian-, pero no puedes continuar viviendo aquí; no si en el fondo no eres más que un asesino.

Miró a su hermano durante un minuto más y después volvió a sentarse en el suelo, a mi lado.

-Pero ¿y si lo cogen sin que nosotros sepamos nada? -protestó Brandt, mientras se ponía de pie-. Los traería hasta aquí y nos pillarían desprevenidos...

Se generó un murmullo que atravesó toda la habitación. Kyle le fulminó con la mirada.

-Jamás me atraparán con vida.

-Pues entonces será sentencia de muerte -murmuró alguien.

Al mismo tiempo, Andy replicaba:

-Eso no se puede garantizar.

-De uno en uno -advirtió Jeb.

-No será la primera vez que sobreviva allá fuera -repuso Kyle, enfadado.

Surgió otra voz de la oscuridad:

-Pero es un riesgo.

No pude saber de quiénes eran las voces; no eran más que susurros y siseos. Y entonces se oyó otra:

-¿Qué mal ha cometido Kyle? Ninguno.

Jeb dio un paso hacia la voz, ceñudo.

-No ha cumplido mis reglas.

-Ella no es de los nuestros -protestó alguien más.

Ian iba a levantarse otra vez.

-¡Eh! -exclamó Jared, y lo hizo con tanta fuerza que todos dimos un respingo-. ¡No es a Wanda a quien estamos juzgando! ¿Alguien tiene alguna queja concreta contra ella? ¿Contra Wanda en persona? Pues que pida otro tribunal, pero todos sabemos que no le ha hecho daño a nadie. De hecho le salvó la vida -remató mientras apuntaba con un dedo hacia la espalda de Kyle, que encorvó los hombros como si hubiera sentido un golpe-. Apenas unos segundos después de que él intentara arrojarla al río, ella arriesgó su propia vida para salvarlo de esa misma muerte tan penosa. Sin duda sabía que si le dejaba caer viviría más segura en este sitio, pero aun así lo salvó. ¿Alguno de vosotros habría hecho eso? ¿Habríais rescatado a vuestro enemigo? ¡Él trató de matarla y ella ni siquiera le ha acusado!

Sentí en la cara todas las miradas de esa habitación oscura,

mientras Jared alargaba una mano hacia mí, con la palma hacia arriba.

-¿Quieres acusarle, Wanda?

Lo miré con los ojos dilatados, atónita al ver que hablaba en mi favor, que se dirigía a mí, que utilizaba mi nombre. También Melanie estaba conmocionada, desgarrándose en dos. Le llenaba de alegría la expresión bondadosa con que nos miraba, la ternura de sus ojos que había echado de menos durante tanto tiempo, pero como era mi nombre el que había pronunciado...

Pasaron varios segundos antes de que pudiera recobrar la voz.

-Todo esto es un malentendido -susurré-. Los dos caímos al hundirse el suelo. No sucedió nada más. -Esperaba que, al hablar en susurros, les resultara más difícil percibir la mentira en mi voz, pero en cuanto hube acabado lan se echó a reír entre dientes. Le asesté un codazo, pero eso no le detuvo.

Jared llegó a sonreírme y todo.

-Ya veis. Incluso intenta mentir para defenderle.

-Lo intenta, nunca mejor dicho -apuntó lan.

-¿Quién dice que es mentira? ¿Quién puede demostrarlo? -preguntó ásperamente Maggie, adelantándose para colocarse junto a Kyle-. ¿Quién puede probar que eso no es verdad basándose simplemente en que suena falso en sus labios?

-Mag... -comenzó Jeb.

-Cállate, Jebediah, que estoy hablando yo. No hay motivos para que estemos aquí, porque no se ha atacado a ningún ser humano y esa intrusa insidiosa no presenta ninguna queja. Todos estamos perdiendo el tiempo.

-Apoyo la moción -añadió Sharon, con voz clara y fuerte.

Doc le dirigió una mirada dolorida y Trudy se puso en pie de un salto.

-¡No podemos convivir con un asesino y quedarnos quietos esperando que un día tenga éxito!

-La aplicación del término «asesinato» a este caso parece algo bastante subjetivo -siseó Maggie-. A mi entender, sólo es asesinato cuando es un humano el que muere.

Sentí el brazo de lan ceñirme con fuerza el hombro y no me di cuenta de que estaba temblando hasta que percibí su cuerpo inmóvil contra el mío.

-La palabra «humano» también es un término subjetivo, Magnolia -intervino Jared, mirándola con cara de pocos amigos-. Yo pensaba que esa definición implicaba algo de compasión, y quizá también una pizca de piedad.

-Votemos -repuso a su vez Sharon antes de que su madre pudiera contestarle-. Alzad la mano si pensáis que Kyle debe quedarse aquí, sin ningún tipo de castigo por el... malentendido. -Lanzó una mirada en mi dirección, pero no recayó en mí, sino en lan, que estaba a mi lado, aunque había utilizado la palabra que había usado yo antes.

Las manos comenzaron a alzarse. Observé el rostro de Jared



mientras sus rasgos se retorcían hasta poner cara de pocos amigos. Jeb contaba en voz alta.

-Diez, quince, veinte, veintitrés. Vale, hay una clara mayoría.

No miré a mi alrededor para ver qué había votado cada uno. Me resultaba suficiente con que en mi pequeña esquina todos los brazos estuvieran firmemente cruzados sobre el pecho de sus dueños y que todos los ojos miraran a Jeb con una expresión expectante.

Jamie se apartó del lado de Jeb para venir a situarse entre Trudy y yo. También me pasó el brazo por el hombro, debajo del de Ian.

-Quizá vosotros, las almas, tengáis razón en vez de nosotros, después de todo -comentó, en voz lo suficientemente alta para que la mayoría oyera ese tono suyo agudo pero duro-. La mayoría no es mejor que...

-¡Shh! -le siseé.

-Vale -dijo Jeb. Todos callaron. Él bajó los ojos para mirar a Kyle, luego a mí y, finalmente, a Jared-. Vale. En este caso me inclino por la opinión de la mayoría.

-Jeb... -dijeron Jared e Ian simultáneamente.

-Es mi casa, y éstas son mis reglas -les recordó Jeb-.

Nunca lo olvidéis. Así que escúchame, Kyle, y creo que será mejor que tú también me escuches, Magnolia: la próxima vez que alguien trate de hacer daño a Wanda no habrá otro tribunal, sino un funeral-concluyó mientras daba una palmada en la culata del rifle para enfatizar sus palabras.

Me encogí con un gesto de miedo.

Magnolia clavó en su hermano una mirada cargada de odio.

Kyle asintió con la cabeza, como si aceptara las condiciones que le habían impuesto.

Jeb recorrió con la vista ese público distribuido de manera tan desigual y observó detenidamente a cada uno de sus miembros, salvo a los del pequeño grupo que me acompañaba.

-El tribunal se ha acabado -anunció-. ¿Quién quiere jugar una partida?

## Capítulo 36

### Confianza

La tensión del grupo se relajó y un murmullo más animado recorrió todo el semicírculo.

Miré a Jamie, que tenía los labios apretados y se encogía de hombros.

-Jeb únicamente trata de que todo vuelva a la normalidad. Hemos pasado un par de días bastante malos. El entierro de Walter...

Hice un gesto de dolor.

Vi que Jeb miraba a Jared exhibiendo una gran sonrisa.

Tras resistirse durante unos momentos, Jared suspiró profundamente y le puso los ojos en blanco a aquel extraño anciano. Luego le volvió la espalda y se dirigió hacia la salida de la cueva a grandes zancadas.

-¿Jared ha conseguido una pelota? -preguntó alguien.

-¡Qué bien! -exclamó Wes, a mi lado.

-¡Mira que ponerse a jugar! -murmuró Trudy, con un meneo de cabeza.

-Si sirve para aliviar la tensión... -respondió Lily en voz muy baja mientras se encogía de hombros.

Sus voces sonaban graves cerca de mí, pero también se oían otras más altas.

-Por poco la cagas esta vez -le dijo Aaron a Kyle, deteniéndose a su lado para ofrecerle la mano.

Kyle se agarró de la mano extendida y se levantó poco a poco. Al erguirse estuvo a punto de darse un golpe en la cabeza con las lámparas colgadas del techo.

-La última pelota era mala -respondió al anciano, muy sonriente-.

No botaba bien.

-¡Propongo a Andy como capitán! -gritó alguien.

-Yo propongo a Lily -anunció Wes mientras se levantaba, desperezándose.

-Andy y Lily.

-Eso es, Andy y Lily.

-Quiero a Kyle -dijo Andy de inmediato.

-Pues entonces yo quiero a Ian -contraatacó Lily.

-Jared.

-Brandt.

Jamie se puso en pie y luego de puntillas, intentando parecer más alto.

-Paige.

-Heidi.

-Aaron.

-Wes.

Continuó la formación de los equipos. Jamie se alegró mucho de que Lily lo escogiera cuando aún quedaban la mitad de los adultos. Hasta Maggie y Jeb fueron elegidos para formar parte de los equipos. Cada uno tenía el mismo número de jugadores hasta que Lucina regresó con Jared seguida por sus dos hijos pequeños, que brincaban de entusiasmo. Jared traía en la mano una flamante pelota de fútbol. La mostró en alto e Isaiah, el mayor de los niños, saltaba una y otra vez intentando quitársela.

-¿Wanda? -me invitó Lily.

Hice un gesto negativo con la cabeza y señalé mi pierna.

-Es verdad. Disculpa.

«Juego bien al fútbol-protestó Mel-. Bueno, es decir, se me daba bien».

«Es que apenas puedo andar», le recordé.

-Creo que esta vez pasaré -decidió Ian.

-No -se quejó Wes-. Ellos tienen a Kyle y a Jared.

Sin ti estamos perdidos.

-Juega -le dije-. Yo..., yo llevaré el tanteo.

Me miró con los labios apretados en una línea fina y rígida.

-La verdad es que no estoy de humor para juegos.

-Pero te necesitan.

Él resopló.

-Venga, Ian -le instó Jamie.

-Quiero verlo -aduje-, pero si uno de los equipos lleva demasiada ventaja será... aburrido.

-Wanda -suspiró Ian-, no conozco a nadie que mienta tan mal como tú.

Pero se levantó y comenzó a calentar con Wes.

Paige delimitó dos porterías utilizando cuatro lámparas.

Traté de levantarme, ya que estaba justo en medio del campo de juego. Nadie reparaba en mí en aquella penumbra. Ahora la atmósfera se

había animado por todas partes, cargada de expectación. Jeb estaba en lo cierto, esto era lo que necesitaban, por extraño que me pareciera.

Logré incorporarme sobre las manos y las rodillas y luego adelanté la pierna sana, de modo que me quedé arrodillada sobre la mala. Me dolía bastante. Partiendo de esa posición, intenté levantarme apoyándome sobre la buena, pero no lograba encontrar mi equilibrio, debido al incómodo peso de la pierna dolorida.

Unas manos fuertes me sujetaron antes de que cayera de bruces. Levanté la vista, algo melancólica, para darle las gracias a Ian.

Las palabras se me atascaron en la garganta al ver que era Jared quien me sostenía entre sus brazos.

-Podrías haber pedido ayuda -dijo, como para entablar conversación.

-Yo... -Carraspeé-. Debería haberlo hecho, pero no quena...

-¿Llamar la atención? -Lo dijo como si su curiosidad fuera auténtica y sus palabras no constituyeran una acusación. Me ayudó a ir hacia la entrada de la cueva.

Negué con la cabeza moviéndola una sola vez.

-No quería... que nadie se sintiera obligado a hacer lo que no deseaba, sólo por cortesía. -No lo había explicado del todo bien, pero él pareció comprender lo que intentaba decir.

-No creo que a Jamie o a Ian les hubiera costado echarle una mano.

Me volví y les miré por encima del hombro. En aquella luz tan tenue, ninguno de los dos había notado aún mi partida. Estaban jugando a mantener la pelota en el aire cabeceando y se echaron a reír cuando a Wes le dio el balón en plena cara.

-Es que se lo están pasando bien. No quería interrumpirles.

Jared sometió mi rostro a un intenso escrutinio y en ese momento me di cuenta de que me sonreía con afecto.

-Te preocupas mucho por ese chico -observó él.

-Sí.

Asintió.

-¿Y por el hombre?

-Ian es..., él me cree. Cuida de mí. Y es muy bondadoso... para ser humano. -Habría querido añadir que parecía casi un alma, pero eso no habría sonado como un cumplido a los oídos de mi interlocutor.

Jared resopló.

-«Para ser humano». Es una precisión más importante de lo que yo había creído nunca.

Me dejó en el borde de la entrada que avanzaba formando un banco de poca altura, más cómodo para sentarse en el suelo.

-Gracias -le dije-. Jeb ha hecho lo correcto, ¿verdad?

-Yo no pienso lo mismo. -Su tono era más suave que sus palabras.

-Te doy las gracias también... por lo de antes. No tenías por qué defenderme.

-Todo lo que he dicho era la verdad.

Bajé la vista al suelo.

-Es verdad que yo no sería capaz de hacernos daño a ninguno de vosotros. Deliberadamente no, jamás. Perdóname por haberte hecho daño a mi llegada. Y a Jamie. Lo siento mucho.

Él se sentó a mi lado con una expresión pensativa.

-Francamente... -vaciló-, desde tu llegada el chico está mejor. Casi había olvidado el sonido de su risa.

Los dos la escuchamos de nuevo, resonando por encima del timbre más grave de las risas adultas.

-Gracias por decírmelo. Era... la peor de mis preocupaciones. Tenía la esperanza de no haber causado ningún daño irreversible.

-¿Por qué?

Levanté los ojos hacia él, confundida.

-¿Por qué le quieres tanto? -me preguntó él, con la curiosidad patente aún en su voz, aunque no fuera muy grande.

Me mordí el labio.

-Puedes decírmelo. Estoy... He... -Al no hallar otras palabras para explicarse, insistió-: Puedes decírmelo.

Respondí con la vista clavada en mis zapatos.

-En parte es porque Melanie le quiere. -No desvié la mirada para comprobar si ese nombre le provocaba alguna reacción de dolor-. La manera en que ella le recuerda... produce sentimientos muy poderosos. Y además, cuando le conocí personalmente... -Me encogí de hombros-. Me sería imposible no quererle. Quererle es parte de mi..., de la constitución de estas células. Hasta ahora no había notado cuánta influencia tiene un anfitrión sobre mí. Tal vez sean sólo los cuerpos humanos. O quizá sólo se deba a Melanie.

-¿Habla contigo? -Su voz no se alteró, pero ahora la tensión era evidente.

-Sí.

-¿Con qué frecuencia?

-Va y viene a su antojo. Cuando siente interés por algo.

-¿Como esta noche?

-No, ahora no. Está... bastante enfadada conmigo.

Lanzó una risa sorprendida que fue como un ladrido.

-¿Que está enfadada? ¿Por qué?

-Por... -¿No había en esto una especie de doble peligro?-. Por nada.

Él percibió nuevamente la mentira y asoció ideas.

-Ah, por lo de Kyle. Quería que se lo cargaran. -Rió otra vez-. Muy propio de ella.

-A veces se comporta de un modo... violento -admití, pero luego sonreí para suavizar la acusación.

Pero, claro, para él no era algo malo.

-Ah, ¿sí? ¿Y cómo?

-Quiere que yo me defienda, que luche, pero yo..., yo no puedo hacer eso. No soy una luchadora.

-Eso lo tengo claro. -Me tocó la cara maltrecha con la yema de un dedo-. Lo siento.

-No. Cualquiera habría hecho lo mismo. Comprendo lo que debiste de sentir.

-Tú no habrías...

-Si fuera humana, sí. Además, no estaba pensando en eso; me estaba acordando de la buscadora.

Él se puso tenso, pero yo sonreí otra vez y él se relajó un poco.

-Mel quería que la estrangulara. ¡Cómo odia a esa buscadora! y yo no puedo... encontrar motivos para reprochárselo.

-Aún sigue tras tu pista, pero, según parece, por lo menos se ha visto obligada a devolver el helicóptero.

Cerré los ojos, apreté los puños y durante varios segundos me concentré en respirar.

-Antes no la temía -susurré-. No sé por qué ahora me asusta tanto. ¿Dónde está?

-No te preocupes. Hoy la hemos visto subiendo y bajando por la autovía. No te encontrará.

Asentí con la cabeza, deseando creerle.

-¿Puedes..., puedes oír ahora a Mel? -murmuró.

Mantuve los ojos cerrados.

-La capto... Capto su presencia. Escucha con mucha atención.

-¿Qué piensa? -La voz de Jared era sólo un susurro.

«Aquí tienes la oportunidad que querías -le dije a Melanie-. ¿Qué quieres que le cuente?».

Por una vez se mostró cauta, ya que la invitación la había puesto nerviosa.

« ¿Por qué...? ¿Por qué te cree ahora?».

Abrí los ojos y le descubrí observándome el rostro, conteniendo el aliento.

-Quiere saber qué ha pasado para que ahora... te comportes de forma diferente. ¿Qué te ha inducido a creernos?

Él reflexionó durante un momento.

-Pues... han sido un montón de cosas. Fuiste tan buena... con Walter. No he visto a nadie que fuera tan compasivo, salvo Doc. Y le salvaste la vida a Kyle, cuando nosotros le habríamos dejado caer sólo para protegernos, y eso sin tener en cuenta su intento de asesinato. Además, eres tan mala para mentir... -Se le escapó una carcajada-. Me había mantenido firme en el intento de ver todas esas cosas como pruebas de alguna gran conspiración. Quizá mañana, cuando me despierte, vuelva a verlo de esa manera.

Mel y yo hicimos un gesto de dolor.

-Pero hoy, cuando han empezado a atacarte..., bueno, ya no podía más. He visto en ellos todo lo que no debería haber habido en mi interior. He

comprendido que realmente te creía, que sólo era una cuestión de cabezonería. Y de crueldad también. Me parece que te he creído desde..., pues... desde un poco antes, desde aquella primera noche, cuando te pusiste delante de mí para protegerme de Kyle. -Rió como si no creyera que Kyle fuera peligroso en absoluto-. Pero yo miento mucho mejor que tú, hasta me puedo mentir a mí mismo.

-Ella espera que no cambies de idea, pero se teme que sí lo harás.

Él cerró los ojos.

-Mel.

El corazón me latía más deprisa en el pecho, pero no era mi alegría la que lo provocaba, sino la de Melanie. Él debía de haber adivinado cuánto lo amaba yo, porque después de sus preguntas sobre Jamie tenía que haberlo comprendido.

-Dile... que no será así.

-Ella te oye.

-¿Hasta qué punto es... directa esa conexión?

-Ella oye lo mismo que yo y ve lo que yo veo.

-¿Y siente lo que tú sientes?

-Sí.

Arrugó la nariz; luego me tocó otra vez la cara con suavidad, a modo de caricia.

-No sabes cuánto lo siento.

Sentí la piel más caliente allí donde él la había tocado, era un ardor agradable, pero sus palabras me llegaron más adentro que su caricia. Naturalmente, lamentaba más haber herido a Melanie. Naturalmente. Y eso no debería molestarme.

-¡Venga, Jared! ¡Vamos!

Levantamos la vista. Kyle le llamaba y se le veía completamente tranquilo, como si no lo acabaran de someter a un juicio que casi le cuesta la vida. Quizá sabía desde el primer momento que todo acabaría así, o quizá estaba acostumbrado a superarlo todo. No parecía darse cuenta de que yo estaba allí, al lado de Jared.

Pero me di cuenta de que los otros sí habían tomado nota, por primera vez.

Jamie nos observaba con una sonrisa de satisfacción dibujada en el rostro. Esto seguramente le parecía algo positivo, pero ¿lo era?

« ¿Qué quieres decir? ».

« ¿Qué es lo que ve cuando nos mira? ¿Su familia reunida otra vez? ».

« ¿Es que no es eso o algo parecido ? ».

« Con un añadido algo desagradable ».

« Pero las cosas están mejor que ayer ».

« Sin embargo, creo... ».

« Ya lo sé -admitió ella-. Me alegra que Jared sepa que estoy aquí, pero no me gusta que te toque ».

« Y a mí me gusta demasiado. -Me cosquilleaba la cara allí donde

los dedos de Jared la habían rozado-. Lo siento».

«No te echo la culpa. O al menos sé que no debería».

«Gracias».

Jamie no era el único que nos observaba.

Jeb parecía sentir curiosidad, y mostraba aquella sonrisilla suya que le fruncía las comisuras de la barba.

Sharon y Maggie también miraban, pero con fuego en los ojos. La expresión de ambas era tan similar que la piel juvenil y el pelo brillante de la muchacha no la hacían más joven que su encanecida madre.

Ian estaba preocupado. Tenía los ojos entrecerrados y parecía a punto de acudir a mi lado para protegerme otra vez, para asegurarse de que Jared no me estuviera molestando. Sonreí para tranquilizarlo, pero él no me devolvió la sonrisa, sino que inspiró hondo.

«No creo que sea eso lo que le preocupa», comentó Mel.

-¿La estás escuchando en este momento? -Jared se había puesto de pie, pero aún me observaba.

Su pregunta me distrajo antes de que pudiera preguntar a Melanie qué había querido decirme.

-Sí.

-¿Qué dice?

-Nos hemos dado cuenta de que los otros también tienen algo que decir de tu... cambio de actitud. -Señalé con la cabeza a la tía y la prima de mi anfitriona. Ellas me volvieron la espalda, como si estuvieran sincronizadas.

-Así es, sin duda -reconoció él.

-De acuerdo -tronó Kyle, volviéndose hacia la pelota, que esperaba en el punto más iluminado-, ganaremos sin ti.

-¡Ya voy! -Jared me dirigió una mirada nostálgica, bueno, a nosotras, y corrió para incorporarse al juego.

No es que yo fuera la más adecuada a la hora de llevar el tanteo. El sitio estaba demasiado oscuro para que la pelota pudiera verse con claridad desde mi posición. Estaba demasiado oscuro hasta para ver bien a los jugadores, excepto cuando estaba justo debajo de las lámparas. Comencé a contar basándome en las reacciones de Jamie, en sus gritos de victoria cuando su equipo anotaba un gol, sus lamentos cuando lo hacía el otro equipo. Y claramente los lamentos superaban a los gritos.

Jugó todo el mundo. Magnolia hacía de portero en el equipo de Andy, y Jeb en el de Lily. Los dos eran sorprendentemente buenos. Podía ver sus siluetas, recortadas por las lámparas que servían de portería, moviéndose con tanta agilidad como si tuvieran varias décadas menos. Jeb no temía arrojarse al suelo para impedir un gol, pero Magnolia era más eficaz sin tener que recurrir a tales extremos. Era como un imán para esa pelota invisible, ya que cada vez que Ian o Wes chutaban, ¡zas!, caía en sus manos.

Pasada una hora, poco más o menos, Trudy y Paige se retiraron del juego y al salir pasaron a mi lado, parlotando con entusiasmo. Parecía imposible que hubiéramos comenzado la mañana con un juicio, pero era un alivio que la situación hubiera cambiado tan drásticamente.



Las mujeres no tardaron mucho en volver con los brazos cargados de cajas de barras de cereales, de las que vienen rellenas de fruta. El juego se interrumpió. Jeb anunció el descanso y todos corrieron a desayunar.

Las provisiones se repartieron en el centro del campo y en un primer momento se convirtió en una escena caótica.

-Aquí tienes, Wanda -dijo Jamie, apartándose del grupo. Traía las manos llenas de barras y botellas de agua sujetas bajo los brazos.

-Gracias. ¿Te lo estás pasando bien?

-¡Sí! Lástima que no puedas jugar.

-La próxima vez -repuse.

-Para ti... -Allí estaba Ian, también con las manos llenas de barras.

-Te he ganado -bromeó Jamie.

-¡Oh, vaya! -Jared había aparecido al otro lado de Jamie también con las manos llenas, demasiadas para una sola persona.

Ian y Jared intercambiaron una larga mirada.

-¿Quién se ha llevado toda la comida? -protestó Kyle. De pie ante una caja vacía, giraba la cabeza hacia todos los lados en busca del culpable.

-Toma -replicó Jared, y le arrojó las barras una a una, con fuerza, como si fueran cuchillos.

Kyle las atrapó en el aire con facilidad, luego se acercó al trote para ver si Jared le estaba burlando algo.

-Aquí tienes -dijo Ian, y le encajó a su hermano la mitad de su carga sin mirarlo siquiera-. Ahora vete.

Kyle le ignoró. Por primera vez en el día me clavó la mirada, bajando los ojos hacia mi posición. La luz, detrás de él, hacía que sus pupilas parecieran negras. No pude interpretar su expresión, pero me eché hacia atrás y la protesta de mis costillas me dejó sin aliento.

Jared e Ian cerraron filas delante de mí, como si se hubiera corrido el telón de un teatro.

-Ya le has oído -dijo Jared.

-¿Puedo decir algo antes de largarme? -preguntó él, mientras me miraba por el espacio que quedaba entre los dos.

Ellos no le respondieron.

-No me voy a disculpar -soltó Kyle-. Todavía creo que era lo que había que hacer.

Ian le empujó y su hermano retrocedió tambaleándose, pero de inmediato volvió a dar un paso adelante.

-Espera, que aún no he terminado.

-Oh, sí, claro que sí -replicó Jared, que tenía los puños cerrados, con la piel blanca sobre los nudillos.

Todo el mundo se dio cuenta, y se hizo un silencio en toda la habitación, una vez perdida la atmósfera de diversión del juego.

-No, ya lo creo que no. -Kyle alzó las manos en un gesto de rendición y se dirigió nuevamente a mí-. No creo que estuviera equivocado, pero la verdad es que me salvaste la vida. No sé por qué, pero así fue. Así que supongo que... vida por vida. No te mataré y de ese modo saldré mi

deuda.

-Pedazo de estúpido -le recriminó Ian.

-¿Quién es el que está chiflado por un gusano, hermanito? ¿ Y te atreves a llamarme a mí estúpido?

Ian se abalanzó hacia él con los puños en alto.

-Te diré por qué -le contesté, alzando la voz más de lo que deseaba, pero fue como conseguí el efecto que perseguía. Ian, Jared y Kyle se volvieron a mirarme, olvidando la pelea de momento.

Eso me puso nerviosa y me tuve que aclarar la garganta.

-No te dejé morir porque, porque no soy como tú.

No quiero decir que no sea como los humanos, porque aquí hay otros que habrían hecho lo mismo. Aquí hay buena gente, de buen corazón, gente como tu hermano, como Jeb y como Trudy... Lo que digo es que no soy como tú en cuanto a persona.

Kyle me miró fijamente durante un minuto y después soltó una risita.

-Ugh -exclamó sin dejar de reír. Luego nos volvió la espalda, puesto que ya había transmitido su mensaje, y se fue en busca de agua-. Una vida por otra -repitió por encima del hombro.

No estaba segura de si debía creerle. Nada segura. A los humanos se les da muy bien eso de mentir.

## Capítulo 37

### Aceptada

Las victorias respondían a un mismo patrón. Si Jared y Kyle jugaban juntos, ganaban. Si Jared jugaba con Ian, entonces ese equipo tenía probabilidades de ganar. Empezó a parecerme que Jared era imbatible hasta que vi jugar juntos a los hermanos.

Al principio parecía una situación tensa, al menos para Ian, eso de formar equipo con Kyle, pero al cabo de unos cuantos minutos de correr en la penumbra regresaron a un estilo familiar, un modelo que ya existía mucho antes de que yo llegara a este planeta.

Kyle anticipaba los movimientos de Ian, y viceversa. Sin necesidad de hablar se lo decían todo. Aunque Jared se llevara a los mejores jugadores a su bando (Brandt, Andy, Wes, Aaron y Lily, además de Magnolia como portera), Kyle e Ian conseguían la victoria.

-Vale, vale -dijo Jeb, tras detener con las manos el disparo a puerta de Aaron y metiéndose la pelota bajo el brazo-. Creo que todos sabemos quiénes han ganado. Ahora bien, no me gusta ser aguafiestas, pero el trabajo espera... y, siendo sincero, estoy hecho polvo.

Hubo unas cuantas protestas, sin mucha convicción, y varios lamentos, pero aún más risas. Nadie parecía muy afligido de que se hubiera acabado la diversión. De hecho, algunos se sentaron inmediatamente allí donde estaban y pusieron la cabeza entre las rodillas para recuperar el aliento, con lo que quedó claro que Jeb no era el único agotado.

La gente empezó a salir en grupos de dos o tres. Yo me pegué a un costado de la boca del corredor cediendo espacio para abrirles paso, ya que probablemente iban hacia la cocina. Debía de haber pasado ya la hora de comer, aunque en ese agujero negro resultaba difícil calcular el tiempo. Por entre los espacios vacíos de la fila de humanos que salían, observé a Kyle y a Ian.

Al acabar el partido Kyle había alzado la mano para palmear la de su hermano, pero éste pasó a su lado sin hacerle caso. Entonces el otro le cogió por el hombro y le hizo girar en redondo. Ian le apartó la mano con un golpe. Me puse tensa, esperando una pelea..., y en el primer momento pareció que iba a estallar, pero Kyle amagó un puñetazo al estómago de su hermano que Ian esquivó con tanta facilidad que comprendí que no llevaba fuerza alguna. Kyle se echó a reír y aprovechó la mayor longitud de sus brazos para frotar el cuero cabelludo de Ian con su puño, y éste volvió a apartarlo, aunque esta vez sonriendo a medias.

-Bien jugado, hermanito -dijo Kyle-. Aún tienes madera.

-¡Qué idiota eres, Kyle! -replicó Ian.

-Tú tienes cerebro y yo soy guapo. Es lo justo, ¿no?

Kyle lanzó otro golpe en broma. Esta vez Ian le atrapó el puño y retorció a su hermano en una llave de lucha. Ahora sonreía francamente y el otro mezclaba risas y tacos al mismo tiempo.

Todo eso me pareció muy violento, y entorné los ojos, tensa por la visión de tal escena, pero al mismo tiempo me vino a la mente uno de los recuerdos de Melanie: tres cachorros rodando por la hierba, entre ladridos furiosos, mostrándose los dientes como si sólo quisieran desgarrarse la garganta unos a otros.

«Están jugando, sí -confirmó Melanie-. Los lazos fraternales son muy profundos».

«A mí me parece bien, es algo bueno. Y me parecería mucho mejor siempre que Kyle no me mate».

«Siempre que...», remarcó Melanie con aire taciturno.

-¿Tienes hambre?

Al levantar la vista mi corazón dejó de latir durante un momento casi doloroso. Al parecer, Jared aún seguía creyendo en nosotras.

Negué con la cabeza. Eso me concedió el momento que necesitaba para sentirme capaz de hablarle.

-No sé bien por qué, puesto que no he hecho más que estar aquí sentada, pero me siento cansada.

Él alargó la mano.

«Domínate -me advirtió Melanie-. Sólo quiere ser cortés».

« ¿Es que crees que no lo tengo claro?».

Alargué la mano hacia la suya, tratando de que no temblara. Él me puso cuidadosamente en pie, más bien sobre un único pie. Me mantuve en equilibrio sobre la pierna sana, sin saber cómo actuar. Él también estaba confundido. Aún sostenía mi mano, pero entre nosotros había un amplio espacio. Pensé en el aspecto tan ridículo que tendría al andar brincando por las cuevas y sentí que se me enrojecía el cuello. Mis dedos se curvaron alrededor de los suyos, aunque la verdad es que no me estaba apoyando en él.

-¿Adónde vamos?

-Ah... -Fruncí el entrecejo-. En realidad, no lo sé. Supongo que aún habrá una esterilla junto al agujero..., en la zona de almacenamiento...

Él imitó mi gesto, ya que la idea parecía disgustarle tanto como a mí.

En ese momento, un brazo fuerte pasó bajo los míos y sostuvo mi peso.

-Yo la llevaré a donde deba ir -dijo Ian.

La expresión de Jared era cauta, y por la forma en que miraba era como cuando no quería dejarme adivinar lo que estaba pensando, aunque en este momento su mirada se dirigía a Ian.

-Estábamos discutiendo adónde, precisamente. Está cansada. ¿Al hospital, quizá...?

Negué con la cabeza al mismo tiempo que Ian. Tras los días horribles que había pasado allí, no creía que pudiera soportar esa habitación que antes, sin motivos, me había dado tanto miedo. Ahora, por encima de todo, estaría la cama vacía de Walter...

-Tengo un sitio mejor para ella -comentó Ian-. Esos catres son tan duros como una piedra y tiene muchas magulladuras.

Jared no me había soltado la mano. ¿No se daba cuenta de la fuerza con que me la apretaba? La presión empezaba a volverse molesta, pero él no parecía percatarse. Y yo no iba a quejarme, la verdad.

-¿Por qué no te vas a almorzar? -insinuó Jared-. Tienes cara de hambre. Yo la llevaré a donde hayas pensado...

Ian se echó a reír entre dientes, con un sonido grave, sombrío.

-Estoy bien. Y francamente, Jared, Wanda necesita algo más de ayuda que una mano. No sé si te sientes... lo bastante cómodo con la situación como para ofrecerle lo que necesite. Veras...

Hizo una pausa para inclinarse y me levantó rápidamente en brazos. Ahogué una exclamación, pues el movimiento me había causado un tirón en el costado. Jared seguía sin soltarme la mano. La punta de los dedos se me estaba poniendo roja.

-Por hoy creo que ya ha hecho suficiente ejercicio. Así que vete tú a la cocina.

Se miraron fijamente, mientras mis dedos pasaban al púrpura.

-Yo puedo llevarla -concluyó al fin Jared, en voz baja.

-Ah ¿sí? -le desafió Ian. y estiró los brazos hacia delante, apartándome de su cuerpo.

Como una ofrenda.

Jared clavó la vista en mi rostro durante un minuto largo, pero entonces suspiró y me soltó la mano.

« ¡Ay, eso duele!», se quejó Melanie. No lo decía refiriéndose al retorno de la sangre a mis dedos, sino a la súbita punzada de dolor que me atravesó todo el pecho.

«Perdona. ¿Y qué es lo que quieres que haga?».

«Él no te pertenece».

«Sí. Eso ya lo sé».

«Ay».

«Lo siento».

-Creo que os acompañaré -apostilló luego, mientras Ian, con una pequeña sonrisa triunfal rondándole las comisuras de la boca, giraba y se dirigía hacia la salida-. Hay algo que quiero discutir contigo.

-Como deseas.

Pero no se discutió nada en absoluto mientras recorríamos aquel túnel oscuro. Él iba tan callado que dudé de que aún viniera con nosotros. Sin embargo, cuando salimos nuevamente a la luz donde estaba el maizal, Jared seguía allí, a nuestro lado.

No dijo nada hasta después de cruzar la plaza grande, donde no había nadie, sólo nosotros tres.

-¿Podrás encargarte de Kyle? -le preguntó a Ian.

Ian bufó.

-Él se precia de ser un hombre de palabra. Por lo general, una promesa suya me merece confianza, pero en esta situación... no pienso perderle de vista.

-Bien.

-No pasará nada, Ian -dije-. No tengo miedo.

-Es que no tienes nada que temer. Te prometo que nadie volverá a hacerte algo así jamás. Aquí estarás segura.

Era difícil apartar la vista de sus ojos cuando relampagueaban de esa manera y se hacía difícil poner en duda lo que fuera que estuviera afirmando.

-Sí -convino Jared-. Estarás segura.

Caminaba por detrás del hombro de Ian, de modo que yo no podía ver su expresión.

-Gracias -susurré.

Nadie volvió a hablar hasta que Ian se detuvo ante las puertas, una roja y otra gris, que se inclinaban contra la entrada de su cueva.

-¿Te importaría apartar eso? -le pidió a Jared, señalando las puertas con un gesto de la cabeza.

Jared no se movió, así que Ian se giró para que ambos pudiéramos ver de nuevo su expresión cautelosa.

-¿Tu habitación? ¿Éste te parece el mejor lugar? -Su voz estaba cargada de escepticismo.

-A partir de ahora será la suya.

Me mordí el labio. Quería decirle a Ian que por supuesto que ésa no era mi habitación, pero no tuve ocasión de hacerlo, porque Jared hizo una pregunta:

-¿Y adónde va a ir Kyle?

-Con Wes, por ahora.

-¿Y tú?

-Aún no lo he decidido.

Se miraron fijamente de nuevo, durante un buen rato.

-Oye, Ian, esto es... -comencé a decir.

-¡Ah! -me interrumpió él, como si acabara de acordarse de mi presencia y como si mi peso fuera tan insignificante que se hubiera olvidado

de que me tenía en brazos-. Estás agotada, ¿a que sí? Jared, ¿quieres abrir la puerta, por favor?

El otro, sin despegar los labios, tiró de la puerta de madera hacia atrás con demasiada fuerza y la apoyó contra la gris.

Entonces pude ver a mi gusto por primera vez la habitación de Ian, iluminada por el sol de mediodía, que se filtraba por las estrechas rendijas del techo. No era tan luminosa como la de Jamie y Jared, ni tan alta, sino más pequeña y proporcionada. Era casi circular, como mi agujero, sólo que diez veces más grande. En el suelo había dos colchones iguales, uno junto a cada pared, colocados de modo que dejaran un pasillo estrecho en el medio. Contra la pared del fondo había un armarito de madera, largo y bajo, sobre cuyo lado izquierdo se apilaban unas ropas dobladas, dos libros y un mazo de naipes, además de una colección de pequeñas figuritas rojizas. El lado derecho estaba completamente vacío, aunque se veían siluetas dibujadas en el polvo, lo que indicaba que se había vaciado recientemente.

Ian me depositó en el colchón de la derecha, acomodándome la pierna y enderezándome la almohada bajo la cabeza. Jared permaneció de pie en la entrada, mirando hacia el pasillo.

-¿Estás cómoda? -me preguntó Ian.

-Sí.

-Tienes cara de cansancio.

-No sé por qué. Últimamente no he hecho más que dormir.

-Tu cuerpo necesita descansar para curarse.

Asentí. No podía negar que me era difícil mantener los ojos abiertos.

-Más tarde te traeré de comer. No te preocupes por nada.

-Gracias. Oye, Ian...

-¿Sí?

-Esta habitación es tuya -murmuré-. Espero que duermas aquí.

-¿No te importa?

-¿Por qué tendría que importarme?

-Probablemente es una buena idea, y desde luego la mejor para poder vigilarte. Duerme un poco.

-Vale.

Tenía los ojos ya cerrados. Él me dio una palmadita en la mano y luego le oí ponerse de pie. La puerta de madera golpeteó contra la piedra al cabo de pocos segundos.

« ¿Qué es lo que te crees que estás haciendo ?», siseó Melanie en mis pensamientos.

« ¿Qué...? ¿Y ahora qué es lo que he hecho? ».

«Wanda, ahora eres humana en lo más básico. Debes comprender cómo podría interpretar Ian esa invitación tuya».

« ¿Qué invitación? -Entonces vi hacia dónde iban sus pensamientos-. No se trata de eso. Esta habitación es suya, aquí hay dos camas y no hay suficientes dormitorios en este lugar como para que yo tenga mi propio cuarto. Es razonable que lo compartamos. Ian lo sabe de sobra».

« ¿Eso crees? Abre los ojos, Wanda. Él comienza a... ¿Cómo te lo puedo explicar de forma que lo entiendas correctamente? Empieza a sentir por ti... lo que tú sientes por Jared. ¿No te das cuenta?».

No pude responder durante al menos dos latidos de corazón.

«Eso es imposible», respondí finalmente.

-¿No crees que lo de esta mañana influirá en Aaron o Brandt? -preguntó Ian en voz baja, al otro lado de las puertas.

-¿Te refieres a que Kyle haya abandonado?

-Sí, a eso. Antes no tenían por qué... *hacer* nada. No cuando lo más probable era que Kyle lo hiciera por ellos.

-Ya veo por dónde vas. Hablaré con ellos.

-¿Te parece que con eso bastará? -preguntó Ian.

-Les he salvado la vida a los dos en más de una ocasión. Están en deuda conmigo. Si les pido algo, lo harán.

-¿Estás tan seguro como para arriesgar la vida de ella con esa garantía?

Se hizo un silencio.

-No la perderemos de vista -comentó Jared, al fin.

Otro largo silencio.

-¿No vas a ir a comer? -inquirió Jared.

-Creo que me quedaré un rato por aquí... ¿Y tú qué?

Jared no respondió.

Jared? -¿Qué pasa? -preguntó Ian-. ¿Hay algo que quieras decirme,

-La chica que lleva dentro... -empezó él, con lentitud.

-¿Sí?

-Ese cuerpo no le pertenece.

-¿Adónde quieres ir a parar?

La voz de Jared sonó dura cuando respondió:

-Mantén las manos bien lejos de ella.

Ian dejó escapar una risita baja.

-¿Celoso, Jared Howe?

-Eso no viene al caso.

-¡Vaya...! -Ahora Ian se mostraba sarcástico.

-Wanda parece estar cooperando, más o menos, con Melanie. Se diría que tienen casi... una relación de amistad, pero obviamente es Wanda quien toma las decisiones. Imagina que te pasara a ti. ¿Cómo te sentirías si fueras Melanie, si hubiera sido a ti a quien hubieran... invadido así? ¿Qué tal te sentirías si estuvieras atrapado y alguien le dijera a tu cuerpo lo que tiene que hacer sin que tú pudieras hablar por ti mismo?

¿No querrías que se respetaran tus deseos, en la medida en que se pudieran conocer? ¿No te gustaría que al menos los otros humanos los respetaran?

-Vale, vale. Entiendo. Lo tendré en cuenta.

Jared. -¿Qué significa eso de que lo tendrás en cuenta? -le interpeló



-Significa que ya me lo pensaré.

-No hay nada que pensar -insistió Jared. Por el sonido de su voz adiviné su expresión, con los dientes apretados y la mandíbula tensa-. El cuerpo y la persona encerrada dentro de él me pertenecen a mí.

-¿Estás seguro de que Melanie aún siente lo...?

-Melanie siempre será mía. Y yo siempre seré suyo.

«Siempre».

De pronto, Melanie y yo nos encontrábamos en situaciones emocionales absolutamente opuestas. Ella estaba como volando, eufórica. Yo... no.

Ambas esperamos, ansiosas, a que alguien interrumpiera el silencio subsiguiente.

-Pero ¿y si te hubiera ocurrido a tí? -adujo Ian, en un tono algo más alto que un susurro-. ¿Qué pasaría si te hubieran metido en un cuerpo humano, y te hubieran soltado en este planeta y terminarás encontrándote perdido entre los de tu propia especie? ¿Y cómo te sentirías si fueras tan buena... persona que trataras de salvar la vida de la persona a la que se la quitaste hasta el punto de casi morir en el intento de devolverla a su familia?

¿Y cómo te sentirías si te encontraras rodeado de alienígenas violentos que te odiaran, te hicieran daño e intentaran asesinarte una y otra vez? -Por un momento se le quebró la voz-. ¿Y qué pasaría si tú, a pesar de todo, siguieras haciendo todo lo posible por salvar y curar a esa gente? ¿No merecerías también tener tu propia vida? ¿No te habrías ganado eso al menos?

Jared no respondió. Yo sentí cómo se me humedecían los ojos. ¿Tan buena opinión tenía Ian de mí? ¿Era verdad que pensaba que me había ganado el derecho a disfrutar de una vida en aquel sitio?

-¿Entiendes lo que quiero decir? -insistió Ian.

-Yo... tendría que pensármelo.

-Hazlo.

-Pero aun así...

Ian le interrumpió con un suspiro:

-No te hagas mala sangre. Wanda no es exactamente humana, a pesar de su cuerpo. No parece reaccionar al... contacto físico tal y como lo haría un humano.

Entonces Jared se echó a reír.

-¿Ésa es tu teoría?

-¿Qué tiene de graciosa?

-Que ella es muy capaz de reaccionar al contacto físico -le informó Jared, poniéndose repentinamente serio de nuevo-. Es lo bastante humana como para eso. O en cualquier caso su cuerpo, al menos.

Me ardía la cara.

Ian guardó silencio.

-¿Celoso, Ian O'Shea?

-En realidad sí, y me sorprende. -La voz de Ian sonó tensa-.

¿Cómo es que sabes eso?

Jared vaciló.

-Fue... una especie de experimento.  
-¿Un experimento?  
-No salió como yo esperaba. Mel me dio un tortazo.  
-Intuí que sonreía ante el recuerdo y en mi mente visualicé las pequeñas arrugas que formaban un abanico en torno a sus ojos, moteados de puntos dorados...  
-¿Que Melanie te dio... un tortazo?  
-No fue Wanda, con toda seguridad. Tendrías que haberle visto la cara. ¿Qué pasa? ¡Eh, tranquilo, hombre!  
-¿Te paraste por un momento a pensar qué efecto pudo haberle causado eso a ella? -siseó Ian.  
-¿A Mel?  
-¡No, pedazo de estúpido: a Wanda!  
-¿A Wanda? ¿Qué? -preguntó Jared, como si la idea le desconcertara.  
-Oh, vamos, lárgate de aquí. Vete a comer algo. Y no te acerques a mí en unas cuantas horas por lo menos.

Ian no le dio oportunidad de contestar: abrió la puerta con brusquedad, aunque sin hacer ruido, y se deslizó al interior de la habitación, volviendo a colocar la puerta en su sitio.

Se dio la vuelta y se encontró con mi mirada. A juzgar por su expresión, le sorprendía encontrarme despierta. Le sorprendía y le mortificaba. El fuego de sus ojos llameó y luego se apagó poco a poco. Frunció los labios.

Inclinó la cabeza hacia un lado, escuchando. Yo también lo hice, pero Jared no hizo ningún sonido al marcharse. Ian esperó un momento más de lo necesario y después, con un suspiro, se dejó caer en el borde de su colchón, enfrente de mí.

-Tengo la sensación de que no hemos hablado tan bajo como yo creía -comentó.  
-El sonido retumba mucho en estas cuevas -susurré.  
Él asintió.  
-Muy bien -dijo al fin-, ¿y qué opinas tú?

## Capítulo 38

### Contacto

-¿Qué opinaba sobre qué?

-Sobre lo que... discutíamos ahí fuera -aclaró Ian.

¿Qué opinaba yo de eso? No tenía ni idea.

De algún modo, Ian era capaz de ver la situación desde mi perspectiva, mi perspectiva de alienígena. Y opinaba que yo me había ganado el derecho a vivir allí.

Pero estaba... ¿celoso? ¿De Jared?

Él sabía qué era yo. Sabía que era apenas una diminuta criatura metida en la parte de atrás del cerebro de Melanie. Un gusano, como había dicho Kyle. No obstante, hasta Kyle sabía que Ian estaba «enamorado» de mí. ¿De mí? No era posible.

¿O es que quería saber qué pensaba yo de Jared? ¿Quería saber cuáles eran mis sentimientos respecto al experimento? ¿Más detalles sobre mis reacciones al contacto físico? Me estremecí.

¿O lo que yo pensaba de Melanie? ¿Qué pensaba Melanie sobre aquel diálogo entre ellos? ¿Si yo estaba de acuerdo con Jared sobre los derechos de mi anfitriona?

Yo no sabía qué pensar. De nada.

-La verdad es que no lo sé -confesé.

Él asintió, pensativo.

-Es comprensible.

-Sólo porque tú eres muy comprensivo.

Me sonrió. Era extraño que sus ojos pudieran quemar y también ser acogedores, sobre todo con ese color, más parecido al hielo que al fuego... En ese momento eran muy cálidos.

-Me gustas mucho, Wanda.

-Me cuesta hacerme a la idea. Me temo que soy un poco lenta.

-A mí también me ha cogido por sorpresa.

Los dos nos quedamos pensativos. Él frunció los labios.

-Y... supongo que... ése es uno de los temas sobre los que no sabes qué pensar.

-No. Es decir, sí, yo... no sé. Yo... Yo...

-No pasa nada. No has tenido mucho tiempo para reflexionar. Y seguro que te parece... extraño.

Asentí.

-Sí. Más que extraño. Imposible.

-Quiero preguntarte algo -dijo él, pasado un momento.

-Si sé la respuesta...

-No es una pregunta difícil.

No la formuló de inmediato. En cambio alargó una mano a través del estrecho pasillo para coger la mía. Por un instante, la sostuvo entre las suyas y después deslizó los dedos de la mano izquierda por el brazo, lentamente, desde la muñeca hasta el hombro. Con la misma morosidad los llevó de nuevo hacia abajo. No me observaba la cara, sino la piel del brazo, que se erizaba en el trayecto de sus dedos.

-¿Esto es agradable o desagradable para ti? -preguntó. «Desagradable», aseguró Melanie.

« ¡Pero si no duele!», protesté.

«Eso no es lo que está preguntando. Cuando dice "agradable"... ¡Oh, es como hablar con un niño!».

«Es que aún no he cumplido ni un año, ¿recuerdas? ¿O ya lo he cumplido?». Me distraje tratando de calcular la fecha.

Melanie no se distraía. «Cuando dice "agradable" se refiere a lo que sentimos cuando nos toca Jared». El recuerdo que proporcionó no provenía de las cuevas, sino de aquel mágico cañón, al atardecer. Jared estaba detrás de ella y le recorría con las manos el contorno de los brazos, desde los hombros a las muñecas. El placer de ese simple contacto me estremeció. «Así».

«Oh».

-¿Wanda?

-Melanie dice que es desagradable -susurré.

-¿Y qué dices tú?

-Que... no lo sé.

Cuando pude mirarlo a los ojos los encontré más cálidos de lo que esperaba.

-No puedo imaginar siquiera lo confuso que ha de ser todo esto para ti.

Era reconfortante ser comprendida.

-Sí. Estoy confundida.

Me recorrió otra vez el brazo con los dedos.

-¿Preferirías que dejara de hacer esto?

Vacilé.

-Sí -decidí-. Esto..., lo que estás haciendo..., me resulta difícil pensar cuando lo haces. Y Melanie... está enfadada conmigo. Eso también hace que pensar sea difícil.

«No estoy enfadada contigo. Dile que se vaya».

«Ian es amigo mío. No quiero que se vaya».

Él se apartó y cruzó los brazos sobre el pecho.

-Supongo que no nos dejará estar a solas un minuto.

Me eché a reír.

-No funciona de esa manera. Está conmigo únicamente cuando quiere.

Ian inclinó la cabeza a un lado, con una expresión pensativa.

-¿Melanie Stryder? -dijo dirigiéndose a ella. Las dos dimos un respingo al oír su nombre. Ian prosiguió:- Me gustaría tener la oportunidad de hablar con Wanda en privado, si no te importa. ¿Podemos buscar la manera de hacerlo?

« ¡Pero qué cara tiene! ¡Dile de mi parte que bajo ningún concepto! Este tío no me gusta nada».

Arrugué la nariz.

-¿Qué es lo que ha dicho?

-Ha dicho que no. -Traté de repetir sus palabras con toda la suavidad posible-. Y que no..., no le gustas.

Ian se echó a reír.

-Dile que lo respeto, y también a ella. Bueno, valía la pena intentarlo. -Suspiró-. Esto de tener público te enfría bastante.

« ¿Qué es lo que enfría?», gruñó Mel.

Hice una mueca. No me gustaba percibir su enojo. Tenía un genio mucho peor que el mío.

«Pues ya puedes ir acostumbrándote».

Ian me apoyó una mano en la cara.

-Te dejaré para que lo pienses, ¿vale? Para que puedas ver qué es lo que sientes.

Traté de ser objetiva con respecto a esa mano. Era suave, al sentirla contra la piel. Era... agradable. No tenía nada que ver con el tacto de Jared y también era diferente de los abrazos de Jamie. Era otra cosa distinta.

-Quizá me lleve un poco de tiempo. Nada de esto tiene sentido para mí, ¿sabes? -le expliqué.

Él sonrió de oreja a oreja.

-Ya lo sé.

En ese momento, al verle sonreír, caí en la cuenta de que deseaba gustarle. Del resto..., de su mano sobre mi cara, de sus dedos recorriéndome el brazo..., aún no estaba segura en absoluto. Pero deseaba agradecerle y que él pensara bien de mí. Por eso era tan difícil decirle la verdad.

-En realidad, lo que sientes no es por mí, ya lo sabes -susurré-. Es por este cuerpo... Ella es guapa, ¿a que sí?

Él asintió.

-Sí que lo es. Melanie es una chica muy guapa. Una belleza. -

Alargó la mano para tocarme la mejilla mala, para acariciar con dedos cariñosos la piel áspera, donde se iba formando una cicatriz-. A pesar de lo que le he hecho a su cara.

En una situación normal, yo habría negado eso automáticamente, le habría recordado que las heridas de mi cara no eran culpa suya, pero me sentía tan confundida que la cabeza me daba vueltas y no era capaz de concebir una frase coherente.

¿Por qué me molestaba que Melanie le pareciera hermosa?

« ¡Qué pena me das! ». Mis sentimientos eran tan poco claros para ella como para mí.

Ian me apartó el pelo de la frente.

-Pero por guapa que sea, para mí es una extraña. No es ella la que..., la que me importa.

Eso me hizo sentirme mejor, lo cual era aún más confuso.

-Ian, tú no..., aquí nadie nos diferencia como debería. Ni tú, ni Jamie, ni Jeb. -La verdad surgió como una ráfaga, más apasionada de lo que yo habría querido-. No puedes quererme a mí. Si me tuvieras en la mano sentirías asco. Me arrojarías al suelo y me aplastarías de un pisotón.

Su frente pálida se arrugó al juntarse las negras cejas.

-Yo... no lo haría si supiera que eres tú.

Me reí sin ganas.

-¿Y cómo lo sabrías si no puedes distinguarnos?

Torció la boca hacia abajo.

-Es sólo el cuerpo -repetí.

-Eso no es verdad en absoluto -me contradijo-. No es el rostro, sino sus expresiones. No es la voz, sino lo que dices. No es cómo te sienta ese cuerpo, sino las cosas que haces con él. Eres tú la que es hermosa.

Mientras lo decía avanzó hasta arrodillarse junto a la cama donde yo descansaba y volvió a coger una de mis manos entre las suyas.

-Nunca he conocido a nadie como tú.

Me eché a reír con una risa entrecortada.

-Eso sí que me lo puedo creer: irse a vivir con el enemigo no es un comportamiento habitual cuando se está en medio de una guerra.

La frente de Ian volvió a contraerse, y después se distendió.

-Wanda, si tuviéramos aquí otra alma prisionera, ¿qué crees que habría hecho ella?

Lo pensé un poco.

-Habría intentado... escaparse y avisar a los otros. Eso sería lo único que le importaría.

Ian asintió.

-Así que si yo intentara conocer a otra alma no sería igual de ninguna de las maneras. Tú eres única.

Pero incluso aunque él llevara razón en esto, en realidad no era ése el fondo del asunto.

-Ian, ¿Y si hubiera llegado aquí en el cuerpo de Magnolia?  
¿Entonces qué?

Hizo una mueca y luego se echó a reír.

-Vale. Ésa sí que es una buena pregunta. No lo sé.

-O en el de Wes.

-Pero tú eres de género femenino. Tú, tú misma.

-Y siempre solicito el equivalente que haya en cada planeta. Me parece más... correcto, pero me podrían haber puesto en el cuerpo de un hombre y también podría funcionar perfectamente.

-Sin embargo no estás en el cuerpo de un hombre.

-¿Ves? Eso es lo que trato de decirte. Cuerpo y alma, dos cosas diferentes en mi caso.

-Sin ti, no querría el cuerpo.

-Y sin él, no me querrías a *mí*.

Volvió a tocarme la mejilla y dejó la mano ahí, con el pulgar bajo la mandíbula.

-Pero este cuerpo es también parte de ti. Forma parte de lo que eres. Y a menos que cambies de idea y nos delates a todos, es lo que serás para siempre.

¡Ah, qué definitivo sonaba! En efecto, moriría en este cuerpo. La muerte final.

«Y yo jamás volveré a vivir en él», susurró Melanie.

«Ni tú ni yo hemos planeado el futuro de esa manera, ¿a qué no?».

«No. Ninguna de las dos ha planeado no tener ningún futuro».

-¿Otra conversación interior? -adivinó Ian.

-Pensábamos en nuestra mortalidad.

-Si nos dejaras podrías vivir eternamente.

-Sí, así es. -Suspiré-. Mira, los humanos tenéis la vida más breve de todas las especies en las que he habitado, a excepción de las arañas. Tenéis tan poco tiempo...

-¿No crees, entonces...? -Ian hizo una pausa y se inclinó más hacia mí, hasta que fui incapaz de ver nada que no fuera su rostro, todo nieve, zafiro y tinta-. ¿No crees que deberías aprovechar a fondo el tiempo de que dispones? ¿Que deberías vivir mientras estés con vida?

A diferencia de lo que había sucedido con Jared, esta vez no le vi venir. A Ian no le conocía tan bien, pero Melanie sí se dio cuenta antes que yo de lo que iba a hacer, apenas un segundo antes de que sus labios tocaran los míos.

« ¡No!».

No fue como besar a Jared. Con Jared no hubo pensamiento, sólo deseo, deseo sin control. Como una chispa que cae sobre gasolina, algo inevitable. Con Ian no supe siquiera lo que sentía. Todo era borroso, confuso.

Sus labios eran dulces y cálidos. Los oprimió levemente contra los míos y después los deslizó con suavidad a lo largo de mi boca.

-¿Te gusta o no? -preguntó en un susurro contra mis labios.

« ¡No! ¡No, no me gusta!».

-Yo... no puedo pensar. -Cuando moví los labios para hablar, él acompañó el movimiento con los suyos.

-Eso suena... bastante bien.

Entonces, su boca presionó con más fuerza. Me sujetó el labio inferior entre los suyos y tiró de él con suavidad.

Melanie quería pegarle, mucho más de lo que había querido golpear a Jared. Quería apartarlo de un empujón y luego darle una patada en la cara. La imagen era horrible y entraba en abierto conflicto con la sensación que me provocaba el beso de Ian.

-Por favor -susurré.

-¿Sí?

-Déjalo, por favor. No puedo pensar. Por favor.

Él se apartó de inmediato y cruzó las manos frente a sí.

-Vale -dijo prudentemente.

Me llevé las manos a la cara y lamenté no poder deshacerme de la ira de Melanie.

-Bueno, al menos nadie me ha pegado -dijo él sonriendo de oreja a oreja.

-Ella quería hacer algo mucho peor. Arg, no me gusta que se enfurezca tanto. Me da dolor de cabeza. La ira es tan..., tan fea...

-¿Y por qué no lo ha hecho?

-Porque yo no he perdido el control. Sólo se libera cuando estoy... abrumada.

Él me observó mientras yo me masajeara la frente.

«Cálmate -imploraba yo-. No me está tocando ya».

«¿Cómo ha podido olvidar que yo estoy aquí? ¿Es que no le importa? ¡Ésta soy yo, soy yo!».

«He intentado explicárselo».

«¿Y qué me dices de ti? ¿Te has olvidado de Jared?».

Me arrojó los recuerdos como solía hacerlo al principio, sólo que esta vez eran como golpes. Mil golpes con la sonrisa de Jared, sus ojos, sus labios contra los míos, sus manos sobre mi piel...

«No, claro que no; y tú ¿te has olvidado de que no quieres que le ame?».

-Te está hablando.

-Me está gritando -le corregí.

-Ahora me doy cuenta. Veo que te concentras en la conversación. Hasta ahora no me percataba.

-Ella no suele ser tan explícita como ahora.

-Lo siento de verdad, Melanie -se disculpó Ian-. Comprendo que para ti esto debe de ser insoportable.

Una vez más ella se visualizó aplastando de un puntapié esa nariz cincelada, que quedaría deformada como la de Kyle. «Dile que no acepto sus disculpas».

Hice una mueca dolorida. Ian esbozó una sonrisa apenada, casi una mueca.

-No quiere que le pida perdón, ¿verdad?

Negué con la cabeza.



-De modo que... ¿puede liberarse cuando estás abrumada?

Me encogí de hombros.

-A veces, si me coge desprevenida y me encuentro en un estado de ánimo... emotivo. Las emociones hacen que me cueste concentrarme, pero últimamente le resulta más difícil. Es como si la puerta entre nosotras estuviera cerrada con llave y no sé por qué. Traté de *abrir*la cuando Kyle... -  
Callé abruptamente, con los dientes apretados.

-Cuando Kyle intentó matarte -completó él, como quien no quiere la cosa-. ¿Querías soltarla? ¿Por qué?

Me limité a mirarlo con fijeza.

-¿Para que luchara contra él? -adivinó.

No respondí. Él suspiró.

-Vale, no me lo digas. ¿Por qué crees tú que... puede haberse cerrado esa puerta?

Fruncí el entrecejo.

-No lo sé. Quizá porque el tiempo pasa... Eso nos preocupa.

-Pero ella se liberó una vez para golpear a Jared.

-Sí. -Me estremecí al recordar aquel choque de mi puño contra su mandíbula.

-¿Porque estabas abrumada y emotiva?

-Sí.

-¿Qué hizo él? ¿Sólo te besó?

Asentí con la cabeza. Él arrugó la cara y entrecerró los ojos.

-¿Que... -inquirí-, que pasa?

-Cuando Jared te besa, tú..., la emoción te abruma.

Clavé en él mis ojos, preocupada por la expresión que había puesto. Melanie estaba disfrutando. « ¡Ahí lo tienes! ».

Él suspiró.

-Y cuando te beso yo... no estás segura de si te gusta o no. No te sientes... abrumada.

-¡Oh! -Ian estaba celoso. ¡Qué extraño era este mundo!-. Disculpa.

-No hay de qué. Te he dicho que te daría tiempo y no me importa esperar a que lo veas todo claro. No me molesta en absoluto.

-¿Qué es lo que te molesta, entonces? -Porque no cabía duda de que había algo que le importunaba mucho.

Inspiró hondo y soltó el aire poco a poco.

-Veo que quieres a Jamie, eso siempre lo he tenido muy claro. Supongo que debería haberme dado cuenta también de que amabas a Jared. Quizá es que no quise verlo. Es lógico. Regresaste por ellos dos. Porque los amas, tal y como los ama Melanie. A Jamie como a un hermano. Y a Jared...

Había desviado la vista, y ahora miraba fijamente la pared, por encima de mi cabeza. Yo también tuve que apartar los ojos. Los clavé en la luz del sol, allí donde tocaba la puerta roja.

-¿Cuánto de todo eso corresponde a Melanie? -quiso saber.

-No lo sé. ¿Tiene alguna importancia?

Su respuesta apenas fue audible:

-Sí. Para mí es importante.

Sin mirarme, sin que pareciera reparar en lo que hacía, volvió a cogerme la mano.

Durante un minuto hubo un gran silencio. Hasta Melanie permanecía callada, lo cual me parecía estupendo.

Luego, como si alguien hubiera accionado un interruptor, Ian volvió a la normalidad. Se echó a reír.

-El tiempo está de mi parte -dijo, con una gran sonrisa-. Disponemos del resto de nuestra vida aquí. Algún día te preguntarás qué pudiste ver en Jared.

«Ni lo sueñes».

Reí con él, feliz de oírle bromear otra vez.

-¿Wanda? Wanda, ¿puedo pasar?

La voz de Jamie se oía por el corredor acompañada por el sonido de sus pasos a la carrera, que acabaron junto a la puerta.

-Claro que sí, Jamie.

Antes de que echara la puerta hacia un lado yo ya había tendido mi mano hacia él. Últimamente no le veía muy a menudo. Como estaba inconsciente o baldada, no tenía posibilidades de estar con él.

-Hola, Wanda. Hola, Ian. -Era todo sonrisas y su pelo revuelto oscilaba a cada movimiento. Cogió mi mano extendida, pero como Ian le estorbaba el paso, se conformó con sentarse en el borde de mi colchón y me apoyó una mano en el pie-. ¿Cómo te sientes?

-Mejor.

-¿Todavía tienes hambre? ¡Hay cecina y maíz en mazorca! Podría traerte un poco.

-Por ahora no hace falta. ¿Cómo estás tú? Estos días te he visto poco.

Jamie puso mala cara.

-Es que Sharon me ha tenido castigado.

Yo sonreí.

-¿Qué ha sido lo que has hecho?

-Nada. Me tendieron una trampa. -Su expresión de inocencia era algo exagerada y cambió de tema con rapidez-. ¿A que no sabes una cosa? Durante la comida Jared ha dicho que no le parece justo que hayas tenido que abandonar la habitación a la que estabas acostumbrada. Ha dicho que no estábamos actuando como corresponde a unos buenos anfitriones. ¡Qué deberías volver allí conmigo! ¿No te parece fantástico? Le he preguntado si podía venir corriendo a decírtelo y le ha parecido buena idea. Me ha dicho que te encontraría aquí.

-Ya lo creo que te lo ha dicho -murmuró Ian.

-Entonces, ¿qué opinas, Wanda? ¡Volveremos a ser compañeros de habitación otra vez!

-Pero escucha, Jamie, y Jared ¿adónde se irá?

-Espera, déjame adivinar -interrumpió Ian-: ha dicho que en la habitación había sitio para tres, ¿a que sí?

-Sí, eso es, pero ¿cómo lo has adivinado?  
-De casualidad.  
-Está bien, ¿no, Wanda? Será como antes de que viniéramos aquí.  
Hice una mueca de dolor. Oír aquello era como si me clavaran una navaja entre las costillas, un dolor claro y preciso.  
Jamie se alarmó al observar mi expresión atormentada.  
-¡Ay, no! También contigo, quería decir. Estaremos muy bien los cuatro juntos, ¿no crees?  
Traté de reír a pesar del dolor. No fue peor que no reír.  
Ian me estrechó la mano.  
-Los cuatro juntos -murmuré-. ¡Qué maravilla!  
Jamie gateó por el colchón, dando un rodeo para evitar a Ian, y me echó los brazos al cuello.  
-Lo siento. No te pongas triste.  
-No te preocupes.  
-Sabes que a ti también te quiero.  
¡Qué intensas, qué penetrantes las emociones de este planeta!  
Hasta entonces Jamie nunca me había dicho esas palabras. La temperatura de todo mi cuerpo pareció aumentar súbitamente unos cuantos grados.  
« ¡Qué intensas!», convino Melanie, acusando su propio dolor.  
-¿Volverás con nosotros? -rogó el chico apoyado en mi hombro.  
En ese momento aún no podía responderle.  
-¿Qué quiere Mel? -preguntó Jamie.  
-Ella quiere vivir contigo -susurré. Eso lo sabía sin consultarla.  
-Y tú, ¿qué quieres?  
-¿Te gustaría que viviera contigo?  
-Ya sabes que sí, Wanda. Por favor.  
Yo vacilé.  
-Por favor.  
-Vale, Jamie. Si eso es lo que quieres...  
-¡Yuju! -gritó el chico junto a mi oído-. ¡Mola! Voy a decírselo a Jared. Y te traeré un poco de comida también, ¿vale? -Ya estaba de pie, había movido tanto el colchón que lo sentí en las costillas.  
-Vale.  
-¿Quieres tú algo, Ian?  
-Pues sí, chaval: que le digas a Jared que tiene un morro que se lo pisa.  
-¿Eh?  
-Déjalo. Ve a traer algo de comer para Wanda.  
-Vale. Y le pediré a Wes que nos preste esa cama que le sobra. Así Kyle puede volver aquí y todo se arreglará.  
-Perfecto -dijo Ian. Aunque no lo miraba a la cara, adiviné que había puesto los ojos en blanco.  
-Perfecto -susurré a mi vez.  
Y sentí nuevamente el filo de la navaja.

## Capítulo 39

### Preocupación

Perfecto -gruñí para mis adentros-. Sencillamente perfecto».

Ian venía a comer conmigo con una ancha sonrisa pegada en el rostro, intentando levantarme el ánimo... de nuevo.

«Me parece que últimamente te estás pasando con el sarcasmo», me acusó Melanie.

«Lo tendré en cuenta».

Durante esa semana no había sabido mucho de ella, y la verdad, en esos momentos, no es que fuéramos buena compañía. Lo mejor era evitar los contactos sociales, incluso entre nosotras.

-Hola, Wanda -me saludó Ian, mientras daba un brinco para sentarse en la encimera, a mi lado.

Traía en la mano un tazón de sopa de tomate aún humeante. Yo tenía el mío a un lado, ya casi frío y lleno a medias, y jugueteaba con un panecillo que iba deshaciendo en trozos diminutos.

No le contesté.

-Anda, venga. -Me apoyó una mano en la rodilla. La reacción de Mel fue colérica, pero aletargada. Estaba tan habituada ya a ese tipo de cosas que le costaba montar una buena pataleta-. Regresarán hoy mismo, casi seguro antes del anochecer.

-Lo mismo dijiste hace tres días, y anteayer, y ayer de nuevo -le recordé.

-Pero hoy tengo una corazonada. No te enfurruñes; es que eso es tan humano... -bromeó.

-No estoy enfurruñada. Déjame en paz. -Yo no me había enfurruñado, sino que estaba preocupada, tanto que apenas podía hilvanar las ideas con claridad, y esto me dejaba sin energías para hacer cualquier otra cosa.

-No es la primera vez que Jamie participa en una expedición.

-No veas cómo me tranquiliza saberlo. -Otra vez el sarcasmo. Melanie tenía razón, realmente estaba abusando de él.

-Está con Jared, Geoffrey y Trudy. Y Kyle está *aquí*. -Ian soltó una carcajada-. Así es muy difícil que puedan meterse en problemas.

-No quiero hablar de eso.

-Vale.

Concentró su atención en la comida y dejó que me compusiera. Ian era estupendo en ese aspecto, siempre intentaba concederme mis deseos, aunque lo que yo deseaba no siempre estuviera claro para ninguno de los dos. La excepción, desde luego, era este intento insistente por su parte de apartarme la cabeza del estado de ansiedad en el que me encontraba, pero eso sí que estaba segura de no quererlo. Deseaba preocuparme porque no podía hacer otra cosa.

Había pasado un mes desde que había vuelto a instalarme en la habitación de Jamie y Jared. Llevábamos viviendo los cuatro juntos al menos tres semanas desde entonces. Jared dormía en un colchón, apretujado entre la cabecera de la cama que yo compartía con Jamie y la pared.

Me había acostumbrado a eso..., al menos a dormir de ese modo, así que ya me costaba conciliar el sueño en la habitación cuando estaba sola. Echaba de menos el sonido de la respiración de otros dos cuerpos.

Aún no me había habituado a despertarme cada mañana en presencia de Jared. Todavía me quedaba un segundo desconcertada cuando me daba los buenos días. Él tampoco estaba a sus anchas, pero se mostraba siempre cortés. Los dos éramos muy corteses.

A estas alturas se había convertido en una especie de guión preescrito.

«Buenos días, Wanda. ¿Qué tal has dormido?».

«Muy bien, gracias. ¿Y tú?».

«Muy bien, gracias. ¿Y... Mel?».

«Ella también, gracias».

El constante estado de euforia de Jamie y su alegre cháchara impedían que la tensión fuera excesiva. Él hablaba a menudo de Melanie, y se dirigía a veces a ella, hasta que la mención de ese nombre en presencia de Jared dejó de ser la fuente de nerviosismo que había sido antes. Cada día resultaba un poco más fácil la rutina de mi existencia, se volvía un poco más agradable.

Éramos, en cierto modo, felices. Tanto Melanie como yo. Pero hacía una semana Jared había salido de expedición, esta vez por poco tiempo, sobre todo para reemplazar las herramientas rotas, y se había llevado a Jamie con él.

-¿Estás cansada? -preguntó Ian.

Caí en la cuenta de que me estaba frotando los ojos.

-No mucho.

-Sigues durmiendo mal.

-No soporto tanto silencio.

-¿Quieres que vaya a dormir contigo? Oh, tranquilízate Melanie. Ya sabes a lo que me refiero.

Ian siempre se percataba cuando Melanie me mostraba su hostilidad.

-Creía que habías dicho que volverían hoy -le desafié.

-Llevas razón. Entonces supongo que no es necesario. -Suspiré.  
Deberías tomarte la tarde libre.

-No seas tonto -le recriminé-. Me sobran energías para trabajar.

Sonrió ampliamente, como si yo hubiera dicho algo que le complaciera, algo que él hubiera estado esperando que dijera.

-Estupendo. Tengo un proyecto para el que me vendría bien contar con ayuda.

-¿De qué se trata?

-Te lo mostraré. ¿Has terminado ya?

Asentí con un gesto. Él me cogió la mano para salir de la cocina. Una vez más, aquello era tan normal que Melanie apenas protestó.

-¿Por qué vamos por este camino? -El campo del lado este ya no necesitaba atención, porque precisamente esa mañana habíamos formado parte del grupo encargado de regarlo.

Ian no respondió. Seguía muy sonriente.

Me condujo muy lejos por el túnel oriental, pasado el campo, y el pasillo por el que entramos conducía a un solo sitio. En cuanto estuvimos en ese túnel oí un resonar de voces y unos golpes sordos esporádicos que tardé un momento en identificar. El olor azufrado, rancio y amargo ayudó a vincular el ruido con el recuerdo.

-Ian, no estoy de humor para esto.

-¿No has dicho que te sobraban energías?

-Para trabajar sí, pero no para jugar al fútbol.

-Pero Lily y Wes se van a llevar una desilusión. Les he prometido un partido de dos contra dos. Se han esforzado tanto esta mañana para tener la tarde libre...

-No intentes hacer que me sienta culpable -repuse mientras dábamos la vuelta a la última curva. Vi la luz azul de varias lámparas y las sombras que parpadeaban delante de ellas.

-¿A que funciona? -bromeó él-. Venga, Wanda, te vendrá bien.

Me arrastró hacia el salón de juegos, donde Lily y Wes se pasaban mutuamente la pelota de extremo a extremo del campo.

-Hola, Wanda. Hola, Ian -nos saludó Lily.

-No tienes nada que hacer, O'Shea -advirtió Wes a Ian.

-No permitirás que Wes me gane, ¿verdad? -murmuró mi acompañante.

-Tú puedes con ellos solo.

-Qué va, podría perder y jamás sobreviviría a eso.

Suspiré.

-Está bien, vale. Como quieras.

Ian me abrazó con un entusiasmo que a Melanie le pareció

innecesario.

-Eres mi favorita entre todas las personas del universo conocido.

-Gracias -murmuré con sequedad.

-¿Lista para la humillación, Wanda? -me provocó Wes-. Puede que hayáis ocupado el planeta, pero vas a perder este partido.

Ian se echó a reír, pero yo no respondí. Esa broma me inquietaba. ¿Cómo se podía bromear sobre eso? Los humanos no cesaban de sorprenderme.

Incluida Melanie. Hacía un rato estaba de un humor tan espantoso como el mío, pero en ese momento parecía entusiasmada.

«La vez anterior no pudimos jugar», explicó. Sentí que se moría por correr, pero esta vez no por miedo, sino por placer. Era algo que siempre le había encantado. «Ellos no volverán antes porque los esperemos sin hacer nada. Nos vendrá bien un poco de distracción». Ya estaba ideando estrategias y evaluando a nuestros adversarios.

-¿Conoces las reglas? -me preguntó Lily.

Asentí con la cabeza.

-Las recuerdo, sí.

Flexioné distraídamente la rodilla y cogí el tobillo por detrás para tirar de él, a fin de estirar los músculos. Era una posición que mi cuerpo encontraba familiar. Estiré la otra pierna y me complació sentir que estaba en forma. El cardenal de la cara posterior del muslo se había decolorado hasta el amarillo e iba desapareciendo. El costado estaba bien, lo cual me hacía pensar que la costilla no había llegado a fracturarse.

Dos semanas antes, mientras limpiaba espejos, me había visto la cara. En la mejilla se me estaba formando una cicatriz de color rojo oscuro tan grande como la palma de mi mano, con diez o doce puntas melladas en torno al borde. A mí me preocupaba menos que a Melanie.

-Yo me pondré en la portería -me informó Ian, mientras Lily retrocedía y Wes se paseaba junto a la pelota. Había una clara desigualdad, pero a Melanie eso le gustaba, porque le atraía la competitividad.

Desde el momento en que se inició el partido (Wes pateó la pelota hacia Lily y luego corrió adelante para esquivarme y recibir su pase) hubo muy poco que pensar. Sólo reaccionar y sentir. Ver a Lily cambiar de posición y calcular la dirección en que enviaría la pelota. Cortar el paso a Wes (¡ah, qué sorpresa la suya al descubrir lo rápida que era yo!), lanzar la pelota a Ian y avanzar por el campo. Lily jugaba demasiado adelante. Ambas corrimos hacia la lámpara que hacía de poste de la portería y yo llegué antes. Ian me pasó el balón con una precisión perfecta y marqué el primer gol.

Aquello era agradable, las distensiones y contracciones de los músculos, el sudor del esfuerzo y no únicamente de calor, el trabajo en equipo con Ian. Nos compenetrábamos bien. Yo era veloz y él tenía una puntería mortífera. Las pullas de Wes se marchitaron antes de que mi compañero marcara el tercer gol.

Lily dio el juego por terminado cuando llegamos a veintiuno. Estaba jadeando. Yo no, me sentía bien, con los músculos calientes y ágiles.

Wes quería jugar otro partido, pero Lily estaba exhausta.

-Reconócelo: son mejores.

-Nos han hecho trampa.

-Nadie dijo que ella no supiera jugar.

-Pero tampoco que fuera profesional, ¿no?

Eso me gustó tanto que me hizo sonreír.

-No tengas tan mal perder -le recriminó Lily mientras jugando, alargaba una mano para hacerle cosquillas en el vientre. Él la cogió por los dedos para acercarla más. Ella intentó zafarse entre risas, pero Wes la atrajo hacia sí y le plantó un sólido beso en aquella boca riante.

Ian y yo intercambiamos una rápida mirada, sorprendidos.

-Perderé con elegancia, pero sólo por ti -repuso Wes a su compañera, y después la soltó. La piel suave y acaramelada de Lily se había sonrojado un poco en las mejillas y en el cuello. Nos miró a Ian ya mí, para observar nuestra reacción. -y ahora -continuó Wes- voy a buscar refuerzos. Ya veremos cómo se defiende tu pequeña doble contra Kyle, Ian.

Y arrojó la pelota al rincón más oscuro de la cueva, donde cayó con un chapoteo en el manantial. Ian se alejó al trote para recuperarla, mientras yo continuaba observando a Lily con curiosidad.

Mi expresión la hizo reír con cierta timidez, nada habitual en ella.

-Ya lo sé, ya lo sé.

-¿Desde cuándo estáis... así? -pregunté. Ella hizo una mueca-. Perdón. No es asunto mío.

-No importa. No es ningún secreto. Al fin y al cabo, ¿quién puede guardar un secreto en este sitio? Es que... para mí es algo nuevo. En cierto modo ha sido culpa tuya -añadió, sonriendo para demostrar que bromeaba.

Aun así me sentí algo culpable. Y confundida.

-¿Mía? ¿Qué es lo que he hecho?

-Nada -me aseguró-. Pero me sorprendió que Wes... reaccionara ante ti de ese modo. No sabía que fuera una persona de sentimientos tan profundos. En realidad, hasta entonces no le había prestado mucha atención. Bueno, vale..., es demasiado joven para mí, pero ¿qué importa eso, aquí donde estamos? -Volvió a reírse de sí misma-. Es extraño que la vida y el amor sigan siempre hacia delante. No me lo esperaba.

-Sí. Es curioso cómo pasan estas cosas -convino Ian. Yo no le había oído acercarse hasta que me pasó un brazo sobre los hombros-. Pero es estupendo, de todas formas. Supongo que sabes que Wes estuvo encaprichado contigo desde que llegó, ¿verdad?

-Es lo que él dice. Yo no me había dado cuenta.

Ian rió.

-Entonces debes de haber sido la única. Oye, Wanda, ¿quieres que juguemos un uno contra uno mientras esperamos?

Percibí el mudo entusiasmo de Melanie.

-Vale.

Me cedió en primer lugar la pelota mientras él retrocedía hacia su portería. Mi primer chute pasó entre él y el poste, y marqué un tanto. Cuando



le dio una patada al balón, le adelanté a la carrera, me apoderé nuevamente de la pelota y marqué otro gol.

«Nos está dejando ganar», protestó Mel.

-¡Venga, Ian, juega!

-¡Pero si estoy jugando!

«Dile que está jugando como una chica».

-Juegas como una chica.

Él se echó a reír y yo volví a robarle la pelota. La pulla no había sido suficiente. Entonces tuve una inspiración, así que metí el balón en su portería, con la sospecha de que sería mi última oportunidad de marcar gol.

Mel objetó: «Esa idea no me gusta».

«Pues verás cómo funciona».

Puse nuevamente la pelota en el centro del campo.

-Si ganas, te dejaré dormir en mi habitación hasta que ellos vuelvan. -Necesitaba dormir bien una noche entera.

-Gana el primero que llegue a diez.

Con un gruñido, lanzó la pelota con tanta fuerza que pasó a mi lado, rebotó contra la invisible pared que estaba detrás de mi portería y volvió rebotada hacia nosotros.

Miré a Lily.

-¿No ha sido fuera?

-No, para mí que ha dado justo en el centro de la portería.

-Uno a tres -anunció Ian.

Tardó quince minutos en ganar, pero al menos me hizo trabajar de verdad. Me las arreglé para meter un gol más, de lo cual me sentí orgullosa. Mientras luchaba por meter aire en mis pulmones, él me robó la pelota una vez más y la hizo pasar entre los dos postes por última vez. No le faltaba el aliento en absoluto.

-Diez a cuatro: he ganado.

-Bien jugado -resoplé.

-¿Cansada? -preguntó, exagerando un poco su tono inocente. ¡Qué gracioso! Se estiró-. Creo que ya estoy listo para irme a la cama.

Su sonrisa fue melodramáticamente lasciva, por lo que le respondí con una mueca bastante agria.

-Venga, Mel, ya sabes que es broma. Sé buena.

Lily nos echó una mirada de desconcierto.

-La Melanie de Jared me pone pegas -le explicó Ian, mientras le guiñaba un ojo.

Ella enarcó las cejas.

¡Que... Interesante!

-¿Dónde se habrá metido Wes, que tarda tanto? -murmuró Ian, sin darse cuenta de su reacción-. ¿Vamos a ver qué pasa? Quiero beber un poco de agua.

-Yo también -admití.

-Traed un poco. -Lily seguía medio despatarrada en el suelo, sin moverse.

Cuando entramos en el estrecho túnel Ian me rodeó la cintura con un brazo.

-En serio -comentó-, me parece fatal que Melanie te haga sufrir a ti cuando en realidad está enfadada conmigo.

-¿Desde cuándo sois justos los humanos?

-Bien dicho.

-Además, a ella le encantaría hacerte sufrir, si yo la dejara.

Se echó a reír.

-Qué bien lo de Wes y Lily, ¿no crees? -dijo.

-Sí. Se les ve muy felices. Eso me gusta.

-También a mí. Al final ha conseguido a su chica. Me da esperanzas. -Me guiñó el ojo-. ¿Crees que Melanie te haría pasar un mal rato si yo te besara ahora mismo?

Me envaré durante un segundo y después inspiré hondo.

-Es muy probable.

«Ya lo creo».

-Decididamente, sí.

Ian suspiró.

Justo en ese momento oímos el grito de Wes. Su voz provenía desde el extremo del túnel, pero cada vez sonaban más cerca sus palabras:

-¡Han regresado! ¡Han regresado, Wanda!

Tardé menos de un segundo en procesar aquello e inmediatamente partí a toda carrera. Ian, detrás de mí, murmuraba algo sobre el esfuerzo malgastado.

Estuve a punto de derribar a Wes.

-¿Dónde? -jadeé.

-En la plaza.

Y salí disparada otra vez. Volé hacia el gran jardín, y cuando llegué los busqué con la mirada. No fue difícil encontrarlos. Jamie estaba de pie ante un grupo de gente reunido junto a la entrada del túnel meridional.

-¡Hola, Wanda! -gritó, agitando la mano.

Trudy lo aferró por el brazo, como para impedir que corriera a mi encuentro, mientras yo aceleraba rodeando el sembrado. Lo cogí por los hombros con las dos manos para estrecharlo contra mí.

-¡Oh, Jamie!

-¿Me echabas de menos?

-Sólo un poco. ¿Dónde están los otros? ¿Habéis vuelto todos? ¿Estáis todos bien? -Aparte de Jamie, sólo se veía allí a Trudy, de todos los que debían volver de la expedición. Los otros que estaban con ellos (Lucina, Ruth Ann, Kyle, Travis, Violetta, Reid) habían acudido a recibirlos.

-Hemos vuelto todos y estamos bien -me aseguró ella.

Recorrí con los ojos la gran caverna. -¿Dónde están los demás?

-Pues... han ido a lavarse, a dejar la carga...

Quería ofrecerme para ayudar, para hacer cualquier cosa que me acercara a Jared, para comprobar con mis propios ojos que estaba sano y a salvo, pero sabía que no iban a permitirme ver dónde se estaba guardando

aquella mercancía.

-Creo que necesitas un baño -le dije a Jamie, mientras le revolvía el pelo sucio y enredado, sin soltarlo aún.

-¡Pero si tiene que ir a acostarse! -observó la mujer.

-¡Trudy! -murmuró el chico, arrojándole una mirada ceñuda.

Ella me echó un vistazo y apartó rápidamente los ojos.

-¿Que debes acostarte? -Me aparté de Jamie para observarlo bien.

No parecía cansado; traía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas bajo el bronceado. Lo recorrí con una sola mirada y entonces los ojos se me quedaron clavados en su pierna derecha.

-¡Jamie! ¿Qué es lo que te ha pasado?

-Gracias, Trudy.

-Se iba a dar cuenta de todos modos. Vamos, podemos ir charlando mientras cojeas.

Trudy puso un brazo bajo el suyo y le ayudó a avanzar a saltos pequeños, cargando todo el peso sobre la pierna izquierda. Tenía un agujero mellado en los tejanos, unos cuantos centímetros por encima de la rodilla. La tela del contorno estaba teñida de un color pardo rojizo y ese color de mal agujero se extendía en una larga mancha hasta el final de la pernera.

«Sangre», reconoció Melanie horrorizada.

-¡Jamie! ¡Dime qué te ha pasado! -Lo rodeé con un brazo desde el otro lado, tratando de cargar con su peso hasta donde me fuera posible.

-Fue una estupidez, totalmente por mi culpa, y podría haberme sucedido aquí mismo.

-Dime.

Él suspiró.

-Sostenía un cuchillo en la mano cuando tropecé.

Me estremecí.

-¿No deberíamos llevarte hacia el lado opuesto? Tiene que verte

Doc.

-De allí vengo. Hemos ido nada más llegar.

-¿Y qué te ha dicho?

-Que estoy bien. Me ha limpiado la herida antes de vendármela y me ha dicho que vaya a acostarme.

-Pero ¿por qué has venido caminando hasta aquí? ¿Por qué no te has quedado en el hospital?

Jamie puso mala cara y levantó la vista hacia Trudy, como si estuviera buscando una respuesta.

-En su cama estará más cómodo -sugirió ella.

-Sí -aseguró él de inmediato-. ¿Quién puede descansar en esos catres tan horribles?

Los miré primero a ellos y luego eché una ojeada a mi espalda. La gente se había ido. Me llegó el eco de sus voces, que se alejaban por el corredor sur.

« ¿De qué va todo esto?», se preguntó Mel, cautelosa.

Entonces de pronto caí en la cuenta de que Trudy no era mucho

más hábil que yo mintiendo. Cuando había dicho que los otros habían ido a lavarse y a descargar su voz había sonado falsa. Me pareció recordar que había desviado los ojos hacia la derecha, en dirección al túnel.

-¡Hola, chaval! ¡Hola, Trudy! -lan acababa de alcanzarnos.

-Hola, lan -le saludaron ellos, al mismo tiempo.

-¿Qué te ha pasado?

-Me he caído con un cuchillo en la mano -gruñó el chico, con la cabeza gacha.

Él soltó una carcajada.

-No le veo la gracia -le dije con voz tensa. Dentro de mi cabeza Melanie, frenética de preocupación, se imaginaba abofeteándolo. La ignoré.

-Eso le puede pasar a cualquiera-dijo lan, asestando un leve golpe con el puño al brazo de Jamie.

-Desde luego -murmuró él.

-¿Dónde está todo el mundo?

Mientras Trudy respondía la observé por el rabillo del ojo.

-Tenían que..., eh..., acabar con la descarga.

Esta vez sus ojos se movieron descaradamente hacia el túnel del sur; lan endureció la expresión y pareció enfurecido durante medio segundo. En ese momento Trudy me devolvió la mirada y me pilló observándoles.

«Distráelos», susurró Melanie.

De inmediato bajé la vista hacia Jamie.

-¿Tienes hambre? -le pregunté.

-Ah, claro.

-¿Y cuándo no tienes tú hambre? -bromeó lan. Su cara había vuelto a relajarse. Era más hábil que Trudy para el engaño.

Cuando llegamos a nuestra habitación el chico se dejó caer en el amplio colchón, agradecido.

-¿Estás seguro de que te encuentras bien? -insistí.

-Esto no es nada. De verdad. El doctor asegura que me pondré bien en unos cuantos días.

Asentí con la cabeza, aunque no estaba del todo convencida.

-Voy a lavarme -murmuró Trudy. Y se marchó.

lan se apoyó contra la pared, con pinta de no querer ir a ninguna parte.

«Cuando mientas, mantén la cabeza agachada», me aconsejó Melanie.

-¿lan? -A pesar de seguir hablando, yo miraba atentamente la pierna ensangrentada de Jamie-. ¿Podrías traernos algo de comer? Yo también tengo hambre.

-Ah, sí, tráenos algo bueno.

Sentí los ojos de lan sobre mí, pero no levanté los ojos.

-Vale -accedió él-. Volveré en un segundo. -Puso énfasis en lo poco que tardaría.

Yo mantuve la mirada abajo, como si examinara la herida, hasta que dejé de oír el ruido de sus pisadas.

-¿No estás enfadada conmigo? -preguntó Jamie.

-Claro que no.

-Pero no querías que fuera.

-Ahora estás a salvo y eso es lo único que importa. -Distraída, le di unas palmaditas en el brazo. Al levantarme dejé que el pelo, que ya me llegaba al mentón, cayera hacia delante, ocultándome la cara.

-Vuelvo enseguida. He olvidado decirle algo a Ian.

-¿Qué? -preguntó él, confundido por mi tono.

-¿No te importa quedarte solo?

-No, desde luego -replicó, desconcertado.

Me deslicé al otro lado de la persiana antes de que pudiera preguntar nada más.

El corredor estaba desierto y no se veía a Ian por ninguna parte. Debía darme prisa, pues él ya sospechaba. Había notado que no me había pasado desapercibido lo forzado y torpe de la explicación de Trudy, así que su ausencia no duraría mucho.

A paso rápido, pero sin llegar a correr, crucé la plaza grande. Me moví con firmeza y determinación, como si fuera a hacer algo en concreto. Allí había sólo unas cuantas personas: Reid, que iba hacia el pasillo de acceso a la piscina del baño; Ruth Ann y Heidi, que se habían detenido a charlar junto al corredor oriental; Lily y Wes, que estaban cogidos de la mano, de espaldas a mí. Nadie me prestó atención. Mantuve la vista hacia delante como si no tuviera ningún interés en el túnel sur y sólo giré en esa dirección en el último instante.

En cuanto estuve en la negrura del corredor aceleré el paso, y comencé a trotar, por aquel camino familiar.

El instinto me decía que todo era lo mismo, una repetición de la última vez que Jared y los otros habían vuelto de una expedición, cuando todo el mundo se había puesto triste, Doc se había emborrachado y nadie respondía a mis preguntas. Ahora volvía a suceder aquello de lo que yo no debía enterarme, fuera lo que fuese. Lo que no me convenía saber, según Ian. Sentí que se me erizaba el pelo de la nuca. Tal vez no me iba a gustar lo que descubriera.

«Claro que sí. Las dos queremos enterarnos».

«Tengo miedo».

« Yo también».

Corrí por aquel túnel oscuro con el mayor sigilo posible.

## Capítulo 40

### Horrorizada

Aminoré el paso cuando escuché unas voces que se acercaban. No estaba lo bastante cerca del hospital para que fuera Doc. Eran otros los que regresaban de allí. Apreté la espalda contra el muro de roca para continuar avanzando poco a poco, tratando de no hacer ruido. Mi respiración estaba agitada por la carrera. Me cubrí la boca con la mano para sofocar el ruido de mis jadeos.

-¿Por qué continuamos haciendo esto? -se quejó alguien.

No sabía con certeza de quién era esa voz, pero se trataba de alguien que yo no conocía bien. ¿Tal vez Violetta? Reconocí el mismo tono triste de antes. Eso me borró cualquier duda que tuviera de estar imaginando cosas.

-Doc no quería hacerlo. Esta vez ha sido idea de Jared. Sin duda era Geoffrey quien hablaba ahora, aunque su voz sonaba algo alterada por la repugnancia contenida. Era él quien había acompañado a Trudy en la expedición, desde luego, porque lo hacían todo juntos.

-Yo pensaba que era quien más se oponía a este asunto. Ése me parecía que era Travis.

-Ahora está más... motivado -respondió Geoffrey.

Su voz sonaba tranquila, pero yo diría que parecía enfadado por algo.

Pasaron a un palmo escaso de donde yo estaba, aplastada contra la roca, inmóvil y conteniendo el aliento.

-Me parece malsano -murmuró Violetta-. Asqueroso. Jamás dará resultado.

Nadie le respondió y tampoco nadie volvió a hablar al alcance de mi oído. Aguardé hasta que sus pisadas dejaron de escucharse un poco, pero no podía esperar a que el sonido desapareciera por completo. Era posible que

lan ya viniera tras de mí.

Me escurrí hacia delante tan deprisa como me fue posible y cuando me pareció que no había peligro volví a trotar.

Cuando divisé las primeras luces del día al otro lado de la curva, más adelante, adopté un paso largo, más silencioso, pero que me permitiera avanzar con rapidez. Sabía que cuando dejara atrás ese arco abocinado podría ver la entrada al reino de Doc. Doblé el recodo y la luz se tornó más brillante.

Avancé entonces con cautela, apoyando cada pie en silencio y con prudencia. Todo estaba muy tranquilo. Pensé por un momento que tal vez estaba equivocada, que allí no había nadie. Pero cuando la entrada irregular apareció ante mí, proyectando un bloque de blanca luz solar contra la pared opuesta, oí que alguien sollozaba quedamente.

Me acerqué de puntillas hasta el borde de la abertura y me detuve a escuchar.

Los sollozos continuaban. Otro sonido, un golpeteo sordo, suave y rítmico, le seguía el compás.

-Bueno, bueno. -Era la voz de Jeb, enronquecida por alguna emoción-. Tranquilo, tranquilo, Doc. No te lo tomes tan a pecho.

El ruido sofocado de las pisadas de dos o más personas iban y venían por la habitación. Un susurro de telas. Un roce. Parecían ruidos de limpieza.

Percibí un olor que estaba fuera de lugar en ese sitio. Extraño..., no exactamente metálico, pero tampoco comparable a otra cosa. No me era conocido, estaba segura de no haberlo percibido nunca. Sin embargo tenía la extraña sensación de que debería resultarme familiar.

Tenía miedo de dar la vuelta a ese recodo.

« ¿Qué es lo peor que pueden hacernos? -preguntó Mel-. ¿Echarnos de aquí? ».

«Tienes razón».

Mucho habían cambiado las cosas si eso era lo peor que podía temer ahora de los humanos.

Percibí de nuevo ese olor a algo malo, ajeno a ese lugar. Respiré profundamente y rodeé el borde rocoso para entrar en el hospital.

Nadie reparó en mí.

Doc estaba arrodillado en el suelo, con la cara entre las manos y los hombros agitándose convulsivamente. Jeb, inclinado hacia él, le daba palmaditas en la espalda.

Jared y Kyle habían extendido una tosca camilla al lado de uno de los dos catres situados en el centro de la habitación. La expresión de Jared era dura; al parecer durante la expedición la máscara había vuelto a ocultar su rostro.

Los catres no estaban vacíos, como de costumbre. Había algo oculto bajo sendas mantas de color verde oscuro que los ocupaban de punta a punta. Eran largos e irregulares, con curvas y ángulos que me eran familiares...

A la cabecera de los catres, en el sitio más iluminado, habían instalado la mesa de Doc, de fabricación casera. En ella centelleaban una serie de objetos plateados, entre ellos relucientes bisturís y toda una colección de anticuados instrumentos médicos de los que yo ignoraba el nombre.

Pero más que éstos brillaban otras cosas plateadas. Había relucientes segmentos de plata tirados por toda la mesa, retorcidos y torturados..., diminutas hebras plateadas desnudas y esparcidas..., salpicaduras de plata líquida que manchaban la mesa, la manta, los muros...

Mi alarido pulverizó el silencio de la habitación. El cuarto entero se hizo trizas. Giró raudamente y se sacudió ante el sonido, se arremolinó a mi alrededor, impidiéndome encontrar la salida. Las paredes, esas paredes manchadas de plata, se elevaban para bloquearme la huida en cualquier dirección que me volviera.

Alguien gritó mi nombre, pero no supe de quién era la voz. Los alaridos eran tan fuertes que me hacían daño en la cabeza. El muro de piedra, rezumando plata, se estrelló contra mí y me caí al suelo. Unas manos pesadas me inmovilizaron allí.

-¡Socorro, Doc!

-¿Qué le pasa?

-¿Le ha dado un ataque de algo?

-¿Qué ha visto?

-Nada, nada. Los cadáveres estaban cubiertos.

¡Eso era mentira! Los cadáveres estaban horrorosamente descubiertos, esparcidos en contorsiones obscenas por toda esa mesa reluciente. Cadáveres mutilados, desmembrados, torturados, deshechos en jirones grotescos.

Había visto con claridad los restos de las antenas aún adheridos a la sección anterior de una criatura. ¡Era apenas una criatura! ¡Un bebé! Un bebé desparramado al azar, en trozos cercenados, por toda la mesa manchada con su propia sangre...

El estómago me daba vueltas, igual que las paredes, y un sabor ácido me trepó como una garra hasta la garganta.

-Wanda, ¿me oyes?

-¿Está consciente?

-Creo que va a vomitar.

La última voz estaba en lo cierto. Unas manos callosas me sostuvieron la cabeza mientras un líquido ácido salía de mi estómago con violencia.

-¿Qué hacemos, Doc?

-Sujetadla. No permitáis que se autolesione.

Tosí y empecé a retorcerme, tratando de escapar. Mi garganta se abrió.

-¡Soltadme! -pude decir al fin, medio sofocada. Las palabras sonaban casi incomprensibles-. ¡No me toquéis! ¡No me toquéis! ¡Sois unos monstruos! ¡Unos torturadores!



Volví a chillar sin palabras, contorsionándome contra los brazos que me retenían.

-¡Cálmate, Wanda! ¡Calla! ¡Todo está bien! -Era la voz de Jared. Por primera vez no me importó que fuera él.

-¡Monstruo! -le chillé.

-Tiene un ataque de histeria -le dijo Doc-. Sujétala. Un golpe seco, doloroso, me golpeó en la cara.

Sonó una exclamación ahogada lejos del caos inmediato.

-¿Qué estás haciendo? -rugió Ian.

-La cosa tiene un ataque o algo así, Ian. Doc está intentando hacerla reaccionar.

Me silbaban los oídos, pero no por la bofetada. Era el olor, el olor de la sangre plateada que goteaba por las paredes, el olor de la sangre de las almas. La habitación se retorció a mi alrededor como si estuviera viva. La luz creaba dibujos extraños, se curvaba adoptando la forma de los monstruos de mi pasado. Un buitre desplegó sus alas..., una bestia con garras movió sus pesadas pinzas hacia mi rostro... Doc, sonriente, alargó una mano hacia mí, goteando plata por la punta de los dedos...

La habitación giró una vez más, lentamente, y se hizo la oscuridad.

La inconsciencia no me retuvo durante mucho tiempo. Debieron de pasar sólo unos segundos antes de que se me despejara la cabeza. Estaba demasiado lúcida, aunque habría preferido seguir ausente un rato más.

Me movía en un balanceo hacia atrás y hacia delante, y todo estaba tan negro que no se veía nada. Misericordiosamente, aquel olor horrible había desaparecido. El aire húmedo y mohoso de las cuevas se me antojó perfume.

La sensación de ser transportada, acunada, me era familiar. Aquella primera semana, después del ataque de Kyle, había ido a muchos sitios en brazos de Ian.

-Creía que ella habría adivinado lo que nos traíamos entre manos, pero parece que me equivoqué -murmuraba Jared.

-¿Eso es lo que crees que ha pasado? -La dura voz de Ian cortó el silencio del túnel-. ¿Que se ha asustado al ver que Doc estaba tratando de retirar a las otras almas? ¿Que ha tenido miedo por ella?

Su acompañante tardó un minuto en responder:

-¿Tú dirías que no?

Ian emitió un ruido desde el fondo de la garganta:

-Claro que no. Por mucho que me disguste que traigáis más... víctimas para Doc, ¡devolvedlas ahora mismo...! Por mucho que eso me revuelva el estómago, no es eso lo que la ha trastornado. ¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿No imaginas cómo ha visto ella esa escena?

-Estoy seguro de que ya habíamos cubierto los cadáveres cuando...

-¡Pero eran los cadáveres equivocados, Jared! Oh, claro que

Wanda se trastornaría si viera un cadáver humano, siendo tan sensible como es, y más aún teniendo en cuenta que la violencia y la muerte no forman parte de su mundo normal, pero imagina lo que representan para ella las cosas que había en la mesa.

Él tardó todavía un minuto.

-Oh.

-Sí. Si tú o yo nos hubiéramos topado con una vivisección humana, con cuerpos desgarrados y salpicaduras de sangre por todas partes, no nos habríamos impresionado tanto como ella. Ya lo hemos visto todo, incluso desde antes de la invasión, por lo menos en las películas de terror; pero ella no debe de haberse visto expuesta nunca a algo así en ninguna de sus existencias.

Empezaba a marearme otra vez. Esas palabras me lo recordaban todo otra vez. La escena. El olor.

-Suéltame -susurré-. Déjame en el suelo.

-No quería despertarte, lo siento. -Esas últimas palabras sonaron con doble sentido, porque se estaba disculpando por algo más que por haberme despertado.

-Suéltame.

-No te encuentras bien. Te voy a llevar a tu habitación.

-No. Bájame ahora mismo.

-Wanda...

-¡Ahora mismo! -grité.

Empujé con la mano su pecho, al tiempo que pateaba para liberar las piernas. La ferocidad de mi forcejeo le cogió por sorpresa, de modo que pude soltarme. Caí al suelo medio agazapada, me incorporé de un brinco y eché a correr.

-¡Wanda!

-Déjala.

-No me toques. ¡Wanda, regresa!

Parecían estar peleando detrás de mí, pero no aminoré el paso. Era lógico que pelearan. Eran humanos. Para ellos la violencia era un placer.

No me detuve cuando me encontré de nuevo a la luz.

Crucé a paso rápido la caverna grande sin mirar a ninguno de los monstruos que estaban allí. Sentí sus miradas sobre mí y no me importó.

Tampoco me importaba no saber adónde iba. Sólo quería llegar a un sitio donde pudiera estar sola. Evité los túneles donde hubiera gente y eché a correr por el primero que encontré desierto.

Era otra vez el túnel oriental. Ésta era la segunda vez en el mismo día que corría por ese pasillo. La vez anterior lo había hecho llena de alegría; ahora estaba horrorizada. Me costaba recordar lo que había sentido por la tarde al saber que los exploradores habían regresado de nuevo a casa. Ahora todo se había vuelto tenebroso y horrible, incluido su regreso. Hasta las piedras parecían destilar algo maligno.

No obstante, ese pasillo era el más conveniente para mí.

Nadie tenía motivos para utilizarlo y estaba vacío.

Corrí hacia el final del túnel, hasta la noche profunda del salón de juegos, ahora desierto. ¿Era posible que yo hubiera jugado allí con ellos hacía tan poco tiempo? ¿Cómo podía haber dejado que me sedujeran sus sonrisas sin ver las bestias que ocultaban debajo...?

Me desplacé hacia delante hasta que tropecé con las aguas oleosas del oscuro manantial. Retrocedí con la mano extendida en busca de una pared. Al encontrar una áspera cornisa rocosa que ofrecía un borde afilado bajo mis dedos, me adentré en la depresión formada por el saliente y me acurruqué allí, en el suelo, agarrándome con las manos los tobillos.

«Eso no era lo que pensábamos. Doc no quería hacer daño a nadie a propósito. Sólo estaba intentando salvar... ».

« ¡Sal de mi cabeza! », le ordené a voz en grito.

Mientras la arrojaba fuera de mí, amordazándola para no tener que soportar sus justificaciones, caí en la cuenta de lo mucho que se había debilitado en todos aquellos meses de amistad. Hasta qué punto yo había sido permisiva, alentándola.

Acallarla ahora fue casi demasiado fácil, tanto como habría debido serlo desde el principio.

Ahora sólo quedaba yo. Sólo yo, el dolor, el horror del que jamás escaparía. Jamás podría dejar de tener esa imagen en la cabeza. Jamás me libraría de ella. Formaba para siempre parte de mí.

No sabía cómo se guardaba luto en este planeta. No podía llorar a la manera humana por esas almas perdidas cuyos nombres ya no sabría nunca. Ni tampoco por la criatura destrozada de la mesa.

En el Origen nunca había tenido que vivir un duelo. Ignoraba cómo se hacía allí, en el verdadero hogar de mi especie. Por lo tanto me conformé con el duelo de los murciélagos. Parecía apropiado, puesto que allí la oscuridad era como estar ciego. Los murciélagos vivían su luto en silencio, sin cantar durante varias semanas seguidas, y no finalizaba hasta que el dolor de la nada que ocasionaba la falta de música era peor que el dolor por haber perdido a un alma. Allí yo había conocido la pérdida, porque un amigo, muerto en un accidente absurdo debido a un árbol caído por la noche, había sido encontrado demasiado tarde para rescatarlo del cuerpo aplastado de su anfitrión. Espiral... Ascenso... Armonía, tales eran las palabras que habrían compuesto su nombre en este idioma. Si no con exactitud, al menos con bastante aproximación. En su muerte no hubo horror, sólo pena. Sólo había sido un accidente.

El burbujeo del riachuelo era demasiado disonante como para recordarme nuestras canciones. No podía lamentarme de forma apropiada junto a ese estruendo tan falto de armonía.

Me ceñí los hombros con los brazos, y lloré por la criatura, por la otra alma que había muerto con ella. Mis hermanos. Mi familia. Si hubiera hallado un modo de escapar de ese sitio, si hubiera advertido a los buscadores, a estas horas sus restos no estarían mezclados y mutilados con tanta indiferencia en esa habitación sangrienta.

Quería llorar para así purgar mi angustia, pero así era como lo

hacían los humanos, por lo que cerré mis labios con fuerza y, acurrucada en la oscuridad, contuve el dolor en mi interior.

Pero mi silencio, mi duelo, me fueron robados.

Les llevó unas cuantas horas. Oí que buscaban, oí sus voces resonantes y deformadas por los largos tubos de aire. Me llamaban, esperando una respuesta. Como no la hubo, trajeron luces, no aquellas tenues lámparas azules, que quizá no habrían podido revelar mi escondrijo, sepultado bajo tanta negrura, sino las agudas lámparas amarillas de las linternas. Se balanceaban de un lado a otro, como péndulos de luz. Ni siquiera con las linternas me encontraron hasta que no recorrieron el salón por tercera vez. ¿Por qué no me dejaban vivir mi duelo en paz?

Cuando los rayos luminosos al fin me descubrieron hubo una exclamación de alivio.

-¡La he encontrado! Di a los otros que vuelvan adentro. ¡Al final estaba aquí!

Yo conocía esa voz, pero no le puse nombre alguno. Era sólo un monstruo más.

-¿Wanda? Wanda, ¿estás bien?

No levanté la cabeza ni abrí los ojos. Estaba llorando a mis muertos.

-¿Dónde está Ian?

-¿No crees que deberíamos traer a Jamie?

-No le conviene apoyar la pierna.

«Jamie». El nombre me estremeció. Mi Jamie. Pero él también era un monstruo. Igual que los otros. Mi Jamie. Pensar en él me provocaba un auténtico dolor físico.

-¿Dónde está?

-Aquí, Jared, pero... no reacciona.

-No la hemos tocado.

-Venga, dame la linterna -dijo Jared-. Vosotros, los demás, largaos. Se acabó la emergencia. Dejadle espacio, ¿vale?

Hubo un ruido de pies que se arrastraban que no llegó muy lejos.

-Hombre, de verdad. Así no nos ayudáis. Marchaos. Fuera.

El ruido tardó en recomenzar, pero luego se tornó más intenso.

El sonido susurrante tardó un poco en oírse, pero al final se produjo igualmente. Escuché un montón de pasos desvanecerse al alejarse de la habitación y después desaparecieron por completo.

Jared aguardó a que todo volviera a quedar en silencio.

-Bueno, Wanda, ahora estamos solos tú y yo.

Esperaba algún tipo de respuesta.

-Mira, comprendo que debe de haberte parecido bastante... mal. No queríamos que vieras eso. Lo siento.

¿Que lo sentía? Geoffrey había dicho que la idea era suya. Quería arrancarme, cortarme en trocitos, arrojar mi sangre contra la pared. Habría mutilado lentamente a un millón de Wandas si hubiera hallado la manera de conservar a su monstruo favorito vivo y junto a él. Nos habría hecho añicos a

todos.

Calló durante un rato bastante largo, esperando todavía a que yo reaccionara.

-Parece que quieres estar sola. Lo comprendo. Puedo mantenerlos a todos a distancia, si eso es lo que prefieres.

No me moví.

Algo me tocó el hombro. Me aparté con un movimiento convulso, aplastándome contra las piedras afiladas.

-Perdona -murmuró.

Oí que se ponía de pie y la luz, que se percibía roja tras mis ojos cerrados, fue desapareciendo según él se alejaba.

En la salida de la sala se encontró con alguien.

-¿Dónde está?

-Quiere estar sola. Déjala.

-No vuelvas a ponerte en mi camino, Jared Howe.

-¿Acaso crees que ella querrá tu consuelo? ¿El consuelo de un humano?

-Yo no he participado en ese...

Jared respondió en voz más baja, pero me llegaron los ecos de su voz:

-Esta vez no. Tú eres uno de nosotros, Ian. Su enemigo. ¿No oíste lo que decía allí dentro? «Monstruos», gritaba. Así es como ella nos ve ahora. No querrá tu consuelo.

-Dame la linterna.

No volvieron a hablar. Pasado un minuto oí las lentas pisadas de una sola persona que avanzaba por el borde de la habitación. Finalmente la luz volvió a recorrerme y a teñirme los párpados de rojo.

Me acurruqué aún más, pensando que él me tocaría. Hubo un suspiro quedo y luego oí que se sentaba en la piedra, no tan cerca como yo temía.

La luz desapareció con un chasquido.

Durante un buen rato, en silencio, aguardé a que él hablara, pero siguió tan callado como yo.

Por fin dejé de esperar y volví a mi duelo. Ian no lo interrumpió. Sentada en la negrura de ese gran hoyo en la tierra, yo sufría por las almas perdidas, con un humano a mi lado.

## Capítulo 41

# Desaparición

Ian permaneció a mi lado, sentado en la oscuridad, durante tres días.

Sólo se marchaba unos cuantos minutos de vez en cuando para traer comida y agua para los dos. Al principio, mi acompañante comía y bebía, aunque yo no lo hiciera, pero más adelante también él dejó de comer al comprender que no era la falta de apetito el motivo por el cual yo dejaba mi bandeja intacta.

Yo aprovechaba sus breves ausencias para atender a las necesidades físicas insoslayables, agradecida por la cercanía de ese arroyo maloliente. Al prolongarse mi ayuno esas necesidades desaparecieron.

No podía evitar el sueño, pero no me hacía sentirme mejor. El primer día, al despertar, me encontré con la cabeza y los hombros acunados en el regazo de Ian. Me aparté de él con un espasmo tan violento que él no repitió el gesto. De ahí en adelante dormí tirada sobre las piedras, allí donde estaba, y cuando me despertaba, volvía a convertirme en una bola muda.

-Por favor -susurró Ian al tercer día, o al menos creo que era el tercer día, pues no había modo de saber con certeza el tiempo transcurrido en ese sitio oscuro y silencioso. Era la primera vez que él me hablaba. Me di cuenta de que había una bandeja con comida frente a mí. Él la acercó un poco más, hasta que me tocó la pierna. Me aparté con un gesto de miedo-. Por favor, Wanda. Por favor, come un poco.

Me puso una mano en el brazo, pero la retiró de inmediato al ver que yo me encogía.

-Por favor, no me odies. Lo siento tanto... Lo habría impedido si me hubiera enterado. No permitiré que vuelva a suceder.

Él no podría detenerlos: era uno sólo entre muchos y no había puesto objeciones hasta entonces, tal y como había dicho Jared. Yo era el

enemigo. Incluso para los más compasivos, la limitada misericordia de la humanidad quedaba reservada para los de su especie.

Yo sabía que Doc no era capaz de hacer sufrir deliberadamente a otra persona, dudaba que fuera capaz siquiera de presenciar algo así, tan acentuada era su sensibilidad, pero ¿un gusano, un ciempiés? ¿Qué podía importarle el tormento de una extraña criatura alienígena? ¿Por qué tendría que molestarle asesinar a un bebé (lentamente, trinchándolo trozo a trozo) si no tenía boca humana con la cual gritar?

-Debería habértelo contado -susurró Ian.

¿Habría sido diferente si me lo hubieran dicho en vez de haber visto yo misma esos restos torturados? ¿Habría sido el dolor menos fuerte?

-Come, por favor.

El silencio retornó y nos mantuvimos así durante un buen rato, quizá una hora.

Ian se levantó y se alejó sin hacer ruido.

Yo no le encontraba sentido a mis emociones. En ese momento odiaba el cuerpo al que estaba amarrada. ¿Cómo explicar que la ausencia de ese hombre me deprimiera? ¿Por qué me dolía la soledad que ansiaba? Quería que el monstruo regresara. Y eso estaba mal, obviamente.

No pasé mucho tiempo sola. No sabía decir si Ian había ido a buscarle o si él había estado esperando a que mi compañero se marchara, pero reconocí el silbido pensativo de Jeb acercándose en la oscuridad.

Los silbidos se detuvieron a un par de metros de mí y se oyó un chasquido potente. Un rayo de luz amarilla me quemó los ojos y parpadeé para rechazarlo.

Jeb dejó la linterna en el suelo, con la bombilla hacia arriba. Arrojava un círculo de luz contra el techo bajo, formando a nuestro alrededor una esfera luminosa más amplia y difusa.

Se apoyó contra el muro, a mi lado.

-¿Te vas a dejar morir de hambre, entonces? ¿Es eso lo que buscas?

Clavé la mirada en la piedra del suelo.

Siendo sincera conmigo misma, sabía que mi duelo había terminado. Había llorado por la muerte de aquella criatura y de la otra alma que no conocía y que había visto por primera vez en esa cueva de los horrores. No podía llorar eternamente la pérdida de dos desconocidos. No, ahora era distinto, estaba enfadada.

-Si quieres morir, hay maneras más fáciles y rápidas.

Como si yo no fuera consciente de eso.

-Pues bien, entrégame a Doc -grazné.

Jeb no se sorprendió de oírme hablar. Asintió como para sus adentros, como si hubiera sabido exactamente qué palabras saldrían de mi boca.

-¿Pretendías que nos diéramos por vencidos sin más, Wanderer? - Su voz sonó más severa, más seria de lo que nunca la había oído-. Nuestro instinto de supervivencia es demasiado fuerte para eso. Es lógico que

busquemos la manera de recuperar nuestras mentes. Un día de éstos podría tocarle a cualquiera de nosotros, y ya hemos perdido a muchos de nuestros seres queridos.

»Esto no es fácil. Doc se siente morir cada vez que fracasa, ya lo has visto, pero ésta es nuestra realidad, Wanda. Éste es nuestro mundo. Hemos perdido una guerra y estamos a punto de extinguirnos, por eso estamos buscando encontrar maneras de salvarnos.

Por primera vez Jeb me hablaba como a un alma, no como a un humano. No obstante, tuve la sensación de que siempre había tenido esa diferencia bien clara. Simplemente, era un monstruo cortés.

Me era imposible negar la verdad de sus palabras, porque tenían sentido. El efecto del impacto emocional había pasado y volvía a ser la de siempre. Ser justa formaba parte de mi carácter.

Algunos de estos humanos podían ver las cosas desde mi punto de vista, al menos Ian. Y yo también podía verlas desde su perspectiva. Eran monstruos, pero monstruos con motivos para actuar como lo estaban haciendo.

Naturalmente, pensaban que la solución era la violencia. No eran capaces de imaginar ninguna otra. ¿Se les podía criticar, si su programación genética restringía de esa manera sus facultades para la solución de problemas?

Carraspeé, pero mi voz aún sonaba ronca por la falta de uso:

-Destrozando bebés no salvaréis a nadie, Jeb. Sólo habéis conseguido que mueran los dos.

Por un momento guardó silencio.

-Es que no podemos distinguir a vuestras crías de vuestros viejos.

-No. Ya lo sé.

-Y los de tu especie no perdonáis a nuestros bebés.

-Pero tampoco los torturamos. Nunca haríamos sufrir intencionadamente a nadie.

-Hacéis algo peor: los hacéis desaparecer.

-Y vosotros las dos cosas.

-Es cierto, sí, porque debemos intentarlo. Debemos continuar luchando y no conocemos otra manera. Se trata de continuar intentándolo o ponernos de cara a la pared y morir. -Me miró con una ceja enarcada.

Posiblemente yo estaría mirándole igual a él.

Con un suspiro, cogí la botella de agua que Ian había dejado cerca de mi pie. La vacié de un largo trago y después me aclaré la garganta de nuevo.

-No servirá de nada, Jeb. Por mucho que nos cortéis en pedazos, no haréis sino asesinar a más seres sensibles de ambas especies. No somos torturadores, no matamos porque nos guste, pero tampoco tenemos un cuerpo débil. Nuestros ligamentos pueden parecer suaves cabellos de plata, pero son más fuertes que vuestros órganos. Eso es lo que está sucediendo, ¿verdad? Doc parte a trozos a mis familiares y esos trozos, al separarse, desgarran el cerebro de los miembros de tu especie.



-Como si fuera requesón -confirmó él.

Me sobrevino una arcada, estremecida por la imagen.

-A mí también me dan ganas de vomitar -admitió él-. Y a Doc se le va la cabeza. Cada vez que cree haberlo resuelto, fracasa otra vez. Ha probado todo lo que se le podía ocurrir, pero no puede evitar que se le conviertan en papilla. Vuestras almas no responden a las inyecciones sedantes... ni al veneno.

Mi voz sonó ruda cuando escuché aquel nuevo espanto:

-¡Por supuesto que no! Nuestra composición química es muy diferente.

-En una ocasión, uno de los tuyos pareció adivinar lo que iba a suceder. Antes de que Doc pudiera dormir al humano, esa cosita plateada desgarró el cerebro desde dentro. No nos enteramos hasta que Doc lo abrió, claro, pero el tipo aquel se derrumbó sin más.

Me quedé estupefacta, extrañamente impresionada. Esa alma debió de ser muy valiente. Yo no habría tenido el valor de dar ese paso, ni siquiera al principio, cuando temía que intentarían torturarme para conseguir una respuesta a ese mismo problema. No imaginaba que tratarían de obtenerla por sí mismos, porque ese procedimiento estaba tan obviamente condenado al fracaso que no se me habría ocurrido nunca.

-Somos seres relativamente diminutos, Jeb, y dependemos por completo de anfitriones involuntarios. No habríamos durado mucho tiempo si no tuviéramos nuestras defensas.

-No niego que tu especie tenga derecho a esas defensas. Sólo te digo que continuaremos resistiendo, en cualquier caso. Y con eso no quiero decir que hagamos sufrir a nadie por gusto. Vamos improvisando sobre la marcha, pero no dejaremos de luchar.

Nos miramos cara a cara.

-En ese caso, tal vez será mejor que hagáis que Doc me trinche. ¿Para qué otra cosa puedo servir?

-¡Para, para! No seas tonta, Wanda. Los humanos no somos tan lógicos. Nuestra gama para el bien y el mal es más amplia que la vuestra. Vaya..., quizá la del mal especialmente...

Asentí a sus palabras, pero él continuó sin prestarme atención.

-Nosotros valoramos al individuo por encima de todo y quizá, pensándolo bien, pongamos demasiado énfasis en él. ¿A cuánta gente, en abstracto, sacrificaría..., por ejemplo, Paige? ¿A cuánta gente sacrificaría ella por mantener con vida a su Andy? Si consideras que toda la humanidad está compuesta por seres iguales, la respuesta no tendría ningún sentido.

»El modo en que a ti se te valora aquí..., bueno, tampoco tiene mucho sentido cuando lo miras desde el punto de vista de la humanidad, pero hay quienes te apreciarían a ti por encima de otros humanos. Debo admitir que yo mismo me incluyo en ese grupo. Te considero amiga mía, Wanda. Desde luego, si me odias eso no funcionará.

-No te odio, Jeb, pero...

-¿Qué?

-Es que no veo manera de continuar viviendo aquí. ¿Cómo, mientras vosotros masacráis a mi familia en la habitación contigua? y tampoco puedo marcharme, obviamente. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¿Qué otra cosa puedo esperar aquí, sino la carnicería inútil de Doc? -Me estremecí.

Él asintió, serio.

-En eso tienes toda la razón. No es justo pedirte que cargues con eso.

El estómago se me cayó a los pies.

-Si pudiera escoger, preferiría que me matarais de un balazo-susurré.

Jeb se echó a reír.

-Tómalo con calma, cariño. Nadie va a matar a mis amigos, ni a balazos ni con un bisturí en la mano. Sé que no mientes, Wanda. Si dices que nuestro método no funcionará, tendremos que pensarlo mejor. Diré a los chicos que de momento no traigan más rehenes. Además, creo que Doc tiene los nervios deshechos. No podrá seguir soportando esto.

-Podrías estar mintiéndome -le recordé- y yo no me daría cuenta.

-Pues entonces tendrás que confiar en mí. Porque no voy a matarte. Y tampoco dejaré que te mueras de hambre. Come algo, hija. Es una orden.

Respiré profundamente, tratando de pensar. No sabía con certeza si habíamos llegado a un acuerdo o no. En este cuerpo nada tenía sentido. Esta gente me gustaba demasiado. Eran amigos. Amigos monstruosos que yo no podía ver bajo la óptica correcta mientras las emociones me dominaran.

Jeb cogió una gruesa rebanada de pan de maíz que rezumaba miel de contrabando y me la plantó en la mano. Se desmoronó en trocitos viscosos que se me pegaron a los dedos. Con otro suspiro, comencé a limpiármelos con la lengua.

-¡Buena chica! Superaremos este mal momento y saldremos adelante, ya lo verás. Trata de pensar en positivo.

-«Pensar en positivo...» -murmuré con la boca llena, mientras negaba con un gesto de incredulidad. Sólo Jeb...

En ese momento regresó Ian. Cuando entró en nuestro círculo de luz y vio la comida que yo tenía en la mano, la expresión que se extendió por su cara me llenó de remordimientos. Era una mirada aliviada, llena de alegría.

No, yo nunca habría causado intencionadamente a nadie un dolor físico, pero al dañarme a mí misma había herido profundamente a Ian. Las vidas humanas estaban tan increíblemente enmarañadas... ¡Qué desastre!

-Estabas aquí, Jeb -dijo en voz baja mientras se sentaba frente a nosotros, algo más cerca de su amigo-. Era lo que suponía Jared.

Me arrastré un palmo hacia él, con los brazos doloridos después de una inmovilidad tan prolongada, y apoyé una mano sobre la suya.

-Perdona -susurré.

Él giró la mano hacia arriba para estrechar la mía.

-No te disculpes.

-Debería haberlo entendido. Jeb tiene razón. Es lógico que

resistáis. ¿Cómo podría culparos por eso?

-Contigo aquí es diferente. Deberíamos haber parado.

Pero mi presencia allí simplemente había hecho que resolver el problema fuera algo mucho más importante. ¿Cómo iban a querer tener a Melanie sin haberse deshecho de mí? ¿Cómo iban a recuperarla, sin hacerme desaparecer?

-En la guerra vale todo -murmuré, tratando de sonreír.

Él respondió con otra sonrisa débil:

-Y en el amor. No olvides esa parte.

-Vale, no nos vayamos por las ramas -masculló Jeb-, que aún no he terminado.

Lo miré con curiosidad. ¿Qué faltaba?

-Bien. -Inspiró hondo-. Intenta que no te dé otro ataque, ¿vale? -me pidió mirándome a la cara.

Me quedé inmóvil, aferrada a la mano de Ian con más fuerza aún. Éste lanzó hacia Jeb una mirada llena de ansiedad.

-¿Vas a decírselo? -preguntó.

-¿Y ahora qué? -exclamé-. ¿Qué es lo que pasa ahora?

Jeb tenía puesta su cara de póquer.

-Se trata de Jamie.

Esas dos palabras volvieron a ponerme el mundo patas arriba.

Durante tres largos días había sido Wanderer, un alma entre humanos. De pronto era nuevamente Wanda, un alma muy confundida con emociones humanas tan poderosas que escapaban a mi control.

Me levanté de un salto arrastrando a Ian conmigo, porque mi mano se había aferrado a la suya como si estuviera pegada; pero me tambaleé al sentir que mi cabeza daba vueltas.

-Tranquila, te he pedido que no te vuelvas loca, Wanda. Jamie está bien, aunque muy preocupado por ti. Se enteró de lo que había sucedido y no deja de preguntar por ti. El chico no puede con la preocupación, y no creo que eso le haga ningún bien. He venido a pedirte que vayas a verlo. Pero no puedes ir así, tienes un aspecto horrible. No harías más que angustiarse sin motivo. Siéntate y come un poco más.

-¿Como está de la pierna? -inquirí.

-Se ha producido una pequeña infección -murmuró Ian-. Doc le ha mandado hacer reposo, si no ya habría venido a buscarte hace mucho tiempo. En realidad habría venido igual si no fuera porque Jared lo tiene prácticamente atado a la cama.

Jeb asintió.

-Jared ha estado a punto de venir a llevarte por la fuerza, pero le he pedido que me permitiera primero hablar contigo. Al chico no le haría ningún bien verte así, catatónica.

Era como si la sangre se me hubiera convertido en agua helada. Pura imaginación, sin duda.

-¿Qué le está dando Doc?

Jeb se encogió de hombros.

-No hay nada que darle. El chico es fuerte y lo superara.

-¿Cómo que no hay nada que darle? ¿Qué significa eso?

-Es una infección bacteriana -me explicó Ian-. Ya no tenemos antibióticos.

-Porque no sirven para nada, las bacterias son más listas que vuestros medicamentos. Tiene que haber algo mejor, alguna otra cosa.

-Vale, pero aquí no tenemos nada más -dijo Jeb-. El chico está sano. Bastará con dejar que las cosas sigan su curso.

-¿Que sigan... su curso? -Murmuré las palabras como aturdida.

-Come algo -me instó Ian-. Si te ve así se va a preocupar mucho más.

Me froté los ojos al tiempo que me esforzaba por poner en orden mis pensamientos.

Jamie estaba enfermo y aquí no tenían nada con lo que tratarlo. No había más opción que esperar a ver si su cuerpo lograba curarse solo. Y si no...

-¡ No! -exclamé.

Me sentía como si estuviera nuevamente de pie ante la tumba de Walter, escuchando el sonido de la arena que caía en la oscuridad.

-No -gemí, luchando contra el recuerdo.

Me volví mecánicamente para echar a andar, con largas zancadas rígidas, rumbo a la salida.

-Espera -me pidió Ian. Pero no tiró hacia atrás de la mano que aún le sujetaba, sino que acomodó su paso al mío.

Jeb me alcanzó por el otro lado y me puso más comida en la mano libre.

-Come -dijo-. Hazlo por el chico.

Mordí sin saborear, mastiqué sin pensar, tragué sin sentir que la comida me bajara al estómago.

-Ya sabía yo que iba a reaccionar de forma exagerada -gruñó él.

-¿Por qué se lo has dicho, entonces? -preguntó Ian, frustrado.

Jeb no respondió. Me pregunté por qué lo había hecho. ¿Acaso el asunto era peor de lo que yo imaginaba?

-¿Está en el hospital? -pregunté, sin dar inflexiones ni emoción a mi voz.

-No, no -me aseguró Ian, de prisa-. Está en vuestra habitación.

Ni siquiera llegué a sentir alivio. Estaba demasiado aturdida para eso.

Por Jamie habría vuelto a entrar en el hospital aunque todavía estuviera chorreando sangre.

No reparé en las cuevas familiares por las que caminaba. Apenas noté que era de día. No pude mirar a los ojos a ninguno de los humanos que se detuvieron a observarme. Sólo podía poner un pie delante del otro, hasta que al fin llegué al pasillo.

Frente a la séptima cueva había unas cuantas personas arracimadas. El biombo de seda estaba plegado a un lado y todos estiraban el

cuello para mirar hacia el interior de la habitación de Jared. Todos me eran conocidos, gente que yo consideraba amigos y que también eran amigos de Jamie. ¿Por qué estaban allí? ¿Acaso el estado del chico era tan inestable que creían necesario vigilarle regularmente?

-Wanda -jadeó alguien. Era Heidi-. Aquí está Wanda.

-Dejadla pasar -pidió Wes, mientras daba una palmada a Jeb en la espalda-. Buen trabajo.

Atravesé el pequeño grupo sin mirar a nadie. Me abrieron paso, pero si no lo hubieran hecho les habría atropellado. No podía concentrarme en otra cosa que no fuera avanzar.

La habitación de techo alto estaba bien iluminada. Dentro no había mucha gente. Doc o Jared habían mantenido fuera a los visitantes. Reparé vagamente en la presencia de Jared, que estaba apoyado contra la pared opuesta con las manos cruzadas a la espalda, postura que sólo asumía cuando estaba preocupado de verdad. Doc permanecía arrodillado junto a la gran cama donde yacía Jamie, exactamente donde yo le había dejado.

¿Por qué le había dejado?

Tenía la cara enrojecida y sudorosa. Le habían cortado la pernera derecha de los tejanos y habían retirado el vendaje de la herida. No era tan grande ni tan horrible como había imaginado. Sólo un corte limpio de cinco centímetros. Pero el borde la herida mostraba un matiz de rojo que daba miedo y la piel alrededor del corte estaba hinchada y brillante.

-Wanda -exhaló al verme-. Ah, estás bien. ¡Ay! -Inspiró profundamente.

Tropecé y caí de rodillas a su lado, arrastrando a Ian conmigo. Al tocar la cara de Jamie sentí que la piel me quemaba la mano. Mi codo rozó el de Doc, pero apenas me di cuenta. Él se apartó y no pude ver qué emoción mostraba su cara, si aversión o culpa.

-Jamie, pequeño, ¿cómo estás?

-Soy un estúpido -respondió, con una gran sonrisa-, pero estúpido de verdad. ¿Puedes creer que tenga tan mala suerte? -Señaló la pierna con un gesto.

Vi un paño mojado en la almohada y se lo pasé por la frente.

-Te vas a poner bien -le prometí. Me sorprendió que mi voz sonara con tanta fiereza.

-Por supuesto. No es nada. Pero Jared no me dejaba ir a hablar contigo. -De pronto puso cara de ansiedad-. Me contaron lo de... Ya sabes, Wanda, que yo...

-Chist. No pienses en ello para nada. Habría venido antes si hubiera sospechado que estabas enfermo.

-No es que esté enfermo, es sólo una estúpida infección; pero me alegra que hayas venido. No me gustaba ni pizca no saber cómo estabas.

No podía tragar del nudo que tenía en la garganta. ¿Un monstruo mi Jamie? Imposible.

-Me contaron que le diste una buena lección a Wes el día que regresamos -comentó él, cambiando de tema con una amplia sonrisa-. ¡Vaya,

lo que hubiera dado por ver eso! Seguro que a Melanie le encantó.

-Pues sí, así es.

-¿Está bien ella? ¿No estará muy preocupada?

-Claro que está preocupada -murmuré mientras contemplaba el paño moviéndose por su frente como si lo arrastrara una mano ajena.

Melanie.

¿Dónde estaba?

Busqué en mi cabeza aquella voz familiar. No había más que silencio. ¿Por qué no estaba allí? La piel de Jamie ardía en cualquier lugar que le rozaran mis dedos. Ese contacto, ese calor enfermizo, le habría provocado tanto pánico como a mí.

-¿Te sientes bien? -preguntó Jamie-. ¿Wanda?

-Estoy cansada. Lo siento, Jamie. Apenas... acabo de sobreponerme.

Él me observó con atención.

-No tienes buen aspecto.

¿Qué había hecho?

-Es que... llevo un tiempo sin lavarme.

-Yo estoy bien, ¿sabes? Deberías ir a comer o lo que necesites.

Estás pálida.

-No te preocupes por mí.

-Te traeré algo de comer -decidió Ian-. ¿Tienes hambre, chaval?

-Eh..., a decir verdad, no.

Volví rápidamente la mirada hacia Jamie. Siempre tenía hambre.

-Que vaya otro -dije a Ian, estrechándole la mano con más fuerza.

-Vale. -Su cara permaneció serena, pero percibí a la vez sorpresa y preocupación-. Wes, ¿podrías traer algo de comer? Para Jamie también. Seguro que cuando regreses ya se le habrá despertado el apetito.

Analiqué la cara de Jamie. Estaba arrebolado, pero con los ojos brillantes. No pasaría nada si le dejaba allí unos pocos minutos.

-¿Te importa que vaya a lavarme la cara, Jamie? Me siento un poco... sucia.

Él frunció el entrecejo al detectar un nota de falsedad en mi voz.

-Anda, ve.

Me incorporé, y nuevamente arrastré a Ian conmigo.

-Volveré enseguida. Esta vez va en serio.

Ese chiste tonto mío le hizo sonreír.

Al salir de la habitación sentí un par de ojos clavados en mí. Los de Jared o los de Doc, ni lo sabía ni me importaba.

Únicamente Jeb permanecía aún en el pasillo; los otros se habían ido, quizá tranquilizados al ver que Jamie estaba bien. Tenía la cabeza inclinada hacia un costado, con curiosidad, como si tratara de entender qué era lo que yo estaba haciendo. Le sorprendía que me hubiera separado de Jamie tan pronto y tan abruptamente. Él también había percibido la falsedad de mi excusa.

Dejé atrás su mirada inquisitiva, sin dejar de llevar conmigo a Ian.

Lo arrastraba todavía a través de la habitación donde se encontraban todos los túneles que conducían a los alojamientos, en una gran maraña de corredores oscuros, y escogí uno al azar. Estaba desierto.

-Wanda, ¿qué...?

-Necesito que me ayudes, Ian. -Mi voz sonaba tensa, frenética.

-Lo que quieras. Ya lo sabes.

Le cogí la cara entre las manos y lo miré a los ojos. En la oscuridad apenas se distinguía un destello de su color azul.

-Necesito que me beses, Ian. Ahora mismo. Por favor.

## Capítulo 42

### Forzada

Ian se quedó boquiabierto.

-Que te... ¿Qué?

-Te lo explicaré dentro de un minuto. No es justo para ti, pero..., por favor, bésame.

-¿No te disgustará? ¿No hará que Melanie te moleste?

-¡Ian! -me quejé-. ¡Por favor!

Todavía confundido, me cogió por la cintura para arrimar mi cuerpo contra el suyo. Su expresión mostraba tanta preocupación que me pregunté si aquello funcionaría. Yo no necesitaba ningún tipo de atmósfera romántica, pero tal vez él sí.

Cerró los ojos al inclinar su rostro hacia el mío, un gesto automático. Sus labios presionaron apenas contra los míos, una sola vez, y luego se apartó para observarme con la misma mirada preocupada.

Nada.

-No, Ian. Bésame de verdad. Como..., como si quisieras que te abofeteara. ¿Comprendes?

-No. Dime qué es lo que va mal. Primero explícame que pasa.

Le rodeé el cuello con los brazos. Me sentía extraña, porque no estaba en absoluto segura de saber hacerlo bien. Me puse de puntillas y al mismo tiempo le bajé la cabeza hasta que pude alcanzar sus labios con los míos.

Eso no habría funcionado con otra especie. Otras mentes no se dejaban dominar tan fácilmente por el cuerpo; sin duda, las otras especies tenían sus prioridades ordenadas según un criterio mejor, pero Ian era humano y su cuerpo respondió.

Aplasté mi boca contra la suya y le ceñí el cuello con más fuerza con los brazos, pues su primera reacción fue apartarme. Recordaba cómo había movido él la boca contra la mía la vez anterior, y traté de imitar el



mismo movimiento. Sus labios se abrieron con los míos, entonces sentí un extraño estremecimiento de triunfo ante mi éxito. Le atrapé el labio inferior entre los dientes y la sorpresa hizo brotar de su garganta un sonido grave, salvaje.

Y después de eso ya no tuve que esforzarme más. Ian me cogió por la nuca con una mano mientras la otra me ceñía la parte baja de la espalda, apretándome tanto contra él que me resultó difícil introducir aire en mis pulmones constreñidos. Yo jadeaba, pero él también cuando su aliento se mezcló con el mío. Noté mi espalda contra la pared rocosa; el cuerpo de Ian me aplastaba contra ella, acercándose aún más al mío. No había parte ninguna de mi cuerpo que no se hubiera fundido ya con una parte del de él.

Sólo existíamos los dos, tan unidos que apenas contábamos por dos.

Sólo nosotros. Nadie más. Solos.

Cuando me di por vencida él lo percibió. Debía de estar esperando ese momento, no tan dominado por su cuerpo como yo suponía. Se retiró hacia atrás en cuanto aflojé los brazos, pero mantuvo su rostro junto al mío, tocándome la punta de la nariz con la suya.

Dejó caer los brazos e inspiró profundamente. Aflojó las manos poco a poco y luego las apoyó, levemente, sobre mis hombros.

-Explícate -dijo.

-Ella no está aquí-susurré, todavía jadeante-. No la encuentro. Ni siquiera después de esto.

-¿Melanie?

-¡No la oigo! Ian, ¿cómo podré volver ahora con Jamie? ¡Sabrá que estoy mintiendo! ¿Cómo voy a decirle ahora que he perdido a su hermana? ¡Está enfermo, Ian! ¡No puedo decirle eso! Se afligirá y le será más difícil restablecerse. Yo...

Ian me presionó los labios con los dedos.

-Calla, calla. Vale. Pensemos un poco. ¿Cuándo fue la última vez que la oíste?

-¡Ay, Ian! Fue inmediatamente después de ver..., en el hospital. Ella trató de defenderlos... y yo le grité... ¡Hice que se marchara! Desde entonces no la he oído. ¡No puedo encontrarla!

-Calla -repitió-. Tranquila. Vale. Ahora dime, ¿no es esto lo que tú quieres en realidad? Sé que no quieres disgustar a Jamie, pero de cualquier manera él se va a poner bien. Y si lo piensas bien, ¿no sería mejor, sólo para tí, que...?

-¡No! ¡No puedo deshacerme de Melanie! ¡No puedo! ¡Eso estaría muy mal! ¡Eso me convertiría también en un monstruo!

-¡Vale, vale! Vale. Tranquila. ¿Así que tenemos que encontrarla?

Asentí vigorosamente, tropezándome con su nariz. Él inspiró profundamente otra vez.

-Para eso necesitas... sentirte abrumada por completo, ¿verdad?

-No sé a qué te refieres.

Pero me temía que sí que lo sabía.

Una cosa era besar a Ian, y me habría parecido algo agradable, quizás, si no me hubiera sentido tan agobiada por la preocupación, pero algo más... complejo... ¿Podría yo...? Mel se pondría furiosa si yo usaba su cuerpo de esa manera. ¿Era eso lo que debía hacer para hallarla? Pero ¿y qué pasaba con Ian? Era jugar muy sucio con él.

-Vuelvo en un momento -prometió-. No te muevas de aquí.

Volvió a aplastarme contra la pared, para que le comprendiera, y luego agachó la cabeza para adentrarse por el pasillo.

Obedecer resultaba difícil. Quería seguirlo, ver qué estaba haciendo y adónde iba. Teníamos que discutir el asunto..., yo necesitaba pensarlo bien. Pero no había tiempo. Jamie me estaba esperando, con preguntas a las que yo no podía responder con mentiras. No, no me esperaba a mí, sino a Melanie. ¿Cómo había podido yo hacer algo así? ¿Y si ella hubiera desaparecido para siempre?

« ¡Mel, Mel, Mel, vuelve! Jamie te necesita, Melanie. Te necesita a ti, no a mí. Está enfermo, Mel. ¿Me has oído? ¡Jamie está enfermo! ».

Hablaba conmigo misma. Nadie me escuchaba.

Me temblaban las manos de miedo y nerviosismo. No podría esperar allí durante mucho más tiempo. Era como si la ansiedad estuviera creciendo en mi interior hasta hacerme estallar. Al fin oí pisadas y voces. Ian no venía solo. Me invadió la confusión.

-Piensa que sólo es... un experimento -decía Ian.

-¿Estás loco? -objetó Jared-. ¿Qué clase de chiste malo es éste?

El estómago se me cayó a los pies.

Abrumada. A esto se refería.

La sangre me ardía en la cara, que se me puso tan caliente como la de Jamie a causa de la fiebre. ¿Qué era lo que me iba a hacer Ian? Sentí deseos de huir, de esconderme en algún lugar mejor que el último, un lugar donde nadie pudiera encontrarme jamás por muchas linternas que utilizaran. Pero me temblaban las piernas y no podía moverme.

Los dos hombres aparecieron en la habitación donde confluían los túneles. El rostro de Ian carecía de expresión, y aunque guiaba a Jared con una mano sobre su hombro, más que guiarlo parecía empujarlo hacia delante. Éste lo miraba a la cara con una expresión airada e indecisa.

-Por aquí -le alentó Ian, impulsándolo hacia mí.

Apreté la espalda contra la roca.

Jared me vio y, al reparar en mi expresión mortificada, se detuvo.

-Wanda, ¿de qué va esto?

Le lancé a Ian una ardiente mirada de reproche y luego intenté mirar a Jared a los ojos.

No podía hacerlo. En cambio bajé la vista a sus pies.

-He perdido a Melanie -susurré.

-¡Que la has perdido!

Asentí, abatida. Su voz sonó dura y colérica:

-¿Cómo?

-No estoy segura. La obligué a callar..., aunque ella siempre

regresaba. Hasta ahora siempre..., ahora no la oigo... y Jamie...

-¿Que se ha ido? -Se percibía tormento en su voz apagada.

-No lo sé. No la encuentro. Una inspiración profunda.

-¿Por qué dice Ian que debo besarte?

-A mí no -corregí con una voz tan débil que apenas la oía yo misma-. A ella. Nunca se ha alterado tanto como cuando nos besaste... la vez anterior. Nada la atrae tanto a la superficie como eso. Quizá... No, no tienes por qué hacerlo. Intentaré encontrarla yo sola.

Puesto que aún tenía la vista clavada en sus pies, vi que avanzaba hacia mí.

-¿Crees que si la beso...?

Ni siquiera pude asentir con la cabeza. Traté de tragar saliva.

Sus manos, que me eran tan familiares, me rozaron el cuello, descendiendo hasta los hombros. El corazón me palpitaba con tanta fuerza que me pregunté si él podría oírlo.

Me abochornaba obligarlo a tocarme así. ¿Y si pensaba que era una treta, que era una idea mía, no de Ian?

Me preguntaba si Ian estaría todavía allí, observando. ¿Cuánto sufriría con eso?

Una de sus manos continuó descendiendo por el brazo hasta la muñeca, tal y como yo esperaba, dejando un rastro de fuego tras de sí. Con la otra me acunó la mandíbula para levantarme la cara, como sabía que haría.

Su mejilla se apretó contra la mía, y la piel me ardió donde entramos en contacto.

-Melanie -susurró a mi oído-, sé que estás ahí. Vuelve a mí.

Deslizó lentamente la mejilla hacia atrás e inclinó el mentón hacia un lado, hasta que su boca cubrió la mía.

Trató de besarme con suavidad. Me di cuenta de que lo intentaba, pero sus intenciones se hicieron humo, como había ocurrido la otra vez.

Había fuego por todas partes, porque él estaba en todas partes. Sus manos se deslizaron por mi piel, quemándola. Sus labios saborearon cada centímetro de mi cara. La pared de roca se estrelló contra mi espalda, pero no sentí dolor, porque ya no sentía nada, salvo el fuego.

Anudé las manos en su pelo, arrimándolo más a mí, como si fuera posible estar más cerca de lo que ya estábamos. Le envolví la cintura con las piernas, tomando el muro como punto de apoyo. Su lengua se enredó con la mía y no quedó parte alguna en mi mente que no fuera invadida por el deseo demencial que me poseía.

Él liberó la boca para apretar nuevamente sus labios contra mi oreja.

-¡Melanie Stryder! -El gruñido sonó tan fuerte en mi oído que fue casi un grito-. No me abandonarás. ¿No me amas? ¡Pues demuéstralo! ¡Demuéstralo! ¡Maldita sea, Mel, regresa! y sus labios volvieron a atacarme la boca.

«Ah», gruñó ella en mi cabeza, débilmente.

No se me ocurrió saludarla. Estaba en llamas.

El fuego se abrió paso hasta ella, hasta el diminuto rincón donde se había dejado caer, casi sin vida.

Mis puños se enredaron en la tela de su camiseta y tiraron hacia arriba. Esta idea era ya de ellos, porque yo no les indicaba qué debían hacer. Sus manos me quemaron la piel de la espalda.

« ¿Jared? », susurró ella. Intentaba encontrarse, pero la mente que compartíamos estaba muy desorientada.

Sentí los músculos del vientre de Jared bajo las palmas, porque mis manos estaban atrapadas, aplastadas en el espacio inexistente que había entre nosotros.

« ¿Qué? ¿Dónde...? ». Melanie estaba inquieta.

Me aparté de su boca para respirar y sus labios me chamuscaron el cuello en su camino hacia abajo. Escondí la cara entre su pelo para inhalar su aroma.

« ¡Jared! ¡Jared! ¡No! ».

Dejé que ella fluyera por mis brazos, sabiendo que eso era lo que yo deseaba, porque en ese momento casi no podía concentrarme. Las manos apoyadas en su vientre se tornaron duras, furibundas. Los dedos le arañaron la piel y después lo empujaron con toda la fuerza que pudieron.

-¡No! -gritó ella a través de mis labios.

Jared le sujetó las manos y luego me apoyó a mí contra la pared para que no me cayera. Mi cuerpo se aflojó, confundido por las órdenes contradictorias que estaba recibiendo.

-¿Mel? ¡Mel! Pero ¿qué es lo que estás haciendo?

Lanzó un gruñido de alivio.

-¡Estaba seguro de que podrías hacerlo! ¡Ah, Mel!

Él la besó de nuevo, besó los labios que ahora controlaba ella y las dos probamos el sabor de las lágrimas que le corrían por la cara.

Ella le mordió.

Jared saltó hacia atrás y yo me deslicé hasta el suelo, donde aterricé lánguidamente desarbolada.

Él comenzó a reírse.

-¡Ésta es mi chica! ¿Todavía la tienes, Wanda?

-Sí-jadeé.

« ¡Qué demonios haces, Wanda! », me chilló.

« ¿Dónde estabas? ¿Tienes idea de lo que me has hecho pasar mientras te buscaba? ».

« Sí, ya veo cómo has sufrido ».

« Pues sí que voy a sufrir », le prometí. Ya lo sentía venir. Igual que antes...

Ella estaba revisando mis pensamientos a toda prisa.

« ¿Y Jamie? ».

« Eso es lo que trataba de decirte. Él nos necesita ».

« ¿Y por qué no estamos con él? ».

« Porque creo que aún no tiene edad para presenciar este tipo de cosas ».

Ella rebuscó un poco más.  
« ¡Vaya, con Ian también! Me alegro de haberme perdido esa parte».

«Estaba preocupadísima. No sabía qué hacer».

«Venga, vamos ya».

-¿Mel? -preguntó Jared.

-Está aquí. Y furiosa. Quiere ver a Jamie.

Me rodeó con un brazo y me ayudó a levantarme.

-Enfádate todo lo que quieras, Mel, pero quédate por aquí.

« ¿Cuánto tiempo he estado ausente?».

«Tres días en total».

De pronto su voz sonó algo más tenue:

« ¿Dónde estaba?».

« ¿Es que no lo sabes?».

«No recuerdo... nada».

Nos estremecimos.

-¿Te sientes bien? -preguntó Jared.

-Más o menos.

-¿Era ella la que me hablaba a gritos?

-Sí.

-¿Puede..., puedes permitirle que vuelva a hacerlo?

Suspiré, ya estaba agotada.

-Lo intentaré. -Cerré los ojos.

« ¿Puedes pasar más allá de mí y hablar con él?»., pregunté a Melanie.

«Yo... ¿Cómo? ¿Dónde?».

Intenté replegarme hacia el interior de mi cabeza.

-Venga -murmuré-. Por aquí.

Melanie forcejeó, pero no encontraba la salida.

Los labios de Jared cayeron con fuerza sobre los míos. Mis ojos se abrieron de golpe, espantados. Aquellos ojos moteados de oro también estaban abiertos, a un centímetro de distancia.

Ella apartó bruscamente nuestra cabeza.

-¡Basta ya! ¡No la toques!

Él sonrió; unas arruguitas se desplegaron en torno a sus ojos.

-Hola, nena.

«No le veo la gracia».

Traté de volver a respirar.

-Ella no lo ve gracioso.

Jared apartó el brazo lejos de mí. De nosotras. Caminamos hacia la unión de los túneles, pero allí no había nadie. Ian no estaba.

-Te lo advierto, Mel-dijo él, siempre con aquella amplia sonrisa. Estaba bromeando-. Será mejor que te quedes donde estás. No voy a darte ninguna garantía sobre lo que haré o no haré para recuperarte.

Sentía temblores en el estómago.

«Dile que lo estrangularé si vuelve a tocarme de ese modo». Pero su

amenaza también era una broma.

-En este momento amenaza con atentar contra tu vida -dije-. Pero creo que se está divirtiendo.

Él rió, ebrio de alivio.

-Qué sería eres siempre, Wanda.

-Tus chistes no me hacen gracia -murmuré. A mí, desde luego, no.

Jared volvió a reír.

«Ah -dijo Melanie-, estás sufriendo».

«Intentaré que Jamie no se dé cuenta».

«Gracias por hacerme regresar».

«No te haré desaparecer, Melanie. Y siento no poder ofrecerte más que esto».

«Gracias».

-¿Qué dice?

-Sólo estamos... haciendo las paces.

-¿Por qué no podía hablar antes, cuando tú querías que lo hiciera?

-No lo sé, Jared. En realidad, aquí no hay suficiente espacio para las dos. Al parecer, no logro quitarme de en medio por completo. Es como..., no exactamente como contener el aliento. Es más bien como tratar de detener el corazón. No puedo forzarme a no existir. No sé cómo hacerlo.

Él no respondió y el pecho me palpitaba de dolor. ¡Qué contento estaría él si yo encontrara la manera de desaparecer!

Melanie no quería... contradecirme, pero sí hacer que me sintiera mejor. Luchaba por hallar palabras con las que aliviar mi tormento y no daba con las adecuadas.

«Pero Ian se quedaría hecho polvo. Y Jamie. Jeb también te echaría de menos. Tienes aquí tantos amigos... ».

«Gracias».

Ahora me alegraba de estar de nuevo en nuestra habitación. Necesitaba pensar en alguna otra cosa para no echarme a llorar. No era un buen momento para la autocompasión. Había temas más importantes que mi corazón, roto una vez más.

## Capítulo 43

### Frenesí

Era de imaginar que desde fuera se me vería tan inmóvil como una estatua. Tenía las manos cruzadas delante del cuerpo y la cara inexpresiva. Mi respiración era tan superficial que ni siquiera movía el pecho.

Por dentro me estaba desintegrando, como si los fragmentos de mis átomos hubieran invertido su polaridad y se rechazaran mutuamente en un estallido.

Traer de regreso a Melanie no había salvado al chico. No bastaba con lo que estaba a mi alcance.

El pasillo al que daba nuestra habitación estaba repleto de gente. Jared, Kyle e Ian habían regresado de su expedición desesperada con las manos vacías. Un refrigerador que contenía hielo, eso era todo lo que habían encontrado después de tres días de arriesgar la vida. Trudy estaba haciendo compresas que aplicaba a Jamie en la frente, en la nuca, en el pecho.

Aunque el hielo le bajara esa fiebre, que ardía fuera de control, ¿cuánto tardaría en derretirse todo? ¿Una hora? ¿Más, menos? ¿Cuánto tiempo quedaba hasta que volviera a entrar en la agonía?

Habría debido ser yo quien le aplicara el hielo, pero no podía moverme. Si lo hubiera intentado me habría derrumbado en trocitos microscópicos.

-¿Nada? -murmuró Doc-. ¿Habéis buscado en...?

-En todos los sitios que se nos ocurrieron -le interrumpió Kyle-. Si se tratara de calmantes o drogas..., mucha gente tenía motivos para tenerlos escondidos. Pero los antibióticos siempre estuvieron a la vista. Ya no hay más, Doc.

Jared no hacía más que contemplar la cara arrebolada del chico sin

decir nada.

Ian estaba a mi lado.

-No pongas esa cara -me susurró-. Es fuerte. Saldrá de ésta, ya lo verás.

No pude responder. En realidad, apenas llegué a escuchar sus palabras.

Doc se arrodilló junto a Trudy y tiró del mentón de Jamie hacia abajo; luego recogió con un cuenco algo del agua helada de la cubitera y se la echó gota a gota dentro de la boca. Todos oímos el sonido ronco y penoso con que tragaba, pero no abrió los ojos.

Me sentía como si jamás pudiera volver a moverme. Como si me hubiera fundido con la piedra del muro. Hubiera querido convertirme en piedra.

Si cavaban un hoyo para Jamie en el desierto vacío, tendrían que ponerme en él a mí también.

«Con eso no basta», gruñó Melanie.

Yo estaba desesperada, pero ella estaba llena de furia.

«Han hecho lo que podían».

«Con intentarlo no se resuelve nada. Jamie no puede morir. Tendrán que volver a salir».

« ¿Con qué fin? Aun si consiguieran algunos de vuestros antiguos antibióticos, lo más probable es que ya hubieran caducado. Y de cualquier manera, en la mitad de los casos no servían de nada. Son de calidad inferior. Él no necesita de vuestra medicina. Necesita algo más, algo realmente efectivo...».

Mi respiración se aceleró y se hizo más profunda, ahora lo veía claro.

«Necesita los míos», comprendí.

Tanto Mel como yo nos quedamos sobrecogidas ante lo obvio de esa conclusión. Ante su simplicidad.

Mis labios de piedra se resquebrajaron.

-Jamie necesita medicamentos de verdad. Los que usan las almas. Tendremos que conseguirlos.

Doc me miró con el ceño fruncido.

-Si no sabemos siquiera qué efecto tienen, cómo funcionan...

-¿Y qué importa eso? -Parte del enfado de Melanie se filtraba en mi voz-. Pero funcionan y pueden salvarlo.

Jared me miró fijamente. Sentía también sobre mí los ojos de Ian, los de Kyle, los de todos los demás en la habitación. Pero yo sólo veía a Jared.

-No podemos conseguirlos, Wanda -observó Jeb, con tono derrotado, dándose por vencido-. Sólo podemos entrar en lugares desiertos. En cualquier hospital hay siempre varios de los tuyos, las veinticuatro horas del día, y hay demasiados ojos. De poco le serviremos a Jamie si nos atrapan.

-Eso está claro -le apoyó Kyle, con voz dura-. Si esos ciempiés nos



descubren allí estarán encantados de curarle el cuerpo. Y luego lo convertirán en uno de ellos. ¿Es eso lo que pretendes?

Me volví para clavar una mirada fulminante en ese gigante burlón. Mi cuerpo, tenso, se inclinó hacia delante. Ian apoyó una mano en mi hombro, como para contenerme. Yo habría negado que tuviera intenciones de agredir a Kyle, pero tal vez me equivocaba: estaba tan lejos de mi personalidad normal...

Quando hablé mi voz sonó impávida, sin inflexiones:

-Tiene que haber alguna manera.

Jared movía la cabeza en señal afirmativa.

-Tal vez algún hospital pequeño. El rifle haría demasiado ruido, pero si fuéramos en número suficiente como para dominarlos podríamos utilizar cuchillos.

-No. -Descrucé los brazos. La impresión me hizo abrir las manos-. No me refería a eso. Nada de matar...

Nadie me escuchaba. Jeb discutía con Jared.

-No es posible, hijo. Alguien llamaría a los buscadores. Aunque actuáramos muy deprisa, algo así provocaría que cayeran en tropel sobre nosotros. Nos sería muy difícil escapar. Y nos seguirían...

-Espera. ¿No podéis ...?

Seguían sin escucharme.

-Yo tampoco quiero que el chico muera, pero no podemos arriesgar la vida de todos por una sola persona -objetó Kyle-. No es raro que alguien muera aquí. No podemos hacer una locura sólo por salvar a un chico.

Yo habría querido estrangularlo, dejarle sin aliento para que no pronunciara esas palabras con tanta tranquilidad. Yo, no Melanie. Era yo quien quería ponerle la cara de color púrpura. Melanie se sentía igual, pero podía distinguir qué proporción de esa violencia provenía directamente de mí.

-Hemos de salvarlo -dije, ya en voz más alta. Jeb me miró.

-Escucha, querida, no es cosa de entrar allí y pedirlo, simplemente.

En ese momento se me ocurrió otra verdad simple y obvia.

-Vosotros no, pero yo sí.

En la habitación se hizo un silencio mortal.

Quedé atrapada por la belleza del plan que iba tomando forma en mi cabeza. Por su perfección. Hablé principalmente para mis adentros y para Melanie. Ella estaba impresionada. Aquello sería efectivo y podríamos salvar a Jamie.

-No son desconfiados. En absoluto. Por muy mal que yo mienta, jamás sospecharán de mí. No esperarán que les mienta. ¡Claro que no! Porque soy una de ellos. Harían cualquier cosa por ayudarme. Les diré que me he lesionado mientras hacía montañismo o algo así. Luego buscaré la manera de quedarme sola y cogeré tantos medicamentos como pueda esconder. ¡Pensad! Podría traer los suficientes para curaros a todos. Y podrían durar años. ¡Y Jamie se curaría! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Tal vez habríamos llegado a tiempo incluso en el caso de Walter...

Entonces levanté la vista, con los ojos brillantes. ¡La idea era

perfecta!

Era una idea tan perfecta, tan adecuada, tan obvia para mí que tardé una eternidad en comprender las expresiones que había en sus rostros. Si la de Kyle no hubiera sido tan explícita habría tardado aún más.

Odio. Susplicacia. Miedo.

Ni siquiera la cara de póquer de Jeb era convincente. Tenía los ojos entrecerrados, llenos de desconfianza.

Todas las caras decían que no.

«Pero ¿están locos? ¿No entienden que esto nos beneficiaría a todos?».

«No me creen. Creen que les voy a hacer daño, ¡que haría daño a Jamie!».

-Por favor -susurré-. Es la única manera de salvarlo.

-Qué paciencia, ¿verdad? -escupió Kyle-. Ha sabido esperar bien su oportunidad, ¿no os parece?

Otra vez debí luchar contra el deseo de estrangularlo.

-¿Doc? -supliqué.

No me miró a los ojos.

-Aunque hubiera alguna manera de que pudiéramos permitirte salir, Wanda..., yo no confiaría en drogas que no entiendo. Jamie es un chico fuerte. Su organismo se defenderá...

-Volveremos a salir, Wanda -murmuró Ian-, y encontraremos algo. No volveremos hasta que hayamos conseguido algo.

-Con eso no basta. -Se me acumulaban las lágrimas en los ojos. Miré a la única persona que tal vez sufría tanto como yo-. Jared, tú lo sabes. Tú sabes que jamás dejaría que le hicieran daño a Jamie. Tú sabes que puedo hacer esto. Por favor.

Me sostuvo la mirada durante un largo instante. Luego recorrió con la vista la habitación, los otros rostros. Los de Jeb, Doc, Kyle, Ian, Trudy. Los del público silencioso de la puerta, cuyas expresiones eran un eco de la de Kyle: Sharon, Violetta, Lucina, Reid, Geoffrey, Heath, Heidi, Andy, Aaron, Wes, Lily, Carol. Mis amigos mezclados con mis enemigos, todos ellos con la misma cara que Kyle. Miró hacia la hilera que había detrás, que yo no veía desde donde estaba. Y luego bajó la vista hacia Jamie. En toda la habitación no se oía ni siquiera respirar.

-No, Wanda -dijo en voz baja-. No.

El suspiro de alivio del resto barrió la habitación.

Se me aflojaron las rodillas, me caí hacia delante y cuando Ian quiso levantarme me liberé de sus manos. Me arrastré hacia Jamie y aparté a Trudy de un codazo. Los presentes me observaron en silencio. Retiré la compresa de su frente para reponer el hielo derretido. No me enfrenté a las miradas que sentía contra la piel. De cualquier manera no veía nada, las lágrimas se me agolpaban ante los ojos.

-Jamie, Jamie, Jamie -le arrullé-. Jamie, Jamie, Jamie.

No podía hacer otra cosa que sollozar su nombre y tocar una y otra vez los envoltorios de hielo, aguardando el momento de cambiarlos.

Les oí marcharse, unos cuantos cada vez. Oí que sus voces, en su mayoría enfadadas, se alejaban por los corredores. Pero no encontré sentido alguno a sus palabras.

«Jamie, Jamie, Jamie».

-Jamie, Jamie, Jamie...

Cuando la habitación quedó casi vacía, Ian se arrodilló a mi lado.

-Ya sé que tú no... , pero si lo intentas te matarán, Wanda -susurró-. Después de lo que pasó... en el hospital, temen que tengas buenos motivos para querer destruirnos. En cualquier caso, él se pondrá bien. Debes tener confianza.

Aparté la cara hacia otro lado y él se alejó.

-Lo siento, chica -murmuró Jeb al salir.

Jared se marchó. No le oí marcharse, pero noté su ausencia. Me pareció correcto, porque él no amaba a Jamie como nosotras. Lo había demostrado. Que se fuera.

Doc permanecía allí y me observaba, impotente. Yo no le miré.

La luz del sol se esfumó poco a poco, tiñéndose de anaranjado y, luego, de gris. El hielo se fue derritiendo hasta desaparecer. Jamie comenzaba a quemarse vivo bajo mis manos.

-Jamie, Jamie, Jamie... -Mi voz sonaba ya quebrada y ronca, pero no podía callar-: Jamie, Jamie, Jamie...

La habitación quedó a oscuras. Ya no veía la cara del muchacho. ¿Se iría durante la noche? ¿Había visto su rostro, su rostro en vida, por última vez?

Ahora su nombre era apenas un susurro en mis labios, lo bastante apagado como para oír los leves ronquidos de Doc.

Le pasaba sin cesar el paño tibio por el cuerpo. El agua le refrescaba ligeramente al secarse. La temperatura descendió un poco. Empecé a creer que no moriría esa misma noche, pero me sería imposible retenerlo allí para siempre. Acabaría por escapárseme entre los dedos. Al día siguiente o en dos días. Y entonces yo también moriría. No podría vivir sin Jamie.

«Jamie, Jamie, Jamie...», gemía Melanie.

«Jared no nos ha creído». El lamento fue de las dos. Lo pensamos al mismo tiempo.

Aún reinaba el silencio. No oí nada. Nada nos puso sobre aviso.

De pronto Doc gritó, y su grito sonó extrañamente apagado, como si gritara contra una almohada.

Al principio no encontré sentido a las siluetas que veía en la oscuridad. El doctor se removía de manera rara. Y parecía demasiado grande, como si tuviera demasiados brazos. Era terrorífico. Me incliné hacia el cuerpo inerte de Jamie para protegerlo de lo que estaba sucediendo, fuera lo que fuese. No podía huir y dejarlo allí, indefenso. El corazón me golpeaba contra las costillas.

De pronto aquellos brazos agitándose quedaron inmóviles. Se reinició el ronquido de Doc, más audible y más grave que antes. Quedó

tendido en tierra y la forma se dividió en dos. Una segunda silueta se apartó de él, erguida en la oscuridad.

-Vámonos -susurró Jared-. No tenemos tiempo que perder.

Mi corazón estaba punto de estallar.

« ¡Sí que me cree!».

Me levanté de un salto, obligando a mis rodillas rígidas a estirarse.

-¿Qué has hecho con Doc?

-Cloroformo. No durará mucho.

Giré deprisa y vertí el agua caliente sobre Jamie, empapándole la ropa y el colchón, pero no se movió. Tal vez así se mantuviera fresco hasta que Doc despertara.

-Sígueme.

Obedecí, pisándole los talones. Avanzamos en silencio, casi tocándonos, casi a la carrera, aunque no del todo. Jared se pegaba a las paredes y yo hacía lo mismo.

Se detuvo al llegar a la luz del gran jardín, brillante a la luz de la luna. Estaba desierta y silenciosa.

Por primera vez vi a Jared con claridad. Tenía el rifle colgado a la espalda y un cuchillo envainado en la cintura. Alargó las manos y en ellas tenía una tira de paño oscuro. Comprendí de inmediato. Las palabras salieron disparadas de mi boca, en un susurro:

-Sí, véndame los ojos.

Él asintió. Cerré los ojos para que él atara el paño, aunque de todas maneras los mantendría cerrados.

El nudo fue rápido y apretado. Cuando hubo terminado yo misma giré en un círculo veloz... una vez, dos...

Sus manos me detuvieron.

-Ya está bien -dijo. Luego me asió con más fuerza y me alzó en vilo. Lancé una exclamación de sorpresa al sentir que me cargaba sobre su hombro. Quedé doblada allí, con la cabeza y el pecho colgando sobre su espalda, junto al arma. Con los brazos me sujeté las piernas contra su pecho, ya estaba en movimiento y su trote me hacía rebotar, con mi rostro rozando su camiseta a cada zancada.

No tenía ni idea de hacia dónde íbamos, ni tampoco traté de adivinarlo, ni de pensar ni de sentir. Me concentré sólo en su marcha elástica, en contar sus pasos. Veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés...

Sentí que se inclinaba según el sendero lo llevaba hacia abajo, luego hacia arriba. Intenté no pensar en eso.

Cuatrocientos doce, cuatrocientos trece, cuatrocientos catorce...

Supe en qué momento salimos, pues olí la brisa limpia y seca del desierto. El aire estaba caliente, aunque debía de ser cerca de medianoche.

Me descargó en el suelo, de pie.

-El terreno es llano. ¿Podrás correr con los ojos vendados?

-Sí.

Me sujetó con fuerza por el codo y partió a un paso vigoroso. No era fácil. Una y otra vez tuvo que sostenerme para que no me cayera. Al cabo

de un rato comencé a habituarme y a mantener mejor el equilibrio a pesar de las pequeñas depresiones y los montículos. Corrimos hasta que empezamos a jadear.

-Si podemos llegar al jeep... estaremos fuera... de peligro.

¿Al jeep? Sentí una extraña oleada de nostalgia. Mel no había vuelto a ver ese vehículo desde la primera etapa de su desastroso viaje a Chicago e ignoraba que hubiera sobrevivido.

-¿Y si no... podemos? -pregunté.

-Nos atraparán... Te matarán. En eso... Ian tiene... razón.

Traté de correr más deprisa. No por salvar la vida, sino porque era la única que podía salvar la de Jamie. Y volví a tropezar.

-Te voy a quitar... la venda. Así correrás... más deprisa.

-¿Estás seguro?

-No mires... alrededor..., ¿vale?

-Te lo prometo.

Tironeé de los nudos atados detrás de mi cabeza. Cuando la tela se apartó de mis ojos los fijé sólo en la tierra, a mis pies.

Así las cosas eran muy diferentes. La luz de la luna era intensa y la arena, muy lisa y clara. Jared dejó caer el brazo e inició un paso más rápido. Ahora yo podía seguirle con facilidad. Mi cuerpo estaba familiarizado con la carrera de larga distancia. Busqué mi ritmo preferido, algo menos de doscientos setenta metros por minuto, según calculé. No podría mantener ese ritmo eternamente, pero lo intentaría hasta la extenuación.

-¿Oyes... algo? -pregunto él.

Escuché. Sólo dos pares de pies corriendo por la arena.

-No.

Él gruñó en señal de aprobación.

Supuse que ése era el motivo por el que había robado el rifle, porque sin él era difícil detenernos desde lejos.

Nos llevó una hora más por lo menos. Para entonces yo comenzaba a aminorar la marcha y él también. Me ardía la boca por falta de agua.

Como no había apartado la vista del suelo, me sobresaltó que él me cubriera los ojos con una mano. Vacilé y él dejó de correr y comenzó a andar rápido.

-Ya no hay peligro. Estamos llegando...

Sin apartar la mano de mis ojos, tironeé de mí hacia delante. Noté que nuestras pisadas resonaban contra algo. Allí el desierto no era tan llano.

-Entra.

Sus manos desaparecieron.

La oscuridad era casi tan intensa como si aún tuviera los ojos tapados. Una cueva, aunque no tan profunda como la otra. Si me giraba podría ver el exterior, pero no me di la vuelta.

El jeep estaba encarado hacia la oscuridad. Parecía ser el mismo que yo recordaba, ese vehículo que en realidad nunca había visto. Salté al asiento por encima de la portezuela.

Jared, que ya estaba en su sitio, se inclinó para atarme nuevamente la venda sobre los ojos. Para facilitarle la tarea, no me moví.

El ruido del motor me sobresaltó. Parecía demasiado peligroso, porque ahora había mucha gente que no debía encontrarnos.

Por un momento circulamos marcha atrás, pero luego el viento volvió a darme en la cara. Se oía un ruido extraño detrás del jeep, algo que no concordaba con los recuerdos de Melanie.

-Vamos a Tucson -me dijo él-. No hemos ido allí nunca de expedición porque está demasiado cerca, pero tampoco hay tiempo para otra cosa. Conozco la localización de un pequeño hospital, no demasiado cerca del centro.

-¿No será el de Saint Mary, por casualidad?

Él percibió la alarma en mi voz.

-No. ¿Por qué?

-Porque allí tengo un conocido.

Él calló un minuto.

-¿No te reconocerán?

-No. Nadie conoce mi cara. Entre nosotros no hay... gente en búsqueda y captura. No es como entre vosotros.

-Vale.

Pero me había puesto ahora a pensar en mi aspecto. Antes de que pudiera expresar mis preocupaciones, él me cogió la mano para cerrármela en torno a algo muy pequeño.

-Guarda esto y tenlo a mano.

-¿Qué es?

-Si descubren que estás... con nosotros, si quieren poner a otro... en el cuerpo de Mel, métete eso en la boca y muérdelo con fuerza.

-¿Es veneno?

-Sí.

Reflexioné un momento, y luego me eché a reír. No pude evitarlo. Tenía los nervios deshechos por la inquietud.

-No es broma, Wanda -repuso él, enfadado-. Si no puedes hacerlo, tendré que llevarte de regreso.

-No, no, claro que puedo. -Traté de dominarme-. Estoy segura. Por eso me estaba riendo.

Su voz sonó áspera:

-No entiendo. ¿Cuál es el chiste?

-¿No te das cuenta? No he sido capaz de hacer eso por millones de seres de mi propia especie. Ni siquiera por mis propios... hijos. Siempre he tenido demasiado miedo de morir cuando llegaba el momento. Pero parece ser que sí puedo hacerlo por un niño de otra especie. -Reí otra vez-. No tiene ningún sentido. Pero no te preocupes, no me importa morir por proteger a Jamie.

-Confío en que lo hagas.

Se hizo un silencio durante un momento, pero luego recordé el asunto de mi aspecto.

-Oye, Jared, así como voy no puedo entrar en un hospital.

-Tenemos ropa buena guardada en los... vehículos menos llamativos. Hacia allí vamos. Serán cinco minutos más.

No me refería a eso, pero él tenía razón, esta ropa no serviría. Antes de decirle el resto, aguardé. Primero debía mirarme un poco.

El jeep se detuvo y él me quitó la venda.

-No hace falta que sigas mirando hacia abajo -me dijo al ver que yo agachaba automáticamente la cabeza-. Aquí no hay nada que pueda delatarnos, incluso si alguna vez descubrieran este sitio.

No era una cueva, sino un deslizamiento de rocas donde se habían excavado cuidadosamente algunas de las piedras más grandes. Nadie sospecharía que ocultaban otra cosa que polvo y guijarros en los oscuros espacios abiertos debajo de ellas.

El jeep ya estaba aparcado en un sitio muy estrecho. Me encontré tan pegada a la roca que debí salir descolgándome por la parte trasera. Había algo raro sujeto al parachoques: cadenas y dos telas embreadas, muy sucias y desgarradas.

-Por aquí -me orientó Jared.

Y me guió hacia una grieta sombreada, casi de su misma altura. Después de apartar una polvorienta lona impermeabilizada, del color de la tierra, revolvió en la pila de cosas que ocultaba. De allí sacó una camiseta suave y limpia con las etiquetas aún puestas. Las arrancó antes de arrojarme la prenda. Acto seguido escarbó hasta hallar un par de pantalones caqui. Una vez que hubo comprobado la talla, me los pasó también.

-Póntelos.

Vacilé un momento mientras él esperaba, sin saber dónde estaba el problema. Por fin le volví la espalda, ruborizada; después de sacarme la raída camisa por la cabeza, la reemplacé con tanta celeridad como me permitieron mis torpes dedos.

Oí que él carraspeaba.

-Ah. Vaya..., eh..., traeré el coche.

-Sus pisadas se alejaron.

Me quité los pantalones de chándal, harapientos y con las perneras cortadas, para reemplazarlos por los nuevos, flamantes y bien planchados. El estado de conservación de los zapatos era malo, pero no llamaban tanto la atención. Además no siempre era fácil conseguir calzado cómodo. Podía fingir que estaba encariñada con ese par...

Se puso en marcha otro motor, menos ruidoso que el del jeep. Al girar vi un sedán modesto, nada llamativo, que salía de una sombra intensa, bajo una gran roca. Jared se apeó para encadenar las telas embreadas del jeep al parachoques trasero de ese otro coche. Luego condujo hasta donde yo estaba. Al ver que esos pesados hules iban borrando del polvo las huellas de las ruedas comprendí, por fin, para qué servían.

Jared se estiró para abrir la portezuela del pasajero. En el asiento había una mochila vacía. Asentí para mis adentros: sí, me haría falta.

-Vamos.

-Espera -le pedí.

Me agaché para mirarme en el espejo lateral. No estaba bien. Me cubrí la mejilla con el pelo, que me llegaba hasta el mentón, pero eso no bastaba. Me mordí el labio.

-Oye, Jared, no puedo entrar con esta cara. -Señalé la herida larga y mellada que me cruzaba la mejilla.

-¿Por qué? -preguntó.

-Porque ningún alma tendría una herida así. Se la habrían tratado. Llamará la atención. Me harán preguntas.

Él dilató los ojos; luego los entornó.

-Podrías haberlo pensado antes de salir. Ahora, si te llevo de vuelta, pensarán que ha sido una treta tuya para descubrir la salida.

-No volveremos sin llevar los medicamentos para Jamie. -Mi voz sonó más dura que la de él.

Jared endureció la suya para igualarla:

-¿Y qué propones que hagamos, Wanda?

-Necesito una piedra. -Suspiré-. Tendrás que golpearme con ella.



## Capítulo 44

### Curación

Wanda...

-No tenemos tiempo. Lo haría yo misma, pero no lograría el ángulo adecuado. No hay otra cosa que podamos hacer.

-No creo poder... hacer eso.

-¿Ni siquiera por Jamie? -Apoyé el costado sano de la cara contra el reposacabezas del asiento del pasajero con tanta firmeza como pude, y cerré los ojos.

Jared tenía en la mano la tosca piedra que yo había recogido, del tamaño de un puño; llevaba cinco minutos sopesándola.

-Bastará con que arranques las primeras capas de piel. Es sólo para ocultar la cicatriz. Venga, Jared. Tenemos que darnos prisa. Jamie...

«Dile que yo le ordeno hacerlo inmediatamente. Y que lo haga bien».

-Dice Mel que lo hagas ahora mismo. Y que des fuerte. Debes hacerlo a la primera.

Silencio.

-¡Venga, Jared!

Inspiró profundamente, con una exclamación ahogada.

Al sentir que el aire se movía cerré los ojos con más fuerza.

Hubo un ruido líquido y un golpe sordo. Fue lo primero que noté. El entumecimiento del golpe pasó enseguida; entonces lo sentí.

-¡Ay! -gemí.

No habría querido hacerlo, por no empeorar las cosas para él. Pero en este cuerpo muchas cosas eran involuntarias. Se me saltaron las lágrimas y tuve que toser para disimular el sollozo. Me resonaba la cabeza, vibrante por el impacto.

-¿Wanda? ¿Mel? ¡Lo siento!

Nos envolvió con sus brazos, nos estrechó contra su pecho.

-Está bien -gimoteé-. Estamos bien. ¿Ha salido toda la piel?

Él me tocó el mentón para hacerme girar la cabeza.

-¡Ah! -exclamó, horrorizado-. Te he arrancado media cara. Lo siento tanto...

-No, no, está bien. Así está bien. Vamos.

-Bueno. -Su voz sonaba aún débil, pero me reclinó contra el asiento, acomodándose con cuidado. Luego el coche rugió bajo nosotros.

Una ráfaga helada me sopló en la cara por sorpresa y me hizo arder la mejilla despellejada. Había olvidado cómo era el aire acondicionado.

Abrí los ojos. Descendíamos por una suave pendiente, más suave de lo que habría sido en un principio, pues parecía artificialmente alterada. El camino se alejaba de nosotros, serpenteando entre la maleza. No era mucho lo que se veía hacia delante.

Bajé la visera para mirarme en el espejo. A la luz tenue de la luna mi cara se veía en blanco y negro. Algo negrozco cubría todo el costado derecho, goteaba por el mentón y resbalaba por el cuello, hasta acabar absorbido por el cuello de la camiseta limpia y nueva.

Me dio un vuelco el estómago.

-Buen trabajo -susurré.

-¿Te duele mucho?

-No, no mucho -mentí-. De cualquier forma, no va a molestarme durante mucho tiempo. ¿Cuánto falta para llegar a Tucson?

Justo en ese instante llegamos al asfalto. Fue extraño, pero al verlo se me aceleró el corazón, presa del pánico. Jared se detuvo y escondió el coche en la maleza con todo cuidado antes de bajarse a retirar las lonas impermeabilizadas y las cadenas del parachoques. Después de guardarlas en el maletero, volvió a subir y siguió conduciendo, inspeccionando cautelosamente la autovía para asegurarse de que estuviera desierta. Al ver que iba a encender los faros, le susurré:

-Espera. -Hablaba con un hilo de voz porque no era capaz de hacerlo más alto. Allí me sentía muy vulnerable-. Deja que conduzca yo.

Se volvió a mirarme.

-No puedo decir que he llegado al hospital a pie, en mi estado. Demasiadas preguntas. Es necesario que conduzca yo. Tú te escondes en la parte de atrás y me indicas el camino. ¿Tienes algo con lo que cubrirte?

-Vale -aceptó él, después de pensarlo. Dio marcha atrás con el coche para volver a lo más denso de la maleza-. Vale, me esconderé, pero si no vas por donde yo te indique... « ¡Oh!»». Sus dudas hirieron a Melanie tanto como a mí.

Mi voz sonó inexpresiva:

-Me disparas.

Él, sin contestar, se apeó del vehículo dejando el motor en marcha. Me deslicé por encima de los sujetavaso hasta su asiento. La tapa del maletero se cerró con un golpe seco.

Jared subió al asiento trasero con una gruesa manta escocesa bajo

el brazo.

-Coge la carretera a la derecha -ordenó.

El automóvil tenía cambio automático, pero yo llevaba mucho tiempo sin conducir y me sentía insegura tras el volante. Avancé con cautela, complacida al ver que aún sabía hacerlo. La autovía continuaba desierta. Salí a la carretera y mi corazón volvió a reaccionar ante el espacio abierto.

-Las luces -me recordó Jared. Su voz venía desde abajo, desde el asiento posterior.

Busqué hasta encontrar el mando y las encendí. Me parecieron horrorosamente intensas.

No estábamos lejos de Tucson, porque se veía un resplandor amarillento iluminando el cielo que debían de ser las luces de la ciudad, allá delante.

-Podrías conducir un poco más deprisa.

-Estoy justo en el límite de velocidad -protesté.

Él hizo una pausa.

-¿Las almas no corren?

Mi risa sonó sólo un poquito histérica.

-Obedecemos todas las leyes, incluidas las de tráfico.

Las luces ya eran más que un resplandor y se habían convertido en puntos luminosos individualizados. Unos letreros verdes me informaron sobre las opciones de salida.

-Sigue por Ina Road.

Seguí sus instrucciones. Él mantenía la voz baja, aunque así, aislados como estábamos, podríamos haber hablado a gritos.

Me resultaba duro encontrarme en esa ciudad desconocida. Ver casas, apartamentos, tiendas con letreros encendidos. Saberme rodeada, superada en número. Imaginé cómo se sentiría Jared. Su voz sonaba notablemente serena. Claro que él había hecho aquello muchas veces.

Ahora había otros coches en la carretera. Cada vez que barrían mi parabrisas con sus luces yo me encogía de terror.

«Ahora no vayas a derrumbarte, Wanda. Debes ser fuerte por el bien de Jamie. Si no puedes, esto no servirá de nada».

«Puedo. Sí que puedo».

Me concentré en Jamie y mis manos se agarraron con más firmeza al volante.

Jared me fue guiando a través de la ciudad, cuyas calles estaban casi todas sumidas en el sopor. El centro de sanación era pequeño porque en otros tiempos debió de ser un conjunto de consultorios médicos, antes de que lo convirtieran en un verdadero hospital. Había luces potentes en la mayoría de las ventanas y en la fachada de cristal. Vi un mostrador de recepción y detrás de él, a una mujer. La luz de mis faros no le hizo levantar la vista. Conduje hasta el rincón más oscuro del aparcamiento.

Deslicé los brazos por las correas de la mochila. No era nueva, pero estaba en buenas condiciones. Perfecto. Sólo me quedaba una cosa por hacer.

-Rápido, dame el cuchillo.

-Wanda... "Ya sé que quieres mucho a Jamie, pero no creo que pudieras usarlo. Tú no eres una luchadora.

-No es para usarlo contra ellos, Jared. Necesito una herida.

Ahogó una exclamación.

-Ya tienes una herida. ¡Con ésa tienes suficiente!

-Necesito una como la de Jamie. No sé mucho de cómo curar una herida. Necesito ver exactamente cómo se hace. Lo habría hecho antes, pero no estaba segura de poder conducir.

-¡No! ¡Otra vez no!

-Anda, dámelo. Si tardo en entrar, llamaré la atención.

Jared reflexionó deprisa. No había otro mejor, como había dicho Jeb, pues era capaz de saber lo que había que hacer y hacerlo inmediatamente. Hasta mí llegó el ruido acerado del cuchillo al salir de la vaina.

-Ten cuidado. Que no sea demasiado profunda.

-¿Quieres hacerlo tú?

Inspiró bruscamente.

-No.

-Vale.

Cogí ese horrible puñal. Tenía una empuñadura pesada y era muy afilado; terminaba en una punta en forma de huso.

No me permití pensar mucho, para no darme tiempo para acobardarme. La pierna no, el brazo, eso fue todo lo que me detuvo a decidir. Tenía cicatrices en las rodillas y no quería tener que dar explicaciones también por eso.

Alargué el brazo izquierdo; me temblaba la mano. Después de apoyarlo sobre la portezuela, torcí la cabeza para poder clavar los dientes en el respaldo. Sujeté el mango del cuchillo en la mano derecha, torpemente pero con fuerza. Apreté la punta contra la piel del antebrazo, a fin de no fallar, y cerré los ojos.

Jared tenía la respiración demasiado alterada. Si no actuaba deprisa, me impediría hacerlo.

Pensé que era como una pala a punto de abrir la tierra para facilitar el movimiento de mi mano.

Lo hice, y me hundí el puñal en el brazo.

El reposacabezas apagó mi alarido, pero aun así sonó demasiado fuerte. El cuchillo se me cayó de la mano y saltó de forma repugnante fuera del músculo, cayendo ruidosamente al suelo.

-¡Wanda! -exclamó Jared.

Aún no podía responderle. Intenté sofocar los otros gritos que sentía a punto de surgir de mi garganta. Había acertado al no hacer esto antes de coger el volante.

-¡Déjame ver!

-Quédate dónde estás -jadeé-. No te muevas.

A pesar de mi advertencia, la manta se movió detrás de mí. Apreté

el brazo izquierdo contra el cuerpo y abrí la portezuela con la mano derecha. Mientras me dejaba caer fuera, la mano de Jared me rozó la espalda. No para detenerme sino para darme ánimos.

-Volveré enseguida. -Tosí y cerré la portezuela de una patada.

Crucé a trompicones el aparcamiento, luchando contra la náusea y el pánico. Ambas sensaciones parecían compensarse mutuamente, cada una impedía que la otra asumiera el mando de mi cuerpo. El dolor no era muy intenso... o quizá ya no lo sentía tanto. Estaba entrando en estado de shock. Demasiados tipos de dolor demasiado seguidos. Un líquido caliente me corría por la mano, goteando sobre el asfalto. Me pregunté si podría mover los dedos. Tuve miedo de intentarlo.

La persona sentada tras el mostrador de recepción, una mujer madura de piel color chocolate oscuro y con unas cuantas hebras de plata en el pelo negro, se levantó de un brinco al verme cruzar tambaleándome las puertas automáticas.

-¡Ay, no! ¡Ay, querida! -Tomó un micrófono y sus siguientes palabras retumbaron contra el techo, amplificadas-: ¡Sanadora Knits! ¡La necesito en recepción! ¡Tenemos una emergencia!

-No. -Traté de hablar con calma, pero me tambaleaba-. Estoy bien. Ha sido un simple accidente.

Ella dejó el micrófono para acercármese precipitadamente. Me rodeó la cintura con un brazo.

-Ay, cariño, ¿qué te ha pasado?

-¡Qué descuido el mío! -murmuré-. Soy excursionista... y me he caído por unas piedras. Estaba recogiendo los trastos de la cena con un cuchillo en la mano...

Debió de atribuir mis vacilaciones al choque emocional.

No me miraba con desconfianza... ni con humor, como solía hacerlo lan cuando yo mentía. Sólo con preocupación.

-¡Pobrecita mía! ¿Cómo te llamas?

-*Glass Spires*\* -le dije, utilizando un nombre bastante común entre los miembros de un rebaño, del tiempo que pasé con los osos.

*\*Agujas de Cristal*

-Bien, Glass Spires. Aquí viene la sanadora. En un momento estarás curada.

Ya no sentía nada de pánico. Aquella bondadosa mujer me dio unas palmaditas en la espalda. Tan suave, tan afectuosa... Ella jamás me haría daño.

La sanadora era joven. Tenía el pelo, la cara y los ojos del mismo tono marrón claro. Eso le daba un aspecto extrañamente monocromo. El uniforme de cirujana, de color tostado, no hacía sino aumentar esa impresión.

-¡Vaya! -dijo-. Soy la sanadora *Knits Fire*\*. Te curaré enseguida. ¿Qué te ha pasado?

*\*Tejido de Fuego.*

En tanto repetía mi cuento, las dos mujeres me condujeron por un pasillo y me hicieron entrar por la primera puerta... Allí tuve que acostarme en

una cama cubierta de papel.

La sala me resultaba conocida. Sólo había estado una vez en un sitio así, pero la niñez de Melanie estaba llena de recuerdos similares. La breve hilera de armarios dobles, la pila donde la sanadora se estaba lavando las manos, las paredes blancas, limpias y brillantes...

-Lo primero es lo primero -dijo alegremente Knits Fire mientras abría un armario. Traté de enfocar bien, pues sabía que eso era importante. El armario estaba lleno de hileras y más hileras de cilindros blancos apilados. Ella retiró uno sin buscar porque sabía lo que necesitaba. El pequeño envase tenía un rótulo, pero no llegué a leerlo.

-Un poco de Sin-dolor te vendrá bien, ¿no crees?

Mientras desenroscaba la tapa vi otra vez el rótulo. Dos palabras breves. « ¿Sin-dolor?». ¿Era eso lo que decía?

-Abre la boca, Glass Spires.

Obedecí. Ella cogió un cuadrado pequeño y delgado (parecía papel de seda) y me lo puso en la lengua. Se disolvió de inmediato. No tenía sabor alguno. Tragué automáticamente.

-¿Mejor? -preguntó la sanadora.

-Sí.

Era verdad. Mi voz ya sonaba más clara y se me despejaba la cabeza. Podía concentrarme sin dificultad. El dolor se había derretido con ese diminuto cuadrado. Ya no estaba. Parpadeé, asombrada.

-Sé que ahora te sientes bien, pero no te muevas, por favor. Aún no te he atendido las lesiones.

-Desde luego.

-Cerúlea, ¿puedes traernos un poco de agua? Creo que tiene la boca seca.

-Al momento, sanadora Knits.

La otra mujer salió de la habitación. La sanadora volvió a sus armarios; en esta ocasión abrió otro, también lleno de envases blancos.

-Esto. -Retiró uno de la parte alta; luego, otro del costado.

Casi como si tratara de ayudarme a cumplir con mi misión, fue leyendo los nombres según los cogía.

-Limpiador interior y exterior... Cicatrizante... Sellador... ¿y dónde está? Ah, Alisador. Nadie quiere que quede una cicatriz en esa cara tan bonita, ¿verdad?

-Eh, no.

-N o te preocupes. Quedarás perfecta.

-Gracias.

-Es un placer.

Se inclinó hacia mí con otro cilindro blanco. La parte superior se desprendió con un chasquido, debajo había una boquilla de aerosol. Primero me roció el antebrazo, cubriendo la herida con una bruma transparente e inodora.

-La sanación debe de ser una profesión muy satisfactoria. -Mi tono era el correcto, porque mostraba interés, pero no excesivo-. Desde la

inserción no había estado en ningún centro de éstos. Es muy interesante.

-Sí, me gusta. -Comenzó a rociarme la cara.

-¿Qué estás haciendo ahora?

Sonrió. Supuse que yo no era la primera alma curiosa.

-Esto es un Limpiador; se ocupará de que no quede en la herida ningún cuerpo extraño. Mata todos los microbios que puedan causar una infección.

-Limpiador -repetí para mis adentros.

-Y aquí, Limpieza interior, por si acaso hubiera penetrado algo en tu organismo. Inhala, por favor.

Tenía en la mano un cilindro blanco diferente: un frasco más delgado, con una bomba en vez de una boquilla de aerosol. Lanzó al aire una nube de rocío por encima de mi cara. Inspiré bruscamente. La bruma sabía a menta.

-Y esto es Cicatrizante -continuó Knits Fire; al retirar la tapa del siguiente envase dejó al descubierto un pequeño gotero dosificador-. Favorece la unión de los tejidos y su crecimiento correcto.

Hizo correr un poquito de ese líquido transparente en el ancho corte de mi brazo; luego juntó los bordes de la herida. Yo sentía su contacto, pero no había dolor alguno.

-Antes de continuar sellaré esto. -Abrió otro envase, éste era un tubo flexible, y lo apretó para ponerse en el dedo una línea de gelatina espesa y clara-. Es como el pegamento -me comentó-. Lo sostiene todo unido y permite cumplir su cometido al Cicatrizante. -Me lo untó en el brazo con una pasada rápida-. Bueno, ya puedes mover ese brazo. Ha quedado muy bien.

Lo alcé para mirar. Bajo la gelatina brillante se veía una débil línea rosada. La sangre que me manchaba el brazo aún estaba húmeda, pero ya no fluía de ninguna parte. Ante mis ojos, la sanadora me limpió la piel simplemente pasando una toalla mojada.

-Gira la cara hacia aquí, por favor. Hum, parece que te has dado un golpe terrible con esas rocas. Qué desastre.

-Sí. Ha sido una caída muy mala.

-Bueno, gracias al cielo has podido conducir hasta aquí.

Me estaba mojando la mejilla con Cicatrizador, que luego distribuía con la punta de los dedos.

-Ah, me encanta ver el efecto que produce. Esto ya tiene un aspecto mucho mejor. Ahora... alrededor de los bordes. -Sonrió para sus adentros-. ¿Otra capa? Sí, será mejor. Quiero que esto desaparezca. -Trabajó durante un minuto más, y después añadió-: Muy bien.

-Aquí tienes un poco de agua -ofreció la otra mujer, que entraba por la puerta.

-Gracias, Cerúlea.

-Si necesitáis algo más, bastará con que llaméis. Estaré en la parte de delante.

-Gracias.

Cerúlea se fue. Me pregunté si sería del Planeta de las Flores. Las

flores azules eran raras, por lo cual era apropiado como nombre...

-Ya puedes incorporarte. ¿Cómo te encuentras?

Me senté.

-Perfectamente.

Era verdad, hacía mucho tiempo que no me sentía tan saludable.

El brusco paso del dolor a la comodidad acentuaba la sensación.

-Así es como debe ser. Bien, empolvaremos esto con un poco de Alisador.

Desenroscó la tapa del último cilindro y lo sacudió para verter un polvo iridiscente sobre su mano. Me lo aplicó a la mejilla con unos toquecitos y luego repitió la operación en mi brazo.

-Te quedará una pequeña línea -se disculpó-. En el cuello también. La herida era profunda. -Se encogió de hombros. Luego, distraída, me apartó el pelo del cuello para examinar la cicatriz-. Éste fue un trabajo de primera. ¿Quién te sanó?

-Hum... Faces Sunward -respondí, cogiendo el nombre de uno de mis antiguos alumnos-. Estaba en... Eureka, Montana. Como no me gustaba el frío, me vine al sur.

Cuántas mentiras. Sentía un nudo de ansiedad en el estómago.

-Yo comencé en Maine -dijo ella, sin notar nada raro en mi voz. Mientras hablaba me iba limpiando la sangre del cuello. -Para mí también era un clima demasiado frío. ¿Cuál es tu vocación?

-Hum... Camarera. En un restaurante mexicano de... Phoenix. Me gusta la comida picante.

-A mí también. -No me miraba con extrañeza. Había empezado a limpiarme la mejilla-. Muy bien. No tienes por qué preocuparte, Glass Spires. La cara te ha quedado estupenda.

-Gracias, sanadora.

-Venga. ¿Quieres un poco de agua?

-Sí, por favor. -Me controlé con esfuerzo. No debía vaciar el vaso de un solo trago, como quería. Aun así no pude evitar bebérmelo todo. Sabía demasiado bien.

-¿Quieres más?

-Eh, sí, por favor. Gracias.

-Volveré enseguida.

En cuanto estuvo al otro lado de la puerta, me deslicé fuera de la cama. El crepitar del papel hizo que me quedara petrificada en el sitio. Ella no volvería demasiado pronto. Disponía de unos cuantos segundos. Cerúlea había tardado algunos minutos en traer el agua. Tal vez la sanadora tardaría lo mismo. Tal vez el agua fresca y pura se guardaba lejos de esa habitación. Quizá.

Me quité precipitadamente la mochila y la abrí tironeando de los cordeles. Comencé por el segundo armario. Allí estaba la pila de Cicatrizante. La cogí entera y dejé que cayera con un leve repiqueteo contra el fondo de mi mochila. ¿Qué diría si ella me sorprendía? ¿Qué mentira podía inventar?

A continuación cogí del primer armario las dos clases de Limpiador.



Detrás de cada pila había otra, de las cuales cogí la mitad. Luego el Sin-dolor, los dos montones. Estaba por girar hacia el Sellador cuando me llamó la atención el rótulo de la siguiente hilera de cilindros.

«Refrescante para fiebres». No había instrucciones, sólo el rótulo. Recogí toda la pila. Nada de lo que había allí haría daño a un cuerpo humano, de eso estaba segura.

Cogí todo el Sellador y dos envases de Alisador. No podía abusar más de mi suerte. Después de cerrar sin hacer ruido los armarios, volví a pasar los brazos por las correas de la mochila y me recliné sobre el colchón, provocando más crujidos. Traté de adoptar una actitud relajada.

Ella no regresaba.

Miré el reloj. Había pasado un minuto. ¿A qué distancia estaría el agua?

Dos minutos. Tres minutos.

¿Acaso mis mentiras habían sido tan evidentes para la sanadora como lo eran para mí?

El sudor comenzaba a formar gotas en mi frente. Me lo enjuagué de prisa.

¿Y si ella volvía con un buscador?

Pensé en la pequeña píldora que tenía en el bolsillo. Me temblaban las manos, pero podría hacerlo. Por Jamie.

Entonces oí un suave rumor de pisadas. Dos pares de pies venían por el pasillo.

## Capítulo 45

### Triunfo

Knits Fire y Cerúlea entraron juntas por la puerta. La sanadora me entrego un vaso alargado con agua. No me pareció tan fría como la otra, porque ahora tenía los dedos helados por el miedo. La mujer negra también tenía algo para mí; me entregó un rectángulo plano con un asa.

-He pensado que querías verte -comentó la sanadora, con una cálida sonrisa.

La tensión me abandonó en un torrente. No había sospecha ni miedo. Sólo más amabilidad de esas almas que habían dedicado sus vidas a curar.

Cerúlea me había dado un espejo.

Al levantarlo tuve que sofocar una exclamación.

Mi cara tenía el mismo aspecto que en San Diego. La cara que allí había pensado que tendría para siempre. La piel del pómulos derecho estaba lisa y aterciopelada. Si miraba con atención, el color era un poco más claro y más rosado que el bronceado de la otra mejilla.

Era el rostro que pertenecía a Wanderer, el alma. Su sitio estaba allí, en ese lugar civilizado, libre de violencia y horror.

Comprendí entonces por qué era tan fácil mentir a esas gentiles criaturas. Porque hablar con ellas era bueno, porque yo comprendía sus reglas y su manera de comunicarse. Las mentiras podían ser..., tal vez debían ser verdad. Yo habría debido estar cumpliendo con mi vocación en algún lugar, ya sea enseñando en la universidad o de camarera en un restaurante. Una vida fácil y apacible que contribuyera al bien común.

-¿Qué te parece? -preguntó la sanadora.

-¡Estoy perfecta! Gracias.

-Sanarte ha sido un placer.

Volví a mirarme y detecté ciertos detalles alejados de la perfección. Tenía el pelo mal cortado, sucio, con las puntas desparejas y sin brillo. La culpa era del jabón hecho en casa y de la mala nutrición. Aunque la sanadora me había limpiado la sangre del cuello, aún se veían las manchas del polvo purpúreo.

-Creo que es hora de acabar esta larga excusión campestre. Necesito lavarme -murmuré.

-¿Sales a menudo de acampada?

-Últimamente, cada vez que tengo tiempo libre. No puedo..., no puedo alejarme del desierto.

-Debes de ser valiente. Yo me siento mucho más a gusto en la ciudad.

-No es que sea valiente. Sólo... diferente.

Mis ojos, en el espejo, eran los círculos de color avellana que me eran tan familiares. Gris oscuro por fuera, un círculo de verde musgo y, luego, otro círculo marrón acaramelado en torno a la pupila. Para subrayarlo todo, un leve resplandor de plata que reflejaría la luz, intensificándola.

« ¿Jamie?», dijo Melanie con impaciencia. Empezaba a ponerse nerviosa. Yo estaba allí demasiado a mis anchas. Ella veía la lógica del otro sendero que se extendía ante mí y eso la asustaba.

«Sé quién soy», le dije.

Parpadeé. Luego volví a mirar aquellas caras amistosas que tenía a mi lado.

-Gracias -repetí a la sanadora-. Será mejor que me ponga en marcha.

-Es muy tarde. Si quieres, puedes dormir aquí.

-No estoy cansada. Me siento... perfectamente.

La sanadora sonrió de oreja a oreja.

-Es obra del Sin-dolor.

Cerúlea me acompañó hasta la zona de recepción. Cuando crucé el umbral ella me puso una mano en el hombro.

Se me aceleró el corazón. ¿Acaso habría notado que mi mochila, antes plana, estaba ahora muy abultada?

-Ten más cuidado, cariño -me aconsejó antes de darme unas palmaditas en el brazo.

-Sí. Se han acabado las caminatas en la oscuridad.

Con una sonrisa, volvió a su mostrador.

Crucé el aparcamiento con paso sereno, aunque habría querido echar a correr. ¿Y si la sanadora abría sus armarios? ¿Cuánto tardaría en comprender por qué estaban medio vacíos?

El coche seguía allí, en la bolsa de oscuridad creada por la distancia entre dos lámparas de alumbrado público. Parecía estar vacío. Mi respiración se volvió agitada y desigual. Era lógico que pareciera vacío. Era lo que pretendíamos. Pero mis pulmones no recuperaron la calma hasta que no entreví una vaga silueta bajo la manta del asiento trasero.

Abrí la portezuela para dejar la mochila en el asiento del pasajero,

donde se posó con un repiqueteo tranquilizador; luego subí y cerré, refrenando mi impulso de echar el seguro, ya que no había motivo para hacerlo.

-¿Estás bien? -susurró Jared, en cuanto la portezuela estuvo cerrada. Su voz era un siseo tenso y ansioso.

-Chist -dije, tratando de mover los labios lo menos posible-. Espera.

Al cruzar frente al vestíbulo iluminado, Cerúlea agitó la mano y yo respondí con el mismo gesto.

-¿Has hecho amigos?

Estábamos en la carretera oscura. Ya nadie me observaba. Me encorvé en el asiento. Me temblaron las manos. Ahora que todo había pasado podía permitírmelo. Ahora que había triunfado.

-Todas las almas somos amigas -respondí, con voz normal.

-¿Estás bien? -volvió a preguntar.

-Me han sanado.

-Déjame ver.

Estiré el brazo izquierdo frente al cuerpo para que él viera la leve línea rosada.

Ahogó una exclamación de sorpresa.

Con un susurro de la manta, se incorporó y pasó hacia delante por el espacio abierto entre los asientos. Empujó la mochila para apartarla, pero luego se la puso en el regazo y comprobó su peso.

Cuando pasamos bajo una farola levantó la vista hacia mí y lanzó otra exclamación:

-¡Tu cara!

-También está curada. Por supuesto.

Alzó una mano y la sostuvo en el aire, cerca de mi mejilla, inseguro.

-¿Duele?

-No, claro que no. Es como si nunca le hubiera sucedido nada.

Sus dedos rozaron la piel intacta. Sentí un cosquilleo, pero era sólo por su contacto. De inmediato él volvió a lo importante:

-¿Han sospechado algo? ¿Crees que llamarán a los buscadores?

-No. Te dije que no sospecharían. Ni siquiera me han verificado los ojos. Han visto que estaba herida y me han curado.

Me encogí de hombros.

-¿Qué has conseguido? -preguntó, mientras desataba los cordones de la mochila.

-Lo que Jamie necesita..., si es que llegamos a tiempo. -Eché una mirada mecánicamente al reloj del salpicadero, aunque las horas que marcaban no tenían sentido-. Y más para el futuro. Sólo he cogido lo que conozco.

-Llegaremos a tiempo -prometió. Estaba examinando los envases blancos-. ¿Alisador?

-No es imprescindible, pero como sé para qué sirve...

Con un gesto de asentimiento, continuó revolviendo el contenido de

la mochila y murmurando los nombres para sus adentros.

-¿Sin-dolor? ¿Es efectivo?

Reí.

-Es asombroso. Te haré una demostración si te clavas un puñal.

¡Oye, que es una broma!

-Ya lo sé.

Me miraba con una expresión ininteligible. Tenía los ojos dilatados, como si algo le hubiera sorprendido profundamente.

-¿Qué pasa? -Después de todo, mi broma no había sido tan mala.

-Lo has conseguido. -Su tono estaba cargado de sorpresa.

-¿No era ésa la idea?

-Sí, pero... En el fondo creía que no lo lograríamos.

-¿No? ¿Y entonces por qué..., por qué me has permitido intentarlo?

Respondió con voz suave, casi un susurro:

-Me ha parecido mejor morir intentándolo que vivir sin el chaval.

Por un momento la emoción me provocó un nudo en la garganta. Mel también estaba demasiado abrumada como para hablar. En ese único instante éramos una familia. Todos.

Carraspeé. No había necesidad de sentir cosas que no llegarían a nada.

-Ha sido muy fácil. Probablemente cualquiera de vosotros podría hacerlo, si actuara con naturalidad. Eso sí: me ha mirado el cuello. -Me lo toqué, pensativa-. Tu cicatriz es demasiado primitiva, pero con los medicamentos que llevo Doc podría arreglártela.

-Dudo que ninguno de nosotros pudiera actuar con tanta naturalidad.

Asentí.

-Sí. Para mí es fácil. Sé qué es lo que ellos esperan. -Reí brevemente para mis adentros-. Soy una de ellos. Si confiaras en mí, creo que podría conseguirte cualquier cosa que quisieras. -Volví a reír. Era sólo el relajamiento después de la tensión, que me embriagaba. Pero me parecía gracioso. ¿Sabía él que yo era capaz de hacer exactamente eso que había dicho por él? Cualquier cosa que él quisiera.

-Es que confío en ti -susurró-. Te he confiado la vida de todos.

Era cierto: me había confiado todas las vidas humanas. La suya, la de Jamie, la de todos los demás.

-Gracias -susurré a mi vez.

-Lo has conseguido -repitió, maravillado.

-Lo salvaremos.

«Jamie vivirá -se regocijó Mel-. Gracias, Wanda».

«Por ellos, cualquier cosa», le dije, y luego suspiré, porque era la verdad.

Cuando llegamos a la pendiente Jared ató nuevamente las lonas impermeabilizadas y se hizo cargo del volante. Estaba familiarizado con el camino y conducía a mayor velocidad que yo. Me hizo bajarme del coche

antes de meterlo en su escondrijo, increíblemente pequeño, bajo el deslizamiento rocoso. Yo esperaba oír el ruido que produce la chapa chocando contra la piedra, pero él encontró la manera de aparcarlo en silencio.

Y ya estábamos de nuevo en el jeep, volando a través de la noche. Mientras nos bamboleábamos por el desierto Jared rió triunfalmente; el viento se llevó su voz.

-¿No vas a vendarme los ojos? -pregunté.

-¿Para qué?

Lo miré.

-Si hubieras querido denunciarnos, Wanda, ya has tenido la oportunidad. Ahora nadie puede negar que seas una de los nuestros.

Me quedé pensativa.

-Creo que algunos todavía podrían. Si eso les hace sentirse mejor...

-Esos «algunos» tendrán que sobreponerse.

Yo negaba con la cabeza al imaginar cómo nos recibirían.

-No será fácil regresar ahora. Imagina lo que están pensando en estos momentos. Lo que están esperando...

Él entrecerró los ojos sin contestar.

-Jared, si..., si no quieren escuchar..., si no esperan... -Empecé a hablar más deprisa, bajo una presión súbita que me impulsaba a darle toda la información antes de que fuera demasiado tarde-: Primero debes darle a Jamie el Sin-dolor, pónselo en la lengua. Luego, el rocío de Limpieza interior, basta con que lo inhale. Doc tendrá que...

-¡Oye, oye, que serás tú quien dé las instrucciones!

-Pero deja que te diga cómo...

-No, Wanda. No voy a permitir que las cosas lleguen hasta ese punto. Si alguien te toca, dispararé contra quien sea.

-Jared...

-No te asustes. Apuntaré hacia abajo. Después podrás usar todo eso para curarle.

-Si eso es un chiste, no le veo la gracia.

-No es broma, Wanda.

-¿Dónde has metido la venda?

Él apretó los labios.

Pero yo tenía mi vieja y raída camisa, la que había heredado de Jeb, que me serviría igual de bien.

-Así les será un poquito más fácil dejarnos entrar -dije, mientras la plegaba formando una banda gruesa-. Y eso equivale a llegar antes junto a Jamie. -Me la até sobre los ojos.

Durante un rato hubo silencio. El jeep se bamboleaba por un territorio escarpado. Recordé otras noches como ésa, con Melanie como pasajera...

-Iremos directamente a las cuevas. Allí hay un lugar donde se puede esconder el jeep un par de días. Así ahorraremos tiempo.

Asentí. Ahora el tiempo era vital.

-Ya casi hemos llegado -dijo él, después de un minuto. Y exhaló-. Nos están esperando.

Estaba moviendo algo a mi lado y se oyó un chasquido metálico cuando sacó el rifle del asiento de atrás.

-No hieras a nadie.

-No te prometo nada.

-¡Alto! -gritó alguien. La voz resonó en el aire del desierto.

El jeep aminoró la marcha y se quedó con el motor encendido al ralentí.

-Somos sólo nosotros -contestó Jared-. Sí, sí, mira, ¿ves? Sigo siendo yo mismo.

Al otro lado hubo cierta vacilación.

-Mira, voy a poner el jeep a cubierto, ¿vale? Traemos medicamentos para Jamie y tenemos prisa. Me importa un rábano lo que penséis pero esta noche no os pondréis en mi camino.

El jeep se adelantó con una sacudida. El sonido cambió y se llenó de ecos; había encontrado el escondrijo.

-Bueno, Wanda, todo marcha bien. Vamos.

Ya tenía la mochila sobre los hombros. Bajé del jeep con cautela, pues no sabía dónde estaba el muro. Jared me cogió las manos extendidas.

-Aúpa -me dijo. Y volvió a cargarme sobre su hombro. No me sentía tan segura como antes. Él me sostenía con un solo brazo. En la otra mano debía de tener el rifle. Eso no me gustó.

Pero también estaba preocupada y, al oír que alguien se acercaba a la carrera, agradecí que tuviera el arma.

-¡Jared, pedazo de idiota! -gritó Kyle-. ¿En qué estabas pensando?

-Tranquilo, Kyle -dijo Jeb.

-¿Está herida? -inquirió Ian.

-Quitaos de en medio -ordenó Jared con voz serena-. Llevo prisa. Wanda está perfectamente bien, pero ha insistido en que le vendara los ojos. ¿Cómo está Jamie?

-Está ardiendo -informó Jeb.

-Wanda trae lo que necesitamos.

Ahora avanzaba deprisa, deslizándose pendiente abajo.

-Puedo llevarla yo. -Ése era Ian, por supuesto.

-Está muy bien donde está.

-Estoy bien, de verdad -dije a Ian, con la voz entrecortada por el movimiento de Jared.

Subió colina arriba otra vez a un trote uniforme, a pesar de mi peso. Oí que los otros corrían con nosotros.

Supe que habíamos llegado a la caverna principal porque se alzó un siseo furioso de voces a nuestro alrededor, convertido luego en un clamor.

-Quitaos de en medio -rugió Jared sobre todas las voces-. ¿Doc está con Jamie?

No entendí la respuesta. Jared podría haberme dejado en el suelo,

pero tenía demasiada prisa como para detenerse en ese momento.

Detrás de nosotros resonaban voces coléricas, pero el sonido disminuyó cuando entramos en el túnel más pequeño. Ahora sabía dónde estábamos, iba siguiendo mentalmente los giros mientras cruzábamos a toda velocidad la confluencia, rumbo al tercer dormitorio. Casi podía contar las puertas que pasaban invisiblemente a mi lado.

Jared se detuvo bruscamente y me dejó deslizarme hacia abajo desde su hombro. Mis pies tocaron el suelo y él me arrancó la venda de los ojos.

Nuestra habitación estaba iluminada por varias de aquellas tenues lámparas azules. Doc estaba de pie, rígido, como si acabara de saltar del asiento. A su lado, de rodillas, Sharon sostenía aún un paño mojado contra la frente de Jamie. Su cara estaba tan contraída por la furia que apenas pude reconocerla. Maggie hacía esfuerzos por levantarse, al otro lado de Jamie.

El chico aún yacía laxo y enrojecido, con los ojos cerrados, y su pecho apenas se movía para inspirar el aire.

-¡Tú! -escupió Sharon. Y saltó desde su posición para arrojarse hacia Jared como un gato, buscándole la cara con las uñas.

Jared le sujetó las manos. De inmediato la apartó de sí, retorciéndole los brazos a la espalda.

Maggie parecía como si estuviera dispuesta a ir en ayuda de su hija, pero Jeb dio un paso delante de Jared y Sharon, que luchaba para soltarse, y se puso delante de ella.

-¡Suéltala! -gritó Doc.

Jared le ignoró.

-Wanda, ¡cúrale!

Doc se colocó entre Jamie y yo.

-Doc -supliqué con voz estrangulada. La violencia que tenía lugar en la habitación, girando en torno a la forma inmóvil de Jamie, me asustó. Necesito tu ayuda. Por favor. Hazlo por Jamie.

Doc no se movió, con los ojos fijos en Sharon y Jared.

-Venga, Doc -le instó Ian. La habitación estaba abarrotada de gente, hasta el punto de parecer claustrofóbica, cuando Ian vino a mi lado y me puso una mano en el hombro-. ¿Vas a dejar que el chaval muera por culpa de tu orgullo?

-No es cuestión de orgullo. ¡No sé qué es lo que esas sustancias extrañas pueden hacerle!

-No puede estar peor ya, ¿no te parece?

-Doc -insistí-, mírame la cara.

El interpelado no fue el único en responder a mi petición. Jeb, Ian e incluso Maggie miraron y después volvieron a mirar de nuevo. Maggie desvió rápidamente los ojos, enfadada por haber mostrado algún tipo de interés.

-¿Cómo ha sido eso?

-Te lo enseñaré. Por favor. Jamie no tiene por qué seguir sufriendo.

El doctor vaciló, mirándome fijamente a la cara, y luego dejó escapar un gran suspiro.



-Ilan tiene razón, la verdad es que no puede estar peor.

Si esto lo mata... -Se encogió de hombros y después dio un paso atrás.

-No -siseó Sharon. Nadie le prestó atención.

Mientras me arrodillaba junto a Jamie, me quité la mochila de los hombros y desaté los cordones para abrirla. Buscaba a tientas el Sin-dolor. Una luz intensa se encendió a mi lado, alumbrando a la cara de Jamie.

-¿Agua, Ian?

Giré la tapa para abrirla y retiré uno de aquellos pequeños cuadrados de tejidos. Al coger el mentón de Jamie para abrirle la boca sentí que su piel quemaba. Le puse el cuadrado en la lengua. Luego, alargué la mano sin levantar la vista. Ian me puso el cuenco de agua en la palma.

Con mucho cuidado, dejé caer un poco de agua en la boca del chico, para que el medicamento descendiera por su garganta. Tragó con un ruido seco, penoso.

Busqué el spray, una botella más delgada, como una posesa hasta encontrarla; la destapé y esparcí el rocío en el aire, sobre él, en un solo movimiento. Después esperé, observándole el pecho, hasta que le vi inhalar.

Le toqué la cara. ¡Cómo ardía! Busqué a tientas el Refrescante, rogando que fuera fácil de usar. Al retirar la tapa, descubrí que el cilindro estaba lleno de cuadrados de papel fino, pero éstos eran de color azul claro. Con un suspiro de alivio, le puse uno en la lengua y cogí nuevamente el cuenco para echar otro sorbo de agua entre sus labios resecos.

Esta vez tragó enseguida y con más facilidad.

Otra mano le tocó la cara. Reconocí los dedos largos y huesudos de Doc.

-¿Tienes un cuchillo afilado, Doc?

-Tengo un bisturí. ¿Quieres que abra la herida?

-Sí, para limpiarla.

-Pensaba intentarlo..., drenarla, pero el dolor...

-Ahora no sentirá nada.

-Miradle la cara -susurró Ian al tiempo que se inclinaba a mi lado.

Ya no estaba enrojecida, sino con su saludable bronceado natural. Aún le brillaba el sudor en la frente, pero comprendí que era sólo un residuo de lo anterior. Doc y yo le tocamos la frente al mismo tiempo.

«Es efectivo. ¡Sí!». El entusiasmo nos invadía a Mel y a mí.

-Es sorprendente -exclamó Doc.

-La fiebre ha bajado, pero es posible que la pierna siga infectada. Ayúdame con la herida, Doc.

-Sharon, ¿podrías darme? -comenzó él, distraído. Luego levantó la vista-. Ah. Eh, Kyle, ¿te molestaría traerme esa bolsa que está junto a tu pie?

Me deslicé hasta quedar junto al corte rojo e hinchado. Ian apuntó con la luz para que pudiera verla bien. Doc y yo revolvimos simultáneamente el contenido de nuestras bolsas. Él extrajo un bisturí plateado, cuya aparición me provocó un estremecimiento de zozobra a lo largo de la columna. Sin prestarle atención, preparé el rociador de Limpieza.

-¿No sentirá nada? -quiso asegurarse Doc, vacilante.

-¡Eh! -graznó Jamie. Sus ojos, bien abiertos, recorrieron la habitación hasta encontrar mi cara-. Eh, Wanda, ¿qué pasa? ¿Qué hacéis todos aquí?

## Capítulo 46

### Rodeada

Jamie comenzó a incorporarse.

-Quieto ahí, chaval. ¿Cómo te sientes? -Ian le sujetó los hombros contra el colchón.

-Me siento... muy bien. ¿Por qué estáis todos aquí? No recuerdo...

-Has estado enfermo. No te muevas hasta que acabemos de curarte.

-¿Puedes darme de beber?

-Claro, chaval. Toma.

Doc miraba a Jamie con ojos incrédulos y a mí se me había formado tal nudo en la garganta a causa de la alegría que apenas era capaz de articular palabra.

-Es efecto del Sin-dolor -murmuré-. Te hace sentirte de maravilla.

-¿Qué ha pasado? ¿Por qué Jared tiene a Sharon inmovilizada? -susurró el chico a Ian.

-Es que está de mal humor -explicó Ian con un murmullo algo teatral.

-Quédate muy quieto, Jamie -advirtió Doc-. Vamos a... limpiarte la herida, ¿vale?

-Vale -aceptó él con voz débil. Había visto el escalpelo en la mano del médico y lo observaba con desconfianza.

-Dime si sientes esto -pidió Doc.

-Si te duele -corregí.

Con la destreza de la práctica, el doctor deslizó el bisturí a través de la piel enferma con suavidad y rapidez. Los dos echamos un vistazo a Jamie. Mantenía los ojos fijos en el techo oscuro.

-Es una sensación rara -dijo-, pero no duele.

El médico asintió para sus adentros y bajó otra vez el escalpelo

para hacer un corte cruzado. Por la abertura brotaron sangre roja y una descarga de pus amarillo oscuro.

En cuanto Doc retiró la mano roció aquella sangrienta equis con Limpiador. En cuanto el líquido tocó la secreción, aquel amarillo enfermizo pareció hervir sin ruido y comenzó a retirarse. Casi como la espuma alcanzada por un chorro de agua. Se fundió. Doc, a mi lado, respiraba agitado.

-¡Mira eso!

Roció la zona dos veces por precaución, pues la piel del herido ya no tenía ese rojo oscuro. Sólo quedaba el color normal de la sangre humana, que seguía fluyendo.

-Bien. Ahora, Cicatrizante -murmuré.

Busqué el envase correcto e incliné la pequeña boquilla sobre los cortes. El líquido claro cubrió la carne viva y quedó allí, reluciente, deteniendo el sangrado. Vertí en la herida la mitad del contenido; sin duda era el doble de lo necesario.

-Bien. Júntame los bordes, Doc.

A estas alturas el médico estaba mudo, aunque la mandíbula le colgaba, bien abierta. Tal y como yo le pedía, cerró los dos cortes con ambas manos.

Jamie soltó una risa.

-Me haces cosquillas.

Doc dilató los ojos.

Unté la equis con un chorro de Sellador y vi, con honda satisfacción, que los bordes se fundían y se borraban en una línea rosada.

-¿Puedo mirar? -preguntó Jamie.

-Deja que se incorpore, Ian. Ya casi hemos terminado.

El chico se alzó sobre los codos con los ojos brillantes de curiosidad. El pelo sudoroso y sucio se le había pegado a la cabeza. Ahora contrastaba contra el lustre saludable de la piel.

-Mira, te pongo esto -expliqué, aplicando un puñado de polvo brillante a los cortes-, y la cicatriz se borrará casi por completo. Así. -Le mostré la de mi brazo.

Él se echó a reír.

-Pero las cicatrices impresionan a las chicas, ¿verdad? ¿De dónde has sacado todo esto, Wanda? Parece cosa de magia.

-Jared me ha llevado de expedición por ahí.

-¿De verdad? ¡Es asombroso!

Doc tocó el residuo de polvo chispeante que me quedaba en la mano y se llevó los dedos a la nariz.

-Tendríais que haberla visto -comentó Jared-. Ha estado increíble.

Me sorprendió oír su voz tan cerca de mí. Busqué automáticamente a Sharon y alcancé a ver la llamarada de su pelo mientras salía de la habitación. Maggie iba pisándole los talones.

Qué triste, qué terrorífico, estar tan llena de odio que no pudieras alegrarte con la curación de un chico. ¿Cómo era posible llegar a ese punto?

-Caminó derecha hacia el hospital, se dirigió hacia la alienígena de la puerta y les pidió que le atendieran las heridas, audaz como nadie. Entonces, en cuanto ellas volvieron la espalda, ¡les robó todo esto! -Contado por Jared sonaba a aventura. Jamie estaba disfrutando también, su sonrisa era enorme. Me miró auténticamente maravillado-. Ha salido de allí con tal cantidad de medicamentos que nos servirán a todos durante mucho tiempo. Y cuando ya nos marchábamos, ¡tendríais que haberla visto agitar la mano para despedirse del bicho que estaba en recepción! -concluyó Jared, riendo.

«Yo no habría podido hacer eso por ellos -dijo Melanie, súbitamente entristecida-. Eres más valiosa para ellos que yo».

«Calla -la interrumpí. No era momento para ponerse triste o celosa, sólo para estar alegre-. Sin ti yo no estaría aquí para ayudarlos. Tú también le has salvado».

Jamie me miraba con los ojos dilatados.

-No ha sido tan emocionante, a decir verdad -le dije. Él me cogió la mano y yo se la estreché, con el corazón henchido de amor y gratitud-. Ha sido muy fácil. Al fin y al cabo, yo también soy un bicho.

-No he querido decir... -empezó a disculparse Jared.

Descarté su protesta con un gesto y una sonrisa.

-¿Cómo has explicado la cicatriz que tenías en la cara? -preguntó el médico-. ¿No les ha extrañado que no te hubieran...?

-Tenía que acudir con heridas recientes, desde luego.

He puesto cuidado en no dejarles nada que despertara sospechas. Les he dicho que me había caído con un cuchillo en la mano -di un codazo a Jamie-, algo que le puede suceder a cualquiera.

Ahora estaba en las nubes. Todo parecía refulgir desde dentro: las telas, las caras, hasta los muros. El gentío, dentro y fuera de la habitación, comenzaba a murmurar y hacer preguntas, pero ese ruido era sólo como un silbido en mis oídos, como el efecto que perdura después de tañer una campana. Una reverberación en el aire. Nada parecía real fuera del pequeño círculo de mis seres queridos: Jamie, Jared, Ian y Jeb. Hasta el mismo Doc formaba parte de ese momento perfecto.

-¿Heridas recientes? -preguntó Ian, con voz inexpresiva.

Le miré con fijeza, me sorprendió el enfado que veía en sus ojos.

-Era necesario. Debía disimular la cicatriz y necesitaba aprender cómo debía curar a Jamie.

Jared me cogió la muñeca izquierda para deslizar un dedo sobre la leve línea rosada, pocos centímetros más arriba.

-Fue horroroso -dijo. De pronto, de su voz sombría había desaparecido todo el buen humor-. Poco ha faltado para que se amputara la mano. Pensé que no iba a poder volver a moverla.

El muchacho dilató los ojos, espantado.

-¿Te cortaste tú misma?

Volví a estrecharle la mano.

-No te pongas nervioso, que no ha sido para tanto. Además, estaba segura de que me la curarían enseguida.

-¡Si la hubierais visto! -repitió Jared en voz baja, sin dejar de acariciarme el brazo.

Los dedos de Ian me rozaron la mejilla. Aquello me gustó; me apoyé en la mano que él había dejado allí. No sabía si era efecto del Sin-dolor o de la misma alegría de haber salvado a Jamie, pero todo parecía cálido y refulgente.

-Basta de expediciones para ti -murmuró Ian.

-Claro que saldrá de nuevo -objetó Jared, alzando la voz por la sorpresa-. Ian, lo ha hecho fenomenal, de verdad. Hay que verla para comprender. Apenas comienzo a imaginar todas las posibilidades...

-¿Qué posibilidades? -Ian me deslizó la mano por el cuello hacia abajo, hasta el hombro, y me acercó a su costado, apartándome de Jared-. ¿Cuál va a ser el coste para ella? ¿Has dejado que casi se amputara la mano? -Con cada inflexión de voz, sus dedos se curvaban en torno a mi brazo.

Su enfado no se correspondía con el fulgor.

-No, Ian, no ha sido así -objeté-. La idea ha sido mía. Era necesario.

-Tenía que ser idea tuya, desde luego -gruñó él-. Eres capaz de cualquier cosa..., cuando se trata de estos dos no tienes límites; pero Jared no debió habértelo permitido...

-¿Qué otra cosa podíamos hacer, Ian? -adujo el interpelado-. ¿Tenías algún plan mejor? ¿Crees que ella estaría más contenta si no se hubiera lesionado pero Jamie hubiera muerto?

Hice un gesto de horror ante una idea tan espantosa. Ian respondió con voz menos hostil:

-No. Pero no entiendo que hayas podido quedarte cruzado de brazos mientras ella se hacía eso. -Meneó la cabeza con disgusto y como reacción los hombros de Jared se hundieron-. ¿Qué clase de hombre...?

-Uno práctico -le interrumpió Jeb.

Todos levantamos la vista. Allí estaba él, con una gran caja de cartón en los brazos.

-Por eso Jared es el mejor cuando se trata de conseguir lo que necesitamos, porque siempre hace cuanto es necesario. O vigila para que se haga. A veces eso es más difícil que hacerlo. Ahora bien, ya sé que estamos más cerca del desayuno que de la cena, pero creo que algunos, aquí, llevan mucho tiempo sin comer -prosiguió Jeb, cambiando de tema sin mucha sutileza-. ¿Tienes hambre, chaval?

-Eh..., no estoy seguro -admitió Jamie-. Siento un hueco aquí, pero no es... desagradable.

-Eso es por el Sin-dolor -expliqué-. Deberías comer.

-Y beber -añadió Doc-. Necesitas líquidos.

Jeb dejó caer la incómoda caja en el colchón.

-He pensado que no vendría mal una pequeña celebración. Meted la mano dentro.

-¡Hum, qué bueno! -exclamó Jamie, manoteando en la caja de

comida deshidratada, de las que solían usar los excursionistas-. Macarrones. Excelente.

-Me reservo el pollo al ajillo -dijo Jeb-. Extraño mucho el ajo, aunque no creo que los demás lo echen de menos en mi aliento. -Rió entre dientes.

Venía preparado, con botellas de agua y varias cocinas portátiles. La gente comenzó a reunirse alrededor, agolpándose en aquel pequeño espacio. Apretada entre Jared e Ian, senté a Jamie en mi regazo. Aunque ya estaba demasiado crecido para eso, no protestó. Debió de percibir lo mucho que las dos necesitábamos hacerlo, tanto Me! como yo teníamos que sentirlo vivo, sano y en nuestros brazos.

El resplandeciente círculo pareció ampliarse hasta abarcar a todos para esa cena tardía, convirtiéndolos en parte de la familia. Todos aguardaron, satisfechos y sin prisa, a que Jeb preparara aquel inesperado festín. El miedo había sido reemplazado por alivio y las buenas noticias. Ni siquiera Kyle, comprimido en un pequeño espacio al otro lado de su hermano, fue mal recibido en el grupo.

Melanie suspiró contenta. Tenía una conciencia vibrante del calor del niño en nuestro regazo y el contacto del hombre que aún me acariciaba el brazo. Ni siquiera le molestaba que Ian me rodeara los hombros con un brazo.

«A ti también te afecta el Sin-dolor», bromeé.

«No creo que sea por el Sin-dolor. Para ninguna de las dos».

«No, si tienes razón. Esto es más de lo que nunca he tenido».

«Y es mucho de lo que yo he perdido».

¿Qué era lo que hacía que el amor humano me pareciera más deseable que el amor de los de mi propia especie? ¿Quizá porque era exclusivo y caprichoso? Las almas ofrecíamos a todos afecto y aceptación. ¿Acaso yo ansiaba un desafío mayor? Este amor era taimado, no obedecía a reglas firmes y claras, se podía recibir gratis, como me había pasado con Jamie, o ser conquistado con el tiempo y el duro esfuerzo, como con Ian, o podía ser completa, desoladoramente inalcanzable, como con Jared.

¿O acaso era simplemente mejor, de alguna manera?

Puesto que los humanos podían odiar con tanta furia, ¿sería la otra cara de la moneda que pudieran amar con más corazón, celo y fuego?

Yo ignoraba por qué lo había ansiado con tanta desesperación. Sólo sabía que ahora, al tenerlo, valía cada pizca del peligro y el tormento que me había costado. Era mejor de lo que nunca hubiera imaginado.

Lo era todo para mí.

Cuando acabaron los preparativos y la comida estuvo consumida, lo tardío -o, más bien, lo temprano- de la hora nos venció a todos. La gente salió a trompicones de esa habitación atestada, cada uno rumbo a su cama. Cuando se marcharon quedó más espacio.

Quienes quedamos allí nos dejamos caer en cualquier sitio disponible. Poco a poco nos fuimos deslizando en el lugar donde estábamos hasta quedar horizontales. Mi cabeza acabó recostada contra el vientre de Jared, quien me acariciaba de vez en cuando el pelo. Jamie tenía la cara

contra mi pecho y los brazos en torno a mi cuello. Yo le ceñía los hombros con un brazo. Mi vientre servía de almohada a la cabeza de Ian, que me sujetaba la otra mano contra su cara. Sentía la larga pierna de Doc estirada junto a la mía y su zapato junto a la cadera. Se había quedado dormido, porque se le oía roncar. Y hasta es posible que alguna parte de mí estuviera en contacto con Kyle.

Jeb se había despatarrado en la cama. Un eructo suyo provocó las risas sofocadas de Kyle.

-Una noche mucho mejor de lo que yo había planeado. ¡Qué gusto da cuando el pesimismo sale perdiendo! -musitó Jeb-. Gracias, Wanda.

-Hum -suspiré, medio dormida.

-La próxima vez que ella salga de expedición... -dijo Kyle, desde el otro lado de Jared. Un gran bostezo le interrumpió la frase-. La próxima vez que ella salga de expedición quiero ir yo también.

-Ella no va a ir a ninguna parte -replicó Ian, con el cuerpo tenso. Le rocé la cara con la mano, tratando de serenarlo.

-Claro que no -le murmuré-. No tengo que ir a ninguna parte, a menos que se me necesite. No me importa quedarme aquí...

-No hablo de retenerte prisionera, Wanda -explicó él, irritado-. Por lo que a mí concierne, puedes ir a donde quieras. A correr por la autovía si se te antoja, pero de expediciones nada. Hablo de mantenerte alejada del peligro.

-La necesitamos -dijo Jared. Su voz sonó más dura de lo que yo hubiera querido oír.

-Antes nos las arreglábamos muy bien sin ella.

-¿Eso crees? Jamie habría muerto sin su ayuda. Puede conseguir cosas que están fuera de nuestro alcance.

-No es una herramienta, Jared. Es una persona.

-Ya lo sé. No he dicho que...

-Eso depende de Wanda, me parece. -Jeb interrumpió la discusión justo cuando iba a hacerlo yo. Ahora mi mano sujetaba a Ian contra el suelo. Sentí que Jared movía el cuerpo bajo mi cabeza, como si se dispusiera a levantarse. Las palabras de Jeb los inmovilizaron a ambos.

-No puedes dejar que ella decida, Jeb -protestó Ian.

-¿Por qué no? Parece que ella piensa por sí sola. ¿Desde cuándo te encargas de decidir por ella?

-Ya verás por qué no -gruñó él-. ¿Wanda?

-¿Qué, Ian?

-¿Quieres ir de expedición?

-Si puedo ser útil, claro que debo ir.

-No es eso lo que te he preguntado, Wanda.

Por un momento guardé silencio; recordaba su pregunta, tratando de ver en qué me había equivocado al interpretarla.

-¿Ves, Jeb? Ella nunca toma en cuenta sus propios deseos, ni su propia felicidad, ni siquiera su propia salud. Haría cualquier cosa que le pidiéramos, aunque eso le costara la vida. No es justo pedirle cosas tal y



como nos las pedimos unos a otros. Nosotros sí, aquí cada uno piensa en sí mismo. Ella no.

Se hizo un silencio. Nadie le respondió. La pausa se prolongó hasta que me sentí obligada a expresarme.

-Eso no es verdad -dije-. Siempre pienso en mí misma. Y... quiero ayudar. ¿Eso no cuenta? Ayudar a Jamie, esta noche, me ha hecho muy feliz. ¿No puedo buscar la felicidad de la manera que yo quiero?

Ian suspiró.

-¿Lo veis? Tal y como os decía.

-Pues mira, si ella quiere ir, no puedo impedirselo -observó Jeb-. Ya no es una prisionera.

-Pero no debemos pedírselo.

Jared había guardado silencio durante todo este diálogo. Jamie también, pero yo estaba casi segura de que él dormía y Jared no: su mano trazaba dibujos al azar en el costado de mi cara. Dibujos ardientes, brillantes.

-No hace falta que lo pidáis -dije-. Me ofrezco como voluntaria. En realidad esto... no me ha dado miedo. En absoluto. Las otras almas son muy bondadosas. No las temo. Ha sido casi demasiado fácil.

-¿Fácil? ¡Pero si te has cortado la...!

Me apresuré a interrumpir a Ian:

-Esto ha sido una emergencia. En adelante no será necesario. - Una pausa de un segundo-. ¿Verdad? -añadí.

Ian gruñó.

-Si ella va, yo también -dijo en tono patético-. Alguien tiene que protegerla de sí misma.

-Y yo iré también, para protegernos a todos de ella -agregó Kyle, riendo entre dientes. Luego se le escapó un gemido-: ¡Ay!

Me sentía tan exhausta que no levanté la cabeza para averiguar quién le había golpeado esta vez.

-Y yo iré para traerlos a todos de regreso sanos y salvos -murmuró Jared.

## Capítulo 47

### Trabajo

Es demasiado fácil. Así ya no es divertido -se quejó Kyle.

-Fuiste tú quien quiso venir -le recordó Ian.

Ian y él estaban en la parte trasera sin ventanas de la furgoneta examinando los alimentos no perecederos y los artículos de aseo que yo acababa de coger en la tienda. Era mediodía y el sol brillaba en Wichita. No hacía tanto calor como en el desierto de Arizona, pero había más humedad y el aire estaba lleno de minúsculos insectos voladores.

Jared condujo hacia la autopista de salida de la ciudad, manteniéndose cuidadosamente bajo el límite de velocidad, lo que le seguía poniendo de muy mal humor.

-¿No te cansas de comprar, Wanda? -me preguntó Ian.

-No. No me importa.

-Siempre dices lo mismo. ¿Es que no hay nada que te importe?

-Me importa... estar lejos de Jamie. Y me importa, un poco, estar fuera. De día, especialmente. Es lo contrario a la claustrofobia y me pasa en los espacios abiertos. ¿Eso también te molesta?

-A veces, pero no salimos mucho de día.

-Al menos, así estira las piernas -susurró Kyle-. No sé por qué quieres oír sus quejas.

-Porque son poco corrientes, lo cual difiere bastante de escuchar las tuyas.

Pasé de ellos, porque cuando Ian y Kyle empezaban solían seguir durante un buen rato. Consulté el mapa.

-¿Oklahoma City es la siguiente? -le pregunté a Jared.

-También hay algunas ciudades pequeñas en el camino, si estás dispuesta -respondió, con los ojos fijos en la carretera.

-Lo estoy.

Jared raramente se desconcentraba cuando íbamos de expedición. No se abandonaba a las bromas como hacíamos Ian, Kyle y yo cada vez que llevábamos a buen término una misión. Me hacía sonreír que usaran esa palabra, «misión». Sonaba como algo formidable, cuando en realidad todo se limitaba a visitar tiendas, y no difería demasiado a lo que había hecho un millar de veces en San Diego cuando sólo lo hacía para alimentarme.

Como decía Kyle, era demasiado fácil para ser excitante. Empujaba el carro por los pasillos, sonreía a las personas que me sonreían y lo llenaba con víveres que se conservaran bien. Normalmente cogía algo perecedero para los hombres escondidos en la parte trasera de la furgoneta. Algún que otro sándwich precocinado de la charcutería, o cosas de ese estilo, para nuestra comida, y a veces uno o dos regalos. Ian tenía debilidad por el helado de chocolate y menta. Kyle adoraba los caramelos. Jared comía cualquier cosa que se le ofreciera, parecía que había dejado este tipo de antojos años atrás, al abrazar una vida en la que los caprichos no eran bienvenidos e incluso las necesidades eran cuidadosamente evaluadas antes siquiera de tenerlas. Ésa era otra razón más por la que era tan bueno para esta forma de vida. Sus prioridades no estaban contaminadas por los deseos personales.

A veces, en las ciudades más pequeñas, alguien se fijaba en mí y me hablaba. Me había aprendido mis frases tan bien, que incluso ya podría haber engañado hasta a un humano.

*-Hola. ¿Eres nueva en la ciudad?*

*-Sí. Recién llegada.*

*-¿Qué te trae a Byers?*

Procuraba siempre consultar el mapa antes de dejar la furgoneta, para que el nombre de la ciudad me fuera familiar.

*-Mi novio viaja mucho. Es fotógrafo.*

*-¡Increíble! Un artista. Bueno, la verdad es que hay muchos paisajes bonitos por aquí.*

Al principio, yo era la artista. Pero me di cuenta de que dejar caer que ya estaba ocupada me ahorraba algún tiempo cuando hablaba con hombres.

*-Muchas gracias por tu ayuda.*

*-De nada. Vuelve pronto.*

Sólo tuve que hablar con un farmacéutico una vez, en Salt Lake City. Después de aquello, ya sabía qué buscar.

Una sonrisa tímida.

*-No estoy segura de que mi nutrición sea la adecuada.*

*No soy capaz de evitar la comida basura. Este cuerpo es muy goloso...*

*-Tienes que ser prudente, Thousand Petals\*-. Sé que es fácil caer en las tentaciones, pero has de pensar en tu alimentación. Mientras tanto, deberías tomar un complemento.*

*\* Mil Pétalos.*

*Salud.* Con un nombre tan obvio en la etiqueta, pensé que era una

idiotez preguntar nada.

-¿Prefieres las que saben a fresa o las de chocolate?

-¿Puedo probar las dos?

Y la complaciente alma llamada *Earthborn\**- me entregó dos botellas grandes.

*\*Nacido en la Tierra.*

No era muy emocionante, no. El único miedo o sensación de peligro que tuve alguna vez fue por pensar en la pequeña píldora de cianuro que siempre guardaba en un bolsillo fácilmente accesible. Sólo por si acaso.

-Deberías comprar ropa nueva en la próxima ciudad -sugirió Jared.

-¿Otra vez?

-Ésa está un poco arrugada.

-Vale -cedí.

No me gustaba el exceso, pero el constante aumento de ropa sucia no suponía malgastar, porque Lily, Heidi y Paige eran de mi talla, más o menos, y agradecerían algo nuevo que ponerse. Los hombres rara vez se preocupaban de cosas como la ropa cuando iban de expedición. Se jugaban la vida en cada incursión, así que la ropa no era una prioridad. Ni tampoco el jabón suave ni el champú que iba adquiriendo en cada tienda.

-También deberías asearte -dijo Jared con un suspiro-. Imagino que eso significa hotel para esta noche.

Mantener las apariencias no era algo por lo que se hubiesen preocupado antes. Por supuesto, yo era la única que debía tener la apariencia de ser parte de la civilización desde cerca. Los hombres llevaban vaqueros y camisetas oscuras, ropa que no dejara ver la suciedad ni atrajera la atención en los breves momentos en los que pudieran ser vistos.

Todos odiaban dormir en moteles de carretera, sucumbiendo a la inconsciencia en la boca del lobo. Eso los asustaba más que cualquier otra cosa que hiciéramos. Ian decía que prefería enfrentarse a un buscador armado.

Kyle, simplemente, se negaba. Solía dormir en la furgoneta durante el día y permanecía sentado durante la noche, haciendo funciones de centinela.

Para mí era tan fácil como comprar en las tiendas. Nos registrábamos, entablaba conversación con el empleado y contaba la historia de mi novio fotógrafo y el amigo que viajaba con nosotros, y eso sólo en el caso de que nos viera a los tres entrar en la habitación. Usaba nombres genéricos procedentes de planetas poco conocidos. A veces, todos éramos murciélagos: *Word Keeper, Sings the Egg Song y Sky Roost\** Otras éramos algas: *Twisting Eyes, Sees to the Sunace y Second Sunrise\*\**-. Cambiaba de nombre cada vez para que nadie pudiera seguir nuestro rastro, simplemente porque a Melanie le daba más sensación de seguridad. Además todo esto le hacía sentirse como el personaje de una película humana de espionaje.

*\*Hombre de Palabra, Canta la Canción del Huevo y Palo del Cielo.*

*\*\*Ojos Bizcos, Busca la Superficie y Dos Amaneceres.*

La parte dura, la parte que realmente me importaba -y que nunca

admitiría ante Kyle, que no tenía reparo en dudar de mis intenciones-, era coger sin devolver nada. Nunca me molestó comprar en San Diego, porque cogía lo que necesitaba y nada más, pero en aquellos momentos pasaba mi tiempo en la universidad compartiendo mi sabiduría, que era mi forma de devolver algo a la comunidad. No era una vocación exigente, pero me lo tomaba en serio. Y luego asumía también mis turnos en las tareas menos agradables. Me pasaba el día recogiendo basura y limpiando las calles. Todos lo hacíamos.

Y ahora cogía mucho más y no daba nada a cambio, lo que me hacía sentirme mal y una egoísta.

«No es para ti, sino para otros», me recordaba Mel cuando me deprimía.

«Aun así está mal. A ti también te lo parece, ¿a que sí?».

«No pienses en ello», fue su solución.

Me alegraba de estar ya en el último tramo de aquella larga expedición. Al día siguiente visitaríamos nuestro creciente alijo -un camión que teníamos escondido a un día de camino- y limpiaríamos la furgoneta por última vez. Sólo unas pocas ciudades más, unos días más, hacia Oklahoma, después Nuevo México y entonces una travesía directa y sin paradas hacia Arizona.

En casa otra vez. Al fin.

Cuando dormíamos en hoteles y no en la abarrotada furgoneta, solíamos registrarnos al anochecer e irnos antes del alba, a fin de que las almas no pudieran vernos bien, pues no nos convenía nada.

Jared e Ian empezaban a darse cuenta de esto. Esa noche, como habíamos tenido un buen día, la furgoneta estaba llena, lo cual significaba que Kyle iba a tener poco sitio, y como Ian creía que yo parecía cansada, paramos pronto. El sol aún no se había puesto cuando regresé a la furgoneta con la tarjeta de plástico que servía de llave.

No había mucha actividad en el pequeño hotel. Aparcamos cerca de nuestra habitación, y Jared e Ian fueron directamente de la furgoneta a la estancia en cuestión de cinco o seis pasos, mirando al suelo. Las débiles y pequeñas líneas rosadas del cuello los camuflaban. Jared llevaba una maleta semivacía. Nadie les miró a ellos ni a mí.

Una vez dentro, corrimos las cortinas, se oscureció el cuarto y los hombres se relajaron un poco.

Ian se tiró sobre la cama que compartiría con Jared y encendió la televisión. Jared dejó la maleta en la mesa, sacó la cena -las frías y grasientas tiras de pollo que yo había cogido de la charcutería en la última tienda- y nos pasó las viandas. Me senté en la ventana, mirando desde aquel rincón la puesta de sol mientras comía.

-Debes admitir, Wanda, que los humanos sabemos divertirnos mejor -bromeó Ian.

En la televisión, dos almas decían sus líneas de texto con claridad, manteniendo el cuerpo en una postura correcta. No era difícil descubrir de qué iba la historia, porque no había mucha variedad en los guiones que

escribían las almas. En ésta, dos de ellas se ponían en contacto tras una larga ausencia. El largo periodo que el alma masculina había pasado con las algas los había separado, pero él había decidido ser humano porque supuso que llevarían a su compañera del Planeta de las Nieblas a estos anfitriones de sangre caliente. Y, milagro de los milagros, la había encontrado allí...

Todas las historias tenían finales felices.

-La verdad es que no podríamos ganarnos la vida contando cuentos.

-Es verdad. Ojalá echaran programas humanos otra vez. -Cambié de canal varias veces y frunció el ceño-. Todavía quedaba alguno por aquí...

-Eran demasiado inquietantes. Tuvieron que reemplazarlos por cosas que no fueran tan... violentas.

-¿La tribu de los Brady?

Me reí. Había visto esa serie en San Diego, y Melanie la conocía de cuando era una niña.

-Justificaba la violencia. Recuerdo que una vez un niño pequeño le pegaba a un matón, y se mostraba como algo correcto. Había sangre además...

Ian sacudió la cabeza con incredulidad, pero volvió al programa de las algas. Se reía en los momentos equivocados, cuando se suponía que tenía que estar emocionado.

Yo miré por la ventana, observando algo mucho más interesante que la predecible historia de la televisión.

Al otro lado de la carretera de doble sentido había un pequeño parque, rodeado, por un lado, por una escuela y, por otro, por un campo donde pastaban las vacas. Había unos cuantos arbolitos y un arenero, un tobogán, un laberinto de barras y uno de esos tirovivos a los que había que empujar. Un terreno para juegos pasados de moda. Por supuesto, también había columpios, que era lo único que se estaba utilizando en ese momento.

Una pequeña familia estaba disfrutando del cada vez más fresco aire nocturno. El padre tenía el pelo oscuro, con canas en las sienes, y la madre parecía mucho más joven. Se había recogido el pelo cobrizo en una cola de caballo que se balanceaba cada vez que se movía. Tenían un hijo pequeño de no más de un año. El padre empujaba al niño en el columpio mientras la madre esperaba delante, inclinándose para besarle la frente cuando se acercaba a ella, haciéndole reír tan fuerte que su carita gordinflona estaba roja, lo que también le hacía reír a ella, ya que podía ver su cuerpo sacudiéndose con la risa y cómo bailoteaba su pelo.

-¿Qué es lo que estás mirando, Wanda?

La pregunta de Jared no mostraba alarma, porque yo estaba sonriendo ante la sorprendente escena.

-Algo que no he visto jamás en todas mis vidas. Estoy mirando a... la esperanza.

Jared se colocó detrás de mí, observando sobre mi hombro.

-¿Qué quieres decir? -inquirió mientras recorría con la mirada los edificios y la carretera, sin pararse en la familia que jugaba.

Le cogí la barbilla y dirigí su cara en la dirección correcta.

No se apartó ante mi inesperado contacto, lo que me produjo un extraño golpe de calidez en la boca del estómago.

-Mira -le dije.

-¿Qué debo mirar?

-La única esperanza de supervivencia que jamás he visto en una especie anfitriona.

-¿Dónde? -preguntó desconcertado.

Notaba a Ian cerca de nosotros, escuchando en silencio.

-¿Ves? -Señalé a la madre, que reía-. ¿Ves cómo quiere a su niño humano?

En ese momento, la mujer cogió al niño del columpio y lo envolvió en un abrazo fuerte, cubriéndole la cara de besos. Él arrulló y movió los brazos, como hacen todos los niños, no el adulto en miniatura que habría sido si lo llevara uno de los de mi especie.

Jared jadeó.

-¿Que ese niño es humano? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo lleva?

Me encogí de hombros.

-No lo había visto antes. No lo sé. No lo ha entregado para convertirlo en un anfitrión. No puedo imaginar qué ocurriría si la... obligaran. Entre los de mi especie, la maternidad es todo menos adoración. Si está poco dispuesta... -Negué con la cabeza-. No tengo ni idea de cómo lo manejarán, esto no pasa en cualquier parte. Las emociones de estos cuerpos son más fuertes que la lógica.

Levanté la mirada hacia Jared e Ian. Los dos miraban con la boca abierta a la familia del parque compuesta de las dos especies.

-No -murmuré para mí misma-. Nadie forzaría a los padres, si quisieran al niño. Simplemente miradlos.

El padre rodeaba con sus brazos a la madre y al niño.

Miraba al hijo biológico de su cuerpo anfitrión con una ternura asombrosa en los ojos.

-Aparte de nosotros, éste es el primer planeta descubierto donde se producen nacimientos... La verdad es que vuestro sistema no es el más sencillo ni prolífico. Me pregunto si ésa es la diferencia... o la vulnerabilidad de vuestros infantes. En cualquier otro sitio, la reproducción tiene lugar en forma de huevos o semillas. Muchos padres nunca conocen a sus hijos. Me pregunto... -Mi voz se fue desvaneciendo, mientras mi mente se llenaba de especulaciones.

La madre levantó la cara hacia su compañero, y él la besó en los labios. El niño humano gorjeó encantado.

-Hum... Puede que algún día gente de mi raza y de la tuya vivan en paz. ¿No sería eso... extraño?

Nadie podía arrancar los ojos del milagro que estábamos presenciando.

La familia se iba. La madre se sacudió la arena de los vaqueros

mientras el padre cogía al niño. Entonces, estrechándose las manos y balanceándolas entre ellos, las almas caminaron hacia los apartamentos con su niño humano.

Ian tragó saliva sonoramente.

No hablamos durante la noche, pensativos después de lo que habíamos visto. Nos fuimos a dormir temprano para poder madrugar y volver al trabajo.

Dormí sola, en la cama más alejada de la puerta, lo que hacía que me sintiera incómoda. Aquellos dos hombres tan grandes no cabían fácilmente en la otra cama. Ian tendía a despatarrarse cuando estaba profundamente dormido, y Jared no se quedaba corto dándole puñetazos cuando eso ocurría. Los dos estarían más cómodos si yo compartiera la cama. Ahora dormía hecha una bola; puede que fueran los espacios demasiado abiertos en los que me movía durante el día los que hacían que me encogiera sobre mí misma durante la noche, o puede que estuviera tan acostumbrada a hacerme un ovillo para dormir en el pequeño espacio que había detrás del asiento del pasajero en el suelo de la furgoneta que se me había olvidado cómo dormir estirada.

Pero sabía que nadie me había pedido que la compartiera.

La primera noche que los hombres se dieron cuenta de que por desgracia necesitaba la ducha de un hotel, había oído a Ian y Jared hablar del tema sobre el zumbido del ventilador del baño.

- ... Es injusto pedirle que escoja -decía Ian. Hablaba en voz baja, pero el ruido del ventilador no era lo suficientemente fuerte como para taparlo. La habitación de hotel era muy pequeña.

-¿Por qué no? ¿Es más justo decirle dónde va a dormir? ¿No crees que es más educado por nuestra parte...?

-Con otra persona, quizá. Wanda se sentirá fatal por esto. Intentará complacernos a los dos, de tal manera que se sentirá muy mal.

-¿Otra vez celoso?

-No, esta vez no. Es que, simplemente, sé cómo piensa.

Hubo un silencio. Ian tenía razón. Sabía cómo pensaba.

Probablemente ya había previsto que, dada la levísima indirecta de que Jared lo habría preferido, yo habría elegido dormir con Jared, y luego me habría pasado las noches despierta preocupada por si le haría infeliz al estar ahí y por si además hería los sentimientos de Ian con ese acuerdo ...

-Vale -replicó Jared con brusquedad-, pero si intentas abrazarme esta noche..., que Dios nos ayude, Ian O'Shea.

Ian se echó a reír entre dientes.

-No me gustaría que te sonara del todo arrogante, pero siendo completamente sincero, Jared, si me apeteciera, creo que podría apañármelas bien contigo.

A pesar de sentirme un poco culpable por malgastar un espacio que hacía tanta falta, probablemente fue mejor que durmiera sola.

No volvimos a necesitar ir a un hotel. Los días pasaron más deprisa, como si también los segundos estuvieran intentando llegar antes a



casa. Podía sentir en mi cuerpo una extraña atracción por el oeste. Estábamos ansiosos por volver a nuestro oscuro y atestado refugio.

Esa ansiedad hizo que Jared se volviera más descuidado. Era tarde, la luz había desaparecido tras las montañas del oeste. Detrás de nosotros, Ian y Kyle se turnaban para conducir el gran camión lleno con nuestro botín, y Jared y yo hacíamos lo mismo con la furgoneta. Tenían que conducir el pesado vehículo más cuidadosamente que Jared. Los faros se perdieron lentamente en la distancia hasta que desaparecieron tras una curva muy amplia.

Estábamos cerca de casa. Tucson estaba a nuestra espalda. En unas pocas horas, vería a Jamie. Descargaríamos las provisiones rodeados de caras sonrientes. Una verdadera vuelta a casa.

Me di cuenta de que sería la primera para mí.

Por una vez, la vuelta no traería sino alegría. Esta vez no llevábamos rehenes condenados.

No prestaba atención a nada salvo a la emoción anticipada del regreso. La carretera no parecía avanzar muy rápido, de hecho no podía pasar lo suficientemente rápido, en lo que a mí se refería.

Los faros del camión reaparecieron detrás de nosotros.

-Debe de conducir Kyle -murmuré-. Nos están alcanzando.

Entonces las luces rojas y azules aparecieron a nuestra espalda en mitad de la oscura noche. Se reflejaban en todos los espejos, lanzando manchas de colores por el techo, los asientos, nuestras caras paralizadas y el salpicadero, donde el velocímetro nos mostraba que viajábamos treinta kilómetros por encima del límite de velocidad.

El sonido de una sirena rasgó el velo de silencio del desierto.

## Capítulo 48

### Detenidos

Las luces rojas y azules giraban al ritmo del ulular de la sirena.

Antes de que las almas llegaran a este planeta, esas luces y sonidos tenían un único significado: la ley, los vigilantes de la paz, los represores de los delincuentes.

Ahora, de nuevo, los destellantes colores y el horrible ruido tenían un único significado. Uno muy similar. También eran los vigilantes de la paz. Los represores.

Los buscadores.

No eran una visión y un sonido tan común como lo habían sido antes. La fuerza de policía sólo era requerida para ayudar en caso de accidente u otras emergencias, no para hacer cumplir las leyes. La mayoría de los agentes civiles no tenían vehículos con sirena, a menos que fueran ambulancias o coches de bomberos.

El elegante y bajo coche que nos seguía no estaba allí por ningún accidente. Era un vehículo fabricado para perseguir. Nunca había visto nada como aquello antes, pero sabía exactamente lo que significaba.

Jared se había quedado helado, aún pisando el pedal del acelerador. Podía ver que intentaba encontrar una solución, una salida, cualquier forma de que nuestra decrepita furgoneta los dejara atrás o conseguir que pasaran de largo -para esconder nuestro ancho y blanco vehículo en la demacrada maleza del desierto- sin que cayeran sobre los demás. Sin dejar a nadie en la estacada. Estábamos tan cerca de los demás, ahora. Todos ellos dormían profundamente, en la ignorancia...

Cuando se dio por vencido después de dos segundos de pensamiento frenético, suspiró.

-Lo siento mucho, Wanda -susurró-. He metido la pata.

-¿Jared?

Buscó mi mano y bajó la velocidad. El coche empezó a ir más despacio.

-¿Tienes la píldora? -farfulló.

-Si -susurre.

-¿Mel puede oírme?

«Sí». El pensamiento fue un sollozo.

-Sí.

Mi voz cuando surgió tampoco tenía un sonido distinto a un sollozo:

-Te quiero, Mel. Lo siento.

-Ella te quiere más que a nada en el mundo.

Se hizo un corto y doloroso silencio.

-Wanda, yo... también lo siento por ti. Eres una buena persona, Wanda, te mereces algo mejor de lo que te he dado, más que esto, desde luego.

Él tenía algo pequeño, demasiado pequeño para ser tan mortal, entre los dedos.

-Espera -.Jadeé.

Él no podía morir.

-Wanda, no hay otra alternativa. No podemos dejarlos atrás, no con este cacharro. Si intentamos huir, vendrán tras nosotros un millar de ellos. Piensa en Jamie.

La furgoneta perdía velocidad y se acercaba al arcén.

-Déjame intentarlo -supliqué. Hurgué rápidamente en el bolsillo en busca de la píldora. La cogí entre el pulgar y el índice y la alcé-. Deja que intente que salgamos de ésta. Me la tragaré inmediatamente si algo va mal.

-¡No podrás mentirle, con lo mal que lo haces, a un buscador!

-Déjame intentarlo. ¡Rápido! -Solté mi cinturón de seguridad y me agaché tras él, soltando el suyo-. Cambiemos de sitio. Rápido, antes de que estén demasiado cerca.

-Wanda...

-Un intento. ¡Deprisa!

Él era el mejor tomando decisiones en el último segundo. Con un movimiento suave y rápido salió del asiento del conductor y pasó por encima de mi cuerpo. Me coloqué en su asiento en cuanto él ocupó el mío.

-El cinturón -le ordené lacónica-. Cierra los ojos. Echa la cabeza a un lado.

Hizo lo que le dije. Estaba demasiado oscuro para verlo, pero sabía que su nueva y suave cicatriz rosada sería visible desde este ángulo.

Me abroché el cinturón de seguridad y eché la cabeza hacia atrás.

Mentir con el cuerpo, ésa era la clave. Era una cuestión de movimientos correctos. Imitación. Como los actores del programa de televisión, pero mejor. Como un humano.

-Ayúdame, Mel-murmuré.

«No puedo ayudarte a que seas un alma mejor, Wanda, pero tú

puedes hacer esto. Sávalo. Sé que puedes».

Un alma mejor. Sólo tenía que ser yo misma.

Era tarde. Estaba cansada. No tendría que fingir eso.

Dejé caer los párpados, hundirse el cuerpo en el asiento.

Disgusto. Podría sentir disgusto. Podía percibirlo.

La boca se torció en una mueca avergonzada.

El coche de los buscadores no aparcó detrás de nosotros, del modo que sentí que Mel esperaba. Se detuvo, atravesado, en el arcén, en sentido contrario al tráfico del carril. Una luz deslumbrante estalló desde la ventana del coche. Pestañeé, levantando la mano para cubrirme los ojos con deliberada lentitud. Débilmente, pasado el deslumbramiento del foco, vi el brillo de mis propios ojos rebotando en la carretera mientras bajaba la mirada.

Oí cerrarse la puerta de un coche. Una serie de pasos entonaron ruidos sordos a medida que alguien cruzaba la carretera. No se oía el sonido del polvo o la grava, de modo que el buscador había salido del asiento del pasajero. Eran dos, por lo menos, pero sólo venía uno a interrogarme. Era una buena señal, una señal de que hacían lo que les resultaba más cómodo porque estaban confiados.

Los ojos brillantes eran un talismán. Una brújula que no podía fallar, como la estrella polar, indudable.

Mentir con mi cuerpo no era en realidad la clave. Decir la verdad con él era suficiente. Tenía algo en común con el niño humano del parque, porque no había existido nada como yo antes.

El cuerpo del buscador obstruyó la luz y pude ver otra vez. Era un hombre. De mediana edad, probablemente. Sus rasgos se contradecían, haciendo difícil la valoración; tenía el pelo completamente blanco, pero su cara era tersa y no tenía arrugas. Llevaba camiseta y pantalones cortos, y una pistola compacta totalmente visible en la cadera. Una mano descansaba en la culata del arma. En la otra llevaba una linterna apagada que no encendió.

-¿Algún problema, señorita? -preguntó a unos pasos de distancia-. Iba mucho más deprisa de lo que se considera seguro.

Sus ojos estaban inquietos. Evaluaron con rapidez mi expresión - que era, con un poco de suerte, somnolienta- y recorrieron la furgoneta en toda su extensión, desapareciendo en la oscuridad detrás de nosotros; luego se alejaron hacia la autopista y volvieron de nuevo a mi rostro. Después repitieron el mismo recorrido otra vez.

Estaba nervioso. Saberlo hacía que me sudaran las manos, pero intenté alejar el pánico de mi voz.

-Lo siento mucho -me disculpé en un susurro. Miré a Jared, como si comprobara si nuestras palabras lo habían despertado-. Creo..., bueno, puede ser que me haya dormido. No me había dado cuenta de que estaba tan cansada.

Intenté sonreír con remordimiento. Sonaba forzada, como los actores demasiado cuidadosos de la televisión.

Los ojos del buscador hicieron su recorrido una vez más, posándose esta vez en Jared. El corazón me latía dolorosamente entre las

costillas. Apreté la píldora con más fuerza en mi mano.

-Ha sido muy irresponsable por mi parte conducir durante tanto tiempo sin dormir -me apresuré a añadir mientras hacía todo lo posible para sonreír otra vez-. Pensaba que podríamos llegar a Phoenix antes de necesitar descansar. Lo siento mucho.

-¿Cómo se llama, señorita?

Su voz no era dura, pero tampoco amable. Se mantenía tranquilo, sin embargo, siguiendo mi historia.

-*Leaves Above*\*- -contesté, usando el nombre dado en el último hotel. ¿Querría comprobar mi historia? Podría necesitar algún lugar al que referirme.

*\*Hoja Vuelta.*

-¿Una flor bocabajo? -preguntó. Pestañeó mientras sus ojos seguían mirando de un lado a otro.

-Sí, eso fui.

-También mi compañera. ¿Estuvo usted en la isla?

-No -repuse rápidamente-, en el continente entre los dos grandes ríos.

Asintió, puede que un poco decepcionado.

-¿Tengo que volver a Tucson? -pregunté-. Creo que ahora estoy bastante despierta. Igual debería echar una siesta aquí primero...

-¡No! -me interrumpió, elevando la voz.

Di un respingo, asustada, y la píldora se me deslizó entre los dedos. Chocó contra el suelo de metal con un débil, pero audible, golpeteo. Noté cómo la sangre abandonaba mi cara como si hubieran destapado un desagüe.

-No pretendía asustarla -se disculpó rápidamente, mientras sus ojos seguían haciendo el mismo recorrido con nerviosismo-, pero no debería andar por aquí...

-¿Por qué? -susurré con esfuerzo. Mis dedos se retorcían nerviosos en el aire.

-Ha habido... una desaparición hace poco.

-No entiendo. ¿Una desaparición?

-Puede haber sido un accidente..., pero podría haber... -vaciló, no queriendo decir la palabra-. Tal vez haya humanos en esta zona.

-¿Humanos? -chillé, demasiado alto. Notó el miedo en mi voz y lo interpretó de la única forma posible.

-No tenemos pruebas, *Leaves Above*. Nadie los ha visto, no se preocupe, pero debería dirigirse a Phoenix sin paradas innecesarias.

-Por supuesto. ¿O Tucson? Está más cerca...

-No hay peligro. Puede seguir con su plan.

-Si está seguro, buscador...

-Estoy bastante seguro. Basta con que no se adentre en el desierto, flor -sonrió, lo que daba calidez a su cara, la hacía amable. Como a todas las otras almas a las que me había enfrentado. No estaba preocupado por mí, sino por mi seguridad. No estaba atento por si le estaba mintiendo, y

probablemente no reconocería las mentiras aunque las buscara. Era tan sólo otra alma más.

-No planeaba hacerlo -le devolví la sonrisa-. Tendré más cuidado y ahora sé que ya no me quedaré dormida. -Miré hacia el desierto por la ventana de Jared con una expresión cautelosa, para que el buscador creyera que el miedo me hacía estar alerta. Pero mi expresión se congeló en cuanto vi un par de luces reflejadas en el retrovisor.

Al mismo tiempo, la columna de Jared se tensó, pero no cambió de postura. Parecía totalmente alerta.

Volví a mirar al buscador.

-Puedo brindarle algo de ayuda para eso -dijo, todavía con una sonrisa en los labios, pero mirando hacia abajo mientras buscaba algo en el bolsillo.

No había visto el cambio en mi rostro. Intenté controlar los músculos de las mejillas para que se relajaran, pero no pude concentrarme lo suficiente para lograrlo.

Las luces se acercaron en el retrovisor.

-No debería usar esto a menudo -continuó el buscador, buscando en el otro bolsillo-. No hace daño, claro, o los sanadores no los hubieran repartido. Pero si los usa a menudo, alterarán su ciclo de sueño... Ah, aquí está. Despertar.

Las luces redujeron la marcha a medida que se acercaban.

«Sigue conduciendo -rogué en mi interior-. No pares, no pares, no pares».

«Que Kyle esté al volante», añadió Melanie, pensando las palabras como si fueran una oración.

«No pares. Conduce. No frenes. Conduce».

-¿Señorita?

Pestañeé, intentando enfocar.

-¡Ah!, Despertar, ya.

-Aspire esto, Leaves Above.

Tenía un pequeño y blanco bote de aerosol en la mano.

Vaporizó un poco de rocío en el aire, frente a mi cara. Me acerqué obedientemente y aspiré, mirando al retrovisor al mismo tiempo.

-Aroma de pomelo -dijo el buscador-. Muy agradable, ¿no le parece?

-Mucho.

Mi cerebro, de repente, estaba despierto y concentrado. El gran camión que se acercaba redujo la velocidad y se detuvo en la carretera, detrás de nosotros.

« ¡No!», gritamos Mel y yo a la vez. Miré hacia el suelo medio segundo, deseando contra toda esperanza que la pequeña píldora apareciera a la vista, pero ni siquiera podía mover los pies.

El buscador miró despreocupadamente el camión e hizo señas con la mano.

Yo también miré el camión, con una sonrisa forzada en la cara. No

pude ver quién conducía. Mis ojos reflejaban los faros, brillando levemente por sí mismos.

El camión vaciló.

El buscador hizo señas otra vez, con más ímpetu esta vez.

-Adelante -se dijo a sí mismo.

« ¡Conduce! ¡Conduce! ¡Conduce!».

A mi lado, la mano de Jared se había cerrado en un puño.

Lentamente, el camión metió primera y avanzó hacia el espacio que había entre el vehículo del buscador y el nuestro. El faro del buscador dibujó dos siluetas, dos perfiles oscuros que miraban al frente. El del asiento del conductor tenía la nariz torcida.

Mel y yo suspiramos de alivio.

-¿Cómo se siente?

-Despierta -le contesté al buscador.

-El efecto desaparecerá en unas cuatro horas.

-Gracias.

El buscador se echó a reír.

-Gracias a usted, Leaves Above. Cuando los hemos visto corriendo por la carretera, pensábamos que tal vez tuviéramos que vérnoslas con unos humanos. ¡Estaba sudando, y no por el calor!

Me estremecí.

-No se preocupe, todo va bien. Si quiere, los podemos seguir hasta Phoenix...

-Estoy bien. No tiene que molestarse.

-Un placer conocerla. Será genial acabar el turno, ir a casa y decirle a mi compañera que he encontrado otra primera flor verde. Se emocionará.

-Hum... Dígale que tenga «el sol más brillante y el día más largo» de mi parte -repuse, dándole la traducción terrestre al saludo y despedida del Planeta de las Flores.

-Claro. Que tengan un buen viaje.

-Y usted una noche tranquila.

Dio un paso atrás y el foco me dio en los ojos otra vez.

Parpadeé con mucha fuerza.

-Apágalo, Hank -dijo el buscador, cubriéndose los ojos mientras se volvía hacia el coche. La noche se volvió de color negro de nuevo y forcé otra sonrisa hacia el invisible buscador llamado Hank.

Encendí el motor con las manos temblorosas.

Los buscadores fueron más rápidos. El pequeño coche negro y su anacrónica barra de luces encima cobraron vida. Derrapó y no pude ver más que las luces traseras. Desaparecieron en la noche con rapidez.

Volví a la carretera, mientras el corazón lanzaba sangre por mis venas a borbotones. Podía sentir el pulso latiendo furioso a través de las puntas de mis dedos.

-Se han ido -susurré, soltando el aire entre unos dientes que de repente empezaron a castañetearme.

Oí tragar saliva a Jared.

-Ha estado... cerca -dijo.

-Pensaba que Kyle iba a parar.

-Yo también.

Ninguno de los dos era capaz de hablar en voz alta.

-El buscador se lo ha tragado. -Aún le chirriaban los dientes por la ansiedad.

-Sí.

-Yo no lo habría hecho. Tu actuación no ha mejorado mucho.

Me encogí de hombros. Mi cuerpo estaba tan rígido que se movió todo él.

-No pueden dejar de creerme. Lo que soy..., bueno, es imposible. Algo que no debería ocurrir.

-Algo increíble -admitió-. Algo maravilloso.

Su elogio derritió parte del hielo de mi estómago, de mis venas.

-Los buscadores no son tan diferentes del resto -murmuré-. Nada que haya que temer de forma especial.

Movió lentamente la cabeza de atrás hacia delante.

-No hay nada que no puedas hacer, ¿verdad? -No estaba segura de cómo responder a eso, y no lo hice-. Tenerte con nosotros va a cambiarlo todo -continuó, como hablándose a sí mismo.

Podía sentir cómo entristecían a Melanie sus palabras, pero esta vez no estaba enfadada. Estaba resignada.

«Puedes ayudarlos y protegerlos mejor que yo», suspiró.

Las luces traseras no me asustaron cuando aparecieron en la carretera, delante de nosotros. Me eran familiares, un alivio. Aceleré, sólo un poco, aún a una velocidad ligeramente por debajo del límite, para adelantarlos.

Jared sacó una linterna de la guantera. Supe qué estaba haciendo: tranquilizarlos.

Se enchufó la luz directa a sus ojos cuando pasamos delante de la cabina del camión. Miré más allá, a través de su ventana. Kyle asintió una vez mirando a Jared e inspiró profundamente. Ian se inclinaba ansioso hacia él, con sus oscuros ojos puestos en mí. Le hice un gesto con la mano, y él esbozó una mueca.

Nos acercábamos a nuestra entrada oculta.

-¿Debería ir hasta Phoenix?

Jared lo pensó.

-No. Podrían vernos a la vuelta y volver a pararnos.

No creo que nos sigan, estaban pendientes de la carretera.

-No, no nos seguirán. -Estaba segura.

-Entonces vamos a casa.

-A casa -repetí, con todo mi corazón.

Apagamos las luces y lo mismo hizo Kyle a nuestra espalda.

Llevaríamos el camión a las cuevas y lo vaciaríamos con rapidez para esconderlo antes del amanecer, pues el pequeño saliente de la entrada



no lo ocultaría totalmente.

Puse los ojos en blanco mientras pensaba en el camino de entrada y salida de las cuevas. El gran misterio que no había sido capaz de resolver por mí misma. Jeb era muy astuto.

Astuto como demostró con las instrucciones que le había dado a Mel, las líneas que grabó en la parte trasera de su álbum de fotos, que no conducirían a nadie a esas cuevas escondidas. No, aunque alguien les siguiera y pasara una y otra vez por delante de su lugar secreto, dándole tiempo más que suficiente para decidir si lo invitaba a entrar.

-¿Qué crees que ha pasado? -preguntó Jared, interrumpiendo mis pensamientos.

-¿A qué te refieres?

-A la reciente desaparición mencionada por el buscador.

Miré al frente con gesto inexpresivo.

-¿No seré yo?

-No creo que tu caso pueda contar como algo reciente, Wanda. Además, no vigilaban la carretera antes de nuestra marcha. Eso es nuevo. Nos estaban buscando. Aquí.

Entrecerró los ojos, y los míos se abrieron.

-¿Qué es lo que han estado haciendo? -explotó de repente Jared, golpeando el salpicadero con la mano. Yo pegué un salto.

-¿Crees que Jeb y los demás han hecho algo?

No me respondió; se quedó mirando el desierto estrellado con una expresión furiosa.

No lo entendía. ¿Por qué buscarían humanos sólo porque alguien hubiera desaparecido en el desierto? Los accidentes ocurren. ¿Por qué llegarían a esa conclusión precisamente?

¿Y por qué se había enfadado Jared? Nuestra familia de las cuevas no haría nada para atraer la atención sobre sí misma. Sabían muy bien lo que se traían entre manos. No saldrían a menos que hubiera algún tipo de emergencia...

O algo que *creyeron* que era urgente. Necesario.

¿Se habían aprovechado Doc y Jeb de mi ausencia para...?

Jeb sólo había aceptado dejar de matar humanos y almas mientras yo estuviera bajo el mismo techo. ¿Acaso su compromiso consistía sólo en eso?

-¿Estás bien? -preguntó Jared de improviso.

Tenía la garganta demasiado seca para responder. Negué con la cabeza. Se me derramaban las lágrimas por las mejillas y caían desde la barbilla hasta mi regazo.

-Será mejor que conduzca yo.

Sacudí la cabeza otra vez, veía lo suficiente. No discutí conmigo.

Aún lloraba en silencio cuando llegamos a la pequeña montaña que escondía nuestro sistema de cuevas. No era más que una colina, un insignificante montón de roca volcánica como tantos otros, escasamente decorado con larguiruchas gobernadoras y chumberas de hojas planas. Los

miles de respiraderos eran invisibles, perdidos en el revoltijo de desperdigadas rocas púrpuras. Por algún sitio saldría humo, negro sobre negro.

Bajé de la furgoneta y me dirigí hacia la puerta, secándome los ojos. Jared vino detrás de mí. Vaciló al poner una mano sobre mi hombro.

-Lo siento. No sabía que planeaban esto, no tenía ni idea. No deberían haberlo hecho...

Pero sólo pensaba eso porque, de alguna manera, los habíamos descubierto.

El camión se detuvo detrás de nosotros. Oí que se cerraban dos puertas y dos pares de pies corriendo en nuestra dirección.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Kyle, el primero en llegar.

Ian estaba justo detrás de él. Echó una ojeada a mi expresión y a las lágrimas que aún corrían por mis mejillas, y a la mano de Jared sobre mi hombro, y entonces se adelantó con rapidez y me acogió en sus brazos. Me estrechó contra su pecho. Sin saber por qué, esto me hizo llorar con más fuerza. Me agarré a él, mientras las lágrimas goteaban sobre su camisa.

-Está bien, lo has hecho bien. Ya ha pasado.

-Los buscadores no han sido el problema, Ian -comentó Jared con la voz tensa, con su mano aún tocándome, aunque tuvo que inclinarse hacia delante para mantener ese punto de contacto.

-¿Cómo?

-Vigilaban la carretera por una razón. Parece que Doc ha estado... trabajando durante nuestra ausencia.

Me estremecí y, por un momento, recordé de forma muy viva el olor de la sangre.

-¿Por qué esos...?!

La furia de Ian le dejó sin habla y no pudo terminar la frase.

-Estupendo -comentó Kyle con un cierto tono de desagrado en la voz-. Qué idiotas. Nos vamos unas semanas y hacen que los buscadores se pongan a patrullar. Sólo tenían que habernos pedido...

-Cállate, Kyle -replicó Jared con sequedad-. No es ni el momento ni el lugar. Debemos descargar todo esto con rapidez. ¿Quién sabe cuántos nos estarán buscando? Cojamos la carga y consigamos más manos.

Me aparté de Ian para poder ayudar. Las lágrimas no cesaban, pero eran silenciosas. Ian se quedó cerca de mí, cogiendo la pesada carga de una caja de sopa enlatada que yo había levantado y reemplazándola en mis brazos por otra grande, pero ligera, de pasta.

Empezamos a bajar la inclinada senda, con Jared a la cabeza. La oscuridad absoluta no me molestaba. No conocía del todo bien el camino, pero no era complicado. Derecho hacia abajo y luego hacia arriba.

Estábamos a medio camino cuando una voz familiar gritó en la distancia. El eco la repitió en el túnel, quebrándola.

-¡Han vuelto... elto... elto! -gritaba Jamie.

Intenté secarme las lágrimas contra el hombro, pero no pude enjuagarlas todas.

Se acercaba una luz azul, brincando mientras su portador corría. Jamie dio la vuelta a una esquina.

Su cara me desconcertó.

Intentaba recomponerme para saludarlo, asumiendo que estaría contento, sin intención de atemorizarlo, pero Jamie ya estaba asustado. El lívido semblante reflejaba una gran tensión y tenía los ojos enrojecidos. Las líneas dejadas por las lágrimas hacían dibujos en sus mejillas sucias.

-¿Jamie? -dijimos a la vez Jared y yo, dejando caer las cajas al suelo.

El muchacho corrió directamente hacia mí y me rodeó con los brazos a la altura de mi cintura.

-¡Oh, Wanda! ¡Oh, Jared! -sollozó-. ¡Wes está muerto! ¡Ha muerto! ¡Lo ha matado la buscadora!

## Capítulo 49

### Interrogada

Yo había matado a Wes.

Mis manos, arañadas, magulladas y manchadas de polvo púrpura a causa de la frenética descarga, podían muy bien estar teñidas del rojo de su sangre.

Wes había muerto y yo era tan culpable de eso como si hubiera apretado el gatillo.

Cuando acabamos de descargar el camión, todos menos cinco nos reunimos en la cocina a comer algunos de los alimentos perecederos obtenidos en el transcurso de la última salida -queso, pan fresco y leche- mientras escuchábamos a Jeb y Doc explicárselo todo a Jared, Ian y Kyle.

Me senté un poco alejada de los demás, con la cabeza oculta entre las manos, demasiado paralizada por la pena y la culpa como para formular preguntas como ellos. Jamie se sentó junto a mí, y me daba palmaditas en la espalda de vez en cuando.

Wes había sido enterrado en la gruta trasera, al lado de Walter. Hacía cuatro días que había muerto, la noche que Jared, Ian y yo nos sentamos a observar a la familia del parque. Nunca volvería a ver a mi amigo, nunca oiría su voz...

Las lágrimas se estrellaban en la piedra, a mis pies, y las palmaditas de Jamie aceleraban el ritmo de su caída.

Andy y Paige no estaban.

Habían llevado el camión y la furgoneta de vuelta a sus escondites. Llevarían el jeep a su tosco garaje habitual y volverían andando a casa. Estarían de vuelta antes del amanecer.

Lily tampoco estaba.

-No lo está... sobrellevando bien -había murmurado Jamie cuando me descubrieron buscándola por toda la habitación. No quise saber más, porque podía imaginármelo perfectamente.

Aaron y Brandt también estaban ausentes.

Brandt ahora llevaba una suave y circular cicatriz rosada en el hueco debajo de la clavícula izquierda. La bala no había tocado el corazón ni los pulmones por un pelo y se había quedado a medio camino del omóplato en su intento por salir. Doc había usado la mayor parte del bote Curación tratando de sacársela, pero ya se encontraba bien.

La bala de Wes había tenido más puntería. Había entrado por su amplia y aceitunada frente, reventándole la parte de atrás de la cabeza. No había nada que Doc pudiera haber hecho aunque hubiera estado con ellos con una tonelada de Curación a su disposición.

Brandt se hallaba con Aaron. Ahora llevaba en la cadera una pistolera con el pesado trofeo de su encuentro. Ambos se hallaban en el túnel donde deberíamos haber dejado el botín de no haber estado ocupado, ya que estaba siendo usado como prisión otra vez.

Como si perder a Wes no fuera suficiente.

Me parecía horrible que los números no hubieran variado. Treinta y cinco cuerpos con vida, exactamente igual que antes de venir a las cuevas. Wes y Walter se habían ido, pero yo estaba aquí.

Y ahora también la buscadora.

*Mi buscadora.*

Ojalá me hubiese dirigido directamente a Tucson. Ojalá me hubiera quedado en San Diego. Si hubiera abandonado este planeta y me hubiese ido a algún sitio completamente diferente... Si me hubiera otorgado como madre, como habría hecho cualquiera después de cinco o seis planetas... Si, si, si... Si no hubiera venido, si no le hubiera dado a la buscadora las pistas necesarias para que me siguiera, Wes estaría vivo. Le había llevado más tiempo que a mí identificarlas, pero, cuando lo hizo, no había tenido que seguirlas con cautela. Había avanzado a través del desierto en un suburbano todo terreno, dejando cicatrices a lo largo y ancho del frágil paisaje del desierto, acercándose más a cada paso...

Debían hacer algo. Tenían que detenerla. Yo había matado a Wes.

«Fue a mí a la que cogieron primero, Wanda. Yo les traje hasta aquí, no tú».

Me sentía demasiado mal como para responder.

«Además, Jamie estaría muerto si no hubiéramos venido, y puede que también Jared. Sin ti, habría muerto esta noche».

Difuntos por todas partes. Fallecidos allá donde mirara.

« ¿Por qué tenía que seguirme? -gemí en mi interior-. Aquí en realidad no perjudico a las otras almas. Puede que hasta esté salvando algunas de sus vidas al estar aquí, manteniendo a Doc alejado de sus condenados experimentos. ¿Por qué tenía que seguirme ?».

« ¿Por qué la han mantenido con vida? -siseó Mel-. ¿Por qué no la han matado inmediatamente? O poco a poco, ¡no me importa cómo! ¿Por qué

sigue viva?».

El pánico revoloteó en mi estómago. La buscadora seguía viva y estaba aquí.

No debería haberle tenido miedo.

Por supuesto, lo que sí tenía sentido era temer que su desaparición nos echara encima a los otros buscadores. A todo el mundo le preocupaba eso. Espiando durante la búsqueda de mi cuerpo, los humanos habían visto lo firme que era en sus convicciones. Había intentado convencer a los otros buscadores de que había humanos escondidos en este páramo del desierto. Al parecer, había fracasado en su intento de que la tomaran en serio, pues todos se habían ido a casa, salvo ella, la única que se quedó a investigar.

Pero ahora había desaparecido en mitad de la búsqueda, y eso lo cambiaba todo.

Habían llevado lejos el vehículo de mi perseguidora y lo habían dejado en el desierto al otro lado de Tucson. Parecía que hubiera desaparecido de la misma forma en la que creían que había desaparecido yo: habían dejado partes de su bolso rotas y torcidas por ahí y los tentempiés que llevaba con ella abiertos y desperdigados. ¿Lo tomarían como una coincidencia las otras almas?

Ya sabíamos que no, o al menos no del todo. Estaban buscando. ¿Se reforzaría la batida?

Ahora bien, temer a la propia buscadora... , eso no tenía mucho sentido. Era físicamente insignificante, probablemente más pequeña que Jamie. Yo era más fuerte y más rápida. Estaba rodeada de amigos y aliados y ella estaba totalmente sola, al menos en estas cuevas. Dos armas, el rifle y su propia Glock, la misma arma que Ian había envidiado una vez, la que había matado a mi amigo Wes, la apuntaban en todo momento. Sólo una cosa la había mantenido viva hasta ahora, y no la salvaría durante mucho más tiempo.

Jeb había pensado que yo querría hablar con ella. Eso era todo.

Estaba condenada a morir al cabo de pocas horas ahora que había vuelto, hablase o no con ella.

Así que, ¿por qué me sentía en desventaja? ¿A santo de qué venía la extraña premonición de que sería ella la que saldría indemne de nuestro enfrentamiento?

Yo no había decidido si quería o no hablar con ella. Eso fue lo que le dije a Jeb al menos, pero la verdad era que no quería hacerlo. Me aterraba ver su cara otra vez, un semblante que no podía imaginar asustado, por mucho que lo intentara.

Si les decía que no tenía ganas de hablar con ella, Aaron le pegaría un tiro. Sería como si les hubiera dado la orden de ejecutarla, como si hubiera apretado el gatillo.

O peor, Doc intentaría sacarla del cuerpo humano. Me estremeció el recuerdo de la sangre plateada ensuciando las manos de mi amigo.

Melanie se revolvió inquieta, intentando evitar mi tormenta interior.

« ¿Wanda? Acaban de ir a dispararle. No te agobies».

¿Pero esto me consolaba de algún modo? No podía escapar de ese escenario imaginario. Aaron con el arma de la buscadora en la mano y su cuerpo encogido en el suelo de piedra, con la roja sangre encharcándose a su alrededor...

«No debes mirar».

Cerrar los ojos no evitaría la tragedia.

Los pensamientos de Melanie se volvieron algo frenéticos:

«Pero queremos que muera, ¿no? ¡Mató a Wes! Además, no puede seguir viva. No hay duda posible».

Tenía razón en todo, por supuesto.

Era verdad que no había forma de que la buscadora siguiera con vida. Apresada, intentaría escapar continuamente. Liberada, en poco tiempo supondría la muerte para toda mi familia.

Era verdad que había matado a Wes y que él era muy joven y encantador. Su muerte había dejado una estela de dolor ardiente. Entendía la demanda de justicia humana que pedía su vida a cambio.

También era verdad que yo quería que muriese.

-¿Wanda? ¿Wanda?

Jamie me sacudió el brazo. Me llevó un momento darme cuenta de que alguien me llamaba, y que probablemente ya lo había hecho muchas veces.

-¿Wanda? -preguntó de nuevo la voz de Jeb.

Levanté la mirada. Estaba inclinado hacia mí, inexpresivo, y la blanca fachada que lo cubría estaba bajo la presión de una gran emoción. Su cara de póquer.

-Los chicos quieren saber si tienes alguna pregunta para la buscadora.

Me puse una mano en la frente, intentando bloquear las imágenes que había dentro.

-¿Y si no la tengo?

-Quieren acabar con este asunto durante el turno de guardia. Lo están pasando bastante mal y preferirían estar con sus amigos en este momento.

Yo asentí.

-Vale. Supongo que lo mejor será... ir y verla ya, entonces.

Me empujé a mí misma lejos del muro, para ponerme en pie. Me temblaban las manos de miedo, así que las convertí en puños.

«No tienes ninguna pregunta».

«Ya pensaré alguna».

« ¿Por qué prolongar lo inevitable ?».

«No tengo ni idea».

«Estás intentando salvarla», me acusó Melanie, indignada.

«No hay forma de hacer eso».

«No, no la hay, y, de todos modos, tú deseas su muerte. Así que deja que le disparen».

Me encogí.

-¿Estás bien? -preguntó Jamie.

Asentí, sin confiar lo suficiente en mi voz como para hablar.

-No tienes que hacerlo -me dijo Jeb, con los ojos clavados en mi rostro.

-Estoy bien -susurré.

La mano de Jamie envolvió la mía, pero la aparté con una sacudida.

-Quédate aquí, Jamie.

-Iré contigo.

Mi voz sonó ahora más firme:

-No, no lo harás.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes y, por una vez, gané la discusión. Adelantó la barbilla con testarudez, pero volvió a sentarse contra la pared.

Ian también parecía querer seguirme fuera de la cocina, pero le detuve en seco con una sola mirada. Jared me observó ir con una expresión insondable.

-Es una quejica -me dijo Jeb en voz baja mientras volvíamos al agujero-, no como tú, siempre tranquila. Se pasa todo el tiempo preguntando por qué no la hemos matado aún, y se pasa todo el rato soltando amenazas del tipo: « ¡Los buscadores os cogerán a todos!», y frases así. Ha sido especialmente duro para Brandt, y ha llevado su aguante al límite.

Asentí. No me sorprendía en absoluto.

-Pero, sin embargo, no ha intentado escapar. Mucho ruido y pocas nueces. En cuanto aparecen armas, recula.

Retrocedí.

-Me pregunto por qué está tan desesperada por sobrevivir -murmuró Jeb para sus adentros.

-¿Estás seguro de que éste... es el lugar más fiable para retenerla? -le pregunté mientras empezábamos a bajar por el negro y serpenteante túnel.

El anciano se echó a reír.

-Tú no encontraste la salida -me recordó-. A veces, el mejor escondite es el que está más a la vista.

-Ella está más motivada que yo -me limité a responderle.

-Los chicos la están vigilando. No hay nada de qué preocuparse.

Casi habíamos llegado ya donde el túnel giraba formando una afilada «V».

¿Cuántas veces había rodeado esa esquina con la mano rozando el interior del zigzagueante camino, como ahora? Nunca lo había hecho por la pared exterior. Era irregular, con rocas que sobresalían de pronto, que podrían magullarme y hacer que tropezara. Además, por la parte de dentro había que andar menos.

Me sentí bastante estúpida cuando me enseñaron por primera vez que la «V» no era una «V», sino una «Y» --con dos brazos bifurcándose desde otro túnel, el túnel-. Como decía Jeb, esconder cosas a la vista era, a



veces, lo más acertado. Las pocas veces que había estado lo suficientemente desesperada como para considerar escapar de las cuevas, mi mente había pasado totalmente por alto este lugar. Era el agujero, la prisión. En mi cabeza, era el más oscuro y profundo pozo de las cuevas. Aquí me habían enterrado.

Incluso Mel, mucho más aguda y espabilada que yo, nunca habría imaginado que me tendrían cautiva a pocos metros de la salida. Y ni siquiera era la única salida, pero la otra era pequeña y estrecha, por donde sólo se podía pasar a gatas. No la había encontrado porque había entrado erguida en los túneles. No había buscado un túnel de ese tipo. Además, nunca había explorado los límites del hospital de Doc; lo había evitado incluso antes de saber por qué me asustaba en realidad.

La voz, familiar a pesar de que formaba parte de lo que me parecía otra vida diferente, interrumpió mis pensamientos:

-Me preguntó cómo estáis vivos todavía si coméis esta bazofia.

¡Puaj!

Algo que sonó a plástico chocó contra las rocas.

Pude ver la luz azul mientras dábamos la vuelta a la última esquina.

-No sabía que los humanos tenían paciencia para matar a nadie de hambre. Parece un plan demasiado complejo para unas criaturas tan cortas de entendederas.

Jeb se echó a reír.

-He de admitir que estos chicos me han impresionado.

Me sorprende que hayan podido aguantar tanto.

Entramos en el final iluminado del túnel. Brandt y Aaron, armados y sentados tan lejos como podían de aquel tramo del túnel donde paseaba impaciente la buscadora, suspiraron con alivio cuando nos vieron llegar.

-¡Por fin! -murmuró Brandt. Tenía la cara marcada por las hondas líneas de la pena.

La buscadora dejó su deambular.

Me sorprendió ver las condiciones en las que se encontraba detenida.

No la habían metido en el pequeño y estrecho agujero, sino que estaba más o menos libre, caminando de un extremo del estrecho túnel. En el suelo, contra la pared plana del fondo del túnel, había una estera y una almohada. Había una bandeja de plástico volcada en ángulo en medio de la cueva, y algunas raíces de nabo mexicano y un cuenco de sopa derramada cerca de ella. Había más sopa derramada un poco más lejos, lo que explicaba el ruido que acababa de oír, porque ella había tirado la comida. De todos modos, parecía que antes se había comido la mayor parte.

Observé aquella especie de montaje humano y sentí un extraño dolor en el estómago.

« ¿A quién hemos matado?», murmuró, hosca, Melanie. Ella también estaba inquieta.

-¿Quieres estar un rato con ella? -me preguntó Brandt, y el dolor me atenazó de nuevo. ¿Alguna vez se había referido Brandt a mí utilizando

un pronombre personal? No me habría sorprendido que lo hubiese hecho Jeb, pero ¿alguien más?

-Sí -susurré.

-Ve con cuidado -me previno Aaron-, tiene muy mala leche.

Asentí con la cabeza.

Me costaba levantar la mirada y encontrar la suya, que podía sentir como si unos dedos fríos me presionaran el rostro.

La buscadora me observaba con una mueca irónica que deformaba sus facciones. Nunca había visto a un alma utilizar esa expresión.

-Bueno, aquí estás, Melanie -se burló-. ¿Por qué te ha costado tanto venir a visitarme?

Avancé lentamente hacia ella sin contestarle, intentando creer con todas mis fuerzas que el odio que corría por mi cuerpo no me pertenecía.

-¿Tus amiguitos creen que voy a hablar contigo? ¿Se piensan acaso que voy a contar todos mis secretos porque tienes un alma lobotomizada y amordazada en la cabeza que se refleja en tus ojos?

Soltó una risotada mordaz.

Me detuve a dos zancadas de ella, con el cuerpo preparado para huir. La buscadora no había hecho ningún movimiento agresivo hacia mí, pero no podía relajar los músculos. No era como encontrarme con el otro buscador en la carretera, porque no tenía la habitual sensación de seguridad que experimentaba al estar con otros amables miembros de mi especie. De nuevo, me recorrió la extraña convicción de que ella viviría mucho después de que yo hubiera desaparecido.

«No seas ridícula. Haz tus preguntas. ¿Has preparado alguna?».

-Bien, ¿qué quieres? ¿Has pedido permiso para matarme personalmente, Melanie? -siseó la buscadora.

-Aquí me llaman Wanda -repuse.

Se estremeció levemente cuando me oyó hablar, como si se hubiera imaginado que le iba a gritar. Mi voz baja y uniforme parecía alterarla más que el grito que esperaba.

Examiné su rostro mientras me miraba con furia con sus ojos saltones. Estaba sucia, manchada de polvo púrpura y sudor seco. Aparte de eso, no había una sola marca de golpes en ella, y esto me produjo un extraño dolor.

-Wanda -repitió con voz uniforme-. Bueno, ¿a qué estás esperando? ¿No te han dado permiso? ¿Has planeado usar las manos desnudas o mi arma?

-No he venido a matarte.

Sonrió con sorna.

-¿A interrogarme, entonces? ¿Dónde están tus instrumentos de tortura, humana?

Di un respingo.

-No voy a hacerte daño.

Su cara se cubrió con un velo de inseguridad que rápidamente se transformó en sarcasmo.

-¿Y para qué me tienen aquí? ¿Creen que pueden domesticarme, volverme un alma mascota como a ti?

-No. Ellos..., ellos no querían matarte... sin consultarme. Por si quería hablar contigo antes.

Sus párpados descendieron, estrechando sus ojos protuberantes.

-¿Y tienes algo que decirme?

Tragué saliva.

-Me preguntaba... -Sólo había una pregunta que no era capaz de responder por mí misma-. ¿Por qué? ¿Por qué no podías darme por muerta, como los demás? ¿Por qué esa determinación por perseguirme? No quería hacer daño a nadie, sólo quería... seguir mi propio camino.

Se alzó sobre los dedos de los pies, acercando su cara a la mía. Alguien se movió detrás de mí, pero no pude oír nada más, ya que me estaba gritando a la cara.

-¡Porque yo tenía razón! -chilló-. ¡Más que razón! ¡Míralos! ¡Un vil nido de asesinos merodeando al acecho! Justo como había pensado, ¡sólo que mucho peor! ¡Y yo sabía que estabas aquí con ellos! ¡Como una más! ¡Les dije que era peligroso! ¡Se lo dije!

Enmudeció entre jadeos y retrocedió un paso, mirando por encima de mi hombro. No me volví a comprobar qué le había hecho retroceder. Supuse que era algo que tenía que ver con lo que me acababa de decir Jeb: «En cuanto aparecen armas, recula». Analicé su expresión durante un momento, mientras su pesada respiración se tranquilizaba.

-Pero no te escucharon y viniste sola a por nosotros.

La buscadora no respondió. Retrocedió otro paso con rapidez, quizá con algo de duda en su expresión. Pareció extrañamente vulnerable durante un segundo, como si mis palabras hubieran apartado el escudo tras el que se había escondido.

-Te buscarán, pero, en el fondo, nunca te creyeron del todo, ¿verdad? -le dije, comprobando que cada palabra se confirmaba en sus ojos desesperados. Esto me hizo sentirme muy segura-. Así que tampoco rastrearán con demasiado entusiasmo y perderán el interés cuando no te localicen. Seremos cuidadosos, como siempre. No nos encontrarán.

Pude ver un miedo verdadero en sus ojos por vez primera. Era terrible para ella saber que yo tenía razón. De repente, me sentí menos preocupada por mi nido de humanos, mi pequeña familia. Tenía razón, estarían seguros. Sí, pero sin duda era una incongruencia que esto no me hiciera sentirme mejor en cuanto a mí misma.

No tenía más preguntas para la buscadora. Moriría en cuanto yo abandonara aquel lugar. ¿Esperarían a que estuviese lo suficientemente lejos como para no oír el disparo? ¿Había algún lugar en las cuevas lo suficientemente lejano?

Estudí aquel semblante suyo, antes tan feroz y ahora amedrentado, y supe cuánto la odiaba. Cuánto deseaba no volver a ver su rostro nunca más, en todas las vidas que me quedaran.

Aquel odio hacía que me fuera imposible permitir que muriera.

-No sé cómo salvarte -susurré, demasiado bajo como para que lo oyeran los humanos. ¿Por qué sonaba como una mentira a mis oídos?-. No puedo encontrar la manera...

-¿Por qué ibas a querer salvarme? ¡Eres una de ellos! -Pero un espasmo de esperanza brilló en sus ojos. Jeb tenía razón. Los gritos, las amenazas... Tenía muchas ganas de seguir viva.

Asentí ante su acusación un poco ausente, porque pensaba mucho y rápido.

-Pero aun así yo... -murmuré-. No quiero..., no quiero...

¿Cómo acabar esa frase? ¿No quería... que muriera la buscadora? No. Eso no era verdad.

¿No quería... odiar a la buscadora? Al menos no odiarla tanto como para querer que muriese; que no muriera mientras la odiaba. Casi sería como si fuese a morir debido a mi odio.

Si en verdad no quería su muerte, ¿sería capaz de buscar una forma de salvarla? ¿Era mi odio lo que bloqueaba la respuesta? ¿Sería responsable de su muerte?

«¿Estás loca?», protestó Melanie.

Había matado a mi amigo, le había disparado en el desierto, había roto el corazón de Lily. Había puesto a mi familia en peligro. Sería un peligro para ellos -Ian, Jamie~ Jared mientras estuviese viva. Haría todo lo que estuviera en su poder para verlos muertos.

«Sí, eso está mucho más cerca de la verdad», comentó Melanie, aprobando esta nueva línea de pensamiento.

«Pero si muere y yo hubiera podido salvarla si hubiese querido... ¿Quién soy, entonces?».

«Tienes que ser práctica, Wanda, esto es una guerra. ¿De qué lado estás?».

«Ya sabes la respuesta».

«Lo sé. Y ésa eres tú, Wanda».

«Pero... ¿y si puedo hacer las dos cosas? ¿Y si puedo salvar su vida y al mismo tiempo asegurar que todos estén a salvo?».

Una ola de náusea se izó en mi estómago cuando supe la respuesta que había intentado creer que no existía.

El único muro que había construido entre Melanie y yo se convirtió en polvo.

«¡No! -jadeó Mel. Y luego gritó-: ¡NO!».

La respuesta que tenía que haber sabido que encontraría. La respuesta que explicaba mi extraña premonición.

Porque podía salvar a la buscadora. Por supuesto que podía, pero me costaría un intercambio. ¿Qué había dicho Kyle? Vida por vida.

La buscadora me observaba con sus ojos oscuros llenos de veneno.

## Capítulo 50

### Sacrificio

Los ojos de la buscadora me escrutaron mientras luchaba con Mel.

« ¡No, Wanda, no!».

«No seas estúpida, Mel. Mejor que nadie, tú deberías ver el potencial de esta elección. ¿No es eso lo que quieres?».

Pero cada vez que intentaba ver el final feliz no podía escapar del horror de esa elección. Moriría por proteger ese secreto. Había estado dispuesta a soportar cualquier tortura, por terrible que hubiera sido, antes que revelar esa información. Había intentado protegerla a toda costa.

Ésta no era la clase de tortura que esperaba: una crisis personal de conciencia, confundida y complicada por el amor a mi familia humana. Y, además, muy dolorosa.

No podría decir que fuera una expatriada si lo llevaba a cabo. No, sería simplemente una traidora.

« ¡Por ella no, Wanda, por ella no!»., aulló Mel.

« ¿Debería esperar? ¿Esperar a que capturasen a otra alma? ¿Un alma inocente a la que no tendría ninguna razón para odiar? Tendría que decidirme en algún momento».

« ¡Ahora no! ¡Espera! ¡Piénsalo! ».

El estómago se me encogió otra vez, y tuve que inclinar el cuerpo hacia delante y respirar hondo. Intenté no vomitar.

-¿Wanda? -me llamó Jeb, preocupado.

«Puedo hacerlo, Mel. Podría justificar dejarla morir si fuera un alma inocente. Podría dejar que la mataran en ese caso. Podría confiar en estar tomando una decisión objetiva».

« ¡Pero ella es horrible, Wanda! ¡La odiamos!».

«Exacto. Y por eso no puedo confiar en mí misma. Fíjate, ése fue el motivo de que no pudiera ver la respuesta... ».

-Wanda, ¿estás bien?

La buscadora miró fijamente más allá de mi persona, hacia la voz de Jeb.

-Sí, Jeb -respondí con voz sofocada.

Mi voz parecía forzada, jadeante. Me sorprendí de lo mal que sonaba.

Los oscuros ojos de la buscadora pestañearon ante nosotras, inseguros. Retrocedió, aplastándose contra el muro. Reconocí la postura, porque recordaba exactamente lo que se sentía al adoptarla.

Una mano amable se colocó en mi hombro y me hizo girar.

-¿Qué te pasa, cielo? -preguntó Jeb.

-Necesito un minuto -le dije sin aliento. Miré directamente a sus descoloridos ojos azules y le dije algo que no era del todo mentira: Tengo una pregunta más, pero necesito un minuto. ¿Podéis... esperar?

-Claro, podemos esperar un poco más. Tómate un respiro.

Asentí y salí de la prisión tan rápido como pude. Al principio, el terror paralizaba mis piernas, pero recuperé el paso en cuanto me fui. Cuando pasé por delante de Aaron y Brandt, ya casi corría.

-¿Qué ha pasado? -oí que le preguntaba susurrando Aaron a Brandt, desconcertado.

No estaba segura de dónde podría esconderme mientras pensaba. Mis pies, como si funcionaran con piloto automático, me llevaron por los pasillos hasta mi habitación. Esperaba que estuviese vacía...

Estaba oscuro, levemente iluminado por la luz de las estrellas que se colaba por el agrietado techo. No vi a Lily hasta que no choqué con ella en la oscuridad.

Casi no reconocí su cara hinchada por las lágrimas. Estaba hecha una bola apretada en el suelo en mitad del pasillo. Tenía los ojos abiertos, pero no parecía saber bien quién era yo.

-¿Por qué? -me preguntó.

La miré sin decir nada.

-Aseguraba que la vida y el amor siguen siempre adelante, pero ¿realmente es así? No deberían. Ya no. ¿Qué sentido tiene?

-No lo sé, Lily. No estoy segura de cuál es el fin.

-¿Por qué? -volvió a preguntar, sin dirigirse a mí. Sus ojos vidriosos miraban a través de mí.

Pasé de largo a su lado con cuidado y corrí hacia mi habitación. Tenía mi propia pregunta que responder.

Para mi gran alivio, la habitación estaba vacía. Me tiré boca abajo sobre el colchón donde dormíamos Jamie y yo.

Cuando le había dicho a Jeb que tenía una pregunta más, decía la verdad, pero la pregunta no era para la buscadora, sino para mí.

La pregunta no era si lo haría, sino si podría hacerlo.

*Podía* salvar la vida de la buscadora. Sabía cómo hacerlo sin poner en peligro ninguna vida de los que vivían en la cueva, excepto la mía. Eso era lo que tendría que intercambiar.

«No». Melanie intentaba permanecer firme en medio del ataque de

pánico.

«Déjame pensar, por favor».

«No».

«Es lo correcto, Mel. Es inevitable, de todos modos; puedo verlo ahora. Debería haberlo visto hace mucho tiempo, es tan obvio... ».

«No, no lo es».

Recordé nuestra conversación cuando Jamie estaba enfermo. Cuando nos estábamos adaptando. Le había dicho que no la haría desaparecer y que sentía no poder darle más que eso.

No era tanto una mentira como una frase inacabada. No podía darle más que eso... y seguir yo con vida.

La mentira en realidad se la había soltado a Jared. Le había dicho, sólo unos segundos más tarde, que yo no sabía cómo hacerme desaparecer. En el contexto de la discusión, era verdad. No sabía cómo hacerlo con Melanie dentro. Pero me sorprendía no haberme dado cuenta en ese momento de una mentira tan obvia, porque no podía ver entonces lo que veía ahora. Por supuesto, yo sabía cómo hacerme desaparecer.

Era sólo que nunca había considerado viable esa opción, la última traición para cada una de las almas de este planeta.

Una vez que los humanos descubran que yo tengo la respuesta, ésa por la que han asesinado tantas veces, significará el final para mí.

« ¡No, Wanda!».

« ¿No quieres ser libre?».

Se hizo una larga pausa.

« Yo no te pediría eso -repuso ella al cabo de un tiempo-, y no lo haría por ti. ¡Y te aseguro que no lo haría por la buscadora ni por asomo!».

«No tienes que pedirlo. Creo que me habría presentado voluntaria... al final».

« ¿Por qué piensas eso?», exigió saber, el tono de su voz convertido casi en un sollozo. Eso me conmovió. Esperaba que estuviera eufórica.

«Por ellos, en parte. Jared y Jamie. Les daría la luna, todo lo que quisieran. Les puedo darte a ti. Probablemente, me habría dado cuenta de eso algún día, ¿quién sabe? Quizá Jared podría haberlo pedido. Y sabes que no le habría dicho que no».

«Ilan tiene razón, eres demasiado sacrificada. No tienes límites. ¡Debes ponerte límites, Wanda!».

«Ah, ilan», gemí y sentí un nuevo dolor, sorprendentemente cerca del corazón.

«Será como si le arrebatas el aire que respira. Todo lo que él más quiere».

«Nunca funcionaría con ilan. No en este cuerpo, aunque él lo ame... Este cuerpo no le quiere».

«Ella, no este cuerpo».

«Ella no le quiere», corregí.

«Wanda, yo, yo... -Melanie buscaba las palabras adecuadas, y la

alegría que esperaba por su parte no apareció. De nuevo, me sentí conmovida-. No creo que pueda dejarte hacerlo. Tú eres más importante. En términos generales, tú eres mucho más valiosa para ellos que yo. Puedes ayudarlos y puedes salvarlos. Yo no puedo hacer nada de eso, tienes que quedarte».

«No veo otra manera, Mel. Me pregunto cómo no lo vi antes, de lo absolutamente obvio que parece. Y por supuesto que tengo que irme. Por supuesto que tengo que hacer que vuelvas. Ya sabía que las almas se equivocaban al venir aquí, así que he de hacer lo correcto: marcharme. Todos sobrevivisteis sin mí antes, y lo haréis otra vez. Has aprendido mucho sobre las almas gracias a mí, y podrás ayudarlos. ¿No lo ves? Éste es el final feliz, es lo que todo el mundo necesita para que esta historia termine bien. Puedo darles esperanza... Un futuro tal vez no, pero daré tanto como pueda. Todo lo que pueda».

«No, Wanda, no».

Estaba llorando y se volvía incoherente. Su pena me llenó los ojos de lágrimas. No sospechaba que se preocupara tanto por mí. Casi tanto como lo que yo me preocupaba por ella. No me había dado cuenta de que nos queríamos.

Aunque Jared no me lo hubiera pedido, incluso aunque Jared no existiera... Una vez que se me había ocurrido la idea, tenía que llevarla a cabo. La quería hasta ese punto.

No me extrañaba que el índice de ocupaciones exitosas de estos anfitriones tan resistentes fuera tan bajo aquí en la Tierra. Una vez que aprendemos a amar a nuestro anfitrión humano, ¿qué esperanza tienen las almas? No podemos existir a expensas de quien amamos. No un alma. Un alma no podía vivir así.

Me giré y observé mi cuerpo a la luz de las estrellas. Tenía las manos sucias y arañadas, pero eran hermosas bajo las imperfecciones superficiales. La piel tenía un bonito color bronceado. Era hermoso incluso blanqueado por la luz. Las uñas eran cortas, de un saludable color rosado con pequeñas medias lunas blancas en la base. Agité los dedos y observé los músculos empujar con gracia los huesos, creando curiosos dibujos. Les dejé danzar sobre mí allí donde se volvían negras y fluidas sombras contra las estrellas.

Me los pasé por el pelo, que me llegaba casi por los hombros. A Mel le gustaría así. Después de unas cuantas semanas usando champú en duchas de hotel y de tomar vitaminas, estaba brillante y suave otra vez.

Estiré los brazos tanto como pude, tirando de los tendones hasta que algunas articulaciones crujieron. Los sentía fuertes. Podían subirme por una ladera, llevar una carga pesada o arar un campo, mas también eran suaves. Podían coger a un niño, consolar a un amigo, amar..., pero eso no era para mí.

Inspiré aire profundamente y de mis ojos manaron lágrimas que me rodaron por las sienes y se introdujeron entre el pelo.

Tensé los músculos de las piernas, sentí en ellas fuerza y



velocidad potenciales. Quería correr, tener una extensión abierta que cruzar sólo para ver lo rápido que podía ir. Quería hacerlo descalza para sentir la tierra bajo los pies. Quería sentir el viento volar a través del pelo. Quería que lloviera para poder oler el aire mientras corría.

Encogía y estiraba los pies al ritmo de mi respiración.

Dentro y fuera, encoge y estira. Era agradable.

Me toqué la cara con las yemas de los dedos. Los sentía cálidos contra mi suave y bonita piel. Me alegraba poder devolverle la cara a Melanie tal y como la había tenido. Cerré los ojos y acaricié mis párpados.

Había vivido en muchos cuerpos, pero nunca había amado ninguno de ese modo. Nunca lo había ansiado tanto. Por supuesto, éste sería el que tendría que abandonar.

La ironía me hizo reír, y me concentré en sentir el aire que pasaba en pequeñas burbujas desde el pecho y por la garganta. La risa era como una brisa fresca que limpiara todo en su camino a través del cuerpo, que hiciera que todo estuviera bien. ¿Qué otras especies tenían un sanador tan simple? No recordaba ninguna.

Me toqué los labios y recordé qué se sentía al besar a Jared, y qué al besar a Ian. Nadie había conseguido besar tantos cuerpos hermosos. Habían sido unos cuantos incluso en un tiempo tan corto.

¡Pero era demasiado corto! Puede que un año, no estaba segura del todo. El rápido movimiento de traslación de un planeta verde y azul alrededor de una excepcional estrella amarilla. La vida más corta que había vivido hasta ahora.

La vida más corta, la más importante, la que más me había roto el corazón de todas. La que me definiría para siempre. La vida que al final me ataría a una estrella, a un planeta, a una pequeña familia de extraños.

Sólo un poco más de tiempo... ¿Sería eso mucho pedir?

«No -susurró Mel-. Tómame más tiempo».

«Nunca se sabe cuánto tiempo queda», le contesté.

Pero lo sabía. Sabía exactamente cuánto tiempo tenía, no podía tomarme más. Mi tiempo se había acabado.

Me iba a ir, de todos modos. Tenía que hacer lo correcto, ser yo misma, durante el tiempo que me quedara.

Con un suspiro que parecía venir de las plantas de los pies y las palmas de las manos, me levanté.

Aaron y Brandt no estarían siempre esperando. Y ahora tenía unas cuantas preguntas que necesitaban ser respondidas. En esta ocasión, las preguntas eran para Doc.

Las cuevas estaban llenas de miradas tristes y bajas, era muy fácil deslizarse entre ellas sin ser detenida. Nadie se preguntaba qué estaba haciendo, excepto quizá Jeb, Brandt y Aaron, y no estaban delante.

No tenía una extensión abierta y lluviosa, pero al menos tenía el largo túnel del sur. Estaba demasiado oscuro para correr como quería, pero mantuve un ritmo constante todo el camino. Me sentía bien a medida que los músculos se calentaban.

Esperaba encontrar a Doc allí, pero le esperaba si tenía que hacerlo. Estaría solo. Pobre Doc, eso era algo habitual ahora.

El médico había dormido solo en el hospital desde la noche que salvamos la vida de Jamie. Sharon había cogido sus cosas de la habitación y las había llevado a la de su madre, y Doc no había querido dormir en la habitación vacía.

¡Cuánto odio! Sharon prefería acabar con su propia felicidad y la de Doc antes que perdonarle que me hubiera dejado curar a Jamie.

Sharon y Maggie eran poco más que un espectro en las cuevas. Nadie las miraba, del mismo modo que ellas no me habían mirado antes. Me pregunté si eso cambiaría tras mi marcha, o si seguirían tan apegadas a su rencor que fuera ya demasiado tarde para que pudieran cambiar.

¡Qué forma tan extraordinariamente estúpida de perder el tiempo!

Por vez primera, el túnel del sur se me hizo corto. Cuando pensaba que apenas había recorrido la mitad, pude ver la luz de Doc brillando tenuemente desde el basto arco que tenía delante. Él estaba allí.

Dejé de correr y adopté un ritmo de paseo antes de interrumpirle. No quería asustarlo, hacerle pensar que era una emergencia.

Pero se asustó cuando aparecí, sin aliento, en la entrada de piedra.

Saltó detrás de su escritorio. El libro que estaba leyendo se le cayó de las manos.

-¿Wanda? ¿Pasa algo malo?

-No, Doc -le tranquilicé-. Todo va bien.

- Alguien me necesita?

-Sólo yo. -Le sonreí débilmente.

Rodeó el escritorio para acercarse, con las pupilas dilatadas, llenas de curiosidad. Se detuvo a medio paso y levantó una ceja.

Su cara alargada tenía una expresión dulce, nada alarmante. Me costaba recordar que antes me había parecido un monstruo.

-Eres hombre de palabra... -comencé.

Asintió y abrió la boca para hablar, pero lo detuve levantando la mano.

-Nadie comprobará eso más que yo ahora -le advertí.

Esperó, con una expresión en los ojos confusa y cautelosa.

Cogí aire, lo sentí expandirse por los pulmones...

-Sé cómo hacer lo que a ti te está costando tantas vidas descubrir.

Sé cómo sacar a las almas de vuestros cuerpos sin dañar a nadie. Claro que lo sé. Todos debemos saberlo, ya sabes, por si se presenta una emergencia. Incluso una vez tuve que poner en marcha el procedimiento de emergencia, cuando era un oso.

Los ojos de Doc se agrandaron mientras su expresión se congelaba. Le devolví la mirada esperando una respuesta. Le llevó un tiempo y sus ojos se tornaron más desesperados a cada momento.

-¿Por qué me cuentas esto? -jadeó al fin.

-Porque..., porque voy a darte el conocimiento que necesitas - levanté la mano otra vez-, pero sólo si tú me das lo que quiero a cambio. Te lo

advierto desde ahora, no será más fácil para ti concederme mi deseo que obtener lo que quieres.

De repente vi su cara más furiosa que nunca.

-Dime tus condiciones.

-No puedes matar a las almas que extraigas. Dame tu palabra, prométeme, júrame... que las llevarás a salvo a otra vida. Eso supone correr algún peligro; tendrás que tener criotankes y llevar a las almas a las lanzaderas para que salgan del planeta. Tendrás que enviarlas a otro mundo para que puedan vivir, pero no podrán hacerte daño: tus nietos estarán muertos para cuando lleguen a su próximo planeta.

¿Mitigarían mis condiciones mi culpa en este asunto? Sólo si Doc era de confianza. Estaba muy concentrado mientras yo hablaba. Observaba su cara, para ver qué decidía. No parecía enfadado, pero sus ojos aún ardían.

-¿Quieres que no matemos a la buscadora? -adivinó.

No respondí a su pregunta porque no habría entendido la respuesta; en realidad, yo sí quería que la mataran, pero ése era el problema en realidad. En vez de eso, seguí hablando:

-Ella será la primera, la prueba. Quiero asegurarme, mientras esté aquí, de que seguirás mis instrucciones. Yo misma haré la separación. Cuando ella esté segura, te enseñaré a ti cómo se hace.

-¿Con quién?

-Tomaremos rehenes, igual que antes. No puedo garantizarte que vuelvan las mentes humanas, no sé si pueden volver una vez que han desaparecido. Lo comprobaremos con la buscadora.

Doc pestañeó, procesando algo en su mente.

-¿A qué te refieres con «mientras esté aquí»? ¿Acaso te vas?

Le miré fijamente durante un momento, esperando que comprendiera, pero me devolvió la mirada sin haber entendido nada.

-¿No ves lo que te estoy dando? -susurré.

Finalmente, la comprensión alcanzó su rostro y jadeó.

Hablé enseguida, antes de que lo hiciera él:

-Hay algo más que quiero pedirte, Doc. No quiero..., no quiero que me envíen a otro planeta. Éste es mi planeta, donde quiero estar, aunque realmente no haya lugar para mí aquí. Así que... sé que podría... ofender a algunos. No se lo digas, si crees que no lo permitirían. Miente si tienes que hacerlo, pero me gustaría ser enterrada con Walt y Wes. ¿Puedes hacer eso por mí? No ocuparé mucho. -Sonreí débilmente otra vez.

« ¡No!», gritó Melanie. No lo había visto venir, no había sentido lo definitivo de mi decisión.

-No, Wanda -objetó también Doc, conmocionado.

-Por favor, Doc -susurré, haciendo una mueca contra la protesta de mi mente, cada vez más alta-. No creo que a Wes y Walt les importe.

-¡No lo digo por eso! No puedo matarte, Wanda. Estoy tan cansado de la muerte, tan cansado de matar a mis propios amigos... -Su voz se apagó en un sollozo.

Le puse la mano en el brazo y lo acaricié.

-La gente se muere. Eso sucede. -Kyle había dicho algo así. Era curioso, ya había citado a Kyle dos veces esa noche.

-¿Qué pasará con Jared y Jamie? -preguntó Doc con voz ahogada.

-Ellos tendrán a Melanie. Estarán bien.

-¿E Ian?

-Estará mejor sin mí -mascullé entre dientes.

El médico sacudió la cabeza, frotándose los ojos.

-Necesito pensarlo, Wanda.

-No tenemos tiempo, no esperarán mucho antes de matar a la buscadora.

-No me importa esa parte; acepto tus condiciones, pero no creo que pueda matarte...

-Es todo o nada, Doc; tienes que decidirte ahora. Y... -me di cuenta de que quería pedir algo más- no puedes decirle nada a nadie sobre la última parte de nuestro acuerdo. A nadie. Ésas son mis condiciones, las tomas o las dejas. ¿Quieres saber cómo extraer un alma de un cuerpo humano?

Doc sacudió la cabeza otra vez.

-Déjame sopesarlo...

-Ya sabes la respuesta, Doc. Esto es lo que estabas buscando.

Sacudía la cabeza despacio de un lado a otro.

Ignoré ese gesto que expresaba negación porque los dos sabíamos que ya se había decidido.

-Me llevaré a Jared -dije-, haremos una expedición rápida para buscar criotankes. Tú aguanta a los demás. Diles..., diles la verdad; diles que voy a ayudarte a sacar a la buscadora de ese cuerpo.

## Capítulo 51

### Preparados

Encontré a Jared y a Jamie esperándome en nuestra habitación, ambos preocupados. Jared debía de haber hablado con Jeb.

-¿Estás bien? -inquirió Jared mientras Jamie se incorporaba de un salto y me rodeaba la cintura con los brazos.

No estaba segura de cómo responder a esa pregunta. Ignoraba la respuesta.

-Jared, necesito tu ayuda.

Él estaba de pie antes de que hubiera terminado de hablar y Jamie se inclinó hacia atrás para mirarme. No le devolví la mirada. No estaba segura de si podría soportarlo.

-¿Qué necesitas que haga? -preguntó Jared.

-Voy a buscar algo, podría necesitar... músculos extra.

-¿Qué vamos a buscar? -Se puso serio, transformándose en el hombre encargado de las misiones.

-Te lo explicaré por el camino, no tenemos mucho tiempo.

-¿Puedo ir? -dijo Jamie.

-¡No! -respondimos Jared y yo a la vez.

El muchacho puso mala cara y me soltó, dejándose caer en la esterilla y cruzando las piernas. Apoyó la mandíbula sobre los puños y refunfuñó. No pude mirarlo directamente hasta que salí de la habitación. Deseaba sentarme a su lado, abrazarlo fuerte y olvidar todo este lío.

Jared me siguió mientras desandaba mi camino por el túnel sur.

-¿Por qué por aquí? -preguntó.

-Eh... -Él sabría si intentaba mentir o evadir la pregunta-. No quiero encontrarme con nadie. Con Jeb, Aaron o Brandt especialmente.

-¿Por qué?

-No quiero tener que darles explicaciones. Aún no.

Estaba callado, intentando encontrarle sentido a mi respuesta.

Cambié de tema.

-¿Sabes dónde está Lily? No creo que deba estar sola. Parece...

-Está con Ian.

-Bien, es el más cariñoso de los hombres.

Ian ayudaría a Lily; él le daría exactamente lo que ella necesitaba, pero ¿quién ayudaría a Ian cuando...? Sacudí la cabeza y expulsé de ella esa imagen.

-¿Qué es lo que tenemos tanta prisa por encontrar? -me preguntó

Jared.

Tomé aire antes de responderle.

-Criotanques.

El túnel sur estaba oscuro y no podía verle la cara. Sus pisadas no vacilaron a mi espalda, y no dijo nada durante un rato. Cuando volvió a hablar, pude ver que estaba concentrado en la expedición, resuelto; había dejado a un lado la curiosidad hasta que la misión quedara planeada a su gusto.

-¿Dónde podemos conseguirlos?

-Los criotanques vacíos se almacenan en el exterior de las Instalaciones de Sanación hasta que son necesarios. Habrá un excedente, dado que vienen más almas de las que se van. Nadie los vigilará ni se dará cuenta de que falta alguno.

-¿Estás segura? ¿Dónde has conseguido esa información?

-Los vi en Chicago, montones y montones. Incluso la pequeña instalación a la que fuimos en Tucson tenía un pequeño almacén de criotanques metidos en cajas fuera, en la zona de reparto.

-Si estaban en cajas, ¿cómo puedes estar segura...?

-¿No te has fijado en nuestra afición por las etiquetas?

-No dudo de ti -repuso-. Sólo quiero estar seguro de que lo has pensado bien.

Noté el doble sentido de sus palabras.

-Lo he hecho.

-Entonces, cuanto antes se lleve a cabo mejor.

Doc ya se había ido a buscar a Jeb, porque no nos lo habíamos encontrado en el camino. Debía de haberse ido justo detrás de mí. Me preguntaba cómo se estarían tomando la noticia. Esperaba que no fueran tan estúpidos como para discutirlo delante de la buscadora. ¿Destrozaría el cerebro de su anfitrión humano si adivinara qué estábamos haciendo? ¿Pensaría que me había convertido en una traidora completamente, que les daría a los humanos lo que necesitaban sin ninguna restricción?

¿No era eso lo que iba a hacer, de todos modos? Cuando me hubiese ido, ¿mantendría Doc su palabra?

Sí, al menos lo intentaría. Estaba segura. Debía creerlo, pero no podría hacerlo solo. ¿Quién iba a ayudarlo?

Trepamos por la estrecha y negra abertura que daba a la cara sur de la colina rocosa, a medio camino del pico más bajo. El borde oriental del

horizonte se estaba volviendo gris con una pequeña mancha rosa derramándose entre el cielo y la roca.

Tenía los ojos fijos en los pies mientras subía. Era necesario, porque no había camino y las resbaladizas rocas hacían peligroso avanzar. Pero, aunque el camino hubiera sido alisado y pulido, dudo que hubiera sido capaz de levantar la mirada. Mis hombros parecían desplomarse al unísono.

Traidora. Ni inadaptada ni viajera, sólo una traidora. Estaba poniendo las vidas de mis dulces hermanos y hermanas en las manos furiosas, y con razón, de mi familia humana adoptiva.

Mis humanos tenían todo el derecho a odiar a las almas.

Esto era una guerra y les estaba dando un arma, una manera de matar con impunidad.

Lo consideré mientras atravesábamos el desierto bajo la luz creciente del amanecer; íbamos corriendo, porque no deberíamos haber salido de día con los buscadores al acecho.

Visto así, es decir, tomando mi opción no como un sacrificio sino como un arma que concedía a los humanos a cambio de la vida de la buscadora, me daba cuenta de que era algo incorrecto desde muchos puntos de vista. Si mi única intención con esto era salvar a la buscadora, ése era el momento en el que debía cambiar de opinión y dar la vuelta. Ella no merecía el que se traicionara a los demás, y hasta ella misma estaría de acuerdo con eso.

¿O sí?, me pregunté de repente. La buscadora no parecía ser tan..., ¿qué palabra había utilizado Jared?..., altruista. No era altruista como nosotros. Tal vez apreciara su propia vida más que las de los demás.

Pero era demasiado tarde para cambiar de opinión, ya había llegado demasiado lejos para salvarla; además, había que tener en cuenta también el hecho de que esto ocurriría más veces. Los humanos matarían a cualquier alma que cayera en sus manos a menos yo que les diera otra opción. Más aún, iba a salvar a Melanie, y por eso valía la pena el sacrificio. También salvaría a Jared y a Jamie. Y ya puesta, podía salvar también a la repugnante buscadora.

Estaba mal que las almas estuviéramos aquí. Los humanos se merecían poder conservar su mundo. No podía devolvérselo, pero podía darles esto. Si pudiera estar segura de que no iban a ser crueles...

Debía confiar en Doc y tener esperanza.

Y quizá también debería arrancar la promesa a algún amigo más, sólo por si acaso.

Me preguntaba cuántas vidas humanas salvaría, y cuántas almas de las que vivían dentro de sus anfitriones podría salvar. La única que no podría salvar ya era la mía.

Suspiré profundamente y Jared lo oyó, a pesar del sonido de nuestra respiración forzada. Con mi visión periférica, vi que volvía la cara; sentí sus ojos observándome, pero no le devolví la mirada. Miré al suelo, con los hombros hundidos.

Llegamos al escondite del jeep antes de que el sol hubiera

rebasado los picos orientales, aunque el cielo ya se había tornado de un color azul claro. Entramos agachados en una cueva poco profunda en cuanto los primeros rayos bañaron de oro la arena del desierto.

Jared cogió dos botellas de agua del asiento de atrás, me pasó una y se apoyó en la pared. Bebió media botella de un trago y se secó la boca con el dorso de la mano antes de hablar.

-Imagino que tienes prisa por salir de aquí, pero tenemos que esperar a que oscurezca, si lo que planeas es un robo relámpago.

Bebí un trago de agua.

-Está bien. Estoy segura de que ahora nos estarán esperando.

Me escrutó con la mirada.

-He visto a tu buscadora -me dijo, observando mi reacción-. Es... enérgica.

Asentí.

-Y ruidosa.

Sonrió y puso los ojos en blanco.

-No parece disfrutar del alojamiento que le hemos proporcionado.

Clavé la mirada en el suelo.

-Podría ser peor -murmuré. Los extraños celos que ya había sentido antes se deslizaron en mis palabras sin haber sido invitados a participar.

-Es verdad -admitió en voz repentinamente baja.

-¿Por qué son tan amables con ella? -susurré-. Ella ha matado a Wes.

-Bueno, es culpa tuya.

Le miré, sorprendida al ver cómo se alzaba ligeramente una de las comisuras de sus labios. Se estaba burlando de mí.

-¿Mía?

Su pequeña sonrisa tembló.

-No quieren parecer monstruos. Otra vez no. Están intentando reparar el desaguado, aunque ya sea un poco tarde y lo hagan con el alma equivocada. No había caído en la cuenta de que eso... heriría tus sentimientos. Pensaba que lo preferirías de este modo.

-Así es. -No quería que le hicieran daño a nadie más-. Siempre es mejor ser amable. Yo sólo... -Tomé aliento-. Me alegra saber el porqué.

Su amabilidad se debía a mí, no a ella. Jared me había quitado un peso de encima.

-No es agradable saber que en el fondo mereces de verdad el título de monstruo; es mejor ser amable que sentirse culpable.

Sonrió de nuevo y bostezó, contagiándome.

-Ha sido una noche larga -dijo- y nos espera otra igual. Deberíamos dormir.

Me alegró que lo sugiriera. Sabía que tenía mucha curiosidad por saber a qué se debía esta expedición, aunque él ya habría encajado algunas piezas del puzzle; pero yo no quería discutir sobre esto.

Me eché sobre la suave capa de arena que había al lado del jeep.



Para mi sorpresa, Jared se tumbó a mi lado, pegado a mí, adaptándose a la curva de mi espalda.

-Ven -dijo, y se estiró hasta deslizar sus dedos bajo mi cara.

Levantó mi cabeza del suelo y colocó debajo su otro brazo para que me hiciera de almohada. Después puso el brazo libre sobre mi cintura.

Me llevó unos segundos ser capaz de responderle.

-Gracias.

Bostezó. Sentí su aliento cálido en el cuello.

-Descansa un poco, Wanda.

Enlazándome con lo que sólo podía ser considerado un abrazo, Jared se durmió enseguida, como siempre había hecho. Intenté relajarme, pero, con su brazo a mi alrededor, me llevó un buen rato.

Aquel gesto suyo me llevó a preguntarme cuánto habría adivinado Jared.

Mi mente cansada hacía que mis pensamientos serpentearan y se confundiesen. Jared tenía razón, había sido una noche muy larga, pero no duraría ni la mitad de lo que habría deseado. El resto de mis días y noches pasarían ante mis ojos como si sólo duraran minutos...

Lo siguiente que supe fue que Jared me sacudía para despertarme. La tenue luz de la pequeña cueva era anaranjada. Se estaba poniendo el sol.

Jared me levantó y me dio una barrita de cereales, que era el tipo de comida que tenían en el jeep. Comimos y bebimos el resto del agua en silencio. La cara de Jared estaba seria y concentrada.

-¿Aún tienes prisa? -inquirió mientras subíamos al Jeep.

No; en realidad, quería que el tiempo se alargase indefinidamente...

-Sí. -¿Qué sentido tenía aplazarlo? La buscadora y su cuerpo morirían si esperábamos demasiado, y aun así no me quedaría otra opción.

-Vamos a Phoenix, entonces. Lo más lógico es que no perciban esta expedición como tal, ya que no tiene sentido que los humanos cojamos vuestros criotankes. ¿Qué uso les íbamos a dar?

La pregunta no sonaba en absoluto retórica, y de nuevo sentí que estaba mirándome. Pero fijé la vista en las rocas y no dije nada.

Ya había oscurecido hacía tiempo cuando cambiamos de vehículo y entramos en la autovía. Cauteloso, Jared esperó unos cuantos minutos con el motor del discreto sedán apagado. Conté diez coches pasar ante nosotros. Cuando se alargó el periodo de tiempo entre los faros, Jared salió a la carretera.

El viaje a Phoenix fue muy corto, aunque Jared mantuvo escrupulosamente la velocidad por debajo del límite permitido. El tiempo corría como si la Tierra, de repente, girara más deprisa, empujada por el Sol.

Nos introdujimos en el constante tráfico que fluía por la autopista que rodeaba la llana y extensa ciudad. Vi el hospital desde la carretera. Seguimos a otro coche por la salida moviéndonos de forma constante, pero sin apresurarnos.

Jared giró hacia el aparcamiento principal.

-Y ahora, ¿adónde? -preguntó, tenso.

-Vamos a ver si esta calle continúa por detrás. Los tanques estarán cerca de un muelle de carga...

Jared condujo despacio. Había muchas almas entrando y saliendo de las instalaciones, algunas en grupos. Sanadores. Nadie nos prestó especial atención.

La calle abrazaba la acera y se curvaba alrededor de la parte norte del complejo de edificios.

-Mira, camiones de transporte. Ve por allí.

Pasamos entre un ala de edificios de poca altura y un garaje. Algunos camiones puestos en fila -cargados con suministros médicos, sin duda- se introducían marcha atrás por las puertas de recepción. Observé las cajas que había en el muelle, todas etiquetadas.

-Sigue..., aunque puede que tengamos que coger algunas cajas de ésas a la vuelta. Mira... Curación..., Frescor..., ¿Tranquilidad? Me pregunto para qué será ése.

Me gustaba que los suministros estuvieran etiquetados y sin vigilancia. Mi familia no podría salir adelante sin lo necesario cuando yo me hubiera ido. «Cuando yo me hubiera ido». Daba la impresión de que esa frase aparecía en todos mis pensamientos.

Rodeamos la parte trasera de otro edificio. Mi acompañante aceleró y mantuvo los ojos fijos al frente; había gente allí, cuatro personas descargando un camión en la puerta de desembarque. Llevaban monos de trabajo para evitar el polvo en sus ropas y guantes para protegerse las manos...

Fue la perfección de sus movimientos lo que captó mi atención. No manejaban las cajas pequeñas con brusquedad. Todo lo contrario, las colocaban con infinito mimo en un reborde de hormigón que les llegaba hasta la cintura...

No necesitaba que la etiqueta me lo confirmara, pero en ese momento uno de los trabajadores volvió la caja y vi las letras negras.

-Éste es el lugar. Ahora están descargando contenedores llenos; los vacíos no deben de estar lejos... ¡Ah! Allí, en el otro lado. Ese cobertizo está medio lleno. Apuesto a que todos los que están cerrados están hasta arriba...

Jared siguió conduciendo a la misma velocidad cautelosa; giró en la esquina hasta situarse al lado del edificio.

Resopló en silencio.

-¿Qué? -pregunté.

-Imagínate. ¿Ves?

Señaló con la barbilla la señal que había a un lado del edificio.

Era el ala de maternidad.

-Ah -dije-. Bueno, siempre sabrás dónde tienes que buscar, ¿no?

Me miró durante un segundo cuando dije eso, y luego volvió los ojos a la carretera.

-Tendremos que esperar un poco. Parecía que estaban acabando.

Jared volvió a rodear el hospital y aparcó en la parte trasera del

aparcamiento más grande, lejos de las luces.

Apagó el motor y se recostó en el asiento. Buscó mi mano y la cogió. Sabía qué iba a preguntar e intenté prepararme para ello.

-¿Wanda?

-¿Sí?

-Vas a salvar a la buscadora, ¿verdad?

-Sí.

-¿Porque es lo correcto? -preguntó en un intento de adivinar mis intenciones.

-Ésa es una de las razones.

Estuvo callado un momento.

-¿Sabes cómo sacar el alma sin hacer daño al cuerpo?

Mi corazón dio un brinco doloroso, y tuve que tragar saliva antes de poder responder.

-Sí, lo he hecho antes. En una emergencia, no aquí.

-¿Dónde? -preguntó-. ¿Cuál era la emergencia?

Era una historia que nunca les había contado por razones obvias. Era una de las mejores, con mucha acción. A Jamie le habría encantado. Suspiré y empecé a hablar en voz baja.

-En el Planeta de las Nieblas. Estaba con mi amigo *Harness Lighe\**- y un guía cuyo nombre he olvidado. Me llamaban allí Moradora de las Estrellas. Ya tenía por entonces una cierta reputación.

*\*Arnés de Luz.*

Jared soltó una breve carcajada.

-Estábamos haciendo un peregrinaje a través del cuarto de los enormes campos de hielo para ver una de las más famosas ciudades de cristal. Se suponía que era una ruta segura, y por eso íbamos sólo tres... A las bestias con garras les gusta cavar pozos y enterrarse en la nieve. Ya sabes, un camuflaje para montar trampas. No había nada aparte de la nieve llana e interminable, y un segundo después pareció que todo el campo blanco explotaba hacia el cielo. Un oso adulto tiene por término medio el volumen de un búfalo, pero una bestia con garras completamente desarrollada se acerca más al de una ballena azul, y aquélla era más grande que la mayoría.

»No podía ver al guía. La bestia con garras había aparecido entre nosotros, de cara a Harness Light y a mí. Los osos son más rápidos que las bestias con garras, pero ésta tenía la ventaja de la sorpresa. Sus enormes pinzas pétreas cayeron en picado y partieron a Harness Light por la mitad antes de que supiera qué estaba pasando.

Un coche descendió despacio por el aparcamiento y permanecimos en silencio hasta que hubo pasado.

-Vacilé. Debería haber echado a correr, pero mi amigo se estaba muriendo en el hielo. Yo también tendría que haber muerto a causa de esa vacilación si la bestia con garras no hubiese estado distraída. Descubrí más tarde que nuestro guía -¡ojalá pudiera recordar su nombre!- había atacado la cola de la bestia con la esperanza de darnos una oportunidad de salir corriendo.

»El ataque de la bestia con garras había levantado tanta nieve que aquello parecía una ventisca. La falta de visibilidad nos ayudaría a escapar. Él no sabía que ya era demasiado tarde para que Harness Light escapara. La bestia con garras se volvió hacia el guía y su segunda pata izquierda nos golpeó, mandándome por los aires. La parte superior del cuerpo de Harness Light cayó a mi lado y su sangre derritió la nieve...

Estremecida, detuve un instante mi relato.

-Mi siguiente acción carecía de sentido, porque no tenía cuerpo alguno para Harness Light. Estábamos a mitad de camino de cualquier ciudad, demasiado lejos para correr hacia ninguna. Probablemente era cruel sacarlo sin analgésicos, pero no podía quedarme allí y verlo morir en la mitad despedazada de su oso anfitrión. Usé el dorso de la mano, el lado de cortar el hielo. Era más grueso que una cuchilla, causaba mucho daño. Sólo podía esperar que Harness Light estuviera tan desvanecido que no pudiese sufrir el dolor añadido. Lo saqué del cerebro del oso con la parte interior de los dedos... Aún estaba vivo. Me detuve lo mínimo para cerciorarme. Le metí en el receptáculo para los huevos que había en el centro de mi cuerpo, entre los dos corazones más calientes, para que no muriera de frío, pero sólo duraría unos pocos minutos sin un cuerpo. ¿Dónde iba a encontrar un cuerpo anfitrión en aquel desierto? Pensé que podía intentar compartir a mi anfitrión, pero no sabía si podría mantenerme consciente durante el procedimiento de introducirlo en mi cabeza. Además, sin medicinas moriría enseguida. Con todos aquellos corazones, los osos se desangraban rápidamente. La bestia con garras rugió y yo sentí que el suelo vibraba a medida que sus enormes patas lo golpeaban. No sabía dónde estaba nuestro guía, ni si estaba vivo. Tampoco sabía cuánto le costaría encontrarnos, medio enterrados en la nieve, a la bestia con garras. Yo estaba al lado del oso destrozado, por lo que la sangre brillante atraería los ojos del monstruo... y entonces se me ocurrió una idea estúpida. -Me paré para reírme en silencio-. No tenía un oso anfitrión para Harness Light, y no podía usar mi cuerpo; el guía estaba muerto o había huido...

»Sin embargo, había otro cuerpo sobre el suelo helado.

Era una locura, pero en lo único en lo que podía pensar era en Harness Light. Ni siquiera éramos íntimos amigos, pero yo sabía que estaba agonizando lentamente entre mis corazones y no podía soportarlo. Oí rugir a la enfadada bestia con garras y corrí hacia ese sonido. Pronto vi su dura y blanca piel. Corrí hacia su tercera pata izquierda y me lancé sobre ella tan alto como pude. Era una buena saltadora. Usé mis seis manos por el lado cortante para avanzar por el costado de la bestia. Rugía y giraba, pero eso no le servía de nada. Imagina un perro persiguiendo su cola. Las bestias con garras tienen cerebros muy pequeños y una inteligencia muy limitada.

»Llegué a la espalda de la bestia y trepé por la doble columna, aferrándome allí con mis cuchillas para que no pudiera desprenderse de mí sacudiéndose. Sólo me llevó unos segundos llegar a la cabeza de la bestia, pero ahí era donde residía la mayor dificultad. Mis cuchillas de hielo eran sólo... tan largas como tu antebrazo, quizá, y la piel de la bestia unas dos

veces más gruesa. Impulsé la cuchilla tan fuerte como pude, cortando la primera capa de piel y membrana. La bestia con garras gritó y se levantó sobre las patas traseras. Estuve a punto de caer. Fijé cuatro de mis manos en su piel, y la bestia gritó y se sacudió, y con las otras dos manos corté más profundamente dentro de la herida que había practicado. La piel era tan gruesa y dura que no sabía si podría ver a través de ella. La bestia enloqueció. Se sacudía con tanta fuerza que lo único que podía hacer era sujetarme, pero el tiempo de Harness Light se acababa. Introduje las manos en el agujero e intenté abrirlo. Entonces la bestia con garras se lanzó boca arriba sobre el hielo. Si no hubiéramos estado sobre su guarida, la fosa que había cavado para enterrarse, me habría aplastado, pero, aunque quedé conmocionada por el golpe, la caída en realidad me ayudó. Como mis cuchillas ya estaban en el cuello de la bestia cuando caí en el suelo, su peso las hundió más profundamente de lo que necesitaba...

»Ambos estábamos aturdidos, yo medio asfixiada. Sabía que tenía que hacer algo enseguida, pero no podía recordar qué era. La bestia empezó a rodar, atontada. El aire fresco me despejó la cabeza y recordé a Harness Light. Protegiéndolo del frío tanto como pude, lo saqué de mi bolsillo y lo introduje en el cuello de la bestia, que corcoveó, aturdida. Fue entonces cuando salí volando, porque había dejado de sujetarme para introducir a Harness Light. La bestia con garras estaba enfurecida. La herida de su cabeza no la mataría, pero sí le molestaba. La nieve se había asentado lo suficiente para que yo fuera perceptible a simple vista, sobre todo porque estaba cubierta con la sangre de la bestia. Era de un color muy brillante, un color que no tenéis aquí. Levantó las pinzas y las lanzó contra mí. Pensé que ahí se acababa todo, pero estaba tranquila porque al menos había muerto intentándolo.

»Entonces, las pinzas se clavaron en la nieve, a mi lado. ¡No podía creer que hubiera fallado! Me quedé mirando aquella cara enorme y atroz y estuve a punto de... , bueno, no de reír, porque los osos no se ríen, pero así me sentía. Porque aquel feo rostro se había llenado de confusión, sorpresa y disgusto. Ninguna bestia con garras había tenido una expresión así antes. A Harness Light le había llevado unos minutos adaptarse a la bestia con garras, ya que era un área muy extensa y había tenido que estirarse mucho, pero ya tenía el control. Se sentía torpe y lento, porque no tenía un cerebro muy grande con el que trabajar, pero bastaba con que supiera que yo era su amiga. Tuve que montarlo hasta la ciudad de cristal para mantener cerrada la herida del cuello hasta que encontráramos un sanador, lo que causó algo de revuelo. Por un tiempo me llamaron la Jinete de la Bestia, cosa que no me gustaba. Les pedí que volvieran a usar mi anterior nombre.

Mientras contaba la historia, había estado mirando al frente, hacia las luces del hospital y las figuras de las almas cruzándose frente a ellas. Ahora me giré para mirar a Jared por vez primera. Estaba boquiabierto, con los ojos clavados en mi rostro abiertos como platos.

Realmente era una de mis mejores historias. Tenía que conseguir que Mel prometiera que se la contaría a Jamie cuando...

-Tal vez hayan terminado ya de descargar, ¿no crees? -dije rápidamente-. Acabemos con esto y volvamos a casa.

Siguió mirándome durante un minuto y sacudió lentamente la cabeza.

-Sí, acabemos con esto, Wanderer, Moradora de las Estrellas, Jinete de la Bestia. Robar unas cuantas cajas sin vigilancia no supone un desafío muy grande para ti, ¿a que no?

## Capítulo 52

### Separadas

Llevamos el botín por el respiradero sur, aunque esto supusiera trasladar el jeep antes del amanecer. Mi mayor preocupación al usar la entrada más grande era que la buscadora oiría el ajetreo de nuestra llegada. No estaba segura de si ella tenía idea de lo que iba a hacer y no quería darle ninguna razón para suicidarse después de matar a su anfitrión. Me atormentaba la historia que Jeb me había contado sobre un cautivo, aquel hombre que se había desplomado sin ningún aviso previo del destrozo que había dentro de su cráneo.

El hospital no estaba vacío. Mientras me arrastraba a través de la última burbuja de aire en la sala principal, encontré al doctor preparándose para la operación. Había dispuesto el escritorio, encima del cual descansaba la mayor fuente de luz disponible: una lámpara de propano a la espera de ser encendida. Los escalpelos brillaban en la tenue luz azul de la lámpara solar.

Sabía que el buen doctor iba a aceptar mis condiciones, pero verle atareado de esta guisa me provocó náuseas debido a los nervios. O tal vez fuera el recuerdo de aquel día lo que me enfermó, el día que descubrí sangre en sus manos...

-Has vuelto --comentó con alivio. Me di cuenta de que se había preocupado por nosotros, como cualquiera cuando alguien abandonaba la seguridad de las cuevas.

-Te hemos traído un regalo -dijo Jared mientras aparecía detrás de mí. Se enderezó aliviado y se volvió para coger una caja. La alzó teatralmente, mostrando la etiqueta.

-¡Curación! -exclamó Doc-. ¿Cuánta habéis conseguido?

-Dos cajas. Y hemos encontrado una manera mejor de renovar nuestros almacenes sin que Wanda deba apuñalarse a sí misma todo el tiempo.

Doc no se rió con el chiste de Jared, sino que en vez de eso se volvió para mirarme fijamente. Los dos debíamos de haber pensado lo mismo: serían útiles cuando Wanda no estuviera.

-¿Habéis cogido los criotankes? -preguntó en tono sombrío.

Jared notó la mirada y la tensión. Me miró con una expresión imposible de entender.

-Sí -respondí-. Diez. Era todo lo que podía llevar el coche.

Mientras hablaba, Jared tiró de la cuerda que había detrás de él. Con un estrépito de roca suelta, la segunda caja de Curación y los criotankes cayeron al suelo a su espalda. Éstos hicieron un ruido metálico, aunque estaban hechos de un material desconocido en este planeta. Le había dicho que no había problema en manejar los criotankes con brusquedad, ya que estaban contruidos para soportar un maltrato mayor que el de ser arrastrados por un canal de piedra. Destellaban sobre el suelo, con una apariencia brillante, prístina.

Doc recogió uno, lo liberó de la cuerda y le dio vueltas en las manos.

-¿Diez? -El número pareció sorprenderle. ¿Creía que eran demasiados? ¿O muy pocos?-. ¿Son difíciles de usar?

-No, está chupado. Te enseñaré cómo hacerlo.

El médico asintió mientras examinaba la construcción alienígena. Podía sentir a Jared observándome, pero mantenía la mirada fija en Doc.

-¿Qué han dicho los demás? -pregunté.

Doc levantó los ojos, que se cruzaron con los míos.

-Ellos... aceptan tus condiciones.

Yo asentí, no muy convencida.

-No te expondría a esto si yo no lo creyera.

-Me parece bien.

Jared nos miraba, confuso y frustrado.

-¿Qué le has contado? -me preguntó Doc, cauto.

-Sólo que iba a salvar a la buscadora. -Me volví para mirar en dirección a Jared, pero sin encontrarme con su mirada-. Doc me ha prometido que, si le enseño cómo hacer la separación, guiaréis a las almas liberadas sanas y salvas hacia otra vida en otro planeta. Sin matarlas.

Jared asintió pensativo, mirándonos a Doc y a mí alternativamente.

-Yo también puedo aceptar esas condiciones, y puedo asegurar que el resto las cumpla. Asumo que tienes un plan para sacarlas del planeta, ¿no?

-No será más peligroso que nada de lo que hayamos hecho hoy, más bien al contrario, porque se trataría de echar al montón en vez de coger de él.

-Vale.

-¿Tienes... un horario planificado? -preguntó Doc. Trató de parecer despreocupado, pero percibí la nota de impaciencia en su voz.

Intenté decirme a mí misma que sólo quería la respuesta que le había ocultado durante tanto tiempo, que no tenía tanta prisa por matarme.



-Tengo que esconder el jeep, ¿podéis esperar? Me gustaría ver esto.

-Claro, Jared -repuso Doc.

-No me llevará mucho -prometió Jared mientras volvía a introducirse en el respiradero.

De eso estaba segura. No le llevaría el tiempo suficiente. Doc y yo no hablamos hasta que el sonido que hizo Jared a su marcha no se hubo disipado.

-¿No le has hablado sobre... Melanie? -preguntó con suavidad.

Negué con la cabeza.

-Creo que él ve adónde lleva esto. Debe de haber adivinado mi plan.

-No del todo. No permitiré...

-No dirás ni una palabra -le interrumpí con severidad-. Todo o nada, Doc.

El doctor suspiró. Después de un momento de silencio, se estiró y miró por la salida principal.

-Voy a hablar con Jeb, para preparar las cosas.

Cogió una botella de la mesa. Cloroformo. Estaba segura de que las almas tenían algo mejor. Debería haber intentado encontrarlo para Doc antes de irme.

-¿Quién sabe algo de esto?

-Jeb, Aaron y Brandt. Todos quieren verlo.

No me sorprendió; Aaron y Brandt tendrían sospechas.

-No se lo digas a nadie más. No esta noche.

Doc volvió a suspirar, asintió y desapareció en el oscuro pasillo.

Me senté con la espalda recostada sobre la pared, tan lejos de la camilla preparada para la intervención como pude. El turno para ocuparla me llegaría demasiado pronto.

Intentando pensar en algo diferente a esa sombría circunstancia, me di cuenta de que no había sabido nada de Melanie desde... ¿Cuándo me había hablado por última vez? ¿Al hacer el trato con Doc? Con atraso, me sorprendí de que la forma en la que habíamos dormido al lado del jeep no hubiese producido ninguna reacción en ella.

« ¿Mel? ».

No hubo respuesta.

No era como la vez anterior, así que no me alteré. Podía sentirla en la cabeza con claridad, pero... ¿me ignoraba? ¿Qué estaba haciendo?

« ¿Mel? ¿Qué pasa? ».

Ninguna respuesta.

« ¿Estás enfadada conmigo? Siento lo de antes, al lado del jeep. Yo no he hecho nada, ya lo sabes, así que no es justo... ».

Me interrumpió, exasperada:

« Oh, déjalo ya, no estoy enfadada contigo. Déjame en paz ».

« ¿Por qué? ».

No respondió.

Presioné un poco para tantear en qué dirección iban sus pensamientos. Intentó evitarme y levantar aquel muro negro a su alrededor, pero, debido a la falta de costumbre, era demasiado débil. Vi su plan.

Intenté mantener un tono mental equilibrado.

« ¿Es que te has vuelto loca? ».

«Es una forma de decirlo», se burló con desgana.

« ¿Crees que si logras hacerte desaparecer me detendré? ».

« ¿Qué otra cosa puedo hacer para detenerte? Si tienes una idea mejor, házmela saber ».

«No lo entiendo, Melanie, ¿no quieres tenerlos de vuelta? ¿No quieres estar otra vez con Jared? ¿Con Jamie? ».

Se retorció, luchando contra la obviedad de la respuesta.

«Sí, pero... no puedo... -Se tomó un momento para calmarse-. No puedo convertirme en la causa de tu muerte, Wanda, no puedo soportarlo ».

Sentí la profundidad de su dolor y los ojos se me llenaron de lágrimas.

«Yo también te quiero, Mel, pero aquí no hay sitio para las dos. En este cuerpo, en la cueva, en sus vidas... ».

«No estoy de acuerdo ».

«Mira, deja de intentar aniquilarte a ti misma, ¿vale? Porque como piense que tienes la más mínima oportunidad haré que Doc me saque hoy mismo. O se lo diré a Jared. Imagina lo que haría... ».

Lo imaginé por ella, sonriendo a través de las lágrimas.

« ¿Recuerdas? Dijo que no había garantías acerca de lo que haría o no haría para tenerte aquí ».

Pensé en aquellos ardientes besos en el pasillo... Pensé en otros besos y otras noches en sus recuerdos. Se me acaloró el rostro al sonrojarme.

«Juegas sucio ».

«Puedes apostar a que sí ».

«No me voy a rendir ».

«Estás advertida. No me administres más el tratamiento del silencio ».

Entonces nos dedicamos a pensar en otras cosas, cosas que no dolieran. Como el lugar al que enviaríamos a la buscadora. Mel se inclinaba por enviarla al Planeta de las Nieblas después de haber escuchado mi historia, pero yo creía que el Planeta de las Flores era más adecuado. No había un planeta más apacible en todo el universo. Mi tenaz perseguidora necesitaba un encantador y prolongado ciclo vital alimentándose del sol.

Pensamos en mis recuerdos, en los bonitos. Los castillos de hielo y la música nocturna y los soles de colores. Eran como cuentos de hadas para ella, que también me contó otros. Zapatos de cristal, manzanas envenenadas, doncellas que querían salvar almas...

Por supuesto, no tuvimos tiempo de contarnos muchas historias.

Regresaron todos juntos. Jared había vuelto por la entrada principal. Había empleado muy poco tiempo, porque probablemente había

llevado el jeep a la parte norte y lo había escondido bajo el alero a toda prisa.

Oí acercarse sus voces, contenidas, serias, bajas, y supe por su tono que la buscadora estaba con ellos. Supe que había llegado la hora del primer paso para la puesta en escena de mi muerte.

«No».

«Presta atención, vas a tener que ayudarles a hacerlo cuando... ».

« ¡No!».

No protestaba por las instrucciones, sino por la conclusión de mi pensamiento.

Era Jared quien traía en brazos a la buscadora y la introdujo en la habitación. Entró él primero, seguido por los demás. Aaron y Brandt tenían preparadas las armas, por si acaso ella estuviera sólo fingiendo, quizá, e intentara atacarlos con sus pequeñas manos. Jeb y Doc entraron los últimos y supe que los astutos ojos de Jeb estarían fijos en mi cara. ¿Cuánto había averiguado ya con su loca, pero sagaz, intuición?

Me concentré en lo que tenía que hacer.

Jared tumbó el cuerpo inerte de la buscadora con excepcional dulzura. Esto me habría molestado antes, pero ahora me conmovió. Entendía que lo hacía por mí, y hubiera deseado que me hubiera tratado así al principio.

-Doc, ¿dónde está el Sin-dolor?

-Te lo traeré -murmuró.

Clavé los ojos en el rostro de la buscadora mientras esperaba, preguntándome qué aspecto tendría cuando su anfitriona fuese liberada. ¿Quedaría algo? ¿Se quedaría la anfitriona vacía o se reafirmaría la legítima propietaria? ¿Sería su cara menos repugnante cuando otra conciencia asomara por sus ojos?

-Aquí tienes. -Doc puso el bote en mi mano.

-Gracias.

Saqué un delgado cuadrado y le devolví el bote.

Me sentí reacia a tocarla, pero hice que mis manos se movieran con suavidad y determinación mientras empujaba su barbilla hacia abajo y le ponía el Sin-dolor en la lengua. Su cara era tan pequeña que mis manos parecían grandes en comparación. Su pequeña talla siempre me confundía, porque parecía inapropiada.

Volví a cerrarle la boca. Estaba húmeda, lo que haría que la medicina se disolviese con rapidez.

-Jared, ¿puedes ponerla boca abajo? -le pedí.

Él lo hizo, otra vez con gentileza. Entonces, la lámpara de propano cobró vida. La cueva, de repente, brilló como si fuera de día. Miré hacia arriba instintivamente, y por primera vez vi que Doc había cubierto los agujeros del techo con lona para que no se escapara ni un rayo de luz. Había trabajado mucho en nuestra ausencia.

Todo estaba en silencio. Podía oír la tranquila respiración de la buscadora y más rápida y ansiosa en los hombres que había en la habitación. Alguien cambió el peso de un pie a otro y la arena crujió contra la roca bajo su

tacón. Sus miradas caían como un peso físico sobre mi piel.

Tragué saliva, esperando que mi voz sonara normal:

-Doc, necesito Curación, Limpieza, Sellador y Alisador.

-Ten.

Aparté el basto pelo negro de la buscadora, mostrando la pequeña línea rosa en la base de su cráneo. Me quedé mirando su piel bronceada y dudé.

-¿Cortas tú, Doc? Yo no..., no quiero hacerlo.

-No hay problema, Wanda.

No podía ver otra cosa que no fueran sus manos mientras se acercaba para ponerse a mi lado. Preparó una pequeña fila de cilindros blancos sobre la camilla, al lado del hombro de la buscadora. El escalpelo relampagueó bajo la luz brillante, iluminándome la cara.

-Apártale el pelo.

Usé las dos manos para despejarle el cuello.

-Me hubiera gustado lavarme a fondo antes -comentó Doc para sí mismo, sintiéndose inadecuadamente preparado.

-En realidad no es necesario. Tenemos Limpiador.

-Lo sé -suspiró. Lo que quería era la rutina, la tranquilidad mental que los viejos hábitos le habían inculcado.

-¿Cuánto espacio necesitas? -preguntó, dudando con la punta de la cuchilla a escasos centímetros de la piel del cuello.

Podía sentir el calor de los otros cuerpos detrás de mí, apretándose para ver mejor, aunque tenían cuidado de no rozarnos a ninguno de los dos.

-La misma longitud que la cicatriz. Con eso bastará.

Pero no parecía suficiente para él.

-¿Estás segura?

-Sí. ¡Oh, espera, espera!

El médico se echó hacia atrás.

Me di cuenta de que lo estaba haciendo al revés. Yo no era sanadora, no estaba acostumbrada a esto. Me temblaban las manos, parecía que no iba a ser capaz de mirar más allá del cuerpo de la buscadora.

-Jared, ¿puedes darme uno de esos criotankes?

-Claro.

Le oí alejarse unos pasos, oí el sordo y metálico sonido del criotankete que había cogido al chocar contra los otros.

-¿Y ahora?

-Hay un círculo en la parte de arriba. Presiónalo.

Oí el sordo zumbido del criotankete mientras se abría.

Los hombres murmuraron y arrastraron los pies, alejándose.

-Vale, debería haber un interruptor a un lado..., más bien tiene forma de rueda. ¿Lo ves?

-Sí.

-Gíralo del todo hacia abajo.

-Vale.

-¿De qué color es la luz que hay en la parte superior del tanque?

-Es..., está pasando de púrpura a... azul intenso. Ahora se ha puesto azul claro.

Respiré profundamente. Al menos los criotankes funcionaban.

-Genial. Quita la tapa y espérame.

-¿Cómo?

-Hay un pestillo bajo el borde.

-Hecho. -Oí el clic y el zumbido del mecanismo-. ¡Está frío!

-De eso se trata.

-¿Cómo funciona? ¿Cuál es la fuente de energía?

Suspiré.

-Sabía las respuestas cuando era una araña, pero ahora no tengo ni idea. Doc, puedes empezar, estoy lista.

-Allá vamos -susurró Doc mientras deslizaba hábilmente, casi graciosamente, el escalpelo a través de la piel. La sangre se derramó por el cuello, empapando la toalla que el médico le había colocado debajo.

-Un poco más profundo. Justo debajo del borde...

-Sí, ya veo. -Doc respiraba con rapidez, excitado.

La hoja plateada relumbró sobre el rojo.

-Eso es bueno. Ahora, sujeta tú el pelo.

Doc intercambió su sitio conmigo con un movimiento suave y rápido. Era muy bueno en su profesión, habría sido un buen sanador.

Aunque no intenté ocultarle lo que hacía, mis movimientos eran demasiado sutiles como para que pudiera verlos. No sería capaz de repetirlo a menos que yo se lo explicara.

Deslicé cuidadosamente la yema de uno de mis dedos por la protuberancia trasera de la pequeña criatura plateada hasta que el dedo estuvo completamente introducido en la cálida entrada de la base del cuello del cuerpo de la anfitriona. Localicé el camino de acceso de la antena de la parte delantera, sintiendo las tirantes líneas de los amarres, que se extendían tensos como cuerdas de arpa hacia lo más recóndito de su cabeza.

Giré el dedo alrededor de la parte inferior del cuerpo del alma, desde el primer segmento hasta la otra línea de amarres, tan rígidos y abundantes como los dientes de un peine.

Toqué con cuidado lo que unía todas esas tensas cuerdas, las pequeñas articulaciones, no mayores que una cabeza de alfiler. Me abrí camino hacia abajo, hasta un tercio aproximadamente. Podía haber contado, pero me habría llevado mucho tiempo. Sería la conexión número doscientos diecisiete, pero había otra forma de encontrarla. Ahí estaba, la pequeña cresta que hacía la articulación un poco mayor, que parecía un aljófaro más que una cabeza de alfiler. Era suave al tacto.

La presioné suavemente, masajeándola con ternura. La amabilidad lo era todo para las almas, nunca la violencia.

-Relájate -susurré.

Y aunque el alma no podía oírme, obedeció. Las cuerdas en forma de arpa se aflojaron, se soltaron. Podía sentir las deslizándose mientras se retiraban, así como la ligera hinchazón del cuerpo a medida que las absorbía.

El proceso no llevó más que unos pocos latidos de mi corazón. Contuve el aliento hasta que sentí que el alma ondeaba al tacto y se retorció, libre.

Dejé que serpenteara un poco más y curvé los dedos alrededor del pequeño y frágil cuerpo. Lo levanté, plateado y brillante, mojado con la sangre que se derramaba por su suave superficie, y lo acuné en mi mano.

Era hermoso. El alma cuyo nombre nunca sabría ondeaba como una ola plateada en mi mano... , como un bello y emplumado lazo.

Así no podía odiar a la buscadora. Me invadió un amor casi maternal.

-Que duermas bien, pequeña -le susurré.

Me giré hacia el leve zumbido del criotank, a mi izquierda. Jared lo sujetaba inclinado, para que me fuera fácil introducir el alma en el aire increíblemente frío que salía de la abertura. Dejé que se deslizara en el pequeño espacio y con cuidado cerré la tapa.

Cogí el criotank, liberándolo más que tirando de él, moviéndolo con suavidad hasta que estuvo vertical, y lo estreché contra mi pecho. La superficie exterior del tank estaba a la misma temperatura templada de la habitación. Lo acuné contra mi cuerpo, protectora como cualquier madre.

Volví la mirada al cuerpo de la extraña que estaba en la camilla. Doc ya estaba espolvoreando Alisador sobre la herida cerrada. Hacíamos un buen equipo, uno atendiendo al alma, el otro al cuerpo. Así todo el mundo tenía quien le cuidara.

Doc me miró con los ojos llenos de alegría y asombro.

-Sorprendente -murmuró-. Ha sido increíble.

-Buen trabajo -le susurré en respuesta.

-¿Cuándo crees que se despertará? -preguntó Doc.

-Depende de cuánto cloroformo haya inhalado.

-No mucho.

-Y de si todavía está ahí. Tendremos que esperar a ver.

Antes de que pudiera pedirlo, Jared cogió suavemente a la mujer sin nombre de la camilla, le levantó la cabeza y la tumbó en un lugar más limpio. Su cuidado no me conmovió. Su ternura era para la humana, para Melanie...

Doc fue con él, tomando el pulso a la mujer y mirando debajo de sus párpados. Dirigió una luz hacia sus ojos inconscientes y vio cómo se contraían las pupilas. Aquellos ojos no emitían ninguna luminosidad. Jared y él intercambiaron una larga mirada.

-Lo ha conseguido de verdad -observó Jared en voz baja.

-Sí -coincidió Doc.

No oí a Jeb acercarse a mí.

-Muy hábil, chica -murmuró.

Me encogí de hombros.

-¿No hace esto que te sientas un poco en conflicto contigo misma?

No respondí.

-Sí, yo también, cariño. Yo también.

Aaron y Brandt hablaban a mi espalda. Sus voces se elevaban

excitadas, respondiendo a los pensamientos del otro casi antes de que las preguntas fueran pronunciadas.

Para ellos no había ningún conflicto.

-¡Verás cuando el resto lo sepa!

-Piensa en...

-Deberíamos ir a por...

-Vamos ya, estoy listo...

-Espera -interrumpió Jeb a Brandt-. Nada de rehenes hasta que el criotanco esté seguro de camino al espacio exterior. ¿De acuerdo, Wanda?

-De acuerdo -repuse con voz firme y sin dejar de estrechar el criotanco contra mi pecho.

Brandt y Aaron intercambiaron una mirada de fastidio. Iba a necesitar más aliados. Jared, Jeb y Doc sólo eran tres, aunque fueran los más influyentes. Necesitarían ayuda, de todas formas.

Era consciente de lo que eso implicaba. Significaba hablar con Ian.

Con los demás también, claro, pero Ian debía ser uno de ellos. Mi corazón parecía latir con menos fuerza dentro de mi pecho, encogiéndose débilmente sobre sí mismo. Había hecho muchas cosas que no había querido hacer desde que estaba con los humanos, pero no podía recordar ninguna tan tremenda ni tan terriblemente dolorosa. Ni el haber decidido cambiar mi vida por la de la buscadora, que sin duda era una pena terrible, una herida inmensa, un gran mundo de dolor, pero casi manejable porque tenía mucho sentido dentro de una perspectiva mayor. Decirle adiós a Ian era como el agudo pinchazo de una puñalada, hacía que el contexto se desdibujara. Deseaba que hubiera alguna manera, cualquiera, de ahorrarle ese mismo dolor; pero no la había.

La única cosa peor sería decirle adiós a Jared, pero eso quemaría y ulceraría mi herida. Porque a él no le dolería. Su felicidad pesaría más que cualquier pequeña pena que pudiera sentir por mí.

Y Jamie..., bueno, no planeaba en absoluto afrontar esa despedida.

-¡Wanda! -La voz del médico sonó con impaciencia.

Corrí a la cama junto a la que estaba Doc. Antes de llegar, pude ver la pequeña mano aceitunada abriendo y cerrando el puño allí donde colgaba, en el borde de la camilla.

-¡Ah...! -La familiar voz de la buscadora gimió desde el cuerpo humano-. ¡Ah!

La habitación se quedó en profundo silencio. Todos me miraban, como si yo fuera la experta en humanos.

Le di un codazo a Doc, con las manos aún aferradas al criotanco.

-Háblale -susurré.

-Eh... ¿hola? ¿Puede oírme..., señorita? Está a salvo. ¿Me entiende?

-¡Ah! -gruñó. Parpadeó y enfocó con rapidez el rostro de Doc. No había incomodidad en su expresión. El Sin-dolor estaría haciendo que se sintiera bien, por supuesto. Sus ojos eran ónices negros que se deslizaron por la habitación hasta encontrarme, y el reconocimiento fue rápidamente seguido

por un fruncimiento de ceño. Apartó la mirada, y la volvió hacia Doc.

-Es estupendo que me hayan devuelto mi mente -dijo en voz alta y clara-. Gracias.



## Capítulo 53

### Condenada

El cuerpo anfitrión de la buscadora se llamaba Lacey; un nombre delicado, suave y femenino. Lacey. Tan inapropiado como el tamaño, en mi opinión. Como llamar Mimosín a un pit bull.

Lacey hablaba tan alto como la buscadora y era otra quejica como ella.

-Debéis perdonarme por hablar sin parar -insistió, sin dejar otra opción-. He estado gritando ahí dentro durante años y nunca he podido hablar por mí misma. Tengo un montón de cosas que decir ahí guardadas.

¡Qué suerte! Casi me alegraba de tener que irme. Respondiendo a la pregunta que me había hecho anteriormente, no, la cara no era menos repugnante con una conciencia diferente tras ella. Porque esta conciencia no era muy diferente, al fin y al cabo.

-Por eso no nos gustas -me dijo la primera noche, sin cambiar el tiempo verbal-. Se asustó cuando se dio cuenta de que escuchabas a Melanie como ella me escuchaba a mí. Pensó que podrías descubrirlo. Yo era su más oscuro secreto. -Soltó una risa irritante-. No conseguía hacerme callar. Por eso se convirtió en buscadora, porque esperaba descubrir alguna manera mejor de enfrentarse a los anfitriones resistentes. Entonces pidió que le asignaran encontrarte, para poder ver cómo lo habías hecho. Tenía celos de ti, ¿no es patético? Quería ser tan fuerte como tú. Fue un duro golpe para ella creer que Melanie había ganado, aunque imagino que no fue así. Imagino que venciste tú. Entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué ayudas a los rebeldes?

Le expliqué, de mala gana, que Melanie y yo éramos amigas. No le gustó esa explicación.

-¿Por qué? -me preguntó de forma exigente.

-Es una buena persona.

-Pero ¿por qué le gustas?

«Por la misma razón».

-Ella dice que por la misma razón.

Lacey resopló.

-Le has lavado el cerebro, ¿eh?

«Buf, es peor que la anterior».

«Ya -admití-. Ahora veo por qué esa buscadora era tan odiosa. ¿Te imaginas cómo debió de ser tener ese runrún en la cabeza todo el tiempo?».

Aquello no era lo único a lo que Lacey ponía pegas.

-¿Acaso no tenéis ningún sitio en el que vivir mejor que estas cuevas? Está todo tan sucio... ¿No hay una casa por ahí, a lo mejor...? ¿Qué quiere decir con que tenemos que compartir habitación? ¿Cómo que hay un horario de tareas? No lo entiendo, ¿tengo que trabajar? No creo que entendáis...

Jeb le había enseñado todo al día siguiente mientras intentaba explicarle, apretando los dientes, cómo vivíamos. Cuando pasaron por delante de mí -mientras comía en la cocina con Ian y Jamie-, él me lanzó una mirada que claramente preguntaba por qué no había dejado que Aaron le disparase cuando eso aún era una opción.

Su paseo estuvo más concurrido que el mío. Todos querían ver el milagro por sí mismos. A la mayoría no parecía importarles que ella fuera... tan difícil. Era bienvenida. Más que eso. Me sentí un poco celosa otra vez, pero era una tontería, ella era humana. Representaba la esperanza y pertenecía a este lugar. Ella seguiría aquí mucho después de que yo me hubiese ido.

«Qué suerte tienes», me susurró Mel con sarcasmo.

Hablar con Ian y Jamie sobre lo que había pasado no era tan difícil ni tan doloroso como había imaginado.

Y era así porque, por diferentes razones, no tenían ni idea de qué ocurría. Ninguno se dio cuenta de que esa garantía de éxito significaba que debía irme.

Con Jamie, supe por qué: nos había aceptado a Mel y a mí como un paquete inseparable mejor que nadie. Gracias a la amplitud de miras de su mente joven, era capaz de comprender la realidad de nuestras personalidades. Nos trataba como a dos personas más que como a una. Mel era real y estaba presente para él, del mismo modo que lo era para mí. Él no la echaba de menos porque ya la tenía consigo, no veía la necesidad de nuestra separación.

No estaba segura de que Ian lo hubiera entendido. ¿Le importaba demasiado ese potencial, los cambios que esto supondría para la sociedad humana? Estaban alucinados por la idea de que ser atrapados -el final- ya no era un final absoluto. Había una forma de regresar. Le parecía natural que yo hubiese actuado para salvar a la buscadora, confirmaba la idea que tenía de mi personalidad. Puede que eso fuera lo más lejos a lo que había llegado.

O puede que Ian no hubiera tenido la oportunidad de pensarlo, de ver la consecuencia evidente de todo antes de que lo distrajeran. Y de que lo

enfurecieran.

-Debería haberlo matado hace años -despotricaba Ian mientras cogíamos lo que necesitábamos para nuestra misión. Mi última misión. Intenté no pensar en ello-. No, nuestra madre tendría que haberlo ahogado al nacer.

-Es tu hermano.

-No sé por qué sigues diciendo eso. ¿Intentas conseguir que me sienta peor?

Todo el mundo estaba furioso con Kyle. Los labios de Jared se habían fundido en una tensa línea de rabia, y Jeb acariciaba su arma más de lo necesario.

El anciano se había emocionado hasta el punto de planear unirse a nosotros en esta expedición histórica, por primera vez desde que yo vivía aquí. Sobre todo, tenía ganas de ver de cerca la lanzadera; pero ahora, con Kyle poniéndonos a todos en peligro, sentía que debía quedarse para prevenir una eventualidad, y no hacer las cosas a su manera ponía a Jeb de mal humor.

-Tener que estar pegado a esta criatura -murmuró para sí, frotando otra vez el cañón del rifle. No le hacía gracia el nuevo miembro de la comunidad-. Al cuerno con la diversión. -Escupió al suelo.

Todos sabíamos dónde estaba Kyle. Se escabulló por la parte trasera tan pronto como comprendió que la buscadoragusano se había transformado por arte de magia en la humana Lacey durante la noche. Yo creía que encabezaría una marcha demandando la muerte de la buscadora, razón por la cual siempre tenía el criotank en los brazos y dormía un sueño ligero con la mano encima de su superficie suave, pero no había forma de encontrarlo por ninguna parte, y sin él Jeb acalló fácilmente las críticas.

Jared fue el que se dio cuenta de que faltaba el jeep. E Ian había sido el que había relacionado las dos ausencias.

-Ha ido a buscar a Jodi -gruñó Ian-. ¿A qué, si no?

Esperanza y desesperación. Yo les había dado una, Kyle la otra. ¿Los traicionaría a todos antes de que pudieran hacer uso de la esperanza?

Jared y Jeb quisieron anular la expedición hasta que supiéramos si Kyle tenía éxito en la suya, ya que le llevaría tres días, en el mejor de los casos, si su Jodí aún vivía en Oregón. Y si podía encontrarla allí.

Había otro lugar, otra cueva a la que podíamos evacuar a todo el mundo. Un sitio mucho más pequeño, sin agua, así que no nos podríamos esconder allí durante mucho tiempo. Debatieron si debían mudarse o esperar...

Pero yo tenía prisa. Había visto la forma en la que los otros miraban el tanque plateado. Había oído los susurros. Cuanto más tiempo retuviese aquí a la buscadora, más ocasiones tendría cualquiera de matarla. Tras haber conocido a Lacey, había empezado a compadecerme de mi hostigadora. Se merecía una vida tranquila y apacible en el Planeta de las Flores.

Irónicamente, Ian era el que había ocupado mi puesto y había ayudado a meterles prisa. Él todavía no veía adónde nos llevaría esto...

Pero estaba agradecida de que me hubiera ayudado a convencer a Jared de que había tiempo para realizar la expedición y volver antes de tomar una decisión acerca de Kyle. Me sentía agradecida también de que hubiera vuelto a desempeñar el papel de guardaespaldas. Sabía que podía confiar a Ian el brillante criotank más que a cualquier otra persona. Era el único al que podía dejárselo cuando necesitaba usar los brazos. El único que podía ver en la forma de un pequeño contenedor una vida a la que había que proteger. Podía pensar en esa forma como en un amigo, algo que podía ser amado. Era el mejor aliado de todos. Estaba muy agradecida por Ian y por la ignorancia, que le había salvado, hasta ese momento, del dolor.

Debíamos darnos prisa, en previsión de que Kyle lo arruinara todo. Volvimos a Phoenix, a una de las muchas comunidades que se habían expandido a partir del centro. Había un gran puerto espacial al sudeste, en una ciudad llamada Mesa, con varias instalaciones de sanación cerca. Era todo lo que quería: conseguirles lo máximo antes de irme. Si además cogíamos a un rehén sanador, era posible que pudiéramos conservar su memoria en el cuerpo anfitrión. Alguien que entendiera las medicinas que usaban y el modo en que lo hacían, y que supiera formas de llegar a los alijos sin vigilancia. A Doc le encantaría. Podía imaginar todas las preguntas que se moría por hacer...

Primero, el puerto espacial.

Me entristecía que Jeb se lo perdiera, pero tendría muchas más oportunidades en el futuro. Aunque estaba oscuro, una larga línea de pequeños y chatos transbordadores tomaba tierra mientras otros despegaban continuamente.

Yo conducía la vieja furgoneta mientras que los otros iban detrás, con Ian a cargo del criotank, por supuesto. Rodeé la zona, manteniéndome a distancia de la ajetreada terminal. Era sencillo localizar las enormes y blancas naves de líneas elegantes que abandonaban el planeta. No salían con tanta frecuencia como las naves más pequeñas. Todas las que vi estaban atracadas, y no había ninguna preparada para salir inmediatamente.

-Todo está etiquetado -informé a los demás, invisibles en la oscura parte trasera-. Ahora, esto es importante: evitad las naves de los murciélagos y en especial las de las algas. Las algas están solamente a un sistema de distancia; sólo lleva una década hacer el viaje completo y eso es un lapso de tiempo demasiado corto. Las flores son las más lejanas; y los delfines, los osos y las arañas están al menos a un siglo de distancia. Sólo enviad el tank a uno de éstos.

Conduje despacio, hasta quedarme cerca de las naves.

-Será fácil. Tienen todo tipo de vehículos de reparto, nos mezclaremos con ellos. ¡Eh, mira, ahí tienes un camión cargado de criotanks! Es como el que les vimos descargar en el hospital, Jared. Los criotanks que están iluminados son los que están a punto de partir. Hay un hombre que cuida de los montones, ah, no, los está colocando en un aerodeslizador. Va a cargarlos... -Conduje aún más despacio, intentando ver bien-. Sí, en aquella nave, por la escotilla abierta. Volveré y los cargaré

cuando él esté dentro...

Pasé de largo, examinando la escena por los retrovisores. Había una señal luminosa al lado del tubo que conectaba la cabeza de la nave a la terminal. Sonreí mientras leía las palabras que tenía en la parte de atrás. La nave se dirigía a las flores. Era adecuado.

Hice un suave giro cuando el hombre desapareció en el interior del casco.

-Preparaos -susurré mientras avanzaba a la sombra que proyectaba la enorme ala cilíndrica de la nave más cercana.

Estaba a tres o cuatro metros del camión de los criotankes. Había algunos técnicos trabajando cerca de la parte delantera de la nave de las flores y otros un poco más lejos, en la vieja pista. Yo no sería más que otra figura en la noche.

Apagué el motor y me bajé del asiento del conductor intentando parecer normal, como si estuviera haciendo mi trabajo. Rodeé la parte trasera de la furgoneta y entreabrí la puerta. El criotankes estaba en el borde, con su luz superior de color rojo encendida, indicando que estaba ocupado. Lo levanté con cuidado y cerré la puerta.

Avancé a paso tranquilo y cimbreado hacia la parte trasera abierta del camión, pero la respiración se me aceleró. Esto era más peligroso que el hospital, y me preocupaba. ¿Podía esperar que mis humanos arriesgaran su vida así en el futuro?

«Yo estaré allí. Lo haré yo misma, como sé que harías tú. Si lamentablemente te vas, claro».

«Gracias, Mel».

Tuve que obligarme a no mirar por encima del hombro hacia la escotilla abierta. Coloqué el criotankes con cuidado en lo alto de la columna más cercana. Un criotankes más, uno entre cientos, no se notaría.

-Adiós -susurré-. Que tengas más suerte con tu próximo anfitrión.

Volví a la furgoneta tan despacio como pude.

Todo estaba en silencio cuando conduje marcha atrás desde debajo de la gran nave. Empecé a deshacer nuestro camino con el corazón latiendo a toda velocidad. Seguí vigilando la escotilla por los retrovisores pero permanecía vacía. No vi al hombre emerger antes de que la nave se perdiera de vista.

Ian se colocó en el asiento delantero.

-No parece demasiado difícil.

-Hemos tenido mucha suerte con la oportunidad que se ha presentado. Tal vez debáis esperar algo más la próxima vez.

Ian se estiró para cogerme la mano.

-Tú eres un hechizo de buena suerte. -No respondí-. ¿Te sientes mejor ahora que está a salvo? -preguntó.

-Sí.

Vi su cabeza girar con rapidez al oír el inesperado tono de la mentira en mi voz. No le devolví la mirada.

-Vamos a capturar a algunos sanadores -mascullé entre dientes.

Ian estuvo callado y pensativo cuando recorrimos la corta distancia que nos separaba de las pequeñas instalaciones de sanación.

Había pensado que en la segunda tarea estaría el desafío, el peligro. El plan consistía en que, si las condiciones y el número eran correctos, yo sacaría a uno o dos sanadores con el pretexto de que llevaba a un amigo herido en la furgoneta. Un viejo truco, uno que sólo funcionaría con los confiados sanadores, tan poco suspicaces.

Tal y como se desarrollaron las cosas, ni siquiera necesité truco alguno. Me detuve en el aparcamiento cuando entraban en un coche dos sanadores de mediana edad, un hombre y una mujer que vestían monos de color púrpura. Se iban a casa una vez terminado su turno. Su vehículo estaba aparcado en un ángulo que no era visible desde la entrada, y no había nadie más por allí.

Ian asintió tenso.

Detuve la furgoneta justo detrás de su coche y ellos alzaron la mirada, sorprendidos.

Abrí la puerta y me bajé. La voz se me llenó de lágrimas y mi expresión se deformó debido al remordimiento, y eso me ayudó a engañarlos.

-¡Mi amigo está en la parte trasera, no sé qué le pasa!  
Respondieron con el rápido interés que yo había anticipado. Corrí a abrir las puertas traseras y ellos me siguieron. Ian se acercó por el otro lado. Jared tenía listo el cloroformo.

No miré.

Sólo nos llevó unos segundos. Jared arrastró los cuerpos inconscientes a la parte trasera de la furgoneta, e Ian cerró las puertas. Ian miró mis ojos llenos de lágrimas durante un segundo y se sentó en el asiento del conductor.

Me senté en el asiento del acompañante y él me cogió de la mano otra vez.

-Lo siento, Wanda. Sé que es duro para ti.

-Lo es.

Él no tenía ni idea de lo difícil que me resultaba, y por muchas razones diferentes.

Estrechó mis dedos.

-Pero al menos todo ha ido bien. Eres un hechizo de los mejores.

Demasiado bien. Las dos misiones habían salido demasiado perfectas, demasiado rápidas. El destino me metía prisa.

Condujo de vuelta por la autopista. Vi una brillante señal familiar en la distancia al cabo de unos pocos minutos. Respiré profundamente y me froté los ojos.

-Ian, ¿confías en mí?

-¡Claro que sí! -Parecía algo ofendido de que hubiera sentido la necesidad de preguntarlo.

-Entonces, ¿puedo pedirte un favor?

-Lo que quieras.

-Quiero comida basura.

Se echó a reír.

-No hay problema.

Cambiamos de asiento en el aparcamiento y conduje a la zona de pedidos.

-¿Qué quieres? -le pregunté a Ian.

-Nada. Estoy deleitándome sólo de verte hacer algo para ti misma.

Alguna vez tenía que ser la primera.

No sonreí ante su chiste. Para mí, esto era una especie de última cena, el último don que se le concede a un condenado. Ya no volvería a salir de las cuevas otra vez.

-¿Y tú, Jared?

-Dos de lo que sea que vayas a comer tú.

Así que pedí tres hamburguesas con queso, tres bolsas de patatas fritas y tres batidos de fresa.

Cuando cogí la comida, Ian y yo volvimos a cambiarnos de asiento para que yo pudiera comer mientras él conducía.

-Puaj -dijo, observándome mojar las patatas fritas en el batido.

-Deberías probarlo, está bueno. -Le ofrecí una patata empapada.

Se encogió de hombros y la cogió. Se la metió en la boca y la masticó.

-Interesante.

Me reí.

-Melanie también piensa que es asqueroso.

Por eso lo había convertido en un hábito, al principio. Me hacía gracia pensar cómo había abandonado mi costumbre de molestarla.

En realidad, no tenía hambre. Únicamente quería algunos de los sabores que recordaba con más placer una vez más. Ian se terminó la mitad de mi hamburguesa cuando me llené.

Regresamos a nuestro refugio sin incidentes. No vimos señales de vigilancia por parte de los buscadores. Tal vez hubieran aceptado la hipótesis de la coincidencia o quizá consideraran inevitable que te pasara algo malo si vagabundeas sola por un desierto tan grande. Teníamos un refrán para eso en el Planeta de las Nieblas que torpemente se podía traducir como: «El que cruza demasiados campos de hielo a solas se convierte en cena de una bestia con garras». Sonaba infinitamente mejor en la lengua de los osos.

Nos aguardaba una nutrida recepción.

Sonreí sin ganas a mis amigos: Trudy, Geoffrey, Heath y Heidi. Mis verdaderos amigos menguaban. Ya no estaban ni Walter ni Wes. Ignoraba el paradero de Lily, lo cual me entristeció. Puede que no quisiera seguir viviendo en este planeta con tanta muerte. Puede que la nada fuera mejor.

También me entristeció, por mezquino que fuera, ver a Lucina al lado de Lacey, con Reid y Violetta al otro lado. Hablaban animadamente, haciendo preguntas, o eso parecía. Lacey llevaba a Libertad sobre la cadera. La niña no parecía especialmente emocionada con ello, pero estaba tan feliz de tomar parte en la conversación adulta que no se bajó.

Nunca me habían dejado acercarme a la niña, pero Lacey ya era

uno de ellos. Confiaban en ella.

Con Jared e Ian avanzando con dificultad bajo el peso de los sanadores, nos dirigimos directamente al túnel sur. Ian llevaba al más pesado, el hombre, y su cara estaba empapada en sudor. Jeb echó a los otros de la entrada del túnel y nos siguió.

Doc nos esperaba en el hospital frotándose las manos con aire ausente, como si se las estuviese lavando.

El tiempo continuaba acelerándose. La lámpara más potente ya estaba encendida. Les dieron Sin-dolor a los sanadores y los tumbaron boca abajo en las camillas. Jared le enseñó a Ian a activar los tanques. Los prepararon mientras Ian hacía una mueca debido al contundente frío. Doc se colocó ante la mujer con el escalpelo en la mano y las medicinas dispuestas en fila.

-¿Wanda? -dijo.

Mi corazón se encogió dolorosamente.

-¿Lo juras, Doc? ¿Todas mis condiciones? ¿Me lo juras por tu vida?

-Sí. Cumpliré tus condiciones, Wanda. Lo juro.

-¿Jared?

-Sí. Ni una sola muerte, nunca.

-¿Ian?

-Los protegeré con mi propia vida, Wanda.

-¿Jeb?

-Es mi casa. Cualquiera que no cumpla este acuerdo deberá irse.

Asentí, con los ojos llenos de lágrimas.

-Bien. Manos a la obra, entonces.

Doc, de nuevo nervioso, hizo una incisión en el cuello de la sanadora hasta que pudo ver un brillo plateado. Sacó con rapidez el escalpelo.

-Y ahora ¿qué?

Puse mis manos sobre la suya.

-Localiza la cresta. ¿La palpas ya? Siente la forma de los segmentos. Se empequeñecen hacia la sección anterior. Bien. Al final, deberías detectar tres cosas pequeñas... y gruesas. ¿Notas algo de lo que te estoy diciendo?

-Sí -contestó con voz ahogada.

-Bien. Ésas son las antenas anteriores, empieza ahí. Ahora, suavemente, desliza los dedos debajo del cuerpo y busca la línea de acoplamientos. Los notarás tensos como cables.

Asintió.

Le guié durante dos tercios del camino y le aleccioné sobre el modo de efectuar el cómputo por si no estaba seguro en alguna ocasión, pero nosotros no tuvimos tiempo de contar, pues sangraba demasiado. Estaba segura de que el cuerpo de la sanadora podría ayudarnos, si volvía. Le ayudé a encontrar el nódulo más grande.

-Ahora, presiónalo con suavidad contra el cuerpo. Masajéalo



levemente.

-Se mueve. -La voz de Doc, nervioso, había subido de tono.

-Eso es bueno; significa que lo estás haciendo bien. Dale tiempo a que se retire. Espera a que se repliegue un poco y entonces lo coges con la mano.

-Vale -repuso con voz temblorosa. Me volví hacia Ian.

-Dame la mano.

Sentí la mano de Ian alrededor de la mía. Le di la vuelta, se la curvé en forma de copa y la acerqué al lugar de operación de Doc.

-Dale el alma a Ian. Con suavidad, por favor.

Ian sería el ayudante perfecto. Cuando me hubiera ido, ¿quién más mostraría tanto cuidado con mis pequeños parientes?

Doc pasó el alma a la mano de Ian, y se giró para curar el cuerpo humano.

Ian miraba el plateado lazo de su mano con la cara más llena de maravilla que de repulsión. Sentí calor en mi pecho mientras observaba su reacción.

-Es precioso -me susurró.

-Eso pienso yo también. Déjalo deslizarse en el tanque.

Ian sostuvo el alma acunada en su mano durante un segundo más, como si memorizara la forma y el tacto. Y entonces, con suma delicadeza, la introdujo en el frío.

Jared le enseñó a sellar la tapa.

Sentí que me quitaban un peso de los hombros.

Había acabado. Ya era demasiado tarde para cambiar de opinión. No era tan horrible como había supuesto, porque me sentía segura de que estos cuatro humanos se preocuparían de las almas tanto como yo. Cuando me hubiera ido.

-¡Cuidado! -gritó de repente Jeb. Alzó el arma entre las manos, y apuntó por encima de nuestras cabezas.

Nos giramos hacia el peligro y el tanque de Jared cayó al suelo cuando él saltó hacia el sanador, que estaba arrodillado en la camilla, mirándonos sorprendido. Ian tuvo la presencia de ánimo de abrazarse a su tanque.

-¡Cloroformo! -pidió Jared a gritos mientras placaba al sanador y le inmovilizaba en la camilla, pero era demasiado tarde.

El sanador me miró directamente con una expresión infantil llena de desconcierto. Sabía por qué me miraba. Los rayos de la linterna danzaban en nuestros ojos, dibujando diseños diamantinos en la pared.

-¿Por qué? -me preguntó.

Entonces su cara perdió la expresión y su cuerpo cayó, inconsciente y sin resistirse, en la camilla. Dos estelas de sangre fluyeron lentamente de su nariz.

-¡No! -grité, avanzando a tumbos hacia su forma inerte, sabiendo que era demasiado tarde-. ¡No!

## Capítulo 54

### Olvidada

¿Elizabeth? -pregunté-. ¿Anne? ¿Karen? ¿Cómo te llamas? Vamos, vamos, seguro que lo sabes.

El cuerpo de la sanadora aún yacía desmadejado sobre la camilla. Había pasado mucho tiempo, no estaba segura de cuánto. Horas y horas. Yo no había dormido a pesar de que había amanecido hacía muchas horas. Doc había subido a la montaña y había quitado las lonas, con lo que el sol caía por los agujeros del techo, calentándome la piel. Había movido a la mujer sin nombre para que la luz no le incidiera en el semblante.

Le toqué el rostro con suavidad y le aparté el suave pelo castaño veteado de canas de la cara.

-¿Julie? ¿Brittany? ¿Ángela? ¿Patricia? ¿Me estoy acercando? Háblame, por favor.

El hospital había quedado desierto hacía horas. Únicamente permanecía Doc, que roncaba suavemente en una camilla en la esquina más oscura del recinto. Algunos habían ido a enterrar el cuerpo anfitrión perdido. Me estremecí al pensar en su desconcertada pregunta y la repentina forma en que su cara se había quedado sin vida...

« ¿Por qué ?», me había preguntado.

Deseaba fervientemente que el alma hubiera esperado una respuesta, porque así habría intentado explicárselo. Puede que lo hubiera entendido. Después de todo, ¿qué era más importante, al final, que el amor? Para un alma, ¿no era eso el centro de todo? El amor habría sido mi respuesta.

Quizá, si hubiera esperado, habría visto la verdad de aquello. Si lo hubiese entendido, estaba segura de que habría dejado vivir al cuerpo humano.

Sin embargo, exigírselo no habría tenido mucho sentido para él. El cuerpo era suyo, no una entidad separada. Su suicidio no era más que eso para él. No era un asesinato, sólo una vida que había acabado. Y quizá tuviera razón.

Al menos las almas habían sobrevivido. La luz del criotank del sanador brillaba con un rojo intenso al lado de la del criotank de ella. No podía pedir a mis humanos una evidencia mayor de compromiso que cuando habían salvado su vida.

- ¿Mary? ¿Margaret? ¿Susan? ¿Jill?

Aunque Doc dormía y yo estaba sola, podía sentir el eco de la tensión que los otros habían dejado tras de sí. Aún estaba en el aire.

La tensión perduraba porque la mujer no se había despertado cuando el cloroformo dejó de hacer efecto. No se había movido. Aún respiraba, su corazón aún latía, pero no había respondido a ninguno de los esfuerzos que había hecho Doc por revivirla.

¿Era demasiado tarde? ¿Estaba perdida? ¿Se había ido ya? ¿Estaba tan muerta como el cuerpo del hombre?

¿Había pasado esto con todos los demás? ¿Había sólo unos pocos, como Lacey, la anfitriona de la buscadora, y Melanie, que gritaban y se resistían, que eran los que podíamos traer de vuelta? ¿Todos los demás se habían ido ya?

¿Era Lacey una anomalía? ¿Volvería Melanie como había hecho ella...? Quizá eso también era cuestionable.

«No me has perdido. Estoy aquí», pero la voz mental de Melanie estaba a la defensiva. Ella también estaba preocupada.

«Sí, estás aquí, y aquí te quedarás», le prometí.

Suspirando, volví a intentarlo. ¿Lo intentaba en vano?

-Sé que tienes un nombre -le dije a la mujer-. ¿Es Rebeca? ¿Alexandria? ¿Olivia? ¿O algo más simple, como... Jane? ¿Jean? ¿Joan?

«Algo es mejor que nada», pensé, desanimada. Al menos les había dado un modo de defenderse si alguna vez los atrapaban. Ayudaría a la resistencia, si no podía ayudar a nadie más.

Pero no me parecía suficiente.

-No me das mucho con lo que trabajar -murmuré. Cogí su mano entre las mías y la acaricié con suavidad-. Estaría bien que te esforzaras un poco. Mis amigos ya estarán bastante deprimidos, no les vendría mal tener buenas noticias. Además, con Kyle aún ausente... será difícil evacuar a todos para además tener que cargar contigo. Sé que quieres ayudar. Ésta es tu familia, ¿sabes? Pertenecen a tu especie. Son muy simpáticos, la mayoría de ellos. Te gustarán.

El rostro de líneas dulces se mantuvo inexpresivo, inconsciente. Su rostro ovalado de rasgos extremadamente simétricos era de una belleza discreta. Rondaría los cuarenta y tantos. Cuarenta y cinco años, puede que algunos menos, puede que algunos más. Resultaba difícil precisar más observando su cara inanimada.

-Ellos te necesitan -supliqué de nuevo-, puedes ayudarlos. Sabes muchas cosas de las que yo no tengo ni idea. Doc hace tantos esfuerzos que se merece algo de ayuda. Es un buen hombre. Has sido sanadora durante bastante tiempo, y algo de la preocupación por el bienestar de los demás tiene que habérsete pegado. Creo que eres como Doc. ¿Te llamas Sarah?

¿Emily? ¿Kristin?

Le acaricié la mejilla sin obtener ninguna respuesta, por lo que volví a coger su mano flácida entre las mías. Miré el cielo azul a través de los agujeros del techo. Mi mente empezó a divagar.

-Me pregunto qué harán si no vuelve Kyle. ¿Cuánto tiempo se esconderán? ¿Tendrán que encontrar un nuevo hogar en algún otro sitio? Son tantos... No será fácil. Ojalá pudiera ayudarlos, pero no tengo soluciones aunque me pudiera quedar... Quizá se las arreglen de alguna manera para no tener que marcharse. Puede que Kyle no lo eche todo a perder. -Me reí sin gracia, pensando en las probabilidades. Kyle no era un hombre cuidadoso. De cualquier modo, me necesitarían hasta que esa situación se solucionara... Puede que necesitaran mis inequívocos ojos si había buscadores cerca. Podía llevar mucho tiempo, y eso me hacía sentir más calidez que el sol sobre mi piel. Hacía que me sintiera agradecida de que Kyle fuera impetuoso y egoísta. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que tuviéramos la seguridad de estar a salvo?-. Me pregunto cómo es esto cuando hace frío. Casi no me acuerdo de sentir frío. ¿Y si llueve? No ha llovido en bastante tiempo, ¿no? Con todos estos agujeros en el techo, se tiene que mojar todo. ¿Dónde dormiremos entonces? -Suspiré-. Tal vez tenga que averiguarlo, aunque no debería apostar por ello. ¿No sientes nada de curiosidad? Es divertido imaginar que cambian las cosas... Me imagino que el verano no dura siempre.

Sus dedos se agitaron en mi mano durante un segundo. El hilo de mis pensamientos discurría muy lejos de la mujer tendida en la camilla y había empezado a hundirme en la melancolía tan presente esos días, razón por la cual el movimiento me pilló desprevenida.

No advertí cambio alguno al mirarla. La mano seguía laxa y la expresión era ausente. Quizá fueran imaginaciones mías. « ¿He dicho algo que te interese? ¿De qué estaba hablando? -pensé con rapidez, observándola-. ¿Ha sido la lluvia? ¿O la idea del cambio? ¿El cambio?».

-Tienes muchos de esos cambios por delante, ¿a que sí? Pero tienes que despertarte primero. -Su cara estaba vacía, su mano inmóvil-. Así que no te importa cambiar. No te culpo, yo tampoco quise cambiar para venir. ¿Eres como yo? ¿Te gustaría que el verano se alargara?

Si no hubiese estado observando su cara con tanta atención, no habría visto el pequeño temblor de sus párpados.

-Te gusta el verano, ¿verdad? -pregunté esperanzada.

Sus labios se movieron.

-¿El verano?

Su mano tembló.

-¿Te llamas así, Verano? ¿Verano? Es un nombre muy bonito.

Su mano se cerró en un puño y sus labios se separaron.

-Vuelve, Verano, sé que puedes hacerlo. ¿Verano? Escúchame. Abre los ojos, Verano.

Sus ojos parpadearon con rapidez.

-¡Doc! -grité por encima del hombro-. ¡Doc, despierta!

-¿Eh?

-¡Creo que vuelve! -Me giré hacia a la mujer-. Vamos, Verano, puedes hacerlo. Sé que es duro. Verano, Verano, Verano, abre los ojos.

Su cara hizo una mueca. ¿Sentía dolor?

-Trae el Sin-dolor, Doc. Deprisa.

La mujer me estrechó la mano y abrió los ojos. Al principio no enfocaban, simplemente vagaron por la cueva llena de luz. ¡Qué extraña e inesperada visión tenía que ser este lugar para ella!

-Te pondrás bien, Verano, te pondrás bien. ¿Puedes oírme, Verano?

Sus ojos giraron hasta mi cara y sus pupilas se contrajeron. Me miró, absorbiendo la imagen de mi rostro. Entonces se estremeció y se retorció en la camilla, intentando escapar. Un bajo y ronco grito de pánico surgió de sus labios.

-No, no -gimió-, más no.

-¡Doc!

Ahí estaba, al otro lado de la camilla, como antes, cuando estábamos operando.

-Todo va bien, señora -le aseguró-. Nadie va a hacerle daño.

La mujer tenía los ojos cerrados y se encogió sobre el fino colchón.

-Creo que se llama Verano.

Me miró y puso cara rara.

-Tus ojos, Wanda -suspiró.

Parpadeé y me di cuenta de que el sol aún me daba en la cara.

-¡Oh! -Dejé libre la mano de la mujer.

-Por favor, no -suplicó ella-. Otra vez no.

-Shh -murmuró Doc-. ¿Verano? La gente me llama Doc. Nadie va a hacerte nada, vas a estar bien.

Me alejé de ella, hacia las sombras.

-¡No me llames así! -sollozó la mujer-. ¡Ése no es mi nombre! ¡Es el suyo, el suyo! ¡No lo vuelvas a decir!

Había averiguado el nombre equivocado.

Mel no estaba de acuerdo con que yo me sintiera culpable.

«No es culpa tuya. Verano también es un nombre humano».

-Claro que no -le prometió Doc-. ¿Cómo te llamas?

-¡No..., no..., no lo sé! -Lloró-. ¿Qué ha pasado? ¿Quién era yo? No me hagáis volver a ser otra persona.

Se retorció sobre la camilla.

-Cálmate, todo va a ir bien, te lo prometo. Nadie va a hacer que seas otra que no seas tú, y vas a recordar tu nombre. Ya volverá.

-¿Quién eres? -preguntó-. ¿Quién es ella? Es como..., es como yo era. ¡He visto sus ojos!

-Soy Doc y soy humano, como tú. ¿Lo ves? -Movié la cara hacia la luz y parpadeó ante la mujer-. Somos nosotros mismos. Hay muchos humanos aquí, y se alegrarán de conocerte.

Ella se estremeció otra vez.

-¡Humanos! Temo a los humanos.

-No, no es verdad. La... persona que solía estar en tu cuerpo temía a los humanos. Era un alma, ¿recuerdas? ¿Recuerdas antes de eso, antes de que ella estuviera ahí? Eras humana entonces y ahora lo eres otra vez.

-No puedo recordar mi nombre -repuso con la voz llena de pánico.

-Ya lo sé, pero volverá.

-¿Eres médico?

-Sí.

-Yo..., ella también. Una... sanadora, algo parecido a un médico. Se llamaba Canción de Verano. ¿Quién soy yo?

-Lo descubriremos. Te lo prometo.

Me dirigí a la salida. Trudy trabajaría bien con Doc.

O Heidi, tal vez, alguien con un rostro tranquilizador.

-¡Ella no es humana! -le urgió a Doc en un susurro, al ver que me movía.

-Es una amiga, no te preocupes. Me ha ayudado a traerte de vuelta.

-¿Dónde está Canción de Verano? Estaba asustada; había humanos...

Salí mientras estaba distraída.

Oí a Doc responder a su pregunta detrás de mí:

-Se va a otro planeta. ¿Recuerdas dónde estaba ella antes de que viniera?

Por el nombre, pude adivinar cuál sería su respuesta.

-Era... ¿un murciélago? Podía volar... y cantar... Lo recuerdo, pero yo... no estaba... allí. ¿Dónde estoy?

Me apresuré por el pasillo en busca de ayuda para Doc. Me sorprendí al ver la luz de la gran caverna más adelante. Me desconcertó, porque todo estaba demasiado tranquilo. Normalmente, podías oír voces antes de ver la luz. Era mediodía. Debería haber alguien en la habitación del gran jardín, aunque sólo estuviera de paso por ella.

Caminé hacia la brillante luz del día y vi que la gran estancia estaba vacía.

Los zarcillos nuevos del cantalupo eran de color verde oscuro, más oscuro que la tierra seca de la que crecían. La tierra estaba demasiado seca y por ello el barril de riego estaba preparado para remediarlo, con las mangueras dispuestas, pero nadie manejaba aquella máquina primitiva. Estaba allí abandonada, en el lado occidental de la estancia.

Me quedé muy quieta y agucé el oído para escuchar.

La gran caverna estaba en silencio y era un silencio siniestro. ¿Dónde se hallaba todo el mundo?

Me atravesó una repentina punzada de miedo y dolor. ¿Los habían evacuado sin mí? Tal vez, pero no se habrían ido sin Doc, por supuesto. Nunca le dejarían atrás. Quería volver por el largo túnel y asegurarme de que el doctor tampoco había desaparecido.

«Tampoco se irían sin nosotras, tonta. Jared, Ian y Jamie no nos

dejarían atrás».

«Tienes razón, tienes razón. ¿Y si... comprobamos si hay alguien en la cocina?».

Corrí por el vacío pasillo cada vez más ansiosa, pues el silencio continuaba. Quizá fuera mi imaginación y el golpear del pulso en los oídos. Por supuesto, tendría que oírse algo. Si me calmaba y ralentizaba mi respiración, podría oír voces...

Pero llegué a la cocina y también estaba vacía. No había nadie. Había platos a medio comer en las mesas. Mantequilla de cacahuete en la última rebanada de pan fresco. Manzanas y latas de refresco calientes.

El estómago me recordó que no había comido en todo el día, pero apenas noté el dolor del hambre. El pánico era mucho más fuerte.

« ¿Y si...? ¿Y si no hemos hecho la evacuación a tiempo?».

« ¡No! -replicó Mel-. No, habríamos oído algo. Alguien habría... o debería haber... Aún están aquí, buscándonos. No se rendirían hasta no haberlo comprobado todo. Así que eso no puede ser».

A menos que nos estén buscando ahora...

Me volví hacia la puerta y entorné los párpados mientras intentaba penetrar las sombras.

Debía prevenir a Doc. Debíamos salir de aquí, si éramos los dos últimos.

« ¡No! ¡No pueden haberse ido!».

Veía las caras de Jamie y Jared tan nítidamente como si las tuviera grabadas en la parte interna de los párpados.

Y la cara de Ian, como si hubiera añadido mis imágenes a las de Mel. Jeb, Trudy, Lily, Heath, Geoffrey.

«Los traeremos de vuelta -juré-. Los perseguiremos uno a uno y los traeremos de vuelta. ¡No dejaré que cojan a mi familia!».

Si alguna vez había tenido alguna duda sobre el lado del que estaba, esto la habría despejado por completo. En ninguna de mis vidas me había sentido tan enfadada. Apreté los dientes, que chasquearon al juntarse.

Y entonces el ruido, el murmullo de voces que tan ansiosamente había esperado escuchar, llegó con el eco por el pasillo y me hizo contener la respiración. Me deslicé silenciosamente contra la pared y esperé en las sombras, escuchando.

«El gran jardín. Puedes oírlo en el eco». «Suenan como un grupo grande».

«Sí, pero ¿tuyo o mío?».

«Nuestro o suyo», me corrigió.

Avancé por el pasillo, siempre sin despegarme de las sombras más oscuras. Podíamos oír las voces con más claridad, y algunas de ellas me eran familiares. ¿Significaba eso algo? ¿Cuánto tiempo les habría llevado practicar una inserción con buscadores entrenados?

Entonces, mientras llegaba a la entrada de la gran cueva, los sonidos se hicieron aún más claros y sentí un gran alivio, porque las voces sonaban con el mismo tono que el primer día que estuve aquí: peligrosamente

enfadadas.

Tenían que ser voces humanas. Kyle debía de haber vuelto.

El alivio luchó con el dolor mientras corría hacia la brillante luz para ver qué pasaba. Alivio porque mis humanos estaban a salvo. Y dolor porque si Kyle había vuelto sano y salvo, entonces...

«Aún te necesitan, Wanda. Mucho más que a mí».

«Estoy segura de que siempre podría encontrar excusas, Mel. Siempre habrá alguna razón».

«Entonces, quédate».

« ¿Contigo como prisionera?».

Dejamos de discutir mientras valorábamos la conmoción de la caverna.

Kyle había vuelto. El más fácil de señalar, el más alto entre la multitud, el único que se enfrentaba a mí. La multitud lo tenía inmovilizado contra la pared. Aunque él era la causa del furioso sonido, no era él quien lo producía. Su rostro era conciliador, suplicante. Los brazos le colgaban a los lados con las palmas vueltas, como si hubiera algo detrás de él que estuviera intentando proteger.

-Calmaos, ¿vale? -Oí su voz grave sobre la cacofonía-. ¡Atrás, Jared, la estás asustando!

Atisé una melena negra detrás de él, a la altura del codo. Un rostro desconocido de grandes ojos negros miraba a la multitud de reojo y con pavor.

Jared era el más cercano a Kyle. Podía ver la parte trasera del cuello, muy roja. Jamie le cogió de un brazo, sujetándolo. Ian estaba al otro lado, con los brazos cruzados y los músculos de los hombros tensos. Tras ellos, todos los humanos excepto Doc formaban una multitud enfadada. Permanecían tras Jared e Ian haciendo preguntas en voz alta y airada.

-¿En qué estabas pensando?

-¿Cómo te has atrevido?

-¿Por qué has vuelto?

Jeb estaba en la esquina más alejada, limitándose a observar.

El pelo brillante de Sharon me llamó la atención. Me sorprendía verla al lado de Maggie, en medio de la multitud. Ninguna de las dos se había dejado ver mucho desde que Doc y yo curamos a Jamie. Nunca estaban en medio de nada.

«Es la lucha -dijo Mel-. No estaban cómodas con la felicidad, pero se sienten como en casa con la furia».

Pensé que, probablemente, tenía razón. ¡Qué... inquietante!

Había oído una voz aguda pronunciar algunas de las preguntas, y me di cuenta de que Lacey también formaba parte de la multitud.

-¿Wanda? -La voz de Kyle se abrió paso entre el ruido, y levanté la mirada para encontrar sus profundos ojos azules fijos en mí-. ¡Ahí estás! ¿Puedes venir y ayudarme un poco, por favor?



## Capítulo 55

### Apego

Jeb me abrió camino, apartando a la gente con su rifle como si fueran ovejas y el arma fuera un cayado de pastor.

-Ya basta -gruñó a los que se quejaban-. Tendréis oportunidad de ponerlo a parir más tarde. Todos lo haremos, pero vamos a solucionar esto primero, ¿vale? Dejadme pasar.

Por el rabillo del ojo vi a Sharon y Maggie dirigirse hacia la parte de atrás del grupo, huyendo del restablecimiento de la razón. De mi participación, en realidad, más que de cualquier otra cosa, porque ambas apretaron los labios y continuaron mirando a Kyle con mala cara.

Jared e Ian fueron los últimos a los que Jeb empujó. Rocé sus brazos al pasar, esperando que eso ayudara a calmarlos.

-Vale, Kyle -dijo Jeb, golpeando la culata del arma contra la palma de la mano-, no intentes excusarte, porque no tienes disculpa. Estoy dudando entre darte una paliza y dispararte.

La pequeña cara, pálida bajo el profundo tono bronceado de su piel y enmarcada en una larga y negra melena rizada, volvió a aparecer tras el codo de Kyle. La boca de la chica estaba abierta, horrorizada, y sus oscuros ojos desesperados. Creía haber atisbado en ellos un leve reflejo tras el color negro, el de una estela de plata.

-Ahora, vamos a calmarnos. -Jeb se giró con el arma cruzada ante su cuerpo, y de repente parecía que protegía a Kyle y a la pequeña cara tras él. Miró con mal talante a la multitud-. Kyle viene con una visita y vosotros la estáis asustando. Creo que todos podéis mostrar mejores modales. Ahora me voy a llevar a Kyle y a su invitada conmigo y quiero que os vayáis y trabajéis en algo útil. Mis cantalupos se están secando. Que alguien lo remedie, ¿vale?

Esperó a que la susurrante multitud desapareciera lentamente. Ahora que les veía el rostro, podía decir que ya lo estaban superando, o al menos la mayoría. Y eso no era tan malo, no después de lo que habían

estado temiendo los últimos días. Sí, Kyle era un idiota que vivía centrado en sí mismo, parecían decir sus caras, pero al menos había vuelto, y no había causado ningún daño. No había evacuación, ni había que preocuparse de los buscadores. Nada fuera de lo normal, al fin y al cabo. Había traído otro gusano, pero ¿acaso no se habían llenado de ellos las cuevas los últimos días?

No era tan espantoso como parecía al principio.

Muchos volvieron a su almuerzo interrumpido, otros regresaron al barril de riego, otros a sus habitaciones. Pronto Jared, Ian y Jamie fueron los únicos que quedaron a mi lado. Jeb los miró con una expresión malhumorada. Tenía la boca abierta, pero antes de que pudiera echarlos Ian me cogió una mano y Jamie hizo lo mismo con la otra. Sentí otra mano en la muñeca, sobre la mano de Jamie: Jared.

Jeb puso los ojos en blanco al ver cómo se habían unido a mí para evitar su rechazo y nos dio la espalda.

-Gracias, Jeb -agradeció Kyle.

-Cierra el pico, Kyle; mantén cerrada esa boca. Hablo totalmente en serio cuando digo lo de dispararte, gusano inútil.

Se oyó un débil quejido detrás de Kyle.

-Vale, Jeb, pero ¿podrías aplazar las amenazas de muerte para cuando estemos a solas? Ya está bastante aterrorizada. Recuerda cómo le sacan de sus casillas esas cosas a Wanda. -Kyle me sonrió, y sentí que me quedaba aturdida; entonces se volvió a la chica que se escondía tras él con la expresión más tierna que jamás había visto en su rostro-. ¿Ves, Sol? Ésta es Wanda, te he hablado de ella. Nos ayudará. No dejará que nadie te haga daño, lo mismo que yo.

La chica, ¿o era una mujer?, era menuda, pero su curvilínea complexión sugería una madurez mayor de la que mostraba su tamaño y me miraba con los ojos llenos de miedo. Kyle le rodeó la cintura con los brazos y ella dejó que él la colocara en su sitio. Se colgó de él como si fuera un ancla, su pilar de salvación.

-Kyle tiene razón. -Nunca hubiera creído que acabaría diciendo esas palabras-. No dejaré que nadie te haga daño. ¿Te llamas Sol? -le pregunté con suavidad.

Los ojos de la mujer volaron hacia el rostro de Kyle.

-Está bien. No tienes nada que temer de Wanda, es como tú. -Se volvió hacia mí-. Su verdadero nombre es más largo, algo sobre el hielo.

-Luz de Sol sobre el hielo -me susurró ella.

Ví que los ojos de Jeb brillaban de curiosidad.

-No le importa que la llamen Sol, dice que está bien -me aseguró Kyle.

La visitante asintió. Sus ojos pasaron de mi cara a la de Kyle y volvieron a mí otra vez. Los otros hombres estaban en silencio, completamente inmóviles. El pequeño círculo de calma la tranquilizó un poco. Debía de haber sentido el cambio en el ambiente. No había el menor indicio de hostilidad hacia ella, en absoluto.

-Yo también fui un oso, Sol-le expliqué en un intento de hacer que se sintiera algo más cómoda-. Entonces me llamaban Moradora de las Estrellas. Aquí soy Wanderer.

-Moradora de las Estrellas -susurró, mientras sus ojos se agrandaban hasta casi lo imposible-. ¡Jinete de la Bestia!

Ahogué un gemido.

-Vivías en la segunda ciudad de cristal, supongo.

-Sí. He escuchado esa historia tantas veces...

-¿Te gustó ser un oso, Sol? -me apresuré a preguntarle para hacerla hablar, pues en realidad no quería adentrarme demasiado en mi historia-. ¿Eras feliz allí?

Su cara hizo una mueca ante mis preguntas. Sus ojos se fijaron en los de Kyle y se llenaron de lágrimas.

-Lo siento -me disculpé, mirando a Kyle también a la espera de una explicación.

Él le palmeó el brazo.

-No te preocupes, no te harán daño. Te lo he prometido.

Casi no pude oír el susurro que fue su respuesta:

-Pero me gusta estar aquí, quiero quedarme.

Sus palabras crearon un repentino nudo en mi garganta.

-Lo sé, Sol, lo sé. -Kyle le puso la mano en la nuca y, con un gesto tan tierno que hizo que me escocieran los ojos, estrechó el rostro de ella contra su pecho.

Jeb carraspeó y Sol se estremeció y se acurrucó contra el costado de Kyle. Era fácil imaginar el crispado estado de nervios en el que debía de estar. Las almas no estaban diseñadas para manejar la violencia ni el terror.

Recordé que hace tiempo, cuando Jared me interrogaba, me había preguntado si yo era como las otras almas. No lo era, como tampoco lo era aquella alma con la que habían tratado, la buscadora. Sol, por el contrario, plasmaba la esencia de mi tímida y amable especie. Sólo éramos poderosos cuando éramos muchos.

-Lo siento, Sol -repuso Jeb-, no quería asustarte. Quizá sea mejor que salgamos de aquí. -Sus ojos vagaron por la cueva, donde unas pocas personas aún remoloneaban. Miró con cara de malas pulgas a Reid y Lucina, que se dirigieron por el corredor a la cocina-. Probablemente deberíamos ir con Doc -sugirió Jeb con un suspiro, mirando con melancolía a la asustada mujer. Imaginé que le entristecía perderse las nuevas historias.

-Vale -aceptó Kyle. Mantuvo su brazo firme alrededor de la cintura de Sol y la llevó con él hacia el túnel sur.

Los seguí de cerca remolcando a los otros, que aún no me habían soltado.

Jeb se paró y todos nos detuvimos con él. Dio varios empujoncitos con la culata del rifle en la cadera de Jamie.

-¿No tienes clase, chico?

-Oh, tío Jeb, por favor. Por favor. No quiero perderme...

-Vuelve a clase.

El muchacho me clavó una mirada suplicante, pero Jeb tenía razón de todas las. No había nada que Jamie tuviera que ver. Mirándole, negué con la cabeza.

-¿Puedes llamar a Trudy? -le pedí-. Doc la necesita.

Jamie dejó caer los hombros y me soltó la mano. La de Jared se deslizó por la muñeca para ocupar su puesto.

-Me lo pierdo *todo* -se quejó Jamie mientras se alejaba.

-Gracias, Jeb -le susurré cuando Jamie no podía oírnos.

-Vale.

El largo túnel parecía más oscuro que antes porque podía sentir el miedo que irradiaba la mujer que tenía delante,

-Está bien -murmuró Kyle-. No hay nada que pueda hacerte daño, y yo estoy aquí.

Me pregunté quién era ese extraño, el que había vuelto en el lugar de Kyle. ¿Habían comprobado sus ojos? No podía creer que cupiera tanta amabilidad dentro de ese cuerpo tan grande y lleno de ira.

Debía de ser por haber traído de vuelta a Jodi y estar tan cerca de lo que quería. Incluso sabiendo que ése era el cuerpo de Jodi, me sorprendía que pudiera expresar tanta amabilidad por el alma que llevaba dentro. Había creído que esa compasión no iba con él.

-¿Cómo está la sanadora? -me preguntó Jared.

-Se despertó justo antes de que fuera a buscaros -contesté.

Escuché más de un suspiro de alivio en la oscuridad.

-Está desorientada y muy asustada -les advertí-. No puede recordar su nombre. Doc está trabajando con ella. Va a espantarse mucho más cuando os vea a todos. Intentad estar en silencio y moveos despacio, ¿vale?

-Sí, sí -susurraron las voces en la oscuridad.

-Jeb, ¿crees que podrías esconder el arma? Aún tiene un poco de miedo a los humanos.

-Eh..., vale -respondió Jeb.

-¿Miedo a los humanos? -murmuró Kyle.

-Somos los chicos malos -le recordó Ian, estrechándome la mano.

Le devolví el apretón, contenta por sentir la calidez de su tacto y la presión de sus dedos.

¿Cuándo volvería a sentir una mano cálida alrededor de la mía? ¿Cuándo sería la última vez que avanzaría por ese túnel? ¿Era ésta?

«No. Aún no», susurró Mel.

De repente, me puse a temblar. La mano de Ian se tensó de nuevo, y lo mismo hizo la de Jared.

Caminamos en silencio durante un rato.

-¿Kyle? -dijo la tímida voz de Sol.

-¿Sí?

-No quiero volver con los osos.

-No tienes que hacerlo, puedes ir a cualquier otro sitio.

-Pero... ¿no puedo quedarme aquí?

-No. Lo siento, Sol.

Una pequeña objeción se dejó sentir en su respiración. Me alegré de que estuviera oscuro, porque de esa forma nadie podía ver las lágrimas de mis mejillas. No tenía ninguna mano libre para limpiármelas, así que dejé que cayeran sobre mi camisa.

Al fin llegamos al extremo del túnel. La luz del sol se derramaba desde la entrada del hospital, haciendo brillar las motas de polvo que danzaban en el aire. Oí a Doc murmurar en voz muy baja allí dentro.

-Eso está muy bien -decía-. Sigue pensando en los detalles. Conoces tu vieja dirección, así que tu nombre no puede estar muy lejos, ¿no? ¿Cómo te sientes? ¿No te molesta?

-Con cuidado -susurré.

Kyle se detuvo en el borde del arco con Sol pegada a su costado, y se apartó para que yo entrara primero.

Respiré profundamente y me adentré con lentitud en los dominios de Doc. Anuncié mi presencia en voz baja:

-Hola.

La anfitriona de la sanadora se asustó y reprimió un pequeño chillido.

-Soy yo otra vez -expliqué con ánimo tranquilizador.

-Es Wanda -le recordó Doc.

La mujer estaba incorporada y el médico se había sentado a su lado y tenía la mano en su brazo.

-Ésa es el alma -le susurró a Doc, ansiosa, la mujer.

-Sí, pero es una amiga.

La mujer me miró desconfiada.

-¿Doc? Tienes más visitantes. ¿Todo va bien?

El interpelado miró a la mujer.

-Todos son amigos, ¿de acuerdo? Más humanos que viven aquí conmigo. Nadie quiere hacerte daño. ¿Pueden entrar?

La mujer dudó y asintió con precaución.

-De acuerdo -susurró.

-Éste es Ian -dije, haciendo señas para que entrara-. Y Jared y Jeb. -Uno a uno, se adentraron en la habitación y se colocaron a mi lado-. Y éstos son Kyle y... Sol.

Los ojos de Doc se agrandaron cuando Kyle, con Sol pegada a él, entró en la habitación.

-¿Hay más? -murmuró la mujer.

Doc se aclaró la garganta, intentando recomponerse.

-Sí, hay mucha gente viviendo aquí. Todos..., bueno, la mayoría son humanos -añadió, mirando a Sol.

-Trudy está de camino -le dije a Doc-. Tal vez Trudy pueda... -miré a Sol y a Kyle- encontrar una habitación para que descanse allí.

Doc asintió, aún sorprendido.

-Puede que sea una buena idea.

-¿Quién es Trudy? -murmuró la mujer.

-Es muy simpática, te cuidará.

-¿Es humana o es como ésa? -preguntó señalándome con un gesto de la cabeza.

-Es humana.

Eso pareció tranquilizar a la mujer.

-¡Oh! -jadeó Sol detrás de mí.

Me volví para ver cómo miraba los criotankes que contenían a los sanadores. Estaban cuidadosamente colocados sobre el escritorio de Doc, con las luces rojas superiores encendidas. En el suelo, enfrente del escritorio, los siete criotankes vacíos que quedaban estaban apilados de forma descuidada.

Las lágrimas volvieron a llenar los ojos de Sol, y ella hundió su cara en el pecho de Kyle.

-No quiero irme, quiero quedarme contigo -gimió al gran hombre en el que parecía confiar totalmente.

-Lo sé, Sol. Lo siento.

Ella rompió a llorar en sollozos.

Parpadeé rápidamente, intentando que las lágrimas no regresaran a mis ojos. Crucé el pequeño espacio hasta donde estaba Sol, y le acaricié el mullido pelo negro.

-He de hablar con ella un minuto, Kyle -murmuré.

Él asintió con preocupación en el rostro, y apartó a la chica de su lado.

-No, no -suplicó.

-No pasa nada -le prometí-, él no va a ninguna parte. Sólo quiero hacerte algunas preguntas.

Kyle le dio la vuelta para ponerla frente a mí, y sus brazos me rodearon. La llevé a la esquina más alejada de la habitación, lo más lejos posible de la mujer sin nombre. Deseaba evitar que nuestra conversación confundiera o asustara a la anfitriona de la sanadora más de lo que ya estaba. Kyle nos siguió a unos palmos de distancia. Nos sentamos en el suelo, mirando hacia la pared.

-¡Dios! -murmuró Kyle-. No creí que fuera a ser así. ¡Menudo fastidio!

-¿Cómo la encontraste? ¿Y cómo la cogiste? -pregunté. La chica no reaccionó mientras le hacía preguntas a él, sino que siguió llorando en mi hombro-. ¿Qué pasó? ¿Por qué está así?

-Bueno, pensé que podía estar en Las Vegas... Fui allí antes de dirigirme a Portland. Mira, Jodi estaba muy unida a su madre, y allí es donde vivía Doris. Pensé, viendo lo que sentías por Jared y el niño, que podía haber ido allí, aunque ella ya no fuera Jodi, y tenía razón. Todos estaban en la misma vieja casa, la casa de Doris: Doris, su marido Warren (tenían otros nombres, pero no los oí bien) y Sol. Los estuve observando todo el día, hasta que se hizo de noche. Sol estaba en la antigua habitación de Jodi, sola. Entré cuando todos llevaban horas durmiendo. Cogí a Sol, la cargué sobre los hombros y salté por la ventana. Pensaba que iba a empezar a chillar, así que

se podría decir que fui volando hasta que llegué al jeep. Entonces me preocupé porque no gritaba, ¡estaba tan callada! Me preocupaba que..., ya sabes... como el tipo al que atrapamos aquella vez.

Hice una mueca de dolor, porque tenía un recuerdo más reciente de ese asunto: el sanador, justo la noche anterior.

-Así que la bajé de los hombros y estaba viva. Me miraba con los ojos muy abiertos, pero no gritaba. La llevé al jeep. Había planeado atarla, pero... no parecía alterada en absoluto y al menos no daba la impresión de querer huir, por lo que la senté y empecé a conducir.

«-Eres Kyle -afirmó al cabo de un buen rato de observarme».

«-Sí, -le respondí».

«Luego me reveló su nombre. ¿Cómo era? ».

«-Luz de Sol sobre el hielo -susurró Sol con la voz rota-, pero me gusta Sol. Es bonito».

-En cualquier caso -siguió Kyle, después de aclararse la garganta-, no le importaba hablarme, no estaba tan asustada como había supuesto. Así que hablamos. -Se quedó callado durante un minuto-. Se alegraba de verme.

-Soñaba con él todo el tiempo -me susurró Sol-. Todas las noches. Esperaba que los buscadores le encontraran, lo echaba tanto de menos... Cuando lo vi, pensé que estaba soñando.

Tragué saliva sonoramente.

Kyle se acercó y puso su mano en la mejilla de la chica.

-Es buena chica, Wanda. ¿No podemos enviarla a algún sitio bonito?

-Eso es lo que quería preguntarle. ¿Dónde has vivido, Sol?

Era vagamente consciente de las atenuadas voces de los demás, alegrándose por la llegada de Trudy. Les dábamos la espalda. Quería ver qué pasaba, pero me alegraba no tener esa distracción. Intenté concentrarme en el alma que estaba llorando.

-Aquí y con los osos. Estuve allí cinco vidas, pero esto me gusta más. ¡Ni siquiera he vivido una cuarta parte del ciclo vital terrestre!

-Lo sé. Créeme, lo entiendo, pero ¿hay algún sitio al que hayas querido ir alguna vez? ¿Qué tal el Planeta de las Flores? Es bonito; yo estuve allí.

-No quiero ser una planta -replicó, apoyada en mi hombro.

-El de las Arañas... -comencé, pero dejé que mi voz se apagara. El Planeta de las Arañas no era un sitio apropiado para Sol.

-Estoy cansada del frío. Y me gustan los colores.

-Lo sé -suspiré-. No he sido un delfín, pero he oído que allí se está de fábula. Hay colores, movilidad, familia...

-Pero están muy lejos. Para cuando yo haya llegado allí, Kyle habrá..., él se...

Hipó y empezó a llorar otra vez.

-¿No hay otras opciones? -preguntó Kyle, ansioso-. ¿No hay más lugares por ahí fuera?

Podía oír a Trudy hablando con la anfitriona de la sanadora, pero

no identificaba las palabras con claridad. Dejé que los humanos se ocuparan de sí mismos, de momento.

-No hay otros sitios a los que vayan las naves que hay aquí -le contesté, negando con la cabeza-. Existen muchos mundos, pero sólo unos pocos, los más nuevos, están abiertos a la colonización. Lo siento, Sol, pero debo enviarte lejos. Los buscadores quieren encontrar a mis amigos y si pudieran te traerían de vuelta para que les mostraras el camino.

-¡Si ni siquiera sé el camino! -sollozó. Tenía el hombro empapado en sus lágrimas-. Me tapó los ojos.

Kyle me miró como si yo pudiera realizar algún tipo de milagro para lograr que todo saliera bien. Como la medicina que había traído, algún tipo de magia. Pero sabía que ya no me quedaban ni magia ni finales felices, al menos en lo que nos concernía a las almas.

Le devolví una mirada desesperanzada a Kyle.

-Sólo tenemos los osos, las flores y los delfines -le expliqué-. No voy a mandarla al Planeta de Fuego.

La pequeña mujer se estremeció al oír ese nombre.

-No te preocupes, Sol. Te gustarán los delfines, son estupendos. Verás qué bien vas a estar allí.

Sollozó con más fuerza.

Suspiré y continué:

-Sol, tengo que preguntarte por Jodi.

Kyle se envaró a mi lado.

-¿Qué pasa con ella? -murmuró Sol.

-¿Está... ahí contigo? ¿Puedes oírla?

Sol sorbió las lágrimas y me miró.

-No entiendo a qué te refieres.

-¿Te ha hablado alguna vez? ¿Eres consciente de sus pensamientos?

-¿Los de... mi cuerpo? ¿Sus pensamientos? No tiene ninguno. Yo estoy aquí ahora.

Asentí lentamente.

-¿Eso es malo? -me preguntó Kyle con un hilo de voz.

-No lo sé con seguridad, pero tal vez no sea bueno.

Los ojos de Kyle se entrecerraron.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí, Sol?

Frunció el ceño, pensando.

-¿Cuánto tiempo ha sido, Kyle? ¿Cinco años? ¿Seis? Desapareciste antes de que llegara a casa...

-Seis -replicó él.

-¿Cuántos años tienes? -le pregunté.

-Veintisiete.

Eso me sorprendió. Era tan poca cosa, parecía tan joven... No podía creer que tuviera seis años más que Melanie.

-¿Qué importancia tiene eso? -inquirió Kyle.

-No estoy segura. Parece que cuanto más tiempo ha pasado



alguien siendo humano antes de convertirse en un alma más oportunidades tiene de recuperarse. Cuanto mayor sea el porcentaje de años vividos como humano, los recuerdos, las conexiones, más años respondiendo al mismo nombre..., no lo sé.

-¿Veintiún años son suficientes? -preguntó, con desesperación en la voz.

-Tendremos que descubrirlo.

-¡No es justo! -gritó Sol de repente--. ¿Por qué te quedas tú? ¿Por qué no puedo quedarme si tú puedes?

Tragué saliva con dificultad.

-No, no sería justo, ¿verdad? Pero no me voy a quedar, Sol. Yo también he de irme, muy pronto. Quizá nos vayamos juntas. -Tal vez estuviera más contenta si creyera que me iba a los delfines con ella. Para cuando supiera la verdad, Sol tendría otro anfitrión con otras emociones y ninguna atadura al humano que estaba a mi lado. Quizá. De todas formas, sería demasiado tarde-. He de irme, Sol, como tú. Yo también debo devolver mi cuerpo.

Y entonces, justo detrás de nosotros, contundente y dura, la voz de Ian rompió la calma como el chasquido de un látigo:

-¿Qué?

## Capítulo 56

### Unión

Ian nos miró a los tres con tanta furia que Sol tembló de miedo. Era algo raro, como si Kyle e Ian hubieran intercambiado los rostros, pero su cara aún era perfecta. Bella, aunque estuviera llena de ira.

-¿Ian? -preguntó Kyle, desconcertado-. ¿Cuál es el problema?

El interpelado habló con los dientes apretados.

-Wanda -gruñó, y me tendió la mano para ayudarme a incorporarme. Parecía que le costaba trabajo mantener la mano abierta y no cerrarla en un puño.

« ¡Oh, oh!», pensó Mel.

Me llené de pena. No quería decirle adiós a Ian y ahora sabía que tenía que hacerlo. Claro que tenía que hacerlo. Estaría mal huir en mitad de la noche como un ladrón y dejar todas mis despedidas en manos de Melanie.

Ian, cansado de esperar, me cogió del brazo y me levantó del suelo. Como Sol seguía enganchada a mi brazo, Ian sacudió mi cuerpo hasta que ella se soltó.

-¿De qué vas? -protestó Kyle.

Ian levantó la pierna y golpeó la cara de Kyle con el pie.

-¡Ian! -protesté.

Sol se arrojó sobre Kyle, quien tenía la mano en la nariz e intentaba ponerse de pie. Sol intentó protegerlo con su pequeño cuerpo. Esto hizo que Kyle perdiera el equilibrio y volvió a caer, gruñendo.

-Vamos -rugió Ian, alejándome de ellos a rastras, sin mirar atrás.

-Ian...

Siguió tirando de mí con fuerza, impidiéndome hablar. De todas maneras, eso era mejor, porque no sabía qué decir.

Vi las caras atónitas de todos y me preocupaba que pudiera asustar a la mujer sin nombre. No estaba acostumbrada a la furia y a la

violencia.

Entonces, nos detuvimos de pronto. Jared bloqueaba la salida.

-¿Has perdido la cabeza, Ian? -preguntó, desconcertado e indignado-. ¿Qué vas a hacer con ella?

-¿Sabías algo de todo esto? -le gritó Ian, empujándome hacia Jared y sacudiéndome ante él. Detrás de nosotros se oyó un quejido. Los estaba asustando.

-¡Vas a hacerle daño!

-¿Sabías lo que planeaba? -bramó Ian.

Jared le miró con el rostro impassible y no respondió. Eso fue suficiente para Ian, cuyo primer golpe fue tan rápido que ni lo vi. Sólo percibí el movimiento de su cuerpo y vi a Jared retroceder hacia el oscuro pasillo.

-Ian, para -supliqué.

-Detente tú -rugió, volviéndose hacia mí.

Tiró de mí por el arco hacia el túnel y me empujó hacia el norte. Tenía que correr para seguir sus largas zancadas.

-¡Ian O'Shea! -gritó Jared a nuestra espalda.

-¿Soy yo quien va a hacerle daño? -rugió Ian sobre su hombro, sin detenerse-. ¿Soy yo? ¡Pedazo de cerdo hipócrita!

No había nada más que silencio y oscuridad tras nosotros. Tropecé en la oscuridad, intentando seguirle.

Fue entonces cuando sentí temblar a Ian. Su mano estaba tensa en la parte superior de mi brazo como si fuera un torniquete, con sus largos dedos formando un círculo muy férreo. Se me estaba durmiendo el brazo.

Tironeó de mí para que no me detuviera, y la respiración se me quebró con un gemido, casi un grito de dolor.

El sonido hizo que Ian se detuviera. Su respiración sonaba fatigada en la oscuridad.

-Ian, Ian, yo... -me ahogué, incapaz de terminar la frase. No sabía qué decir, al ver su cara furiosa.

Sus brazos me cogieron bruscamente, alzándome del suelo y sujetándome los hombros para que no me pudiera caer. Después empezó a correr otra vez, llevándome en brazos. Sus manos no eran rudas como antes, sino que en vez de eso me acunaban contra su pecho.

Atravesó corriendo la gran plaza, ignorando las sorprendidas y desconfiadas caras. Sucedió demasiadas cosas extrañas e incómodas en las cuevas. Los humanos -Violetta, Geoffrey, Andy, Paige, Aaron, Brandt y algunos más que no pude ver bien cuando pasamos- recelaban. Les alteró ver cómo Ian corría con rapidez pasando entre ellos y conmigo en brazos, con la cara deformada por la rabia.

Entonces los dejamos a nuestra espalda. Él no se detuvo hasta que no llegamos a las puertas que se apoyaban contra la entrada de la habitación que compartía con Kyle. Apartó la de color rojo de una patada -golpeó el suelo con un ruido que creó eco- y me depositó en el colchón que había en el suelo.

Ian se quedó de pie, con el pecho agitado por el esfuerzo y la furia.

Se volvió inmediatamente para colocar la puerta en su sitio en un rápido movimiento. Me miró con cara de pocos amigos.

Inspiré muy hondo para tomar aire y me arrodillé, con las manos extendidas, las palmas hacia arriba, deseando que algún tipo de recurso mágico apareciera en ellas: algo que pudiera darle, algo que pudiera decir; pero mis manos estaban vacías.

**-Tú. No. Me. Vas. A. Dejar.** -Sus ojos ardían, más brillantes de lo que nunca había visto, como llamas azules.

-Ilan -susurré-, tienes que entenderlo... No me puedo quedar. Tienes que entenderlo.

-¡No! -gritó.

Salté hacia atrás y, bruscamente, él se echó hacia delante, de rodillas, hacia mí. Enterró la cabeza en mi estómago y me rodeó la cintura con los brazos. Temblaba violentamente, con grandes sacudidas, mientras unos sollozos desesperados rasgaban su pecho.

-No, Ilan, no -le supliqué. Eso era mucho peor que su ira-. Por favor, no. Por favor.

-¡Wanda! -gimió.

-Ilan, por favor, no te pongas así. Lo siento tanto... Por favor.

Yo también lloraba y temblaba, aunque podía ser que él me estuviera moviendo a mí.

-No puedes irte.

-Debo hacerlo -sollocé.

Lloramos sin decir una palabra durante mucho tiempo. Sus lágrimas se secaron antes que las mías. Se incorporó y me abrazó. Esperó a que yo pudiera hablar.

-Lo siento -susurró-. He sido un imbécil.

-No, no, lo siento yo. Tendría que habértelo dicho al ver que no lo adivinabas, pero... no pude. No quería decírtelo para no hacerte..., para no hacerme daño. He sido una egoísta...

-Debemos hablar de esto, Wanda. No es definitivo, no puede serlo.

-Lo es.

Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

-¿Cuánto..., cuánto hace que planeas esto?

-Desde lo de la buscadora -susurré.

Asintió, como si esperara esa respuesta.

-Y pensaste que tenías que revelar tu secreto para salvarla. Eso puedo entenderlo, pero no implica que debas irte a ningún sitio. Sólo porque Doc lo sepa ahora..., eso no significa nada. Si se me hubiera pasado por la cabeza que contárselo a Doc iba a tener como consecuencia esto, no me habría quedado tan tranquilo dejando que le enseñaras. ¡Nadie va a obligarte a que te tumbes en esa maldita camilla! ¡Le romperé las manos si intenta tocarte!

-Ilan, por favor.

-¡No pueden hacerte eso, Wanda! ¿Me oyes? -gritó de nuevo.

-Nadie me está obligando. No le he enseñado a Doc cómo hacer la

separación para que pudiera salvar a la buscadora -susurró-. Que la buscadora estuviera ahí sólo hizo que me decidiera... antes. Lo he hecho para salvar a Mel, Ian.

Resopló por la nariz y no dijo nada.

-Está atrapada aquí, Ian. Es como una prisión..., peor que eso. Ni siquiera puedo describirlo. Es como un fantasma, y puedo liberarla. Puedo hacer que vuelva.

-Tú también te mereces una vida, Wanda. Mereces quedarte.

-Pero yo la quiero, Ian.

Cerró los ojos y sus labios pálidos se volvieron completamente blancos.

-Pero yo te quiero -susurró-. ¿Eso no importa?

-Claro que importa. Y mucho, ¿no lo ves? Eso sólo lo hace... más necesario.

Sus ojos se abrieron como platos.

-¿Es tan insoportable que te quiera tanto? ¿Es eso? Puedo mantener la boca cerrada, Wanda. No volveré a decir nada más. Puedes quedarte con Jared, si eso es lo que quieres. Quédate con él.

-¡No, Ian! -Cogí su cara entre mis manos. Sentí su piel dura, tensa sobre los huesos-. ¡No! Yo..., yo también te quiero. Yo, el pequeño gusano plateado de la parte trasera de su cabeza, pero mi cuerpo no te quiere, no puede amarte. Nunca podría amarte en este cuerpo, Ian. Me parte en dos. Es insoportable.

Quizá habría podido soportarlo, pero ¿verle sufrir por las limitaciones de mi cuerpo? Eso no.

Volvió a cerrar los ojos. Sus espesas pestañas negras estaban empapadas en lágrimas. Vi cómo brillaban.

«Oh, adelante -suspiró Mel-, haz lo que tengas que hacer. Yo... me iré a la otra habitación», añadió secamente.

« Gracias».

Le aferré el rostro con más fuerza entre las manos y me alcé dentro de sus brazos hasta que nuestros labios se tocaron.

Él me rodeó con sus brazos, estrechándome con más fuerza contra su pecho. Nuestros labios se movieron a la vez, fusionándose como si nunca fueran a separarse, como si eso no fuera algo inevitable, y saboreé la sal de nuestras lágrimas. Las suyas y las mías.

Pero algo empezó a cambiar.

Cuando el cuerpo de Melanie tocaba el cuerpo de Jared, sentía un fuego abrasador, como una llama violenta que recorriera la superficie del desierto y consumiera todo a su paso.

Con Ian era diferente, mucho, porque Melanie no le amaba como yo. Cuando me tocó, fue más profundo y sosegado que el fuego abrasador, como la roca derretida deslizándose debajo de la tierra. Demasiado profundo como para sentir su calor, pero moviéndose inexorablemente, cambiando hasta los mismos cimientos del mundo a su paso.

Mi poco dispuesto cuerpo no era más que niebla entre nosotros.

Una gruesa cortina, pero lo suficientemente translúcida como para poder ver a través de ella. Podía ver qué estaba pasando.

Había cambiado yo, no ella. Era casi un proceso metalúrgico en el corazón de lo que yo era, algo que ya había empezado, que casi estaba forjado, algo que ese largo beso inacabado finalizó, afilándolo y cauterizándolo. Y luego empujó su creación, siseando, al agua fría que lo endureció. Irrompible.

Empecé a llorar otra vez, dándome cuenta de que esto también le cambiaría a él, a ese hombre lo suficientemente amable como para ser un alma, pero tan fuerte como sólo podría serlo un ser humano.

Movió los labios hacia mis ojos, pero era demasiado tarde. Ya estaba hecho.

-No llores, Wanda, no llores. Te quedas conmigo.

-Ocho vidas completas -susurré contra su mandíbula con la voz rota-. Ocho vidas y nunca encontré a nadie por quien quedarme en un planeta, nadie a quien seguir cuando ellos se hubiesen ido. Nunca encontré un compañero. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tú? Tú no eres de mi especie, ¿cómo vas a ser mi compañero?

-El universo es extraño -murmuró.

-No es justo -me quejé, repitiendo las palabras de Sol.

No, no lo era. ¿Cómo podía encontrar el amor precisamente ahora, en el último momento, para luego tener que abandonarlo? ¿Era justo que no pudiese conciliar mi cuerpo y mi alma? ¿Era justo que también amara a Melanie?

¿Era justo que Ian sufriera? Si había alguien que merecía la felicidad, ése era él. No era justo ni correcto, ni siquiera... sensato. ¿Cómo podía hacerle esto?

-Te quiero -susurré.

-No lo digas como si te estuvieras despidiendo.

Pero debía hacerlo.

-Yo, el alma llamada Wanderer, te quiero, humano Ian. Y eso no cambiará nunca, no importa en qué me convierta. -Busqué cuidadosamente las palabras para evitar que mi voz dijera ninguna mentira-: No importa que sea un delfín o un oso o una flor: siempre te amaré, siempre te recordaré. Serás mi único compañero.

Sus brazos se tensaron y me estrecharon, y volví a sentir la rabia en ellos. Me costaba respirar.

-No te vas a ninguna parte. Te quedas aquí.

-Ian...

Pero su voz era brusca ahora, enfadada, aunque también educada.

-No es sólo por mí. Eres parte de la comunidad y nadie se va a despedir de ti sin oponerse. Eres demasiado importante para todos nosotros, incluso para los que nunca lo admitirían. Te necesitamos.

-Nadie me está echando, Ian.

-No. Ni siquiera tú, Wanda.

Me besó otra vez, con más rudeza debido al regreso de la rabia.

Cerró su mano en un puño entre mi pelo y apartó mi cara a unos centímetros de la suya.

-¿Te ha gustado, sí o no? -me preguntó, exigente.

-Mucho.

-Eso es lo que pensaba. -Su voz sonó como un gruñido.

Me volvió a besar y aquella fusión implacable continuó. Sus brazos me apretaban tanto las costillas y su boca era tan fiera contra la mía que al poco tiempo estaba mareada y jadeando a la búsqueda de aire. Aflojó algo los brazos y deslizó los labios hasta mi oído.

-Vamos.

-¿Adónde? ¿Adónde vamos?

Yo no me iba a ningún sitio, lo sabía, y aun así me dio un vuelco el corazón cuando pensé en escapar a alguna parte, a cualquiera, con Ian. Mi Ian. Era mío, de la misma forma en que Jared nunca lo sería. Del mismo modo que este cuerpo no podría ser suyo.

-No me causes problemas, Wanderer, casi he perdido la cabeza.

Me tomó con fuerza, casi con brusquedad, entre las manos, como si deseara probar su afirmación, y nos levantó a las dos del suelo.

-¿Adónde? -insistí.

-Baja por el túnel sur, pasado el campo, hasta el final.

-¿A la sala de juegos?

-Sí. Espera allí hasta que reúna a los demás.

-¿Por qué? -Me parecía una locura. ¿Quería jugar para relajar la tensión?

-Porque vamos a discutir esto. Voy a convocar un tribunal, Wanderer, y vas a acatar nuestra decisión.

## Capítulo 57

### Preparada

Esta vez era un tribunal pequeño, no como el del juicio por intento de asesinato contra Kyle. Ian sólo convocó a Jeb, Doc y Jared. Sabía, sin necesidad de hablarlo, que Jamie no debía estar cerca de estos procedimientos.

Melanie debería despedirse en mi lugar. No podía enfrentarme a eso, no con Jamie presente. No me importaba que fuera una cobardía por mi parte. No lo haría.

Tan sólo una lámpara azul, un tenue círculo de luz sobre la piedra del suelo. Nos sentamos en el borde del círculo. Estaba sola frente a los cuatro hombres. Jeb había traído su arma, como si fuera una maza y eso diera solemnidad al acto.

El olor a sulfuro me recordó los dolorosos días de mi luto. Había recuerdos de los que no me importaría desprenderme cuando me hubiese ido.

-¿Cómo está? -le pregunté impaciente a Doc cuando se sentaron, antes de que pudieran empezar.

El tribunal era una pérdida de mi pequeña reserva de tiempo. Me preocupaban cosas más importantes.

-¿Cuál? -preguntó a su vez con voz cansada.

Lo observé durante unos segundos, y entonces comprendí.

-¿Sol se ha ido? ¿Ya?

-Kyle pensó que era cruel hacerla sufrir más, y ella no estaba... contenta.

-Ojalá pudiera haberle dicho adiós -murmuré para mí misma- y haberle deseado buena suerte. ¿Cómo está Jodi?

-Aún no ha reaccionado.

-¿Y el cuerpo de la sanadora?

-Se lo ha llevado Trudy. Creo que han ido a por algo de comer.



Intentan encontrar un nombre temporal que le guste para que podamos llamarla de alguna forma mejor que «el cuerpo» -repuso con una sonrisa irónica.

-Estará bien. Estoy segura -afirmé, intentando creerme mis palabras-. Y Jodi. Todo se solucionará.

Nadie desmintió mis mentiras. Sabían que me lo decía a mi misma.

Doc suspiró.

-No quiero estar mucho tiempo lejos de Jodi... Puede ser que necesite algo...

-Vale -acepté-. Acabemos con esto.

Cuanto más rápido, mejor. Porque no importaba qué se dijera, Doc había aceptado mis condiciones. Además, aún había una estúpida parte de mí que esperaba..., que esperaba que hubiera una solución que lo hiciera todo perfecto y me permitiera estar con Ian y a Mel con Jared de alguna manera en la que nadie sufriese. Tenía que olvidarme de esa esperanza imposible cuanto antes.

-Vale -dijo Jeb-. Wanda, ¿qué argumentas?

-Voy a devolveros a Melanie -respondí; firme y breve. No había motivos para discutir.

-¿Y tú, Ian?

-Necesitamos a Wanda aquí.

Firme y breve. Me estaba copiando.

Jeb asintió con la cabeza.

-El asunto es delicado. Wanda, ¿por qué tendría que darte la razón?

-Si se tratara de ti, querrías tener tu cuerpo. No puedes negarle eso a Melanie.

-¿Ian? -preguntó Jeb.

-Hemos de mirar por el bien de todos, Jeb. Wanda nos ha traído más salud y seguridad de lo que nunca hemos tenido. Es vital para la supervivencia de nuestra comunidad..., y la de toda la especie humana. Una sola persona no debe ser un impedimento suficiente.

«Tiene razón».

«Nadie te ha preguntado».

Jared habló:

-Wanda, ¿qué dice Mel?

«¡Ja!», saltó Mel.

Miré a Jared a los ojos y ocurrió algo de lo más extraño: toda la mezcla, la fusión y la unión que había sentido fueron apartadas hacia la parte más pequeña de mi cuerpo, la pequeña esquina que yo ocupaba físicamente. El resto anheló a Jared con la misma hambre desesperada y enloquecida que había sentido la primera vez que lo vi. Este cuerpo no nos pertenecía a mí ni a Melanie..., le pertenecía a él.

No había suficiente espacio para las dos aquí.

-Melanie quiere recuperar su cuerpo. Recuperar su vida.

«Mentirosa. Diles la verdad».

«No».

-Mentirosa -me acusó lan-. Puedo ver cómo discutes con ella. Apuesto a que está de acuerdo conmigo. Es una buena persona, sabe cuánto te necesitamos.

-Mel tiene mis conocimientos, podrá ayudaros, y también la anfitriona de la sanadora. Sabe más de lo que yo nunca he sabido; estaréis bien. Ya estabais bien antes de que yo llegara. Sobreviviréis, igual que antes.

Jeb resopló y frunció el ceño.

-No sé, Wanda: lan tiene razón.

Miré al anciano con cara de pocos amigos y vi que Jared hacía lo mismo. Me aparté de ese enfrentamiento y lancé a Doc una mirada desolada.

El médico me devolvió la mirada y su rostro se estremeció con una súbita mueca de dolor. Entendía lo que le estaba recordando. Lo había prometido, y el tribunal no tenía competencia sobre eso.

lan observaba a Jared... sin ver nuestro silencioso intercambio de miradas.

-Jeb -protestó Jared-, aquí sólo hay una opción. Lo sabes.

-¿De verdad, chaval? A mí me parece que hay un montón de ellas.

-¡Es el cuerpo de Melanie!

-Y el de Wanda también.

Jared encajó la respuesta y volvió a empezar:

-No puedes dejar a Mel atrapada ahí dentro. Es un asesinato, Jeb.

lan introdujo la cara, súbitamente furiosa, en el círculo iluminado.

-¿Y qué es lo que tú le vas a hacer a Wanda, Jared? ¿Y al resto de nosotros, si te la llevas?

-¡A ti no te importamos el resto de nosotros! Sólo quieres quedarte con Wanda a expensas de Melanie, no te importa nada más.

-¡Y tú quieres quedarte con Melanie a expensas de Wanda, no te importa nada más! Así que, como estamos a la par, predomina lo que es mejor para todos.

-¡No! ¡Predomina lo que quiera Melanie! ¡Es su cuerpo! Estaban los dos en cuclillas, medio sentados medio de pie, con los puños cerrados y sus caras deformadas por la rabia.

-¡Tranquilizaos, chicos! Tranquilizaos ahora mismo -ordenó Jeb-. Esto es un tribunal y vamos a calmarnos, no perdamos la cabeza. Debemos pensar bien cada postura.

-Jeb... -empezó Jared.

-Cállate. -El anciano se mordió el labio durante un minuto-. Vale, así es como lo veo yo: Wanda tiene razón...

lan se tambaleó en su intento de ponerse de pie.

-¡Espera! Vuelve a sentarte y déjame terminar.

Jeb esperó a que lan, con las venas latiendo visiblemente en su cuello tenso, volviera a sentarse con ademanes rígidos.

-Wanda tiene razón -repitió Jeb-: Mel necesita su cuerpo de nuevo, *pero...* -añadió cuando lan se tensó otra vez-, pero no estoy de acuerdo con el resto, Wanda. Creo que te necesitamos mucho. Hay buscadores tras nosotros

y tú puedes hablar con ellos. Nosotros no. Tú salvas vidas. Tengo que pensar en el bienestar de mi familia.

Jared habló apretando los dientes.

-Pues conseguiremos otro cuerpo. Es obvio.

El rostro contorsionado de Doc se relajó. Las cejas blancas de Jeb se elevaron hasta el nacimiento del pelo. Los ojos de Ian se dilataron, frunció los labios y me miró, considerando...

-¡No! ¡No! -Negué con la cabeza frenéticamente.

-¿Por qué no, Wanda? -preguntó Jeb-. No me parece una mala idea.

Tragué saliva y cogí aire para que mi voz no sonara histérica:

-Jeb. Escúchame atentamente, Jeb. Estoy *cansada* de ser un parásito, ¿entiendes? ¿Crees que quiero entrar en otro cuerpo y que todo esto empiece otra vez? ¿Es que tengo que volver a sentirme culpable por haberle quitado su vida a otra persona? ¿Que alguien más vuelva a odiarme? Apenas soy ya un alma, porque os quiero demasiado, a pesar de que sois humanos brutales. Estar aquí no me hace bien y *odio* sentirme así.

Volví a tomar aire y hablé a través de las lágrimas que habían empezado a derramarse:

-¿Y si las cosas cambian? ¿Y si me ponéis en otro cuerpo, robo otra vida y las cosas van mal? ¿Y si ese cuerpo me empuja hacia otro amor, hacia las almas? ¿Y si ya no podéis confiar en mí? ¿Y si os traiciono la próxima vez? ¡No quiero haceros daño!

La primera parte no era más que la verdad, pero mentía con todas mis ganas en la segunda. Esperaba que no se dieran cuenta. Ayudaba el hecho de que mis palabras apenas fuesen coherentes, y que mis lágrimas se hubieran transformado en sollozos. Nunca les haría daño. Lo que me había pasado era permanente, una parte de los átomos que conformaban mi pequeño cuerpo. Pero, quizá, si les daba una razón para temerme aceptarían mejor lo que tenía que pasar.

Y, por una vez, mis mentiras funcionaron. Capté la mirada de preocupación que intercambiaron Jeb y Jared. No habían pensado en eso, en que me convirtiera en alguien de quien desconfiar, en un peligro. Ian se había puesto en movimiento para abrazarme. Secó mis lágrimas contra su pecho.

-Está bien, cariño. No tienes que ser nadie más, nada va a cambiar.

-Espera, Wanda -dijo Jeb, con una afilada mirada en el rostro-. ¿Cómo te va a ayudar a ir a otro planeta? Allí también serías un parásito.

Ian se estremeció al oír esa palabra tan dura.

Yo también me estremecí, porque Jeb era demasiado intuitivo, como siempre.

Todos esperaban mi respuesta, todos menos Doc, que ya conocía cuál era la verdadera. La que no les daría.

Intenté decir sólo parte de la verdad:

-En otros planetas es diferente, Jeb, no hay resistencia en ellos... y los propios anfitriones son diferentes. No están tan individualizados como los

humanos, sus emociones son más apacibles. No parece que robes una vida, no como aquí. Nadie me odiará, y estaré demasiado lejos como para haceros daño. Estaréis más seguros...

La última parte sonaba demasiado falsa, como la mentira que era, así que dejé que mi voz se apagara.

Jeb me observaba con los ojos entrecerrados, y yo miré hacia otro lado.

Intenté no fijar la vista en Doc, pero no pude evitar lanzarle una mirada fugaz para asegurarme de que me había entendido. Sus ojos, desolados, se detuvieron en los míos, y supe que lo había logrado.

Tan pronto como bajé los ojos, vi que Jared miraba a Doc. ¿Nos había visto comunicándonos?

Jeb suspiró.

-Esto... es un lío. -Su cara se convirtió en una mueca mientras reflexionaba sobre el dilema.

-Jeb... -dijeron a la vez Ian y Jared. Ambos se detuvieron y se pusieron mala cara mutuamente.

Era una pérdida de tiempo y sólo me quedaban unas pocas horas. Sólo unas pocas, ahora lo sabía con seguridad.

-Jeb -intervine con suavidad, con la voz apenas audible sobre el murmullo del manantial, y todos se volvieron hacia mí-, no tienes que decidirlo ahora. Doc necesita cuidar de Jodi, y a mí también me gustaría verla. Además, no he comido en todo el día. ¿Por qué no lo consultas con la almohada? Podemos hablar de ello mañana. Disponemos de mucho tiempo para discutirlo.

Era un gran embuste. ¿Se darían cuenta?

-Buena idea, Wanda. Creo que todos necesitamos un respiro. Comamos y reflexionemos.

Tuve mucho cuidado de no mirar a Doc, aunque le estuviese hablando a él.

-Estaré contigo para ayudar a Jodi después de comer, Doc. Te veo luego.

-Vale -repuso el doctor receloso.

¿Por qué no mantenía un tono de conversación relajado? Era humano, y se suponía que lo de mentir debía dárselo bien.

-¿Tienes hambre? -murmuró Ian, y yo asentí. Dejé que me levantara. Me cogió de la mano con firmeza, y supe que no se separaría de mí, pero eso no me preocupó. Era de los que dormían profundamente, como Jamie.

Sentí un par de ojos sobre mí mientras caminábamos por la oscura sala, pero no estaba segura de saber de quién eran.

Tenía sólo unas cuantas cosas más que hacer. Tres, para ser precisos. Tres últimas cosas para terminar.

Primero, comí.

No estaría bien dejar a Mel un cuerpo que no estuviera bien alimentado. Además, la comida era mejor desde que yo había comenzado a

salir de expedición.

Hice que Ian me trajera comida, mientras me escondía donde los brotes a medio crecer de trigo sustituían al maíz. Le dije la verdad para lograr su colaboración: estaba evitando a Jamie. No quería que se sintiera afectado por la decisión que había que tomar, porque sería más duro para él que para Jared o Ian, puesto que ellos ya habían escogido un bando. Jamie nos quería a las dos, sufriría mucho más.

Ian no discutió conmigo. Comimos en silencio, con su brazo ciñéndome la cintura.

Segundo, fui a ver a Sol y a Jodi.

Esperaba ver tres criotankes con la luz encendida sobre el escritorio de Doc, y me sorprendió que sólo estuvieran los dos sanadores colocados en el centro. Doc y Kyle estaban al lado de la camilla donde Jodi yacía inconsciente. Caminé hacia ellos para preguntar dónde estaba Sol, pero, cuando me acerqué, vi que Kyle tenía un criotanke ocupado bajo un brazo.

-Espero que trates eso con cariño -murmuré.

Doc había cogido la muñeca de Jodi y contaba en silencio. Sus labios se convirtieron en una delgada línea cuando oyó mi voz y tuvo que volver a empezar.

-Ah, sí, Doc ya me lo ha dicho -dijo Kyle, sin que sus ojos se apartaran de la cara de Jodi. Una oscura y densa mancha morada se estaba formando bajo sus ojos. ¿Se le había vuelto a romper la nariz?-. Estoy siendo cuidadoso, pero... no quería dejarla ahí sola. Estaba tan triste y era tan... dulce.

-Estoy segura de que lo apreciaría..., si lo supiera.

Asintió, sin dejar de mirar a Jodi.

-¿Hay algo que pueda hacer aquí? ¿Puedo ayudar de alguna manera?

-Háblale, di su nombre, háblale de cosas que le hagan recordar. Háblale de Sol, incluso. Eso sirvió con la anfitriona de la sanadora.

-Mandy -me corrigió Doc-. Dice que ése no es su nombre exactamente, pero que se le acerca.

-Mandy -repetí, aunque no era algo que necesitara recordar-. ¿Dónde está?

-Con Trudy. Hicimos bien en llamarla, Trudy es perfecta. Creo que se la ha llevado a dormir.

-De acuerdo. Mandy estará bien.

-Eso espero. -Doc sonrió, pero eso no afectó mucho a su sombría expresión-. Tengo muchas preguntas para ella.

Miré a la pequeña mujer. No podía creer que fuera mayor que el cuerpo en el que yo estaba. Su cara estaba floja y vacía y me asusté un poco. Estaba tan viva cuando Sol estaba dentro... ¿Y si Me!...?

«Aún estoy aquí».

«Lo sé. Estarás bien».

«Como Lacey...». Se estremeció, y yo también.

«Espero que nunca como Lacey».

Me incliné y toqué el brazo de Jodi con suavidad. Era como Lacey en muchos aspectos: piel aceitunada y pelo negro y fino. Podían haber sido hermanas, a no ser porque la dulce y triste cara de Jodi nunca sería repelente.

Kyle le cogía la mano algo cohibido.

-Así, Kyle -dije. Volví a acariciar su brazo-. ¿Jodi? Jodi, ¿puedes oírme? Kyle te espera, Jodi. Se ha metido en un buen lío para traerte aquí... Todos los que le conocen están deseando darle una paliza. -Sonreí irónicamente a aquel hombre tan grande y sus labios se doblaron en una sonrisa, aunque no alzó su mirada para ver la mía.

-No creo que te sorprenda oírlo -comentó Ian a mi lado-. ¿Cuándo no ha pasado eso, eh, Jodi? Es genial verte de nuevo, cielo, pero me pregunto si tú sentirás lo mismo. Debe de haber sido estupendo estar tanto tiempo lejos de este idiota.

Kyle no se había dado cuenta de que su hermano estaba ahí, pegado a mi mano como un torno, hasta que habló.

-Te acordarás de Ian, claro. Nunca ha conseguido superarme en nada, aunque sigue intentándolo. Eh, Ian -añadió Kyle, sin desviar la mirada-, ¿hay algo que quieras decirme?

-No.

-Espero una disculpa.

-Sigue esperando.

-Jodi, ¿puedes creerte que me ha dado una patada en la cara? Sin razón alguna.

-¿Quién necesita una excusa, eh, Jodi?

Estaba extrañamente a gusto escuchando las bromas entre hermanos. La presencia de Jodi lo hacía todo fácil y gracioso. Divertido. Yo me habría despertado sólo para ver esto. Si hubiese sido ella, ya estaría sonriendo.

-Continúa, Kyle -murmuré-. Así está bien. Volverá.

Deseé conocerla, ver cómo era. Sólo había visto las expresiones de Sol.

¿Cómo sería para los demás conocer a Melanie por vez primera? ¿Les parecería la misma, como si no hubiese diferencia? ¿Se darían cuenta de que yo me había ido o interpretaría Melanie el papel que yo desempeñaba?

Puede que la encontraran completamente diferente. Puede que tuvieran que volver a adaptarse a ella. O que ella encajara como yo no lo había hecho. Me la imaginé, me imaginé, en el centro de una multitud de caras amables. Nos imaginé con Libertad en nuestros brazos, imaginé sonriendo una bienvenida a todos los humanos que nunca habían confiado en mí.

¿Por qué eso me hacía llorar? ¿De verdad era tan infantil?

«No -me aseguró Mel-. Te echarán de menos, ya lo creo que lo harán. Toda la buena gente que hay aquí sentirá tu pérdida».

Parecía haber aceptado mi decisión al fin.

«No la acepto -me aclaró-. Es que no veo la manera de detenerte, y puedo sentir lo cerca que está. Yo también estoy asustada, ¿no te parece divertido? Estoy completamente aterrorizada».

«Ya somos dos».

-¿Wanda? -se dirigió a mí Kyle.

-¿Sí?

-Lo siento.

-Eh..., ¿el qué?

-Haber intentado matarte -contestó con indiferencia-. Supongo que estaba equivocado.

Ian jadeó sorprendido.

-Por favor, Doc, dime que tienes una grabadora a mano.

-No. Lo siento, Ian.

Ian sacudió la cabeza.

-Deberíamos conservar este momento como fuera. Nunca creí que vería el día en que Kyle O'Shea admitiría una equivocación. Vamos, Jodi, eso debería hacer que te despertaras de la sorpresa.

-Jodi, cariño, ¿no quieres defenderme? Dile a Ian que hasta ahora no había estado equivocado nunca. -Rió entre dientes.

Qué bonito. Era bonito saber, antes de irme, que me había ganado la aceptación de Kyle. No esperaba tanto.

No había mucho más al alcance de mi mano. No tenía sentido que me quedara. Jodi volvería; o no, pero eso no me desviaría de mi camino.

Así que procedí a realizar mi tercera y última tarea: mentí.

Me alejé de la camilla, tomé aire y estiré los brazos.

-Estoy cansada, Ian -anuncié.

¿Realmente se trataba de una mentira? No sonaba nada falso. Había sido un día -un último día- muy largo. Me di cuenta de que había pasado la noche en vela. No había dormido desde la última expedición. Tenía que estar agotada.

Ian asintió.

-Seguro que sí. ¿A qué te quedaste con la sanadora..., con Mandy, toda la noche?

-Sí.

Bostecé.

-Buenas noches, Doc -dijo Ian, llevándome hacia la salida-. Buena suerte, Kyle. Volveremos por la mañana.

-Buenas noches, Kyle -murmuré-. Hasta luego, Doc.

Doc me miró, pero Ian le daba la espalda y Kyle miraba a Jodi. Le devolví la mirada con firmeza.

Ian avanzó conmigo por el oscuro túnel en silencio. Me alegraba que no estuviera de humor para hablar, porque no habría podido concentrarme. Se me estaba revolviendo el estómago, haciendo extrañas contorsiones.

Ya estaba hecho, ya había completado mis tareas. Me bastaba

esperar un poco y no dormir. Aunque estaba exhausta, no creía que eso fuera un problema. El corazón parecía un puño golpeándome las costillas desde el interior.

No me andaría con rodeos. Debía suceder esa noche, y Mel lo sabía. Lo que había ocurrido ese mismo día con Ian lo demostraba. Cuanto más me quedara, más lágrimas, discusiones y luchas causaría. Si yo o cualquier otro cometía un desliz, Jamie sabría la verdad. Prefería dejar a Mel para que se lo explicara todo después. Sería mejor así.

«Muchas gracias», pensó Mel. Sus palabras fueron rápidas como un estallido, una mezcla de miedo y sarcasmo.

«Lo siento. ¿Te importa mucho?».

Suspiró.

«¿Cómo va a importarme? Haría cualquier cosa que me pidieras, Wanda».

«Cuídalos por mí».

«Lo habría hecho de todas maneras».

«También a Ian».

«Si me deja. Me parece que no le voy a gustar mucho».

«Incluso aunque no te deje».

«Haré cualquier cosa por él, Wanda. Te lo prometo».

Ian se detuvo en el pasillo, ante las puertas roja y gris de su habitación. Elevó las cejas y yo asentí. Le dejé pensar que aún me escondía de Jamie. Eso también era cierto.

Abrió la puerta roja y fui directamente hacia el colchón de la derecha. Me acurrugué y coloqué mis temblorosas manos delante de mi martilleante corazón, intentando esconderlas entre las rodillas.

Ian se tumbó a mi lado, manteniéndome cerca de su pecho. Esto habría sido estupendo, aunque sabía que acabaría tendido en cualquier dirección una vez que estuviera completamente dormido; lo malo era que así se daba cuenta de que yo estaba temblando.

-Todo va a salir bien, Wanda. Sé que encontraremos el camino.

-Te quiero de verdad, Ian. -Era la única manera en que podía decirle adiós. La única que aceptaría. Sabía que lo recordaría y que acabaría entendiéndolo más tarde-. Te quiero con toda mi alma.

-Yo también te quiero de verdad, Wanderer mía. Buscó mi cara con la suya hasta que encontró mis labios, y me besó, lenta y tiernamente, mientras el caudal de roca derretida crecía lánguidamente en la oscuridad del centro de la Tierra, hasta que dejé de temblar.

-Duerme, Wanda, déjalo para mañana. Esta noche no cambiará nada.

Asentí, frotando mi cara contra la suya, y suspiré.

Ian también estaba cansado, así que no tuve que esperar mucho. Miré al techo y vi a las estrellas moverse entre las grietas. Podía ver tres donde antes había dos. Las vi guiñar y temblar a través de la negrura del espacio. No me llamaron. No tenía ningún deseo de unirme a ellas.

Primero uno y después el otro, los brazos de Ian se separaron de



mí. Se tumbó sobre la espalda, murmurando en sueños. No me atreví a esperar más. Deseaba demasiado quedarme, dormir con él y robar otro día.

Me moví con cuidado, pero no había riesgo de que despertara. Su respiración era profunda y regular. No abriría los ojos hasta la mañana siguiente.

Le acaricié la frente suavemente con los labios, me levanté y salí por la puerta.

Era temprano y las cuevas no estaban vacías. Podía oír ecos de voces, extraños ecos que podían venir de cualquier parte. No vi a nadie hasta que estuve en la gran cueva. Geoffrey, Heath y Lily iban de camino a la cocina. Mantuve la mirada baja, aunque me alegraba ver a Lily. En el leve vistazo que me permití echar, logré ver que estaba erguida y se mantenía en pie. Lily era fuerte. Como Mel. Ella también iba a conseguirlo.

Me di prisa en llegar al túnel sur y me sentí aliviada cuando estuve a salvo en la negrura. Aliviada y horrorizada. Ahora sí que se había acabado.

«Estoy muy asustada», me quejé.

Antes de que Mel pudiera responder, una pesada mano me cogió del hombro en la oscuridad.

-¿Vas a algún sitio?

# Capítulo 58

## Final

Estaba tan tensa que se me escapó un chillido de terror, pero estaba tan asustada que mi grito no fue más que un chirrido sin aire.

-¡Lo siento! -El brazo de Jared me rodeó los hombros, tranquilizándome-. Lo siento, no quería asustarte.

-¿Qué haces aquí? -le pregunté, aún sin aliento.

-Seguirte. No te he quitado el ojo de encima en toda la noche.

-Bien, pues déjalo.

Hubo una vacilación en la oscuridad y su brazo no se movió. Me retorcí intentando sacudirme su abrazo, pero me cogió de la muñeca. Su apretón era fuerte, no podría soltarme fácilmente.

-¿Vas a ver a Doc? -inquirió. Su pregunta no dejaba lugar a dudas, era obvio que no hablaba de una visita social.

-Claro que sí-siseé, para que no pudiera percibir el pánico en mi voz-. ¿Qué otra cosa puedo hacer después de lo de hoy? Mañana no va a cambiar nada a mejor. Y no es una decisión que deba tomar Jeb.

-Lo sé. Estoy de tu parte.

Me enfadó que sus palabras pudieran herirme, que hicieran brotar lágrimas de mis ojos. Intenté aferrarme a la imagen de Ian. Él era mi ancla, como Kyle de alguna manera lo había sido para Sol, pero era difícil hacerlo cuando me tocaba Jared, con su olor pegado a mi nariz. Como intentar distinguir el sonido de un violín cuando la sección de percusión está tocando.

-Entonces, déjame ir, Jared. Vete. Deseo estar sola. -Las palabras me salieron rápidas, con dureza. Era fácil darse cuenta de que no eran mentiras.

-Debería ir contigo...

-Pronto tendrás a Melanie de vuelta -repliqué con brusquedad-. Sólo te pido unos minutos, Jared. Dame eso, al menos.

Se hizo otra pausa, pero no aflojó la presa en torno a mi mano.

-Wanda, venía a estar contigo.

Las lágrimas empezaron a derramarse por mis ojos, por lo que daba gracias a la oscuridad.

-La verdad es que no me apetece -susurré-, así que no merece la pena.

Por supuesto que no quería que se le permitiera a Jared estar allí, ya que sólo confiaba en Doc, porque únicamente tenía su promesa. Y yo no iba a abandonar este planeta. No iba a vivir como un delfín o una flor, lamentando siempre el amor que había dejado atrás, sabiendo que todos estarían muertos cuando yo volviera a abrir los ojos, si es que entonces tenía ojos. Éste era mi planeta, y no me iban a obligar a marcharme. Me quedaría en aquella sucia y oscura gruta con mis amigos. Una tumba humana para la humana en la que me había convertido.

-Pero Wanda, yo... Hay tanto que necesito decirte...

-No quiero tu gratitud, Jared. Créeme.

-¿Qué es lo que quieres entonces? -susurró, con la voz rota y ahogada-. Te daría cualquier cosa.

-Cuida de mi familia. No dejes que los otros los maten.

-Claro que cuidaré de ellos -dijo desdeñando mi petición con brusquedad-. Me refería a ti. ¿Qué puedo darte?

-No puedo llevar nada conmigo, Jared.

-¿Ni siquiera un recuerdo, Wanda? ¿Qué es lo que quieres?

Me limpié las lágrimas con la mano libre, pero otras tomaron su lugar enseguida, de modo que no sirvió de nada. No, no me llevaría siquiera un recuerdo.

-¿Qué puedo darte, Wanda? -insistió.

Respiré profundamente e intenté que mi voz sonara firme:

-Miénteme, Jared. Dime que quieres que me quede.

No hubo duda esta vez. Sus brazos me rodearon en la oscuridad y me estrechó contra su pecho. Presionó los labios contra mi frente y sentí su aliento mover mi pelo al hablar.

Melanie aguantaba el aliento dentro de mi cabeza. Intentaba enterrarse otra vez, dejarme libre en esos últimos minutos. Puede que tuviera miedo de escuchar esas mentiras. Cuando me hubiese ido, ella no querría esos recuerdos.

-Quédate aquí, Wanda. Con nosotros. *Conmigo*. No quiero que te vayas. Por favor. No puedo imaginar que vayas a irte, no puedo *verlo*. No sé cómo..., cómo... -Su voz se quebró.

Era un mentiroso consumado, y tenía que estar muy seguro de mí para decir esas cosas.

Descansé apoyándome en él durante un segundo, pero sentía cómo se me iba acabando el tiempo. No había tiempo. No había tiempo.

-Gracias -susurré, e intenté desasirme.

Sus brazos se tensaron.

-No he acabado.

Nuestros rostros sólo estaban a unos centímetros. Acortó la

distancia y entonces, al borde de mi último aliento en este planeta, no pude evitar responder. Como cuando se juntan la gasolina y una llama, ambos explotamos de nuevo.

Pero ya no era lo mismo, me di cuenta. Esta vez era por mí. Era mi nombre el que pronunciaba jadeante cuando abrazaba este cuerpo y pensaba en él como algo mío, pensaba en mí. Podía sentir la diferencia. Por un momento, sólo existimos los dos, sólo Wanderer y Jared, ardiendo al unísono.

Nadie habría mentido mejor de lo que Jared mintió con su cuerpo en mis últimos minutos, y se lo agradecí. No podía llevarme esta mentira conmigo porque no me iba a ninguna parte, pero al menos suavizó el dolor de la marcha. Podía crearme esa mentira. Podía creer que me echaría tanto de menos que eso podría mermar parte de su alegría. No debería querer eso, pero de todos modos creerlo hacía que me sintiera bien.

No podía ignorar el tiempo, el tictac de los segundos como en una cuenta atrás. Incluso en ese momento, sentía que me arrastraban, que me succionaban por el oscuro pasillo, alejándome del calor y del sentimiento.

Me las arreglé para separar mis labios de los suyos. Jadeamos en la oscuridad, calentándonos los rostros mutuamente con nuestros alientos.

-Gracias -le dije otra vez.

-Espera...

-No puedo. No puedo... soportarlo más. ¿Vale?

-Vale -susurró, y su voz se quebró al pronunciar esa palabra.

-Sólo quiero una cosa más. Déjame hacer esto sola. Por favor.

-Sí..., si estás segura de que eso es lo que quieres... -La frase se desvaneció, haciéndole parecer inseguro.

-Es lo que necesito, Jared.

-Vale -murmuró.

-Le diré a Doc que te busque cuando todo haya acabado.

Todavía tenía sus brazos extendidos a mi alrededor.

-Sabes que Ian intentará matarme por haberte dejado hacer esto. Puede que deba dejarle... y Jamie. Nunca nos perdonará a ninguno de los dos...

-No puedo pensar en ellos ahora. Por favor, déjame marchar.

Despacio, con una palpable desgana que templaba parte del frío vacío en el centro de mi cuerpo, Jared dejó caer los brazos.

-Te quiero, Wanda.

Suspiré.

-Gracias, Jared. Sabes cuánto te quiero. Con todo mi corazón.

Corazón y alma. En mi caso no era lo mismo. Había estado dividida demasiado tiempo. Era hora de convertirme nuevamente en un todo, como si fuera una sola persona. Incluso si eso me excluía a mí.

Los segundos y su tictac me empujaban hacia el final.

Hacía frío, ahora que ya no me abrazaba. Y tenía cada vez más frío conforme me apartaba de él.

Pero era sólo mi imaginación, claro. Todavía era verano aquí y siempre sería verano para mí.

-¿Qué pasa aquí cuando llueve, Jared? -le pregunté entre susurros-. ¿Dónde duerme la gente?

Le llevó un momento responder, y pude oír las lágrimas en su voz.

-Nosotros... -tragó saliva- nos solemos ir a la sala de juegos. Todo el mundo duerme allí.

Asentí para mí misma. Me preguntaba cómo sería el ambiente. ¿Violento, con todas esas personalidades en conflicto? ¿O sería divertido? ¿Un cambio? ¿O como una fiesta de pijamas?

-¿Por qué? -susurró.

-Sólo quería... imaginarlo, imaginar cómo sería... -La vida y el amor seguirían adelante. Incluso aunque sucediera sin mí, la idea me hizo feliz-. Adiós, Jared. Mel dice que te verá pronto.

«Embustera».

-Espera..., Wanda...

Eché a correr por el túnel, huí de cualquier oportunidad que pudiera tener, con sus mentiras agradecidas, de convencerme para que no me fuera. Pero sólo hubo silencio a mi espalda.

Su dolor no me hizo daño del mismo modo en que lo había hecho el de Ian. Para Jared, el dolor se acabaría pronto, porque le esperaba la felicidad en unos cuantos minutos. El final feliz.

El túnel sur me pareció que tenía apenas unos metros, ya que la luz brillante de la linterna surgió con inusitada rapidez, de modo que supe que Doc me esperaba.

Entré en la habitación que siempre me había asustado con los hombros erguidos. Doc lo había preparado todo. En la esquina más oscura pude ver dos catres juntos, en uno de los cuales Kyle roncaba con su brazo sobre la forma inmóvil de Jodi. Su otro brazo aún abrazaba el criotank de Sol. A ella le habría gustado eso. Ojalá hubiera alguna forma de decírselo.

-Hola, Doc -susurré.

Levantó la mirada de la mesa donde estaba preparando las medicinas. Ya había lágrimas derramándose por sus mejillas.

De repente, me volví valiente. Mi corazón latía a un ritmo tranquilo. Mi respiración se volvió más profunda y relajada. La parte más difícil había pasado.

Ya había hecho esto antes muchas veces. Había cerrado los ojos y me había ido, aunque siempre sabiendo que abriría unos ojos nuevos la siguiente vez y que yo aún permanecería. Era algo familiar, no había nada que temer.

Fui a la camilla y me senté en ella de un salto. Cogí el Sin -dolor con mano firme y abrí la tapa. Me puse un pequeño cuadrado de ese tejido en la lengua y dejé que se disolviera.

No hubo ningún cambio. No sentía dolor esta vez. Ningún dolor físico.

-Dime algo, Doc. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Quería respuestas para todos aquellos pequeños misterios antes del final.

Doc sorbió y se secó los ojos con el dorso de la mano.

-Eustace. Es un nombre familiar y mis padres eran muy crueles.

Solté una carcajada y luego suspiré.

-Jared está esperando en la cueva grande. Le he prometido que le avisarías cuando todo hubiera acabado, pero espera a que yo..., a que ya no me mueva, ¿vale? Será demasiado tarde para que pueda hacer nada en lo que se refiere a mi decisión.

-No quiero hacer esto, Wanda.

-Lo sé. Gracias por eso, Doc, pero insisto en que tienes que cumplir tu promesa.

-¿Ni aunque te lo suplique?

-No. Me diste tu palabra. Yo cumplí mi parte, ¿no?

-Sí.

-Entonces, haz la tuya. Déjame dormir con Walt y Wes.

Su rostro delgado se contorsionaba intentando contener un sollozo.

-¿Te dolerá?

-No, Doc -le mentí-. No sentiré nada.

Esperé a que llegara la euforia, a que el Sin-dolor me hiciera sentirme tan bien como la última vez. Aún no notaba ningún cambio.

Pero quizá eso no se debía al Sin-dolor, después de todo..., seguro que se debía a ser amada. Volví a suspirar.

Me tumbé estirada boca abajo en el catre y volví la cara hacia él.

-Duérmeme, Doc.

La botella se abrió. Le oí sacudirla sobre el pañuelo que tenía en la mano.

-Eres la criatura más noble y más pura que he conocido jamás. El universo será un lugar más triste sin ti -susurró.

Ésas fueron sus palabras sobre mi tumba, mi epitafio, y me alegraba haberlas oído.

«Gracias, Wanda. Mi hermana. Nunca te olvidaré».

«Que seas feliz, Mel. Disfrútalo. Aprécialo por mí».

«Lo haré», prometió.

«Adiós», pensamos las dos a la vez.

La mano de Doc presionó el pañuelo suavemente contra mi cara. Respiré profundamente, ignorando el denso y desagradable olor. Cuando inhalé aire otra vez, vi las tres estrellas de nuevo, pero no me llamaban, sino que me dejaron marchar hacia ese negro universo por el que había vagado durante tantas vidas. Me deslicé en la negrura y ésta se volvió más y más brillante. Ya no era negra, sino azul. De un cálido, vibrante y brillante azul. Me deslicé en él sin temor alguno.

## Capítulo 59

### Recuerdo

Sentiría el principio como si fuera el final. Estaba avisada. Pero esta vez el final fue una sorpresa más grande de lo que había sido antes. Mayor que cualquier final que recordara, en mis nueve vidas. Mayor que saltar por el hueco de un ascensor. Había esperado que no hubiera más recuerdos ni más pensamientos. ¿Qué fin era éste?

*El sol se estaba poniendo, todo era de color rosado y me hacía pensar en mi amiga... ¿Cuál sería su nombre aquí? ¿Algo parecido a... volantes? Volantes y más volantes. Era una bonita flor. Las flores aquí eran tan aburridas e inanimadas..., aunque olían bien. Los olores eran lo mejor de este lugar.*

*Pasos a mi espalda. ¿Me seguía Hilandera de Nubes otra vez? No necesitaba chaqueta; aquí hacía calor, por fin, y quería sentir el aire sobre la piel. No la miraría. Tal vez creyera que no podía oírla y se volviera a casa. Tiene mucho cuidado conmigo, pero ya casi he crecido del todo, y no puede pasarse todo el tiempo mimándome.*

*-Perdona... -dijo alguien cuya voz no conocía.*

*Me volví a mirarla y tampoco conocía su cara. Era guapa.*

El recuerdo de esa cara me devolvió bruscamente a mí misma. ¡Era mi cara! Pero no lo recordaba...

-Hola -le respondí.

-Hola, me llamo Melanie. -Me sonrió-. Soy nueva en la ciudad y... creo que me he perdido.

-¡Oh! ¿Adónde quieres ir? Te llevo. Tenemos el coche ahí atrás...

-No, no está lejos. Estaba dando un paseo, pero ahora no recuerdo

el camino de vuelta a la calle Becker.

Era una nueva vecina, qué bien. Me encantaban los nuevos amigos.

-Estás muy cerca -le dije-. Está justo por allí, subiendo la calle hasta la segunda esquina, pero puedes acortar por este callejón de aquí. Te lleva directamente.

-¿Podrías enseñármelo? Lo siento, ¿cómo te llamas?

-Claro, ven conmigo. Soy *Petals Open to the Moon\**, pero mis familiares me llaman Peto ¿De dónde eres, Melanie?

*\*Pétalos bajo la Luna.*

Ella se echó a reír.

-¿Te refieres a San Diego o al Mundo Cantante, Pet?

-A los dos. -Yo también me reí. Me gustaba su sonrisa-. Hay dos murciélagos en esta calle. Viven en la casa amarilla de los pinos.

-Tendré que pasar a saludarlos -murmuró, pero su voz había cambiado; estaba tensa. Observaba el oscuro callejón como si esperara ver algo.

Allí había algo. Dos personas: un hombre y un niño. El niño se pasaba la mano por su largo pelo negro como si estuviese nervioso. Podía ser que estuviera preocupado porque él también se había perdido. Me miraba con los ojos muy abiertos y emocionados. El hombre estaba muy quieto.

Jamie. Jared. Mi corazón dio un brinco, pero el sentimiento era peculiar, malo. Demasiado pequeño y... fugaz.

-Éstos son mis amigos, Pet -me dijo Melanie.

-¡Oh! Hola.

Extendí la mano hacia el hombre, que era el que estaba más cerca. Me estrechó la mano con fuerza.

Luego me atrajo hacia sí, contra su cuerpo, y yo no lo entendí. Me sentía mal, eso no me gustó.

Mi corazón latía cada vez más deprisa y tenía miedo. Nunca había estado tan asustada como en ese momento. No entendía nada.

Su mano se acercó a mi cara y tragué saliva. Inhalé entonces la niebla que emanaba de su mano, una nube plateada que sabía a frambuesas.

-¿Qué? -quise preguntar, pero ya no podía verlos. No podía ver nada...

No había más.

-¿Wanda? ¿Puedes oírme, Wanda? -me preguntó una voz conocida.

Ése no era el nombre correcto... ¿o sí? Mis oídos no reaccionaron al oírlo, pero sí lo hizo algo más... ¿Acaso no era *Petals Open to the Moon*? ¿Pet? ¿No era así? Tampoco parecía adecuado. Mi corazón latía con fuerza, como un eco del miedo de mis recuerdos. La visión de una mujer de pelo rojiblanca y amables ojos verdes me vino a la cabeza. ¿Dónde estaba mi madre? Pero... ella no era mi madre, ¿verdad?



Un sonido, una voz baja sonaba a mi alrededor.

-Wanda, vuelve, no vamos a dejar que te vayas. Aquel timbre de voz me resultaba conocido y desconocido al mismo tiempo. Sonaba como si fuera... ¿mi voz? ¿Dónde estaba Petals? No podía encontrarla, sólo miles de recuerdos vacíos, como una casa llena de cuadros, pero sin habitantes.

-Usa el Despertador -ordenó una voz que no reconocí.

Algo ligero como el roce de la niebla me acarició la cara. Conocía ese olor. Olía a pomelo...

Tomé aire y mi mente se aclaró de pronto.

Notaba que estaba tumbada, pero había algo que no era correcto. ¿No me faltaba algo...? Todo parecía muy pequeño, me sentía como si me hubieran reducido.

Tenía las manos más cálidas que el resto del cuerpo, porque alguien me las estrechaba. Dos grandes manos envolvían las mías, de modo que parecía que se las hubiesen tragado.

Olía raro..., a mala ventilación, a moho. Recordaba el olor, pero sabía que nunca antes había olido nada similar, en toda mi vida.

Lo veía todo rojo, de color rojo mate, el interior de mis párpados. Quería abrirlos, así que busqué los músculos encargados de hacerlo.

-¿Wanderer? Te estamos esperando, cariño. Abre los ojos.

Esa voz, su cálido aliento en mi oído, me era aún más familiar. Un extraño sentimiento hormigueó por mis venas cuando la oí. Un sentimiento que nunca antes había tenido. El sonido hizo que aguantara el aliento y me temblaran los dedos.

Quería ver la cara que correspondía a esa voz.

Un color recorrió mi mente. Un color que me llamaba desde una vida lejana..., un reluciente e intenso azul. Todo el universo era de color azul brillante...

Y, al final, reconocí mi nombre. Sí, era correcto. Wanderer. Yo era Wanderer. Y Wanda también. Ahora lo recordaba.

Un ligero contacto me rozó la cara, una cálida presión sobre los labios, en los párpados. Ahí era donde me había tocado. Ahora que los había encontrado, podía parpadear.

-¡Se está despertando! -gritó alguien, excitado.

Jamie. Jamie estaba allí. Mi corazón dio otro pequeño brinco.

Me costó un rato poder enfocar los ojos. El azul que veía estaba mal. Demasiado pálido y deslavado. No era el azul que quería.

Una mano me tocó la cara.

-¿Wanderer?

Me volví hacia el sonido y sentí raro el movimiento de mi cabeza. No era como había sido siempre, pero, al mismo tiempo, era exactamente igual...

Mis ojos encontraron por fin el azul que estaba buscando. Zafiro, nieve y medianoche.

-¿Ian? Ian, ¿dónde estoy? -La voz que salía de mi garganta me asustó. Alta y cantarina. Me era familiar, pero no era mi voz-. ¿Quién soy?

-Eres tú -me contestó Ian-. Y estás en el lugar adonde perteneces.

Liberé una de mis manos de aquella mano gigantesca que la sostenía. Quería tocarme la cara, pero la mano de alguien se me acercó, y me detuvo.

Aquella mano también se detuvo en el aire, sobre mí. Intenté volver a mover la mano para protegerme, pero eso hizo que se moviera la mano que estaba ante mí. Empecé a temblar, y la mano se agitó.

¡Oh!

Abrí y cerré la mano, mirándola con atención.

¿Eso era mi mano, eso tan pequeño? Era como la de un niño, pero tenía las uñas largas, blanco y rosa, afiladas en perfectas y suaves curvas. La piel era clara, con un extraño tono plateado e, incongruentemente, un montón de pecas doradas.

Fue la rara combinación de plata y oro lo que me trajo una imagen a la cabeza: una cara reflejada en un espejo.

El recuerdo me despistó durante un segundo porque no estaba acostumbrada a tanta civilización, pero al mismo tiempo no conocía nada salvo la civilización. Un precioso tocador decorado con volantes y donde había todo tipo de cosas delicadas. Exquisitas botellas de cristal que contenían los olores que tanto amaba, pero ¿los amaba yo o ella? Orquídea embotellada. Un juego de peines de plata.

El gran espejo redondo estaba enmarcado en una guirnalda de rosas metálicas. La cara que veía en él también era redonda, más que ovalada. Redonda y pequeña. La piel de la cara tenía el mismo tono plateado de la mano, muy similar al de la luna, con otro manojito de pecas doradas sobre el puente de la nariz. Tenía grandes ojos grises, y la plata del alma resplandecía levemente bajo ese color, rodeada de enmarañadas pestañas doradas. Los labios eran rosa pálido, gruesos y casi redondos, como los de un niño, con dientes igualados, pequeños y blancos tras ellos. Un hoyuelo en la barbilla. Y por todas partes pelo dorado y ondulado alrededor de la cara, como un halo que caía más allá de lo que mostraba el espejo.

¿Mi cara o la suya?

Era el rostro perfecto de una flor nocturna. Como si fuera una traducción perfecta de flor a ser humano.

-¿Dónde está? -exigí con voz chillona y atiplada-. ¿Dónde está Pet?

Su ausencia me asustó. Nunca había visto una criatura más indefensa que esa adolescente con cara del color de la luna y el pelo como la luz del sol.

-Está aquí mismo -me contestó Doc-. En un criotank, lista para salir. Pensamos que podrías decirnos el lugar idóneo para enviarla.

Me volví hacia su voz. Cuando lo vi de pie bajo la luz del sol, con un criotank encendido entre las manos, volvieron a mí un montón de recuerdos de mi otra vida.

-¡Doc! -dije, con aquella leve y frágil voz-. ¡Doc, me lo prometiste! ¡Me diste tu palabra, Eustace! ¿Por qué? ¿Por qué has roto tu promesa?

La pena y el dolor me embargaron. Ese cuerpo nunca había sentido tal agonía y se apartaba de su escozor.

-Los hombres honrados también ceden a la coacción, Wanda.

-Coacción... -se mofó otra voz terriblemente familiar.

-Yo diría que un cuchillo en el cuello cuenta como coacción, Jared.

-Sabías que no iba a usarlo de verdad.

-No es verdad. Fuiste muy persuasivo.

-¿Un cuchillo? -Mi cuerpo temblaba.

-Shh, todo está bien -murmuró Ian. Su respiración movió un mechón de pelo sobre mi cara y lo aparté con un gesto rutinario-. ¿De verdad creías que podrías dejarnos así? Wanda...

Suspiró, pero el suspiro era de alegría. Ian estaba feliz.

Esto hizo que de repente mi preocupación se volviera más ligera, más fácil de soportar.

-Os dije que no quería ser un parásito -susurré.

-Dejadme a mí -ordenó mi antigua voz. Y entonces vi mi cara, la fuerte, la de la piel bronceada, la que tenía unas rectas cejas negras sobre los ojos almendrados de color avellana y aquellos altos y afilados pómulos... La veía de verdad, no como un reflejo, como siempre la había visto antes-. Escucha, Wanda, sé exactamente qué es lo que no quieres ser, pero somos humanos y egoístas, y ¡nosotros no siempre hacemos lo correcto! No vamos a dejar que te vayas. Asúmelo.

La forma en la que hablaba, la cadencia y el tono, más que la voz, me trajeron de vuelta todas aquellas conversaciones silenciosas, aquella voz en mi mente, a mi hermana.

-¿Mel? ¡Mel, estás bien!

Ella sonrió y se acercó para abrazarme. Era más grande de lo que yo recordaba haber sido.

-Claro que sí. ¿No era ésa la clave de todo el drama? y tú también vas a estar bien. No somos estúpidos, no hemos cogido el primer cuerpo que hemos encontrado.

-¡Déjame contárselo, déjame a mí! -dijo Jamie mientras empujaba a Mel por detrás para abrirse un hueco. Cada vez había más gente alrededor del catre, que se movió, inestable.

Cogí su mano y la estreché. Sentía las mías tan débiles... ¿Podía él sentir la presión?

-¡Jamie!

-¡Eh, Wanda! Esto es genial, ¿no crees? ¡Ahora eres más pequeña que yo! -Sonrió, triunfal.

-Pero yo sigo siendo mayor. Tengo casi... -Me detuve, cambiando la frase con brusquedad-. Mi cumpleaños es dentro de dos semanas.

Podía estar desorientada y confusa, pero no era estúpida. Las experiencias de Melanie no habían caído en saco roto, había aprendido de ellas. Ian era un hombre tan pendiente de su honor como Jared, y yo no iba a pasar por la frustración por la que había pasado Melanie.

Así que mentí y me di un año extra:

-Voy a cumplir dieciocho.

Por el rabillo del ojo, vi que Melanie e Ian daban un respingo sorprendidos. Este cuerpo parecía mucho más joven que la edad que tenía, rondando los diecisiete.

Fue esta pequeña decepción, esa queja de mi compañero, lo que me hizo darme cuenta de que me quedaba. De que permanecería con Ian y el resto de mi familia. Mi garganta se estrechó, como si se me hinchara desde dentro.

Jamie me tocó la cara, recuperando mi atención, y me sorprendió lo grande que parecía su mano en mi mejilla.

-Me dejaron participar en la misión para traerte de vuelta.

-Lo sé -susurré-. Lo recuerdo. Bueno..., Pet recuerda haberos visto.

Miré a Mel con cara de pocos amigos, pero ella se encogió de hombros.

-Intentamos no asustarla -dijo Jamie-. Es tan..., tiene un aspecto tan frágil, ¿sabes? y dulce, también. La escogimos entre todos, pero ¡fui yo el que tomó la última decisión! Mira, Mel dijo que teníamos que coger a alguien joven, alguien a quien le quedara mucha vida como alma, o algo así, pero no demasiado joven, porque sabía que no querías ser un niño. Y a Jared le gustó esta cara, porque dijo que nadie des..., *desconfiaría* de ella. No pareces peligrosa en absoluto, sino justo lo contrario. Jared aseguró que cualquiera que te viera querría protegerte sin pensárselo, ¿verdad, Jared? Pero yo tenía la última palabra, porque buscaba a alguien que se pareciera a ti. Y pensé que ella y tú os parecíais. Porque parece un ángel, y tú eres tan buena como un ángel. Y muy guapa. Sabía que tenías que ser guapa. -Jamie sonrió-. Ian no vino. Se sentó aquí contigo, dijo que no le importaba el aspecto que tuvieras. No dejó que nadie tocara tu criotank, ni siquiera yo o Mel; pero Doc me dejó mirar esta vez. Fue la mar de guay, Wanda, no sé por qué no me dejaste mirar antes. No me dejaron ayudar, de todos modos. Ian no dejaba que nadie te tocara excepto él.

Ian me apretó la mano y se inclinó para susurrar a través de todo aquel pelo. Su voz era tan baja que yo era la única que podía oírle:

-Te tuve en mis manos, Wanderer. Eras muy bonita. Mis ojos se llenaron de lágrimas y tuve que sorber por la nariz.

-Te gusta, ¿verdad? -preguntó Jamie, preocupado-. ¿No estás enfadada? No hay nadie ahí contigo, ¿verdad?

-No estoy enfadada, no exactamente -susurré-. Y yo..., yo no encuentro a nadie más, sólo los recuerdos de Peto Pet ha estado aquí desde... No puedo recordar cuándo no ha estado aquí. No puedo acordarme de otro nombre.

-No eres un parásito -repuso Melanie con firmeza, tocándome el pelo, cogiendo un mechón dorado y dejando que se deslizara entre sus dedos-. Este cuerpo no pertenecía a Pet, pero nadie más lo ha reclamado. Esperamos a estar seguros, Wanda. Intentamos despertarla casi tanto como lo intentamos con Jodi.

-¿Jodi? ¿Qué le ha pasado a Jodi? -gorjeé.

Elevé la voz como si fuera un pájaro ansioso. Intenté incorporarme e Ian me obligó a sentarme sujetándome con el brazo. No le costó nada, mi pequeño cuerpo no tenía fuerza. Ahora podía ver las caras de todos.

Doc sin lágrimas en los ojos. Jeb a su lado, con expresión satisfecha y curiosa al mismo tiempo. Una mujer que no reconocí durante un segundo porque su cara estaba más animada de lo que nunca la había visto, y tampoco la había visto mucho: Mandy, la antigua sanadora. Más cerca Jamie y su amplia y emocionada sonrisa; Melanie a su lado y Jared detrás de ella, cogiéndola de la cintura. Sabía que sus manos no se sentirían bien a menos que tocaran su cuerpo -mi cuerpo-, que siempre estaría tan cerca de ella como pudiera, odiando cada centímetro que se interpusiese entre ellos. Eso me causó un dolor agudo, tanto que el delicado corazón de mi pequeño pecho se estremeció. Nunca lo habían roto y no entendía este recuerdo.

Me dolió darme cuenta de que aún amaba a Jared. No me había librado de eso, de los celos del cuerpo al que él amaba. Miré a Mel. Vi el gesto triste de la boca que había sido mía y supe que ella lo había entendido.

Pasé los ojos por todas las caras que me rodeaban mientras Doc, después de una pausa, respondía a mi pregunta.

Trudy y Geoffrey, Heath, Paige y Andy. Incluso Brandt y...

-Jodi no respondió. Hicimos todo lo posible, mas no reaccionó.

« ¿Jodi ha muerto?», me pregunté, con mi inexperimentado corazón galopando. ¡Vaya un rudo despertar que le estaba dando a este pobre cuerpecillo tan frágil!

Heidi y Lily. Lily sonriendo dolorosamente, una sonrisa que no era menos sincera a pesar del dolor...

-Podíamos hidratarla, pero no sabíamos cómo alimentarla. Mandy y yo temíamos que se atrofiara..., sus músculos, su cerebro...

Mientras mi nuevo corazón dolía más de lo que nunca había dolido -sufría por una mujer que no había conocido-, continué mirando hasta que, de repente, me quedé helada.

Jodi, colgada del costado de Kyle, me devolvía la mirada. Sonrió tímidamente y, de pronto, la reconocí.

-¡Sol!

-Quería quedarme -explicó, con algo de petulancia-. Como tú. - Sonrió mirando a Kyle, que se mostraba más estoico de lo que me había acostumbrado a ver, y su voz se entristeció-. Pero lo intento, la estoy buscando. Seguiré buscándola.

-Kyle hizo que devolviéramos a Sol a su sitio cuando parecía que íbamos a perder a Jodi -continuó Doc, con serenidad.

Miré a Sol y a Kyle durante un momento, sorprendida, y continué hasta terminar el círculo.

Ian me miraba con una extraña combinación de alegría y nerviosismo en los ojos. Su cara parecía más alta de lo que solía estar, más grande de lo que solía ser, pero sus ojos eran tan azules como recordaba. El ancla que me había atado a este planeta.

-¿Estás bien ahí? -me preguntó.

-No..., no lo sé -admití-. Me noto muy... rara. Tan rara como si hubiera cambiado de especie. Más de lo que había pensado que me sentiría. No..., no lo sé.

Mi corazón volvió a agitarse al mirar esos ojos, y allí no había ningún recuerdo del amor de otra vida. Tenía la boca seca y se me revolvió el estómago. Sentía el lugar donde su brazo tocaba mi espalda más vivo que el resto de mi cuerpo.

-No te importa mucho quedarte aquí, ¿verdad, Wanda? ¿Crees que podrás soportarlo? -murmuró.

Jamie me estrechó la mano. Melanie puso la suya encima y sonrió cuando Jared añadió la suya al montón. Trudy me dio unas palmaditas en el pie. Geoffrey, Heath, Heidi, Andy, Paige, Brandt y Lily me observaban con grandes sonrisas. Kyle se había acercado, sonriendo también, y la sonrisa de Sol era de complicidad.

¿Cuánto Sin-dolor me había dado Doc? Todo brillaba de nuevo.

Ian me apartó la nube de pelo dorado de la cara y dejó la mano en mi mejilla. Era tan grande que abarcaba desde la mandíbula hasta la frente y su contacto envió una descarga de electricidad a todo lo largo y ancho de mi piel plateada. Se estremeció al sentir esa descarga, y mi estómago se estremeció con ella.

Sentía que mis mejillas se habían sonrojado. Nunca me habían roto el corazón, nunca lo habían hecho volar. Me avergoncé. Me costó hablar.

-Supongo que podré soportarlo -susurré-, si eso te hace feliz.

-Eso no es suficiente, la verdad -dijo Ian-. También tiene que hacerte feliz a ti.

Sólo podía sostener su mirada durante unos segundos cuando lo intentaba. La timidez, tan nueva para mí, me confundía, hacía que bajara los ojos hacia mi regazo sin poder evitarlo.

-Creo... que podría -admití-. Creo que podría hacerme muy, muy feliz.

Feliz y triste, alegre y miserable, segura y temerosa, amada y abandonada, paciente y enfadada, pacífica y salvaje, llena y vacía..., todo a la vez. Lo sentiría todo. Todo sería mío.

Ian me alzó la cara hasta que le miré a los ojos, mientras me ruborizaba aún más.

-Entonces te quedas.

Me besó allí delante de todo el mundo, pero enseguida me olvidé del público. Fue fácil y directo, sin confusión, sin objeción, sin división, sólo Ian y yo, y la roca derretida avanzando por este cuerpo nuevo, sellando otra vez el trato.

-Me quedaré -afirmé.

Y comenzó mi décima vida.

## Epílogo

# Reanudación

La vida y el amor continuaron en aquel último reducto humano del planeta Tierra, pero las cosas no permanecieron exactamente igual...

Yo no era la misma.

Había sido mi primer renacimiento en un cuerpo de la misma especie. Me resultó más difícil que cambiar de planeta, porque me había creado ya muchas ideas preconcebidas sobre lo que significaba ser humano. Además, me había quedado con muchas cosas de Petals, y no todas eran agradables.

Había heredado mucha pena por Hilandera de Nubes.

Echaba de menos a la madre que no había conocido, y lamentaba todo el dolor que estaría sintiendo ahora. Puede que no hubiera en este planeta felicidad posible sin su carga correspondiente de dolor para compensarla, medido todo con una escala que me era desconocida.

Había heredado limitaciones inesperadas. Me había acostumbrado a un cuerpo fuerte, rápido y alto, un cuerpo capaz de correr kilómetros, aguantar sin comida ni agua, levantar grandes pesos y llegar a estanterías elevadas. En cambio este cuerpo era débil, y no sólo físicamente, porque le embargaba una timidez agobiante cada vez que me sentía insegura, lo que era habitual los primeros días.

Había heredado un papel diferente dentro de la comunidad humana. La gente me traía cosas y me cedía el paso al entrar en una habitación. Me daban las tareas más fáciles y, enseguida, me quitaban el trabajo de las manos. Peor que eso, necesitaba ayuda. Mis músculos eran débiles, no estaban acostumbrados a trabajar. Me cansaba enseguida y mis intentos para ocultarlo no engañaban a nadie. Probablemente, no podría correr ni un kilómetro sin tener que descansar.

De todas maneras, había algo más en el tipo de trato que me daban aparte de mi debilidad física. Me había acostumbrado a tener una cara que era bonita pero que la gente no podía mirar sin miedo, desconfianza e incluso odio. Mi nuevo rostro no provocaba esas emociones.

La gente tocaba mis mejillas o ponía los dedos bajo mi barbilla, sujetándome la cara para verla mejor. Era tan frecuente que me dieran palmaditas en la cabeza (a la que se llegaba fácilmente, puesto que todos, salvo los niños, eran más altos que yo) y me acariciaban el pelo con tanta frecuencia que dejé de notarlo cuando ocurría. Aquellos que no me aceptaban antes hacían esto tan a menudo como mis amigos. Incluso Lucina no puso casi resistencia cuando sus hijos empezaron a seguirme como dos cachorritos adorables. Libertad, en particular, se recostaba en mi regazo cada vez que tenía oportunidad y enterraba la cara en mi pelo. Isaiah era demasiado mayor para esas demostraciones de afecto, pero le gustaba cogerme de la mano, tan grande como la suya, mientras me hablaba emocionado de arañas y dragones, fútbol y expediciones; pero los niños no se acercaban a Melanie. Su madre los había asustado demasiado como para cambiar las cosas ahora.

Incluso Maggie y Sharon, aunque intentaban no mirarme, eran incapaces de mantener su antigua frialdad en mi presencia.

Habían cambiado más cosas además de mi cuerpo. El monzón llegó al desierto, y yo me alegré.

Para empezar, nunca había oído la lluvia antes en las gobernadoras y sólo podía recordarla vagamente en mi recuerdo de los recuerdos de Melanie, de los cuales no me quedaba mucho, y ahora ese olor bañaba las cuevas mohosas, dándoles un aroma fresco y casi especiado que se adhería a mi pelo y me seguía a todas partes. Lo olía en sueños.

Además, Petals había vivido siempre en Seattle y la combinación de cielos siempre azules y calor sofocante era tan agobiante -casi paralizante- como la oscura presión de los cielos encapotados lo habría sido para cualquiera de estos habitantes del desierto. Las nubes eran excitantes, algo completamente diferente al pálido azul soso y permanente. Tenían profundidad y movimiento y formaban imágenes en el cielo.

Había mucho que hacer en las cuevas de Jeb y la mudanza a la gran sala de juegos -ahora el cuarto de dormir comunal resultó una buena preparación para los arreglos más permanentes que se producirían en el futuro.

Se necesitaba todo el espacio, así que no podía haber habitaciones vacías. Aun así, sólo las recién llegadas, Candy, quien, por fin, había recordado su verdadero nombre, y Lacey, podían soportar aceptar el viejo lugar de Wes. Me compadecí de Candy por su futura compañera, pero la sanadora nunca se mostró descontenta al respecto.

Cuando terminaron las lluvias, Jamie se mudó a una esquina libre en la cueva de Brandt y Aaron. Melanie y Jared habían echado a Jamie de su habitación y lo habían instalado en la de Ian antes de que yo renaciera en el cuerpo de Peto. Jamie no era tan joven como para tener que darle una



excusa.

Kyle trabajaba en ampliar la hendidura que había sido el lecho de Walter, para que estuviera lista cuando el desierto volviera a estar seco. No era lo suficientemente grande para más de uno y Kyle no iba a estar allí solo.

De noche, en la sala de juegos, Sol dormía acurrucada en el pecho de Kyle, como un gatito amigo de un perro grande, un rottweiler en el que confiaba plenamente. Sol siempre estaba con Kyle. Desde que abrí estos ojos de color gris plateado, no recordaba haberlos visto separados.

Kyle parecía desconcertado todo el tiempo, tan distraído por esa relación casi imposible que no tenía la cabeza para prestar atención a otra cosa. No había abandonado a su Jodi, pero cuando Sol se colgaba de él, la atraía hacía su costado con ternura...

Se había ocupado todo el espacio antes de la lluvia, así que yo me quedé con Doc en el hospital, que ya no me asustaba. Los catres no eran cómodos, pero era un lugar interesante. Candy recordaba los detalles de la vida de Canción de Verano casi mejor que los suyos propios. El hospital, ahora, era un lugar donde sucedían constantes milagros.

Después de la lluvia, Doc ya no volvería a dormir en el hospital. La primera noche que pasamos en la sala de juegos, Sharon había colocado su colchón al lado del de Doc sin dar ninguna explicación. Puede que hubiera sido la fascinación de Doc por la sanadora lo que había motivado a Sharon, aunque yo dudaba que el médico se hubiera dado cuenta de la belleza de esa mujer. Estaba fascinado por su gran cantidad de conocimientos. O puede que fuera que Sharon estaba lista para perdonar y olvidar. Esperaba que ése fuera el caso. Era bonito pensar que incluso Sharon y Maggie podían suavizarse con el tiempo.

Yo tampoco me iba a quedar en el hospital.

Aquella crucial conversación con Ian podría no haber tenido lugar si no hubiese sido por Jamie. Se me secaba la boca y me sudaban las manos cada vez que pensaba en ello. ¿Y si esos sentimientos del hospital, esos momentos perfectos después de que hubiera despertado en este cuerpo, eran sólo una ilusión? ¿Y si no los recordaba fielmente? Sabía que nada había cambiado para mí, pero ¿cómo podía estar segura de que Ian sentía lo mismo? ¡El cuerpo del que se había enamorado aún estaba ahí!

Esperaba que él se sintiera algo desconcertado, porque todos lo estábamos. Si era difícil para mí, un alma acostumbrada a este tipo de cambios, ¿no sería más difícil para los humanos?

Me esforzaba en dejar atrás los ecos de los celos y la perplejidad del amor que sentía por Jared. Ni los quería ni los necesitaba. Ian era el compañero perfecto para mí, pero a veces me sorprendía a mí misma mirando a Jared y me sentía confusa. Había visto a Melanie coger a Ian del brazo o de la mano y alejarse al momento, como si de repente recordara quién era. Incluso Jared, que no tenía la menor razón para dudar, en ocasiones se encontraba buscando mi mirada confusa. E Ian..., debía de ser muy duro para él. Podía entenderlo.

Estábamos juntos casi tanto tiempo como Kyle y Sol. Ian me

tocaba el pelo y la cara constantemente y siempre me cogía de la mano, pero ¿quién no actuaba ante este cuerpo de la misma manera? ¿Y no era platónico para los demás? ¿Por qué no me había vuelto a besar como había hecho el primer día?

Tal vez nunca pudiera amarme dentro de este cuerpo, a pesar de lo atractivo que pudiera parecer para los demás humanos.

Esa preocupación me embargaba el corazón la noche que Ian trajo mi catre -porque era demasiado pesado para mí a la grande y oscura sala de juegos.

Llovía por primera vez en más de cinco meses. Se oían risas y quejas a medida que la gente sacudía su ropa de cama húmeda y acondicionaba su espacio. Vi a Sharon con Doc y sonreí.

-¡Aquí, Wanda! -me llamó Jamie, señalando el lugar donde había colocado su colchón, al lado del de Ian-. Ahora hay espacio para los tres.

Jamie era la única persona que me trataba exactamente igual que antes. Hacía concesiones al pequeño tamaño de mi físico, pero no parecía sorprenderse al verme entrar en una habitación o al oír las palabras de Wanderer salir de mis labios, como sí les ocurría a los demás.

-En realidad no quieres ese catre, ¿a que no, Wanda? Seguro que podemos estar todos bien en los colchones si nos apretujamos un poco. - Jamie me sonrió mientras juntaba los colchones con el pie sin esperar mi contestación-. Tú no ocupas mucho espacio.

Le cogió el catre a Ian y lo dejó a un lado, quitándolo de en medio. Se tumbó en el extremo del colchón y nos dio la espalda.

-Ah, Ian -añadió sin volverse-, he hablado con Brandt y Aaron, y creo que voy a mudarme con ellos. Bueno, estoy molido. Buenas noches, chicos.

Me quedé mirando la forma inmóvil de Jamie durante un buen rato. Ian no se movía tampoco. No podía tener un ataque de pánico, ¿es que estaba pensando en alguna manera de escapar de esta situación?

-Luces fuera -bramó Jeb desde el otro lado de la habitación-. Que todo el mundo cierre la boca, a ver si yo puedo cerrar los ojos.

La gente se echó a reír, pero, como siempre, le hicieron caso. Una a una, las cuatro lámparas se apagaron, hasta que la sala se quedó a oscuras.

La mano de Ian encontró la mía. Era cálida. ¿Se daba cuenta de lo fría y sudada que estaba mi piel?

Se arrodilló en el colchón, invitándome a hacer lo mismo. Así lo hice, y me tumbé donde se juntaban los colchones. Él seguía cogiéndome de la mano.

-¿Estás bien? -susurró. Había otras conversaciones en voz baja a nuestro alrededor, confundándose con el rumor del manantial sulfuroso.

-Sí, gracias -respondí con otro murmullo.

Jamie se dio la vuelta, rodando sobre el colchón y chocándose

conmigo.

-Ay, lo siento, Wanda -murmuró, y después le oí bostezar.

Automáticamente, me alejé de él. Ian estaba más cerca de lo que pensaba. Jadeé en silencio cuando me pegué a él e intenté apartarme para darle algo de espacio. Pero de repente su brazo me rodeó, apretándome contra su cuerpo.

Era un sentimiento de lo más extraño. Tener el brazo de Ian a mi alrededor de esa manera tan poco platónica me recordó, cosa rara, mi primera experiencia con el Sin-dolor. Como si hubiera estado sufriendo sin darme cuenta y ese contacto hubiera hecho desaparecer todo el dolor.

Ese sentimiento despejó mi timidez. Me di la vuelta para mirarlo, y él apretó su brazo a mi alrededor.

-¿Estás bien? -susurré yo, repitiendo su pregunta.

Me besó en la frente.

-Mejor que bien.

Estuvimos en silencio durante varios minutos. La mayoría de las conversaciones se habían apagado.

Se encogió para acercar sus labios a mi oído y susurró, aún más silencioso:

-Wanda, ¿crees...? -empezó, pero luego se calló.

-¿Sí?

-Bueno, parece que ahora tengo una habitación entera para mí solo. Eso no está bien.

-No. No hay tanto espacio como para que tú estés solo.

-Pero es que no quiero estar solo. Yo...

¿Por qué no me lo pedía ya?

-Tú..., ¿Qué?

-¿Has tenido tiempo suficiente para organizarte? No quiero meterte prisa. Sé que todo esto es confuso... con Jared...

Me llevó un momento procesar lo que estaba diciendo, y se me escapó una risita tonta muy bajita. Melanie no era muy aficionada a las risitas, pero Pet sí, y su cuerpo me traicionó en el momento más inoportuno.

-¿Qué? -exigió que le contestara.

-Pero si era yo la que te estaba dando tiempo para que te organizaras -expliqué en un susurro-. No quería meterte prisa porque sabía que era confuso. Con Melanie.

Dio un respingo sorprendido.

-¿Pensabas...? Pero Melanie no eres tú. Yo no os he confundido nunca.

Ahora yo sonreía en la oscuridad.

-Y Jared no eres tú.

Su voz estaba tensa cuando respondió:

-Pero sigue siendo Jared. Y tú le amas.

¿Ian volvía a estar celoso? No debía regocijarme con emociones tan negativas, pero tenía que admitir que esto me animaba bastante.

-Jared es mi pasado, otra vida. Tú eres mi presente.

Se quedó callado un momento. Cuando volvió a hablar, su voz estaba rota por la emoción:

-Y tu futuro, si tú quieres.

-Sí, por favor.

Entonces me besó de la forma menos platónica posible en aquellas circunstancias, rodeados por tanta gente, y me asombró recordar que había sido lo suficientemente lista como para mentir acerca de mi edad.

Las lluvias terminarían algún día y, cuando lo hicieran, Ian y yo estaríamos juntos, compañeros en el sentido más puro de la palabra. Era una promesa y una obligación que no había tenido en ninguna de mis vidas anteriores. Pensar en ello hacía que me sintiera alegre, llena de ansiedad, tímida y desesperadamente impaciente al mismo tiempo... Hacía que me sintiera *humana*...

Después de que todo esto se aclarara, Ian y yo fuimos más inseparables que nunca. Así que, cuando llegó la hora de que probara mi nueva cara con otras almas, él vino conmigo.

Esta misión era un alivio para mí después de largas semanas de frustración. Ya era bastante malo que mi nuevo cuerpo fuera débil y prácticamente inútil dentro de las cuevas. No podía creer que los demás no quisieran dejarme usar mi cuerpo para la única cosa para la que era perfecto.

Jared había aprobado la elección de Jamie porque nadie dudaría nunca de este rostro cándido y vulnerable, de esta delicada constitución que cualquiera se sentiría inclinado a proteger, pero incluso a él le costó llevar esta teoría a la práctica. Estaba segura de que las misiones serían tan fáciles para mí como lo habían sido antes, pero Jared, Jeb, Ian y los demás -todos salvo Jamie y Mel- debatieron durante días, intentando encontrar otra manera para no usarme en ellas. Era ridículo.

Les veía observar a Sol, pero aún no confiaban en ella, no la habían probado. Además, Sol no tenía la más mínima intención de poner un pie fuera. La palabra «misión» hacía que se estremeciera, aterrorizada. Kyle no iba a venir con nosotras porque Sol se había puesto histérica cuando él se lo había mencionado.

Al final, había ganado lo práctico. Me necesitaban.

Era estupendo saber que te necesitaban.

Los suministros habían menguado. Sería un viaje largo, muy largo. Jared encabezaba la misión, como siempre, así que ni que decir tiene que Melanie también participaba. Aaron y Brandt se ofrecieron voluntarios, no porque necesitáramos sus músculos, sino porque estaban cansados de permanecer al margen.

Íbamos lejos, hacia el norte, y me emocionaba la perspectiva de ver nuevos lugares, de volver a sentir el frío otra vez.

Pero en este cuerpo la emoción se me iba de las manos. No me podía estar quieta la noche que condujimos hasta el lugar donde habíamos escondido la furgoneta y el camión. Ian se reía de mí porque no podía

controlarme cuando cargamos las ropas y demás cosas que necesitábamos en la furgoneta. Me cogió de la mano, dijo, para hacer que regresara a la superficie del planeta.

¿Hablé muy alto? ¿Era poco consciente de lo que ocurría a mi alrededor? No, claro que no. No había nada que pudiera haber hecho. Era una trampa y era demasiado tarde para nosotros desde el mismísimo momento en que llegamos.

Nos quedamos helados cuando unos delgados rayos de luz se abrieron paso en la oscuridad hasta las caras de Melanie y Jared. Mi cara, mis ojos, los que podían habernos ayudado, quedaron en la oscuridad, protegidos tras la sombra de la espalda de Ian.

La luz no me había cegado con su resplandor, y la luna era lo suficientemente brillante como para ver que los buscadores eran más numerosos que nosotros. Ocho contra seis. Podía ver la forma en la que curvaban las manos, las armas que sostenían en ellas, alzadas y apuntándonos. Apuntaban a Jared y Mel, a Brandt y Aaron -nuestra única arma aún estaba guardada- y una se dirigía justo al centro del pecho de Ian.

¿Por qué le había dejado venir conmigo? ¿Por qué tenía que morir él también? Las agobiantes preguntas de Lily retumbaron dentro de mi cabeza: « ¿Por qué siguen adelante la vida y el amor? ¿Qué sentido tiene? ».

Mi frágil y pequeño corazón se rompió en mil pedazos y busqué frenéticamente la píldora en mi bolsillo.

-Todos quietos, que todo el mundo se tranquilice -dijo el hombre que estaba en el centro del grupo de buscadores-. ¡Esperad, no os traguéis nada! ¡Caray, esperad! ¡No, mirad!

El hombre volvió la luz hacia su propia cara.

Estaba bronceada y curtida, como una roca erosionada por el viento. Tenía el pelo negro y unos mechones blancos en las sienes, donde se rizaba como un matorral enredado alrededor de las orejas. Sus ojos eran de color marrón oscuro. Pero sólo marrón oscuro. Nada más.

-¿Veis? -dijo-. Vale. Ahora, no nos disparáis y nosotros no os disparamos, ¿vale? ¿Lo veis? -Dejó la pistola en el suelo-. Vamos, chicos -ordenó, y los demás devolvieron sus armas a las cartucheras: a las caderas, tobillos, espaldas..., demasiadas armas.

-Encontramos vuestro escondite. Muy bueno, la verdad, nos sentimos de lo más afortunados. Decidimos que esperaríamos para conoceros. No es habitual encontrar otra célula rebelde. -Se rió con una risa complacida que le salía desde el mismísimo vientre-. ¡Mirad vuestras caras! ¿Qué? ¿Pensabais que erais los únicos que aún daban la lata por ahí?

Y volvió a reír.

Ninguno de nosotros se movió un solo centímetro.

-Creo que se han quedado paralizados, Nate -comentó otro hombre.

-Les hemos dado un susto de muerte -intervino una mujer-, ¿qué esperabais?

Aguardaron, cargando el peso de sus cuerpos de un pie a otro,

mientras nosotros seguíamos aún inmóviles.

Jared fue el primero en recuperarse.

-¿Quiénes sois? -susurró.

El jefe volvió a echarse a reír.

-Soy Nate. Encantado de conocerlos, aunque puede que vosotros, de momento, no sintáis lo mismo. Éstos son Rob, Evan, Blake, Tom, Kim y Rachel. -Fue señalando a las personas de su grupo mientras hablaba, y los humanos asintieron al oír sus nombres. Vi a un hombre, al fondo, al que Nate no había presentado. Tenía el pelo rizado de un brillante color pelirrojo y sobresalía en especial entre todos los demás porque era el más alto del grupo. Sólo él parecía estar desarmado. Me observaba intensamente, así que desvié la mirada-. Pero somos veintidós en total-continuó Nate.

Extendió la mano.

Jared tomó aire y dio un paso hacia delante. Cuando se movió, el resto de nuestro pequeño grupo exhaló silenciosamente a la vez.

-Soy Jared. -Estrechó la mano de Nate y empezó a sonreír-. Éstos son Melanie, Aaron, Brandt, Ian y Wanda. Nosotros somos treinta y siete en total.

Cuando Jared dijo mi nombre, Ian se inclinó a un lado, intentando ocultarme a la vista de aquellos humanos. Fue entonces cuando me di cuenta de que todavía estaba tan en peligro como los demás lo habrían estado si se hubiera tratado de un grupo de buscadores. Igual que al principio. Intenté permanecer completamente quieta.

Nate pestañeó ante la revelación de Jared y sus ojos se dilataron.

-Vaya, es la primera vez que encontramos un grupo más numeroso que el nuestro.

Ahora fue Jared el que pestañeó.

-¿Habéis encontrado más? -jadeó.

-Hay otras tres células además de la nuestra, que sepamos. Once con Gail, siete con Russel y dieciocho con Max. Nos mantenemos en contacto. Y hacemos negocios, de vez en cuando. -Volvió a reír con las tripas-La pequeña Ellen, del grupo de Gail, decidió que quería estar con mi Evan, este que está aquí, y Carlos se fue con Cindy, del grupo de Russel. Por supuesto, todos necesitamos a Burns a veces. -Dejó de hablar de repente y miró incómodo a su alrededor, como si hubiese dicho algo que no quisiera revelar. Sus ojos se detuvieron durante un breve segundo en el alto pelirrojo del fondo, que aún me observaba.

-Será mejor que aclaremos esto cuanto antes -dijo un pequeño y oscuro hombre al lado de Nate.

Éste lanzó una mirada suspicaz que abarcó el conjunto de nuestro reducido grupo.

-Vale, Rob tiene razón. Vamos con ello. -Respiró profundamente-. Ahora, tranquilizaos y escuchadnos. Con calma, por favor. Esto, a veces, altera a la gente...

-Siempre -murmuró Rob. Su mano se movió hacia la cartuchera que llevaba en el muslo.

-¿El qué? -preguntó Jared con voz inexpresiva.

Nate suspiró y le hizo un gesto al hombre alto del pelo cobrizo. Éste se adelantó con una extraña sonrisa en la cara. Tenía pecas, como yo, pero a millares. Estaban tan repartidas por su cara que parecía de piel oscura, aunque no lo era. Tenía ojos oscuros. Azul ultramar, tal vez.

-Éste es Burns. Está con nosotros, así que no os preocupéis. Es mi mejor amigo y me ha salvado la vida cientos de veces. Es un miembro de nuestra familia y no llevamos nada bien que la gente intente matarlo.

Una de las mujeres de Nate sacó su arma y la sostuvo apuntando al suelo.

El pelirrojo habló por primera vez, con una elegante voz de tenor:

-No te preocupes, Nate. ¿No lo ves? Ellos también tienen a uno. - Me apuntó directamente, e Ian se puso tenso-. Parece que no soy el único que se ha vuelto nativo.

Burns me sonrió y cruzó el espacio vacío, la tierra de nadie, entre las dos tribus con la mano extendida hacia mí.

Rodeé a Ian ignorando su advertencia silenciosa, repentinamente cómoda y segura.

Me gustaba la forma en que lo había llamado Burns: «Volverse nativo».

Burns se detuvo ante mí, bajando un poco la mano para compensar la considerable diferencia de altura. Le cogí la mano, dura y callosa comparada con la mía, tan delicada, y se la estreché.

-*Burns Living Flowers*\* -se presentó.

*\*Llamas de Flores Vivientes.*

Mis ojos pestañearon al oír su nombre. Del Mundo de Fuego, ¡qué sorpresa más inesperada!

-Wanderer -le respondí.

-Es... extraordinario conocerte, Wanderer. Pensaba que aquí era el único de mi especie.

-Ni por asomo -contesté mientras pensaba en Sol, allá en las cuevas. Quizá no fuéramos tan raros como pensábamos.

Elevó una ceja al escuchar mi respuesta, intrigado.

-¿En serio? -repuso-. Bueno, puede que haya una esperanza para este planeta, después de todo.

-Es un mundo extraño -murmuré, más para mí misma que para la otra alma nativa.

-De lo más extraño -convino.

FIN